BIBLIOTECA
DE
AUTORES CRISTIANOS

BAJO LOS AUSPICIOS Y ALTA DIRECCION DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A. — APARTADO 466

MADRID • MCML

SUMA POÉTICA

AMPLIA COLECCION
DE LA
POESIA RELIGIOSA ESPAÑOLA

POR
JOSE MARIA PEMAN
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
Y
MIGUEL HERRERO
CATEDRÁTICO

SEGUNDA EDICION

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID, MCML

NIHIL OBSTAT:

DR. ANDRÉS DE LUCAS,
Censor.

IMPRIMATUR:

✠ JOSÉ MARÍA,
Obispo aux. y Vic. gral.
Madrid, 30 diciembre 1950.

GRAFICAS NEBRIJA, S. A.—Ibiza, 11.—Teléfono 251101.—Madrid.

INDICE GENERAL

Páginas

ESTUDIO PRELIMINAR 3

PRIMERA PARTE: CICLO BIBLICO DEL VIEJO TESTAMENTO

Dios. Judah Leví 35
Grandeza de Dios. Lope de Vega 36
La existencia de Dios. Lope de Vega 37
Al Ser Supremo. Tomás José González Carvajal 38
Al Ser incomprensible de Dios. Juan Meléndez Valdés 39
Al Ser supremo. Félix José Reinoso 42
Al Altísimo. Vicente Rodríguez de Arellano 44
Dios: en la tribulación. Antonio Ros de Olano 45
Dios. José Eusebio Caro 46
Romance de la Creación. Pedro Calderón de la Barca 47
La formación del hombre. Pablo de Céspedes 48
De la creación del hombre. Juan Dessi 49
La creación. Eugenio de Tapia 50
De la creación. José María Pemán 53
Creador. Agustín de Foxá 54
La caída de Luzbel. Alonso de Acevedo 55
El pecado original. Juan de Padilla 58
Remordimiento de Caín. Joaquín José Queipo de Llano 58
Sale Noé del Arca. Diego de Oseguera 60
El sacrificio de Abrahán. Bernabé Rebolledo de Palafox 61
Halla Abrahán el sepulcro de los primeros padres. Pedro de Escobar 64
Lot se libra del fuego de Sodoma. Miguel de Colodrero 64
Elección de Rebeca. Juan Pérez de Montalbán 65
José es vendido por sus hermanos. Anónimo 65
Poema de José. Alonso de Fuentes 66
Moisés, salvado de las aguas. Andrés Bello 68
El paso del mar Rojo. Juan Meléndez Valdés 71
Cántico de Josué. José María Roldán 73
A la sentencia que dieron a Sansón los jueces. Luis Carrillo de Sotomayor 76
Sansón y Dalila. Antonio Enríquez Gómez 76
Historia de Rut Moabita. Juan Pinto Delgado 78
Sucesos bíblicos. Francisco de Trillo y Figueroa 79
Combate David con Goliat. Jacobo Uziel 81
Sed. Juan Alcover y Maspóns 83
Amón y Tamar. Tirso de Molina 85
A Absalón y a Sansón. Félix de Arteaga 86
A Salomón, llegando a adorar a Astarén. Agustín de Salazar y Torres 86
Tobías cura la ceguera de su padre. Licenciado Candivilla 87
Judit. Ignacio de Luzón 89
Canto de Judit. José Iglesias de la Casa 89

Historia de Job. Juan Manuel Bedoya ....
Las nueve lecciones de Job. Fr. Luis de León ....
Triunfo de la virtud. Diego Enríquez Basurto ....
Salmo 1. José de Valdivielso ....
Salmo 2. Francisco de Borja ....
Salmo 4. Justo Barbagero ....
Salmo 5. José Virués ....
Salmo 6. Tomás José González Carvajal ....
Salmo 8. Fr. Diego González ....
Salmo 19. Fr. Juan de Soto ....
Salmo 23. Alberto Lista ....
Salmo 31. Pedro Guillén de Segovia ....
Salmo 37. Antonio de Peralta ....
Salmo 45. Pedro Antonio Pérez de Castro ....
Salmo 50. Andrés Bello ....
Salmo 64. Constanza Ossorio ....
Al Salmo 70. Cristóbal Cabrera ....
Salmo 83. Bartolomé Leonardo de Argensola ....
Salmo 90. Angel Sánchez ....
Salmo 103. Tomás de Iriarte ....
Salmo 136. Juan M. de Jáuregui ....
Cantar de los Cantares. Cap. 1. Fr. Luis de León ....
Cantar de los Cantares. Caps. 1 y 3. Benito Arias Montano ...
Cantar de los Cantares. Cap. 1. Francisco de Quevedo ....
Al margen de un capítulo del Eclesiástico. Vicente Martínez.
Los profetas predicen el nacimiento del Mesías. Cristóbal de Castillejo ....
Paráfrasis de las Lamentaciones o Trenos de Jeremías. Francisco Gregorio de Salas ....
El seno de Abrahán. Juan de Plano ....

SEGUNDA PARTE: CICLO EVANGELICO

I. NAVIDAD

Dios-Hombre. José María Pemán ....
El evangelio de San Juan. Lope de Vega ....
Sobre el evangelio «In principio erat verbum». San Juan de la Cruz ....
Camino de Belén. Francisco de Ocaña ....
El Mensajero. Juan López de Ubeda ....
«In Nativitate Christi». Fr. Ambrosio de Montesinos ....
Ro, ro, ro. Gil Vicente ....
Villancicos. Lucas Fernández ....
Comienza la historia de la Natividad del Señor. Fr. Iñigo de Mendoza ....
Canción para callar al Niño. Gómez Manrique ....
Al Nacimiento del Salvador. Juan del Encina ....
Letra al Nacimiento de Cristo. Juan Alvarez Gato ....
Al parto de la Santísima Virgen. Jorge de Montemayor ....
Villancicos. Pero López Rangel ....
La Virgen, a Nuestro Señor, al nacer. Rodrigo de Rivera ...
Ofrenda de los pastores. Hernán López de Yanguas ....
Nace la rosa. Esteban de Zafra ....
Villancico. Joaquín Romero de Cepeda ....
Al Nacimiento. Fr. José de Sigüenza ....
Villancicos en el Nacimiento del Hijo de Dios. Lope de Vega.
Al Nacimiento de Dios. José de Valdivielso ....

Páginas

En el Nacimiento del Salvador. Luis de Góngora 202
En el Nacimiento del Hijo de Dios. Bartolomé L. de Argensola 208
Villancico. Alonso de Ledesma Buitrago 210
Al Nacimiento. Luisa de Carvajal y Mendoza 211
Al Nacimiento. Fray Gabriel Téllez (Tirso de Molina) 211
Romance al Nacimiento de Cristo. F. de Arteaga Paravicino. 212
Vamos todos al portal. Francisco de Borja 213
Al Nacimiento. Francisco de Borja 214
Al Nacimiento. Antonio Mira de Amescua 217
Al Nacimiento. Sor Violante do Ceo 218
Letra al Nacimiento del Niño Jesús. Isabel de Jesús 219
Dios esta en la tierra. Fernán González de Eslava 220
Al Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Antonio de Solís. 221
Villancico al Nacimiento de Jesús. D. de Torres Villarroel. 222
¿Que lleva la Virgen bella? Fray Alonso Ortiz 223
Llego la deseada feliz hora. Alonso Martín Braones 224
Al Nacimiento. Ana Abarca de Bolea 224
Al Nacimiento. Miguel de Colodrero 225
Al Niño Jesús. Juan Díaz Rengifo 226
Escucha, pastorcillo. Gaspar de los Reyes 227
El portal de Belén. Francisco de Avila 228
Amoroso pastorcillo. Dionisio Villanueva y Ochoa 229
Al Nacimiento de Jesús. Angel de Saavedra, Duque de Rivas 230
Al Nino Jesus. Ventura de la Vega 230
El Nacimiento. Nicomedes Pastor Díaz 231
Al Nacimiento de Jesús. José Amador de los Ríos 233
Nochebuena. Antonio de Trueba 233
El Belén. Eduardo González Pedroso 235
Madre, ¿qué le llevaré? Francisco Navarro Villoslada 236
Ofrendas de los pastores. Juan Valera 237
La Navidad. J. P. de Espinosa y Cutillas 240
La queja del establo. Rubén Darío 242
Soneto pascual. Rubén Darío 243
Jesucristo. Alejandro Nieto 243
Cántico de Navidad. Miguel de Unamuno 244
Pastorcillos de Belén. Adriano del Valle 245
Sacra Familia. Rafael Laffón 247
Villancico. Miguel Benzo Maestre 248
La nana nueva. José María Llanos 248
A la fiesta de los santos inocentes. Juan B. Sorozábal 249
Chanzonetas de los inocentes. Alonso de Bonilla 250
Chanzonetas de las Circuncisión de Cristo. Alonso de Bonilla. 253
Canción al dulcísimo nombre de Jesús. María J. Amalia de Sajonia 254
El santo nombre de Jesús. Juan B. Sorozábal 255
Coplas a los reyes orientales. Fray Ambrosio de Montesinos. 256
A la estrella de Oriente. Lope de Vega 258
A los Santos Reyes. Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache 261
Los tres Reyes Magos. Rubén Darío 263
En el día de la presentación. Juan de Jáuregui 264
«Nunc dimittis». Lope de Vega 265
Coplas al destierro de Nuestro Señor para Egipto. Fray Ambrosio de Montesinos 265
A la huida a Egipto. Lope de Vega 268
Llegada de la Sagrada Familia a Egipto Lope de Vega 270
A la vuelta de la Virgen Santísima a Nazaret. Lope de Vega. 271
Al Nino perdido. María do Ceo 275

II. VIDA PUBLICA DEL SEÑOR

Del Bautismo. José de Valdivielso ....
Domingo de las tentaciones. Iñigo de Oyanguren ....
Sobre las ocho bienaventuranzas predicadas por Cristo en el monte. Fray Arcángel de Alarcón ....
La Transfiguración del Señor. Antonio La-Sierra ....
Los divinos milagros. Alonso Martín Braones ....
Coloquio entre Cristo y la Cananea. Alonso de Bonilla ......
El hijo pródigo. Lope de Vega ....
La conversión de la Magdalena. José Somoza ....
Coloquio de la Samaritana. José María Peman ....

III. SAGRADA PASION

La entrada de Cristo en Jerusalén. Joaquín L. Villanueva.
El Jueves Santo. Antonio Cánovas del Castillo ....
Al lavatorio del falso apóstol. Lope de Vega ....
La sagrada Cena. Francisco Duran Vivas ....
El lavatorio de Pedro. Francisco Durán Vivas ....
A la oración del huerto. Lope de Vega ....
Al sudor de Cristo en Getsemani. Bartolome L. de Argensola.
El prendimiento. Diego Ramírez Pagán ....
Jesús ante Caifás. Salvador José Mañer ....
La negación de San Pedro. Francisco Adame de Montemayor.
Lágrimas del apóstol San Pedro. Jerónimo de los Cobos ......
A los azotes de Cristo. Francisco Pacheco ....
A la corona de espinas. Sor Violante do Ceo ....
Cristo ante Pilatos. Jesús García Perdices ....
Encuentro en la calle de la Amargura. Lucas Fernandez ...
Jesús con la cruz a cuestas. José de la Vega Gutiérrez .....
Camino del Calvario. Fray Gabriel Téllez (Tirso de Molina).
La mujer Verónica. Manuel Díez Crespo ....
A Cristo en la cruz. Luis de Góngora ....
Al buen ladrón. Francisco de Quevedo ....
Al alma de Cristo Nuestro Señor en la Cruz. Lope de Vega.
Las siete palabras de Cristo en la cruz. C. de Villarroel.
Primera palabra. Francisco de Quevedo ....
Segunda palabra. Lope de Vega ....
Tercera palabra. Lope de Vega ....
Cuarta palabra. Francisco Durán Vivas ....
Quinta palabra. Adriano del Valle ....
Sediento. Mercedes de Baviera y Borbon ....
Sexta palabra. Fray Pedro Juan Micon ....
Séptima palabra. Anónimo del siglo XV ....
A la Cruz. Antonio Almendros Aguilar ....
Despedida de Cristo de su santísima Madre. Juan Tallante.
El duelo de la naturaleza. Fray Diego de Hojeda ....
A la muerte de Cristo. Francisco de Borja, príncipe de Esquilache ....
A la muerte de Cristo. Bartolome L. de Argensola ....
Las piedras hablan con Cristo. Francisco de Quevedo ....
Cristo crucificado. José Marchena ....
A la muerte de Jesús. Alberto Lista ....
A Cristo crucificado. Luis de Ulloa y Pereira ....
A Cristo crucificado. Gabriel Bocángel y Unceta ....
Hablando con un santo crucifijo en la hora de la muerte. Francisco de Trillo y Figueroa ....
Al Salvador en la Cruz. Juan Eugenio Hartzenbunsch ......

Páginas

Ante un crucifijo. José Velarde 349
Ante el Cristo de la Buena Muerte. José María Pemán ... 353
Al Cristo de la Buena Muerte. Nicolás Fontanillas 356
A Jesucristo Nuestro Señor, muerto en la cruz para salvarnos. Luis Rosales 356
Ante Cristo crucificado. Luis Guarner 357
Al hierro de la lanza. Bartolomé Torres Naharro 357
Exclamación de Nuestra Señora contra los judíos. Bartolomé Torres Naharro 359
El dolor de Nuestra Señora. Alberto Lista 361
Al descendimiento. Lope de Vega 362
El llanto al pie de la cruz. Gómez Manrique 364
A la Virgen María al pie de la Cruz. Dionisio Ridruejo 368
«Stabat Mater». Miguel Benzo Maestre 368
Al entierro de Cristo. Lope de Vega 369
A la soledad de Nuestra Señora. Lope de Vega 371
La cabeza de Cristo. Romualdo Galdós 373

IV. MISTERIOS GLORIOSOS

Redondillas a la Resurrección. Juan de Salinas y Castro ... 375
Himno a la Resurrección del Señor. José Iglesias de la Casa. 376
El triunfo de Jesús. José Musso y Valiente 377
Aparición de Jesús a la Magdalena. Cristóbal Cabrera 379
La Magdalena en la Resurrección. Alonso de Bonilla 379
Al buen Pastor. Miguel de Cervantes 380
En la Ascensión. Fray Luis de León 381
A la Ascensión. Sor Violante do Ceo 382
Alleluia de la Ascensión. Vicente Martínez 383
Galilea, tierra de Cristo. Luis Felipe Contardo 384
Traducción del himno «Veni, Creator». Fr. Diego González. 384
Al Espíritu Santo en el día de Pentecostés. Tomás J. González Carvajal 385
La Santísima Trinidad. Lope de Vega 388

TERCERA PARTE: CICLO EUCARISTICO

Antes de la Comunión. Gregorio Silvestre 391
Al Corazón de Jesús. Gregorio Silvestre 392
Sagrado convite. Benito Arias Montano 393
La Eucaristía, manjar del alma. Fray Luis de León 394
Dificultad. Fray Luis de León 395
Preguntas de amor. Fray Luis de León 395
Estando para comulgar. Baltasar del Alcázar 396
Al Santísimo Sacramento. Baltasar del Alcázar 396
Letrilla eucarística. San Pascual Bailón 398
Al Santísimo Sacramento. Fr. Damián de Vegas 399
Maravillas de Dios en la Eucaristía. Fr. Damián de Vegas ... 399
La Gloria es premio de la Fe. Fr. Damián de Vegas 400
La vida del alma. Fr. Damián de Vegas 400
Con su vida me convida. Luis Barahona de Soto 401
Amor de Dios en la Eucaristía. Fr. Diego Murillo 402
Antes de llegarse a recibir. Antonio de Maluenda 402
A Jesús sacramentado. Antonio de Maluenda 403
Medicina del alma en la Eucaristía. Juan López de Ubeda ... 403
Cómo ha de llegarse el alma a la comunión. Juan López de Ubeda 404

Páginas

En la cena del Cordero. Juan López de Ubeda 404
Abre, cristiano, los ojos. Juan López de Ubeda 405
Angeles.. Juan López de Ubeda 405
Romance de un alma devota después de la comunión. José de Valdivielso 406
Letra al Santísimo Sacramento. José de Valdivielso 407
El Pan que veis soberano. Luis de Góngora y Argote 408
Al Santísimo Sacramento. Luis de Gongora y Argote 409
Esta sí es comida. Luis de Góngora y Argote 409
Oveja perdida, ven. Luis de Gongora y Argote 410
Rebelde y pertinaz. Luis de Góngora y Argote 411
Prenda y paga de amor. Bartolome L. de Argensola 411
Amad. Bartolomé L. de Argensola 412
Al Santísimo Sacramento. Pedro de Espinosa 413
Traducción de la Secuencia del Santísimo Sacramento. Félix de Arteaga 413
Reconocimiento propio y ruego piadoso antes de comulgar. Francisco de Quevedo 416
A una iglesia muy pobre y oscura. Francisco de Quevedo ... 416
Advertencia para los que reciben el Santísimo Sacramento. Francisco de Quevedo 417
Al Santísimo Sacramento. Francisco de Borja y Aragón ... 417
La Eucaristía, prenda de amor. Francisco de Borja y Aragón. 418
Soneto al Santísimo Sacramento. G. Bocangel y Unzueta. 419
Secuencia de la festividad del Corpus. Juan M. de Jáuregui. 419
El colmenero divino. **Fray Gabriel Téllez (Tirso de Molina).** 423
Del sacro pecho divino. Fray Pedro de Padilla 424
Pan de vida. Pedro Calderón de la Barca 425
Manjar de los fuertes. Pedro Calderon de la Barca 426
«Tantum ergo». Pedro Calderon de la Barca 426
Símbolos proféticos de la Eucaristía. Pedro Calderon de la Barca 427
La voz de la apostasía. Pedro Calderón de la Barca 428
Símbolos proféticos de la Eucaristía. Pedro Calderon de la Barca 430
Al Santísimo Sacramento. Sor Violante do Ceo 431
Liras al desacato que se hizo al Santísimo Sacramento. Sor Marcela de San Félix 432
Al Santísimo Sacramento. Antonio de Solís Rivadeneyra 433
«Panem de caelo». Agustín Moreto 436
«Pange, lingua», de Santo Tomas. Ignacio de Luzán 438
A Jesús Sacramentado. Félix José Reinoso 439
¡Oh pan excelente! Juan de Pedraza 440
Gustemos, mortales. Alberto Lista 440
La última Cena. Juan Nicasio Gallego 442
Después de la Comunión. Miguel Agustín Príncipe 444
Al santísimo Cuerpo de Nuestro Señor en la hostia consagrada. Antonio Aparisi y Guijarro 446
Imelda. Jacinto Verdaguer 448
Pan del cielo. Jacinto Verdaguer 450
La Cena. Jacinto Verdaguer 451
La consagración del pan y del vino. Salvador Rueda 452
Hostia. Miguel de Unamuno 453
Vino. Miguel de Unamuno 454
Eucaristía. Miguel de Unamuno 455
Cantemos al amor. Restituto del Valle Ruiz 455
¡Gloria al primer comulgante!... Juan F. Muñoz Y Pabon ... 457
Consagración. Juan F. Muñoz y Pabon 460
«Spes». Rubén Darío 464

Páginas

Al Papa de la Eucaristía. Alberto Risco 465
El misacantano. José María Gabriel y Galán 467
El Sacramento del Altar. Ricardo León 469
Oración para después de comulgar. Pablo Cavestany 470
La primera Comunión. Eleuterio Calatayud García 471
Motete para la Comunión. Miguel Benzo Maestre 472
Oda al Santísimo Sacramento. Lope Mateo 472
Oración de un misacantano por el ayudante. Ramón Cué ... 475
Los cuatro nombres. Ramón Cué 476
Tu cuerpo. Francisco Aparicio 477
A Jesús Sacramentado. Rafael Laffón 478

CUARTA PARTE: CICLO VIRGINEO

I. MISTERIOS

A la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora. Bachiller Céspedes 481
La Inmaculada Concepción. Fr. Pedro de Padilla 482
A un cuadro de la Inmacula Concepción. C. de Virués 485
A la Inmaculada Concepción. Fray Damián de Vegas 485
A la Inmaculada Concepción. B. Carrasco de Figueroa 489
A la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora. Tomás de la Vega 490
A la Purísima Concepción. Bartolomé L. de Argensola 492
A la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora. Francisco de Borja y Aragón 494
A la Concepción de Nuestra Señora, pidiendo la definición de este misterio. Antonio de Solís 495
A la Inmaculada Concepción de María. Agustín Moreto ... 496
A la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora. Francisco de P. Núñez y Díaz 496
Oda a la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora. José María Blanco y Crespo 499
La Inmaculada Concepción. Alejandro Nieto 500
A la Purísima Concepción. Adriano del Valle 501
Salmo de las campanas en la mañana del día de la Purísima. José María Pemán 502
La Natividad de María. Lope de Vega 505
Presentación de María en el templo. Diego de Oseguera 510
Desposorios de San José y Nuestra Señora. Juan de Salinas y Castro 512
Desposorios de María y José. Joaquín Navarro 513
Desposorios de María y ausencia de José. Antonio de Escobar 514
Los temores de San José. Antonio Hurtado de Mendoza ... 516
La anunciación. Fr. Iñigo de Mendoza 517
La salutación angélica. Fr. Hernando de Talavera 519
La anunciación del arcángel Gabriel a la Santísima Virgen. Francisco Hernández 522
Anunciación. Juan de Valdés 523
La Anunciación. Adriano del Valle 524
El cántico de Nuestra Señora. Pedro de Quirós 525
Parida y doncella. Sebastián de Horozco 525
La Virgen Madre. Nicolás Núñez 526
La Virgen en Belén. Miguel Cid 529
El santo Simeón a Nuestra Señora. Pedro Soto de Rojas 530

Páginas

La Purificación de Nuestra Señora. J. M.ª Vaca de Guzmán. 531
A Nuestra Señora del Destierro. Antonio de Solís 532
La Visitación de la Virgen a Santa Isabel. Fr. Ambrosio de Montesinos 534
A la despedida de Cristo nuestro bien de su Madre Santísima. Lope de Vega 536
El dolor inefable. Manuel Gonzalez Hoyos 538
A María Santísima de los Dolores. Ramon de la Cruz 539
Dolores de María. José M.ª Gabriel y Galán 540
La Virgen al pie de la cruz. Jose Zorrilla 541
«Pietá». Manuel Díez Crespo 547
«Mater Dolorosa». Ramon Castelltort 548
La bajada del Calvario. M. R. Blanco Belmonte 548
A Nuestra Señora de la Asuncion. Sor Violante do Ceo 550
A la Asunción. Vicente Espinel 551
A la Asunción. Agustín de Tejada y Páez 553
A la Asunción de Nuestra Señora. Pedro de Vargas Machuca. 555
A la Asunción de la Madre de Dios. Bartolome L. de Argensola 558
A la Asunción de Nuestra Señora. Juan M. de Jáuregui 561
A la Asunción de Nuestra Señora. T. J. González Carvajal. 562
Coplas a la Asunción de Nuestra Señora. Manuel Montañés y Montealegre 564
Coronación de María. Pedro de Espinosa 565
Coronación de la Emperatriz de los Cielos. Pedro Soto de Rojas 565

II. ALABANZAS Y LOORES

Cantiga 207. Alfonso X 567
Oración a Nuestra Señora. Pedro López de Ayala 567
Gozos de Nuestra Señora. Arcipreste de Hita 568
Los gozos de Nuestra Señora. Iñigo López de Mendoza 571
«Monstra te esse matrem». Hernán Pérez de Guzman 572
Loores e suplicaciones a Nuestra Señora. Gómez Manrique. 573
Cantigas en loor de Santa María. Alfonso A. de Villasandino. 574
Cantiga de Nuestra Señora. Juan del Encina 575
«Ave Maris Stella». Cristóbal de Castillejo 576
Loores de Nuestra Señora. Cristóbal de Mesa 577
«Ave, Maris Stella». Fray Juan de Soto 578
A la Virgen Nuestra Señora. Fray Diego Murillo 578
Al nombre de María. Sor Juana Ines de la Cruz 580
La primera flor del Carmelo. Pedro Calderon de la Barca. 580
A la Virgen. Cristobalina F. de Alarcon 581
A Nuestra Señora. Sebastián de Cordoba 581
A la Virgen María. Luis Pérez 584
A la humildad de Nuestra Señora. Cristóbal Cabrera 588
A Nuestra Señora. Miguel de Cervantes 589
Epítetos a la Sacratísima Madre de Dios. Antonio La-Sierra. 590
Canción a la Virgen Nuestra Señora. Francisco de Ocaña. 595
Oración a la Virgen, Nuestra Señora. Juan de Narvaez 596
Himno a la Santísima Virgen María. Manuel M.ª de Arjona. 596
A la Virgen María. Amado Nervo 597
Ave María. Rafael Laffón 598

Páginas

III. ADVOCACIONES DE LA VIRGEN

Virgen del Amor Hermoso. Vicente Wenceslao Querol 599
Virgen de las Angustias. Victoriano Rivas 600
Virgen de Archidona. Pedro de Espinosa 600
A la Virgen de Atocha, por la salud de Felipe III. Luis de Góngora 601
Virgen de la Aurora. Alfonso Verdugo y Castilla 602
Virgen Blanca de Vitoria. Miguel Herrero 602
Virgen del Carmen. Luys Santa Marina 603
Virgen del Castañar. Germán Sierra 604
Virgen de la Cueva Santa. Diego de Torres Villarroel 605
Virgen de los Desamparados. Eduardo L. del Palacio 608
Virgen de la Esperanza. Manuel Machado 609
Virgen de la Fuencisla. Juan Eugenio Hartzenbusch 610
Virgen de Guadalupe. Pedro López de Ayala 611
Virgen de Loreto. Adriano del Valle 611
Virgen del Mar. Manuel González Hoyos 612
Virgen de las Mercedes. Andrés Bello 613
Virgen de Montserrat. José Amat 614
Virgen de las Nieves. Eleuterio Calatayud 614
Virgen del Pilar. Leandro Fernández de Moratín 617
Virgen del Recuerdo. Julio Alarcón 617
Virgen del Rosario. Sor Violante do Ceo 619
Virgen del Rosario. Miguel Herrero 620
Virgen de la Victoria. Luys Santa Marina 620

QUINTA PARTE: CICLO HAGIOGRAFICO

Santa Prisca. Antonio Angel de Frávega 625
Descensión de la Virgen a la Iglesia de Toledo a imponer la casulla a San Ildefonso. Cristóbal de Mesa 627
A San Juan Crisóstomo. Gaspar Lozano y Regalado 628
A San Ignacio, obispo y mártir. Gaspar Lozano y Regalado. 628
A San Blas, mártir. Félix de Arteaga Paravicino 630
A Santa Dorotea. Fernando González de Madrid 630
¡San Matías! José Manuel Pabón 631
A San Raimundo de Peñafort. Bartolomé L. de Argensola 632
Vida de Santo Tomás de Aquino. Leonardo Manuel Fryma. 633
A San Juan de Dios. Juan de Ferreras 635
Al Santísimo José. Lope de Vega 636
A San Francisco de Paula. Alonso de Bonilla 636
A San Isidoro. Félix José Reinoso 637
Al señor San Pedro Mártir. Pedro Soto de Rojas 639
A San Marcos. Alonso de Bonilla 640
A la Santa Cruz. Cristóbal de Castillejo 640
A San Sebastián. Francisco de la Torre y Sevil 641
A Santa Mónica. Francisco de Borja y Aragón 641
A San Isidro. Lope de Vega 642
San Felipe Neri. Autor anónimo 643
San Fernando. Juan Antonio de Vera 645
Al santo rey Don Fernando. Fernando de Herrera 645
A San Acacio. Cristóbal de Villarroel 647
A la conversión de San Pablo. Lope de Vega 647
A San Antonio de Padua. Lope de Vega 648
A San Juan Bautista. Francisco de Borja y Aragón 648
A San Juan Bautista. Alonso de Salas Barbadillo 649

Páginas

A San Pedro, en una borrasca. Francisco de Medrano 650
Al glorioso Apóstol San Pedro. Sor Violante do Ceo 651
A San Pedro. José Antonio Porcel 652
A San Cristóbal. Francisco de Rioja 653
A San Cristóbal, mártir. Fray Paulino de la Estrella 653
A San Cristóbal, en idea de convocación de Cortes. Vicente Sánchez 654
A San Bartolomé. Francisco de la Torre y Sevil 655
A Santiago, patrón de España. Alonso de Ledesma 655
Al Apóstol Santiago. Federico García Lorca 656
A San Cayetano. Gabriel de Atarbe 658
A San Francisco de Asís. Jerónimo de Cancer y Velasco 659
A Santa Clara, virgen. Iñigo López de Mendoza 660
A Santa Clara, virgen, con el Santísimo Sacramento en las manos. Gaspar Lozano y Regalado 660
A San Bernardo. Manuel Montañés y Montealegre 661
Santo Tomás de Villanueva, el limosnero. Fr. J. Cantón ... 661
San Miguel. Miguel de Unamuno 662
A Santa Teresa. José A. Butrón y Mújica 663
San Ignacio en Montserrat. Hernando Domínguez Camargo. 664
A San Pedro de Alcántara. Gabriel Bocángel y Unceta 666
Al día de Todos los Santos. Joaquín Romero y Murube 670
A San José de Calasanz. Luis Carrión 671
A San Agustín. Juan de Tarsis, conde de Villamediana 671
La Degollación del Bautista. Joaquín Lorenzo Villanueva ... 972
A la Santísima Cruz. Francisco de Figueroa 673
A San Cosme y San Damián, mártires. Gaspar Lozano y Regalado 673
A mi ángel. José García Nieto 674
A San Francisco de Asís. José María Semprún Gurea 674
A San Francisco de Asís. José María Pemán 675
Al patriarca San Bruno. Fray Paulino de la Estrella 677
A San Francisco de Borja. Francisco López de Zárate 678
A un altar de Santa Teresa. Pedro Calderón de la Barca ... 679
A San Jerónimo haciendo penitencia. Cristóbal Cabrera ... 680
A San Martín. Lope de Vega 680
A San Diego de Alcalá. Lupercio L. de Argensola 682
A San Francisco Javier. J. de Tarsis, Conde de Villamediana. 682
Al señor San Nicolás. Pedro Soto de Rojas 683

SEXTA PARTE: CICLO ASCETICO-MISTICO

I. LOS NOVISIMOS

Razonamiento que face con la muerte. Juan de Mena 687
El miedo de la muerte. Juan de Aramburu 688
«Dies Irae». Pedro de Quirós 689
La muerte. Beato Diego José de Cádiz 690
Meditación. Eusebio Rey 691
A la muerte. Federico Balart 691
El Juicio final. Cristóbal de Castillejo 692
El Juicio final. Alonso de Acevedo 693
El Juicio final. Serafín Estébanez Calderón 694
Al Purgatorio. Francisco de Borja y Aragón 696
El cuerpo presiente su gloria. José María Pemán 696

Páginas.

II. CONVERSION Y PENITENCIA

Afectos de un alma arrepentida. Pedro López de Ayala 698
Misericordia de Dios. Fernán Pérez de Guzmán 699
Adiós al amor del mundo. Juan Rodríguez del Padrón 700
Meditación. Cristóbal Cabrera 700
Romance de un alma que desea el perdón. Juan López de Ubeda 701
Llamada de Cristo. José de Valdivielso 702
Oración a Dios Nuestro Señor. Francisco de Medrano 703
Llanto conocido por último remedio. Pedro Soto de Rojas ... 703
Ternezas. Pedro Soto de Rojas 704
Lucha interior. Francisco de Rioja 704
Batalla espiritual. Juan Bautista de Avila 705
A Jesucristo. Lope de Vega 705
El buen Pastor. Lope de Vega 706
Meditación. Fr. Pedro de los Reyes 706
Acto de contrición. Anónimo 706
Afectos de penitencia. Juan de Rojas y Ausa 707
Oración. Ignacio de Luzán 708
Antes de la confesión. Miguel Agustín Príncipe 709
La hora del buen amigo. Eleuterio Calatayud García 710
Plegaria. Adelardo López de Ayala 711
Coloquio. José María Pemán 711
«Domine, ut videam». Manuel Machado 712
Cristo. Rafael Sánchez Mazas 713
Oración. Juan Mújica 713
Invocación al Señor. Rafael Morales 714
Súplica. M. García Ramos 714
Arrepentimiento. Fernando Sánchez Monís 715
La flor nueva. Joaquín Romero Murube 715
Salmo inicial. José María Valverde 716

III. SENTIMIENTOS RELIGIOSOS

El Sacro Monte de Granada. Luis de Góngora 717
La catedral de Toledo. Pedro Calderón de la Barca 717
Fragmento de la descripción del Paular. Gaspar M. de Jovellanos 718
Descripción del convento de Carmelitas de Bilbao. Félix María Samaniego 719
La catedral de Sevilla. Angel de Saavedra (duque de Rivas). 720
La abadía de Veruela. Gustavo Adolfo Bécquer 723
La catedral. Gonzalo de Castro 724

IV. LA VOCACION RELIGIOSA

La Orden del Carmen. Jorge Salinas y Azpilicueta 726
La Cartuja Real de Zaragoza. Miguel de Dicastillo 726
La Sagrada Orden de Predicadores. Fray Pedro Gracián. 728
A doña Francisca de Argote, que se hizo monja. Luis de Góngora 729
A una señora que se metió monja carmelita descalza. Francisco de Francia y Acosta 730
Afectos de sor Rosalía María de Jesús en su entrada en el convento del Angel, trayendo consigo a su hija sor María Bernarda. Sor Ana de San Jerónimo 731
Las ermitas de Córdoba. Antonio Fernández Grilo 732
Vocacion sacerdotal. Miguel Benzo Mestre 734

V. ASCETICA

Cántico interior. Fray Justo Pérez de Urbel ....
Ofrecimiento. Ramón Castelltort ....
Coronas. Cristina de Arteaga ....
La entrega y el camino. Juan Bautista Bertrán ....
Hastío de las criaturas. Ricardo García Villoslada ....
Sequedad de purificación. Angel Martínez ....
Dependencia de Dios. Manuel Linares ....
La huella de Dios. Francisco X. Lucas ....
Amanecer. Leopoldo Eulogio Palacios ....

VI. VIA ILUMINATIVA

Recurso a Cristo. Vicente Wenceslao Querol ....
Confidencia a mi Cristo. Jorge Blajot ....
Soledad de Cristo. Leopoldo Eulogio Palacios ....
Amor. Luis Muñoz-Cobos ....

VII. MISTICA

Cantar a lo divino. Juan Alvarez Gato ....
Noche obscura del alma. San Juan de la Cruz ....
Cántico espiritual. San Juan de la Cruz ....
Llama de amor viva. San Juan de la Cruz ....
Aspiraciones de vida eterna. Santa Teresa de Jesús ....
Otra glosa sobre los mismos versos. Santa Teresa de Jesús.
Glosa. Santa Teresa de Jesús ....
Villancico. Santa Teresa de Jesús ....
Glosa sobre estas palabras: «Dilectus meus mihi». Santa Teresa de Jesús ....
El pajarillo. G. Parra (sor Fancisca de Santa Teresa) ......
Canción. Sor María de la Antigua ....
Afectos de amor de Dios. Luis de Carvajal y Mendoza ......
A una ausencia de Dios. Sor Marcela de San Félix ....
Canciones en que Dios descubre el camino para que las almas vayan a El por la escala secreta de la oración. Isabel de Jesús ....
Quejas del amor místico. Fray Pedro Malón de Chaide ......
Canciones espirituales. Fray Pedro Malón de Chaide ......
Desposorios espirituales. José de Valdivielso ....
La Jerusalén celestial. Fray Marco Antonio de Camós ......
Herida que da vida. Juan de Rojas y Ausa ....
Andúvete buscando de noche en mi lecho, ¡oh amado de mi alma! Diego Suárez de Figueroa ....
Gozo del alma arrepentida que descansa en Cristo su Esposo. Pablo Cavestany ....
Pasaste, Jardinero. Cristina de Arteaga ....
La hermana paloma. María de Madariaga ....

INDICE DE AUTORES ....
INDICE DE PRIMEROS VERSOS ....

Páginas

737
738
739
739
740
741
742
743
743

745
746
747
748

749
750
751
755
756
757
758
758

758
759
760
762
763

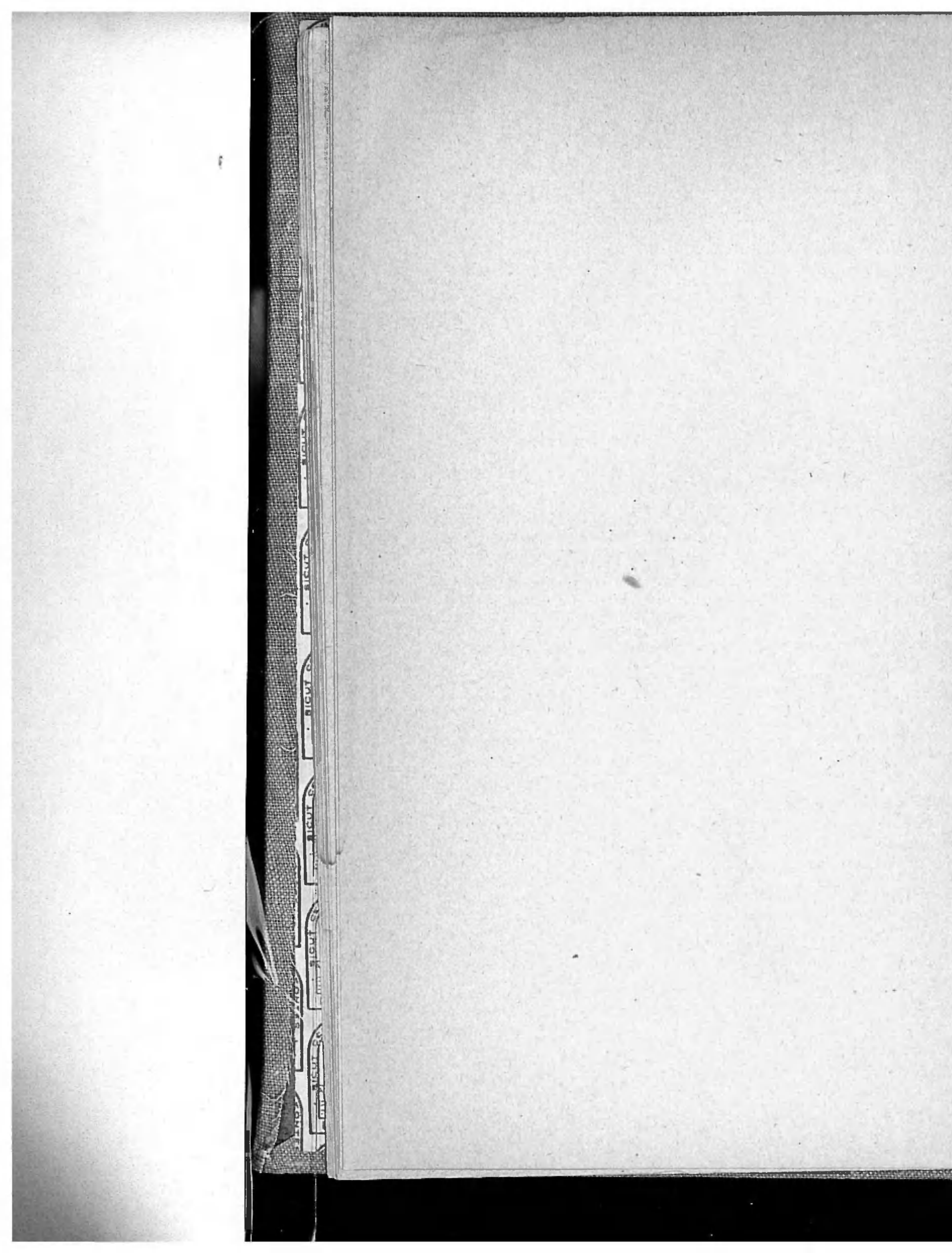
764
766
769
772
773
775

776

779
782
782

785
789

ESTUDIO PRELIMINAR



ESTUDIO PRELIMINAR

Por JOSE MARIA PEMAN
De la Real Academia Española

De intento, a esta colección de la poesía sacra española se le ha dado el nombre ancho de SUMA—el que llevó la más amplia recopilación de la teología medieval—para anunciar un contenido extenso, difuso, un poco torrencial. No hemos querido sugerir en ese título ideas de encogida selección; ni flor, ni ramillete, ni manojo, al uso pío de la devoción decimonónica; ni exigente antología de poesía pura y refinada, al modo actual. Hemos querido prevenir al lector con ese título de la intencionada abundancia del libro. Hemos querido, tras ese título, entregarle una imagen, lo más vivaz y robusta que hemos podido, del sentimiento y la expresión religiosa de España.

Forzosamente, no podía esa imagen ser una retocada miniatura; ancho retablo tenía que ser, si había de algún modo de reflejar la posición poético-religiosa de un pueblo que fué «católico» no sólo de un modo adjetivo, sino de un modo substancial, programático y proselitista; y que por añadidura, por la riqueza imaginativa y expresivista de su psicología, fué, por esencia, desbordado, fácil y abundante en sus formas de creación estética. La «poesía religiosa» española es, por definición, en el substantivo y en el adjetivo, el encuentro de dos abundancias. No podía ser encogida y refinada la antología que quisiera reflejar el maridaje de una fe secularmente desparramada en acción militante y una poesía tradicionalmente despilfarrada en expresión barroca.

En otras literaturas europeas, lo religioso es «uno de los tonos», digámoslo así, de su totalidad. Hay en ellas

una veta, un capítulo religioso, con su modo o estilo especial, al lado de los otros modos o estilos profanos. Así, en la literatura francesa, habrá, a partir del Renacimiento, un tono naturista a lo Rabelais, o escéptico y racionalista a lo Montaigne; una tradición de humor *gaulois*, todo ello puramente laico y humano. Así, en Italia habrá todo un capítulo escénico de *comedia del arte*, que es puro *divertimento* estético, sin influencia religiosa. Este mismo régimen siguen las letras españolas durante la Edad Media. Hay toda una zona separada de poesía religiosa—cantigas, poemas de vidas de santos, etc.—con su tono propio y definido, al lado de una poesía independiente, amorosa o épica, de distinto sello y estilo. Así, el romancero, por ejemplo, puede decirse que es un tono laico de nuestras letras medievales. La historia española, las leyendas caballerescas, un poco de las fábulas mitológicas, son sus temas. Apenas hasta muy entrado el siglo XV encontramos ningún romance de tema absolutamente religioso, como aquel: «Tierra y cielo se quejaban,—el sol triste se escondía», que incluimos en nuestra SUMA...

Este régimen de nuestras letras medievales, que es el régimen general europeo, el régimen de la cristiandad—al fin y al cabo, régimen de plenitud cristiana, en el que lo profano y lo religioso conviven en paz y concordia, sin pugna, pero sin confusión—cambia radicalmente en España al comenzar nuestro siglo de oro, sobre todo al llegar, con el reinado de Felipe II, nuestra consolidación política y cultural. Por circunstancias históricas que no es necesario recordar al lector, la parte católica de nuestro pensamiento y ser nacional se convierte entonces en substancia proselitista del Imperio. Se hace divisa, definición y programa. Desde ese momento, el sentido católico va a tomar en nuestras letras una postura especial como la va a tomar en nuestra historia. A una nación convertida totalmente en brazo armado de la cristiandad va a corresponder una literatura transida totalmente de sentido religioso.

Los límites de la poesía religiosa y la profana se van, en mucha parte, a esfumar y borrar, como los límites entre la política y la propaganda religiosa, entre la guerra imperialista y la cruzada de fe. La poesía religiosa no va a ser ya un capítulo organizado de las letras hispánicas, con límites fijos y tonos propios: el hálito religioso

poético va a estar presente en todo, como un clima, como una impregnación de ambiente. No habrá en esa hora género español que no tenga su versión «a lo divino»: el libro de caballerías, el villancico glosado, la comedia, el entremés, todo será traído, más o menos forzadamente, al coto de lo religioso. Los modos más característicamente humanos de nuestras letras serán, sin interrupción de tono, llevados a los temas divinos. El conceptismo, que parece hecho para agudezas de salón, aprovechará sus sutilezas y discreteos para meterse por los laberintos de un escolasticismo ya decadente. El culteranismo prestará sus adornos paganos a las más puras líneas ortodoxas, como en las mejores piezas del plateresco: «nereidas a millares» llevarán a España el cuerpo de Santiago Apóstol en la oda de fray Luis; Atlante y Hércules será Cristo con la cruz a cuestas en el soneto de Quevedo; Cupido será el Niño Dios en alguna letrilla de Lope. La impregnación difusa y total de lo católico sobre nuestra poesía la marcará ya con sello indeleble para mucho tiempo. Todavía en el siglo XVIII, tan laico y racionalista, el frío Moratín pagará su tributo poético en un soneto a la Virgen del Pilar, y ya en el siglo XIX, ni los más filantrópicos y masónicos neoclásicos a lo Alberto Lista dejarán de tener sus versos religiosos ni el más indocumentado romanticismo dejará de manejar, a su modo, una teología adulterada y una Edad Media contrahecha. Será preciso meterse muy en el siglo XX, pasado ya el «modernismo», con sus cartujas y anunciaciones rubenianas, para ir a encontrar algún poeta español, como Juan Ramón Jiménez, absolutamente limpio de todo elemento religioso o, mejor dicho, católico-positivo.

Ya se comprenderá que hecho de tal modo original como el de esa poesía religiosa española, tan total y absorbente, sólo podía ser reflejado en una «Suma» torrencial y viva, donde, en cierto modo, aludida y reflejada estará toda la historia, y todos los temas, todos los estilos, todos los poetas. Este era el imperativo de esta colección y éste ha de ser, si alguno tiene, su valor. En estas páginas, desperdigados y a trozos, pero casi sin fallo ni laguna, podrá encontrarse toda una Biblia poética y un evangelio, y una teología, y una mística, y una ascética. Varia, desordenada y ambiciosa, apenas dejó rincón alguno de esos cercados sin hurgar y explorar la poesía española.

No ha de tener, pues, esta SUMA un solo valor de recreo y paladeo estético. Aspiramos a que tenga un gran valor documental, como expresión poética de todo aquel volumen de pensamiento católico-español hecho substancia de nuestro ser, de nuestra historia. En estas páginas están las intuiciones y contemplaciones, las flores, los requiebros, los sollozos y las aleluyas con que adornó España su grande y esencial tarea imperial y católica. Este es el libro que recoge la última flor de nuestro hacer y la última vibración de nuestro querer y nuestro pensar.

De un modo formal, esa característica inevitable de esta SUMA requería la disposición que se le ha dado, sin otro orden que el orden conceptual y lógico del mismo tema religioso considerado en su totalidad. No damos aquí la poesía religiosa de España en una sucesión cronológica y escolar, de poetas, estilos y épocas, como si lo principal fuese la poesía. La damos en una sucesión orgánica de temas religiosos—Antiguo y Nuevo Testamento, mariología, Eucaristía, mística, ascética, santoral—, como dando la preferencia al asunto mismo. Más que una antología de la poesía religiosa de los poetas españoles, es un panorama de la religión poética de España.

Sabemos cuánto pugna esto, a primera vista, con la más moderna y estilizada posición ante el fenómeno de la poesía. Sabemos que los últimos estudios sobre la creación poética, en su zona psicológica, en su primera raíz anímica, intuitiva, conducen a valorar cada vez más por sí mismo el «flúido poético», con independencia del tema sobre que recaiga. Una posición demasiado actualista—quizá ligeramente acatetada—frente a nuestro empeño, nos hubiera conducido a un mucho más reducido y limado breviario de piezas selectas y puras del Parnaso español, donde acaso «lo religioso» fuese, más que tema y asunto, vibración o clima, difusa intuición sin contorno, lo menos ladeada posible hacia toda precisión dogmática y positiva. Puede que así hubiéramos dado una cucharadita de ambrosía para algunas almas selectas, y no dudo que sinceramente religiosas, de nuestra hora; pero hubiéramos dejado de dar su parte a la poesía en el gran documento religioso que esta BIBLIOTECA quiere dar a los españoles.

Además, habríamos sido anacrónicos. Esa pureza y

asepsia de la poesía sólo ha podido producirse y desearse cuando la creciente organización de tantas y tantas «técnicas» ha ido absorbiendo toda la parte conceptual, reflexiva y aun didáctica que antes se adhería al puro fenómeno poético, y dejando a éste cada vez más desnudo y libre. Es el mismo proceso ocurrido en todas las artes. ¿Qué duda tiene que a medida que la fotografía ha ido recogiendo mil menesteres áulicos y documentales que antes cumplía la pintura, ésta, libre ya del compromiso cortesano de dar supervivencia a sucesos y ceremonias, ha podido ser cada vez más pura y simplemente pintura? El pincel de Cézanne pudo dedicarse más libre y gozosamente a pintar unas naranjas o una jarra de barro cuando el objetivo fotográfico se dedicó a recoger los sucesos humanos. Del mismo modo, la poesía de un James, de un Milosz—incluso, fuera del terreno ortodoxo, de un Rilke—, puede dedicarse a captar las más delgadas sutilezas de la emoción religiosa cuando ya su parte conceptual, articulada o dogmática, ha sido recogida por otras técnicas.

Pero aplicar este enfoque a nuestro gran documento poético y religioso de la eterna España sería un anacronismo. Apenas habríamos de encontrar para nutrir esa selección sutil unas cuantas poesías de San Juan de la Cruz, puras como las cumbres de la mística; aquel cielo platónico y aquella música pitagórica de fray Luis y algunas muestras del mejor Lope, casi puras y etéreas a fuerza de impurezas y humanidad maceradas... Fuera de esto y poco más, todo el resto de la poesía católica española es poesía en función militante y activa: metida por los intersticios todos de la vida temporal, impurificada gloriosamente de polémica y de catequesis. La mitad de nuestra poesía «concepcionista» es poesía de argumentación dialéctica contra los impugnadores del dogma; gran parte de la poesía calderoniana es, hecha verso, la escolástica de la gracia y el libre albedrío; mucha de nuestra poesía de Eucaristía es poesía catequística para la enseñanza popular del misterio; casi toda nuestra poesía de pasión y de nacimiento tiene, al lado de su valor estético, un valor didáctico de figura y bulto escolar. ¿Cómo prescindir, para reflejar el fenómeno poético-religioso de España, de toda esta zona de gloriosa impureza adherida a él por los más generosos afanes proselitistas?

Hagámosnos, pues, un ánimo ardiente y gozoso para

entrar en esta selva de la sacra poesía española, considerándola poesía viva, colorista, directa, ancha como el cielo y la tierra, de aquella enorme «democracia frailuna», según definió Menéndez y Pelayo, por cima de catalogaciones más técnicas, a la nación española del siglo de oro. Poesía para todos—catecismo, manifiesto y programa de un pueblo—, tiene como fondo y base de sustentación un tejido elemental de temas y enfoques absolutamente positivos y concretos: la *Grande y general historia*, del Rey Sabio, y la *Historia de España*, de Mariana, proporcionan la base histórica universal o española; luego, el Evangelio y la Historia Sagrada, la base bíblica; las *Sentencias* de Pedro Lombardo (suplementadas con las discusiones de la época, como las de dominicos y jesuítas, que tuvieron entonces categoría de «actualidad deportiva»), la base teológica. Todo esto, más unas pinceladas de mitología de tipo ovidiano, formaban el cimiento positivo y documental: las verdaderas «humanidades» españolas. Sobre esta base, el ingenio personal español, fértil y exuberante por naturaleza, borda sin límite ni contención toda su poesía religiosa. De aquí, como de un trampolín, salta alguna vez a las más altas regiones de la mística; muchas, a las más varias consideraciones ascéticas; otras, a las más tiernas o vehementes reacciones humanas o personales. Sólo alguna vez se pierde en simples juegos de palabras o conceptos.

Ya se comprenderá que una poesía así lastrada con esa cantidad de elementos positivos rara vez es pura poesía. La poesía religiosa española siempre tiene asunto, perfil y figura, y aun moraleja y reflexiones. Pero rara vez también es puro asunto, pura moraleja o pura narración sin estar transida, aquí o allá, de felices hallazgos, de versos insuperables, de plenas efusiones poéticas.

Lo más maravilloso de todo esto—y señal evidente de la absoluta autenticidad que nutre radicalmente el fenómeno—es la fácil unidad en que se juntan y resumen tantos elementos varios. Acaba Josef de Valdivielso, en su hermosa paráfrasis del cántico de los mancebos del horno de Babilonia, de llamar bellamente a la luna «sol blanco de la noche negra», y a la lluvia, «ornamento de los campos», cuando con la mayor naturalidad nos dirá que la tierra le paga a esa lluvia «a letra vista—con siempre provechosos alimentos». El término actualista y ban-

cario no logra romper del todo el ambiente de égloga en que se viene moviendo el poeta. Como no logra romper la gracia poética de aquel romance de Lope a *Cristo con la cruz a cuestas* aquel término, tan procesal y de la época, del pregón que van echando sus verdugos: «Esta es la justicia...» No; los poetas españoles están de antemano colocados en un plano tan unánimemente religioso y temporal, popular y poético, que todo en ellos se funde y amalgama sin inarmonía, como en los predicadores misionales. A veces, de esa propia amalgama del término sencillo y doméstico con la imagen poética nace su misma gracia. Así, en el mismo salmo de Valdivielso, aquel gesto inefable con que los montes presentan al cielo

> ... en *salvillas*
> de alegres yerbas, olorosas flores
> de bullicioso aljófar salpicadas.

Lo mismo podría decirse de la fraseología más popular y folklórica, que toma su sitio, con un absoluto desembarazo, al lado de las más cultas expresiones. La más alambicada y sutil de nuestras posiciones poéticas, el conceptismo, es la mejor amistada con la fraseología popular. Ledesma y Bonilla llegan en esto a extremos absolutos; y Quevedo, para cantar el terremoto y rompimiento de piedras de la muerte de Cristo, se entretiene en un soneto en exprimir todos sus sentidos y sacarle todos sus arabescos y entretelas al popular modismo «dádivas quebrantan piedras».

Pero si se quiere aún prueba más definitiva, bastará leer aquel diálogo o especie de «canto menipeo» de Lope de Vega *A la expectación del Hijo de Dios*. Los pastores que dialogan se llaman nada menos que Lauro, Delio y Ergasto. Uno de ellos, al comienzo, invoca a Thalia, Melpómene y Clío. A cada instante aparecen ecos de la más arcádica zampoña de Teócrito, Virgilio o Garcilaso. Y al lado de esto, los pastores, para ir al portal, previenen, como dádivas, un queso, que, por el detalle de estar conservado en una «tinaja de aceite incorruptible», se está viendo perfectamente que es manchego; y unos madroños «como cuentas de corales», que no cabe duda que son del Guadarrama, aunque pocos versos más allá las rosas hayan de ser de Jericó y las uvas de Engadí. Pero todo se funde admirablemente. La égloga resulta una delicia,

como debía resultar aquel canasto universal y colorista donde los pastores llevaran tan abigarrados dones y presentes.

Con el ánimo ancho y total con que fué creada hay que abordar esta impura y magnífica poesía religiosa española. No está hecha, sino rara vez, después de haber dejado el cuidado «entre las azucenas olvidado». Poesía en pleno cuidado y desvelo temporal es toda ella, afanosa de ser entendida: llena de tierra, pueblo y hora.

Y téngase en cuenta que ni el místico olvidadizo de las azucenas, el frailecito ensimismado y agitado de las soledades y los caminos, podía del todo separar sus sandalias de la tierra española. Que cuando van Amado y Alma buscándose y burlándose por aquellos vericuetos de montes y de valles, se las ingenia para, tras el heptasílabo inicial de una de sus «liras», romper el endecasílabo siguiente en el pentasílabo de su primer hemistiquio y obtener así, cortando la grave marcha de su *Cántico espiritual*, el zarandeo gracioso de aquel ritmo:

Apártalos, Amado,
que voy de vuelo...

San Juan ha logrado introducir en su culta y pura poesía una seguidilla... El pueblo está siempre rondando el esfuerzo religioso y poético de España.

Por eso, esta Suma Poética está llena, como la España que la creó y cuyo espíritu refleja, de absoluto conformismo. Espejo de la expresión poético-religiosa de aquel bloque compacto, unitario en fe y pensamiento, de la España imperial, no es ésta selección de preferencias personales ni hallazgos inusitados. La promoción de poetas que desde sus diversos siglos a ella concurren es, como si dijéramos, la «oficial» y académica. No ha producido la rebusca sorpresas ni hallazgos inusitados. No podía producirlos, tratándose de los nombres y valores de una literatura montada sobre esos soportes democráticos y comunales que acabamos de analizar.

La existencia, casi desconcertante, de dos promociones o quintas de poetas, una para la crítica selecta y otra para la popularidad, que hoy puede advertirse muy acentuadamente, es un fenómeno novísimo y de insospechadas consecuencias, que sólo ha podido producirse por el esta-

blecimiento, hace una veintena de años, de la «crítica» como entidad propia, organizada y de cotidiana intervención. Las artes viven hoy día sometidas a una continua introspección, que va separando con su sensibilidad profesional y cansada unos valores puramente gremiales y de oficio que a menudo discrepan de los que tiene por suyos la sensibilidad general del público.

Esto no podía ocurrir en las épocas clásicas. Los nombres que ellas nos han deparado y que concurren a esta antología eran señalados de un modo unánime y casi plebiscitario. No había más cera que la que ardía bien a la vista de todos. Probablemente, el panorama real y popular de nuestra literatura en el siglo de oro difería bien poco del capítulo del texto escolar que hoy lo resume. Aparte de los casos de auténticos nombres populares como el de Lope de Vega o Calderón, ¿qué duda tiene que la gloria del culto y difícil don Luis de Góngora, por ejemplo, la elaboró, mucho más que ninguna crítica profesional, una ancha veta de la sociedad española, una cierta burguesía letrada y de profesores liberales, real consumidora de sus libros? Como a Quevedo lo llevó hasta el pueblo una previa fama lograda en el mundo cortesano y político; como a San Juan de la Cruz lo proclamaron gran poeta, antes que todos los críticos, un anchísimo público eclesiástico, monacal y devoto, que encontraba en su poesía un auténtico alimento para sus fervores espirituales... También, pues, por este lado entendemos nuestra SUMA POÉTICA refrendada por una aprobación colectiva y cargada de un gran valor de representación.

Hechas estas indicaciones formales acerca del criterio y modo de formación de esta SUMA, establecido como fundamental en ella su valor de documento de la conciencia católica española, será lo más útil, antes de abandonar estas páginas prologales, hacer algunas indicaciones breves que ayuden al lector a esa principal utilización del libro; o sea, que le orienten y le pongan en la pista para encontrar en las poesías que siguen cuanto en ellas expresan y reflejan las más características posiciones de la piedad española.

Desde luego, como ya ha quedado indicado antes, hay en la raíz del hecho poético-religioso de España una primera nota de absoluta originalidad: la posición de unanimidad y conformismo frente al tema sagrado. La más

abundante poesía sacra española es la expresión de su unidad religiosa. Se la oye nacer de un pueblo que no duda, que no vacila, que no teme siquiera que a veces sus palabras puedan ser mal interpretadas. Quizá es esto incluso un obstáculo con el que lucha la pureza y calidad de nuestra poesía sacra. La falta de toda contradicción, de todo recelo, tiende a hacer nuestra poesía religiosa un poco «casera», a acortar distancias, a familiarizar expresiones. Los temas más altos y sutiles se manejan en ella a veces con la desenvoltura con que se manejaban aquellas cuerdas y carruchas por las que los ángeles bajaban al tabladillo de los autos sacramentales.

Algunas veces esta familiaridad se manifiesta simplemente en el terreno formal. Así, por ejemplo, cuando Quevedo se enfrenta con la tarea de traducir y versificar nada menos que el tremendo monólogo de Job: *Pereat dies qua natus sum...*, que es la pieza más desgarradora que en la literatura universal existe para expresar el problema cósmico y universal del Dolor, Quevedo no se cree en el caso de cambiar de registro—y él los tenía muy varios y empinados en su rico órgano poético—sobre aquella fluidez de romance popular con que otras veces ha cantado sus cuitas y sinsabores domésticos, y así, el gran salmo del dolor queda convertido en unas endechas sueltas y graciosas:

¿Por qué no fuí de mi madre
muerto en las entrañas mesmas?
¿Y por qué mi sepultura
no fué mi cuna primera?

Pues ¿y aquel San José de Lope de Vega, celoso, como cualquier marido de sus comedias, ante la misteriosa preñez de su esposa?

Afligido está José
de ver su esposa preñada,
porque de tan gran misterio
no puede entender la causa...

Otras veces, la familiaridad aparecía en el traslado al tema religioso de los estilos más laicos y actualistas de las letras humanas. Así, sobre todo, aquella tentadora «agudeza y arte de ingenio» que durante siglo y medio fué el más tremendo obstáculo de toda profundidad poética. Era la sociedad española del XVII una sociedad brillante, llena de

vitalidad, ansiosa de lucir, impaciente por lograr cuanto apetecía. Por hacerse notar, el español de entonces aceptaba fácilmente en el trato social el menor esfuerzo de lo centelleante y aparente. El hallazgo de «un concepto», de un retruécano verbal muchas veces, era fatal para el poeta. Seguro del efecto inmediato de su agudeza, no sabía resistir la tentación de experimentar hasta sus últimas gotas. No digamos nada en este punto de los viciosos del género, como Ledesma o Bonilla. A este último le basta encontrar una metáfora popular, desconcertante, que aproxime y achique la estatura del más alto tema, para lanzarse por la pendiente hasta el abismo. Así aquellas redondillas *A la lanzada del costado de Cristo*, en las que, habiendo topado con una metáfora entre la lanzada deicida y la sangría del cirujano, se enreda, sin saberse apartar de su hallazgo, en una intrincada selva de comparaciones médicas y farmacéuticas, en los que la esponja avinagrada, que ya es «una purga provechosa», y el ayuno del desierto, que ya es «dieta de cuarenta días», y la llaga del costado, que ya es «una ventosa», se van llevando el tema hacia la más plebeya domesticidad y apartándolo cada vez más de toda emoción religiosa y de toda augusta grandeza. Ni el mismo Lope, español como el primero y como el primero impaciente de notoriedad popular, pudo resistir el hallazgo en aquellas coplas de fray Ambrosio de Montesinos, de aquel símil familiar de la cruz de Cristo y el lecho del moribundo:

> El Rey de la gloria
> ya se muere y llama
> con la cruz por cama...

Se apodera del arabesco, le vuelca toda su facilidad imaginativa y verbal, y hace aquellas endechas donde apenas su joven gracia infalible podrá salvar el prosaísmo fundamental de la metáfora:

> Vuestro esposo está en la cama,
> Alma, siendo vos la enferma...

Y callemos piadosamente, como buenos amigos de Lope que somos, aquellas mayores debilidades suyas, casi infantiles, que nos hacen mover la cabeza con un sonriente y amoroso reproche. Así, cuando puesto a cantar aquel dramático episodio de *Amón y Tamar*, no puede resistir

la tentación de hacer al paso, como un niño revoltoso, una pirueta verbal:

Amón, que para *amor* se diferencia
en la postrera letra solamente...

He querido, de intento, lanzarme a fondo desde el primer instante sobre este aspecto familiar, casero, que es el más característico y desconcertante de nuestra poesía sacra, para prevenir desengaños, orientar interpretaciones y encajarlo, desde luego, en su pleno sentido representativo. Que de esta especialísima y única posición de la poesía española frente al tema sagrado resultan positivamente fallos y disminuciones de la plenitud poética, es evidente. Hay quien a veces ante ese panorama inmenso, con ingenuidad de «nacimiento» y bullicio de barrio popular de las letras religiosas de España, ha sentido tentaciones de envidia hacia aquel empaque solemne y litúrgico con que por aquellos días parafraseaban los salmos davídicos los puros alejandrinos de Racine... Por eso, he querido rápidamente acudir a colocar, al lado de esa observación que pudiera parecer desilusionante, la compensadora indicación de su valor documental y representativo. Esa familiaridad, en algún momento turbadora para la poesía, es inapreciable para la exégesis histórica. Aquélla es, por esencia, la poesía *antiprotestante* de la hora: familiar, realista, en la missma medida en que el protestantismo era desnudo e iconoclasta. Era la poesía de un pueblo sin resabio herético, sin duda ni vacilación, que podía, sin peligro de irrespetuosidad, acercarse familiarmente al San José encelado y dirigirle una cuchufleta al bíblico enamorado de Tamar. Racine, con su limpio verso selectísimo, se iba yendo lejos, lejos del pueblo. Tan lejos, que el sentimiento religioso francés pudo encontrarse un día encerrado en su coto separatista y galicano o levantado en su pino y displicente sagrario jansenista. Esta, en cambio, de los San José celosos y los Longinos cirujanos, con sus desmayos y caídas, es, por lo menos, la poesía sanguínea e intrépida de un pueblo en plenitud de fe, en compacta homogeneidad de pensamiento y acción.

Para encontrar en nuestra poesía sacra un tono de polémica y argumentación hay que pasar toda la primera zona del credo y el dogma. El dogma no es para la poesía

española agonía ni angustia: es plenitud, es quietud de certeza, como la Biblia es doméstica seguridad. Es menester meterse muy dentro del dogma mismo, llegar al terreno último de lo opinable, para que el poeta español acepte el combate y se decida a un tono de polémica con los de casa. La única poesía de aire dialéctico del Paraíso sacro español es la poesía «concepcionista», que, antes de llegar a su interior jardín florido de requiebros y letanías, tiene, como adarve y almena, una primera zona exterior de polémica y defensa. Para llegar a las dulces octavas murillescas de Cristóbal de Virués:

> Alrededor de la figura santa,
> mostrando su virtud y sus loores,
> aquí un árbol se muestra, allí una planta,
> y allá un cerrado huerto con mil flores.
> ... ...
> Y una sierpe mortífera, enconosa,
> abierta la cabeza y quebrantada
> se ve tendida estar sin fuerza alguna
> ante sus pies, que estriban en la luna;

para llegar, digo, a esas octavas de puro requiebro o a aquellas barrocas ponderaciones de Carrasco de Figueroa, que amontona para pintar a María todo lo más rico del vocabulario y de la historia natural, hay que pasar por aquellas afiladas redondillas de fray Pedro de Padilla, con sus aristas conceptuales y su precisión argumental:

> Y pues llegáis a rogar
> por un pueblo condenado,
> claro está que en su pecado
> no habéis de participar;
> que no será buen tercero
> para con juez indignado
> el que estuvo sentenciado
> por sus ofensas primero.

Estamos ya en un terreno absolutamente polémico. Se admite un adversario, se admite una duda. Pero es porque seguimos estando en el interior de la casa: en el centro opinable del dogma, y la disputa es también doméstica y familiar.

Es el gran enemigo exterior y protestante, al que no se le concede una vacilación ni se le da plaza para un combate. Aquí sí. Aquí la pétrea seguridad da entrada a un

razonar chispeante y gracioso, que en Antonio Solís será una versión metrificada y frailuna del *potuit, decuit* escotista:

Niégueme una de estas dos
que *pudo*, es cierto; que *quiso*
lo que pudo hacer por vos,
también parece preciso...;

en Esquilache será un razonar casi heráldico, de tertulia cortesana:

Si los hijos de sus padres
toman el fuero en que están,
¿cómo pudo ser cautiva
quien parió la libertad?;

en fray Damián Vegas será un escolástico recuento metrificado de los textos escriturarios pertinentes. No abandona tampoco esta polémica el tono casero, pero de su propia dureza saltan, en ocasiones, chispas de la más pura poesía. Así aquel original y gracioso argumento de Antonio de Solís:

Si Dios fué *ab eterno* amante
de vuestra interior beldad,
¿quién da en Dios lo disonante
de amar una eternidad
para olvidar un instante?

Ese concepto humanizado y conmovedor, por el que la culpa en María sólo podría ser admitida como un olvido, como un nublado del amor divino hacia ella, alcanza, por su misma sencillez ingenua, un alto valor poético. Como en las mismas quintillas de Solís logra después la gracia y el movimiento documental de un cuadrito de vida española aquel juramento que los caballeros de Alcántara, a quienes va dedicada la poesía, hacen de la «piadosa creencia», con la intrepidez extremista, muy española, del apóstrofe:

No puede ser caballero
quien otra cosa dijere.

Y, sobre todo, aquella hosca y gremial atribución del honor frente a los caballeros enemigos:

Nadie en fiesta que es tan vuestra
del hábito azul se acuerde,
pues aun la salve nos muestra
que sois del hábito verde,
pues sois esperanza nuestra.

Ni en la parte que tiene de polémica ni en la que tiene de quieta seguridad afirmativa deja de ser, pues, la poesía que se recoge en esta SUMA animado reflejo de la conciencia religiosa de aquella España. También lo es, en lo mucho que tiene de «moralismo», de afán de dar a todo tema una derivación ética, un declive senequista y casi refranero. Consecuencia lógica de cuanto va dicho es esta actitud; taponada, frente al tema religioso, la escapada crítica, vedada la vertiente intelectual, es el enfoque moral el que predomina. Los temas bíblicos rara vez son tratados de otro modo que como pretexto para hacer rebotar sobre ellos una «moraleja», a veces lejanísima, por su enfoque concretamente actualista, costumbrista y español, de la substancia profunda y universal del texto. Del conde de Rebolledo podría entresacarse todo un original y verdadero «fabulario bíblico», en que los lances y episodios de la Escritura, como ayer los de las «aves y animalias» del *Calila,* sirven de ejemplo para toda clase de menudas consideraciones sobre el honor, los tiranos, las mujeres y los casamientos. Otra postura antiprotestante es este manejo casero de la Biblia, a cuyo «examen» no le es permitido otra «libertad» que la de estas leves e ingeniosas aplicaciones éticas. Del poema de Sansón frente a Dalila sacará Lope por toda consecuencia aquel endecasílabo vivo y directo de galán escarmentado:

¿Qué espera el hombre que en mujer se fía?

Idea que remacha Antonio Henríquez en otro bello desconocido *Sansón y Dalila,* en octavas reales, exuberante y romántico como el poema sinfónico de Saint Saens, donde el caso bíblico sólo sirve para dirigir una graciosa amonestación a los petimetres de la corte, a los que llama «hijos de Venus, jóvenes de espuma», «narcisos de este siglo», y a los que, invitándoles irónicamente a seguir su oficio de galanteadores superficiales y espumosos, les dedica este precioso endecasílabo:

¡enamorad la nata de los mares!

¿Pues qué decir de aquel soneto a Jeremías, que sirve a Quevedo para, hombreándose con el poeta bíblico, con su tono integristón y hosco, ponderarle los mayores males de su siglo; y aquel *David penitente,* que en otro soneto

sirve al príncipe de Esquilache para explayar su monarquismo de buen español del seiscientos; y aquel gracioso *Absalón*, de Lope de Vega, hecho imagen casi mítica de los cortesanos vanos, que, prendidos por los cabellos de que se ufanan, acaban suspensos entre cielo y suelo, sin tocar apenas, de puro livianos, la tierra de sus ambiciones patrimoniales?... Españolísimo y antiprotestante hasta la medula es este desenfadoso manejo paremiológico de la Biblia. Quevedo, en su *Política de Dios*, quería hacer de la Escritura casi la constitución del Estado. Esta veta de poesía sacra la hace casi el refranero y el prontuario ético de la sociedad.

Ya se comprenderá que esta postura radical de nuestras letras sacras viene a resolverse en una nota general, que podríamos resumir en esta sola palabra: popularismo.

En realidad, toda la historia de España está montada sobre dos líneas o acciones fundamentales, que, aunque en algunos instantes felices se concuerdan, difícilmente se confunden y amalgaman: una línea popular, localista, folklórica, y otra línea clásica, romanista. Aquélla nos da nuestra vitalidad épica, ésta logra nuestro perfil estatal europeo. A cargo de esta fuerza, heredera de Roma, corren los grandes momentos constructivos de Imperio; a cargo de aquella otra, resabio de Africa, las no menos grandes horas elementales, instintivas, de recobro de un mínimo vital de libertad: la Reconquista, la Independencia.

La poesía española sigue un poco este mismo vaivén extremista, cuyos cabos podían representarse en el terreno piadoso por las dos órdenes religiosas que más profundamente han influído en la sensibilidad española: los franciscanos, la orden medieval, romántica, popular, y los jesuítas, la orden moderna, imperial y barroca. Entre un villancico ingenuo de fray Ambrosio de Montesinos y un soneto retorcido y salomónico del conde de Villamediana como linderos, se desarrolla todo el panorama de nuestras letras. Pero se engañaría quien en estos extremos viera una divergencia. El término contrapuesto del romanticismo naturalista y franciscano sería el clasicismo. El bulto plástico antípoda del humilde «nacimiento» de figuras de barro sería el altar escurialense a lo Herrera. Pero esto no se logró. El neoclasicismo puro fracasó en España, como fracasaron las tragedias a lo Virués o a lo Bermúdez. El

extremo que se opuso en contradicción a lo popular y romántico fué «lo barroco». En la Iglesia española, lo que está a dos cuartas del «nacimiento franciscano» es el retablo jesuítico dorado y contorsionado. Y esto es popularismo también; esto es un esquema clásico ahogado de expresivismo delirante, tembloroso de formas imaginativas. Si el franciscanismo es popularismo ingenuo, el jesuítismo será popularismo enfático. En una línea o en otra, el pueblo está siempre presente en la piedad y en la historia de España.

Probablemente, esto se debe a que esa función vigilante y defensiva de la pura entidad nacional, de su simple mínimo vital de libertad e independencia, que atribuyo a la acción popular, fué siempre en España una urgencia y una necesidad. Nunca tuvimos el sosiego suficiente como para dedicarnos a una obra puramente constructiva de minorías cultas y selectas, descuidadas de toda tensión popular de afirmaciones y defensa. Apenas durante el siglo XVIII—y por eso es la hora única del neoclasicismo—se logró una pausa de vida cortesana y administrativa, bien pronto interrumpida por la urgencia popular de la «francesada».

No es, pues, extraño que, en general, el panorama de nuestras letras, y más el de nuestras letras religiosas—tan expresivas de lo más amado y quebradizo de nuestra vigilancia nacional—, aparezca absolutamente ladeado hacia el popularismo. Desde Berceo hasta el grupo franciscano de los Montesinos y Padillas, y hasta el grupo pastoril de los Encinas y Gil Vicentes, corre todo un primer capítulo de ingenuidad y ternura que se dilatará por el infinito jardín de Lope, tan gemelo en su domesticidad pintoresca de la *Sagrada familia del pajarito,* del pintor sevillano de las santas cacharreras y los angelitos barrigudos. Ni es tono éste que se pierde cuando nuestra poesía, aclimatada al aire más tibio de los salones alfombrados, se hace más alambicada y conceptuosa. Nunca logró el retorcimiento estilístico ser en España pura agudeza cortesana. A cada momento sigue siendo zapateta de feria para atraer al rústico a su tenderete de sermón y catequesis. Todo le sirve para sus travesuras de ingenio y sus pinceladas de cartelón llamativo. Todo: el abecedario, por ejemplo, con el que un poeta juega así ante el portal:

—Blas, si llora Dios, ¿por qué
dice Be, pues Dios es A?
—Porque es corderillo ya
y dice a su madre Be...;

y las notas de la escala, que servirán a Lope para una inacabable metáfora sobre la base de ser María el «sol»; y las horas del reloj, que serán empleadas por el mismo Lope para este juego trinitario, de brillantez pedagógica:

Un reloj he visto, Andrés,
que sin verse rueda alguna,
en el suelo da la una
siendo en el cielo las tres...

Y torno a decir que no es todo esto patrimonio exclusivo del registro menor o villanesco. No. Si Lope juguetea así con las horas, Quevedo, en un entonado soneto de arte mayor, juguetea lo mismo con los signos del Zodíaco, pues el sol está en el Cordero y no en Taurus. y el signo de Virgo se ha mudado de lugar. Es el retablo barroco, a dos pasos del «nacimiento» franciscano: la arquitectura de gran traza, pero, en definitiva, por su bailoteo delirante, igualmente popular.

Esta es la primera zona original expresiva de nuestra poesía sacra. Hay que hacerse humilde y pasar por ella: hay que tonificar de sanos aires de democracia imperial nuestras exigencias exquisitas, y entonces, tras esta primera prueba, ¡qué regalo! ¡Qué premio de absoluta poesía! Allí será todo un desbordarse de villancicos, letras, glosas, imágenes; de ternuras maternales, de rusticidades ingenuas, de frescuras campesinas. Nadie meció al Niño Jesús como España, con sus duras manos quemadas de lluvias flamencas y canículas peruanas. Nadie veló con más amor que ella a las puertas de aquella «parida sin cama», al decir de Montesinos, que tenía en sus brazos a aquel «niño claro y Dios secreto». Con el dedo en los labios, ante el ruido luterano del mundo, ella decía con Lope: «Quedito, que duerme aquí», y confesaba su entrega íntima, paralela de sus más universales misiones y empresas, diciendo por boca del mismo:

Yo vengo de ver, Antón,
un niño en pobrezas tales,
que le di para pañales
las telas del corazón.

En España, que fué en su gran siglo «Edad Media continuada», injertada en el Renacimiento, fué donde la piedad romántica, de tono franciscano, exprimió sus últimas gotas de miel. Montó España su piedad católica, tan dura en la intransigencia y en el combate, sobre una conciencia clara de la esencia amorosa de la nueva ley. Ya Alonso de Bonilla había cuajado en un bello símbolo su diferencia con la ley del Sinaí, en su soneto *A Cristo escribiendo en la arena.* Jehová escribe en el muro su dura sentencia contra Baltasar; Cristo escribe en la arena el pecado de la adúltera,

... porque se borrase
con cualquier soplo de arrepentimiento.

Pueblo individualista, de pasiones fuertes, de pecados y arrepentimientos, temeroso de Dios y continuamente necesitado de su gracia, es por este camino de la intimidad de conciencia frente al juez de Amor por donde va a encontrar sus mejores tonos y veneros de poesía. Frente al pesebre mismo de Jesús, donde se promulga la nueva ley de la misericordia, desprendiéndose de sus villancicos franciscanos, empezará a nacer el mejor Lope de los sonetos contritos y turbados:

Antiguamente miraba
en nube, en monte y en fuego,
y en ofendiéndole luego,
del ofensor se vengaba:
mas después que vino, Antón,
donde como hombre suspira,
con unos ojuelos mira
que penetra el corazón...

Es efectivamente este insobornable individualismo español, esta posición personalista del alma individual ante Dios, lo que va a salvar del todo la altura de la poesía religiosa española, amenazada, acaso por su absoluto conformismo, de amanerarse en la repetición de unos temas idénticos y unos inalterables recursos.

Ya en los albores de nuestras letras se ha iniciado ese tono, y apenas ha acabado de decir Berceo, el patriarca, sus «prosas» serenas y objetivas, cuando está ya la voz desgarrada de Juan Ruiz, gritando más que diciendo las primeras poesías marianas del remordimiento y la confian-

za. Poesía de confesonario, de contrición, de dolor íntimo, está admirablemente encajada en esa gran confesión general que es el *Libro de buen amor*.

Mi alma e mi coita he en tu alabanza,
de ti non se muda la mi esperanza...

Desde que el Arcipreste de Hita dijo esto a Santa María del Vado empezó a afilarse la pluma de Lope para escribir la más alta poesía de la intimidad contrita que existe en la literatura universal. Sus «soliloquios», sus sonetos del aplazamiento de la penitencia y los temores en el favor son de todos conocidos. Todo el soneto 16, por su parte, está construído sobre dos palabras continuamente enfrentadas:

Está la majestad de *Dios* tendida
en una dura cruz, y *yo* de suerte
que soy de sus dolores el más fuerte
y de su cuerpo la mayor herida.

«Dios y yo»: he ahí la divisa, humilde y altiva, del individualismo religioso español, que, antes de dar ocasión a la mística más alta de la literatura cristiana, va a nutrir la más íntima y desmenuzada poesía ascética y de conciencia que haya producido ninguna lengua.

Es en esta veta de nuestra poesía sacra donde se empezó a explorar hasta el último rincón ese abismo insondable del «hombre interior», de los matices y clarobscuros del alma, cuyo primer velo se descorrió en el terreno espiritual por San Agustín en las *Confesiones*, y en el terreno profano, por Dante en la *Vita nova*. Era, bien mirado, la utilización del supremo regalo que había traído al mundo la ley de la gracia. Para el mundo antiguo eran borrosas las fronteras de la intención interna y la acción exterior. Edipo es un bloque de mármol empujado por el vendaval de un destino que no distingue entre sus crímenes materiales y sus culpas interiores. En la misma ley mosaica, aquellas tremendas imprecaciones, como la del salmo 108, en la que se pide a Dios que su maldición se entre por las entrañas de los enemigos como aceite, han sido explicadas por los exegetas como producto de la poca distinción que la dura mentalidad antigua judía hacía entre el pecador y su pecado. Todo ese trasmundo de finísimas separaciones de dolo y culpa, de gracia y libertad, alcanza

su más plena floración en esta España de la mística y del «casuísmo», en la que el pueblo se interesa como por dos equipos deportivos en la disputa de jesuítas y dominicos sobre la gracia y el libre albedrío; en la que los confesores llevan al teatro sus experiencias y los pecadores hacen en sonetos su confesión.

Nadie llegó en este camino, en aquella hora, a metas de mayor modernidad que nuestro Lope, adivinador de las más sutiles delgadeces de la piedad actual. El adivinó plenamente ese sentido de «último esfuerzo del Amor» que la piedad nueva había de dar a la vieja devoción franciscana de la llaga del costado.

... y abrió por el santo pecho
tanta herida a Cristo santo,
que se le vió el corazón
como a buen enamorado.

Ese sentido de puerta abierta hacia su Corazón, que El mismo da a su llaga del costado, en las revelaciones a Santa Matilde, a Santa Gertrudis, a Santa Catalina de Siena, y que, al fin, Santa Margarita María convertirá en ese «esfuerzo último del Amor», reservado a los modernos tiempos, en la devoción del Corazón de Jesús, parece todo presentido por Lope en los versos anteriores. Y terminado y completado en aquellos otros en que, cuando va a salirse de un templo sin haber logrado paz ni consuelo, ve de pronto «la llaga del costado», y en seguida:

paróse el alma en lágrimas bañada;
hablé, lloré y entré por aquel lado,
porque no tiene Dios puerta cerrada
al corazón contrito y humillado.

Pero donde esta posición personalista de «Dios y yo» llega a su última meta es en nuestra mística. Ella va a ser la última delgadez y afinamiento de lo más característico de la piedad occidental. Es el Occidente, en efecto, el que pasando la substancia católica al través de las destilerías africanas—neoplatónicas y alejandrinas—, llega, por medio del Pseudo-Areopagita y San Agustín, a esa suprema finura interiorista de la mística. La Iglesia oriental, por su parte, se hace la depositaria de la parte más «clásica» del sentido católico, y es por esencia liturgista, comunal. Quizá previendo sus veleidades separatistas elimina todas las

posturas privadas del alma ante Dios, y se agarra duramente a la liturgia, donde el sujeto actuante es siempre la Iglesia, donde se ora siempre en forma plural.

Es curioso observar este fenómeno típicamente occidental de singularización del hecho religioso en la utilización de libro bíblico que llegó a ser el texto, como oficial, de toda la Mística: el *Cantar de los Cantares*. En su sentido literal y típico, este libro, de acuerdo con todo el carácter del Antiguo Testamento, encaminado a acentuar la elección de Israel, no hace otra cosa sino exaltar esta elección, dando un desarrollo poemático a la metáfora de las bodas de Dios y su pueblo, muy usada en todos los profetas. En un «sentido evangélico», muy propio también de la Escritura antigua, que todo el tiempo prefigura y anuncia la era nueva. significa también la boda de Cristo con la heredera de Israel, o sea la Iglesia; pero siempre, en un caso y en otro. es el epitalamio de una comunidad fiel y su Dios. Es el Occidente el que, ladeando cada vez más el factor individual de la ecuación religiosa, se apodera del *Cantar* para darle un sentido íntimo de matrimonio de Dios con «cada alma». San Pablo es el primero que autoriza a los corintios esa interpretación extensiva, y lícita en cuanto en el amor de Cristo a su Iglesia va, como en su solicitud providente. incluído el amor especial de Cristo para cada alma.

Es conmovedor contemplar, en esta peña extrema del Occidente que es España, después de un largo viaje solar en el que el texto se ha ido humanizando y adelgazando, la utilización valiente y desenvuelta que hacen del *Cantar* bíblico las alma sedientas del gran Amor. Un pueblo libre de recelos luteranos ha empezado. como en todo lo religioso, por «familiarizarse» con la letra del gran libro. Todos los enfoques literarios más temporales y actualistas han recaído sobre él: los piropos y requiebros bíblicos han pasado al teatro religioso, al romancillo devoto. De entre sus versiones múltiples, hemos llevado a nuestra SUMA la perifrástica y poco conocida de Quevedo, maravilla de barroquismo centelleante. Una lengua en plena granazón adulta se presta ya a todas las manipulaciones más audaces. Quevedo, intelectual, sin emoción mística, nos entrega una de las más ricas églogas del Parnaso español:

En un valle de mirtos y de alisos,
que el cielo es jardinero de sus calles,
donde todas las hierbas son narcisos
y el valle es el narciso de los valles,
en quien el sol, con elegantes rayos,
todos los meses los enmienda en mayos...
... ...

Incendio fué del aire con suspiros,
diluvio fué de perlas, con el llanto
amarteló del cielo los zafiros...
... ...

Ya se comprenderá que, tras esa valentía original de la introducción, las palabras del texto son trasladadas con una desenvoltura absoluta:

Sus pechos santos, que lagares fueron
del vino anciano por edad precioso...

Y luego, como siempre, la graciosa alianza de lo familiar entre tanta culta suntuosidad:

... allí en un verde prado
vi, debajo una sombra, una pastora
graciosa y bella, *aunque algo tostadilla*...

Y al final la humanización, casi cruda, de las situaciones, que llegan a hacerse ingenuas de puro realismo:

No des lugar que viendo una doncella
preguntar por pastor entre pastores,
de poca edad y cual ninguna bella,
sospechen liviandad en mis amores;
que yo no busco gusto ni placeres
y ni saben quién soy, ni ven quién eres.

Así familiarizado el texto, en manos de todos—mundanas y cortesanas incluso—, quedaba ofrecido, como en ninguna otra literatura, a la voracidad expresiva de todas las almas místicas. Perdido el miedo, eliminada por la pastorcilla la «sospecha de liviandad», la utilización mística de la palabra y la substancia de los *Cantares* logró en España uno de los núcleos de belleza más altos y relumbrantes de la literatura universal. No es ocasión de internarse por esta selva mágica. Bastará pronunciar el nombre único de San Juan de la Cruz, cuyas canciones son seguramente la más alta cumbre de poesía que se haya logrado en todas las lenguas romances.

El fenómeno de la creación poética de San Juan de la Cruz es uno de los más desconcertantes que pueden presentarse en la literatura. Por una parte, su poesía es la más sabia construcción estilística de nuestra literatura. Reléase para comprobarlo aquel valiente inicio de la *Noche obscura:*

En una noche obscura
en ansias con amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada
estando ya mi casa sosegada.
A escuras y segura,
por la secreta escala disfrazada,
¡oh dichosa ventura!,
a escuras y en celada
estando ya mi casa sosegada.

¿Cabe mayor sabiduría verbal y musical que esos «ritornellos» de versos iguales, esas rimas interiores en «ura», ese artificio todo, que se resuelve en simpleza y naturalidad y acaba dándonos como una sensación viva del movimiento demorado y receloso de aquella fuga que emprende el alma? Y lo mismo luego la onomatopeya silbante de las cinco eses de aquel endecasílabo:

pasó por estos sotos con presura...

Y aquella otra de los cinco monosílabos y los tres «ques» consecutivos para dejarnos en el alma un eco balbuciente, como el que produce la lejana noticia del Amado:

y déjanme muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo...

Y al fin aquella sensación adormilada y huidiza, conseguida por el empobrecimiento de la rima, que hace morir el poema, como un *andante pianísimo,* entre una debilidad de reflexivos y participios:

Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado...

Todo esto parece, a primera vista, sabiduría, técnica, casi artificio. Y así sería si un San Juan de la Cruz dema-

siado artesano, demasiado inclinado sobre sus papeles para trazar una estrategia de acentos y palabras, no fuera excesivamente incongruente con el fraile santo ensimismado y abandonado en Dios que conocemos históricamente. Probablemente nos hallamos ante un doble milagro literario y místico. Probablemente en San Juan ese primer movimiento de la intuición poética, gratuito y luminoso, aun en el orden natural, se confundía, en todo un primer tramo de su mecanismo psíquico, con el movimiento sobrenatural de la contemplación. Probablemente ese mismo movimiento de física mística que se llama «la levitación», y que levanta a veces el cuerpo del contemplativo, se ha dado aquí en su verbo y en su poética. La poesía de San Juan es, probablemente, un caso de «levitación literaria».

Aun humanamente, ese primer movimiento de intuición poética va siempre acompañado de un primer esbozo y embrión de forma, porque no es posible intuir nada sin que en la intuición intervengan en algo los sentidos. Seguramente muchos de esos portentosos hallazgos verbales y rítmicos de San Juan le fueron dados en su mismo movimiento inicial de inspiración poético-mística, como adheridos a la propia fuerza e intensidad de su intuición. Casi puede afirmarse que cuando los críticos y analistas observan hoy que en los setenta y ocho versos primeros del *Cántico espiritual* no hay un solo adjetivo, no comprueban con ello una habilidad técnica del poeta, sino una arrebatada inconsciencia del Santo, que, reproduciendo, sin pensar, en esas estrofas el ritmo veloz de su busca del Amado, así como ni «cogía las flores ni temía las fieras», tampoco adjetivaba las cosas. Y en cambio, cuando luego encuentra al Esposo, estalla la más espléndida sinfonía de adjetivos que se haya nunca orquestado:

Amado, las montañas,
los valles *solitarios nemorosos,*
las ínsulas *extrañas,*
los ríos *sonorosos,*
el silbo de los aires *amorosos.*
La noche *sosegada*
en par de los levantes de la aurora...

Y luego los adjetivos contradictorios, trastrocados, reflejos del terremoto sensorial producido en el Alma:

la música *callada,*
la soledad *sonora...*

Es que ya todo lo saborea, lo huele, lo pesa, lo palpa, gozosamente, recobrado en Dios. Cuando iba en su busca, todos los substantivos le parecían pocos, porque todos podían ser su imagen. Ahora que le ha hallado, todos los adjetivos le parecen poco, porque todos son su resplandor. He aquí un ritmo de sintaxis que en su raíz fué seguramente un ritmo de contemplación...

Hemos llegado con esto a la cumbre más alta de nuestra poesía religiosa. Ha sido la cuestecilla de la devoción individual la que nos ha conducido a ella. Son las almas, por su impulso devoto, las que empezaron a despegar de aquella llanura, un poco chata, de la piedad conformista y antiprotestante de España, un poco mecanizada de unanimidad y popularismo. De esta base llana hemos visto desprenderse hacia la altura, primero, una propensión ética de derivaciones sentenciosas y morales de cada tema; luego, un impulso ascético, de contrición y cuenta de conciencia; al fin, un vuelo místico de amor y contemplación.

Ni aquí, sin embargo, abandona a nuestra poesía el sello típicamente español y representativo. La mística española es también mística antiprotestante; por su humanismo plástico, en Santa Teresa; en San Juan, por su intenso conceptualismo, tan ajeno a toda postura iluminista; por su personalismo hosco, que, prevenido contra todo panteísmo, ni en los grados más altos de la contemplación diluye la propia personalidad. El místico español no concibe la plenitud definitiva de su unión con Dios, de su fruición beatífica, sino aliada con el dogma, tremendamente personalista, de la resurrección de la carne. ¡Con qué plástico regodeo traduce fray Luis de León al Job del oficio de difuntos cuando dice:

Entonces *me será mi piel vestida*
otra vez, y veré a Dios poderoso
en mi carne que ahora está podrida.
Veré a mi Dios entonces muy glorioso
y *ninguno por mí, sino mis ojos,*
con la cual esperanza estoy gozoso.

Y con esta citación del poeta, que quería ver a Dios por sus ojos y revestido de su piel, hemos nombrado la otra cumbre, algo más baja, pero quizá más absolutamente representativa, del mejor sentido católico español. Fray Luis de León es el más «católico» de los poetas religiosos

españoles, en el sentido de que es el que más equilibradamente presenta todos los valores que, sumados, constituyen el hecho «católico». Españolísimo, escriturario, horaciano, es cristiano, católico, romano y español en la más ortodoxa gradación de nuestros adjetivos definitorios. Es el menos individualista de nuestros líricos religiosos, el que refleja la parte más comunal y litúrgica de nuestra fe. Por eso, su cielo es un serenísimo cielo intelectual, cuyo supremo gozo consiste en «contemplar la verdad pura y sin duelo». Por eso, con paso reposado y desenvuelto, de ancha, universal y católica andadura, lo mismo toma sus imágenes de los vecinos campos salmantinos, como aquella «verde oliva» y aquel «pan de valentía» del salmo 103, que de sus libros humanísticos, como aquellas nereidas que empujan por el mar la nave que trae a España el cuerpo de Santiago:

... nereidas a millares
del agua el pecho alzando,
turbadas entre sí la van mirando:
y de ellas hubo alguna
que con las manos a la nave asida,
la aguija con la una
y con la otra tendida
a las demás que lleguen las convida.

Por eso, en fin, es el más exacto y jugoso traductor perifrástico de la poesía impersonal de la Biblia. Su *Job*, sus *Proverbios*, sus *Salmos de David,* sus *Cantares* pierden en gran parte ese sentido personal, ascético o místico, tan español, y pasan a ser piezas casi de breviario. No es que se desprenda fray Luis de ese sentido realista y popular de toda la poesía religiosa española: es que lo funde tan admirablemente con la letra original, lo universaliza de tal modo, que su poesía puede rezarse con la serena objetividad de las páginas litúrgicas. Aquella esposa perfecta de los *Proverbios* salomónicos, aquella que se levanta temprano y «reparte la ración a sus criados» y dobla la ropa de la familia, no es sino otra versión de la «perfecta casada», y, sin embargo, con ser tan castellana, no acaba de dejar de ser absolutamente bíblica. Todo es así en fray Luis, todo está en él centrado en un punto medio equilibrado y perfecto. Su *Job* tiene un realismo de lienzo de Ribera;

Mi carne, consumida en mi dolencia,
tiene mi piel al hueso tan pegada,
que entre los dos no hay casi diferencia.

Y, sin embargo, desde ese mismo terceto inicial, tiene ya su verso no sé qué andadura procesional y solemne que deshumaniza en cierto modo la imagen y la instala plenamente dentro de su sentido universal. Es poesía españolísima; pero es rezo, es salmo, es voz de la Iglesia.

Con estas breves indicaciones, creo que bastará para que el lector que se entra por esta SUMA POÉTICA no se pierda por entre su abundancia y encuentre en todo momento, aparte de su recreo estético, su ilustración documental. He enfocado todas mis advertencias y exégesis hacia la poesía del siglo de oro porque ésta es de tal modo plena y absorbente, que todo lo resume y compendia. De su savia ortodoxia viven todavía los poetas españoles que enfocan el tema religioso. Alguna vaguedad panteísta y seudofranciscana, en el «modernismo»; alguna nada de misticismo estético y sin perfil, de vanguardia, es todo cuanto España ha podido producir en un terreno laxamente religioso, desenganchado del rigor del dogma. Total, nada; algún vagido tembloroso, ahogado por el cósmico rumor de la selva infinita.

Entra, pues, lector, en esta SUMA sin miedo a la abundancia impura, sin ánimo encogido de enfermizo catador de esencias y sutilezas. Ellas te saldrán a cada paso, como lampos de luz, en versos, imágenes y giros. Pero tú busca siempre, con ánimo sencillo, la sana totalidad del gran fenómeno católico y español que aquí te damos. No serás defraudado. Esta es la selva inmensa de la poesía religiosa española. Las flores más bellas te esperan por sus rincones. Pero antes, la selva toda huele gloriosamente a tierra mojada... Tú bebe ese sano olor en tus pulmones, que la tierra es toda de España, y el rocío, todo de Dios.

NOTAS A LA SEGUNDA EDICION

LA presente edición de la SUMA POÉTICA ha sufrido las siguientes reformas, que la diferencian de las ediciones anteriores:

1.ª Se ha conservado la división de la materia poética de la primera edición, por ciclos, añadiendo el ciclo eucarístico, que por el número de poesías que comprende podía constituirse aparte.

2.ª Se ha duplicado casi el número de autores.

3.ª Dentro de cada grupo hemos cuidado de que apenas se repita ningún autor, salvo los de primera categoría.

4.ª Dentro de cada ciclo, siempre que nos ha sido posible, hemos ordenado cronológicamente las numerosas poesías de la misma materia. Donde se dan varias poesías de un tema, van a su vez ordenadas por las fechas de sus autores. En las advocaciones a la Virgen se sigue un orden alfabético. Finalmente, el ciclo hagiográfico conserva su orden del calendario litúrgico.

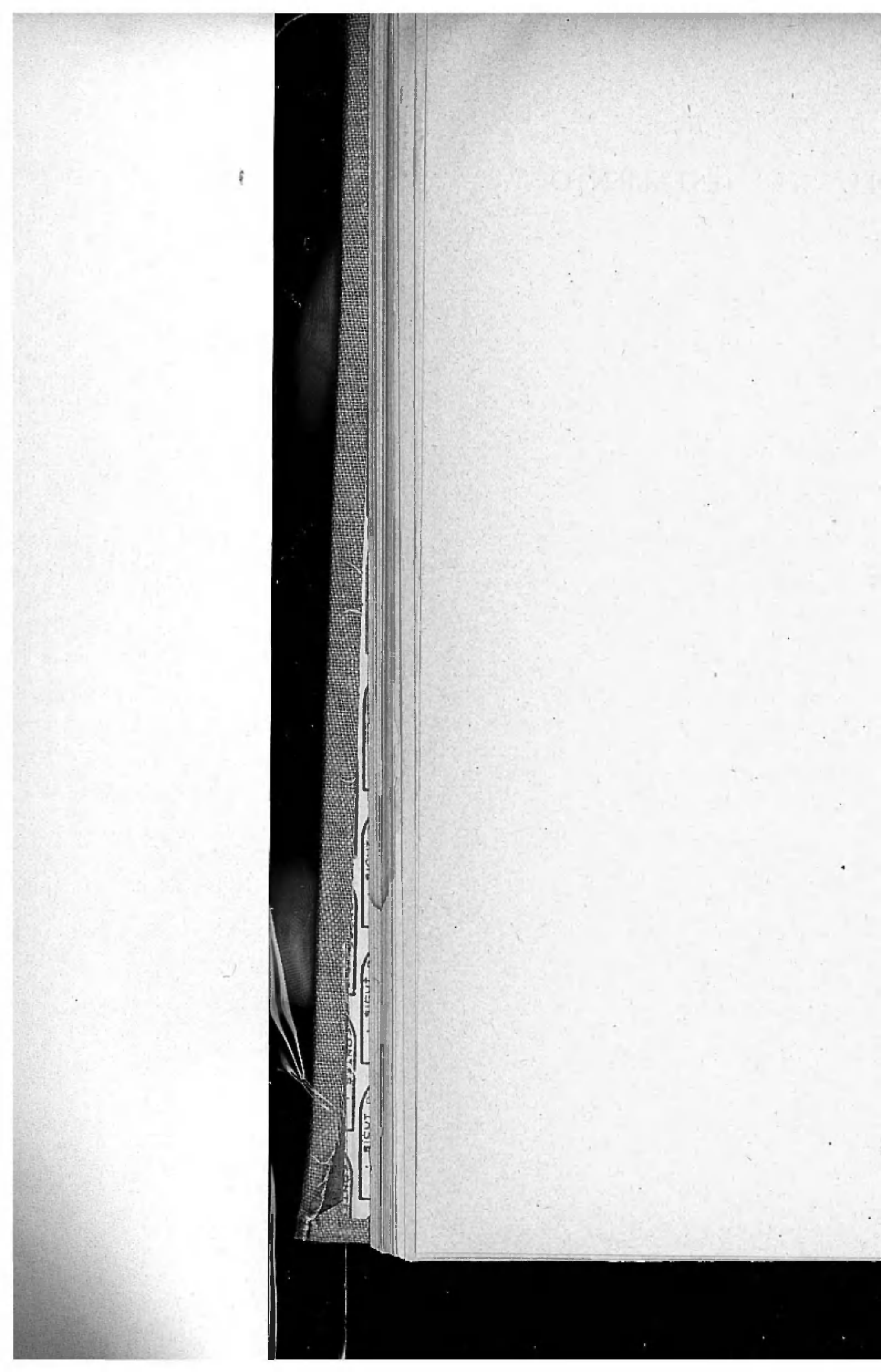
5.ª Debajo del nombre de cada autor hemos puesto la fecha de su nacimiento y de su muerte y la profesión, hábito religioso, cargos sociales o políticos, etc., de casi todos los poetas.

6.ª Al pie de cada poesía consignamos la obra de que ha sido tomada y la fecha de su publicación.

7.ª Se han añadido composiciones de 140 nuevos autores y en total figuran ahora en la SUMA 310 autores. De ellos se insertan cerca de 500 poesías.

PRIMERA PARTE

CICLO BIBLICO DEL VIEJO TESTAMENTO



DIOS

JUDAH LEVÍ

Poeta hispano del siglo XII. Traducción de M. Menéndez y Pelayo

¿A quién, Señor, compararé tu alteza,
tu nombre y tu grandeza,
si no hay poder que a tu poder iguale?
¿Qué imagen buscaré, si toda forma
lleva estampado, por divina norma,
tu sello soberano?
¿Qué carro ascenderá donde tú moras,
sublime más que el alto pensamiento?
¿La palabra de quién te ha contenido?
¿Vives de algún mortal en el acento?
¿Qué corazón entre sus alas pudo
aprisionar tu veneranda esencia?
¿Quién hasta ti levantará los ojos?
¿Quién te dió su consejo, quién su ciencia?

Inmenso testimonio
de tu unidad pregona el ancho mundo;
ni hay otro antes que tú. Claro reflejo
de tu sabiduría se discierne
y en misterio profundo
las letras de tu nombre centellean.

Antes que las montañas dominasen,
antes que, erguidas en sus bases de oro,
las columnas del cielo se elevasen,
tú en la sede divina te gozabas,
do no hay profundidad, do no hay altura.
Llenas el universo, y no te llena:
contienes toda cosa,
y a ti ninguna contenerte puede;
quiere la mente ansiosa
el arcano indagar, y rota cede;

cuando la voz en tu alabanza muevo,
al concepto la lengua se resiste;
y hasta el pensar del sabio y del prudente
y la meditación más diligente
enmudece ante ti. Si el himno se alza,
tan sólo *el Venerando* te apellida,
pero tu *Ser* se ensalza
sobre toda alabanza y toda vida.

¡Oh sumo en fortaleza!
¿Cómo es tu nombre ignoto,
si en todo cielo y toda tierra brilla?
Es profundo..., profundo...,
y a su profundidad ninguno llega.
¡Lejos está..., muy lejos...,
y toda vista ante su luz es ciega!
Mas no tu ser, tus obras indagamos;
tu fe, cual ascua viva,
que en medio de los santos arde y quema;
por tu ley sacrosanta te adoramos;
por tu justicia, de tu ley emblema;
por tu presencia, al penitente grata,
terrífica al perverso;
porque te ven sin luz y sin antorchas
las almas no manchadas;
y tus palabras oyen, extasiadas,
cuando yace dormido
el corporal sentido;
y repiten en coro resonante:
Tres veces Santo Vencedor y Eterno,
Señor de los ejércitos triunfante [1].

GRANDEZA DE DIOS

FRAY FÉLIX LOPE DE VEGA

Estudiante, soldado, cortesano, sacerdote (1562-1635)

Adondequiera que su luz aplican,
hallan, Señor, mis ojos tu grandeza;
si miran de los cielos la belleza,
con voz eterna tu deidad publican.

Si a la tierra se bajan y se implican
en tanta variedad, naturaleza

[1] *Odas, epístolas y tragedias de don Marcelino Menéndez y Pelayo,* en «Colección de Escritores Castellanos» (Madrid 1906), página 299.

les muestra tu poder con la destreza
que sus diversidades significan.

Si al mar, Señor, o al aire, meditando,
aves y peces, todo está diciendo,
que es Dios su autor, a quien está adorando.

Ni hay tan bárbaro Antípoda que, viendo
tanta belleza, no te esté alabando;
yo sólo, conociéndola, te ofendo [1].

LA EXISTENCIA DE DIOS

Lope de Vega

(1562-1635)

¡Oh qué de cosas, Dios mío,
el libro del campo abierto
muestra con tanto concierto
en la orilla deste río
para contemplar en Vos;
pues que la flor más pequeña
me está diciendo y me enseña
que sois Dios!

Estos verdes altos muros,
formados de ramas tantas;
los árboles, que las plantas
bañan en cristales puros;
las aves de dos en dos
por esos aires volando,
van con voz dulce cantando
que sois Dios.

Las flores que nos deleitan
tornasolando los prados,
blancos y rojos ganados
que la verde hierba afeitan;
esos trigos a quien Vos
dais la lluvia celestial,
dicen con aplauso igual
que sois Dios [2].

[1] *Colección de las obras sueltas, así en prosa como en verso. de Félix Lope de Vega,* t. 13 (Madrid, Sancha, 1777), p. 194

[2] De *La ninez de San Isidro,* en «La poesía lírica en el teatro antiguo», Colección de Escritores Castellanos (Madrid 1909).

el ave vuela, el pez las aguas gira
y el hombre entiende y vive!

Mientras más te contemplo y con más ansia
te sigo, más te alejas
y tu bondad inmensa y mi ignorancia
tan sólo ver me dejas.

Más ¿cómo, si los cielos de los cielos
no bastan a encerrarte,
de mi flaca razón los tardos vuelos
llegarán a alcanzarte?

Ella se pierde en el excelso abismo
de tu lumbre esplendente,
y te adora, Señor, por esto mismo,
más ciega y reverente;

pues si le fuera comprenderte dado,
igual a ti sería;
el cetro te quitara y, mal tu grado,
tu trono ocuparía;

pero tú, Señor Dios, vences mi ciencia,
que eternos siglos vives,
y el primero y el último en esencia,
de nadie ley recibes;

Tú, que mueves los cielos, y al profundo
mar linde señalaste,
y con columnas de diamante al mundo
poderoso afirmaste.

Tu solio es el empíreo, y de tus leves
pies, alfombra la tierra,
y hasta el abismo a descender te atreves
y ves cuanto en sí encierra;

de do sobre tus tronos te sublimas,
y velado en luz pura,
del orgullo del hombre te lastimas,
burlando su locura.

Pues, siendo tú mayor que el ancho cielo
y que el mar insondable,
y ante quien nada es, remonta el vuelo
a tu faz adorable;

cuando los serafines, acatando,
Señor, tu inmensa alteza,
los rostros con las alas ocultando
publican su bajeza.

¡Oh riqueza eterna! ¡Oh inmenso abismo!
¡Oh ser, oh luz sagrada!
Tan sólo comprendida de ti mismo
y a mi anhelo eclipsada.

¿Quién eres? ¿Dónde estás? ¿No me respondes?
Préstame tus ligeras
alas y treparé donde te escondes
en las claras esferas.

Más que el viento veloz, al proceloso
Orión, a la aurora,
al aquilón, al austro sin reposo
demandaré en una hora.

Demandaré... ; destierra la osadía
de querer comprenderte,
de mí, ¡gran Dios!, hasta que el alma mía
llegue en tu gloria a verte;

que no es del lodo humilde, en cuanto vive,
tanto alzarse del suelo,
ni con débiles ojos se percibe
la inmensa luz del cielo.

Ella me ofusca, mas del vil gusano
del sol al carro ardiente,
todo tu Ser me anuncia soberano
con lenguaje elocuente.

Yo lo toco, lo siento y, cuidadoso,
en la planta lo admiro,
lo bendigo en el bruto; respetuoso,
lo aliento, si respiro;

pero si, osada, a su inefable altura,
absorta en su belleza,
la curiosa razón trepar procura
por la naturaleza,

ella misma me grita: «¡Oh ciego, tente
en tu afán importuno,
que entrar en su sagrario no consiente
el Excelso a ninguno!»

Los objetos más claros se me mudan
y al revés se me tornan;
de todo mis nublados ojos dudan
y todo lo trastornan;

Que el arder hace al sol, su lumbre ciega;
y una voz en mi oído:
«Contempla, dice, adora, admira y ruega
y gózame escondido».

Yo, así abismado en tanta maravilla,
con miedo reverente
ceso y, humilde, inclino la rodilla
y la devota frente [1].

AL SER SUPREMO

FÉLIX JOSÉ REINOSO

Deán de la catedral de Valencia (1772-1841)

Tú, Señor Dios de Abrán, en cuya ira
saltan los montes de pavor y en humo
ardiendo sube el suelo
del sacro templo sumo,
oye mi voz y al insolente mira
que osó mover su lengua contra el cielo.
Tú, Dios, tú hablas victorias. ¡Oh!, delante
de tu faz va la muerte, tu vestido
de llamas guarnecido.
¿Quién a ti semejante
entre los fuertes es, Jehová guerrero?
Rayos tus ojos son, la voz tu acero.

Tu gloria anuncia el firmamento alzado
en sus lumbres sin fin. Nace fulgente
el sol, y al universo
¡Dios! proclama en Oriente,
¡Dios! el véspero suena; alza nevado
sobre las cimas el semblante terso
la luna, y *Dios* repite; *Dios* el coro
de estrellas en su giro ardiendo clama.
Vuela cual leve llama
el acento sonoro
por el orbe; mas, ciego el descreído,
tapió con ambas manos el oído.

Dijo: «No hay más allá de lo terreno,
mañana no seré. Venid, bebamos;
holguemos este día;
al justo persigamos
y al huérfano infeliz. Cual prado ameno
el opresor florece; en Dios confía,
y es humillado el simple». ¡Ay, Dios, que brama
el desleal! De su furor creciente

[1] *Obras de Félix José Reinoso*, Ed. Bibliófilos Andaluces (Sevilla 1872), p. 11.

nos sumerge el torrente;
en nuestro pan derrama
la hiel; en nuestro pecho, agudas penas;
sus manos, de orfandad y sangre llenas.

¡Y prospera el infiel! Señor, mi planta
resbala y titubea, yo ardo en celos
por la paz del malvado.
Cual águila en sus vuelos,
así él crece en su dicha y se levanta.
y dije: «En vano al corazón manchado
y las manos lavé; de la mañana
a la tarde padezco». Mas te agravio,
Señor, con torpe labio,
porque la mente insana
el fin no ve del justo que en ti fíe;
y entonces, ¡ay del que de Dios se ríe!

¿Dónde el feroz huirá? Si de la aurora
toma las alas y con raudo vuelo
corre allá do los mares
valladar son del suelo,
le alcanzará tu diestra vengadora.
Tornaránse sus dichas en azares,
cual heno al fuego pasarán sus días.
«La noche esconderá en su seno umbrío.
dijera aquel impío,
mi crimen y falsías».
Mas no hay sombra ante Dios; la niebla obscura
brilla a sus ojos como llama pura.

Manda presta tu ira cual rugiente
león devorador; caiga el espanto
sobre el necio orgulloso;
su manjar sea el llanto.
¿El fuerte de Israel con sesga frente
oirá su nombre blasfemar? ¿Gozoso
moverá el arrogante la cabeza
contra Jehová? ¡Contra Jehová, el gusano!
«Que venga, dice ufano;
que muestre su grandeza
ese Dios y creerélo». ¿Y lo percibe,
Señor, tu oído y aun el fiero vive?

¡Y vive él y te mofa! Tiende, ¡oh!, tiende
el brazo triunfador que al mar bramante
en sus lindes encierra.
De tu airado semblante
el fuego lanza que las nubes hiende
y los cedros del Líbano soterra.

¡Sus! Vibra, ¡oh Prepotente!, el duro pecho
atraviese tu dardo enherbolado
y caiga aquel malvado;
caiga, y a su despecho,
falleciente, el poder confesará
de *el que es, el que ha sido, el que será* [1].

AL ALTISIMO

VICENTE RODRÍGUEZ DE ARELLANO

(Escribía entre 1789 y 1806)

Pues ves, ¡oh musa mía!,
el orden admirable de las cosas
y cuántas relaciones prodigiosas
encierra su armonía,
canta en tono elevado
al Hacedor de todo lo criado.

A una voz hizo el cielo,
la tierra, el sol, la luna y las estrellas,
brutos, aves y peces, flores bellas
que ornan el verde suelo;
y por fin hizo al hombre,
mística copia de su esencia y nombre.

Creador increado,
fin y principio de cuanto es, ha sido
y de cuanto será, reconocido
se ve y glorificado
en cuantas criaturas
pueblan la tierra y las esferas puras.

Por él, en la erizada
fría estación, los montes eminentes
se coronan de nieve, que en mil fuentes
y arroyos, desatada
por el favonio blando,
a los valles desciende murmurando.

Él hace que la aurora
al campo vierta animador rocío;
que espigas dore el abrasado estío
y que Pomona y Flora

[1] *Obras de Félix José Reinoso,* Ed. Bibliófilos Andaluces (Se-
lla 1872), p. 11.

canten sus atributos
con flores bellas y sabrosos frutos.

Desde su rico asiento,
árbitro de los bienes y los males,
de los rápidos orbes celestiales
regula el movimiento;
y con frágil arena,
del Ponto airado la soberbia enfrena.

De sus manos sagradas
tiene en la diestra la clemente oliva,
y en la siniestra el rayo, que derriba
las torres elevadas
de alcázares costosos
que erigen los mortales orgullosos.

Magnífico, insondable,
todo es fecundidad, todo clemencia,
todo justicia, todo providencia
y en todo es inefable,
pues su ser excelente
cabe en sí mismo y no en la humana mente.

De bienaventurados
espíritus inmensa muchedumbre
rodea el trono de su excelsa lumbre;
y en su amor abrasados,
con almirable canto
le apellidan ¡oh Santo, Santo, Santo!

¿Quién de tu fortaleza,
de tu bondad y ciencia dignamente
podrá cantar, Señor omnipotente?
Nadie; que en la grandeza
de tu insondable abismo
eres tú solo lengua de ti mismo [1].

DIOS: EN LA TRIBULACION

ANTONIO ROS DE OLANO (MARQUÉS DE GUAD-EL-JELÚ)

General del Ejército (1808-1886)

Antes que fuese el tiempo en la medida,
era la eternidad en el vacío:
y tú en la eternidad eras, Dios mío,
ser increado, Verbo de la vida.

[1] *Poetas líricos del siglo XVIII*, t. 3, «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneyra, v. 67, p. 549.

«¡Sea!», dijiste, y fué de ti nacida
la creación cual desatado río,
que a tanta potestad de tu albedrío
nació la muerte a la existencia unida.

Ahora dime, Señor (para que sienta
fecundo mi pesar y espere en calma
a que se rompa la fatal concordia),

si este algo del no ser que me atormenta
es mi esencia inmortal, ¡el yo del alma!,
que ha de encontrar en ti misericordia [1].

DIOS

José Eusebio Caro

Político y literato colombiano (1817-1853)

Oye: Dios es; aún más allá del mundo
y antes que el mundo fuese, Él existía;
al resplandor del sempiterno día
goza feliz de su inmortal beldad.
Sabio y fuerte, benévolo y fecundo,
quiso manifestar su omnipotencia,
¡y aun más que su poder y vasta ciencia
quiso fuese alabada su bondad!

Él era Dios, de Padre quiso el nombre;
y creó cuanto envuelve el ancho cielo,
cuanto lleva la tierra en su gran vuelo,
cuanto esconde el abismo mugidor.
Del mundo rey formó por fin al hombre,
libre, feliz, inteligente y bello,
y en lo hondo de su ser, con vivo sello,
la imagen estampó de su Creador.

Mas el Perfecto, el Infinito es uno;
Él, do todo principia y se termina,
Él solo al vago porvenir domina
del centro de su inmoble eternidad.
Ni al hombre, hijo de Dios, ni a ser alguno
dar pudo Dios lo que es de Dios tan sólo;
¡en la mano abarcar de polo a polo
del tiempo y la creación la inmensidad!

1 *Poesías de don Antonio Ros de Olano,* «Colección de Escritores Castellanos» (Madrid 1886).

¡Sí, sólo Dios es Dios! Mas en su ciencia,
sin igualar a sí su criatura,
dióle la libertad y ley segura
para regir su propio corazón.
¡Oh sumos bienes, libertad, conciencia,
por los cuales al hombre, limitado,
no lo salva o condena el resultado,
mas lo salva o condena la intención!

Esta la regla, la alta ley es ésta:
no conseguir el bien, sino buscarlo;
que en buscarlo de veras, no en hallarlo,
el mérito consiste y la salud.
¡Oh! ¡Gloria a aquel por quien la ley fué impuesta!
Que en esa ley que todo lo reparte,
cada cual se llevó la mejor parte:
¡Dios, el poder; el hombre, la virtud! [1].

ROMANCE DE LA CREACION

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

Militar, cortesano y sacerdote (1600-1681)

El cedro

En el principio crió
Dios a la tierra y al cielo;
la tierra estaba vacía,
informes los elementos,
siendo (según los poetas)
caos todo el universo.
Dios, que se estaba en sí [mismo
sin tiempo gozando el tiempo,
por ostentarse Criador,
sin necesidad de serlo,
crió la luz en estas dos
antorchas, que, presidiendo
al día y la noche, están
tanta tropa de luceros.
tanto número de estrellas
sustentando de alimento.
Y desatando las sombras
y apartando y dividiendo
a las aguas de las aguas,
unas en cavados senos
dejó de la tierra y otras
puso sobre el firmamento.
Para poblar las estancias
y las mansiones que hicieron
los cuatro elementos, siem- [pre
amigos y siempre opuestos.
los peces entregó al mar,
los pájaros fió del viento,
y de la tierra las fieras,
dando a cada cual su centro.
De plantas pobló después
su verde esfera, añadiendo
aquesta hermosura más
de los árboles al bello
espacio suyo, en quien son
pompa ilustre, y ornamento
ya de sus humildes valles,

[1] Fragmento de *La bendición nupcial*, en *Poesías de José Eusebio Caro*, «Colección de Escritores Castellanos» (Madrid 1885).

ya de sus montes soberbios.
Jurado príncipe desta
república, deste imperio,
crió al hombre, con más no-
[ble
alma que todas, pues vemos
que la suya es vegetable
y sensitiva, y sobre esto,
racional; la de los brutos,
un grado destos tres menos:
vegetable y sensitiva;
y la del tronco, en efecto,
solamente vegetable,
por que, uno a otro prefi-
[riendo,
crezca el árbol, crezca y
[sienta
el bruto, y el hombre luego
crezca, y sienta, y raciocine,
que, como a señor y dueño
de todos, le dió la noble
porción del entendimiento [1].

LA FORMACION DEL HOMBRE

PABLO DE CÉSPEDES

Pintor y poeta cordobés (1538 desp. 1577)

Un mundo en breve forma reducido,
propio retrato de la mente eterna,
hizo Dios, que es el hombre, ya escogido
morador de su regia sempiterna;
y el aura simple de inmortal sentido
inspiró dentro en la mansión interna,
que la exterior parte avive y mueva
los miembros fríos de la imagen nueva.

Vistiólo de una ropa que compuso,
en extremo bien hecha y ajustada,
de un color hermosísimo, confuso,
que entre blanco se muestre colorada;
como si alguno entre azucenas puso
la rosa en bella confusión mezclada,
o del indio marfil trasflora y pinta
la limpia tez con la sidonia tinta [2].

[1] Auto sacramental alegórico intitulado *La humildad coronada de las plantas*, de don Pedro Calderón de la Barca (Madrid 1717), 5.ª parte, p. 82.

[2] *El arte de la pintura*, en «Poetas líricos de los siglos XVI y XVII», Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, v. 32, p. 362.

DE LA CREACION DEL HOMBRE

JUAN DESSI

Presbitero (siglo XVII)

Queriendo, pues, sacar a luz serena
al generoso emperador terreno,
de polvo tomas cantidad tan buena
que apretada te ocupe el puño lleno;
y purgada de propia mano, y llena
de aptitud, hecha masa y barro bueno
dél, aún informe, a su traza y norma,
su cuerpo formas de excelente forma.

Y para no afear la hermosa cara
del más bello animal que el mundo goza,
de sus dos ojos la proporción rara
hiciste siempre a nuestra vista hermosa.
La luz de ellos sale pura y clara,
que en mujer suele ser maravillosa;
si al cuerpo vivifica que la enciende,
al alma su mortal veneno ofende.

No es menos útil la nariz que hermosa,
conducto es por donde se respira
y por ella entra el aura provechosa
al pulmón, y el celebro chupa y tira
por ella, y se entra la maravillosa
y suave fragancia, y nos admira
ver que es canal por donde al bajo sabe
colar el excremento húmedo y grave.

Y la sutil exhalación ligera
sube por ella a lo alto recreando
las junturas y cercos de la esfera
del mundo chico, en ellas exhalando;
todas las va buscando a la manera
que el humo sube en alto volteando
por el caño de alguna chimenea;
ved la bella nariz cuán bien se emplea.

A la boca le sirven de reparo
de finísimas perlas dos hileras,
y de muelas un doble hilo claro
blancas que guardan a las más fronteras,
que la comida con efeto raro
muelen y cortan con las delanteras,

y al estómago baja tan molida,
que fácilmente en él es digerida.

¿Podré cantar el artificio y modo
que espíritus y sangre diligentes
guardan en socorrer en todo a todos
vertiendo tortuosas sus corrientes
por canales, buscando los comodos
de vasos preparados y calientes,
para cocerse en ellos fácilmente
y convertirse en natural simiente?

¿Cantar podré los iniguales lados
del corazón sobre su punta aguda,
con peso igual unidos y asentados
para que en uno viva sangre acuda,
a henchir los senos nunca vaciados
y el otro donde las arterias ñuda,
después que en él formados, repartidas
son por el cuerpo todo y divididas? [1]

LA CREACION

EUGENIO DE TAPIA

Magistrado, director de la Biblioteca Nacional (1776-1860)

Di, Numen celestial, el verdadero
origen de la tierra; quién dió vida
a tantos orbes y al mortal primero
en delicioso edén dicha cumplida;
de la santa verdad por el sendero
dirige a la razón, que, pervertida
la voz siguiendo de engañosa ciencia,
desconoce de Dios la omnipotencia.

Cuando plugo a la mente creadora
cesó la nada y comenzó del mundo
la materia a existir; no en hervidora
revuelta confusión de caos profundo,
sino ordenada ya, con previsora
ciencia y designio y con poder fecundo,
¡máquina prodigiosa do se muestra
de omnipotente artífice la diestra!

[1] *La Divina Semana o Siete dias de la creación del mundo en octava rima,* por Joan Dessi, presbítero y beneficiado en la santa iglesia mayor de Tortosa (Barcelona 1610). Fragmento del canto 6, páginas 196-203.

Empero, este gran todo inerte yace
de tinieblas cercado hasta que siente
de vida el soplo que flexible le hace,
dilatando su seno blandamente.
Brilla la luz que al Hacedor complace,
luz de risueña paz, de alba naciente;
que aun no existe del sol la grande hoguera,
ni recibe su ardor cóncava esfera.

Del piélago insondable que cubría
a la abismada tierra vase alzando
denso vapor y, como nube umbría
sobre sedienta mies, se ve flotando.
Aëreo, inmenso mar, que de alegría
cubrirá el suelo y de rocío blando;
venero rico de vital sustento,
que en diáfana región tiene su asiento.

A las restantes aguas inferiores,
vuestro sitio ocupad, dijo el Eterno;
y ellas, como los vientos bramadores
huyen al expirar rígido invierno,
corren con veloz ímpetu; temblores
cual de hirviente volcán en hondo averno
sufre la tierra; ¡oh Dios!, ¿será llegada
su destrucción y volverá a la nada?

Descubierto ya el suelo y el sonante
mar en su inmenso cauce aprisionado,
muéstranse de las selvas la gigante
frondosa tribu y el verdor del prado.
Mas no se oye en aquéllas el tronante
rugido del león, ni el acordado
canto del ruiseñor; silencio triste
reina doquier, ningún viviente existe.

Súbito el Hacedor, rico tesoro
de galas y placer da a la natura;
purpúreo manto recamado de oro
cubre del grande sol la mole obscura.
Al brillar él, innumerable coro
de astros acata a Dios con su luz pura;
y a alegrar en la noche al mudo suelo
tiende la luna su argentado velo.

¡Seres, apareced!, pues de la vida
la puerta os abre el Todopoderoso
en este suelo virgen, que os convida
con sustento vital y ornato hermoso.

Ya por primera vez águila erguida
sus alas tiende, al Ararat riscoso
vuela con majestad; desde allí otea,
y absorta mira al sol y se recrea.

Pueblan el aire en tanto dulces trinos
de alada muchedumbre, que se ufana
con sus ricos plumajes peregrinos
y canta a Dios en la jovial mañana.
A la par, en los senos cristalinos
gira nadando multitud galana
de vistosos pescados, presidiendo
la acuátil turba el leviatán tremendo.

En el suelo después, árido y duro,
tomando formas mil, reina la vida;
con el feo reptil de aliento impuro
se ve la blanca oveja confundida;
ruge el fiero león en bosque obscuro,
y la airosa jirafa, envanecida,
cual palmera gentil, alza su cuello,
su piel ostenta y su contorno bello.

¡Gloria al Señor! Los montes escarpados,
los valles solitarios y sombríos,
las florestas y bosques dilatados,
las voladoras aves, los bravíos
huéspedes de las selvas, los ganados,
el turbulento mar, los claros ríos,
que sus ondas benéficas derraman,
Hacedor de los mundos le proclaman.

Hacedor de los mundos, repitiendo
los astros van en raudo torbellino;
llena el inmenso espacio aquel estruendo,
que tributa homenaje al Ser divino.
El eco en leves ondas va subiendo
al empíreo invisible, do en contino
rapto los querubines se enajenan
y las arpas angélicas resuenan.

Aun falta la más grande, la postrera
obra de Dios..., el hombre... Hele formado
del barro humilde, cual si estatua fuera
de bello serafín inanimado;
pero su faz respira placentera
al soplo del Criador que le ha alentado;
y la divina imagen en la mente
se estampa de este ser inteligente.

Alzase absorto, y clava allá en el cielo
sus expresivos ojos, y la lumbre
ve del radiante empíreo, y en suelo
postrado adora a Dios; en dulcedumbre
de arrobo celestial alzar el vuelo
quisiera y con humilde servidumbre
ante el trono alentar de Jehová santo,
su nombre repitiendo en dulce canto [1].

DE LA CREACION

José María Pemán

Abogado, académico, literato (contemporáneo)

¡La nada!
¿Qué dice en un aire sin aire,
con tres armonías, esa campanada?

La nada...
¡Y es verdad que hubo un día
en que no vivía
la rosa, ni el cardo
rompía
la gracia serena del día,
cuchillo en el vientre celoso del nardo!

¡La nada!
Me abriga
la inmensa palabra aterrada
igual que una almohada
invisible y amiga.

¡La nada! Te adoro, Señor,
en el ruiseñor,
y en el viento, y el agua, y la flor.
Y en la lenta agonía
de la tarde que muere entre azules y rojos...

Pero más en la inmensa memoria del día
en que sólo existía
la nada...,
¡la nada y tus ojos! [2]

[1] *Poetas líricos del siglo XVIII*, t. 3, en «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneyra, v. 67, p. 695.
[2] *Las flores del bien* (Montaner y Simón, S. A., Barcelona 1946).

CREADOR

AGUSTÍN DE FOXÁ

Diplomático (contemporáneo)

Tú, cuyos ojos fijos en la estrella
la mantienen en vilo sobre el aire.
¡Oh, escultor de leones y de arcángeles!
Señor que busco como luz alegre
en el torrente obscuro de mi sangre.

Tú que hiciste las manos y la piedra,
la manzana y la carie de huesos.
Airada espada contra las tinieblas,
que a la culebra distes ojos fríos
y ardientes ojos a la corza en celo.
Del mismo barro Eva fué desnuda,
rosada, entre las hojas de laureles,
que la vértebra negra edificaste
de los reptiles de la edad primera.

¿Qué pellada de barro voladora
untada de iris se hizo alegre pájaro?
Tú que extendiste verdes los viñedos
en el barro aun mojado del diluvio.
Fuera del tiempo; en las terribles playas
donde la nada rompe su ola en sombra,
alto Señor que alegras mis entrañas,
que haces un sol con tu ardoroso beso
o helada luna con tu aliento frío.

Dominador del reino de los muertos,
triples luces coloran tu vestido:
blanco listón, del cielo; verde rayo
vegetal, de la tierra, y los tizones
rojos, de los abismos soterrados.

Por ti amorosos se hinchan los océanos,
te adoran plantas, rocas, animales,
esqueletos humildes entre el hierro
y frescos peces en polares aguas.

Tú sin principio; que eres el que eres,
que en mi conciencia estás y en mis anhelos;

Luz increada y Dueño de la muerte,
que entre los velos de la fe contemplo
y en la hermosura de la tierra intuyo.

Los limitados por sepulcro y cuna
cantamos tu grandeza sin contornos [1].

LA CAIDA DE LUZBEL

ALONSO DE ACEVEDO

Canónigo de la santa iglesia de Plasencia (siglo XVII)

En este día, el Padre omnipotente,
que en arco desplegó el cuerpo hermoso
del cielo y a la luz resplandeciente
dió forma con el Verbo poderoso,
del olimpo crió la inmortal gente,
resplandeciendo con ardor glorioso;
y entre ellas, la más bella criatura
se deslumbró de ver su hermosura.

Y con soberbio y áspero semblante
contra su Dios, ¡oh injusto pensamiento!
«Los astros pisaré, dijo arrogante,
y sobre el aquilón pondré mi asiento;
y al Altísimo igual y semejante
me hará sólo mi merecimiento,
y, triunfando de su excelsa gloria,
mis hazañas tendrá el mundo en memoria».

Al fiero orgullo consintieron luego
de espíritus innúmeras legiones,
y de ira y rabia un encendido fuego
abrasó los dañados corazones;
la veloz fama, oyendo el rumor ciego
que mueven los rebeldes escuadrones,
anunció a los humildes ciudadanos
del cielo la traición de sus hermanos.

De coro en coro por la ardiente esfera
un confuso murmurio se levanta;
no hay sosiego ni paz, todo se altera;
cada uno a tomar armas se adelanta;
tal furor muestra la tempestad fiera,
con que a la tierra el mar turba y espanta
cuando se sueltan del eóleo claustro,
de un lado, el aquilón; del otro, el austro.

1 *Antología poética, 1933-1948*, Editora Nacional (Madrid 1948).

Entonces la discordia (monstruo horrendo),
con torcido semblante y ansia loca,
los escabrosos dientes sacudiendo,
ponzoña escupe por la negra boca;
y en los dañados ánimos vertiendo
odio eterno, a la infiel gente provoca
al fiero asalto, y de ira y furor llena,
en medio de ellos la batalla ordena.

Salen los escuadrones conjurados
contra su Dios al juego belicoso,
y por cabeza de los rebelados,
Luzbel, ángel soberbio y envidioso,
vertiendo por los ojos abrasados
y por la boca fuego impetuoso,
como Encelado, cuando ardiente azufre
del Etna arroja, cuyas llamas sufre.

Con loca presunción enarbolaba
un estandarte negro y amarillo,
con que su negra culpa publicaba
y ardiente pena el infernal caudillo;
y con ira rabiosa y furia brava,
como en el coso indómito novillo,
se presenta en el campo, y en su tema
con la cuadrilla infiel así blasfema:

«¡De mi opinión espíritus secuaces!
Aunque más peligroso sea el alarde,
no entre en vuestros ánimos audaces
sombra ni rastro de temor cobarde;
estad en el propósito tenaces,
por más que el premio que se os debe tarde,
que yo en mi pensamiento voy tan firme,
que no puedo, aunque quiera, arrepentirme».

Esto diciendo, de la opuesta parte
resplandece el ejército divino,
y hacia el enemigo escuadrón parte,
que contra el mismo Dios Luzbel convino;
sale, cubierto el soberano Marte
con armas de diamante y oro fino,
el gran Miguel, a quien el Padre Eterno
de sus santas escuadras dió el gobierno.

De su invencible yelmo en el cimero,
pintada la humildad resplandecía,
que al corazón más atrevido y fiero
sin armas pone miedo y cobardía;

y en el escudo de inmortal acero
la poderosa caridad se vía,
con la cual en amor de Dios se inflama
y en él sus criaturas Miguel ama.

Para eternas empresas reservada,
la espada lleva en el siniestro lado
y un estandarte entre la gente armada
iba de color rojo enarbolado,
mostrando con la insignia colorada
la sangre del Cordero inmaculado,
por quien pugna Miguel, y en alto escrito:
¿Quién como Dios?, *ejército maldito.*

Del primer golpe, el Marte soberano,
con la espada de fuego vengativa,
hiriendo en la cabeza al monstruo insano,
lo desvanece en su arrogancia altiva;
y juntamente la invencible mano
venciéndole, del cielo le derriba,
el cual, huyendo por el aire, vino
como tempestuoso torbellino.

Corren tras él las infernales huestes
precipitadas al escuro averno,
y el negro rey de las tartáreas pestes
dice, vuelto a la turba del infierno:
«No os aflijáis, espíritus celestes,
porque de nuestro atrevimiento eterno
siempre nos quedará perpetua gloria,
aunque del enemigo es la victoria».

Dijo, y las tristes sombras en pitones,
en centauros y esfinges se volvieron,
en harpías, quimeras, geriones
y al cavernoso abismo descendieron;
entre tanto, los justos escuadrones,
acompañando al gran Miguel, subieron
al trono de alma luz resplandeciente,
y gracias dan al Padre omnipotente [1].

[1] *De la creación del mundo*, en «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneyra, «Poemas épicos», t. 29 de la colección, p. 249.

EL PECADO ORIGINAL

JUAN DE PADILLA

Cartujo (siglo XV)

Por la caída del padre primero
fueron sus hijos del todo caídos,
y somos en tanta miseria venidos,
que nunca sanamos jamás por entero.
¡Oh malicioso diablo roncero!
¡Oh Lucifer, que del cielo caíste!
¡Mira qué daño cruel nos hiciste,
dañando los siervos de Dios verdadero!

Dañaste la imagen de Dios figurada
a la semejanza de su majestad,
hicístela fea con tu falsedad,
según que la tienes en ti dibujada,
dejaste la tierra, cruel, derribada,
y llena de penas y muchos dolores:
Ved, si debemos, ¡oh muy pecadores!,
llorar la figura muy noble dañada.

¡Oh padre! ¡Qué negro bocado comiste,
lleno de triste ponzoña mortal!
¿Y dónde tuviste tu don razonal,
cuando sin hambre del fruto mordiste?
¡Oh negra manzana, mortal y muy triste,
aunque fuera gentil y florida,
pero de dentro muy más que podrida,
pues que la vida muy santa podriste! [1]

REMORDIMIENTO DE CAIN

JOAQUÍN JOSÉ QUEIPO DE LLANO Y QUIÑONES (V CONDE DE TORENO)

(Siglo XVIII)

Como una sierpe horrible al caminante
el paso le detiene con silbidos,
y aunque quiera escaparse no le deja
el pánico terror libre albedrío,
así el errante corazón estaba
de dolor traspasado y detenido,

1 *Retablo de la vida de Cristo* (Alcalá 1588), canto IV.

exclamando: ¡Infeliz, que en mi presencia
el rostro de mi hermano muerto miro!

Ensangrentado, si moverme intento
me acompaña su sombra en tristes visos.
Espectáculo horrendo que me acuerda
el cruel golpe de mi brazo impío.
¡Oh delito funesto! Tú me haces
pasar acerbas penas y martirios.
Yo pretendí matar, esto es constante,
los hombres homicidas de mis hijos.

¿Pero qué ruido me estremece, oh suerte?
¿Serán del moribundo los gemidos?
A lo menos mis pies trémulos yacen
cuando quiero alejarme. ¿Mas qué he visto?
La sangre corre, siendo cada gota
un puñal que me tiene sorprendido.
¿Qué he de hacer? ¡Ay de mí! Que es imposible
ningún descanso hallar el dolor mío.

El ruido se acrecienta y baja al punto
una nube copiosa de granizo,
y una voz resonaba que decía:
¿Dónde tu hermano está? Responde, dilo.
Respondió temeroso y asustado...
¿Me lo han dado a guardar? Cuando un bramido
sus acciones cortó, y horrendo trueno
los pastos consumió con fuego activo.

Salió un ángel, impresas en su frente
señales de amenaza y de castigo.
De su mano derecha un rayo arroja
vibrantes llamas, y con furia dijo:
Detente, tiembla, con pavor escucha
la funesta sentencia que te intimo:
De tu hermano la sangre al cielo clama,
que injustamente derramaste, indigno.

Vivirás infeliz sobre la tierra.
La tierra que se ha abierto y ha sorbido
aquel raudal de su inocencia pura,
no te consentirá ni dará abrigo.
Por el mundo vagueando correrás
los desiertos más fieros y escondidos.
Faltaráte el sustento sin lograr
que el fruto recompense tu cultivo [1].

[1] *La muerte de Abel,* canto IV (Oviedo 1788 y Madrid 1789), p. 103 de la primera edición.

SALE NOE DEL ARCA

DIEGO DE OSEGUERA

(Escribía en 1580)

Como el buen labrador que en su sembrado
muy crecida cizaña le ha nacido,
y ve su blanco trigo muy amado
de malezas y espinas sumergido,
que lo poco que coge, bien guardado
tiene, y después lo siembra desparcido
en la tierra, para que Dios le aumente
esta provechosísima simiente.

Así después que Dios con la guadaña
de las húmedas aguas del profundo,
tuvo bien destruída la cizaña
de que estaba ocupado y lleno el mundo,
y que en guardar se había dado tal maña
la simiente de Adán para el segundo
tiempo, en que tenía determinado
fuese por ella el mundo renovado;

y después que la mar, los días ciento
y cincuenta tardado en recoger
había las aguas en su aposento,
que el cielo le envió con tal llover,
salió del arca aquel dichoso cuento,
cuatro hombres, con cada uno su mujer;
cuatro fueron los hombres sin las donas,
que juntos todos son ocho personas.

Mas primero del arca saludable,
echaron fuera crecidas manadas
de aves, que en el viento deleznable
caminan, sin dejar en él pisadas.
Que como el cielo vieron admirable
contentas fueron y regocijadas,
y cada una, según su talento,
mostró alabar a Dios con su contento.

Después echaron fuera de alimañas,
de quien es madre la espaciosa tierra,
gran multitud de suertes muy extrañas
con quien se pobló luego aquella sierra,
y algunas, en braveza tan extrañas
que a las demás hacían mortal guerra;

otras ponían sus vidas sin agüeros
en mostrar que tenían los pies ligeros.

Salió el león del arca mareado,
y del bien que allí había recibido,
si viera a quien le tuvo así encerrado,
mostrara ser muy poco agradecido;
salió por el terreno que poblado
de peces poco antes había sido;
salió, pues, a buscar en qué cebarse
y del hambre del mar recuperarse.

Y él y los demás que tan hambrientos
salían, y de hambre tan rabiosos,
hallaron por la tierra cien mil cuentos
de cuerpos de los hombres sediciosos,
en que fueron bien hartos y contentos
aquellos animales monstruosos,
allí fueron sus carnes regaladas,
viandas de las bestias tan airadas.

Y no fué bien mirada la carniza
hecha de aquel linaje rudo y fiero,
en los cuerpos ya muertos a la riza,
igual que ya había hecho el cancerbero.
En sus almas, que el fuego eterno atiza,
si a eso comparada, no fué un cero,
porque las furias feas infernales
son más bravas, hambrientas y bestiales [1].

EL SACRIFICIO DE ABRAHAN

BERNABÉ REBOLLEDO DE PALAFOX (MARQUÉS DE LAZÁN)

(Siglo XVIII)

¡Oh admirable espectáculo! Inocente
víctima, que por su pie va al sacrificio;
hostia cándida y pura, que consiente
llevar el material a su suplicio;
¡oh alegría grande! ¡Oh evidente
señal sagrada! ¡Oh sagrado indicio
del mayor que vió el mundo de fe exhausto,
donde todo un Dios Hombre fué holocausto!

[1] Libro intitulado *Estaciones del cristiano*, por Diego de Oseguera, contino de la casa de Su Majestad, natural de la villa de Dueñas (Valladolid 1580), p. 65v.

Marcha con él Abrahán; lleva inclemente
el acero en las manos; lleva austero
el fuego, y en su pecho juntamente
lleva fuego mayor, mayor acero;
a vista del acero y fuego ardiente,
Isac pregunta cándido y sincero:
La víctima, Señor, ¿dónde está, dónde?
Dios proveerá, el santo Abrahán responde.

Dios proveerá. En esto tal vez dijo
que él la cruenta víctima sería;
pero en él cuanto Dios santo predijo,
aunque muriese, en él se cumpliría;
que aunque muriese, en él como en su hijo,
con su herencia la línea seguiría
en descendientes suyos, porque el suelo
venza arenas al mar, luces al cielo.

Le diría tal vez: tu descendencia
será el Mesías, aunque a la arrogancia
de mi cuchilla rinda tu inocencia
la vida, y al valor de mi constancia;
a ti y a mí nos toca la obediencia;
el cómo y el vencer la repugnancia
sólo a la providencia de Dios toca;
toda dificultad con ella es poca.

Llegan, pues, al lugar; alguno quiere
que fuese el monte Moria; y quiere alguno,
que Abrahán dijese a Isac: que considere
mortal todo hombre, e inmortal ninguno;
que de su muerte el premio en Dios espere,
pues se consagra víctima, oportuno
holocausto, cruento sobre el ara;
y así intenta que Abrahán lo confortara.

Pero nada tal vez fué necesario,
para que pronto Isac obedeciese,
y solícito, alegre y voluntario
hostia de Dios al ara se ofreciese;
para que no resista a Abrahán contrario,
aunque en la edad en uno y otro fuese
tan fácil en Isac la resistencia,
y en Abrahán tan difícil la violencia.

Erige Abrahán el ara, a Dios tan grata;
la seca leña sobre el ara extiende;
déjase atar el hijo; el padre lo ata;
sobre el altar lo tiende, y él se tiende:

la cuchilla, relámpago de plata
voraz, o el rayo que el acero enciende,
arranca Abrahán en lágrimas deshecho,
y a un tiempo arranca el corazón del pecho.

Levanta el brazo Abrahán, y se le hiela·
pero, aquesto no obstante, lo levanta·
va a descargar el golpe, y le revela
sagrado indulto inteligencia santa;
Abrahán, Abrahán, le llama el ángel; vuela
a su oido la voz; Abrahán en tanta
novedad mármol frío se consiente,
y responde al Señor: Ya estoy presente.

El ángel santo al santo Abrahán advierte
no ofenda al hijo Isac, pues ya se abona
teme a Dios, pues por Dios celoso y fuerte
su unigénito hijo no perdona;
el brazo en alto que intimó la muerte,
en dulce abrazo vida ya pregona;
¡cuán natural del hijo hermoso y bello
descendería, como a centro, al cuello!

A su vista, y al llanto de quien huye,
un carnero se ofrece a Abrahán piadoso,
que en lugar de su hijo substituye,
y a Dios lo sacrifica religioso;
segunda vez el ángel constituye
consuelos nuevos en Abrahán gozoso,
llenando con el gozo y el consuelo
cuantas distancias hay de tierra a cielo.

Por hecho tanto, Dios a Abrahán repite
la promesa en su hijo y descendientes,
que en arenas y estrellas se compite,
benditas siendo en él todas las gentes.
Aunque lo mismo acaso se acredite
en varias ocasiones y frecuentes,
en aquella ocasión con más aumento,
pues añade el Señor el juramento [1].

[1] *Métrica historia sagrada, profana y general del mundo.* (Zaragoza 1734), p. 581.

HALLA ABRAHAN EL SEPULCRO DE LOS PRIMEROS PADRES

PEDRO DE ESCOBAR

(Siglo XVI)

Habitando Abrahán aquesta casa,
perdiósele un becerro cierto día;
y andando en busca de él por estos valles,
fué Dios servido que al Ebrón llegase,
y en medio de él halló una escura cueva,
por donde habiendo andado largo trecho,
el becerrillo halló, y de lo más hondo
un muy gran resplandor vió que salía,
por cuya luz guiado más adentro,
halló dos cuerpos, de mujer el uno,
otro de hombre; estaban tan enteros
como si allí aquel día los pusieran.

Fuéle al buen patriarca revelado
ser los de Adán y Eva, nuestros padres.
A su casa volvió con su becerro,
y a la villa se fué, que Ebrón se llama,
donde pidió, conforme al uso de ellos,
que le diesen un campo señalado
para enterrarse él y los que fuesen
de su sangre, linaje y descendencia [1].

LOT SE LIBRA DEL FUEGO DE SODOMA, Y SU MUJER, POR CURIOSA, PERECE

MIGUEL DE COLODRERO

Administrativo de la casa de Sesa (siglo XVII)

Retarda el cielo contra el pueblo injusto
el ser vertido en llamas justiciero,
hasta que sale Lot, varón sincero:
¡Oh lo que vale para Dios un justo!

Deja a Sodoma, y repica a susto
con muchas leguas fuego vocinglero,

1 *Lucero de la tierra santa y grandezas de Egypto y monte Sinay, agora nuevamente vistas y escritas por Pedro de Escobar Cabeza de Vaca* (Valladolid 1594), p. 47v.

en confusión se abrasa el hemisfero,
ceniza torna el fuerte más robusto.

Su esposa el rostro a la ciudad hoguera
vuelve, sentida del letal suplicio,
y Dios en bulto la convierte extraño.

Sea curioso quien quisiere, Licio,
que para no cuidar de ajeno daño,
éste me pone sal en la mollera [1].

ELECCION DE REBECA

JUAN PÉREZ DE MONTALBÁN

Presbítero (1602-1638)

Baja Rebeca al prado en rizos de oro
dilatando la espléndida madeja,
que en confianza de una cinta deja
por más ostentación de su tesoro.

Llega a la fuente, y el cristal sonoro,
rehusando el competir, de ella se aleja;
unas veces murmura, otras se queja,
y ella le riñe con galán decoro.

Alza los ojos, y piadoso advierte
el siervo de Abrahán al blando ruego,
y con agua del fuego le divierte.

Las bodas de Jacob conciertan luego,
porque el divino Amor, para que acierte,
empieza en agua y se remata en fuego [2].

JOSE ES VENDIDO POR SUS HERMANOS

ANÓNIMO

(Siglo XIII)

Dijo Yuçuf: «Hermanos, perdónevos el Criador.
Del tuerto que me tenedes, perdónevos el Señor,
que para siempre y nunca se parte el nuestro amor».
Abrazó a cada uno y partióse con dolor.

1 *Divinos versos o cármenes sagrados...*, por D. Miguel Colodrero Villalobos (Zaragoza 1656).
2 *Para todos* (Madrid 1632).

Iban muy gran gente con el mercadero,
con él iba Yuçuf solo, sin compañero;
pasaban por un camino, por un fosal señero,
do jacía la su madre cerca de un otero.

Dió salto del camello do iba cabalgando;
no lo sentió el negro que lo iba guardando;
cayó Yuçuf en tierra; la cadena rastando,
fuése para la fuesa de su madre llorando.

Dixo: «¡Madre, señora, perdónete el Criador,
madre, si me beyestes, de mí abristes dolor!
Liévanme, con cadena captivo, con señor,
vendido me han mis hermanos, como facen de traidor.

»Ellos me han vendido non teniéndoles tuerto,
partiéronme de mi padre ante que fuese muerto,
con art y con falsía ellos me ovieron tuelto,
por mal precio me vendieron, por do vo asado y cueyto».

De sí volvió el negro que iba en la camella,
reconoció a Yucuf, y no lo falló en ella;
hallólo en la fuesa llorando por marvella;
tornóse por el camino, aguda su orella:

Cuan lo vió el negro, óbolo mal ferido,
echólo en tierra, cayó amortecido;
dijo: «Tú eres malo y ladrón complido;
ca así dicién tus señores ca yeras foido».

Dijo Yuçuf: «No soy malo ni ladrón;
mas aquí jace mi madre, y véngole a dar perdón.
Mas ruego ad Alláh del cielo y fago oración
que, si culpa no vos tiengo, él vos dé su maldición» [1].

POEMA DE JOSE

Alonso de Fuentes

(Siglo XVI)

A José, niño pequeño,
los otros sus diez hermanos,
por ser de Jacob su padre
sobre todos muy amado,
porque en su edad postri-
[mera
fuera su hijo engendrado
en la hermosa Raquel,
por quien sirvió tantos años,
muy gran envidia le tienen,
odio grande le han tomado.
Estando un día comiendo,

1 *Poema de Yusuf*, edic. de M. Pidal, en «Revista de Archivos» tomo 7.

José dijo a sus hermanos:
Escuchadme, hermanos míos,
un sueño que fué soñado,
en que vi a todos nosotros
hacer haces en el campo,
y el manojo que yo hice
en alto se ha levantado,
y estaban vuestros manojos
alrededor humillados.
Al cual los hermanos suyos
respondieron enojados:
Soñabas lo que querías,
muchacho desvergonzado,
si piensas ser, por ventura,
rey de todos y adorado.
Y aquesto causó que fuese
el odio multiplicado.
Luego, dende a pocos días
en que aquesto hubo pasado,
otro sueno les contó,
diciendo: Hoy he soñado
que el sol y también la luna
ante mí se han humillado,
y con otras once estrellas
que me estaban adorando.
Díjole Jacob, su padre,
con rostro disimulado,
porque a sus hermanos vido
que estaban muy indignados:
¿Qué quiere decir, José,
este sueño que has contado?
¿Habémoste de adorar
yo, y tu madre, y hermanos?
Después de pasado esto,
fuése José para el campo,
do sus hermanos estaban
apacentando el ganado.
Hallólos en Dothaín,
donde llegó muy cansado.
Los cuales, des qué lo vie-
[ron,
antes que fuese llegado,
ayuntáronse ocho dellos,
diciendo muy enojados:
Ya viene el ensoñador,
que nuestro rey se ha so-
[ñado.
Bien será que lo matemos,
y será bien adorado;
y allí, en aquella cisterna,
podrá ser su cuerpo echado,
y ésta será la soltura [tado.
de los sueños que ha con-
Esto oído por Rubén,
les dijo, mucho turbado:
No ensuciéis las manos vues-
[tras
con sangre de vuestro her-
[mano,
sino echadlo en la cisterna,
pues que ya queréis matarlo.
Esto decía Rubén
con intento de salvarlo
y de volverlo a su padre,
que mucho dél era amado.
Tomaron luego a José;
la saya le han desnudado;
y echáronlo en la cisterna
haciendo dél gran escarnio.
Volviéndose a sus estancias,
una recua han encontrado
que venía de Balaath
con sus camellos cargados
con ungüentos y resina
hasta Egipto encaminados.
Dijeron unos a otros:
Vendamos a nuestro her-
[mano,
que pues se soñaba rey,
bien será que sea esclavo;
que muy menos ganaremos
en acabar de matarlo.
Aqueste nuevo consejo
fué por todos aprobado.
Sacando de la cisterna,
los marchantes han llamado,
diciéndoles si querían
comprarles aquel esclavo.
Los mercaderes, contentos
de ver tan lindo muchacho,

les dieron veinte dineros,
porque en tanto fué igua-
[llado.

Tomando su vestidura,
toda la han ensangrentado.

Llévanla a su viejo padre,
fingiendo que iban llorando,
diciendo que bestia fiera
les despedazó a su herma-
[no [1].

MOISES, SALVADO DE LAS AGUAS

ANDRÉS BELLO

Político chileno (1781-1865)

Compañeras, ¡al baño! Alumbra el día
la cúpula lejana;
duerme en su choza el segador y enfría
las ondas la mañana.

Menfis apenas bulle; hospedadora,
nos da la selva abrigo,
y tendremos, amigas, a la aurora
por único testigo.

De Faraón, mi padre. el jaspeado
palacio al mundo asombra;
a mí, del bosque el pabellón, del prado
me agrada más la alfombra.

¿Qué son las fuentes en que el oro brilla
y el mármol de colores
a par del Nilo y de esta verde orilla
esmaltada de flores?

¡Ea! Trisquemos en el fresco baño,
alzando blanca espuma...;
mas ¿qué objeto descubre tan extraño
la fugitiva bruma?

Mirad; enfrente al sincomor sombrío
que verdes arcos tiende
sobre la playa, un bulto por el río
lentamente desciende.

No temáis: de una palma el tronco anciano
que en demanda navega
de las altas pirámides, liviano
sobre las ondas juega.

1 *Libro de los cuarenta cantos peregrinos que compuso el magnífico caballero Alonso de Fuentes natural de la ciudad de Sevilla, divididos en cuatro partes* (Zaragoza 1564). fol. 3v.

¿O es de Hermes por ventura el carro leve?
¿O es la concha divina
de Isis, que con suave aliento mueve
la brisa matutina?

¿Qué digo? Es tierno niño, que en ligera
barca duerme al sereno
arrullo de las olas, cual pudiera
en el materno seno.

Arrastra el Nilo la flotante cama
cual nido de avecilla
que arrebatado hubiese a la retama
de su silvestre orilla.

¡Qué de peligros corre a un tiempo mismo!
¿Cuál puerto de salud
le aguarda? ¿Mece el proceloso abismo
su cuna o su ataúd?

¡Los ojos abre, hijas de Menfis! Llora...
¿Pudo una madre, ¡oh cielo!,
al agua abandonar devoradora
el hijo pequeñuelo?

Tiende los brazos, ¡ay!, cual si supiera
su malhadada suerte
y son frágiles cañas la barrera
que presenta a la muerte.

Es de la raza de Israel sin duda,
que mi padre sentencia
a proscripción... ; pero ¿qué ley sañuda
proscribe a la inocencia?

¡Pobre niño! Su llanto me conduele;
a su madre afligida
sucederá otra madre; salvaréle;
me deberá la vida.

Ifisa hablaba así, joven princesa;
y dócil al consejo
de la piedad, acometió la empresa;
y el juvenil cortejo,

a la virgen, que presta se adelanta
de confianza llena,
sigue, estampando con ligera planta
la movediza arena.

Semejaba, depuesto el blanco lino,
revolando las blondas
madejas por el hombro alabastrino,
la hija de las ondas.

El blanco pie con círculos de plata
el espumoso río
le ciñe y ya a las olas arrebata
el pequeño navío.

Palpita con la carga, que suspende
alegre y orgullosa,
y en sus mejillas el color se enciende
de la temprana rosa.

Bullente espuma hendiendo, que se irrita
y la presa reclama,
el peso que la agobia deposita
sobre la verde grama.

Y del recién nacido alegremente
cercan todas la cuna,
y sonriendo, la asustada frente
le besan una a una.

Mas ¡oh tú, que de lejos a tu hijo
por la playa desierta
seguiste desolada, el rostro fijo
en su carrera incierta!

Llega; el hinchado seno da al infante;
tu llanto ni su risa
revelarán en ti la madre amante,
pues aun no es madre Ifisa.

En los brazos maternos, rociado
con lágrimas de duelo
y de gozo a la par, dulce cuidado
de la tierra y del cielo,

el pequeño Moisés iba seguro;
de Faraón crüel
hospeda el regio alcázar al futuro
caudillo de Israel.

Y ante el trono de Dios, la faz velada
con las alas, el coro
que ve a sus pies la bóveda estrellada
pulsaba liras de oro.

«Alégrate, Jacob, en el asilo
de tu destierro (el canto
así sonaba), y no al impuro Nilo
se mezcle más tu llanto.

El Jordán a sus campos te convida;
te oyó el Señor; Egipto
marchar verá a la tierra prometida
tu linaje proscripto.

Ese niño que virgen inocente
salvó de olas y vientos
es el profeta del Horeb ardiente,
rey de los elementos.

Humillaos, mortales insensatos,
que al Eterno hacéis guerra;
he ahí el legislador que sus mandatos
promulgará a la tierra.

Cuna humilde, baldón de la fortuna,
juguete del profundo,
ha salvado a Israel; humilde cuna
ha de salvar al mundo»[1].

EL PASO DEL MAR ROJO

Juan Meléndez Valdés

Magistrado (1754-1817)

Cantemos al Señor que engrandecido
gloriosamente ha sido
y al mar lanzó caballo y caballero.

Mi fuerza y mi alabanza el Señor fuera,
y mi salud se hiciera;
mi Dios es, gloriarélo;
Dios de mis padres fué, y ensalzarélo.

Apareció el Señor como un guerrero.
El Potente es nombrado;
de Faraón los carros y escuadrones
ha en el mar derrocado
y en sus rápidas ondas sepultado
sus más fuertes varones.

[1] *Poesías*, en «Colección de Escritores Castellanos» (Madrid 1882), página 89.

Abismos los cubrieron
y al profundo cual piedra descendieron.
Con valerosa muestra
magnificada ha sido,
Señor, tu fuerte diestra;
Señor, tu diestra al enemigo ha herido.

Con tu gloria infinita despeñaste
tus contrarios; tus iras enviaste,
que como paja así los devoraran.

De tu furor al soplo se juntaran
las aguas, las corrientes se frenaron
y del mar los abismos se estancaron.

El enemigo dijo: «Seguirélos,
partiré sus despojos, cogerélos;
desnudaré mi espada,
heriránlos mis manos, y saciada
se verá el alma mía».

Tu espíritu sopló, y el mar cubriólos
y la corriente rápida sorbiólos
como a plomo pesado.

¿Cuál, Señor, de los fuertes comparado
puede a ti ser? ¿O tienes semejante
en santidad brillante,
tan laudable y tremendo
maravillas haciendo?

La tu mano extendiste;
la tierra halos tragado.
Caudillo al pueblo fuiste
por tu misericordia rescatado
y con tu poderío
a tu morada santa lo has llevado.

Los pueblos lo supieron
y en ira se encendieron.
Al filisteo impío
dolores penetraron.

Los príncipes de Edón se conturbaron,
los fuertes de Moab se estremecieron
y los que habitan en Canaán se helaron.

Sobre ellos el espanto
caiga y pavor de muerte
en la grandeza de tu brazo fuerte;
queden, cual piedra, inmóviles en cuanto
tu pueblo haya salido;
pueblo que tú, Señor, has poseído.

De tu herencia en el monte has de ponerlo,
Señor, y establecerlo,
firmísima morada que has obrado,
santuario que han tus manos afirmado.

Del Señor será eterno
y mucho más el reino,
pues cuando con sus carros se metiera
y su caballería
en el mar Faraón, El revolviera
sobre ellos la corriente;
mientras, a pie. enjuto y sosegadamente,
su camino Israel por medio hacía [1].

CANTICO DE JOSUE

José María Roldán

Presbítero sevillano (1771-1828)

Cantemos a Jehová. Su heroico hecho
de Ayalon en el llano
mi labio ensalzará. Los altos sones
a Jehová entona el inflamado pecho.
Su brazo soberano
y de Jacob los ínclitos varones
cuál la estirpe insurgente
perdieron de Canaán, y el nombre insano
mi acento llevará de gente en gente.

Habló el Potente, y, a su diestra alzada,
en Jericó los muros
cayeron; cayó Haí. La mano amiga
nos tendió Gabaón. Salem turbada
lo oyó, y los pechos duros
contra aquel pueblo generoso instiga
de sus impios guerreros:
«Venid, dijo a los príncipes impuros,
en Gabaón vibremos los aceros.

»Vibremos y caerán. Mi invicta lanza
de Canaán la gloria
rebatará a Jacob. ¡Sus! Los despojos
dividid». Señor Dios, tú su venganza

[1] *Poetas líricos del siglo XVIII*, t. 2. «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneyra, vol. 63, p. 236.

serás; en tu memoria
está Israel. Te alzaste; en sus enojos
ardiendo aquel impío
te vió, y tembló. En tu diestra la victoria
llevas, y en tu siniestra el poderío.

Los cielos se inclinaron; los querubes
con su cuadriga ardiente,
sus desplegadas alas, raudo viento.
En densa niebla y fulgurantes nubes
veló la augusta frente,
que sus llamas enciende el firmamento.
Se paró, y retemblaron
las altas cumbres; bajo el pie fulgente,
los amorreos montes se encorvaron.

Airado está Jehová. El Poderoso
contra Ayalón su ira
fulminó; allí del asta centellante
lanzó el rayo en fragor estrepitoso.
En torno al muro gira
el sañoso escuadrón. Dijo arrogante
su rey: «Venid, perdamos
la insana grey que contra nos conspira;
fió en Jacob; su nombre destruyamos».

De Lahú allí vinieron iracundos
los fuertes; sus pendones
alzó Farán y los que el monte Albeo
poblaron; en su encono, furibundos,
los eglonios varones,
con ellos se juntaron. Del hebreo,
Jehová es salud; armado
su brazo prepotente, las naciones
soterra y frena el orbe prosternado.

Habló a su siervo: «El brazo tiende, ¡oh!;
la diestra vengadora
contra Salén y Hebrón; en sus despojos
saciaráse mi pueblo. Vibra, enciende
el asta asoladora;
sus frentes hollarás, en mis enojos
lo juré, Yo el Eterno.
Mi nombre es Jehová; mi faz adora
el encumbrado cielo, el hondo averno».

Erguido el duro cuello, el insolente
vió de sus pabellones
la gloria, y dijo necio: «A la mañana
embrazará mi diestra el arco ardiente.

Subiré mis bridones,
sus muros hollará mi planta ufana».
Súbito el nuevo día
nació; allí de Farán los escuadrones
vi postrados; en Beth, Eglón yacía.

Cayó Tafia. ¿De Oham dó la fiereza
está? ¿Dó los guerreros,
los valientes de Enac? Cual débil humo
raudo aquilón, de Hebrón la fortaleza
en bélicos aceros
Israel disipó. Del cielo sumo
en lluvia horritonante
los combate Jehová; sus dardos fieros
granizó el alta diestra fulminante.

Vibró, y ardieron cual arista seca
ante la llama avara.
¿Quién sube por Behóron? Los robustos
de Salén vi turbados en Azeca,
y dije: «¡Qué! ¿Salvará
en su seno la noche a los injustos?»
Alcé la voz, y atento
el sol me obedeció; su giro para
la luna y oye mi imperioso acento.

¿Quién semejante a ti? Tú hablas venganza.
¿Quién como tú valiente,
santo, eterno Jehová? De tu alma, gloria
los cielos dan loor. Tú la pujanza
postraste y dura frente
de Canaán. ¿Quién al sol en tu victoria
detuvo? En la alta esfera
lo frenara tu brazo altipotente,
cual fogoso bridón en su carrera.

Lo oyeron las naciones y saltaron
de pavor. Desfallece
Jabín; resonó en Dor el eco horrible.
En su encono los pueblos se juntaron
cual llamas su maldad. Mas el Terrible,
de su airado semblante
lanzará presto el rayo, que estremece
a su estruendo la esfera vacilante.

El lo juró con eternal acento
cuando, el brazo extendido,
en Babel dividió la humana gente.
En medio la ancha tierra, eterno asiento

a su pueblo escogido
señaló; allí su diestra omnipotente
los pondrá, y las naciones,
en torno al almo nombre esclarecido,
entornarán en métricas canciones [1].

A LA SENTENCIA QUE DIERON A SANSON LOS JUECES

Luis Carrillo Sotomayor

Cuatralbo de los galeras de España (1582-1610)

Vese: duda Sansón, y duda el lazo
lo que él duda; Sansón duda, y procura
hurtarse fuerte en vano a la atadura;
ella tiembla temor y fuerza el brazo.

Aquel valiente, aquel que de un abrazo
puso puertas a un monte y su espesura,
flaca para él un tiempo ligadura,
es a su libertad fuerte embarazo.

Llega el fiero jüez, condena a muerte
los ojos; y él, risueño y sosegado,
dijo, más que su fuerte brazo, fuerte:

Si tres veces de Dálila burlado
sus engaños no vi, jüez, advierte
que ya de ellos estaba despojado [2].

SANSON Y DALILA

Antonio Enríquez Gómez

Soldado aventurero (1602-1662)

Reclínase Sansón sobre las flores,
y la engañosa Dálila recibe
en su regazo muertos resplandores,
y a eclipsarse la vida se apercibe;
llueven sobre él diluvios de favores,
arrullos nuevos que el garzón concibe
en la imaginación de su inocencia,
enemiga cruel de la prudencia.

1 *Poemas líricos del siglo XVIII*, t. 3, «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneyra, vol. 67, p. 642.
2 *Obras Poéticas de don Luis Carrillo Sotomayor* (Madrid 1612).

Duerme, mi bien, le dice; que cansado
te hallarás del disgusto recibido;
entre mis brazos, Nazareno amado,
seguro estás de ser aborrecido.
Alivia, alivia en ellos tu cuidado,
que yo seré con vista y con oído
Argos de tu reposo, si le tiene
quien de vivir matando fe mantiene.

Pues llevas gusto, al sueño me encomiendo,
dijo Sansón, y con aseo grave,
Dálila, la ocasión anteponiendo,
le halaga con el céfiro süave.
Entra Morfeo luego, divirtiendo
en mar tranquila la dormida nave,
y al son del agua, el marinero fuerte
navega en golfo de su misma muerte.

Asegúrase bien la ingrata aleve,
y asiendo la madeja de oro fino,
los rayos corta, que la aurora bebe,
quedando sin valor el peregrino.
Apenas hizo el robador de nieve
ausentarse el espíritu divino,
cuando Sansón quedó sobre su ocaso,
lento cadáver con el cuerpo laso.

Sea Sansón ejemplo verdadero
de mi verdad y vuestro necio engaño,
pues lo que fué planeta, no es lucero,
errante sombra de su mismo daño;
éste es el Nazareno, a quien primero
una mujer costó su desengaño.
¿Dije mujer? Perdóneme el prudente,
que no dije mujer, dije serpiente.

Rendido, pues, el que rindió leones,
oye que dice su enemiga fiera:
Sansón, los filísteos escuadrones
vienen diciendo: El Nazareno muera.
Recordó; pero viendo los dragones
que estaba sin su fuerza verdadera,
saliendo de la cuadra (acción cobarde)
hacen de su traición costoso alarde [1].

[1] *Academias morales de las Musas*, por Antonio Enríquez Gómez (Madrid, 1690).

HISTORIA DE RUT MOABITA

JUAN PINTO DELGADO

(Siglo XVII)

Naomí le dice: Hija mía,
si en ti mi cuidado veo,
espera de mi deseo,
de mis intentos confía.

Y como tu bien procuro
y tu descanso imagino,
lo que pienso es el camino
a tu virtud más seguro. [ma

Booz, a quien sangre ani-
de nuestro ser, muestra claro
que de tu ejemplo tan raro
la humilde bondad estima.

Después que admitiendo
[el baño
el olio ofrezca su olor,
viste tu paño mejor, [paño.
que, al fin, adorno es el

Vete al campo; al campo
[al fin
llega sin ser conocida,
y espera que a la comida
le vea, sin verte, el fin.

El lugar donde le inclina
el sueño a Booz sabrás,
cuando a sus pies estarás,
llega su ropa y reclina.

Y viendo tanta humildad,
a tus acciones propicio,
su lengua será el indicio
de tu misma voluntad.

Ella, que sigue el preceto
nacido del justo intento,
cual formó su pensamiento,
mira advertida el efeto.

Booz, alegre en el sueño
que sin cuidados durmió,
sin ellos le despertó
aquel temor no pequeño.

Suspendido en su rigor,
procura saber quién es
el que asistiendo a sus pies
pudiera ser su ofensor. [vio,

Mi atrevimiento o mi agra-
dice, señor, no te espante;
que la culpa al ignorante
y el perdón es propio al sa-
[bio.

Soy Rut: si a mi mal se
[iguala
el bien que tu amor reserva,
extiende sobre tu sierva,
como el que redime, el ala.

Booz que penetra el celo
de quien su virtud no es-
[conde,
pasado el temor, responde:
Tu vida bendiga el cielo.

Si como tu honor se funda
en el bien siempre he no-
[tado,
agora es más alto el grado
de la experiencia segunda.

Que no la florida edad,
rico o pobre en breves años,
entre lisonjas y engaños
obligan tu voluntad. [goce,

Tu pecho en quietud se
tu esperanza en tu albedrío,
pues veo que el pueblo mío
por tu virtud te conoce [1],

[1] *Poema de la reina Ester. Lamentaciones del profeta Jeremías. Historia de Rut y varias poesías* (Ruán 1672).

SUCESOS BIBLICOS

Francisco de Trillo y Figueroa

Soldado, caballero (1615-1675)

I

Al suceso de Jezabel y Nabod

No siempre el alto escollo en la ribera
seguro está del proceloso viento,
que uno y otro combate al escarmiento
alguna vez conducen la carrera.

Bien de Nabod la sangre hacer pudiera
notorio a Jezabel el fin violento,
que harto dice callando el mudo acento
del que venganza sin pedirla espera.

¿Cómo, pues, el poder se precipita,
si nunca llega el escarmiento tarde,
ni hay suficiente en la crueldad disculpa?

Así, el riesgo soberbio solicita
más el que menos le recela; que arde
muy a ciegas la llama de la culpa.

II

Al suceso de Judas y Tamar

No así del mar las ondas impacientes
combaten el escollo sumergido
como Tamar al suegro inadvertido
combatió con halagos inclementes.

No el pedernal afanes suda ardientes
del duro acero duramente herido,
veloz así como él, enternecido,
llamas a la ocasión prestó indecentes.

No así en la selva Calidonia, cuando
fiero león es del cordero insulto,
igual peligro hallar Judas pudiera.

¿Qué tigre, los corderos devorando
entre las sombras del silencio inculto,
iguala a una mujer que esfinge es fiera?

III

Al suceso de Rut

Pasos no ciegamente aconsejados,
bien que de sombras ciegas conducidos,
fió a la suerte Rut, desconocidos
del sol, de quien más fueron alumbrados.

No se adquiere la suerte, no los hados
siempre al rigor se hallaron prevenidos,
que tal vez al acento están dormidos
de quien más los recela desvelados.

Los desperdicios que en las rubias eras
no acaso fecundó pródiga suerte,
¿cuánto costar pudieron escarmiento?

No en vano el mar tropieza en las riberas,
aunque tal vez la tierra en sí convierte,
que ya enfrentarle supo un leve acento.

IV

Al suceso de Acab

Muchos, huyendo el golpe recelado,
se acercaron al riesgo no advertido,
como el leño en el puerto sumergido,
ya de las ondas fieras perdonado.

Huyendo Acab del vigilante hado,
pretende en vano ser desconocido,
mas la ruina afila en el olvido
quien piensa que en la culpa está olvidado.

Vistiendo engaños, ya de honor desnudo,
la púrpura depone por librarse,
como si lejos de sí mismo fuera;

mas también, embozado, el hierro agudo
dos veces vió en su pecho ensangrentarse,
por que dos veces de una vez muriera.

V

Al suceso de Amán y Mardoqueo

Ya las infieles llamas en que ardía
quiere apagar en la enemiga muerte

el envidioso Amán, si bien la suerte
en sus pasos su riesgo conducía.

Pendiente, pues, del lazo en que pendía
su cruel esperanza, en vano advierte
que, por grande el bajel, nunca divierte
de las ondas crueles la porfía.

La playa experimenta procelosa
cual pudiera el humilde Mardoqueo,
que en la doliente arena fluctuaba.

¡Oh cuánto la ignorancia injuriosa
ruinas alimenta en el trofeo,
flechando riesgos a su misma aljaba!

VI

Al suceso de Susana en el baño

El frío pedernal de nieve cano,
a pesar de las llamas que fomenta,
¿quieres, ¡oh duro amor!, que el golpe sienta
del acerado impulso de tu mano?

Caduco robre ha de ilustrar el llano
cuando su ancianidad vive por cuenta
del duro escollo que en la cumbre alienta,
débil raíz fortalecida en vano.

¿Qué flecha el casto pecho de Susana
no rebatiera, aun cuando la porfía
de cuerda juvenil le diera plumas?

Quebranta el arco pues, la sombra vana
desata de esos ojos, porque el día
no muere aunque fluctúe en las espumas [1].

COMBATE DAVID CON GOLIAT

JACOBO UZIEL

Médico? († 1630)

David, del santo celo revestido,
de bárbara grandeza no se espanta;
mas a Saúl, del miedo combatido,
al esfuerzo divino le levanta;

[1] *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, t. 2. «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneyra, vol. 42, p. 47.

recuenta cómo siendo acometido
del oso y del león, sin mover planta,
mataba al uno, al otro atropellaba
y sus felpudas pieles les quitaba.

Aquel a quien la máquina universa
se rinde, y del león librarme quiso,
no siendo la intención de éste diversa,
por ser contrario al bien e incircunciso,
hará que su maldad impía y perversa
lleve de mí la paga al improviso,
siendo de su poder indicio incierto
venza un pastor a un soldado experto.

Viendo Saúl el brío que promete
la diestra de David justificada,
por inspiración juzga que acomete
a Goliat feroz riña aplazada.
Vestir le manda el rey su coselete;
mas siendo de estatura aventajada,
lo desecha David, y fuerte en brío,
cinco guijarros sólo alzó de un río.

Los guarda en el zurrón. Honda en la mano
(arroja de pastor la fútil vara);
haciendo reverencia, parte ufano,
como si la victoria ya ganara.
Tocan al arma, y el gigante vano
se presenta bizarro, alegre en cara.
El uno y otro ejército parado
asegura el combate señalado.

Maldito rapacillo, al cielo invoco
que tu cuerpo daré pasto a las aves,
y siendo tan pequeño, doile poco,
según tus yerros son muchos y graves.
Respóndele David: Bárbaro, loco;
mal tu flaqueza y mal mi valor sabes:
tú confías en dioses y en tu acero,
mas yo sólo en mi Dios, Dios verdadero.

Aquel que, sin tener comedimiento,
con tu boca sacrílega ofendiste,
la palma me dará del vencimiento,
a ti pena debida y muerte triste.

Apenas declaró el último acento,
que meneando la onda osada enviste,
en nombre de su Dios arroja y tira;
dale en la frente al bravo; en tierra expira [1].

SED

Juan Alcover y Maspóns

Abogado, poeta mallorquín (1854-1926)

Es de noche. Israel tiene su hueste
en Odollam agreste.
David en la caverna se encastilla;
la flor de sus guerreros le rodea
y por el ancho Raphaín acampa
la hueste filistea.

Al otro lado, Bethlehem vigila;
su muro se perfila
coronado de arqueros enemigos:
y el fresco aliento de su gola abierta
ofrece la cisterna junto al hueco
de la murada puerta.

Codiciando, sin sueño ni reposo,
el líquido precioso,
David tenía sed. «¡ Ah, quién me diera
sólo un sorbo del agua betlemita
para templar el hálito del fuego
que mi garganta irrita !»

En medio de la flor de sus valientes
descuellan, eminentes,
Semo, Jesbán y Eleazar. Se miran,
y, velando su oculto pensamiento,
cruzan, entre las tiendas enemigas,
el vasto campamento.

Saltan reflejos pálidos, fugaces,
de las revueltas haces;
y sienten, al pasar, sordo crujido
de quijadas que rumian o degluten
y las voces de alerta, que a lo largo
del valle repercuten.

[1] *David*, poema heroico del doctor Jacobo Uziel, canto 12 (Venecia 1624). Fragmento del canto 1, pp. 20-22.

Llegan a la cisterna. Ven echados
en tierra tres soldados.
El uno duerme en posición supina,
el otro palpa el puño del acero,
el otro, a las imágenes sonríe
de un sueño lisonjero.

«Tres para tres», Eleazar murmura;
entre la sombra obscura,
sin que exhalen un grito, los degüellan;
y en la cisterna al pórtico vecina,
los héroes de David llenan el casco
del agua cristalina.

De nuevo emprenden a la fuerte gruta
la temeraria ruta;
y al trasponer los términos del valle,
suenan las voces, tañidos de trompetas
y, en torno de sus cráneos indefensos,
silbidos de saetas.

A la presencia de su rey sediento
llegan en salvamento,
y le ofrecen el agua, que en el casco
brilla al reflejo de la luz nocturna.
Respóndeles David y el casco toma
como sagrada urna:

«Mal hice en revelar un vil deseo.
Al odio filisteo
expuse las columnas de mi trono,
el precioso licor de vuestras venas,
que apetece la chusma incircuncisa
con avidez de hienas.

»Suave es el olor del incensario;
suave, en el santuario,
el humo de las víctimas ardientes;
empero, más suave es el perfume
del deseo que a Dios sacrificamos
y oculto se consume.

»Gloria al Dios de Israel que os vuelve ilesos.
Si como ardor de huesos
me abrasara la sed, no bebería.
También está sediento el pueblo mío.
¿Por qué yo solo regalar mi boca
en el fresco rocío?

»Sabor de vuestra sangre, ¡oh mis leales!,
hallara en sus raudales
mi labio pecador...» Dice el caudillo;

alza los ojos de vidente al cielo
y en libación pacífica derrama
el agua por el suelo [1].

AMON Y TAMAR

GABRIEL TÉLLEZ, TIRSO DE MOLINA

Mercedario (1583?-1647)

Ligero pensamiento
de amor, pájaro alegre
que viste la esperanza
de plumas y alas verdes;
si fuente de tus gustos
es mi querido ausente,
donde amoroso asistes,
donde sediento bebes,
tu vuelta no dilates
cuando a su vista llegues,
que me darán tus dichas
envidia si no vuelves.
Pajarillo que vas a la fuente,
bebe y vente.

Correo de mis quejas
serás cuando le lleves
en pliegos de suspiros
sospechas impacientes
con tu amoroso pico;
si en mi memoria duerme,
del sueño de su olvido
es bien que le despiertes;
castígale descuidos,
amores le agradece,
preséntale firmezas,
favores le promete.
Pajarillo que vas a la fuente,
bebe y vente.

¡Qué voz tan apacible!
¡Qué quejas tan ardientes!
¡Qué acentos tan süaves!
¡Ay, Dios! ¿Qué hechizo es éste?
A su melifluo canto,
corrido el viento vuelve,
que en fe que se detuvo
muy bien puede correrse;
y por acompañar
su voz, la hace que temple
los tiples de estas hojas,
los bajos de estas fuentes,

Amor, no sé qué os diga,
si vuestro rigor viene
a obscuras y de noche
por que los ojos cierre;
como a la voz iguale
la belleza, que suele
ser ángel en acentos
y en rostro ser serpiente...
¡Triunfad, niño absoluto,
de un corazón rebelde,
si rústico, ya noble,
si libre, ya obediente!

¡Ay, pensamiento mío,
cuánto allá te detienes!
¡Qué leve que te partes!
¡Con qué pereza vuelves!
¡Celosa estoy que goces
de mi adorado ausente
la vista con que aplacas
la ardiente sed de verle!
Si acaso de sus labios
el dulce néctar bebes
que labran sus palabras
y hurtalle algunas puedes.
Pajarillo que vas a la fuente,
bebe y vente [2].

[1] *Obras* (Barcelona 1928), vol. 3.
[2] *La venganza de Tamar,* comedia, en Nueva Biblioteca de Autores Españoles, t. 4, p. 410.

A ABSALON Y A SANSON

FÉLIX DE ARTEAGA (FRAY HORTENSIO FÉLIX PARAVICCINO)

Trinitario (1580-1633)

La religiosa greña, que ignorante
del acero vivió, menos prudente
que lascivo, Sansón cortar no siente
a la cruda belleza que armó amante.

La profana guedeja que brillante
vendió rizos a más de alguna frente,
de la encina a Absalón deja pendiente,
que en oro ya desafió volante.

Corto cabello, larga indujo afrenta
al robusto juez, si en crudo oficio
largo abrevió la vida al joven bello.

Quien ser soberbio, ni aun humilde, intenta,
si corto o largo, al mismo precipicio,
honras penden y vidas de un cabello [1].

A SALOMON, LLEGANDO A ADORAR A ASTAREN, DIOSA DE LOS SIDONIOS

AGUSTÍN DE SALAZAR Y TORRES

Caballero cortesano (1642-1675)

Detente, aguarda, rey; ¡ah!, ¿quién te guía
a tan torpe maldad? Suelte la mano
la víctima infeliz; ¿qué ardor villano
te conduce a tan ciega alevosía?

¿Tú adoras a Astarén? ¿Tú aquesa impía
bárbara estatua del sidonio vano?
¿Qué es esto, justo rey, digo, tirano?
¿Dónde está la fatal sabiduría?

Si es que el amor gobierna tus acciones,
¿cómo los ojos cierras al encanto?
¿Cómo el saber no vence al ardimiento?

[1] *Obras póstumas divinas y humanas de don Félix de Arteaga* (Alcalá 1650), p. 115.

Mas, ¡ay!, y cuánto pueden las pasiones!
Pues en tu entendimiento, siendo tanto,
vence tu voluntad tu entendimiento [1].

TOBIAS CURA LA CEGUERA DE SU PADRE

LICENCIADO CAUDIVILLA

(Siglo XII)

Díjole el ángel: «Mi Tobías hermano,
en llegando a tu casa, al punto luego
darás gracias a Dios, que bueno y sano
te ha vuelto a vista de tu padre ciego:
Al cual con humildad pide la mano,
de rodillas postrado; y más te ruego,
que le abraces mil veces si pudieres,
en señal de lo mucho que le quieres.

»Tras esto tomarás la hiel que llevas,
del pez guardado por mi buen consejo,
y harás con ella tan extrañas pruebas
que el mundo de asombrado esté perplejo.
Porque te quiero dar muy buenas nuevas,
que poniendo en los ojos al buen viejo
la hiel, al mismo punto, de manera
verá como si nunca ciego fuera.

»Con su dichosa vista no pensada
ni esperada jamás naturalmente,
y de ver tu venida deseada,
que estaba desahuciada de su mente,
será la casa de alegría colmada,
y el gozo sonará de gente en gente,
engradeciendo la deidad divina,
que con él se ha mostrado tan benina».

Traían el ángel y Tobías consigo,
un perro fiel y firme compañero,
que habían llevado y era buen testigo
para ser de su vuelta mensajero.
Este, como hombre humano y como amigo
de confirmar la nueva, fué el primero
que entró en su casa, y halagado, hacía
con la cola señales de alegría.

[1] *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, en «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneyra, t. 42, p. 217.

Entraron ellos luego, y el ruido
hizo al viejo salir hasta la puerta,
de la suerte que el pájaro prendido
en red, que corre y a salir no acierta.
Cayendo y tropezando, entelerido,
hasta que hizo su esperanza cierta,
salió el buen padre, y en los brazos puesto
del hijo, se quedó de gozo yerto.

Después, el patriarca sacrosanto
de abrazar y besar al hijo amado
no se pudo abstener, ni pudo tanto
que la madre no asiese el otro lado.
Ambos a un mismo tiempo en largo llanto,
se enternecieron por haber tocado
la prenda de sus bienes y contentos,
y el remedio y el fin de sus tormentos.

Entonces el mancebo venturoso,
con el ayuda y celestial consejo,
toma la hiel del pece milagroso,
para la vista de su padre viejo.
Ungióle entrambos ojos, receloso
que se había de admirar y estar perplejo,
como quedó admirado, no sabiendo
lo que le estaba por su bien poniendo.

Gran rato estuvo sosegado y quieto
el buen Tobías, con la hiel famosa,
al cabo de media hora hizo su efeto
que se esperaba, que era milagrosa.
Nunca se vió jamás igual secreto,
ni oyó ninguno semejante cosa,
que cayó de sus ojos lo que hubiera
de un huevo si la clara se vertiera.

Quedó con esto sana y transparente
la vista del buen viejo amancillado,
cual queda el agua de una hermosa fuente
cuando del barro y cieno se ha escombrado.
O como cuando Febo refulgente,
después de largo tiempo de nublado,
se muestra alegre, con su vista clara,
y a todos da contento con su cara [1].

[1] *La historia de Tobías, sacada de la Sagrada Escritura y compuesta en octava rima por el licenciado Caudivilla, criado del Rey N. S. y natural de la imperial ciudad de Toledo* (Barcelona 1615) páginas 129-130v.

JUDIT

IGNACIO DE LUZÁN

Diplomático, político (1702-1754)

En fin volvió Judit, volvió triunfante,
y el pueblo, «¡ Viva, viva !» repetía.
El héroe, de mujer nada tenía
más que el tejido engaño y el semblante.

Tropel de doncellitas anhelante,
el manto, el pie besábala a porfía ;
la diestra no, porque aun miedo infundía
por la muerte del bárbaro arrogante.

La voz de cien profetas lisonjera,
«Será ilustre, decía, tu memoria
mientras del sol durare la carrera».

Grande fué su valor en la victoria,
pero mayor cuando volvió a su esfera,
estaba toda humilde en tanta gloria [1].

CANTO DE JUDIT

JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA

Presbítero (1748-1791)

Haced salva este día,
haced salva en el tímpano sonoro
y cantad al Señor con la armonía
de las címbalas de oro ;
variad la melodía
en uno y otro coro
y entonad a mi Dios un nuevo canto ;
ensalzadle y llamad su nombre santo.
El Señor, vencedor de tantas guerras,
Jehová tiene por nombre ;
que en medio nuestras tierras
el real del enemigo no os asombre
cuando más de las manos
nos pretendió librar de los tiranos.

[1] Traducción de un soneto italiano de Juan Bautista Zappi. *Poetica* (Madrid, Sancha, 1789), 5 vols.

Vino el insidiador desde la cumbre
del áspero aquilón; vino fiado
en la gran muchedumbre
de su ejército armado.
Su multitud cubría
a los arroyos sus undosas calles
y el hermoso verdor de nuestros valles
debajo de los pies desparecía
de su caballería.

Dijo y hizo promesa
de hacer en fuego arder nuestras regiones
a degüello pasar nuestros garzones,
en la infancia hacer presa
y a su tirano imperio
las vírgenes llevar en cautiverio;
pero el Omnipotente soberano
le dió su merecido;
le entregó a una mujer, por cuya mano
mortalmente fué herido.
Que no al potente bárbaro postraron
mis mancebos pujantes,
no de titán los hijos le llagaron,
ni peleó con indómitos gigantes;
mas Judit de Merarí en la belleza
de su rostro rindió su fortaleza.
Quítase el luto triste
que en su viudez traía
y una gala de júbilo se viste
que en otro tiempo usó su lozanía;
por quien después los hijos
hicieron de Israel mil regocijos.

Su rostro ungiera en bálsamos fragantes,
y en cerco de oro y piedras rutilantes
entrelazó el cabello,
y un ropaje esplendente
se acomodara en novedad tan bello,
que bastó a seducir al gran tirano
y a desarmar sus ásperos enojos.
Sus sandalias los ojos
le arrebataron; su pasión altiva
presa de su beldad quedó y captiva.
Y con su mismo alfanje luminoso
la cerviz cercenó del orgulloso,
altivo en su arrogancia;
de su heroica constancia

los persas con horror se estremecieron
y los medos quedaron confundidos.
Entonces los asirios prorrumpían
en ayes y alaridos,
cuando los hijos de mi pueblo amado
en sed ardiendo se han manifestado.
Los hijos aun sin bozo
de las más tiernas madres los herían
y en ellos hacen trágico destrozo,
como en infantes tímidos que huían;
y en la lid perecieron ante el brío
del poderoso Dios y Señor mío.
Cantar dulce entonemos;
nuevo cantar a nuestro Dios cantemos.
Adonaí, Dios grande,
tú eres Señor preclaro en tu pujanza;
siquiera se desmande,
ninguno a sostener tu esfuerzo alcanza;
sirvan en tu alabanza
todas las criaturas que formaste;
dijiste tú, y se hicieron,
y hechas de nada fueron
al punto que tu espíritu enviaste;
y no hay ninguno que tu voz contraste.
Los montes con sus aguas son movidos
desde sus fundamentos eternales
delante de tu rostro y derretidos
como cera los broncos pedernales;
los que temen, empero, tu potencia,
grandes consiguen ser en tu presencia.
Mas ¡ ay de aquella gente
que sobre el pueblo mío se abalance!,
que el Dios omnipotente
armado de venganza irá en su alcance.
El visitará luego,
el día de su enojo, a los tiranos;
dará a sus carnes fuego,
dará a sus huesos fétidos gusanos
que a todos los abrasen
y en su castigo eternos siglos pasen [1].

[1] *Poetas líricos del siglo XVIII*, en «Biblioteca de Autores Españoles», t. 61, p. 465.

HISTORIA DE JOB

JUAN MANUEL BEDOYA

Deán de la catedral de Orense (1770-1850)

En esta tierra de Hus, un hombre había
sencillo y recto de costumbres puras,
temeroso de Dios, varón sin tacha,
enemigo mortal de toda culpa.
Era su nombre Job. Dios le bendijo
colmándole de bienes de fortuna.
Siete hijos le nacieron y tres hijas,
de tan rara virtud como hermosura.
Sus espaciosos campos cultivaban
de bueyes a la par quinientas yuntas;
ovejas, siete mil; tres mil camellos
y cinco centenares de asnas lucias
no apuraban sus pastos; de gañanes,
inmensa multitud; él fué, sin duda,
el de más nombradía en el Oriente
por sus virtudes y riquezas muchas.
Sus hijos en sus casas los banquetes
por días alternaban, de la mutua
concordia indicios, y a sus tres hermanas
convidaban también. Mas de resultas,
concluído el turno convival, su padre
los enviaba a llamar y los procura
santificar; y alzándose temprano
al Señor, por cada uno con fe pura
ofrecía aceptables holocaustos;
«No sea que mis hijos quizá incurran,
decía para sí, descomedidos,
en algún mal pecado y que la holgura
aleje del Señor sus corazones».
Esta de Job fué siempre la conducta.
El primer día
que los hermanos a comer se juntan
en casa del mayor, a Job le vino
un mensaje fatal, que dice en suma:
«Arando iban tus bueyes; las pollinas
pastaban allí cerca, y una turba
aparece de bárbaros sabeos;
todo lo roban; el acero empuñan;
degollaron los mozos; yo tan sólo
de sus mandobles pude a penas duras

salir salvo a traer la triste nueva;
triste sabida, triste si se oculta».
No bien éste acabara, entró el segundo
diciendo: «Un grande fuego de la altura
abrasó tus ovejas y pastores;
yo me liberté sólo por fortuna».
Job, puesto en pie, rasgó sus vestiduras,
se mesó los cabellos, se echó en tierra
y a Dios con sumisión la más profunda
adoró, repitiendo estas palabras:
«Desnudo vine al mundo; no rehusa
ir desnudo a la huesa tu sirviente.
Llevólo quien lo dió; cual cosa suya,
dispone a su placer; bendito Él sea;
su siempre santa voluntad se cumpla» [1].

LAS NUEVE LECCIONES DE JOB, DEL OFICIO DE DIFUNTOS

ATRIBUÍDAS A FR. LUIS DE LEÓN

Agustino (1527-1591)

I. *Parce mihi, Domine,* etc.

Perdona ya, Señor, las culpas mías
por quien mi triste cuerpo es lastimado,
pues bien sabes que son nada mis días.

¿Quién es el hombre, que has magnificado?
¿Por qué tu corazón tan cerca pones
del hombre, y tienes dél tanto cuidado?

Visítasle en naciendo, y le dispones
a tu culto y servicio, y al momento
le envías por probar mil tentaciones.

¿Hasta cuándo estaré en este tormento
sin permitir siquiera que el dolor
a tragar la saliva me dé aliento?

Gravemente he pecado, Guardador
de los hombres; mas dime, ¿cómo o cuándo
podré satisfacer a ti, Señor?

[1] De *Memorias históricas de Berlanga,* en cuya 2.ª ed. se incluyen algunas composiciones métricas de J. M. Bedoya.

¿Por qué con afligirme vas mostrando
que soy contrario tuyo y tu enemigo
y mío, pues me estoy a mí agravando?

¿Por qué tanto rigor, buen Dios, conmigo?
¿Por qué de mí no tiras ya el pecado
por el cual me enviaste este castigo?

Agora moriré y seré encerrado
en el ancho sepulcro y tierra umbría
de la pálida muerte convidado.

Y si acaso mañana u otro día
me buscares acá en esta posada,
ya no asistiré donde solía.

II. *Taedet animam meam*

El alma de mi vida ya enfadada
me hace contra mí decir razones
en odio de una vida tan pesada.

Y cual hombre cercado de aflicciones,
que en amargura llora su dolor,
así dije llorando mis pasiones.

Diré con humildad a Dios: Señor,
no me condenes al tartáreo asiento,
lugar horrendo y lleno de pavor.

Muéstrame aquesta causa y fundamento,
por el cual así me hayas castigado
por culpas o por ver mi sufrimiento.

¿Por ventura tendrás por acertado
que calumnies y oprimas con malicia
la obra que tu mano ha fabricado?

¿Al consejo del impio y la injusticia
ayudarás acaso por enojos
que haya hecho el hombre a tu justicia?

¿O por ventura tienes tú los ojos
tan cortos como el hombre, que es falible
guiado sin razón por sus antojos?

¿O los días del hombre corruptibles,
y los tuyos, Señor, son de una suerte,
siendo tu majestad incomprensible?

¿Pues qué podrá, Señor, así moverte,
a que tanto escudriñes mi maldad
indigno de un castigo que es tan fuerte?

Mayormente que es tu infinidad
tan grande, que no habrá violenta mano
que me libre de tanta potestad.

III. *Manus tuae*

Tus manos, Dios eterno y soberano,
hicieron y adornaron mi figura
constituyéndola en el ser humano.

¿Pues así precipitas su hermosura,
hechura tuya, que es tan excelente
dándole repentina sepultura?

Acuérdate, Señor omnipotente,
que de tierra y vil polvo me formaste,
en que me has de envolver últimamente.

¿Por ventura, Señor, no me sacaste
cual leche, y como el fértil y sabroso
queso divinamente me cuajaste?

En aqueste edificio artificioso
de las mezclas que adornan mi estructura
te mostraste no poco poderoso.

Consta de carne y hueso mi figura,
a quien con vida y gracia has ilustrado
visitando, Señor, tu compostura.

Aunque, si no me tienes por pesado,
una pregunta haré a tu majestad
que me da penosísimo cuidado.

IV. *Responde mihi*

Respóndeme cuánta es la gravedad
de mis delitos, número y frecuencia
con que tengo ofendida tu bondad.

¿Por qué tu rostro lleno de clemencia
escondes, reputándome enemigo,
no poco lastimado con tu ausencia?

¿A fuerzas quiés tomarte, pues, conmigo,
que soy cual débil hoja al fiero viento
arrebatada en puesto sin abrigo?

¿Tu fuerte brazo hace movimiento
contra una seca astilla sin valor
como yo, seco, flaco y macilento?

Tú escribes contra mí con disfavor
las culpas por quien paso esta amargura,
estas penas, congojas y dolor.

Y quieres confundir a esta criatura
con los delitos de mi mocedad
dignísima de aquesta desventura.

Tú me has puesto con esta enfermedad
en un cepo los pies encarcelados
como instrumento de mi iniquidad.

Bien sé que tienes muy considerados
los pasos que yo di por cualquier vía,
mis huellas y caminos numerados.

Espero que vendrá por mí aquel día
en que como vestido apolillado
con podre lo ha de estar la carne mía.

V. *Homo natus de muliere*

El hombre vive tiempo limitado,
de la mujer nacido, que es flaqueza,
de miserias y penas rodeado.

Cual flor y lirio pierde su lindeza,
cual fugitiva sombra e inconstante
antes perece y pierde su belleza.

Cuando parece estar más adelante
es cierto que está entonces más instable
porque se muda y vuelve cada instante.

¿Pues siendo el hombre así tan miserable
te pones en querer juzgar su vida
con la definitiva e irrevocable?

¿Quién tomará una cosa que es nacida
inmunda a ser perfecta en sumo grado,
si no es tu potencia esclarecida?

Breve tiempo y muy determinado
de días tiene el hombre hasta morir,
cuyo número tú tienes contado.

Constituístele a él para vivir
los términos con línea tan medida.
que no puede aumentarla ni añadir.

Pues apártate un poco de su vida
porque descanse el cuerpo con la muerte
que con lágrimas tiene tan pedida.

Y de allí espera la dichosa suerte,
cual suele el mercenario el dulce pago,
lo cual sólo consiste en conocerte.

VI. *Quis mihi hoc tribuat*

¿Quién me dará que allá en el hondo lago
me escondieses en tanto que el furor
tuyo ejecuta en mí tu grande estrago?

Mas había de ser esto, Señor,
con tal que hubiera tiempo señalado
para acordarte de este pecador.

¿Piensas, Señor, que el hombre sepultado
volverá a revivir una vez muerto
hasta el día para ello diputado?

El tiempo que aquí vivo estoy muy cierto
que espero hasta entonces mi mudanza
para bien conducirme al mejor puerto.

Estando yo muy firme en mi esperanza
tú, Dios, me llamarás, y yo al momento
responderé sin punto de tardanza.

Extenderás tu diestra con contento
en favor de la obra de tu mano,
que no esperaba ya ningún contento.

Tú, cierto, Dios eterno y soberano,
tienes todos mis pasos numerados,
mas muéstrate a mis culpas muy humano.

VII. *Spiritus meus attenuabitur*

El corazón y espíritu cansados
van ya los tristes días acabando
con eterna flaqueza atenuados.

Todo cuanto hay en mí me va dejando,
y no me resta más que el deseado
sepulcro que me está a voces llamando.

¿Qué es aquesto, buen Dios? Yo no he pecado:
¿cómo con amargura y con dolor
estoy de todas partes rodeado?

Líbrame dellas, Dios, con tu favor;
y puesto junto a ti allá en tal cielo,
compita contra mí cualquier furor.

Mis días se pasaron como vuelo,
mis tristes pensamientos permitidos
al corazón dejaron sin consuelo.

Convirtieron mil veces mis sentidos
desvelados, la noche en claro día,
por estar en mis males divertidos.

Después como la luz se detenía
esperaba que acaso se llegase
cuando la obscuridad se despedía.

Bien sé que aunque esto pase y más pasase,
sólo el limbo es mi casa y mi aposento,
que por ahora no hay quien de allí pase.

En aquellas tinieblas haré asiento
y situaré mi estrado y pobre lecho,
hasta que llegue el día del contento.

Todo mi cuerpo está una podre hecho,
a quien llamo mis padres con razón,
con título justísimo y derecho.

Digo hermanos de mi generación
a los viles gusanos con verdad,
pues lo que yo he de ser ya ellos son.

Y pues que soy de aquesta calidad,
¿cuál esperanza tengo, qué paciencia,
respecto de mi poca dignidad?

VIII. *Pelli meae consumptis*

Mi carne consumida en mi dolencia
tiene mi piel al hueso tan pegada,
que entre los dos no hay casi diferencia.

Solos los tristes labios ya dejada
la boca, y van los dientes divulgando
con suma fealdad jamás pensada.

¡Oh gentes que os estáis de mí admirando,
pues veis mi dura suerte y desconsuelo,
suplicoos que de mí os vais apiadando!

¿Por qué no me decís algún consuelo
siquiera los que sois fieles amigos
en mi grave tristeza y sumo duelo?

¿Por qué me perseguís como enemigo?
¿De mis carnes (decid) estáis comiendo?
¿Pensáis que a mi penar faltan testigos?

¿Quién me diese que fuera yo escribiendo
mis palabras en esta coyuntura,
y en un libro las fuera yo esculpiendo?

¿Quién me diera que aquesta mi escritura
fuera con pluma fuerte de un acero
porque más señalase la escritura?

Escritas do se pierdan no las quiero,
sino en papel de plomo o pedernal,
pues todo lo demás no es duradero.

Creo cierto que vive vida actual
mi Redentor y Dios omnipotente,
remediador de todo nuestro mal.

Y que el día postrero ciertamente
he de resucitar a nueva vida,
do le verán mis ojos veramente.

Entonces me será mi piel vestida
otra vez, y veré a Dios poderoso
en mi carne que ahora está podrida.

Veré a mi Dios entonces muy glorioso
y ninguno por mí, sino mis ojos,
con la cual esperanza estoy gozoso.

Considerando todos mis despojos
en que ahora veo yo mi desconsuelo
dije al dador de todos mis enojos.

IX. *Quare de vulva eduxisti me*

¿Por qué, di, me sacaste de aquel velo,
que en el vientre materno me encubría
para vivir tan triste y sin consuelo?

¡Oh si muriera al tiempo que nacía,
antes de que los ojos me miraran,
al punto que mi madre me paria!

Y si luego al momento me enterraran,
fuera mi ser un casi no haber sido
porque todos al punto me olvidaran.

Mas, pues aquesto ser más no ha podido,
¿por ventura los días de mi edad
no tienen algún término medido?

Remite tu rigor por tu bondad
para que poco a poco sea llevado
mi dolor y no laste enfermedad.

Antes que parta deja a mi cuidado
algunos rastros libres de esta pena,
para que llore y gima mi pecado.

Antes que parta a aquella tierra, llena
de miserias, tinieblas y terror,
como de bienes y consuelo ajena.

A do sombras de muerte con temor
habitan, do no hay orden ni concierto,
antes en vez de todo hay un rumor
sempiterno con sumo desconcierto [1].

TRIUNFO DE LA VIRTUD

DIEGO ENRÍQUEZ BASURTO

Siglo XVII

En la terrible aflicción
adonde muero entre ardores,
vengan, vengan los dolores,
que en Job no ha de haber
tu loca proposición [pasión:
no me ha dado que temer,
pues he llegado a saber
en tan miserable estado,
si bien lo he considerado,
que, en efecto, eres mujer.
¿Que no espere en el Se- [ñor,

[1] *Poesías de Fr. Luis de León*, ed. Rivadeneyra (Madrid 1921), página 412.

me dices? Grave delito;
el Autor incircunscrito
es mi asistencia mayor:
Cese, pues, cese tu error,
y no me quieras matar
con tan violento pesar,
cuando mi lealtad prefiero;
que si en el Señor no espero,
¿en quién tengo de esperar?

Nunca de tu presunción,
mejor consejo aguardé,
ni jamás de ti esperé
que saliese otra razón:
y así en aquesta ocasión,
nada tu error me divierte,
pues me das, si bien se ad-
[vierte,
con tu consejo homicida,
por aliviar una vida,
una dilatada muerte.

Queriendo el fuego apagar
de la pena que me inflama,
entre el agua da a mi llama
mayor fuego tu pesar:
bien le diera que admirar
tu error, por torpe y por
[ciego,
a mi paciencia y sosiego,
si no llegara a saber [jer,
que es muy propio en la mu-
el dar entre el agua el fuego.

Física de mi dolor,
en vaso de oro, atrevida,
me pretendes dar bebida
para dármele mayor:
con el vaso tu rigor
quiere engañar mis ardores;
mas no es nuevo que entre
[errores,
la mujer, a quien condeno,
oculte siempre el veneno,
cual víbora entre las flores.

Conozco que en la hermo-
[sura
donde falta la entereza,
puede sobrar la belleza,
pero faltar la cordura:
y así mi fe le asegura
a lo frágil de tu sexo, [pejo,
que si antes, como en es-
que tal yerro articularas,
en mi pecho te miraras,
no me dieras tal consejo.

Vive en mi pecho escul-
por el cincel inmortal [pida
una fe firme y leal,
ésta vive al alma unida:
y si pudiera atrevida
mirarse en ella la culpa
de tu yerro sin disculpa,
por verdad te asegurara,
que difunta te dejara
lo horroroso de tu culpa.

Porque si en razón pre-
lo vano de tu razón, [vienes
hallarás que en tu opinión
ninguna disculpa tienes.
¿Daréle al darme los bienes
gracias a Dios, y atrevido
al darme el mal, con olvido,
sepultaré el bien? ¡Qué error!
Que no hay delito mayor
que es ser desagradecido.

Tiene Job, si lo mirares,
mucho valor y paciencia,
para que tu loca ciencia,
le venza con sus pesares:
y aunque vengan a millares
con el tuyo los demás,
ten por cierto que jamás
le perturben accidentes;
que a no haber inconvenien-
nadie mereciera más. [tes

La fe con que firme adora
Job el Ser maravilloso,
entre un celo fervoroso
siempre ha de lucir aurora:

pero considera ahora,
y mira más entendida,
si no es acción más lucida,
para ganar mejor palma
el querer salvar un alma
que el dar alivio a una
[vida [1].

SALMO I

José de Valdivielso

Capellán del cardenal Infante (1560-1638)

¡Oh muchas veces bienaventurado
aquel varón que no se halló en las juntas
ni siguió los consejos pervertidos
de los malvados y que ciegamente,
ni llevarse dejó ni persuadirse
de los malos consejos de los malos,
que pecan neciamente maliciosos.
Ni en las torcidas sendas de sus culpas,
de sus costumbres, obras y palabras
con perezosas plantas se detuvo,
ni anheló, altivo, cátedras impías
de gente por su daño mofadora,
yendo a la parte en su doctrina errada
para enseñarla con dañosos labios,
con contagio mortal de los oyentes;
ni en ellas se sentó, mal persuadido;
pero siguió con voluntad amante,
con sabio afecto y gusto deleitoso,
con incesante estudio, días y noches,
la ley de Dios, que enseña, nunca errada,
de la vida mejor santos preceptos
con meditación cuerda discurridos
y con valiente espíritu observados.
Será este tal como árbol siempre hojoso,
en quien compite el fruto con las flores,
plantado a las corrientes de las aguas,
que con labios de vidrio flores pacen;
adornado de verdes hermosuras,
que, sin que el verdor pierda fácil hoja
a los ardores del incendio estivo
ni a los desdenes del señudo invierno,
a su villano dueño, agradecido,
rinde a su tiempo sazonados frutos;

[1] *El triunfo de la virtud y paciencia de Job*, por Diego Enríquez Basurto (Ruán 1649), pp. 156-163.

como el árbol será, medrado siempre,
con dichosos sucesos prosperando
sus empleos, sus obras, sus acciones,
medidos con sus gustos y deseos.
No así los impíos, no; mas como el polvo
o seca arista, a quien burlador viento,
en ciego torbellino y leves alas,
injurioso, levanta de la tierra,
turba, revuelve, esparce y desvanece,
se verán esparcidos y asolados.
Por lo cual en el día temeroso,
cuando el Jüez en tronadora nube
con regia potestad venga a juïcio,
no hallarán quien su causa les defienda;
cabeza no alzarán, tendrán mal pleito;
no se levantarán a ser premiados,
ni en la congregación y compañía
se verán para siempre de los justos.
Porque aprueba el Señor prósperamente
el angosto camino de los buenos,
el ancho reprobando de los malos,
que siempre para en desastrados fines;
a aquéllos con favores mil premiando,
ellos a mil rigores condenando.
Gloria al Padre, y al Hijo y Amor Santo,
como al principio, agora y para siempre
por los siglos eternos de los siglos [1].

SALMO 2

Francisco de Borja (Príncipe de Esquilache)

(1581-1658)

¿Por qué todas las gentes
con furor tan indómito bramaron,
y los pueblos prudentes
tan inútiles cosas meditaron?
Y juntos ya sin guerra
los príncipes y reyes de la tierra,
contra el Señor unidos,
y contra el Cristo ungido de su mano,
soberbios y atrevidos
romper quisieron la prisión en vano;

[1] *Exposición parafrástica del Psalterio y de los cánticos del breviario* (Madrid 1623), fol. 1.

diciendo en cautiverio:
sacudamos el yugo de su imperio.

El que en el cielo habita
reiráse entonces con desprecio de ellos;
y dirá a quien incita
su furor, poderoso a deshacellos:
Yo soy su Rey ungido,
sobre el monte de Sión constituído,

y por Rey declarado.
De Dios inmenso la verdad me dijo,
qué intentan, si a mi lado
mides la Eternidad, siendo mi Hijo.
Y para gloria mía
hoy te engendré, ¿qué es el eterno día?

Tu grandeza publico:
A mí me pide; y cuanta gente encierra
el orbe, a ti la aplico,
hasta el postrero margen de la tierra;
y con vara de acero,
los rompe como vasos del ollero.

Entended esto, reyes,
y los que con imperio soberano
dais a la tierra leyes:
Aprendedlo, primero que la mano
del celestial enojo,
por no temerle, os deje por despojo.

Si cuando se enojare,
cobrando fuerzas su rigor ardiente,
y a término llegare,
que se abrase su ira brevemente;
el bienaventurado
será quien dél viniere confiado [1].

SALMO 4

Justo Barbagero

(Siglo XIX)

Cuando invoqué, me escuchó
el Dios de toda bondad;
en la angustia y ansiedad
el corazón me ensanchó.

[1] *Obras del príncipe de Esquilache* (Amberes 1654), p. 643.

Confiado en tu clemencia,
piedad te pido otra vez
y dirijo nueva prez
a tu divina presencia.

Hijos de hombres, ¿hasta cuándo
tendréis cerrados los ojos?
¡Siempre tras vanos antojos,
siempre mentiras buscando!

Sabed que apartó el Señor
a su Santo para sí
y que El me escuchará a mí
cuando alzare mi clamor.

Reprimid la ira en el pecho
y no cometáis pecado;
el corazón irritado,
dejad se calme en el lecho.

A Dios llevad hostias puras
y confiad en su diestra.
Muchos dicen: «¿Quien nos muestra
sus bienes y sus venturas?»

La luz, ¡oh Dios!, de tu cara
en nosotros está impresa;
¡qué alegría tu promesa
a mi corazón depara!

Que tengan ellos de trigo,
de aceite y vino abundancia,
confiado en tu vigilancia;
yo dormiré en paz contigo.

Porque tú sólo, Señor,
aseguras mi esperanza,
en tu poder se afianza,
en tu clemencia y amor [1].

SALMO 5

José Virués

(Siglo XIX)

¡Señor, atento y piadoso,
mi voz clamorosa escucha!
Tú, en quien mi Dios y monarca
mi oración humilde busca.

[1] *Los Salmos de David puestos en verso castellano* (Madrid 1871).

Pues que madrugué a invocarte.
el grito oirás de mi angustia,
que mi impaciencia no sufre
que más tarde a verte acuda.
Tú eres, Dios mío, enemigo
de la pereza y la culpa
y no consientes que el malo
en tu mansión se introduzca.
Ni subsistiera el inicuo
ante tu mirada pura,
porque aborreces a cuantos
ejercen obras injustas.
Tú destruyes al doloso
profesor de la impostura
y quieres que al sanguinario
tu abominación confunda.
Así, Señor, yo, invocando
tu misericordia suma,
me reclinaré en tus atrios
como en mi materna cuna.
Llegaré con temor santo
hasta tus aras augustas,
donde justo me defiendas
de los que en mi contra pugnan.
Ellos, no. Tú serás quien
guiarás mi planta segura,
porque en sus bocas y pechos
sólo hay yerro, orgullo y dudas.
Su corrompida garganta,
en fétida abierta tumba;
su lengua, elocuente, en dolo...,
que más les valiera muda.
Júzgalos, Dios, en tu enojo;
sus torpes intentos frustra
y, según sus impiedades,
échalos de ti con furia.
Pues con su pena castigas
al soberbio que te insulta,
premia con tu gozo al manso
que en ti su esperanza funda.
Y el que ama tu santo nombre,
viendo que su pecho ocupas,
en darte alabanza eterna
hará tu gloria la suya.

El Señor de tierra y cielo
con su bondad nos escuda
y con su amor nos corona
vencedores en la lucha [1].

SALMO 6

TOMÁS JOSÉ GONZÁLEZ CARVAJAL

(1753-1834)

No me arguyas, Señor, cuando te enojes
ni airado me castigues.
Ten lástima, Señor, de que me coges
enfermo y me persigues
con tanta acerbidad, que dolorido
estoy hasta los huesos.
Vuélveme la salud, Señor, te pido.
Mi alma en los excesos
de su dolor se turba y estremece.
Tú, Señor, ¿hasta cuándo
no la socorrerás? Vuelve a mí ese
rostro amoroso y blando
y sálvame la vida; ponme bueno,
Señor, por tu clemencia.
Porque ¿quién de la muerte ya en el seno
tendrá reminiscencia
de ti? Ni en el sepulcro, ¿quién te alaba?
Mi mal llorando aumento.
Pasan las noches, y mi lecho lava
de lágrimas sin cuento
larga avenida, que hasta el suelo riega.
De llorar tus enojos
tengo debilitada y casi ciega
la vista de los ojos.
De mis contrarios todos el primero
soy, a quien ha rendido
temprana la vejez con golpe fiero.
Mas ya el Señor ha oído
el grito de mi llanto inconsolable.
Huid, pues, de mi lado
cuantos seguís el bando detestable
del vicio, que ha aceptado
mi súplica el Señor, benignamente
oyó los ruegos míos.

[1] *Nueva traducción y paráfrasis genuina en romances españoles de los salmos de David* (Madrid 1825).

La turbación ya, pues, y el vehemente
rubor de mis impíos
enemigos los traiga en un momento
al arrepentimiento [1].

SALMO 8

FRAY DIEGO GONZÁLEZ

Agustino (1733-1794)

¡Cuán grande y admirable,
oh Señor, en quien nuestro bien se encierra,
es tu nombre adorable
en todo cuanto cierra
la redondez inmensa de la tierra!

Pues la magnificencia
que en tus excelsas obras se ha mostrado,
en poderío y ciencia
así ha sobrepujado,
que más que el alto cielo se ha elevado.

Sacaste tu alabanza
de infantil boca que aun enjuga el pecho,
la enemiga alianza
confundida y deshecho
el odio vengador y su despecho.

Que si los cielos miro,
esmero de tu mano omnipotente,
y el desvelado giro
de la luna luciente
y de estrellas el coro refulgente,

luego digo admirado:
¿qué es el hombre, que tanto le encareces
tu amor, o el engendrado
del hombre, que mil veces
con tu visitación le favoreces?

Poco menos le hiciste
que el ángel, y de honor le coronaste
y gloria, y le pusiste,
luego que le formaste,
sobre todas las cosas que criaste.

[1] *Los Salmos traducidos en verso castellano* (Valencia 1819), 5
volúmenes (París 1838).

Y todo sometido
lo dejaste a sus pies y a su mandado;
el rebaño vestido
de lana, el buey pausado
y cuanto pace yerba en monte o prado;

y las ligeras aves,
que alzan el vuelo a la región vacía,
y los pescados graves
que cruzan a porfía
las sendas de la mar salada y fría.

¡Cuán grande y admirable,
oh Señor, en quien nuestro bien se encierra.
es tu nombre adorable
en todo cuanto cierra
la redondez inmensa de la tierra!

Al Padre poderoso,
al Hijo sin fin sabio y al supremo
Espíritu amoroso
se dé el amor eterno
ahora y siempre y por siglos sempiterno [1].

SALMO 19

Fray Juan de Soto

Agustino (siglo XVII)

Oígate, ¡oh Cristo santo!,
en el día de tu pasión y muerte,
tu Padre sacrosanto,
pues te ha cabido suerte
de sacerdote sabio, justo y fuerte.

El nombre del Señor
con la resurrección te ampare y guarde
que es Jacob luchador
y no será cobarde
haciendo de cristiano pueblo alarde.

A ti y tus escogidos,
Dios envíe el socorro de Sión
que os tenga prevenidos,
otorgando el perdón
mirando a tus tormentos y pasión.

[1] *Poetas líricos del siglo XVIII*, en «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneyra (Madrid 1869), t. 61, p. 195.

También tenga memoria
de esta pasión y santo sacrificio
y allá en su santa gloria
sea acepto tu oficio,
de este perdón nos dando claro indicio

Déte por la eficacia
de tu pasión, conforme lo deseas,
para Israel la gracia
y muy medradas veas
de tus altos consejos las tareas.

Todos nos holgaremos
de la mucha salud que nos ha dado
y muy grande seremos
en tu nombre sagrado,
pues de hoy cristiano el pueblo a sí es llamado.

Cumpla tus peticiones
el Padre Eterno, pues allá en el cielo
haces tus oraciones
para que en este suelo
la gracia y bien nos dé de su consuelo.

Agora conocido
y por la profecía me ha mostrado
que Cristo es el ungido
y que ha resucitado
Dios, de los muertos, a su Hijo amado.

Desde su cielo santo,
el Padre le oirá, que está rogando
por todos en su tanto,
y el poder le dando,
la salud de su diestra irá salvando.

Los unos son llevados
en carros. sucesión del tiempo insano;
los otros empinados
en caballo lozano,
dignidades del mundo loco y vano.

Mas nosotros, poniendo
nuestra esperanza en lo alto, llamaremos
a nuestro Dios, pidiendo
la clemencia que vemos,
y el nombre del Señor invocaremos.

Los malos veo ligados
con las cuerdas y lazos de cudicia;
por sus grandes pecados
y por esta malicia
caído han en lo sumo de injusticia.

Pero nosotros mismos
nos hemos, por la gracia, levantado
de los hondos abismos
de muerte y de pecado,
en fe de que el Señor ha perdonado.

Señor Dios, Padre Eterno;
haz salvo a Cristo Rey, dale victoria,
que es a ti coeterno,
y por él nos da gloria,
y ten nuestra oración en la memoria [1].

SALMO 23

ALBERTO LISTA

Presbítero (1775-1848)

¿Quién es de la gloria
Monarca y Señor?
El Dios de virtudes;
cantad su loor.

Dominio es la tierra
del Dios soberano;
fundóla su mano
sobre ondas del mar;
y el orbe, que encierra
naciones sin cuento,
su rayo violento
aprende a temblar.

¿Quién es de la gloria, etc.

¿Quién sube a la cumbre
do reina el Potente?
Quien puro y clemente
su pecho guardó;
ni apaga la lumbre
que el alma asegura
ni mano perjura
con sangre tiñó.

¿Quién es de la gloria, etc.

Salud y clemencia
recibe felice,
su prole bendice
el Dios de Raquel.
Le da la inocencia
y el gozo colmado
y el pueblo ensalzado
suspira por él.

¿Quién es de la gloria, etc.

Alzad vuestras puertas,
ilustres del cielo;
descorre tu velo,
mansión eternal;
y en ellas abiertas
cantad la victoria
al Rey de la gloria,
triunfante del mal.

¿Quién es de la gloria, etc.

Con brazo extendido
triunfaste, Dios fuerte,
del orco y la muerte
en áspera lid.
El solio debido
te espera, ¡oh glorioso!
Al Rey poderoso
las puertas abrid.

¿Quién es de la gloria, etc. [2]

[1] *Exposición parafrástica en verso del Psalterio de David,* por fray Juan Soto (Alcalá de Henares 1612).
[2] *Poetas líricos del siglo XVIII,* t. III, en Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra (Madrid 1875), t. 67, p. 284.

SALMO 31

PEDRO GUILLÉN DE SEGOVIA

(1413-1474?)

Mucho bienaventurados
son aquellos
que son sus pecados dellos
perdonados;
y también son relevados
de maldades
en que por sus voluntades
son errados.

Sin duda será el varón
aventurado
que no le pidas del pecado
relación:
vivirá en contrición
y sin daño
el de alma sin engaño
o colusión.

Porque cesé bendecir
y alabar
tu santo nombre sin par
y te servir,
los mis huesos por vivir
envejecieron,
y mortales concibieron
de morir.

Ca llamábante de boca
sin corazón,
seyendo la devoción
mucho poca.
Cuando tú de quien te troca
te desvías,
su vida por muchas vías
se apoca.

Por lo cual, muy soberano,
yo bien siento
encima de mi'sturmento
qu'es humano,
tu bendita y santa mano
de piedad,
por mis yerros, mezquindad
y desmano.

Cuando ya por violencia
la espina
se me finca muy aina
sin clemencia,
y me muerden la conciencia
mis errores,
para mi alma livores
y dolencia.

Con penitencia verdadera
quebraré
esta espina, y mostraré
la carrera
de mis yerros y artera
contrición,
d'esconder mi confesión
y manera.

Si en mi contra manifiesto
mi malicia,
a ti, Señor, mi justicia
no compuesto,
pídote por sólo aquesto
estos dones,
que mis errores perdones
sin denuesto.

Ca, Señor, por yo ganar
este perdón
de mi gran continuación
en errar,
todos tiempos de rogar
soy movible,
peligroso, convencible
que ha lugar.

Onde, santo causador
maravilloso,
en el tiempo muy pluvioso
de dolor,

al penitente pecador
no llegará,
porque a ti demandará
tu valor.

Ca diré: tú, Señor, eres
fortaleza,
acorro de mi tristeza
y aferes;
tú desgasta los poderes
y ocasión
de mi gran tribulación
como quieres.

E no caeré en error
en la carrera
que anduviere verdadera
de tu amor.
Firmaré sobre el Señor
los mis ojos,
ya quitados los despojos
de furor.

No queráis ser compara-
en visajes [dos
a los muy fieros salvajes
denodados
que'en las selvas son criados
y sin tiento
de ningún entendimiento
son hallados.

Con cabestro, pues, con-
y ayuno [viene
quebrantar el importuno
que mantiene
malicia y la sostiene
insuave;
penitencia haya grave
porque pene.

Ca muchos son de herir
los tormentos
al pecador sentimientos
de morir;
al qu'en Dios sin arguyr
esperará
misericordia lo cercará
sin fallir.

Los justos, toda sazón
vos alegrad,
con entera voluntad
y corazón;
que alegría y bendición
es con vos,
otorgada por mi Dios,
bravo león [1].

SALMO 37

ANTONIO DE PERALTA (MARQUÉS DE FALCES)

(Siglo XIII)

Señor, no con los furores
me arguya vuestra justicia
ni me castiguéis airado
en el más airado día.
Pues que ya me penetraron
vuestras flechas, que divinas,
aunque afirman mano airada,
piadosa mano confirman.
Al ceño de vuestro enojo
ya no hay salud que me asista

1 *Antología de poetas líricos,* de Menéndez Pelayo, III, 135.

y en las guerras desfallezco,
que mis culpas acaudillan.
Como en tempestad de flechas
me anegan las culpas mías
y al peso de tantas olas
no hay fuerzas que no se rindan.
Las heridas que me han dado
son asquerosas heridas
que sin limpiar conservaba
mi ignorancia olvidadiza.
Mis miserias me han doblado
la cerviz que tuve erguida,
y vivirán mis congojas
hasta que mi ser no viva.
Pues que vanas ilusiones
las fuerzas me debilitan
y la enfermedad me tiene
sin salud, que la resista.
El alma al dolor se postra
humilde cuanto afligida
y con dolientes lamentos
mi corazón le publica.
Señor, todos mis deseos
están muy a vuestra vista;
van a Vos, y así mis voces
no están de Vos escondidas.
El corazón conturbado
muy sin viveza la vida
tiene ya, más ya no tiene
los ojos que delinquían.
Las pasiones, que contrarias
eran traidoras amigas,
se van deteniendo, aunque
las recelo tan vecinas.
Apartadas se mintieron
junto a mí con lo remisas
cuando los que mi alma buscan
con fuerza las impelían.
Los males me procuraron,
vanidades me decían,
imaginaban cautelas,
todas siempre repetidas.
Estas engañosas voces,
como halagüeñas, no oía;
y estar con lo sordo mudo
parece achaque y es dicha.

A sordo me he trasladado,
mi lengua está enmudecida,
que no ha de responder cuando
en el responder peligra.
Sólo a Vos mis esperanzas
agradecimientos digan,
como a Señor, que defiende;
como a Dios, en quien respiran [1].

SALMO 45

PEDRO ANTONIO PÉREZ DE CASTRO

(Siglo XVIII)

Es Dios nuestro refugio,
es nuestra fortaleza
y nuestro grande auxilio
en los inmensos males que nos cercan.
Así, no temeremos
aunque tiemble la tierra
y los más altos montes
al fondo de los mares se transfieran.
El estruendo, el desorden
con que esas aguas mesmas
hagan rodar sus masas
no debilitarán nuestra firmeza.
No; las aguas que bañan
de Dios la ciudad bella,
lejos de amedrentarla,
con su raudal suave más la alegran.
Tiene su santa casa.
que habita en medio de ella;
no será trastornada
ni faltará su auxilio a quien le espera.
Aunque su voz de trueno
las naciones conmueva,
bambaneen los reinos
y del orbe las basas se estremezcan,
el Señor de los cielos
está en nuestra presencia
y somos protegidos
del Dios que a Jacob hizo las promesas.

[1] *Exposición de los siete psalmos penitenciales*, escribíala el excelentísimo señor don Antonio de Peralta Croi Velasco Hurtado de Mendoza, marqués de Falces... (Madrid 1662).

Ea, pues, venid, pueblos;
mirad las estupendas
obras que el Señor hace
y en favor nuestro su poder ostentan.
Hostilidades, muertes,
ya del mundo destierra;
pedazos hace el arco,
las armas rompe, los escudos quema.
Gozad la paz que os traigo,
dice el Señor; y vuestra
meditación conozca
que soy único Dios y única esencia.
Bien claro lo publican
mis obras, y por ellas
me ensalzarán las gentes,
ensalzado seré en toda la tierra.
El Señor de los cielos
está en nuestra presencia
y somos protegidos
del Dios que a Jacob hizo las promesas [1].

SALMO 50

ANDRÉS BELLO

Político y literato chileno (1781-1865)

¡Piedad, piedad, Dios mío!
¡Que tu misericordia me socorra!;
según la muchedumbre
de tus clemencias, mis delitos borra.

De mis iniquidades
lávame más y más; mi depravado
corazón quede limpio
de la horrorosa mancha del pecado.

Porque, Señor, conozco
toda la fealdad de mi delito
y mi conciencia propia
me acusa y contra mí levanta el grito.

Pequé contra ti solo;
a tu vista obré el mal, para que brille
tu justicia y, vencido
el que te juzgue, tiemble y se arrodille.

[1] *Los Salmos del santo rey David*, traducidos y parafraseados por varios y diferentes metros (Madrid 1799).

Objeto de tus iras
nací, de iniquidades mancillado,
y en el materno seno
cubrió mi ser la sombra del pecado.

En la verdad te gozas,
y para más rubor y afrenta mía,
tesoros me mostraste
de oculta celestial sabiduría.

Pero con el hisopo
me rociarás, y ni una mancha leve
tendré ya; lavarásme,
y quedaré más blanco que la nieve.

Sonarán tus acentos
de consuelo y de paz en mis oídos,
y celeste alegría
conmoverá mis huesos abatidos.

Aparta, pues, aparta
tu faz, ¡oh Dios!, de mi maldad horrenda
y en mi pecho no dejes
rastro de culpa que tu enojo encienda.

En mis entrañas cría
un corazón que con ardiente afecto
te busque; un alma pura,
enamorada de lo justo y recto.

De tu dulce presencia,
en que al lloroso pecador recibes,
no me arrojes airado
ni de tu santa inspiración me prives.

Restáurame en tu gracia,
que es del alma salud. vida y contento;
y al débil pecho infunde
de un ánimo real el noble aliento.

Haré que el hombre injusto
de su razón conozca el extravío;
le mostraré tu senda,
y a tu ley santa volverá el impío.

Mas líbrame de sangre,
¡mi Dios, mi Salvador. inmensa fuente
de piedad! Y mi lengua
loará tu justicia eternamente.

Desatarás mis labios,
si tanto un pecador que llora alcanza,
y gozosa a las gentes
anunciará mi lengua tu alabanza.

Que si victimas fueran
gratas a ti, las inmolara luego;
pero no es sacrificio
que te deleita el que consume el fuego.
Un corazón doliente
es la expiación que a tu justicia agrada;
la víctima que aceptas
es un alma contrita y humillada.
Vuelve a Sión tu benigno
rostro primero y tu piedad amante;
y sus muros la humilde
Jerusalén, Señor, al fin levante.
Y de puras ofrendas
se colmarán tus aras y propicio
recibirás un día
el grande inmaculado sacrificio [1].

SALMO 64

CONSTANZA OSSORIO

Abadesa del convento de las Dueñas, de Sevilla (1565-1637)

A ti, Dios. en Sión den alabanzas
tus queridos devotos;
los que en Jerusalén, ¡oh Rey!, alcanzas,
también te rindan votos.

Y entre unos y otros. yo te pido,
dando al alma trasiegos,
que inclines tu amoroso y fiel oído
a mis humildes ruegos.

Pues a ti solo todos los mortales
van a pedir remedio
de sus crueles y incurables males
como a su único medio.

Contra nosotros han prevalecido
las palabras dañosas
de nuestros enemigos y han vencido
sus lenguas venenosas.

Si desto causa han sido los pecados
que habemos cometido,
de tu piedad seremos perdonados
cual siempre lo hemos sido.

[1] *Poesías de Andrés Bello*, Colección de Escritores Castellanos (Madrid 1882), p. 79.

Porque es dichoso y bienaventurado
aquel que tú recibes
y por mil siglos vive coronado
adondo tú resides.

Que es tu sagrado templo, donde hay bienes
y premios de honra y gloria;
allí tu mano coronó sus sienes
con triunfos de victoria.

Dando con igualdad a cada uno
el premio que merece,
quedando de honra y gloria siempre ayuno
el que el mundo engrandece.

A los que somos tuyos, salud nuestra,
óyenos del altura
y muestra en nuestra ayuda tu gran diestra,
¡oh mi esperanza pura!

Que, aunque al fin de la mar y de las tierras
esté de ti apartado,
me aparejas los montes y las sierras,
que sirven de collado.

Donde con tu poder y fortaleza,
mientras el mar se altera,
me ciñen de valor y de firmeza,
guardando mi fe entera.

Viendo tu gran saber y tus señales,
las gentes te temieron
y, aunque eran enemigos capitales,
tu poder conocieron.

Que alegras y entristeces cuando quieres;
que ordenas noche y día,
que sanas y das vida, matas, hieres;
que eres del alma guía.

Y para encaminarla a tu alto cielo
visitaste la tierra,
dejando enriquecido nuestro suelo
del bien que en ti se encierra.

El río caudaloso y de contento
del tesoro del Padre,
para dar a las almas su sustento,
nació de Virgen Madre.

Y los demás arroyos enriquecen
de peces nadadores;
las plantas y las flores reverdecen
y respiran olores.

Con tu rocío manso y amoroso
se alegran los sembrados
y crece el trigo grueso y espigoso
en los verdes collados.

Y viéndolo tan fértil y abundoso,
tu bendición le echaste
benigno, afable y misericordioso,
que en verlo te alegraste.

Los campos ya desiertos y agostados
primaveras parecen
y en los cerros más altos y empinados
la rosa y clavel crecen.

Y las ovejas, mansas parideras,
con los demás ganados,
pacen la fresca hierba en las riberas
de gozo rodeados.

Y todos con balidos, brincos, danzas,
te dan mil alabanzas [1].

AL SALMO 70

CRISTÓBAL CABRERA

(Siglo XVI)

Señor, en ti esperé muy confiado;
no sea para siempre confundido;
de tu justicia sea favorecido
y líbrame de mal y de pecado.

A ti clamo, mi Dios, muy angustiado,
inclina a mi clamor tu buen oído;
haz salvo a mí, tu siervo dolorido;
seré salvo, Señor, de ti guardado.

Tú eres mi virtud, mi fortaleza;
jamás, ni en mi vejez, me desampares;
tú seas mi paciencia, mi firmeza.

Tu suma bondad loen mis cantares;
publicará mi lengua sin tristeza
tu ley en todos tiempos y lugares [2].

[1] *Exposición de los Psalmos que hizo la sierva de Dios doña Constanza Osorio*, en 21 de noviembre de 1622. Ms. (copia) de 1773. (Serrano y Sanz, *Biblioteca de Escritoras Españolas* (Madrid 1905), t. 2, página 22.)

[2] *Poetas religiosos inéditos del siglo XVI*, sacados a la luz por don Marcelo Macías y García (La Coruña 1890).

SALMO 83

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA

(1562-1631)

El santo pastorcillo, perseguido,
va por desiertos ásperos huyendo
al ingrato Saúl endurecido.
Paróse, y el aliento recogiendo,
procura de advertir si oye acaso
de las contrarias armas el estruendo;
cual cervatillo fatigado y laso
que escapó al león y en la congoja
del curso al fin sosiega el veloz paso.
Aunque no sin temor, que cualquier hoja
que suena al respirar del manso viento,
presente su enemigo se le antoja.
Considerando el duro apartamiento
del templo, el nuevo estorbo y el rodeo
por donde Dios le lleva al real asiento.
su cítara, su espíritu y deseo,
en consonancia angélica acordados,
a cantar comenzó el divino Orfeo.
¡Oh cuán amables son y deseados
de aquellos escuadrones celestiales,
Señor, tus tabernáculos sagrados!
Yo considero tus palacios reales,
y desfallece mi alma, deseando
verse siquiera junto a sus umbrales.
No el espíritu solo contemplando
goza de tanto bien, que, dentro el pecho,
el corazón se está regocijando.
El simple pajarillo halla el techo,
adonde elige albergue conocido,
donde habita contento y satisfecho.
Halla la viuda tórtola su nido
do amparar sus hijuelos, ya del frío
y riguroso tiempo defendido;
pero la habitación que yo confío
son tus altares, cuya santa brasa
arde ante ti, Rey mío y Señor mío.
Dichosos los que habitan en tu casa,
que éstos te alabarán continuamente,
venciendo al tiempo, que volando pasa;

y dichoso el varón que firmemente
las esperanzas de su auxilio puso
en tus manos, Señor omnipotente.
Dios en su corazón obró y dispuso
perseverancia, con que irá subiendo
en el valle de lágrimas confuso.
La bendición eterna concediendo
el gran Legislador, todos los buenos
de virtud en virtud irán creciendo;
y en el santo Sión, de gracias llenos,
verán su Dios subido y exaltado
sobre todos los ídolos ajenos.
¡Oh Señor!, en tu alcázar estrellado
recibe ya los votos y oraciones
del siervo de su patria desterrado.
Resuenen mis humildes peticiones,
Dios mío, en tus oídos, tú me guía,
Señor de las seráficas legiones.
Protector de Jacob, por el Mesías
y por su faz hermosa te lo ruego;
vuelve los ojos a la pena mía.
Pues muy bien fundo yo, Señor, mi ruego:
que a tus puertas un día es más amado
que otros mil de contento y de sosiego.
En casa de mi Dios ser desechado
quise más que habitar con pecadores
en el palacio real, rico, envidiado.
Y Dios en sus mercedes y favores
ama misericordia y verdad pura;
y así, jamás olvida a los menores.
Ante eterna paz les asegura
y les da gracia y gloria en su presencia,
la cual por infinitos siglos dura.
Y a los que pasan la prolija ausencia
no priva de los bienes temporales,
pues por la senda van de la inocencia;
y pues en sus pasiones tú les vales,
vuelve los ojos píos a la mía.
¡Oh Señor de los campos celestiales,
qué dichoso es aquel que en ti confía! [1]

[1] *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, t. 2, en «Biblioteca de Escritores Españoles», de Rivadeneyra, v. 42 (Madrid 1857).

SALMO 90

ANGEL SÁNCHEZ

Sacerdote (siglo XVIII)

Quien bajo del asilo poderoso
del Altísimo habita,
y del Señor del cielo en la infinita
protección tiene puesto su reposo,
le dirá: Tú mi amparo
eres, tú mi reparo:
mi Dios es quien me guía,
pondré en él solo la esperanza mía.
Porque él del lazo de los cazadores
me libertó, y de la palabra dura.
Aun hará más: del sol en los ardores
cubrirte ha con su espalda: en abertura
pondrá sus alas, para que allí esperes.
Haráte su verdad de arnés trenzado:
no te retirarás, cuando te vieres
de algún terror nocturno amenazado,
del dardo, que de día
vuelve a ti, ni de trama del abismo,
ni del asalto, ni si el demonio mismo
venga contra ti fiero al mediodía.
De los que salgan contra ti a campaña
caerán mil a tu diestra,
y diez mil caerán a tu siniestra,
y nunca a ti se acercará su saña.
Verás estos favores,
y el castigo que da a los pecadores.
Hazlo así: que mi alma en ti confía:
tú, Señor, eres la esperanza mía.
Del Altísimo has hecho tu sagrado;
pues no te vendrá cosa desgraciada,
ni el azote pesado
se acercará jamás a tu morada.
Que a sus ángeles buenos orden dado
tiene, que ellos te guarden de celada
en todos tus senderos.
Como en volandas te alzarán ligeros,
para que en una china no tropieces.
Pisarás, cuantas veces
ocurra, el basilisco y la serpiente,
y al león y dragón, que a ti se aviente.

Y será mi cuidado
sacar con bien a quien en mí ha esperado,
y el tener con mi sombra protegido
a todo el que mi nombre ha conocido.
Invocaráme, y yo le oiré al punto:
estaré siempre junto
a él para librarle
y de gloria llenarle.
Daréle larga edad: y al fin un día
le mostraré lo que es la salud mía [1].

SALMO 103

TOMÁS DE IRIARTE

Funcionario, escritor y músico (1750-1791)

Introducción

Aliéntate, alma mía,
¿Qué dudas? ¿En qué piensas?
¿Por qué a tu Dios no alabas
soberano Hacedor de cielo y tierra?

¿Podrás mirar las obras
que anuncian su grandeza
sin que tributes himnos
a su poder y eterna providencia?

Aliéntate, alma mía.
¿Qué dudas? ¿En qué piensas?
Al Dios supremo ensalza,
que todo lo ha criado y lo conserva.

Estribillo

¡Ah, Señor!, que al acento imperioso
de tu voz, que cual trueno resuena,
el mar furioso brama,
la dura tierra tiembla,
las altas nubes huyen,
los fuertes vientos vuelan.

[1] *Los Salmos traducidos en verso castellano y aclarados con notas*, por don Angel Sánchez, natural de Rioseco (Madrid 1789), 2 vols.

¡Ah, Señor!, que a una sola palabra,
a una sola mirada, una seña,
ya dan riego las fuentes,
ya las flores descuellan,
ya los árboles crecen,
ya las aves gorjean.
Porque tú, Dios benigno, lo quieres
y a tu mando obedece la tierra,
los olivos, las mieses
a los hombres sustentan,
y el licor generoso
de la vid los deleita.
Porque a todos alcancen los bienes
que derrama tu próvida diestra,
a ganados y peces
el pasto no escaseas,
ni al pajarillo el nido,
ni el asilo a la fiera.
Porque tú, Dios benigno, lo quieres
y a tu mando obedece la tierra.

Recitado

¡Oh gran Dios!, de este modo,
tu omnipotencia resplandece en todo.
Elévanse las cumbres de los montes;
humíllanse los valles y los prados;
extiende el ancho mar sus horizontes,
sin exceder sus límites usados.
La luna, que mudable nos parece,
sus períodos guarda sin mudanza.
Cuando se oculta el sol, cuando aparece,
mide a compás seguro su tardanza.
Luego, en tanto que dura
el silencioso horror de noche obscura,
buscando el alimento,
del león el cachorro ruge hambriento
y a conseguirle llega,
que a nadie el Criador su amparo niega.

Rondó

Siempre digno de alta gloria,
viva y reine el sumo Dueño,
cuyo nombre en mi memoria
nunca borrar podrá
ni el mortal sueño.

¡Oh qué muestra dan al mundo
de su gran sabiduría
tierra, cielo y mar profundo!
¡Oh qué muestra le da
la noche, el día!

Quien jamás nos abandona,
quien sus obras ama tanto,
quien consuela, quien perdona,
no, no desdeñará
mi humilde canto [1].

SALMO 136

JUAN DE JÁUREGUI

Pintor y poeta sevillano (1583-1641)

En la ribera undosa
del babilonio río,
los fatigados miembros reclinados,
y allí con faz llorosa,
junto a su margen frío,
con lágrimas sus ondas aumentamos.
Entonces de los ramos
de los silvestres sauces suspendimos
las cítaras y arpas, do solía
alentar sus enojos algún día
alegre el corazón, cuando vivimos
en ti, Jerusalén; mas la memoria
de tu asolado imperio
y el duro cautiverio
en que trocamos hoy la antigua gloria
nos despojó del regocijo y canto
para entregarnos al afán y al llanto.

Allí, por más tristeza,
la escuadra victoriosa,
que nos condujo en míseras prisiones,
templada su fiereza,
nos preguntó, piadosa,
por nuestras dulces rimas y canciones
y con blandas razones
nos animaba a repetir alguna;
mas respondimos con ajeno intento:

[1] *Poetas líricos del siglo XVIII*, t. 2, en «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneyra, t. 63 (Madrid 1871), p. 57.

«¿Cómo dará señal de algún contento
quien se ve reducido a tal fortuna?
¿Cómo cantar podremos himnos santos
en región extranjera,
do la deidad primera
es ofendida? Entre enemigos tantos
de aquel Señor, a cuya gloria aspira
nuestro piadoso canto y nuestra lira?»

Sacra ciudad que adoro,
si acaso yo olvidare
este dolor qus tu memoria pide;
si al cántico sonoro
y al plectro me aplicare,
antes mi diestra el movimiento olvide;
la lengua, que divide
de la voz el acento y la cadencia,
se pasme y hiele a mi garganta asida,
si a todo canto alegre preferida
no fuere mi tristeza por tu ausencia,
sólo fijando en la memoria mía
tus muros encumbrados,
que yacen hoy postrados,
y las felices horas de alegría
que en ti perdí, que en ti gocé primero
y alguna vez recuperar espero.

Pues fuiste el ofendido,
acuérdate, indignado,
Señor, del impío y bárbaro idumeo,
cuando cayó rendido
tu pueblo y el osado
contrario obtuvo su marcial trofeo;
que, en odio del hebreo,
instigaba sus huestes y decía:
«Asolad, asolad desde el cimiento
sus homenajes». ¡Oh rencor sangriento!
Dichoso el que a tus ojos algún día,
fiera Babel, con semejante estrago
y merecida pena
ha de vengar la ajena,
el que ha de dar a tu soberbia pago
y quebrantar con furias semejantes
en las peñas tus míseros infantes [1].

[1] *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, t. II, en «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneyra, v. 42, p. 123.

CANTAR DE LOS CANTARES

Fray Luis de León

Agustino, catedrático de Salamanca (1528-1591)

Versión del capítulo I

Esposa

Béseme con el beso
mi esposo de su boca sacrosanta,
que sin medida y peso
al vino se adelanta
el dulzor de su pecho y leche santa.

Tu olor es más que ungüentos,
y tu nombre es aceite derramado;
por tanto, con intentos
de gozar sin cuidado
tal bien, sin fin doncellas te han amado.

Si voluntad faltare,
como sabes, me esfuerza, esposo mío.
que mientras nos durare
la vida, aliento y brío,
correremos tras ti por fuego y frío.

Metióme en su aposento
el rey, en ti será nuestra alegría;
del vino temulento,
la memoria se enfría,
que en tus pechos la nuestra está y se cría.

Esposo

Los que copiosamente
con justa rectitud son ilustrados,
entre toda la gente,
con dardos herbalados,
¡oh esposa!, de tu amor están llagados.

Esposa

Aunque me veis morena,
¡oh hijas de la fuerte y populosa
Jerusalén!, soy llena
de belleza graciosa;
que en hermosura no me iguala cosa

Porque soy semejante
a las tiendas del monte Cedareno,
que el exterior semblante
está del sol moreno,
mas lo interior de mil riquezas lleno.

Y a las pieles ferinas
de Salamón, de fuera mal curadas,
de que son sus cortinas,
mas dentro están bordadas
y de varios colores matizadas.

No estéis considerando
de mi rostro el color bazo y tostado;
que, como estoy guardando
con el sol mi ganado,
sus rayos y calor tal me han parado.

Contra mí pelearon
los que han del vientre do nací salido;
las viñas me encargaron,
pero yo no he tenido
cuenta en guardar el cargo recibido.

¡Oh tú, esposo divino,
de cuyo amor forzada el alma mía
sale fuera de tino!
A tu choza me guía,
do apacientas, do estás a mediodía.

Por que no ande con pena
tras el rastro que dejas señalado
impreso en el arena,
por do acaso ha pasado
de compañeros tuyos el ganado.

Esposo

Si aun no te he conocido,
¡oh tú de las mujeres más hermosa!,
sal fuera de tu nido
y sigue cuidadosa
a tu ganado, sin torcer en cosa.

Y después apacienta
tus tiernos cabritillos regalados,
y en llevarlos ten cuenta
adonde estén guardados
de los otros pastores los ganados.

A mi caballería
en los egipcios carros comparada
te tengo, amiga mía,

desde cuando anegada
quedó en el mar de Faraón la armada.

Hermosas son, por cierto,
cual de tórtola casta, tus mejillas,
tu cuello erguido y yerto
cual collar con presillas,
o pendiente joyel con cadenillas.

Harémoste a manera
de lampreitas unas arracadas,
vistosas por defuera,
con pintas plateadas
sobre el oro, del cual serán labradas.

Esposa

Cuando el Rey poderoso
en su tálamo estaba descansando,
dió mi nardo oloroso
fragancia, y derramando
su olor, iba el olfato recreando.

Aquel olor, que cabe
sólo en mi esposo, me es de más contento
que la mirra suave
en espigas o ungüento.
Mi esposo entre mis pechos tiene asiento.

Mi amado, mi querido
es cual racimo de uvas regalado
desde Chipre traído,
cual racimo criado
en las viñas más fértiles de Engaldo.

Esposo

¡Cuán apacible y bella
que eres, amiga mía, y cuán graciosa,
cuán hermosa doncella!
No hay semejante cosa,
y son tus ojos de paloma hermosa.

¡Oh mi dulce querido,
oh qué hermosura tienes, qué belleza!
Nuestro lecho es florido,
y en nuestras casas, por mayor grandeza,
la madera del techo
y él mismo es de ciprés y cedros hecho [1].

[1] Texto descubierto por don José Muñoz en Oxford y publicado por Ed. A. Aguado, *Poesías completas de fray Luis de León*, tomo 3, p. 111.

CANTAR DE LOS CANTARES

BENITO ARIAS MONTANO
Director de la Biblia Políglota de Amberes (1527-1598)

VERSIÓN Y GLOSA DEL CAPÍTULO I

Contexto

En los floridos valles de Sión,
junto con el otero,
del hijo de Jesé, zagal chapado,
por tirar con la honda muy certero,
la su gentil corona
ganando, fué entre todos señalado.
Allí en un verde prado,
vi debajo de una sombra una pastora.
Graciosa y bella, aunque algo tostadilla,
paréceme oílla,
y a ver qué cosa fuese causadora
del ansia gastadora,
que dentro en sí tenía,
porque con los suspiros que enviaba
(tales que el aire ardía)
encendida en deseos se mostraba.
En su cantar sentí que amor la fuerza
y no le da reposo,
haciendo al delicado pecho guerra
sólo por el deseo de un su esposo
al cual llamar se esfuerza
tanto que mueve a compasión la tierra.
No mucho se destierra
su esposo, porque está también herido
de una otra flecha tanto más pujante,
y no poder apacentar sus ojos;
y jamás no pudiendo
sus ansias refrenar, que no rompiesen
este cantar diciendo:
Lugar daba a sus quejas que saliesen.

Esposa

Theolampo mío, ¿qué tardanza es ésta?
¡Ay! ¿Quién te me detiene?
¿Dónde estás? ¿No respondes? ¿Qué te has hecho?
¿Cómo no quieres que en tu ausencia pene

aquella a quien le cuesta
tu amor el corazón que está en su pecho?
Bien sientes qué despecho
tendré conmigo misma no te viendo,
porque tengo temor que no me quieras.
Si tú mi amante fueras,
vinieras, la mi pena no sufriendo:
yo juro que en te viendo
sería yo guarida,
y aunque la muerte ya de mí triunfase,
tornaría a la vida,
si un beso de tu boca yo alcanzase.
No hay en el mundo más sabroso vino,
que al bebedor contente,
y quite sus cuidados y dolores
y lo haga a gran bien estar presente,
que aquel dulzor divino
se pueda comparar de tus amores,
pues solos los olores
que de ti salen tanto acá trascienden
y en tanto amor encienden,
como olio que derrama
algalia, que en bujetas se reparte.
Así huele tu fama,
que a todas las doncellas hace amarte.
Pluguiese a Dios del cielo que me asieses,
Theolampo, de la mano
y me llevases una vez contigo,
seguirte ya con correr liviano
por doquiera que fueses;
que sin ti estando, no estaría conmigo.
Este mi rey que digo,
me dará entrada en su palacio eterno,
donde veremos todas sus riquezas,
y si a esto me avezas,
en mí aposentarás un gozo tierno.
Y todo mi gobierno
será siempre decir
que no hay vino que iguale con tu amor;
y tú podrás sentir
cuánto te hace amable este dulzor.
Aunque parezco en mi color morena,
solimitanas dueñas,
en todo el resto soy graciosa y bella,
como los pabellones que en las breñas
y por la ardiente arena
están tendidos, que el alarbe huella;

tan linda como aquella
cortina que en su templo Salomone
tendió, que dentro gran riqueza muestra,
y fuera de otra muestra,
porque el color moreno espanto os pone.
¡Ay! Dios te lo perdone,
los hijos de mi madre me forzaron
que, guardando sus viñas, me tostase,
y nunca me dejaron
que la mi viña propia bien guardase.
Hazme saber, ¡oh amor de mi alma!,
dó el tu ganado pace
y hacia dónde hallas tu rebaño:
o cuando el sol en la mañana nace
o cuando el aire en calma,
dó lo defiendes del calor extraño.
Porque si yo me engaño
en tu buscar, sin ir do estás muy cierta,
andando por los montes y las fuentes,
amor no paras mientes,
que andaré fatigada y casi muerta.
Y si por caso acierta
verme quien no conozca,
al punto pensará de mí mil males,
que ando de choza en choza,
buscando sin vergüenza los zagales.

Contexto

Al dulce lamentar de aqueste amante,
callaba el campo todo,
movido a compasión de una tal queja,
y no es tan malo el lastimero modo,
que el alma no quebrante
a su esposo, que de ella no se aleja.
Amor ya no le deja,
ni su alma tierna puede ya sufrillo.
Atormentar su amada con silencio,
que le es amargo asencio
ver el mal de su esposa y no guarillo;
y con un son que oíllo
bien pueda, le responde
cantando, porque más pecho mueva,
desde las breñas, donde
por gran requiebro su presencia encueva.

Esposo

Eumenia, para mí dulce y graciosa,
más que mujer de cuantas hoy se arrean;
si tú no sabes, mi querida esposa,
hallar las mis ovejas do sestean,
aballa tu ganado presurosa,
y sus cabritos, que parecer desean.
La huella ven siguiendo a los pastores,
que entre ellos hallarás a tus amores.
Más linda, más ligera y más lozana
eres a los mis ojos, mi querida,
que la yegua de Egipto muy galana,
que en mi carro suele andar uncida;
tus mejillas, Eumenia, muy de gana,
entre sus joyas tienen mi alma asida:
dos tórtolas te tengo muy labradas
de oro, en blanca plata rematadas.

Esposa

¡Cuán dulce es tu presencia, esposo amado
mis cosas sienten todas su alegría,
mira en sentirte donde estás sentado,
qué olor esparce la bujeta mía;
un manojo de mirra muy apreciado,
que siendo amargo un suave olor envía,
manojo es para mí mi esposo bello,
entre mis pechos quiero yo traello.
De canfora un racimo muy suave
donde suele el licor, que siempre dura,
que junto al mar, que no sustenta nave,
en las viñas de Engadi es su pastura,
tal es quien de mi pecho tiene llave,
y sólo cierra y abre su clausura;
y aun poca suavidad es la que digo:
mayor espira de mi dulce amigo.

Esposo

La beldad toda en ti hace aposento,
en ti, mi amiga, a mí, de la lindeza,
tus ojos que me dan tan gran contento
en su mirar honesto y su clareza,
sus rayos, su color, su movimiento,
su redondez extraña y su grandeza,
remedan mucho a los de la paloma
cuando por la mañana rayo asoma.

Esposa

Tu gracia y tu beldad es la que abrasa
mi corazón contino en viva llama;
de flores que cogí cuando más rasa
el alba estaba, es hecha nuestra cama;
de cedro es la madera, nuestra casa,
que grande suavidad de sí derrama;
el corredor cipreses lo sustentan,
porque del tiempo injuria nunca sientan.

VERSIÓN Y GLOSA DEL CAPÍTULO 3

Esposa

¡Ay triste! ¿Qué hare?
Pensé yo que en mi cama
de noche al mi querido hallaría,
pero no le hallé:
por lo que se derrama
y de mí huye toda alegría.
En esta ciudad mía,
con gran pasión andando,
buscarlo determino:
ni calle, ni camino,
ni barrio he de dejar mi amor buscando.
Mas, ¡ay!, que no le hallo,
cansada entre los hombres buscallo.

Buscándole me hallaron
las guardas y la ronda
que toda la ciudad siempre rodea.
Pregunté si toparon
aquel a quien abonda
la gracia, a quien mi corazón desea.
Pasé de esta ralea
de belicosa gente,
y luego me encontrara
con el que yo buscara.
Asíle por la mano fuertemente,
y no le he de soltar
hasta en cas'de mi madre lo encerrar.

Ruego vos, ¡oh doncellas
las de Jerusalén!,
que por los bosques fieras perseguides:
así las cabras bellas
matéis, y así también
no herréis las ciervas, cuando las seguides,

que cuando vos sentides
que duerme mis amores,
no le hagáis estruendo.
Dejadlo estar durmiendo,
y cesen vuestros silbos y clamores
con este sueño fuerte
hasta que de su grado se depierte.

Coro

¿Quién es la linda esta
que sube del desierto
como nube de humo muy fragante?
De mirra va compuesta,
y con gentil concierto
mezclada con incienso de Levante,
perfume tan pujante
cuando el calor lo gasta.
Jamás tan bella y linda criatura,
parece una mixtura
de todos los olores, una pasta:
suave es este olor,
bien muestra ser hechura del amor.

En derredor del lecho
que tiene Salomone
están sesenta hebreos caballeros
armado bien su pecho:
cada uno bien se pone
su espada muy a punto de guerreros,
en el reñir muy fieros,
están todos armados;
espanto pone el verlos,
nadie osa acometerlos,
en torno de su cama y aprestados,
su oficio es ofender
a quien de noche viene a acometer.

Una gran tienda armó
Salomón poderoso,
de Líbano se trajo su madera,
columnas le formó
de aquel metal precioso
que es blanco, fuerte y lucio en gran manera;
el techo no es cualquiera,
mas hecho de oro fino,
de púrpura entoldado,
y alrededor cercado:
está cubierto de un amor divino,

amor tal que enamora
a cualquier dama que en su casa mora.

Doncellas de Sión,
salid a las fenestras,
salid de vuestras casas presurosas,
mirad a Salomón;
veréis las bellas muestras,
las que de ver beldad sois deseosas,
de piedras tan preciosas,
que no hay valor que cuadre
la su corona toda,
que el día de su boda
le puso en la cabeza la su madre:
porque en aqueste día
dentro su pecho albergue la alegría [1].

CANTAR DE LOS CANTARES

Francisco de Quevedo

Caballero de Santiago (1580-1645)

Versión del capítulo I

Contexto

En un valle de mirtos y de alisos,
que el cielo es jardinero de sus calles,
donde todas las hierbas son narcisos,
y el valle es el narciso de los valles,
en quien el sol con elegantes rayos
todos los meses los encomienda en mayos.

Todo el nombre del año es primavera,
todas las horas son Oriente y día,
estudio de la luz y de la esfera,
cuantas flores y plantas viste y cría,
y para su abundancia y su belleza,
docta y pródiga fué Naturaleza.

Aquí, pues, cuidadosa y congojada,
llorosos pasos daba esposa ausente,
la vista por los ojos derramada
y la voz por la púrpura doliente;
dice su pena y muestra su semblante
que puede ser amada y que es amante.

[1] *Parafrasis*, del maestro Benito Arias Montano, *sobre el Cantar de los Cantares de Salomón, en tono pastoril* (Madrid, por Ibarra, impresor de Cámara de S. M., 1816), p. 14

Incendio fué del aire con suspiros,
diluvio fué de perlas, con el llanto
amarteló del cielo los zafiros,
que el sentimiento hermoso pudo tanto,
y sin ver al que llama y al que espera,
con él habló sin él de esta manera:

Esposa

Béseme con el beso de su boca,
pues de panales dulces está llena,
cuanta más hiel y más acíbar toca,
sus labios son la gloria de mi pena:
y en tan inmensa multitud de agravios,
sus besos son la vida de mis labios.

Sus pechos santos, que lagares fueron
del vino anciano por edad precioso,
en blanca leche a mis niñeces dieron
alimento materno generoso;
que para mi sustento y mi camino,
mejores son sus pechos que no el vino.

Bien pueden los aromas de tu aliento
aprender a flagrantes si supieren:
mas no será capaz algún ungüento
de los olores que de ti salieren;
tu nombre es tu perfume derramado,
que guardó el óleo y repartió el cuidado.

No de balde te siguen las doncellas,
que viven del olor que tú derramas,
como se visten de oro las estrellas
que más cerca al sol beben las llamas:
y como de tu olor ricas salieron,
por eso enamoradas te siguieron.

Si no me lleva a ti tu propia mano,
sin ti no acertaré tan gran camino;
sé esposo y guía por el monte llano,
y correremos tras tu olor divino;
llévame a ti por tu camino asida,
siendo esposo y verdad, camino y vida.

A su más confidente y retirada
cuadra, el rey me introdujo, y el contento
despertó la memoria enamorada
de sus pechos, que al alma dan sustento,
con aquellos solos van a ti derechos,
que se apartan del vino por tus pechos.

Aunque negra me veis y anochecida,
hijas de la magnífica y gloriosa
Jerusalén, y en sombras escondida,
si bien se considera, soy hermosa.
Miradme bien, que no porque esté obscura
pierde el ser hermosa la hermosura.

Negra soy, mas en todo semejante
a las tiendas de Noma de Cedreno,
que afuera muestran rústico semblante,
para que al sol resista y al sereno;
y por de dentro, para más decoro,
son tejido jardín de plata y oro.

Soy semejante a las feroces pieles
que a Salomón le sirven de cortinas,
que en lo grosero guardan los doseles,
y en lo duro y lo vil las telas finas;
pase del exterior la vista, y luego,
después del humo, hermoso verá el fuego.

No hagáis caudal de mi color moreno,
que el sol tiene la culpa en estos llanos,
pues me hicieron guardar el pago ajeno,
a poder de amenazas, mis hermanos,
que si mi esposo dulce no acudiera,
no guardara mi viña, y la perdiera.

En pago del amor con que te adoro,
enséñame tu choza y tu cabaña
y dime, cuando el día hierve en oro
y el sol está cociendo en la campaña
las mieses, dónde llevas tu ganado,
dónde pace y descansa descuidado.

Dime tu albergue, antes que engañada,
con pie dudoso, sola y peregrina,
por esta confusión ciega y turbada,
por tantos ganaderos descamina,
pregunte por tu senda a los perdidos,
que se dejan llevar de sus sentidos.

No des lugar que viendo una doncella
preguntar por pastor entre pastores,
de poca edad y entre las otras bella,
sospechen liviandad en mis amores,
que yo no busco gustos ni placeres,
y ni saben quién soy ni ven quién eres.

Contexto

Como atiende al honor de su querida
el esposo pastor, y siempre amante,
su queja tantas veces repetida,
pronunciada de amor tan elegante,
halló su corazón hecho de cera.
y dulce respondió de esta manera:

Esposo

Si no sabes quién eres y si ignoras
que el imperio de toda la hermosura
en solas tus facciones le atesoras,
que sola tu belleza es casta y pura,
sal de ti propia y sigue las pisadas
de mis pastores y de tus manadas.

No dejes el camino que te enseño,
ni des crédito a los pastos aparentes;
yo soy pastor y esposo, y padre y dueño,
esotros siguen sendas diferentes.
Con mis pastores no temerás robos,
guárdate de pastores que son lobos.

A mi caballería, que lozana
es presunción del Nilo y que en el coche
de Faraón la envidia la mañana,
para traer la luz contra la noche.
Por quien trocara el tiro ardiente el día,
comparo tu belleza, esposa mía,

Dos tórtolas parecen tus mejillas,
que arrullan con las rosas y las flores;
tu cuello está brillando maravillas,
como el collar precioso resplandores:
tan bien sacado, tan perfecto y bello,
que de sí propio es el collar tu cuello.

Del oro que en Ofir con mejor rayo
fabrica el sol, te labraré arracadas,
de ellas aprenderá colores mayo;
serán con blanca plata variadas,
guardaránte de silbos las orejas,
de la sierpe, que engaña las ovejas.

Esposa

Mientras el rey estuvo recostado
en mi regazo blando tierno amante,

el aire en suavidad dejó bañado
mi nardo, que mi rey hizo fragante,
y el trascender de olor un haz tan breve,
al reclinarse el rey en mí lo debe.

Ramillete de mirra es mi querido
para mí amarga al gusto, y provechosa
a la verdad del alma y del sentido,
austera, y desabrida, y olorosa;
conozco en su amargor mi medicina;
por eso entre mis pechos se reclina.

Paréceme mi esposo a los racimos
de los frutos del cipro, que oloroso
en las viñas de Engadi están opimos,
igualmente fragantes y preciosos,
cuyo fruto, que aroma eterno exhala,
más tiene de remedio que de gala.

Contexto

Aunque a tan buen pastor se debe todo
y es de interés de quien le quiere amarle,
viendo cómo la esposa de este modo
atiende a obedecerle y obligarle,
viéndola padecer enamorada,
la acarició con voz tan regalada.

Esposo

Con sólo desearme, amiga mía,
¿no ves cómo eres ya blanca y hermosa?
Más hermosa que el sol que alumbra el día
eres, por ser mi amante y ser mi esposa;
más me enamoras cuando más suspiras,
porque con ojos de paloma miras.

Contexto

La esposa, que se vió favorecida,
le dijo:

Esposa

Tuya es sólo la hermosura,
que a la belleza das la gracia y vida;
en ti sólo se ve perfección pura,
y ya que solo remediarme puedes,
cama florida tengo en que te quedes.

No salgas de mi casa, ni de paso
vayas, mi bien; alójate en mi pecho,
ya que en tu puro y santo amor me abraso,
de ciprés son las vigas de mi techo,
de cedro lo demás; entra contento,
que es todo incorruptible el aposento [1].

AL MARGEN DE UN CAPITULO DEL ECLESIASTICO

VICENTE MARTÍNEZ

Jesuita (1913-1944)

Volvamos a la vieja castidad de las cosas;
mis hombres, míos, los de las liras resinosas;
vosotros, que empleasteis el vuelo audaz de vuestras alas
para ensuciar los astros con las palabras malas.
Las estrellas se amargan, las nubes ya no son de algodón,
el sol tiene más manchas y es más negro el abismo del [corazón.
Y la luna, la hermana que siempre al poeta premia,
¡la habéis deshonrado en una noche bohemia!
Ya no es el vate un niño de linda voz: vicio es arte.
Teme a Padre, que, si vuelve, habrá de castigarte.
¡Ay mis hombres!, y es que vosotros habéis retirado
la sombra del Señor de su huerto cerrado,
cortando el dedo hermoso del Excelso, que el arco
de los siete colores trazaba como estela de un barco.
Pero sabed, por sobre el estruendoso grito de vuestra car- [nalidad,
aun las estrellas dicen «Dios», y el viento, «Eternidad».
¡Ea, vamos! Purifíquese vuestra palabra con vítrea sal
y vuelva a ser el agua bendita y sacerdotal
que caiga en gotas, dando besos de amor sobre las cosas
y no ensucie su forma con salpicaduras resinosas.
Poeta, que eres pontífice y rey del universo;
el Eclesiastico te enseña a ungir con oración tu verso [2].

[1] *Obras de Quevedo*, ed. de Bibliófilos Andaluces (Sevilla 1907), página 8.

[2] *Poesía nueva de jesuitas*, selección de José María Pemán (Madrid 1948).

LOS PROFETAS PREDICEN EL NACIMIENTO DEL MESIAS

CRISTÓBAL DE CASTILLEJO

Cisterciense (1494-1556)

Isaías

Yo el profeta Isaías
digo que concebirá
en su vientre y parirá
una virgen al Mesías,
y aquéste será llamado [nos;
Emanuel, que es Dios con
para nos, el niño Dios
es nacido y encarnado.

Jeremías

Este es nuestro Dios eter-
[no,
y otro no será estimado;
que es sólo quien ha ha-
[llado
todo el saber verdadero.
Y a Jacob siervo lo dió
y en nuestras tierras fué
[visto
Dios y hombre Jesucristo,
que con hombres conversó.

Daniel

Al tiempo que verná aquel
que es santo, sobre santos,
cesará la unción de cuantos
reyes hay en Israel, [suelo
porque es justo que en el
no reconozca la gente
otro rey, siendo presente
el Rey muy alto del cielo.

Habacuc

Oí, Señor, tu sonido,
y temeroso quedé;
tus obras consideré,
y quedé despavorido.
Porque, oyendo la grandeza
de tu divinidad,
espantóme la humildad
que escogiste y la bajeza.

Nabucodonosor

Hoy metimos tres varones
en el horno aprisionados,
y ahora, siendo mirados,
veo cuatro sin prisiones;
y el fuego no les empece
ni les toca en los cabellos;
la vista del cuarto dellos
Hijo de Dios me parece [1].

1 *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, t. I, en «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneyra, v. 32, p. 246.

PARAFRASIS DE LAS LAMENTACIONES O TRENOS DE JEREMIAS

SEGÚN EL ORDEN CON QUE LAS COLOCA Y DISTRIBUYE LA IGLESIA EL MIERCOLES, JUEVES Y VIERNES SANTO EN LOS MAITINES O TINIEBLAS QUE SE CANTAN EN ESTOS TRES DÍAS

FRANCISCO GREGORIO DE SALAS

Capellán del convento de las Recogidas, de Madrid (siglo XVIII)

LAMENTACIÓN DEL PRIMER DÍA

Aquella gran ciudad, que en otro tiempo
llena se vió de pueblo y opulencia,
a tanta decadencia
la condujo su yerro endurecido,
que todo su esplendor ha fenecido;
lamentándose sola en su quebranto,
sin otra compañía que su llanto.
Aquella que las gentes dominaba,
aquella que las leyes imponía,
se mira en este día
triste y acongojada;
y tan deconsolada,
como está la viuda en dolor raro,
que el marido perdió, y en él su amparo.
La señora del mundo descubierto,
a cuyo templo santo concurrían
las peregrinas gentes que venían
a la solemne Pascua con sus votos,
ya de su imperio rotos
los dominantes fueros soberanos,
tributaria se ve de los paganos.
Llorando sin cesar toda la noche,
sus mejillas en lágrimas bañadas,
del triste humor regadas,
nunca enjutas se vieron,
siempre con su dolor permanecieron,
durando en ellas tanto
como su triste y mísero quebranto.
De todos sus amigos no ha quedado
quien la pueda ofrecer algún consuelo
en su pena y desvelo;
pues los unos en ella amedrentados,
los otros desterrados,

con las desgracias que a dolor les mueven,
no pueden unos, y otros no se atreven.
Otros amigos falsos e inconstantes,
al mirarla abatida, la desprecian;
pues como sólo aprecian
aquel falso esplendor del mundo vano,
viéndola dominada de otra mano,
ingratos a su fe y abominables,
se vuelven enemigos execrables.
Judá peregrinó, prófuga y triste,
al ver tanta aflicción y desconsuelo,
buscando a su desvelo
algún alivio y breve desahogo;
pues el cruel ahogo
hizo llegar su pena hasta la cumbre
de la más rigurosa servidumbre.
Después de andar errante por el orbe,
habitó entre las gentes sin consuelo;
pues el patricio celo
y amor tan radicado,
a su pueblo por Dios santificado,
dominando los senos de su alma,
nunca entre los gentiles halló calma.
De la santa ciudad, acometida
por sus perseguidores,
fueron los moradores
arrojados en mísero destierro,
y ella, en justo castigo de su yerro,
entre angustias se mira aprisionada
y de bárbaros pueblos dominada.
De Sión los caminos frecuentados
se cubren de dolor, de llanto y pena,
al ver que en tan cruel y triste escena
faltaron ya las tribus y las gentes
que venían por ellos reverentes
a la solemnidad y a los oficios
de los santos y antiguos sacrificios.
Viendo todas sus puertas derribadas,
gimen sus sacerdotes sin consuelo,
sus vírgenes se ven en tanto anhelo,
del dolor oprimidas,
pálidas, macilentas y afligidas;
y de Sión la gloria y hermosura
convertida en oprobio y amargura.
Sus fieros enemigos la dominan
y se enriquecen ya con sus despojos;
pues teniendo a los ojos

los avisos de Dios tan abundantes,
ella en pasos errantes,
sólo siguió la senda maliciosa
de la maldad y culpa licenciosa.
Sus inocentes niños son llevados,
en la tribulación de tantas penas,
pisando del desierto las arenas,
al más bárbaro y duro cautiverio,
y del suave imperio
de sus nativos reyes soberanos,
al dominio crüel de los paganos.
¡Oh tú, Jerusalén, ciudad ingrata!
¡Oh tú, Jerusalén, ciudad aleve!
El raudal de tus lágrimas desata
y, obediente al auxilio que te mueve,
vuelve a buscar aquel que te dilata
el tiempo, que te pudo dar más breve;
y acogida a su amparo y su clemencia,
conviértete a tu Dios y haz penitencia.

SEGUNDA LAMENTACIÓN DEL PRIMER DÍA

Despojada Sión de su hermosura,
sus príncipes se ven como corderos
sin dehesa, sin pastos ni senderos,
huyendo amedrentados,
sin fortaleza y brío, desmayados,
en medio de fatigas y dolores,
de la frente de sus perseguidores.
Jerusalén se acuerda en su congoja
de sus días antiguos, y con pena
ve sus riquezas en la mano ajena,
sin hallar defensor que la dé abrigo;
y habitada del bárbaro enemigo,
los infieles, sacrílegos y osados,
se burlan de sus sábados sagrados.
Pecó Jerusalén, y en su castigo
la hizo Dios inestable y pasajera,
y toda aquella gloria duradera,
que tanto las naciones veneraron,
como fingido sueño despreciaron,
al mirar la ignominia que la envuelve,
y ella en llanto y temor la espalda vuelve.
Pegadas a sus pies lleva sus manchas,
se olvidó de su fin en su pecado,
y así Dios a las gentes la ha entregado,
sin hallar protector que la consuele,

por más que en su tormento se desvele:
Ve, Señor, mi aflicción, pues poderoso
mi enemigo se exalta victorioso.

¡Oh tú, Jerusalén, ciudad ingrata!, etc.

TERCERA LAMENTACIÓN DEL PRIMER DÍA

Extendió el enemigo a las riquezas
la extraña, libre y codiciosa mano,
profanando tu Templo soberano,
sin respeto ni culto, el atrevido
infiel, a quien le estaba prohibido,
por antiguo precepto en la Ley santa,
el entrar en tu iglesia sacrosanta.
El pan busca llorando todo el pueblo,
dando todas sus joyas más preciosas
por las groseras cosas
del más pobre y más vil mantenimiento,
para dar a su alma algún aliento;
vuelve, Señor, y mira en el estado
que nos tiene la culpa y el pecado.
¡Oh vosotros, errantes pasajeros!,
atended y mirad en tal desvío
si halláis otro dolor igual al mío;
pues aquel Dios que con rigor nos mira,
nos confundió en el día de su ira,
y en dura esclavitud nos ha dejado,
como ya nos había amenazado.
De lo alto envió sobre mis huesos
el violento fuego que me abrasa,
y su mano, sin límite ni tasa,
tendió a mis pies la red que me aprisiona;
me hizo retroceder, y mi persona
dejó desamparada todo el día,
sin alivio, consuelo ni alegría.
Cargó sobre mí el yugo de mis culpas,
y las coyundas con su excelsa mano,
ató sobre mi cuello el soberano,
debilitó mis fuerzas, y al momento
me entregó en mi tormento,
a la mano sañuda,
de la cual no saldré si él no me ayuda.

¡Oh tú, Jerusalén!, etc.

PRIMERA LAMENTACIÓN DEL SEGUNDO DÍA

Pensó el Señor en derribar el muro,
sus medidas tomó sin embarazo.
y al golpe de su brazo
cayó el antemural sin resistencia
y del muro la antigua permanencia;
y del todo Sión desguarnecida,
no pudo ser de nadie defendida.
Sus puertas por el suelo desquiciadas,
sus barras y cerrojos destruídos,
todos sus almacenes consumidos,
fueron su rey y príncipes amados
a gentes enemigas entregados;
y faltando la Ley y santos dones,
sus profetas no hallaron sus visiones.
De Sión las ancianas graves hijas,
del áspero cilicio rodeadas
y de seca ceniza rociadas,
en el ingrato suelo,
a fuerza de dolor y desconsuelo,
se afligen y estremecen,
y en profundo silencio permanecen.
De la Jerusalén tan celebrada
las vírgenes hermosas,
tristes y dolorosas,
perdiendo el esplendor y la alegría
que en sus bellos semblantes se veía,
con el quebranto que su pecho encierra,
inclinan sus cabezas a la tierra.
Mis ojos se secaron con el llanto,
mis entrañas de horror se estremecieron,
el corazón y el pecho, cuando vieron
que en las plazas faltaba
el niño que mamaba
y el párvulo que allí se entretenía
con inocentes juegos todo el día.
¡Oh tú, Jerusalén!, etc.

LAMENTACIÓN SEGUNDA DEL SEGUNDO DÍA

En medio de su duro cautiverio,
con el hambre y la sed que padecían,
los niños a sus madres les decían:
¿Dónde está el pan y vino regalado
de aquel tiempo pasado,

que en la paterna mano que le daba
tan abundantemente nos sobraba?
En tan tristes razones prorrumpían,
al tiempo que morían como heridos,
y en medio de las plazas con gemidos
exhalaban las almas de flaqueza,
con dolor y tristeza
de sus deudos y padres,
entre los mismos senos de sus madres.
¿A qué compararé tanto trabajo?
¿Con quién cotejaré tanta fatiga,
que a digna compasión el mundo obliga?
Pues de Sión la hija en dura pena
de toda protección se mira ajena,
y en la congoja que la aflige tanto,
mayor que el ancho mar es su quebranto.
Necias y falsas cosas tus profetas
en todas sus visiones encontraron;
no te reprendieron ni avisaron
para que hicieras en tan grave urgencia
la justa y la debida penitencia;
y aunque ven tu maldad supersticiosa,
te dejan en tu vida licenciosa.
Todos los que cruzaban los caminos,
con ruidosas palmadas se burlaban,
movían sus cabezas y silbaban
en señal de baldón y de desprecio,
y todo aquel aprecio
que en otro tiempo mereció tu gloria,
se convirtió en infame y vil memoria.
Ved aquí la ciudad, decían ellos,
que fué el adorno y el honor del mundo,
cuyo esplendor y fausto sin segundo
admiró el orbe y alegró la tierra,
y ahora sólo encierra
desconsuelo, tristeza, horror y espanto,
sembrada de dolor y amargo llanto.

¡Oh tú, Jerusalén!, etc.

LAMENTACIÓN TERCERA DEL SEGUNDO DÍA

Yo soy aquel varón que mi pobreza
viendo estoy en la vara de la ira
de aquel Señor que contra mí conspira
y rigurosamente me amenaza,
me aprisiona y enlaza,

y a pesar de la luz del claro día,
me encierra en la caverna más sombría.
Tanto su fuerte y poderosa mano
me afligió todo el día en mi tormento,
que a su continuo tacto violento
dejó toda mi carne consumida,
arrugada mi piel y envejecida,
mis miembros extenuados
y hasta mis duros huesos quebrantados.
Alrededor de mí puso embarazos,
me circundó de hiel y de amargura,
y en la más espantosa sepultura,
llena de obscuridad y desconsuelo,
hasta los senos del profundo suelo
con los eternos muertos me ha bajado,
y allí como a uno de ellos me ha encerrado.
Con paredes me impide el libre paso,
mi pie sujeta con pesado grillo,
y por más que me humillo,
imploro, ruego y clamo,
aunque afligido llamo,
él en mis oraciones.
no escucha justiciero mis razones.
Con duras, grandes y cuadradas piedras,
mis sendas y caminos ha cerrado,
mis huellas ha borrado,
y en mi cruel destino,
sin rumbo me ha dejado ni camino,
y estas fatalidades
justo castigo son de mis maldades.
¡Oh tú, Jerusalén!, etc.

LAMENTACIÓN PRIMERA DEL TERCER DÍA

Gracias al alto Dios y a su clemencia,
que no somos del todo aniquilados;
pues aunque justamente castigados
por tanta obstinación, yerro y malicia,
en medio del rigor de su justicia,
por más que le ofendemos con maldades,
jamás nos han faltado sus piedades.
A la primera luz del claro día
conocí tu gran fe, y el alma dijo:
aquel Señor que me adoptó por hijo
es toda mi heredad, toda mi parte,

y sin que de él se aparte
mi fundada esperanza,
sólo en él fijaré mi confianza.
  Propicio está el Señor para los hombres
que en él esperan su tranquila calma,
y para toda el alma
que en terrenas tinieblas no se ofusca,
y contrita le busca
en oración profunda y recatada,
y allí su protección pide postrada.
  Que bueno le es al joven inocente
llevar con mansedumbre y obediencia,
desde su tierna y simple adolescencia,
el yugo del Señor sobre su cuello,
y en su semblante bello
manifestar con gracia peregrina
la paz que interiormente le domina.
  Descansará feliz y solitario
el silencio guardando más profundo,
y no tan solamente sobre el mundo
con espíritu heroico y admirable
se elevará inculpable,
sino que, aun a pesar del propio abismo,
se elevará también sobre sí mismo.
  Si de eterna esperanza es animado,
su boca fijará sobre la tierra
y dará su mejilla en dura guerra
y con profunda humildad a su enemigo;
haciendo a Dios testigo
de su paz y de sus resignaciones,
sufrirá los oprobios y baldones.

¡Oh tú, Jerusalén!, etc.

SEGUNDA LAMENTACIÓN DEL TERCER DÍA

  En la desolación que nos aflige,
el oro más brillante obscurecido,
su color ha perdido,
y las piedras del sumo santuario,
con destino contrario,
se ven de sus lugares derribadas
y en los profanos sitios colocadas.
  Los hijos de Sión que se vestían
de las telas tejidas con el oro,
ya contra su decoro,
se miran reputados
como frágiles vasos mal formados,

que del ínfimo barro más grosero
hace la tosca mano del ollero.
Hasta las fieras y sañudas lamias,
descubriendo sus pechos, los presentan
a los tiernos hijuelos, que alimentan ·
y de mi pueblo ingrato, con espanto,
la hija abandonada en su quebranto,
deja a los suyos sin destino cierto,
como hace el avestruz en el desierto.
La lengua del gracioso y tierno infante
que aun de los dulces pechos se alimenta,
apartado con saña violenta
del nativo regazo,
del propio seno y del materno brazo,
de sed y de fatiga traspasada,
al seco paladar se ve pegada.
Las balbucientes y pequeñas bocas
de los niños hambrientos y llorosos,
en ayes lastimosos
piden el pan con triste y tierno llanto;
y en su fiero quebranto
no hay mano compasiva y piadosa
que el pan pueda ya darles, ni otra cosa.
Aquellos que en las mesas abundantes
comían con delicia y con regalo,
en el largo intervalo,
de penosos caminos y desiertos,
de sed y de hambre muertos,
la falta de alimento les obliga
a expirar de cansancio y de fatiga.
Aquellos que lograron la opulencia
entre exquisitas granas y delicia,
en pena de su culpa y su malicia
se ven en el estado lastimoso
de sacar el grosero y asqueroso
estiércol e inmundicia abominable
del establo más sucio y despreciable.
Mayor que de Sodoma es nuestra infamia,
pues aquélla pecó, pero al instante
la mano poderosa y dominante
de Dios la destruyó, y aniquilada,
al fin no fué entregada,
por castigo del brazo omnipotente,
al duro yugo de la extraña gente.

¡Oh tú, Jerusalén!, etc.

TERCERA LAMENTACIÓN DEL TERCER DÍA

Acuérdate, Señor, compadecido
del estado infeliz del pueblo todo;
mira nuestro baldón y mira el modo
con que nuestra heredad cayó en las manos
de extranjeros paganos,
pasando nuestras propias posesiones
al injusto poder de otras naciones.
Dispersos, arrojados y esparcidos,
huérfanos somos ya sin nuestros padres,
como viudas yacen nuestras madres;
y el agua que fué nuestra y que perdimos,
por su precio compramos y bebimos,
y hasta la propia leña, en dolor fiero,
volvemos a comprar por el dinero.
Nuestra vida y cervices amenazan
sin permitir descanso a la fatiga,
y el hambre nos obliga,
para buscar el pan que no tenemos,
que de día y de noche trabajemos
sin hallar otro medio ni resquicio
en poder del asirio y del egipcio.
Nuestros padres pecaron y murieron
y nosotros pagamos sus maldades
en tantas y tan fieras crueldades,
sin hallar quien nos libre de la mano
y poder del tirano;
y en una esclavitud tan violenta,
los siervos nos dominan con afrenta.
En angustias, tormentos y quebrantos,
buscábamos el pan en el desierto,
a la vista cruel del filo experto
de la enemiga espada,
y nuestra piel la vimos abrasada,
como un horno encendido,
a fuerza del quebranto desmedido.
Nuestras mujeres en Sión se miran
cruelmente abatidas y humilladas:
nuestras vírgenes, tristes y postradas,
meditando confusas y afligidas
el estado a que se hallan reducidas,
de Judea en las trágicas ciudades,
fama, gloria y honor de otras edades.
¡Oh tú, Jerusalén!, etc. [1]

[1] *Poesías de don Francisco Gregorio de Salas*, t. II (Madrid 1797), páginas 5-37.

EL SENO DE ABRAHAN

JUAN DE PLANO

Abogado aragonés (siglos XVIII-XIX)

Cual enjambre de abejas se derrama
sobre las flores y la inculta grama,
con alegre susurro que resuena
al salir de la lóbrega colmena,
vuelan así las almas a millares
que en inacción yacían derramadas
sujetas al *silencio* y la *tristeza;*
eran como señoras respetadas,
con la mayor presteza
vienen todas en vuelo arrebatado.
Adán, el no engendrado,
que su barba canosa
a la cintura misma prolongaba,
a lo lejos quedaba,
mostrando su arrugada faz llorosa
del antiguo suceso
avergonzado en medio del congreso,
y a su lado, no menos afligida,
Eva estaba también, la no nacida.
Con paso mesurado
de largo manto y túnica ceñido,
en báculo nudoso sostenido,
con bella flor en su remate ornado,
José, nuevo patriarca se presenta,
a quien la santa turba escucha atenta.
Porque una vez Simeón sus brazos
alargó al deseado de las gentes
en cariñosos lazos
exaltó vuestro ardor; vedme, yo he sido
quien su cuerpo abrigó recién nacido.
Fueron mis ojos lagrimosas fuentes
cuando vi reducida su grandeza
en un pesebre a la mayor bajeza.
Comí, dormí con él en duro lecho,
que con llanto amoroso humedecía.
¡Oh cuántas veces le apreté a mi pecho
y uní su santa boca con la mía!
Soy el no digno esposo de su Madre,
y Dios por esto me llamó su padre.
Llenos de asombro y miedo reverente
a abrazar a José todos corrieron,

pero se contuvieron
porque el Bautista se les puso enfrente.
Toscas pieles vestía,
y la suya por ellas descubría:
mostró desnuda la callosa planta
y una gran cicatriz en la garganta
que toda en rededor se la ceñía;
mas iba, aunque así herido,
con el semblante alegre y atrevido.
Yo soy la voz sonora que predijo
largas edades antes Isaías,
el Precursor intrépido gritaba;
la senda preparé de Dios al Hijo.
Por los montes al pueblo lo anunciaba,
y con la misma mano le mostraba;
después lo bauticé, me dió el bautismo,
y estuve en opinión de Cristo mismo.
De una loca y obscena bailarina
fué premio escandaloso mi cabeza,
que irritado el poder así trataba
al que anunció la celestial doctrina
por dique de la pública torpeza.
No bien el Precursor hubo acabado,
cuando se vió de todos abrazado;
las castas manos de José besaban,
y otros por verle en rededor volaban.
Templó el arpa David de cuerdas de oro
y cantó repitiendo el sacro coro.
Familia de Abrahán esclarecida,
hijos del gran Jacob, pueblo escogido,
la sombra en realidad se ha convertido,
y la inmortal promesa fué cumplida.
Loemos al Señor, que en gloria tanta,
si de la muerte en el profundo abismo
nos lanzó con su mano, hoy por sí mismo
para ser inmortales nos levanta [1].

[1] *El seno de Abraham.* Poema en tres cantos, por don Juan de Plano, abogado de los Reales Consejos y del Ilustre Colegio de Zaragoza. En Madrid, en la imprenta de García y compañía, año de 1803.

SEGUNDA PARTE

CICLO EVANGELICO

I. NAVIDAD

DIOS-HOMBRE

JOSÉ MARÍA PEMÁN

(Contemporáneo)

Quiero que mi canción florida crezca
a la orilla, no al fondo, del abismo
y que el sol que yo espero me amanezca
por las más altas cumbres de mí mismo.

Hombre y Dios, yo te canto por las solas
luces de mi sentido enajenado.

Tu serena verdad me la ha enseñado
el dulce bulto de las amapolas.

Yo andaré, si lo mandas, por las olas
si te tengo—hombre y Dios—vivo a mi lado.

Quiero que mi canción para ti sea,
sin nube ni temblor de arrobamiento,
la canción infalible de la idea
en el arpa sin sol del pensamiento [1].

EL EVANGELIO DE SAN JUAN

LOPE DE VEGA

En el principio era el Verbo,
cerca estaba de Dios mismo,
Dios era el Verbo, de Dios
cerca: esto era en el principio.
Todo lo hizo de nada,
que sin él nada se hizo.

[1] *Las flores del bien* (Montaner y Simón, S. A., Barcelona 1946).

Lo que hizo fué la vida,
y esta vida fué y ha sido
y será luz de los hombres;
luz clara del sol, tan limpio,
que luciendo en las tinieblas
no pudo el confuso abismo
de su horror y obscuridad
comprender sus rayos vivos.
Hubo un hombre que envió
Dios al mundo; su apellido
fué Juan, hijo de Isabel.
Este para darle, vino,
testimonio de la luz,
para que fuese creído.
No era la luz este Juan,
sino de la luz testigo:
porque otra luz verdadera
iluminó los sentidos
de todo el hombre que al mundo
vino a vivir peregrino.
Estaba en el mundo ingrato,
pero no fué conocido
del mundo, con ser del mundo
su fábrica y su edificio.
En lo que era suyo propio
vino, y no fué recibido:
que a los que le recibieron
dió potestad de ser hijos
de Dios: aquellos que creen
su nombre santo y bendito,
los que no de sangre y carne
ni de varón son nacidos,
sino de Dios solamente.
Y el Verbo carne se hizo
y, habitando con nosotros,
su gloria en la tierra vimos,
gloria como de quien fué
hijo del Padre divino,
lleno de gracia y verdad
por los siglos de los siglos [1].

[1] *Rimas sacras*, Sancha, t. 13, p. 123.

SOBRE EL EVANGELIO «IN PRINCIPIO ERAT VERBUM»

SAN JUAN DE LA CRUZ

Carmelita descalzo (1542-1591)

En el principio moraba
el Verbo, y en Dios vivía,
en quien su felicidad
infinita poseía.
El mismo Verbo Dios era,
que el principio se decía;
El moraba en el principio
y principio no tenía.
El era el mismo principio;
por eso de él carecía.
El Verbo se llama Hijo,
que del principio nacía.
Hale siempre concebido,
y siempre le concebía,
dale siempre su substancia,
y siempre se la tenía.
Y así, la gloria del Hijo
es la que en el Padre había,
y toda su gloria el Padre
en el Hijo poseía.
Como amado en el amante
uno en otro residía,
y aquese amor que los une,
en lo mismo convenía.
Con el uno y con el otro
en igualdad y valía,
tres personas y un amado,
entre todos tres había.
Y un amor en todas ellas
un amante los hacía
y el amante es el amado
en que cada cual vivía;
que el ser que los tres poseen,
cada cual le poseía,
y cada cual de ellos ama
a la que este ser tenía.
Este ser es cada una,
y éste sólo las unía
en un inefable modo
que decirse no sabía.

Por lo cual era infinito
el amor que los unía,
porque un solo amor tres tiene,
que su esencia se decía;
que el amor, cuanto más une,
tanto más amor hacía.

DE LA COMUNICACIÓN DE LAS TRES PERSONAS

En aquel amor intenso
que de los dos procedía,
palabras de gran regalo
el Padre al Hijo decía,
de tan profundo deleite,
que nadie las atendía;
sólo el Hijo lo gozaba,
que es a quien pertenecía.
Pero aquello que se entiende
de esta manera decía:
Nada me contenta, Hijo,
fuera de tu compañía.
Y si algo me contenta,
en ti mismo lo quería,
el que a ti más se parece
a mí más satisfacía.
Y el que nada te semeja,
en mí nada hallaría;
en ti sólo me he agradado,
¡oh vida de vida mía!
Eres lumbre de mi lumbre,
eres mi sabiduría,
figura de mi substancia,
en quien bien me complacía.
Al que a ti te amare, Hijo,
a mí mismo le daría,
y el amor que yo te tengo
ese mismo en él pondría,
en razón de haber amado
a quien yo tanto quería.

DE LA ENCARNACIÓN

Ya que el tiempo era llegado
en que hacerse convenía
el rescate de la esposa
que en duro yugo servía,

Debajo de aquella ley
que a Moisés dado le había,
el Padre con amor tierno
de esta manera decía:
Ya ves, Hijo, que a tu esposa
a tu imagen hecho había,
y en lo que a ti se parece
contigo bien convenía.
Pero difiere en la carne,
que en tu simple ser no había;
en los amores perfectos
esta ley se requería,
que se haga semejante
el amante a quien quería,
que la mayor semejanza
más deleite contenía.
El cual sin duda en tu esposa
grandemente crecería,
si te viera semejante
en la carne que tenía.
Mi voluntad es la tuya,
el Hijo le respondía,
y la gloria que yo tengo
es tu voluntad ser mía.
Y a mí me conviene, Padre,
lo que tu Alteza decía,
porque por esta manera
tu bondad más se vería.
Veráse tu gran potencia,
justicia y sabiduría;
irélo a decir al mundo
y noticia le daría
de tu belleza y dulzura,
y de tu soberanía.
Iré a buscar a mi esposa,
y sobre mí tomaría
sus fatigas y trabajos,
en que tanto padecía.
Y porque ella vida tenga,
yo por ella moriría,
y sacándola del lago
a ti te la volvería.

* * *

Entonces llamó un arcángel.
que San Gabriel se decía,
y envióle a una doncella
que se llamaba María.

De cuyo consentimiento
el misterio se hacía;
en la cual la Trinidad
de carne al Verbo vestía.
Y aunque tres hacen la obra,
en el uno se hacía,
y quedó el Verbo encarnado
en el vientre de María.
Y el que tiene sólo Padre,
ya también Madre tenía,
aunque no como cualquiera
que de varón concebía;
que de las entrañas de ella
Él su carne recibía,
por lo cual Hijo de Dios
y del hombre se decía [1].

CAMINO DE BELEN

FRANCISCO DE OCAÑA

(Siglo XVI)

Caminad, Esposa,
Virgen singular,
que los gallos cantan,
cerca está el lugar.

Caminad, Señora,
bien de todo bien,
que antes de una hora
somos en Belén;
y allá muy bien
podréis reposar,
que los gallos cantan,
cerca está el lugar.

Yo, Señora, siento
que vais fatigada,
y paso tormento
por veros cansada;
presto habrá posada
do podréis holgar,
que los gallos cantan,
cerca está el lugar.

Señora, en Belén
ya presto seremos;

[1] *Obras completas de San Juan de la Cruz*, ed. BAC., p. 1341.

que allí habrá bien
do nos alberguemos;
parientes tenemos
con quien descansar,
que los gallos cantan,
cerca está el lugar.

¡Ay!, Señora mía,
si librada os viese,
de albricias daría
cuanto yo tuviese.
Este asno que fuese
holgaría dar;
que los gallos cantan,
cerca está el lugar[1].

EL MENSAJERO

LÓPEZ UBEDA

Sacerdote (siglo XVI)

En el medio de la noche,
cuando está más descuidado
y con el mayor silencio
todo el mundo sosegado,
al gran seno de Abrahán
un mensajero ha llegado.

Ordena cesen las voces
y cese el llanto pasado
y le presten atención
para darles un recado;
y en medio de todos ellos,
de este modo les ha hablado:

«Cesen, padres, los gemidos;
descanse el pecho rasgado
de dar voces por remedio
contra este mal del pecado.

»Deje Abrahán de lamentar
su ventura y triste hado;
tome el rey David su arpa
y entone cantar no usado,
que los ángeles del cielo
hoy en la tierra han cantado.

[1] *Cancionero para cantar la noche de Navidad* (Alcalá 1603).

»Cese el llanto Jeremías,
que tanto tiempo ha llorado ;
y si preguntáis por qué,
saber que ahora ha llegado
a la ciudad de Belén,
y en un portal se ha alojado,
Dios, que viene a rescatar
de la culpa del pecado.»

Y prosiguen la canción
que el mensajero ha iniciado:
«Gloria a Dios en las alturas,
que a su Hijo nos ha dado» [1].

«IN NATIVITATE CHRISTI»

FRAY AMBROSIO DE MONTESINOS

(Siglo XV)

MARÍA

—¿Sí dormís, esposo,
de mí más amado?

JOSÉ

—No ; que de tu gloria
estó desvelado.

¿Quién puede dormir,
¡oh Reina del cielo!,
viendo ya venir
ángeles en vuelo,
¡ay!, a te servir,
tendidos por el suelo?
Porque sola eres
del cielo traslado.

Yo no dormiría
en este momento,
porque, esposa mía,
tengo sentimiento
que viene ya el día
del gran nacimiento
del Rey que sostiene
tu vientre sagrado.

[1] *Vergel de flores divinas* (Alcalá 1582).

Tú tienes, Señora,
tan linda la cara,
que el Sol, por agora,
no se te compara,
y a Dios enamora,
tu gloria tan clara,
que tus resplandores
me tienen turbado.

Tu gran refulgencia
no hay sol que la mida,
ni de tu presencia
quien se te despida,
porque tu excelencia,
Señora, convida
a que cielo y tierra
te sirvan de grado.

¿Qué habedes sentido
en noche tan fría?
¿Señora, sonido
de dulce armonía
y el aire vestido
de tan claro día,
que de los abismos
se han alumbrado?

MARÍA

A mi parescer,
esposo leal,
ya quiere nascer
el Rey eternal;
así debe ser,
pues que este portal
claro paraíso
se nos ha tornado.

JOSÉ

Y vos, la mi esposa,
¿en qué conoscés
que nace la rosa
de vos, que Dios es?

MARÍA

Esposo, no es cosa
que saber podés,
si de sólo Dios
no os fuese mostrado.

AUTOR

Hablaban en esto,
y nasció el infante,
más claro, más presto
que sol radiante;
bien muestra su gesto
ser, solo, bastante
para ser el mundo
por él remediado.

MARÍA

El gozo e lindeza
tan grande que siento
y la ligereza
con mi nuevo aliento,
me dicen que es cerca
ya su nascimiento,
de todos los siglos
muy más deseado.

AUTOR

Así que nascido,
estaba de espanto
en tierra caído
el esposo santo;
y más cuando vido
alzar dulce canto
a las hierarquías
en son concertado.

MARÍA

Jesús, ¡qué desmayos,
esposo fiel!
Catad que esos rayos
del Niño doncel
no son sino ensayos
de la gloria del,
de la cual serés
después informado.

AUTOR

Nascido el infante
que el cielo rescata,
más que diamante
ni sol ni que plata,

con fe muy constante
su madre lo trata,
puesto en un pesebre
medio derrocado.

Con tal fe lo acata
en el heno estante,
que se le rellata
el ser el gigante
que a la muerte mata.
y aun será adelante
abridor del cielo,
que cerró el pecado.

Sirvan los mortales
al infante y sigan,
pues dos animales
le adoran y abrigan,
por cuyos pañales
ya se nos mitigan
los grandes furores
de su Padre airado.

¡Oh qué alumbramientos,
Señora, te rigen!
¡Oh qué pensamientos
de ser madre y virgen!
Y si fríos vientos,
mi reina, te affligen,
con estos alientos
te habrás consolado.

Así quien desdeña
nuestras presunciones,
al frío sin pena
ni consolaciones,
y así nos enseña
con tales lecciones
que el que menos tiene
es mejor librado.

Su voz la primera
fué lamentación,
porque se le espera
por mi salvación
la cruz lastimera
de cruda pasión,
según que de tiempos
fué profetizado.

La madre lo acalla
con leche del cielo,
con la cual se halla
el niño novelo
para la batalla
que le da recelo,
alegre y contento
y muy esforzado.

MARÍA

La tu deidad,
mi hijo, te vala;
que mi pobredad
no tiene otra sala
para tu beldad,
ni buena ni mala,
sino diversorio
abierto y helado [1].

RO, RO, RO

Villancico

GIL VICENTE

Poeta portugués (entre 1455 y 1555)

Ro, ro, ro,
nuestro Dios y redentor,
¡no lloréis, que dais dolor
a la Virgen, que os parió!
Ro, ro, ro.

Niño, hijo de Dios Padre,
padre de todas las cosas,
cesen las lágrimas vuesas:
no llorará vuestra madre,
pues sin dolor os parió;
ro, ro, ro,
¡No le deis vos pena, no!

¡Ora, niño; ro, ro, ro!
Nuestro Dios y redentor,
¡no lloréis, que dais dolor
a la Virgen, que os parió!
Ro, ro, ro [2].

[1] *Antología de poetas líricos castellanos,* Menéndez Pelayo, t. 4, página 295.
[2] Edición postuma de sus *Obras* (Lisboa 1562).

VILLANCICOS

LUCAS FERNÁNDEZ

(1474-1542)

—Pastorcico lastimado,
descordoja tus dolores
—¡Ay Dios, que muero de amores!
—¿Cómo pudo tal dolencia
lastimarte, di, zagal?
¿Cómo enamorado mal
inficiona tu inocencia?
De amor huye y su presencia,
no te engañen sus primores.
—¡Ay Dios, que muero de amores!

—Dime, dime, di, pastor,
¿cómo acá, entre estos boscajes
y entre estas bestias salvajes,
os cautiva el Dios de amor?
Sus halagos, su furor,
¿sienten también labradores?
—¡Ay Dios, que muero de amores!

* * *

Verbum caro factum est,
¡alleluya!,
et habitavit in nobis,
¡alleluya, alleluya!

Manifiesto a todo sea
qu'est'es nuestro Dios eterno,
nascido chiquito y tierno
de una Virgen galilea.
Luz del pueblo de Judea,
salvador y guarda suya.
¡Alleluya, alleluya!

Ab aeterno fué engendrado
este Verbo divinal:
hoy del vientre virginal
nasció de carne humanado.

Nuestra flaqueza ha esforzado
con la suma bondad suya.
¡Alleluya, alleluya!

Procedió bien como esposo
de su tálamo real;
su majestad celestial
nos muestra muy amoroso.
Hoy destruye al envidioso
con toda la maldad suya.
¡Alleluya, alleluya!

Est'es el Dios de Dios vero;
est'es lumbre de la lumbre
que quita la servidumbre,
agora hecho cordero;
éste puesto en el madero
hará al Demoño que huya.
¡Alleluya, alleluya!

Est'es el Dios de Abrahán,
Dios de Isaac, Dios de Jacó,
y el Dios que el mundo formó
sin trabajo y sin afán.
pues dió fin la culpa suya!
¡Alleluya, alleluya!

Y así todos nos gocemos
con este gozo profundo;
hoy se goce todo el mundo,
pues que a Dios con nos tenemos.
¡Toda maldad desechemos,
la ponzoña se destruya!
¡Alleluya, alleluya!

* * *

Pastorcicos inocentes,
contemplad
los misterios excelentes
qu'esta noche son presentes
en Bethlen, esa ciudad.
¡Oh gloria de nueva gloria!
¡Oh inmensa paz de paz!
¡Oh victoria de victoria,
con memoria de tal haz!
¿Dónde están ya mis sentidos?
Yo, ¿quién soy?
En gozo son convertidos
nuestros llantos y gemidos
todos este día de hoy.
¡Rompan, rómpanse mis venas
y riésguense mis entrañas
con placer, pues que las penas

son ya gloria, y las cadenas
libertades muy extrañas!
¡Vuélvase mi voz de hierro
y de pregón!
¡Que se destierre el destierro
del error de aquel gran yerro
que nos causó el gran dragón!
¡Vuélvanse mis ojos fuentes,
viertan agua de alegría,
mis cabellos y mis dientes
vuélvanse en lenguas prudentes,
den gloria a Dios'n este día!
¡Mis miembros envejecidos,
ya cansados,
muestren gozos muy crecidos,
pues que son ya fenescidos
los dolores y cuidados! [1]

COMIENZA LA HISTORIA DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

Fray Iñigo de Mendoza

(Escribía en 1480)

De sus entrañas vencido
por nuestro solo interesse
y de las tuyas salido
para ser muerto nascido,
por que el muerto renasciesse,
la divinal majestad
de nuestro muy alto Rey
luego en su natividad
quiso estar por humildad
entre un asno y un buey.

¡Oh hijo de Dios eterno!
Quién piensa tal desvarío,
que, siendo niño tan tierno
y en lo peor del invierno,
no estabas muerto de frío;
mas aquel fuego de amor
en el portal de Bethllem
te escalentó, Redemptor,

[1] *Farsas y églogas al modo y estilo pastoril y castellano.* Edición de la R. A. E. «Biblioteca Selecta de Autores Clásicos Españoles», vol. III (Madrid 1867), p. 162.

que después, cuando mayor,
te mató en Iherusalem.

La tu alta señoría,
¡ oh muy grand hijo de Dios !,
en tanto resplandecía
en el lugar do yazía
con los animales dos,
que, si el sol se cortejara
contigo, sancto lucero,
tan disforme se fallara
como la hermosa cara
en el espejo de acero.

Cual estabas, ¡ quién te viera
cercado de resplandor !
¡ Oh, quién presente estuviera
para ser, si ser pudiera,
pesebre de su Señor !
Pues llorad, fieles varones,
en este duro comienzo
la durez de los vigones,
la falta de los colchones
y la pobreza del lienzo.

La compasión de natura
llorad y la de bondad
con que la Virgen procura
de empañar su criatura
llagada de piedad ;
y mientras lo está envolviendo,
habed compasión del viejo,
que, quebrantado, moriendo,
anda el pecador barriendo
aquel sancto portalejo.

Qué pensaba, qué decía
en aquel tiempo y sazón
la madre Virgen María,
ningund seso no podría
recontarlo al corazón ;
con el alma lo adoraba,
con el cuerpo lo servía
y con ambos se alteraba
cuando ser Dios contemplaba
el hijo que ella paría.

¡ Oh tan celestial mujer
que en el mundo meresció,
sin dejar de virgen ser,
ver de sí mesma nascer
al mismo que la crió !

¡Cuán digno de ser loado
es el vientre de tal madre,
do quiso ser encarnado
el mismo Dios, engendrado
eternalmente del Padre! [1]

CANCION PARA CALLAR AL NIÑO

GÓMEZ MANRIQUE

Siglo XV († 1490)

Callad vos, Señor,
nuestro redentor,
que vuestro dolor
durará poquito.
Angeles del cielo,
venid, dar consuelo
a este mozuelo
Jesús tan bonito.
Este fué reparo,
aunque él costó caro,
d'aquel pueblo amaro
cativo en Egito.
Este sano dino,
niño tan benino,
por redemir vino
el linaje aflito.
Cantemos gozosas,
hermanas graciosas,
pues somos esposas
del Jesús bendito [2].

AL NACIMIENTO DEL SALVADOR

JUAN DEL ENCINA

(1468-1529)

Anda acá, pastor,
a ver al Redemptor.

Anda acá, Minguillo,
deja tu ganado,

[1] *Vita Christi fecha por coplas.* Nueva Biblioteca de Autores Españoles, t. 19.

[2] *Cancionero de Gómez Manrique,* ed. de Paz y Melia, t. 1, Colección de Escritores Castellanos (Madrid 1885).

toma el caramillo,
zurrón e cayado;
vamos sin temor
a ver al Redemptor.

No nos aballemos
sin llevar presente;
mas ¿qué llevaremos?
Dilo tú, Llorente.
¿Qué será mejor
para el Redemptor?

Yo quiero llevarle
leche y mantequillas,
e para empañarle,
algunas mantillas,
por ir con amor
a ver al Redemptor.

Con aquel cabrito
de la cabra mocha
darle algún quesito
e una miga cocha,
que terná sabor,
sabor al Redemptor.

No piense que vamos
su Madre graciosa
sin que le ofrescamos
más alguna cosa
que es de gran valor,
Madre del Redemptor.

En cantares nuevos
gocen sus orejas:
miel e muchos huevos
para hacer torrejas,
aunque sin dolor
parió al Redemptor [1].

[1] *Antología de poetas líricos castellanos,* de Menéndez Pelayo, t. 4, p. 157.

LETRA AL NACIMIENTO DE CRISTO

JUAN ALVAREZ GATO

(1440-1509?)

Venida es, venida
al mundo la vida.

Venida es al suelo
la gracia del cielo,
a darnos consuelo
y gloria cumplida.

Nacido ha en Belén
el que es nuestro bien:
venido es en quien
por él fué escogida.

En un portalejo,
con pobre aparejo,
servido de un viejo,
su guarda escogida.

La piedra preciosa,
ni la fresca rosa
no es tan hermosa
como la parida.

Venida es, venida
al mundo la vida [1].

AL PARTO DE LA SANTISIMA VIRGEN

JORGE DE MONTEMAYOR

Cantor de la Real Capilla de Portugal (1520-1561)

Si una virgen ha parido
al que Dios tiene por nombre,
¿qué más gloria pide el hombre?

Si una Virgen es parida
de un príncipe sin segundo,
¿qué más gloria pide el mundo
para asegurar la vida?

Si la culpa es destruída
por desculpa en su nombre,
¿qué más gloria pide el hombre? [2]

[1] *Antología de poetas líricos castellanos,* de Menéndez Pelayo, t. 3, p. 118.
[2] *Cancionero de obras de devoción,* 2.ª p. (Amberes 1554).

VILLANCICOS

PERO LÓPEZ RANJEL

(Siglo XVI)

Hoy parió la luz del día,
hoy parió.
Gran gasajo y alegría
tengo yo.

Hoy parió una doncella
tan hermosa,
tan esmerada y tan bella
y tan graciosa,

que nunca tal se vería
ni se vió.
Gran gasajo y alegría
tengo yo.

Hoy grande gozo se hace
en el cielo
por este que ahí yace
en el suelo.

Hoy luz nueva nos envía,
que nos dió
gran gasajo y alegría
tengo yo.

* * *

Chequito nos es nascido.
¡Buena estrena, buena estrena!
¡Nazca, nazca norabuena!

Chequito nos es nascido
por librarnos de pecado;
Hijo santo nos es dado,
y su reino, engrandecido.
Es nuestro rey conocido.
¡Buena estrena, buena estrena!
¡Nazca, nazca norabuena!

Llamaráse el nombre dél,
según su grandeza yaz.
glorioso Emanuel.

Príncipe de mucha paz,
cantémosla en la su haz.
¡Buena estrena, buena estrena!
¡Nazca, nazca norabuena! [1]

LA VIRGEN A NUESTRO SEÑOR AL NACER

RODRIGO DE REYNOSA

(Siglos XV-XVI)

Hijo, tantas gracias vuestras
no las tiene cada cual.

Hijo, vos sois generoso,
no tenéis par en gracioso.
Vos sois mi Hijo y esposo,
vos del cielo principal.
Vos sois amigo de amigos,
enemigo de enemigos.
Vos, castigo de castigos
en el linaje humanal.

Vos sois Rey de los reyes
y vos ley de nuestras leyes.
Todas las gracias tenedes
acá y en lo celestial.
Vos, quien libró nuestro afán
del linaje de Satán.
Vos de Eva y de Adán
quien quitó todo su mal.

Vos, de linajes reales,
nacido con fríos tales
para remediar los males
de aquel juicio infernal.
Vos en gracias tan discreto,
vos en todo tan perfecto;
en vuestros castigos, recto,
que no siento otro tal.

Hijo, tantas gracias vuestras
nos las tiene cada cual [2].

[1] *Farca a honor y reverencia del glorioso nacimiento,* s. l. n. a. (hacia 1530).
[2] *Cancionero de Nuestra Señora* (Sevilla 1612; 2.ª ed., Sevilla 1890).

OFRENDA DE LOS PASTORES

HERNÁN LÓPEZ DE YANGUAS

(Siglo XVI)

—Cansados, ¡oh Virgen señora!, llegamos.
Los hatos dejamos y burras y aperos;
venimos, graciosa Señora, por veros.
De hinojos en suelo aquí te adoramos;
mas ya que tamaña merced alcanzamos
en verte parida de Dios infinito,
para que puedas criar tu mocito
recibe, Señora, lo poco que damos.

—¡Oh Madre sagrada del Niño divino,
que todas las cosas criadas crió!
Ofrézcote, Virgen, aquí luego yo
cuchara, colodra, salero de pino;
y mándote un borro grosero y un fino.
Perdona, Señora, mi pobre presente
y al Niño divino suplico humildemente
que guarde mi hato del lobo malino.

—Yo no sé qué darte, bendita Señora,
ni sé con qué pueda servir al Infante.
Mas antes que nunca d'aquí me levante
te mando tres borros que maman agora.
Pues eres de todos tan gran valedora
y a Dios tus amores bajaron del cielo,
sey, Virgen, mi amparo, mi bien, mi consuelo,
para que sepa Dios padre do mora.

—Yo no sé qué pueda, doncella bendita,
dar sin vergüenza, si bien lo percato.
Ofrézcote, Virgen graciosa, mi hato,
cayado, caldero y zurrón, todo ahita.
Y a ti, Niño santo, de gracia infinita,
que tienes el mundo metido en la palma,
ofrézcote el cuerpo y mándote el alma
y mientras que viva, de vicio me quita [1].

[1] *Egloga en loor de la Natividad de Nuestro Señor* (Dresden 1911).

NACE LA ROSA

ESTEBAN DE ZAFRA

(Escribía en 1595)

Bajo de la peña nace
la rosa que no quema el aire.

Bajo de un pobre portal
está un divino rosal
y una reina angelical
de muy gracioso donaire.

Esta reina tan hermosa
ha producido una rosa
tan colorada y hermosa
cual nunca la vido naide.

Rosa blanca y colorada,
rosa bendita y sagrada,
rosa por cual es quitada
la culpa del primer padre.

Es el rosal que decía
la Virgen Santa María;
la rosa que producía
es su hijo, esposo y padre.

Es rosa de salvación
para nuestra redención,
para curar la lisión
de nuestra primera madre [1].

VILLANCICO

JOAQUÍN ROMERO DE CEPEDA

(Siglo XVI)

¡Quién lo viera y quién lo vió
al Niño cuando nació!
¡Quién lo viera y fuera yo!

Ver a Dios en la criatura,
ver a Dios hecho mortal
y ver debajo un portal
la divina hermosura,

[1] *Villancicos* (Toledo 1595), en B. A. E., de Rivadeneyra, t. 35, p. 328.

gran merced y gran ventura
al que vello mereció.
¡Quién lo viera y fuera yo!

Ver llorar al alegría,
ver tan pobre a la riqueza,
ver tan baja a la grandeza
y ver que Dios lo quería,
gran merced fué en aquel día
la que el hombre recibió.
¡Quién lo viera y fuera yo! [1]

AL NACIMIENTO

Fray José de Sigüenza

Fraile jerónimo, bibliotecario e historiador (1544-1606)

Venga enhorabuena
el buen pastorcico,
que enriquece la tierra
con su pellico.

Venga en buena hora,
que, aunque pobre viene,
en el cielo tiene
quien siempre le adora:
que, aunque ahora mora
en un pesebrico,
enriquece la tierra
con su pellico.

¿Veis la zamarreja
de tanto desprecio?
pues allá está el precio
de la deuda vieja;
bien haya la oveja
de tal corderico,
que enriquece la tierra
con su pellico [2].

[1] *Conserva espiritual* (Medina del Campo 1588).
[2] Atribuída en diversas antologías poéticas.

VILLANCICOS
EN EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS

LOPE DE VEGA

(1562-1635)

Un reloj he visto, Andrés,
que sin verse rueda alguna
en el suelo da la una,
siendo en el cielo las tres.

¡Oh, qué bien has acertado,
porque de las tres del cielo
hoy la segunda en el suelo
para bien del hombre ha dado!

Con las ruedas que no ves,
porque está secreta alguna,
en el suelo da la una,
siendo en el cielo las tres.

Este reloj, que sustenta
cielo y tierra, es tan sutil,
que con dar una, da mil
mercedes a quien las cuenta:

Cuenta las horas, Andrés,
y di sin errar ninguna,
que en el suelo da la una,
siendo en el cielo las tres [1].

* * *

Campanitas de Belén,
tocad al Alba, que sale
vertiendo divino aljófar
sobre el sol que della nace;
que los ángeles tocan,
tocan y tañen.

Que es Dios hombre el sol,
y el Alba su madre:
din, din, din, que vino en fin;
don, don, don, San Salvador;
dan, dan, dan, que hoy nos le dan;

1 *Obras sueltas de Lope,* ed. Sancha, t. 16, p. 317.

tocan y tañen a gloria en el cielo,
y en la tierra tocan a paz [1]

* * *

El Nino, que tiembla ahora,
a fe, Virgen, que El se críe,
porque de manera llora
que parece que se ríe.

Tiene este Niño sagrado
tanta gracia en el llorar,
que a fe que se ha de criar
para valiente soldado.

Yo os juro que El desafíe
a más de cuatro, Señora,
porque de manera llora
que parece que se ríe.

Quien tiene gracia en llorar,
bien muestra que hacerla viene
de las muchas que en sí tiene,
pues la comienza a mostrar.

No hay hombre que dél no fíe
lo que ha de ser desde ahora,
porque de manera llora
que parece que se ríe [2].

* * *

El fénix blanco y dorado.
que nace temblando al hielo
unas pajas vuelve al cielo,
y las enciende abrasado.

El engendrado del Padre,
fénix inmortal divino,
que al nido amoroso vino
de aquel ave y Virgen Madre;

todo blanco y encarnado,
color de su amor y celo,
unas pajas vuelve al cielo,
y las enciende abrasado.

[1] Sancha, t. 16, p. 244
[2] Sancha, t. 16, p. 256.

El hombre, mal pagador,
pagó, como pobre, en pajas,
y este phénix con ventajas
les dió tan alto valor,
que hasta la tierra humillado,
donde está temblando al hielo,
unas pajas vuelve al cielo,
y las enciende abrasado.

Tanto en amarnos se extrema,
que vuelve en pajas iguales
los aromas orientales,
adonde el fénix se quema.
Como pan se nos ha dado,
pues limpio trigo en el suelo,
unas pajas vuelve al cielo,
y las enciende abrasado [1].

* * *

Hacen salva trompetas y cajas
cuando el alba relumbra en los hielos,
al sol que ha nacido cubierto de pajas:
El llora a su madre, y cantan los cielos.

Es la salva de este día
justamente al que nos salva,
al tiempo que sale el alba
blanca y pura de MARÍA;
la tierra muestra alegría,
y por mayores ventajas
tocan alegres trompetas y cajas,
retumban y suenan y rompen los hielos,
al sol que ha nacido cubierto de pajas:
El llora a su Madre, y cantan los cielos.

Hacen hoy salva real
a un sol tan muerto de amor,
que está pidiendo calor
a las pajas de un portal,
viendo el poder celestial
entre mantillas y fajas;
tocan y suenan trompetas y cajas,
en flores el alba convierte los hielos,

1 Sancha, t. 16, p. 258.

al sol que ha nacido cubierto de pajas:
El llora a su madre, y cantan los cielos [1]

* * *

Desnudito parece mi Niño,
Dios de amor, que con flechas está,
pues a fe que si me las tira,
que le tengo de hacer llorar.

Estále tirando el cielo
flechas de nieve y rigor:
y Él, que se abrasa de amor,
las tira de fuego al suelo:
desnudo se queja al hielo,
pues más desnudo ha de estar:
flechas me quiere tirar,
cuando se queja y suspira,
pues a fe que si me las tira,
que le tengo de hacer llorar.

Como pintan al amor
desnudo, a un pesebre viene,
flechas en los ojos tiene,
y es fuego y pide calor:
yo le miro con temor
de que me quiere tirar,
él me viene a enamorar,
y con las flechas me mira,
pues a fe que si me las tira,
que le tengo de hacer llorar.

Yo le dijera a qué viene,
si acaso no lo supiera,
para que el hielo sufriera,
cuando tanto fuego tiene:
que se hiele me conviene,
ya que me viene a buscar;
con flechas le han de matar,
y él pone al arco la mira,
pues a fe que si me las tira,
que le tengo de hacer llorar [2].

* * *

[1] Sancha, t. 16, p. 259.
[2] Sancha, t. 16, p. 260.

Norabuena vengáis al
niño de perlas. [mundo
que sin vuestra vista
no hay hora buena.

Niño de jazmines,
rosas y azucenas,
niño de la niña,
después dél más bella
que tan buenos años,
que tan buenas nuevas,
que tan buenos días
ha dado a la tierra;
parabién merece,
parabienes tenga,
aunque tantos bienes
como Dios posea.
Mientras os tardastes,
dulce gloria nuestra,
estábamos todos
llenos de mil penas:
mas ya que vinistes,
y a la tierra alegra
ver que su esperanza
cumplida en vos sea:
digan los pastores,
respondan las sierras,
pues hombre os adoran,
y Dios os contemplan:
Norabuena, etc.

Que os den parabienes,
y que os hagan fiestas,
a voces lo cantan
el cielo y la tierra.
En el limbo dicen
reyes y profetas,
que ha venido el bien,
que su mal remedia.
Aves celestiales
los aires alegran,
pacífica oliva
vuelven las adelfas.
Las montañas altas,
las nevadas sierras,
aguas en cristales
nieve en flores truecan.
Los ecos del valle
Christo nece suenan:
las fieras se amansan,
los corderos juegan:
bajan los pastores
y serranas bellas,
y cantando a coros
dicen a las selvas:
Norabuena, etc. [1]

* * *

Pide al cielo la tierra
la paz que adora,
y a la tierra el cielo
le pide gloria.

Pide al cielo que descienda
aquel justo a nuestros ojos;
que quite a Dios los enojos,
y nuestro remedio emprenda;
dale Dios la mejor prenda,
pues es Dios y a Dios igual;
nace a remediar mi mal,
y por mi bien tiembla y llora,
y a la tierra el cielo
le pide gloria.

[1] Sancha, t. 16, p. 261.

Pide la paz de su guerra,
por los enojos de Dios,
pacificando a los dos
para gloria de la tierra:
dale cuanto bien encierra,
que es su Verbo soberano:
quéjase el linaje humano,
pidiendo al cielo memoria,
y a la tierra el cielo
le pide gloria.

Pide, como el que ha perdido,
partido por su remedio,
y puesta la paz en medio,
concede Dios el partido:
pártese el Verbo, y nacido
de una Madre y Virgen santa,
el hombre sus glorias canta,
el niño sus penas llora,
y a la tierra el cielo
le pide gloria [1].

* * *

Dejando Dios la grandeza,
donde solía morar,
al hombre viene a buscar,
en medio de su bajeza,
y en tanta pobreza,
le mira el suelo
deshilar aljófar
de sus ojuelos:
ved que son celos,
que se quejan de envidia
los altos cielos.

Dejando la monarquía
de su trono soberano,
baja por el hombre humano
a los brazos de María
Helado amanece el día
para dar al sol belleza,
y con tal pobreza,
le mira el suelo, etc.

Baja el celestial cordero
de la gran Jerusalén
al pesebre de Belén,
profetizado primero:

[1] Sancha, t. 16, p. 263.

baja el Adán verdadero
desde la suma grandeza,
y con tal pobreza,
le mira el suelo, etc.

Con hábito desigual,
el que es igual con su Padre,
en los brazos de su madre
toma puerto de un portal:
ya juntó su celestial
a nuestra naturaleza,
y con tal pobreza,
le mira el suelo
deshilar aljófar
por sus ojuelos:
ved que son celos,
que se quejan de envidia
los altos cielos [1].

* * *

Manso corderito,
que en viles despojos
de animales rudos
buscáis socorro.

Blanco trigo en pajas,
panal sabroso,
que en la cera virgen
cupiste todo.

Pajarillo en nido,
que cantáis quejoso,
porque de alba os cubren
nevados copos.

Perla de aquel nácar
que al salir Apolo
recibió el rocío
intacto y glorioso.

Almendro en invierno,
con la flor al tronco
blanca y encarnada,
helado y hermoso.

Pastorcico nuevo,
que a tantos lobos
cruzando el cayado
venceréis solo.

Del valle profundo,
terrible asombro,
por quien los ganados
no temen robos.

Cubiertos de aljófar,
cabellos de oro,
de nácar en tiempo
tan riguroso.

Boca de claveles,
del cielo gozo,
ojos soberanos:
Callad un poco,
que me matan llorando
tan dulces ojos.

Niño, a los cristales
que vertéis hermosos,
mi pecho abrasado,
y el alma pongo.

Pero no merecen
márgenes toscos
fuentes celestiales,
puros arroyos.

Caigan en los rayos
del sol luminoso,

[1] Sancha, t. 16, p. 261.

y ensarten su aljófar
sus trenzas de oro.

O en fuentes que cubran
claveles rojos,
reciban sus perlas
celestes coros.

Y si son los cielos
engastes cortos,
y ángeles y estrellas
pobres tesoros,

de una Virgen santa
los pechos solos
sean destas perlas
nácar precioso.

Que si os dan sustento,
podrán con decoro
ese aljófar puro
pagar con otro.

De los ojos caigan
al pecho amoroso,
y del pecho al labio
por virgíneos poros.

Mas, ¡ay!, que, llorando
por mis enojos,
las rosas se quejan
del bello rostro:

Callad un poco,
que me matan llorando
tan dulces ojos [1].

* * *

Que nazca un hombre en Belén,
hijo de Dios natural,
y que aposente un portal,
del cielo y la tierra el bien:
que al Rey de entrambos le den
dos animales calor,
y que tan alto Señor
cifre en pajas su poder,
¿qué puede ser?

Que salga fuera de sí
la naturaleza humana,
de ver a la soberana
bajar a la tierra así:
que se junten hoy aquí
la virginidad y el parto,
y que el amor no esté harto,
¿qué puede ser?

Que el mayor círculo cuadre
la carne del viejo Adán
en el nuevo, a quien hoy dan
humana, aunque Virgen madre·
que envíe su Hijo el Padre,
siendo tan bueno y tan Dios,
que son iguales los dos,
a la tierra a padecer,
¿qué puede ser?

[1] Sancha, t. 16, p. 266.

Que bajen pobres pastores
de los ángeles llamados,
que las fuentes y los prados
se cubran de leche y flores,
que tenga Dios acreedores,
siendo nuestros los pecados,
y que a sombra de tejados
por deudas se venga a ver,
¿qué puede ser?

Que esté una doncella santa
virgen después de parida
y que, pariendo la vida,
esté con pobreza tanta:
que el cielo la llame santa,
y esté sin casa en el suelo,
y que al mismo Rey del cielo
no tenga en qué le envolver,
¿qué puede ser? [1]

* * *

Toca, toca las campanillas,
Gil; recuerda a los maitines;
verás maravillas,
que están en el coro los serafines,
y el Sacerdote en mantillas.

Ya tocan a que celebre,
no duermas, carillo, ahora,
que en lugar de cantar, llora
con el alba en un pesebre:
verás las de sus mejillas,
todas de rosa y jazmines,
y oirás maravillas,
que están en el coro los serafines,
y el Sacerdote en mantillas.

Mantillas le sirven de alba,
y tan rotas, que por ellas
se ve el sol y las estrellas,
que dan luz al sol y alba;
si a los principios te humillas,
levantaráste a los fines,
y oirás maravillas,
que están en el coro los serafines,
y el Sacerdote en mantillas [2].

* * *

[1] Sancha, t. 16, p. 268.
[2] Sancha, t. 16, p. 285.

Como ha de luchar con Dios,
pone más fuerzas Amor.

Con Jacob, hombre robusto,
que con un ángel luchaba,
cuando su Raquel amaba,
luchó Amor con mucho gusto
catorce años al justo:
mas con Dios cuatro mil años,
porque mirando los daños
que el primer hombre causó,
pone más fuerzas Amor.

A David venció luchando,
y a Sansón por los cabellos,
pero tardóse en vencellos
lo que tardaron mirando;
pero los tiempos llegando
en que Dios ha de venir,
nacer, vivir y morir,
y entrar en campo los dos,
pone más fuerzas Amor.

Como ha de ser la caída
de los cielos a la tierra,
y está la paz de la guerra,
en que le cueste la vida:
como a tres va la vencida,
y saben los cielos que es
el segundo de los tres
más que Sansón y Jacob,
pone más fuerzas Amor [1].

* * *

Zagalejo de perlas,
hijo del alba,
¿dónde vais, que hace frío,
tan de mañana?

Como sois lucero
del alma mía,
a traer el día
nacéis primero.
Pastor y cordero
sin choza y lana,
¿dónde vais, que hace frío,
tan de mañana?

Perlas en los ojos,
risa en la boca,
las almas provoca
a placer y enojos:
cabellitos rojos,
boca de grana,
¿dónde vais, que hace frío,
tan de mañana?

[1] Sancha, t. 16, p. 286.

Que tenéis que hacer,
pastorcico santo,
madrugando tanto
lo dais a entender:
aunque vais a ver
disfrazado al alma,
¿dónde vais, que hace frío,
tan de mañana? [1]

* * *

Temblando estaba de frío
el mayor fuego del cielo,
y el que hizo el tiempo mismo,
sujeto al rigor del tiempo.

El que con arena débil
al libre mar puso freno,
medida al ardiente sol,
y a las tinieblas silencio,

en unas pajas humildes,
siendo sol, se encoge al hielo,
a la noche deja libre
y da licencia a los vientos.

Todos, aunque todos tristes,
osan perder el respeto,
porque están temblando todos
de que Dios tiemble por ellos.

Su Virgen madre le mira
ya llorando, ya riendo,
que como es su espejo el niño
hace los mismos efectos.

No lejos el casto esposo,
que, aunque estuviera muy lejos,
pensara que estaba cerca
de un hombre que es Dios inmenso.

Mirándole está encogido,
y de los ojos atentos,
llueve, al revés de las nubes,
porque llora sobre el cielo.

Cumplido habéis, dice al niño,
la palabra, Rey eterno,
que a mis abuelos les distes
de hacellos abuelos vuestros.

Ya no sois fuerte león,
ni con espada de fuego
rendís ejércitos de hombres:
hombre sois, ya sois cordero.

[1] Sancha, t. 16, p. 288.

La niña recién parida,
mil parabienes oyendo
de cielos, ángeles y hombres,
por el bien que les han hecho,

al niño, que llora, dice:
No más, mi dulce consuelo,
¡ea, no más, mi JESÚS!,
pues que no puede ser menos.

Serenad, niño bendito,
el sol de esos ojos bellos,
no echéis a mal esas perlas
por quien no sabe su precio.

Nueve meses hace hoy
que le dije al ángel vuestro
que era vuestra humilde esclava
y os hice humano aposento.

Bien sabíades, mi Rey,
que en aquellos pobres techos
las telas solas había
del corazón que os ofrezco.

Y aun esa pobreza misma
que en Nazareth veis que tengo,
me falta para abrigaros,
que camino, y no la llevo.

Pero, pues sois tan amigo
de pechos pobres, yo quiero
abrigaros en el mío,
daros el primer sustento.

Esto diciendo MARÍA,
sacó los virgíneos pechos,
a cuyos cielos más limpios
se humillaron nueve cielos.

Abrió el niño Dios los labios,
y quedó colgado dellos,
como racimo de palma,
hasta que le vino el sueño.

Alma, si de ver a Dios,
puesto de su madre al pecho,
no se te enternece el tuyo,
¿dónde está tu sentimiento?

Llora, sin temer que el niño
despierte a tu llanto tierno.
que al son de fuentes de llanto
duerme Dios con más contento.

Más que la gloria que hoy
le cantan ángeles bellos,
estima de un hombre el llanto:
lloremos, alma, lloremos [1].

* * *

Este niño y Dios, Antón,
que en Belén tiembla y suspira,
con unos ojuelos mira
que penetra el corazón.

Este niño celestial
tiene unos ojos tan bellos
que se va el alma tras ellos
como a centro natural:
ya es cordero y no es león,
y como dejó la ira,
con unos ojuelos mira
que penetra el corazón.

Antiguamente miraba
en nube, monte y en fuego,
y en ofendiéndole, luego
del ofensor se vengaba:
mas después que vino, Antón,
donde como hombre suspira,
con unos ojuelos mira
que penetra el corazón.

No se dejaba mirar,
envuelto en nubes y velos,
ahora en pajas y hielos
se deja ver y tocar:
como mira a los que son
la causa, por quien suspira,
con unos ojuelos mira
que penetra el corazón [1].

* * *

Niño Dios, niño en Belén,
niño en brazos de MARÍA,
y tras esta niñería
no tiene el cielo más bien.

[1] Sancha, t. 16, p. 295.
[2] Sancha, t. 16, p. 305.

I

Dios de inescrutable nombre
e incircunscrito poder,
justamente al hombre asombre
que tan gran Dios venga a ser
hombre para bien del hombre·
todos se admiran también
que juntéis tales extremos,
mas ya que Dios-Hombre os ven
¿qué mucho que estéis, si os vemos,
niño Dios, niño en Belén?

Donde estáis, os aguardaba
el hombre, que os tiene ya,
que ya Belén esperaba
su Capitán, y en Judá
no la menor se llamaba:
pues si de veros el día
llegó, por vuestra piedad,
¿adónde mejor podía
que con tan pura humildad
en los brazos de MARÍA?

Solíades vos hacer
obras de fuerte varón,
mostrando vuestro poder;
mas ya niñerías son.
Tan niño debéis de ser,
que ha de decir quien os vía
con brazos tan rigurosos,
si envueltos los ve este día:
¡Tras tantos hechos famosos
y tras esta niñería!

Mas dirá que habéis mostrado
más grandeza en ser pequeño,
que en cuanto tenéis criado,
pues a cuanto os llama dueño
hoy os habéis sujetado:
daisle en daros cuanto ven
los cielos, para que asombre,
que no queda que le den,
porque en dándoos vos al hombre,
no tiene el cielo más bien.

II

Dejóme Adán un deseo,
herencia de sus engaños,
que ya cumplido le veo
pasados cuatro mil años,
¡Tantos ha que le deseo!
Mas si fué de que me den
a Dios-hombre por mi bien,
¿qué tengo de desear,
después que os venga a mirar
niño Dios, niño en Belén?

Mas si podéis reprimir
el llorar y el suspirar,
no nos deis más que sentir,
aunque de veros llorar
hacéis al hombre reír:
porque me causa alegría,
puesto que el amor porfía
que calentura tenéis,
que della el frío paséis
niño en brazos de MARÍA.

Que al amor obedezcáis
en cualquier cosa que os mande,
grandeza, Señor, mostráis;
pero haced cosas de grande,
ya que como grande amáis:
porque si vos este día
lloráis, que el aire os enfría,
¿qué os queda que hacer, Señor,
después de tan grande amor,
y tras esta niñería?

Bien podéis ya contentaros,
aunque pienso que lo estáis,
hombre mortal, y alegraros,
pues ni hay más que a Dios pidáis,
ni Dios tiene más que daros.
Ya le tenéis en Belén,
¿qué queréis, hombre, que os den?
Aquí todo el bien se encierra,
todo el bien tiene la tierra,
no tiene el cielo más bien.

III

Como es tanta la grandeza
de ese poder celestial,
admira nuestra rudeza,
que vuestro ser inmortal
cubre la humana corteza:
que puesto, Señor, que os ven
Dios hombre por nuestro bien,
y vuestra piedad admiran,
es mucho más, cuando os miran
niño Dios, niño en Belén.

En los brazos de una estrella,
tierno sol os mira el hombre,
que habiendo de nacer della,
y tomar del hombre el nombre,
fué la más pura y más bella:
allí os mira, y ella os cría,
porque llegando este día
en que mereció teneros,
claro está que había de veros
niño en brazos de MARÍA.

Niño amáis, niño sentís,
niño en humildes pañales,
el hielo, el aire sufrís,
y hacéis niñerías tales,
que lloráis, niño, y reís.
Niño, hacéis la noche día;
niño, mostráis alegría;
niño, el cielo suspendéis
tras esto que padecéis,
y tras esta niñería.

Es vuestra cara divina
cristal, para el ser que en vos
no se entiende y se imagina,
que es no menos que de Dios
vuestra hermosura cortina:
en una cesta Moisén
tuvo hermosura también,
vos en esa cuna tal,
que haciendo cielo el portal,
no tiene el cielo más bien [1].

* * *

[1] Sancha, t. 16, p. 30€.

Si el que da la vida llora,
¿cómo se puede reír
el triste que ha de morir?

Entró la muerte en la tierra
por el pecado del hombre;
bajó Dios, tomó su nombre
y en paz se trocó la guerra.
Tan frío portal le encierra,
que queda llorando ahora.
¿Pues cómo, aunque se mejora,
se alegra de aquesta suerte
el que dió causa a la muerte,
si el que da la vida llora?

Bien es tener alegría
de nuestro bien y salud,
pues de este niño en virtud
comienza desde este día;
pero templarse debría
con ver lo que ha de sufrir,
que de nacer a morir
él mismo llora también;
porque mirando por quién,
¿cómo se puede reír?

Si a los tesoros mortales,
que sólo aparentes son,
tiene el hombre inclinación,
y deja los celestiales,
tenga sus bienes por males,
porque si piensa reír
lo que es tan justo sentir,
arguyo de su placer,
que no debe de saber
el triste que ha de morir [1].

* * *

Dése la gloria a Dios, dése en el cielo,
y la paz a los hombres en el suelo.

Dése la gloria a Dios en las alturas,
pues ha dado su Hijo al hombre humano,
descendiendo el Criador por las criaturas
del pecho de su Padre soberano:
desde las inferiores a las puras
se den las gracias a su eterna mano;

[1] Sancha. t. 16, p. 432.

pero primero que comience el suelo,
dése la gloria a Dios, dése en el cielo.

Alégrese la tierra venturosa,
pues las nubes llovieron el rocío,
que la dejó fecunda y abundosa,
dándole el trigo en el diciembre frío:
ya para darse a su querida esposa
salió de madre aquel eterno río,
nació en la tierra el que nació en el cielo,
y la paz a los hombres en el suelo.

Alégrate, Belén, casa divina
del soberano pan, maná süave,
que detrás de la cándida cortina
sustentara la popa de su nave:
ya la sagrada puerta Palestina,
y de quien sólo Dios tuvo la llave,
le ha dado al hombre, y por tan gran consuelo
dése la gloria a Dios, dése en el cielo.

La estrella de Jacob al sol hermoso
de justicia nos dió, de Aarón la vara,
coronado el extremo victorioso
de la encarnada flor, el fruto ampara:
niño, aunque anciano, el gran David reposo
tiene, y calor en Abisac más rara:
ya vino el sol a deshacer el hielo,
y la paz a los hombres en el suelo.

Pastores de Belén, vuestros ganados
dejad en las cabañas, bien seguras
de los sangrientos lobos, enseñados
las frías noches del invierno obscuras;
ya tienen guarda los humildes prados,
que los ha de romper las presas duras:
venid, cantemos con humilde celo,
dése la gloria a Dios, dése en el cielo.

Ya el arca santa del diluvio ha sido
restauración del orbe, y en más viva
piedra paró, del ave santa nido,
en quien ahora el nuevo mundo estriba:
ya vino la paloma, y guarnecido
el pico de coral de verde oliva,
las nuevas trujo del sereno cielo,
y la paz a los hombres en el suelo [1].

* * *

[1] Sancha, t. 16, p. 241.

Venga con el día
el alegría,
venga con el Alba
el sol que nos salva.

Vengan los pastores,
vengan norabuena
de adorar al sol
y la blanca estrella.

De ver en el arca
jamás abierta
el maná sabroso,
que nos sustenta.

Y el precioso nácar,
adonde engendra
aquel Alba y Virgen
tan blanca perla.

Aquel zagalejo
de la melena,
que el oro de Tibar
por hebras peina.

De quien tantos lobos,
que nos rodean,
dejarán medrosos
la humana selva.

Los montes se alegran
con su venida;
venga con el día
el alegría,
venga con el Alba
el sol que nos salva.

El David valiente,
a cuyas piedras
gigantes armados
miden la tierra.

Que las humildades
estima y premia,
y se ofende tanto
de la soberbia.

El que nace en pajas,
que tales deudas
paga a Dios el hombre
con pajas secas.

Decidnos, pastores,
si llora y tiembla
de ver que la muerte
su cuna acecha.

O si está contento
de padecerla.
Será lo más cierto,
pues la desea.

Y aunque a morir venga,
si es nuestra vida,
venga con el día
el alegría,
venga con el Alba
el sol que nos salva.

El dátil hermoso,
que en ramos cuelga
de la blanca palma
victoria nuestra.

Aquel dulce niño,
panal de cera,
que de flores hizo
tan linda abeja.

El cordero blanco
de la ovejuela,
que nació de Adán
sin la mancha negra.

Qué dice, qué hace,
que aquellas quejas
rasgan corazones,
y entrañas quiebran.

Mas si en él estriba
que todos tengan
la vida y remedio,
que dél esperan,

trate norabuena
de darnos vida:
venga con el día
el alegría,
venga con el Alba
el sol que nos salva [1].

[1] Sancha, t. 16, p. 416.

AL NACIMIENTO DE DIOS

José de Valdivielso

Prebendado toledano (1560-1638)

Tiene la madre al hijo entre los brazos
para abrigarle entre las blancos pechos;
dale estrechos dulcísimos abrazos
y mil besos sabrosos más estrechos.
El Niño eterno, haciendo tiernos lazos
de los bracitos de azucenas hechos,
enlaza el cuello de la Madre pura,
aumentando su gracia y hermosura.

Salió más bello que del alba el lloro,
más que sobre el vellón la lluvia fría,
salió más puro que del fuego el oro,
salió más bello que del mar el día.
Dejó sellado el virginal tesoro
del gremio de la Reina de alegría.
Fué cual la zarza al fuego, o cual la peña
que, dando el agua, integridad enseña.

Quedó cual vidriera transparente
que pasa el claro sol por mitad della,
y con su bella luz resplandeciente
deja su claridad más pura y bella.
Quedó como la puerta del Oriente
cerrada al Rey, aunque pasó por ella.
Quedó cual la bujeta en que ámbar hubo,
dando fragancia del olor que tuvo [1].

EN EL NACIMIENTO DEL SALVADOR

Luis de Góngora

Beneficiado de Córdoba (1561-1627)

Caído se le ha un clavel
hoy a la Aurora del seno.
¡Qué glorioso que está el heno,
porque ha caído sobre él!

Cuando el silencio tenía
todas las cosas del suelo

[1] *Vida de San José,* canto 14 (Madrid 1665), fol. 160-161.

y coronada de hielo
reinaba la noche fría,
en medio la monarquía
de tiniebla tan cruel,
caído se le ha un clavel
hoy a la Aurora del seno.
¡Qué glorioso que está el heno,
porque ha caído sobre él!

De un solo clavel ceñida
la Virgen, aurora bella,
al mundo se le dió y ella
quedó cual antes, florida:
a la púrpura caída
sólo fué el heno fiel.
Caído se le ha un clavel
hoy a la Aurora del seno.
¡Qué glorioso que está el heno,
porque ha caído sobre él!

El heno, pues, que fué lino,
a pesar de tantas nieves,
de ver en sus brazos leves
este Rosicler divino,
para su lecho fué lino,
oro para su dosel,
Caído se le ha un clavel
hoy a la Aurora del seno.
¡Qué glorioso que está el heno
porque ha caído sobre él [1].

* * *

Nace el Niño, y velo a velo
deja en cabello a su Madre,
que en esto de dorar las cumbres
es muy del sol cuando nace.
Leves reparos al frío
son todos; pero más graves
que los alientos de un buey,
que, aunque calientes, son aire.
De flacos remedios usa;
que, a servirse de eficaces,
estufar pudiera al norte
la menor pluma de un ángel.
Tiembla, pues, y afecta el heno,
cuando pudiera prestalle

[1] *Obras poéticas de Góngora* (New York 1921), t. II, p. 356.

colchos de preciosa lana,
moscovia en pelo suave.
Parte corrige la yerba
del rigor helado, y parte
engaña el sueño, negando
sus faroles celestiales;
mas luego los restituyen
ganaderos, que los traen,
o resplandores que ignoran,
o conceptos que no saben.
Y viendo en tanto diciembre
que los campos más fragantes
hace un Niño junto a un buey
que el Sol en el Toro hace,
tañen en coros, tañen,
salterios pastorales,
que por tiorbas y por liras valen,
instrumentos que, sonoros,
de los celestiales coros
son dulces competidores;
mereciendo sus amores
que ángeles los acompañen.
Tañen en coros, tañen,
salterios pastorales,
que por tiorbas y por liras valen.
Más que no el tiempo templados
suenan dulces instrumentos,
cielos trasladan los vientos,
auroras pisan los prados,
queriendo en los más nevados
que los abriles se engañen.
Tañen en coros, tañen,
salterios pastorales,
que por tiorbas y por liras valen [1].

* * *

¿Quién oyó?
¿Quién oyó?
¿Quién ha visto lo que yo?

Yacía la noche cuando
las doce a mis ojos dió
el reloj de las estrellas,
que es el más cierto reloj;
yacía, digo, la noche,
y en el silencio mayor.

[1] *Obras poéticas de Góngora* (New York 1921), t. II, p. 3

Una voz dieron los cielos,
amor divino,
que era luz aunque era voz,
divino Amor.

¿Quién oyó?
¿Quién oyó?
¿Quién ha visto lo que yo?

Ruiseñor no era del Alba,
dulce hijo el que se oyó;
viste alas, mas no viste
bulto humano el ruiseñor.

De varios, pues, instrumentos
el confuso acorde son,
gloria dando a las alturas;
Amor divino
para la tierra anunció
divino Amor.

¿Quién oyó?
¿Quién oyó?
¿Quién ha visto lo que yo?

Levantéme a la armonía,
y cayendo al esplendor,
o todo me negó a mí
o todo me negué yo.

Tiranizó mis sentidos
el soberano cantor,
que ni es ave ni hombre;
Amor divino
era mucho de los dos.
divino Amor.

¿Quién oyó?
¿Quién oyó?
¿Quién ha visto lo que yo?

Restituídas las cosas
que el éxtasis me escondió,
a blando céfiro hizo
de mis ovejas pastor.

Dejélas, y en vez de nieve,
pisando una y otra flor,
llegué donde al heno vi,
Amor divino,
peinarle rayos al sol,
divino Amor.

¿Quién oyó?
¿Quién oyó?
¿Quién ha visto lo que yo?

Humilde en llegando até
al pesebre la razón,
que me valió luz
topo ayer y lince hoy.

Oí balar al cordero
que bramó un tiempo león;
y oí llorar niño ahora,
Amor divino,
al que ha sido siempre Dios,
divino Amor.

¿Quién oyó?
¿Quién oyó?
¿Quién ha visto lo que yo? [1]

* * *

ROMANCE

Cuántos silbos, cuántas voces
tus campos, Belén, oyeron,
sentidas bien de sus valles,
guardadas mal de sus ecos,

pastores las dan, buscando
el que, celestial Cordero,
nos abrió piadoso el libro
que negaban tantos sellos.

—¿Qué buscáis los ganaderos?
—Uno, ¡ay!, niño que su cuna
los brazos son de la luna,
si duermen sus dos luceros.

No, pastor, no abrigó fiera
frágil choza, albergue ciego,
que no penetre el cuidado,
que no escudriñe el deseo.

La diligencia, calzada,
en vez de abarcas, el viento,
cumbres pisa coronadas
de paraninfos del cielo.

[1] *Obras poéticas de Góngora* (New York 1921), t. II, p. 306.

—¿Qué buscáis los ganaderos?
—Uno, ¡ay!, niño que su cuna
los brazos son de la luna,
si duermen sus dos luceros.

Pediros albricias puedo.

PASTORES

¿De qué, Gil?

GIL

No deis más paso,
que dormir vi al niño.

PASTORES

Paso
quedo, ¡ay!, queditico, quedo.

Tanto he visto celestial,
tan luminoso, tan raro,
que a pesar hallarás claro
de la noche este portal.

Enfrena el paso, Pascual,
deja a la puerta el denuedo.

ROMANCE

Pediros albricias puedo.

PASTORES

¿De qué, Gil?

GIL

No deis más paso,
que dormir vi al niño.

PASTORES

Paso
quedo, ¡ay!, queditico, quedo [1].

[1] *Obras poéticas de Góngora* (New York 1921), t. II, p. 330.

EN EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS

Bartolomé Leonardo de Argensola

Presbítero aragonés (1562-1631)

Romance

La noche ofuscaba al mundo,
y por horror o por sueño,
todas las cosas yacían
en más alto silencio.

Cuando piadosa la Luz
nació de un vigoroso seno,
que distinguió los colores
y las tinieblas huyeron.

Luce en los ojos de un Niño
con lágrimas, que al invierno
visten de súbitas flores
con admiración del tiempo.

Vos, gloriosa Madre,
que dais el pecho,
recogednos las perlas
que vierte gimiendo:
que por ser de sus ojos
no tienen precio.

Cuanto tus ojos miraren
veremos fértil y lleno,
la tierra de alegres frutos,
de serenidad el cielo.

Cesará el rigor del rayo
y la amenaza del trueno,
pondrá a los pies de la paz
la venganza sus trofeos.

Obrad, lágrimas süaves,
nuestro general remedio,
y salgan de suspensión
la esperanza y el deseo,

Vos, gloriosa Madre, etc.

Niño divino y humano,
pues venís para volvernos
a la gracia que al principio
nos quitó el primer exceso.

Comience a esparcir sus glorias
la unión de los dos extremos,
porque el odio y el amor
no caben en un sujeto.

En vuestras lágrimas hierve
la calidad del afecto:
haced que el orbe se abrase
en tan amoroso incendio.

Vos, gloriosa Madre, etc. [1].

Soneto

Hoy rompe Dios los orbes celestiales
y al de la tierra, tan benigno arriba,
que desarma la diestra vengativa,
para abrazar con ella a los mortales.

Y pues gime por paz en los umbrales
un tiempo odiosos, la esperanza viva
del ofensor, ya próspero, aperciba
al Dios infante júbilos triunfales.

¡Oh feliz culpa!, que si, por inmensa,
ni en los senos cupieras del olvido
ni en méritos de humana resistencia.

La justicia y la paz, que tú has unido,
libran hoy el remedio de la ofensa
en el clamor del Príncipe ofendido [2].

Villancico

Siempre, Amor, vencéis a Dios;
o la Justicia no es fiel,
o tenéis más fuerza que él,
o hay concierto entre los dos.

La justicia que se inclina,
justicia deja de ser,
y donde falta el poder
no hay fortaleza divina:
y pues la justicia en Dios
siempre es fuerte y siempre es fiel,
vos os entendéis con él
y hay concierto entre los dos.

1 *Rimas* (Zaragoza 1634), p. 406.
2 *Rimas* (Zaragoza 1634), p. 410.

Cuando lo veis previniendo
los rayos de indignación,
de toda su prevención,
sabe él que os estáis riendo:
porque, mirándoos a vos,
cesará la saña en él,
por correspondencia fiel
concertada entre los dos.

Hoy se viene a reducir
a ser niño por amar:
ama y muere por llorar,
porque llora por morir;
dulce Vencedor de Dios,
sed para los hombres fiel,
pues vemos que es triunfo en él
que le venzáis siempre vos [1].

VILLANCICO

Alonso de Ledesma Buitrago

Poeta segoviano (1562-1623)

Zagal, si a la villa vas,
mil novedades verás.

Verás en Belén, pastor,
al Criador hecho criatura;
con hambre la misma hartura,
con sed la fuente de amor;
cansado el mismo valor,
el fuego muerto de frío,
el Rey por vasallo mío
y pobre el que puede más.
Mil novedades verás.

Verás una Virgen bella
madre de su propio Padre,
y, aunque es verdadera Madre,
no deja de ser doncella;
verás al hijo cabe ella
en un pesebre de bueyes,
a quien adoran tres reyes
en fe de que vale más.
Mil novedades verás [2].

[1] *Rimas* (Zaragoza 1634), p. 409
[2] *Segunda parte de los conceptos espirituales y morales* (Valladolid 1613).

AL NACIMIENTO

Luisa de Carvajal y Mendoza

Monja carmelita, fundadora de las Descalzas en Londres (1566-1614)

El Dios de venganzas
su fuerza ha rendido,
del amor herido.

El fuerte y terrible
León de Judá,
hecho se nos da
Cordero apacible;
y si era increíble,
es por haber sido
del amor herido.

El que es de millares
de ángeles gobierno,
como un niño tierno,
envuelto en pañales,
llora ya mis males,
por haber nacido
del amor herido.

La suma grandeza
y bien soberano
se halla muy ufano
puesto en gran pobreza,
porque su riqueza
me ha enriquecido
del amor herido.

Sujeto a mamar
está, y sufre frío
quien refrena el brío
del furioso mar,
que quiere mostrar
que a esto se ha abatido
del amor herido.

El Verbo divino
del inmenso Padre
en la sacra Madre
a humanarse vino,
abriendo el camino
al hombre perdido,
del amor herido [1].

AL NACIMIENTO

Fray Gabriel Téllez (Tirso de Molina)

Mercedario (1571-1648)

Pastorcito nuevo
de color de azor,
bueno sois, vida mía,
para labrador.

Pastor de la oveja
que buscáis perdida,
y ya reducida,
viles pastos deja,
aunque, vuelta abeja,
pace vuestras flores;
si sembráis amores
y cogéis mejor,
bueno sois, vida mía,
para labrador [2].

[1] *Poesías espirituales*, de la venerable doña Luisa de Carvajal y Mendoza (Sevilla 1885), p. 121.

[2] *El colmenero divino*, auto sacramental, B. A. E., t. 58, p. 285.

ROMANCE AL NACIMIENTO DE CRISTO

FÉLIX DE ARTEAGA (FRAY HORTENSIO FÉLIX PARAVICCINO)

Trinitario (1580-1633)

Zagalejas del Genil,
¿habéis visto, cuando el alba
nace en cendales de rosa
y tiende incendios de nácar,

cómo de sus lumbres puras
ardiente el sol se desata
y, estomecidos sus rayos,
perlas despereza en grana;

que de almas brillan las flores
que su blando ardor halaga,
y cuanto en golfos lucientes
el orbe todo se baña?

Pues mirad hacia aquel muro,
que en las ruinas que amenaza
eterna fábrica oculta
de unas y otras esperanzas.

Veréis de menor Aurora,
Sol que al herir de unas pajas,
ascuas de nieve los copos,
cuanto se ilustran, se abrasan.

El menor albergue gruje,
el mayor palacio estalla,
las púrpuras y las pieles
iguales humos exhalan.

Crepúsculos de Judea,
noches enteras de Arabia,
a tanto Sol todo es día,
todo es fuego a lumbre tanta.

¡Oh amor, cómo eres tan Dios,
que en las sombras más humanas
iluminas imposibles
y borras desconfianzas!

Corazón de oro del cielo,
que del mundo en las entrañas
no tiemblas hielos de frío,
de amor, sí, palpitas ansias.

De tantos siniestros lados,
pulsa en la parte más flaca,
da vida, y mata, que amor,
siempre que da vida, mata [1].

VAMOS TODOS AL PORTAL

FRANCISCO DE BORJA, PRÍNCIPE DE ESQUILACHE

(1581-1658)

VILLANCICO

—Vamos todos al portal,
que la luz nos llevará.

—¿No me dirás, por tu vida,
que se hizo la noche, Bras?

—¿Es posible que no sabes
que desde aquesta Pascua,
ni en el tiempo ni en la culpa
no puede haber noche ya?

COPLA

Estaba en tinieblas
y en sombra de muerte
el mundo engañado,
cautivo y alegre:
para que despierten,
y no duerman más,
ni en el mundo ni en la culpa,
no puede haber noche ya.

Como el Sol divino
sale de otra esfera
amanece al mundo
y es noche en Judea:
y aunque es ciega,
a la fin verá;
ni en el mundo ni en la culpa
no puede haber noche ya.

1 *Obras póstumas divinas y humanas de don Félix de Arteaga* (Alcalá 1650), fol. 119.

AL NACIMIENTO

ROMANCE I

En un portal de Belén,
cuando se parte la noche,
la vi de luces vestida,
y antes del alba dos soles.

¿Quién de Judea en los campos
y de Samaria en los montes
vió la luz entre tinieblas,
y entre estrellas arreboles?

Que es de día juran todos,
admirados, los pastores,
y que es Aurora la Madre.
y el Niño, Sol de los hombres.

Angeles cantan al alba,
no entre plumas, dulces voces,
y es la media noche en horas,
mediodía en resplandores.

Es el Oriente un pesebre·
y aunque es casa humilde y pobre.
sale el sol por un madero,
y en otro después se pone.

Mal puede dormir seguro
de los desvelos de Herodes
quien tantos cuidados tiene,
quien tantos peligros corre.

¡Oh qué mal templan el fuego,
que entre las pajas se esconde
del hombre la ingratitud
y del tiempo los rigores!

Yace entre dos animales:
y como ya se dispone
para vivir entre bestias,
se ensaya con las menores.

Y aunque disfrazado viene,
es cierto que le conocen
de su pueblo los pequeños,
del ajeno los mayores.

En las agostadas selvas,
que viste la escarcha entonces,
sin los cuidados de mayo,
de repente nacen flores.

Por que los pastores vayan
y sus instrumentos toquen,
dijo Bras, que es el discreto
de aquellas peñas y robles.

ROMANCE II

Cuando en medio del silencio
la madre de las tinieblas
muda duerme, porque el sol
aun no ha llamado a sus puertas,

en un estrecho portal,
rudo albergue de las bestias,
miré reclinado al Sol,
vecinas vi las estrellas.

A las injurias del hielo
temblando vi la pureza,
busqué del hombre las culpas,
y encontré de Dios las penas.

Suspensa estaba la noche,
tan helada y tan risueña,
que en el portal me dormí;
y apenas el sueño empieza,

cuando miré que bajaban
desatados a la tierra
ángeles, que el aire viste
de luz, cantando esta letra:

A Dios gloria en el cielo,
paz a los hombres, para bien del suelo,
pues su ventura crece,
y en medio de las culpas amanece.

De Belén viven los campos,
que en la luz que los rodea
miró su muerte la noche,
y vió diciembre su afrenta.

De los engaños de marzo
seguro el valle y las sierras,
con las galas se componen,
que en mayo viste la selva.

En cielo y campos crecía,
con la luz que reverbera,
en los ángeles la gloria,
en los pastores las siestas.

De Belén en los rediles
las temerosas ovejas
a resistir se aperciben
de julio ardiente las siestas.

Entre montañas de luz
confusamente despiertan
los soñolientos pastores
de Samaria y de Judea.

A Dios gloria en el cielo,
paz a los hombres, para bien del suelo,
pues su ventura crece,
y en medio de las culpas amanece.

Las dulces aves, del sol
pretendientes lisonjeras,
parabién anticipado
le dan a sus luces nuevas.

En la común alegría
no hay quien repare ni advierta
si peligran sus ganados
entre manos extranjeras.

Parece que se olvidaba
de salir al alba bella,
medrosa que el sol dorado
a tantas luces suceda.

Al ausente rey Herodes,
para llevarle las nuevas,
entre aquellas serranías
más de cuatro se aparejan.

Al que reina y al que manda
todos le avisan y celan,
y a las verdades obligan
a que lisonjeras sean.

A Dios gloria en el cielo,
paz a los hombres, para bien del suelo,
pues su ventura crece,
y en medio de las culpas amanece [1].

[1] *Obras en verso del príncipe de Esquilache* (Amberes 1654), página 633.

AL NACIMIENTO

ANTONIO MIRA DE AMESCUA

Canónigo de Baza (1574-1644)

Un ave bella nos dijo
que por los aires veloces
cruzaba con otras muchas
de diferentes colores,
cantando *Gloria in excelsis*
en bien concertadas voces,
y en la tierra, paz eterna
para salud de los hombres;
que del claustro de María,
virgen agora y entonces,
nacisteis, Niño bendito.
al dar el reloj las doce.
Que sois el Verbo del Padre,
su igual, su Hijo y conforme,
y que por nuestros pecados
os vestís nuestro capote.
Que sois el fruto que espera
Adán entre sus prisiones,
adonde probara el bien
después que ya al mal conoce.
Coronáronse los aires
y de varios arreboles
entoldó las nubes negras
ese céfiro que corre.
Los peces en las lagunas,
dando a las orillas bordes,
con escamas plateadas
eran del cristal azote.
Las aves con nuevo canto
en estos amenos bosques
daban parabién al día
viendo en el cielo mil soles [1].

[1] *Navidad y Corpus Christi festejados por los mejores ingenios de España* (Madrid 1664).

AL NACIMIENTO

Villancico

SOR VIOLANTE DO CEO

Monja dominica portuguesa (1601-1693)

Pajarillo que en nido de pajas
hoy lloráis tierno,
¡oh, qué bien cantaréis en el árbol
por mi remedio!

Pajarillo hermoso,
que del nido excelso
del pecho divino
trujo amor al suelo.

En redes pajizas
agora estáis preso
por librar al mundo
de grillos eternos.

Un cazador grande
desea cogeros,
mas sois muy chiquito
para tal deseo.

Con todo, es muy justo
que con veloz vuelo
a la esfera egipcia
huyáis de su intento;

hasta que vos mismo,
como fuere tiempo,
os deis a las almas
en dulce sustento.

¡Oh qué lindo bocado seréis entonces,
cuando os deis a las almas
en pan de flores!

Tierno Pelicano
el amor os nombre,
pues la misma sangre
daréis a los hombres.

Fénix peregrino,
que ardéis en amores;
cisne por lo blanco,
raro en perfecciones.

Pájaro celeste,
que entre mil rigores,
cantando en un árbol,
daréis vida al hombre.

Mas ¿para qué os traigo,
niño, aquesta noche,
sólo de placeres,
nuevas de dolores?

No lloréis, mi vida;
serenad los soles
de aquestos ojuelos
que abrasan de amores.

Y pues las zagalas
bailan tan conformes,
mirad sus mudanzas,
oíd sus canciones:

Pajarillo que es Dios y que es hombre,
todo el mundo le sirva y le adore.

Pajarillo que es Fénix eterno,
todo el mundo le admire suspenso.

Pajarillo que es Cisne divino,
todo el mundo le adore rendido.

Pajarillo que en pan ha de darse,
todo el mundo le adore constante.

Pajarillo que es Dios y que es hombre,
todo el mundo le sirva y le adore.

Festejemos al niño, pastores,
que es luz de las luces
y flor de las flores [1].

LETRA AL NACIMIENTO DEL NIÑO JESUS

ISABEL DE JESÚS

Monja carmelita (1611-1682)

¿Por qué lloras, Niño mío?
¡Mas qué! ¿Soy la causa yo?
¿Lloráis, mis ojos, sin duda,
porque no lloro por Vos?

[1] *Parnaso lusitano de divinos e humanos versos,* compostos pela madre soror Violante do Ceo, religiosa dominica no convento da Rosa, de Lisboa (Lìsboa MDCCXXXIII), t. 2, p. 487.

Suspended lágrimas tantas
para su repetición,
pues pueden con descansar
volver a llorar mejor.

Proseguid con el sollozo,
si es del oído favor,
que bien sabéis que al sentido
ofende la digresión.

Suspended tan tierno llanto,
que, siendo tristeza en Vos,
pensarán que es alegría
quien viere que estáis de humor [1].

DIOS ESTA EN LA TIERRA

FERNÁN GONZÁLEZ DE ESLAVA

Sacerdote (siglos XVI-XVII)

El mal se destierra,
ya vino el consuelo,
Dios está en la tierra,
ya la tierra es cielo.

Ya el mundo es trasunto
del eterno Bien,
pues está en Belén
todo el cielo junto.

No fallece punto
de ser gloria el suelo:
Dios está en la tierra,
ya la tierra es cielo.

Ya baja a ser hombre
por que subáis vos;
ya están hombre y Dios
debajo de un nombre.

Ya no habrá más guerra
entre cielo y suelo:
Dios está en la tierra,
ya la tierra es cielo [2].

[1] *Tesoro del Carmelo* (Madrid 1685).
[2] *Coloquios espirituales y sacramentales y poesías sagradas* (Méjico 1610; ed. de Méjico, 1877).

AL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

ANTONIO DE SOLÍS Y RIVADENEYRA

Presbítero y cronista de Indias (1610-1686)

LETRILLA

—Pastorcillo de Belén,
¿de qué es tanta admiración?
¿Es acaso novedad
el nacer del Alba el Sol?

—No es eso, no;
no es eso lo que me admira:
que al saber que es aurora María,
y que es el Sol el que de ella nació,
aunque cualquiera podría
jurármoslo en buena fe,
no sabe cómo o por qué
nace a medianoche el día.

—¿No se sabe cómo o por qué
nace a medianoche el día?
¿No ves que en esta noche nace
de gracia el Sol de justicia?
¿No ves que son tus delitos
las tinieblas que desvía,
y que está en su aumento aquello
que anocheció tu malicia?
¿No ves que en tusceguedades
crecieron las sombras frías
hasta lo infinito, y fué
menester luz infinita?

¿No ves que vino a buscar
aquella Estrella benigna
con su luz, y a las Estrellas
no las busca el Sol de día?

¿No ves que es la Gran Palabra
del Padre la que te avisa,
y es mejor que calle el mundo
para que te deje oírla?

Pastorcillo de Belén,
¿de qué es tanta admiración?
¿Es acaso novedad
el nacer del Alba el Sol? [1]

[1] *Varias poesías sagradas y profanas* de don Antonio de Solís y Rivadeneyra (Madrid 1716), p. 141.

VILLANCICO AL NACIMIENTO DE JESUS

Diego de Torres Villarroel

Catedrático de Salamanca (1696-1759?)

V.—Se cuentan de aqueste Niño
maravillas tan extrañas,
que no es milagro que un hombre
dude un poco y...
V. y C. —Santas Pascuas.
C.—Y ésa es la gracia,
el que no es comprehensible;
su beldad, rara.

V.—Dicen resiste a los fuertes,
que a los humildes levanta,
y, siendo todo del cielo,
que a tomar la tierra...
V. y C. —Baja
C.—Y ésa es la gracia,
que el que todo es divino,
también se humana.

V.—Se refiere que ha nacido
de una Virgen soberana,
que antes y después del parto
es y ha sido...
V. y C. —Pura y casta.
C.—Y ésa es la gracia,
que fué concebida
también sin mancha.

V.—Dícese también que es hombre,
cuando de nacer acaba;
que es uno, que es trinidad,
que es esencia y es...
V. y C. —Substancia.
C.—Y ésa es la gracia,
que dos naturalezas
en uno se hallan.

V.—Dícese que es poderoso
y que en cielo y tierra manda,
cuando está muerto de frío
y durmiendo en unas...
V. y C. —Pajas.

C.—Y ésa es la gracia,
que, teniéndolo todo,
no quiere nada [1].

¿QUE LLEVA LA VIRGEN BELLA?

FRAY ALONSO ORTIZ

(Siglo XVII)

¿Qué lleva la Virgen bella?
Yo os diré lo que lleva.

Lleva el remedio de Adán,
y del mundo, el regocijo;
de sus entrañas, el Hijo;
de los fuertes, el Capitán;
el espanto de Satán;
de los tristes, alegría;
de la escura noche, el día,
y la venganza de Eva.

¿Qué lleva la Virgen bella?
Yo os diré lo que lleva.

Lleva un fruto soberano
en su tierra virginal,
porque en el hombre mortal
se verá alegre y ufano.
Porque de tan fértil grano
sale por mar la comida,
que al enfermo dará vida
si como debe le prueba.

¿Qué lleva la Virgen bella?
Yo os diré lo que lleva.

Lleva un Niño en sus entrañas
que no cabe en cielo y tierra;
que al infierno ha de hacer guerra,
pues le conocen sus mañas.
Son maravillas extrañas
con que hace que su amor
desde el rey hasta el pastor
cualquiera a amarle se mueva.

¿Qué lleva la Virgen bella?
Ya os he dicho lo que lleva [2].

[1] *Composiciones varias*, en «Biblioteca de Autores Españoles», t. I, vol. 61, p. 68.
[2] *Curioso tratado de tres romances nuevos a lo divino* (Barcelona 1639; ed. Hispanic Society, Nueva York 1903).

LLEGÓ LA DESEADA FELIZ HORA

ALONSO MARTÍN BRAONES

(Siglo XVII)

Llegó la deseada feliz hora
en que el dichoso vientre de María
dió la suma riqueza que atesora,
restituyendo al mundo la alegría.
Virgen después del parto esta Señora
quedó, que el Sol divino que nacía,
su intacta candidez dejando entera,
pasó por la sagrada vidrïera.

Llega, alma mía, llega sin pereza.
Verás de Dios las altas maravillas,
su gloria, inmensidad y su grandeza
reducida a pañales y mantillas.
Llega, llega a adorarle con presteza,
pues que dejan los ángeles sus sillas
por poder de más cerca contemplarlo,
mandando el Padre bajen a adorarlo.

Dadle la feliz nueva a los pastores
de que el eterno Sol ya tiene Oriente.
Que vengan a adorar los resplandores
de aquesta luz que alumbra a toda gente.
Lleguen, pues, y, vencidos los temores,
al Niño adoren con afecto ardiente,
pues le gustan, si bien se considera,
hombres de voluntad pura y sincera [1].

AL NACIMIENTO

ANA ABARCA DE BOLEA

Abadesa de las monjas cistercienses de Casbas (1624-† hacia 1700)

Entre la escarcha y el heno,
el Sol de justicia, Dios,
para despertar mi culpa,
el primer sueño durmió.

En la tierra virginal
su trono y solio asentó,

[1] *Epítome de los triunfos de Jesús* (Sevilla 1686).

porque María es el cielo
en quien Dios se halla mejor.

Si con aplausos celestes
en su eternidad se vió,
padeciendo acá hacer quiso
de su amor ostentación.

Y pues durmiendo confiesa
que del mundo se fió,
cantemos, pidiendo al cielo
de los ángeles la voz.

La grandeza de su ser
a nuestra bajeza unió,
obedeciendo a su Padre,
que nos lo dió Redentor.

Alma, a los dos dad las gracias,
y pues ya Cristo nació
Hombre, Dios y Rey, pedille
por su bondad el perdón.

Que aunque dormido se os muestra,
al remedio no durmió;
cantadle para obligarle,
que a todos escucha Dios.

Cantad, serafines,
la gala a mi Dios,
pues que viene a la tierra
a ostentar su amor [1].

AL NACIMIENTO

MIGUEL DE COLODRERO

Administrador de la casa de Sesa (siglo XVII)

A los campos de Belén,
en traje de labrador,
salió el Sol. ¡Jesús, qué humano!
¡Jesús, qué divino Sol!

Sin romper el alba sale
su altísimo resplandor,
que la aurora de quien nace
quedando virgen parió.

[1] *Vigilia y octavario de San Juan Bautista* (Zaragoza 1679).

Sembrando sabores llega
de que cogerá dolor;
que aun hay, si decirse puede,
malos años para Dios.

Otra vez le crucifica
el que se obstina a su voz,
que no guardarle su ley
es repetir su Pasión.

A los rústicos se ostenta,
cuando Herodes le ignoró.
¡Dichoso el que aquellos días
no fué rey y fué pastor!

¡Qué infeliz es un tirano
en hallarse superior!
Porque es desdicha ser más,
no habiendo de ser mejor.

A las manos se nos viene
hecho un siervo el que es señor,
no a la cara, que eso fuera
no tenernos tanto amor [1].

AL NIÑO JESUS

JUAN DÍAZ RENGIFO

Jesuita (siglo XVI)

Soles claros son
tus ojuelos bellos,
oro los cabellos,
fuego el corazón.

Rayos celestiales
echan tus mejillas,
son tus lagrimillas
perlas orientales;
tus labios, corales;
tu llanto es canción,
oro los cabellos,
fuego el corazón.

Niño divino,
Niño adorado,
mi bien amado,
mi buen pastor,
estos pastorcitos
que tanto te aman
humildes te aclaman,
escucha su voz.

En el pesebre,
sobre unas pajas,
con pobres fajas
veo a mi amor;
llora y tirita,
mas no de frío,
del hombre impío
siente el rigor.

[1] *Varias Rimas* de don Miguel de Colodrero de Villalobos (Córdoba 1629).

Mortal que lloras
los grandes daños
que tantos años
tu culpa da,
con gran anhelo
busca gozoso
al Niño hermoso
nacido ya.

Niño divino,
ven a mi pecho,
que dulce lecho
te quiero dar,
y si en las pajas
lloras de frío,
el arrullo mío
te hará callar [1].

ESCUCHA, PASTORCILLO

Gaspar de los Reyes

Agustino (siglo XVI)

—¿Cómo perdido, zagal,
dejas el hato en el prado?
—Seguro queda el ganado,
que ha venido el Mayoral.

—Vive, zagal, con recelo,
que suceden muchos robos.
—Contra los sangrientos lobos
viene el Mayoral del cielo.
—Por eso ha nacido al hielo,
que es guarda muy cuidadosa.
—Hazaña ha sido gloriosa
vestir el tosco sayal.

—¿Cómo perdido, zagal,
dejas el hato en el prado?
—Seguro queda el ganado,
que ha venido el Mayoral.

—Riesgo mortal ha tenido,
por ser cordero inocente.
—Cordero, mas tan valiente,
que huye el lobo a su balido.
—Como a vencerle ha venido,
Mayoral nace en Belén.
—Muera cordero también
por darnos vida inmortal.

—¿Cómo perdido, zagal,
dejas el hato en el prado?
—Seguro queda el ganado,
que ha venido el Mayoral.

[1] *Arte Poética Española* (Salamanca 1592).

—Pascual, ¿cómo puede ser
que siendo Dios sea pastor?
—Efectos son del amor
de su infinito poder.
—Si queréis, vámosle a ver
con ánimo agradecido.
—A darnos paz ha venido
en nuestra guerra mortal.

—¿Cómo perdido, zagal,
dejas el hato en el prado?
—Seguro queda el ganado,
que ha venido el Mayoral [1].

EL PORTAL DE BELEN

FRANCISCO DE AVILA

(Siglos XVI-XII)

Portalico divino,
¡qué bien pareces
con el Niño chiquito, bonito,
que nos ofreces!

Dulce portalico,
lleno de mil perlas.
¡Quién pudiera haberlas
para hacerse rico!

Tus bienes publico,
pues tan bien pareces
con el Niño chiquito, bonito,
que nos ofreces.

En tu estancia bella
yace el claro sol,
que con su arrebol
da gran luz en ella.

Con tan clara estrella
un cielo pareces
con el Niño chiquito, bonito,
que nos ofreces.

Niño, Dios divino
en quien se ve el cielo,
debajo de un velo
raro y peregrino.

Por este camino
el alma enriqueces
con el Niño chiquito, bonito,
que nos ofreces [2].

1 *Tesoro de conceptos divinos*, de fray Gaspar de los Reyes (Sevilla 1513).

2 *El parto virginal de la Virgen Santísima*, de Francisco de Avila, vecino de Madrid. Cuenca, s. a. (pliego suelto).

AMOROSO PASTORCILLO

DIONISIO SOLÍS (seud.)

DIONISIO VILLANUEVA Y OCHOA

Escritor dramático (1774-1834)

Cantad, pastorcillos,
cantad y bailad,
que, en medio de sombras
y de obscuridad,
el sol increado
se mira brillar.

Amoroso pastorcillo,
cuya sien de lis y rosa
con diadema luminosa
coronando el Sol está;
por tus altos atributos,
como inmensos infinitos,
ten, Señor, de mis delitos
y mis lágrimas piedad.

Cantad, pastorcillos, etc., etc.

Esta flor que en las riberas
del Jordán al alba cría,
a tu sien, sacra María,
la dedica mi humildad;
que si bella y olorosa
es honor del prado ameno,
en tu frente o en tu seno
la desluce tu beldad.

Cantad, pastorcillos, etc., etc.

Con dolor de mis ofensas
baña el rostro el llanto mío;
en ti sola, en ti confío,
no me niegues tu piedad;
que entretanto que la vida
me conceda el santo cielo,
tú mi amparo y mi consuelo
y mi madre tú serás.

Cantad, pastorcillos,
cantad y bailad,

que, en medio de sombras
y de obscuridad,
el sol increado
se mira brillar [1].

AL NACIMIENTO DE JESUS

Angel de Saavedra, duque de Rivas

Político y literato (1791-1865)

El que a la noche dió cándida luna,
su lumbre al sol, al universo leyes,
de humilde establo de apacibles bueyes
hace del Verbo rutilante cuna.

Los que lloráis sin esperanza alguna,
hijos de Adán, degeneradas greyes,
el árbitro de pueblos y de reyes
os trae la paz, la gloria y la fortuna.

Nace Jesús; del porvenir soñado
se rasga el velo y con afán profundo
contempla a Dios el orbe alborozado.

¡Misterio de piedad santo y fecundo!
Para lavar la mancha del pecado
baja a ser hombre el Creador del mundo [2].

AL NIÑO JESUS

Ventura de la Vega

Bonaerense. Poeta dramático (1807-1865)

Al himno que los ángeles
entonan en el cielo
unamos nuestros cánticos
desde el humilde suelo.
Cantad, cantad, mortales,
al Niño Redentor.
Hosanna al Unigénito
que del celeste trono
hoy baja a ser la víctima
del mundanal encono;
hosanna al que desciende
en nombre del Señor.

Cual de remotos climas
los reyes se acercaron
y humildes adoraron
la cuna de Belén,
permite que, depuestos
cetro, corona y manto,
en tu pesebre santo,
te adore yo también.

[1] *Poetas líricos del siglo XVIII*, t. 3, en B. A. E., de Rivadeneyra, v. 67.

[2] *Obras completas*, t. 1, en «Colección de Escritores Castellanos» (Madrid 1895).

Al himno que los ánge-
[les, etc.

La estrella rutilante
que al pueblo señalaba
la senda que guiaba
al místico portal,
de la virtud cristiana
la senda me ilumine
y salva me encamine
al reino celestial.

Al himno que los ánge-
[les, etc.

A ti, que, en esta noche,
bañada en llanto tierno,
de dulce amor materno
sentiste el vivo ardor,
te ruego, ¡oh Virgen Ma-
[dre!,
que el sacro manto extiendas
sobre las caras prendas
de mi materno amor.

Al himno que los ánge-
[les, etc. [1]

EL NACIMIENTO

NICOMEDES PASTOR DÍAZ

Político y literato gallego (1811-1863)

La Majestad soberana
que en trono de eternidad
de los cielos y la tierra
rige el gobierno imperial,
a mí, pecador, indigno
de merced tan singular,
humildemente postrado
ante el místico sitial,
donde anunciaron al mundo
la buena nueva de paz,
secretarios del Altísimo,
Lucas, Marcos, Mateo, Juan,
y Pedro, el primado y jefe
de poder y autoridad,
y Pablo, el doctor sublime
de doctrina y de moral;
hoy, por último traslado
de su excelsa voluntad,
me manda esta media noche
que os venga a comunicar:
—Que aquella Virgen santísima,
prole bendita de Adán,
vástago de regia estirpe
por David y por Judá;

[1] *Las Cuatro Navidades.* Colección de poesías por el Marqués de Molins (Madrid 1857).

Esposa elevada al tálamo
del Paráclito inmortal,
que en el triángulo fulgura
de la santa Trinidad;
Hija humilde de los hombres,
y Emperatriz celestial
de los nueve coros de ángeles
que al lado de Dios están... ;
cuya corona los cielos,
las estrellas su collar,
los rayos del sol su túnica,
la luna su pedestal...
Cabe un humilde pesebre
(sin más casa ni otro hogar)
—do consagrarán grandezas
de la más pobre humildad,
suceso que no bastarán
los cielos a presenciar,
ni menos el solio espléndido
de la mayor majestad—,
ha parido hoy en Belén
un Infante celestial,
que ha de ser Rey de los reyes
por toda la eternidad.
Que hoy ha dado a luz, al fin,
al Príncipe singular
que no tiene en este mundo
su reinado terrenal;
pero que al mundo desciende,
Moisés divino, a guiar
por el Sarah de la vida
la pobre raza mortal
a la conquista de un cielo,
donde su ley fundará,
en la herencia de su Padre,
reino que no ha de acabar...
—Y sigue la Madre excelsa
que un Dios parido nos ha,
después del parto glorioso
no sólo en su salud cabal,
sino—¡oh prodigio inaudito
que nunca a ser volverá!—
en integridad incólume
de pureza virginal [1].

[1] *E Belén,* periódico publicado la Nochebuena de 1857 por la tertulia literaria del marqués de Molíns (Madrid 1886).

AL NACIMIENTO DE JESUS

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS

Catedrático de Literatura de la Universidad Central (1818-1878)

Como el rugiente mar el seno abría
para salvar la grey de Dios amada;
como la zarza ardió, no marchitada,
Virgen sin mancha concibió María.

¡Concibió!..., y la divina profecía,
Madre y Virgen al par, miró colmada:
que de Bethlem en rústica morada
el Rey del mundo y su Hacedor nacía.

Cual hombre y rey y Dios, reyes de Oriente
mirra y oro e incienso le ofrendaron,
humillando a sus pies la excelsa frente.

Con puro amor gozosos le adoraron;
mas, al alzar el cuello reverente,
una cruz en los aires contemplaron [1].

NOCHEBUENA

ANTONIO DE TRUEBA

Poeta bilbaíno (1819-1889)

Gloriosa Virgen María,
madre y abogada nuestra,
¡qué alegre el pueblo cristiano
tu maternidad celebra!
Ya la paz entre los hombres
de buena voluntad reina,
que el fruto de tus entrañas
es el mensajero de ella.
Esta noche el hijo pródigo
que por el mundo se fuera
torna al hogar de sus padres
lleno de amor y obediencia,
y amor y misericordia
le reciben a la puerta.

[1] *Las Cuatro Navidades,* colección de poesías contemporáneas sobre este tema por el marqués de Molíns (Madrid, imprenta Nacional, 1857).

Esta noche el desterrado
que vaga en lejanas tierras
ve en su triste corazón
renacer con dobles fuerzas
el santo amor a la patria
que en su corazón muriera,
y a la tierra que maldijo
la ingratitud viendo en ella,
hoy su corazón envía
en una oración envuelta.
Lo mismo en la humilde choza
que en la morada soberbia,
blancas espirales de humo
hasta los cielos se elevan.
Son el tributo de gracias
que dan a la Providencia
los animados hogares
donde la abundancia reina,
que el pobre tiene esta noche
gracia de Dios en su mesa.
El viento del Guadarrama
que silba en la chimenea
nos trae los santos cantares
que en todas partes celebran
tu bendito alumbramiento,
gloria de los cielos y tierra,
sagrada Virgen María,
madre y abogada nuestra.
Campanero, sube, sube
a la torre de la iglesia,
y tus *hosannas* de gozo
el universo estremezcan,
que a cumplirse van los santos
vaticinios del profeta,
que, compañeros del alma,
esta noche es Nochebuena [1].

1 *Obras escogidas*, 3 vols. (Madrid 1944-45).

EL BELEN

Eduardo González Pedroso

Político, periodista y escritor (1822-1862)

Por una manzana,
¡funesta comida!,
estaba perdida
la hacienda de Adán.
Hoy viene a decirnos
un Dios que se humana:
«La hacienda perdida por una manzana
se restaura con célico pan».

Hoy medra la estirpe
del hombre mezquino
al Verbo divino
llegándose a unir.
Satán, que negocia
con carne y con mundo,
su próxima ruina presiente iracundo
al ver tanto la carne subir.

«¡El hombre ha subido!
(pronuncia indignado).
¡Mas Dios ha bajado!
¡Ay, hombres, de vos!»
Y atájale Judas,
patrón de usureros,
diciendo a su bolsa: ¡Dan treinta dineros!
Pues Dios baja, ¡vendamos a Dios!

Y en tanto los hombres,
que míseros gimen,
su deuda redimen
de gracia en un mar.
¿Quién puede entederos?
¡Oh cuentas de amores!
¡Que queden hoy ricos los tristes deudores
y que pague quien debe cobrar!

¡Que al libro de vida
con sangre inocente
partidas aumente
la muerte crüel!
¡Y que a la profana
Sibila de Cumas
respondan triunfantes las místicas sumas
que cautivo formaba Daniel!

Misterio tan hondo
los términos pasa;
que Dios es sin tasa,
y es cero el mortal.
Mas ya que, benigno,
ni aun ceros desecha,
El quiera ponernos a mano derecha
cuando ajuste la cuenta final![1]

MADRE, ¿QUE LE LLEVARE?

Francisco Navarro Villoslada

Novelista navarro (1918-1895)

Al Niño donoso
nacido en Belén,
unos llevan leche
y otros llevan miel.

Yo que nada bueno
tengo que ofrecer,
madre, la mi madre,
¿qué le llevaré?

* * *

Hilando en la vela
de mi tía Inés,
unos villancicos
hube de aprender.

Al Niño esta noche
festejar pensé
cantando las coplas
al son del rabel.

Con otros mancebos
allí estaba Andrés,
aquel zagalillo
que baila tan bien.

De mi voz prendado
quedó al parecer;
me miró, miréle:
suspiró y se fué.

Ayer todo el día,
¡qué día el de ayer!,
del alba a la noche
cantando pasé.

Andrés me escuchaba
con tanto placer,
que por darle gusto
ronca me quedé.

Ya no puedo cantos
al Niño ofrecer;
madre, la mi madre,
¿qué le llevaré?

* * *

En un canastillo
con arte junté
seis bollos, dos tortas
y medio pastel.

Ufana con ellos
echéme a correr...;
como un corderillo
seguíame Andrés.

Husmea los bollos,
levanta el mantel,
los toma, los deja,
los vuelve a coger.

Una de las tortas
me comí con él,
luego un bollo, y otro,
y aun otro después.

[1] *El Belén*, periódico publicado la Nochebuena de 1857 por tertulia literaria del marqués de Molíns (Madrid 1886).

Cuando tres quedaron,
yo me acongojé;
vergüenza me daba
llevar sólo tres.

Seguimos comiendo,
¿qué había de hacer?
Yo comer, comía;
pero bien lloré...

Sin tortas el Niño
se queda por él;
madre, la mi madre,
¿qué le llevaré?

* * *

La cándida rosa
que adorna mi sien,
después del fracaso
llevarle pensé.

Cata que el goloso
me asalta otra vez,
la rosa pidiendo
que llevo a Belén.

Le ofrezco mil otras
de nuestro vergel;
pero Andrés se empeña
en que ésa ha de ser.

Con ceño le miro;
me llama crüel,
y adentro, en el alma,
sentí no sé qué.

Temblaba el mancebo,
temblé yo también,
y mano a mis trenzas
eché sin saber.

¡Ay madre del alma!
Creerlo podéis:
la flor a sus manos
cayó... sin querer.

Por él soy al Niño
tres veces infiel;
madre, la mi madre,
¿qué le llevaré?

La madre

Hija arrepentida,
ven conmigo, ven;
cuando al Niño veas,
póstrate a sus pies.

Llora; que tu llanto,
tu amor y tu fe
le saben más dulce
que leche con miel.

Su bendita Madre,
si llorar te ve,
te alzará sus brazos,
llorando también [1].

OFRENDAS DE LOS PASTORES

JUAN VALERA

Diplomático, novelista, crítico (1824-1905)

En el portal de Belén
están adorando al Niño
varios humildes pastores
que le circundan rendidos.
Su pobre y rústica ofrenda
cada pastor ha traído,

[1] *Las cuatro Navidades* (colección de poesías contemporáneas sobre este tema, realizadas a instancias del marqués de Molins (Madrid, Imprenta Real, 1857).

y al presentarla al infante,
le canta su villancico.
Leña de encina y retama,
por que se guarde del frío,
llegó a ofrecer el primero,
y de esta suerte le dijo:
«Si los labios de Isaías
el ángel santificó,
abrasando su impureza
con un ardiente carbón,
tus ojos hermosos
limpian, sin dolor,
las manchas del alma
con fuego de amor».
Después, tres lindas zagalas,
en ligeros canastillos
de sutil mimbre flexible
y de varitas de olivo,
olorosas pomas traen,
y granadas y membrillos,
y este dulce canto entonan
al bello recién nacido:
«Cual llama penetró, cual dueño habita
en el alma tu amor desconocido;
nadie sino la bella sulamita
tan delicado amor ha presentido.
Cercadme de flores
y pomas de olor;
los ojos del Niño
me matan de amor».
Blanco pan ofrece luego
un gallardo pastorcillo,
y, postrándose de hinojos,
dice al infante divino:
«Si material alimento
te ofrece pobre pastor,
tú das a su ser aliento
y virtud al pensamiento
para otra vida mejor.
Con tu vida propia,
¡oh niño Jesús!,
darás a la mía
eterna salud».
Una niña pequeñuela,
vestida de blanco lino,
tempranas violetas trae,
perpetuos, cándidos lirios,

y de alhucema y romero
olorosos manojicos;
con sus amantes cantares
penetra el alma del Niño:
«Den a tus vestiduras
sus esencias más puras
las hierbas y las flores;
tú preserva mi infancia,
préstale la fragancia
de tus santos amores.
Eres haz de mirra,
Niño, para mí;
en mi pecho moras;
el alma te di».
Trae, por fin, el rabadán,
sobre los hombros fornidos,
de piel cerdosa y manchada,
un corpulento cabrito,
con la robusta cerviz
herida por el cuchillo.
Tal fué la postrer ofrenda,
y así cantó quien la hizo:
«Vara de Jesé florida
que nos presta nueva vida,
luz del siglo venidero
que a los hombres guiará;
si, inmaculado cordero,
llevas las culpas del mundo;
si a la muerte y al profundo
vences, León de Judá;
si das paz a toda gente;
si huella por ti la dura
cabeza de la serpiente
la planta de una mujer,
toma esta víctima impura
que nuestras culpas llevaba;
ya de tu sangre las lava
el misterioso poder» [1].

[1] *Obras completas de Juan Valera.* Poesías, t. 2, vol. 18 (Madrid).

LA NAVIDAD

J. P. de Espinosa y Cutillas

Periodista y escritor (siglo XIX)

¿Qué publican estas voces
de fiesta y de regocijo?
La fe de un pueblo creyente
que aclama al recién nacido,
hijo de una Virgen pura
Recostado en un pesebre
y que viene a redimirnos.
miserable y sin abrigo,
quiere nacer por que el hombre
aprenda a ser compasivo,
dando amparo a la pobreza
y a la desnudez vestido.
Aquel cuyo padre es Dios,
cuyo inmenso poderío
sacó de la nada al mundo
y cien imperios deshizo,
ese mismo es el que nace
en un portal carcomido,
casi de oculto, sin pompa,
sin vanidades, sin brillo.
«¡Gloria a Dios en las alturas!»,
grita el heraldo divino
para anunciar a los hombres
que el Salvador ha nacido;
«¡Gloria a Dios en las alturas!»,
y el mundo repite el himno.
«¡Paz en la tierra a los hombres
de buena voluntad!», dijo
el ángel de Dios también:
mi bendición os envío,
puesto que la paz os doy
y del pecado os redimo.
Pero ¿qué rumor perturba
de esa paz el santo grito?
Es la impotente venganza
del tetrarca aborrecido,
que pronto en sangre inocente
ha de empapar cien cuchillos.
Es del romano poder
el moribundo rugido

y es la voz de expiación
de todo un pueblo maldito.
«¡Paz en la tierra a los hombres!»,
mientras, en sangre teñidos,
los verdugos de Judea
blanden el hierro asesino.
Mirad en tanto a una Madre
que en su regazo tranquilo
guarda, entre santas caricias,
al hijo de Dios dormido.
Miradla pura y sin mancha,
fragante más que los lirios,
sin temor a esos verdugos,
que vierten la sangre a ríos.
Nosotros, que de cristianos
recibimos el bautismo,
conservando de la fe
el sentimiento muy vivo,
acerquémonos humildes
a ese pobre portalillo
a llevar nuestras ofrendas,
si pobres, de agradecidos.
Saludemos a esa Virgen
en cuyo nombre bendito
halla el Iris de consuelo
el corazón descreído.
Pidámosle que descienda
el benéfico rocío
que, fecundando los campos,
nos dé abundancia de trigo,
y pan habrá para el pobre
y dinero para el rico.
Pidámosle para España
su incansable patrocinio,
que de Lepanto en los mares
tantas maravillas hizo.
Pidámosle... Mejor es
ir hacia Belén, amigos,
y poner nuestras ofrendas
a las plantas del Dios Niño [1].

[1] *Las cuatro Navidades,* publicadas por la tertulia literaria del marqués de Molíns, a expensas de la Imprenta Nacional (Madrid 1857).

LA QUEJA DEL ESTABLO

Rubén Darío

(1867-1916)

Partieron los pastores y los reyes... Y el Rey
Niño y sus padres partieron por la ley
bárbara del bandido Herodes, ser del Diablo.
Entonces, en la triste soledad del establo,
hablaron, amasando la paja entre los dientes,
los dulces jumentos, más dulces que las gentes,
que habían ofrecido sus alientos y vahos
a Aquel que el Universo hizo brotar del caos.
El diálogo era triste, a pesar del aroma
que les dejara el nido de la Sacra Paloma.
Y el buey decía: —Sé que El es el Dios de todo.
Y la mula: —Es Aquél que nos saca del lodo...
—¿A quién? —A todos. —No. —Pues entonces, ¿a quién?...
—Al malévolo humano, que no nos quiere bien.
—Tú ves el porvenir. —Es nuestro don, hermano,
eso tenemos más que el enemigo humano.
Nuestros ojos tranquilos, que traspasan la aurora,
saben bien lo que vierte el cáliz de la hora.
Somos mudos para el mundano entendimiento;
mas nos entiende el sol, la luna, el campo, el viento,
y alguna vez (ten por seguro), Jesucristo
se acordará que, siendo niño, nos ha visto.
Pero entretanto estamos tristes... —¡No! Contentos
—dice un ángel que llega de los vientos
y que llena al instante de un resplandor divino
la cabeza del buey, la testa del pollino—.
Llegará un día en que la redención que os toca
brotará hecha relámpagos de la Suprema Boca,
y en que el alma del buey y la mula, en un cielo
proporcionado a su dulce y humilde anhelo,
hallen la recompensa del bíblico servicio
en un sagrado, puro y eternal ejercicio.
—Pero entretanto—dice la mula—, aquí, ¿qué haremos?
—Y aquí—prosiguió el buey—, ¿qué premio lograremos?
Y el ángel: —¡Oh suaves almas! ¡Oh amables bestias!
¡Aquí no encontraréis sino amargas molestias!
Mas os voy a decir un secreto de Dios,
que hondamente interesa sólo a vosotros dos:

¡Vosotros, que en Belén fuisteis por nuestra Luz,
os juntaréis con quien compartiera su cruz,
y allá, en el sacro empíreo, donde os lleve el deseo,
os llevará a pastar San Simeón Cirineo!... [1]

SONETO PASCUAL

RUBÉN DARÍO

María estaba pálida y José el carpintero:
miraban en los ojos de la faz pura y bella
el celeste milagro que anunciaba la estrella
do ya estaba el martirio que aguardaba el Cordero.

Los pastores cantaban muy despacio, y postrero
iba un carro de arcángeles que dejaba su huella;
apenas se miraba lo que Aldebarán sella
y el lucero del alba no era aún tempranero. .

Esa visión en mí se alza y se multiplica
en detalles preciosos y en mil prodigios rica,
por la cierta esperanza del más divino bien,

de la Virgen, el Niño y el San José proscripto;
y yo, en mi pobre burro, caminando hacia Egipto,
y sin la estrella ahora, muy lejos de Belén [2].

JESUCRISTO

ALEJANDRO NIETO

Periodista montañés (1873-1930)

Es la riqueza, y entre pajas nace;
es la justicia, y entre reos muere;
es fuerza suma, y ruega a quien le hiere;
es vida eterna, y sucumbir le place.

No hay pecho atribulado que El no abrace,
no hay alma rezagada a quien no espere,
no hay virtud que en su Ser no reverbere,
no hay contrición que su bondad rechace.

Perlas le brinda el mar; la tierra, flores;
la aurora, bellas nubes purpurinas;
los astros, inmortales resplandores;

[1] *Baladas y canciones* (Madrid, s. a.), pp. 83 y 151.
[2] Ob. cit.

tersa alfombra las aguas cristalinas;
música los gentiles ruiseñores,
y el hombre, hiel y cruz, clavos y espinas [1].

CANTICO DE NAVIDAD

Miguel de Unamuno

Catedrático de Salamanca (1864-1937)

¡Fecundo misterio!
¡Dios ha nacido!
¡Todo el que nace padece y muere!
¡Curad al niño!
¡Ved cómo llora lloro de pena,
llanto divino!
Gustó la vida:
vierte sobre ella santo rocío.
Todo el que nace padece y muere;
sufrirá el niño
pasión y muerte.
La rosa viva que está buscando
humana leche,
hiel y vinagre
para su sed de amor ardiente
tendrá al ajarse.
Las manecitas que ahora se esconden
entre esos pechos de amor caudales,
serán un día, día de gloria,
fuentes de sangre.
Madre amorosa,
para muerte cría a tu niño;
mira que llora,
llora la vida; ¡tú con la vida
cierra su boca!
¡Todo el que nace padece y muere!
¡Morirá el niño muerte afrentosa!
¡Dios ha nacido!
¡No, Dios no nace!
¡Dios se ha hecho niño!
Quien se hace niño padece y muere.
¡Gracias, Dios mío!
Tú con tu muerte
nos das la vida que nunca acaba,
la vida de la vida.

[1] *Cumbres y mares* (Santander 1933).

Tú, Señor, vencedores de la vida
nos hiciste tomando nuestra carne,
y en la cruz vencedores de la muerte
cuando de ella en dolor te despojaste.
¡Gracias, Señor!
Gracias de haber nacido en nuestro seno,
pues al hacerte niño
nos haces dioses.
¡Gracias, mi Dios! [1].

PASTORCILLOS DE BELEN

ADRIANO DEL VALLE

Poeta sevillano (contemporáneo)

Canta un pastor:

Alas blancas, voladoras,
lucientes, el ángel vestía,
que el céfiro le movía
como abril de blandas floras.
Alas de ángelicas galas
que engalanaban sus hombros
y suscitaban asombros
con escuadrones de alas.

Canta una pastora:

Alas voladoras,
lucientes, vestía,
que el aire movía
como a blandas floras.
Voladoras alas,
que en sus bellos hombros
despiertan asombros
con volantes galas.

Canta otra pastora:

Sobre la paja y el heno,
entre la mula y el buey,
nos anticipa este Rey
un verano nazareno.

Dice un zagal:

Por ti el campo al cielo sube,
por ti el cielo al campo baja...

[1] *Rimas de dentro* (Valladolid 1923), p. 11.

Dice una zagala:

Arropándose en la paja,
es un Sol entre una nube.

Canta una pastora:

Jamás vi lo que estoy viendo:
que en diciembre nazca abril
y el carámbano, fingiendo
ser clavel, ser alhelí.

Canta un pastor:

¿Quién ha visto trillar, diga,
con los cierzos del enero?
¿Quién ha visto al ventisquero
dar la amapola y la espiga?

Dice otro pastor:

Traigo diez, veinte limones,
con blanca flor de azahar...

Dice una pastora:

Yo traigo del melonar
veinte maduros melones.

Canta una zagala:

Cuando el ruiseñor se duerme
en el verde naranjal,
el aroma queda inerme,
no se vaya a despertar.

Dice un pastor:

Traigo diez, veinte limones,
traigo en ramas de hojas verdes
limones de limonar.

Las pastoras cantan a coro:

Los rabadanes suben
con mil donaires,
no a sotillos ni a sierras,
sino a los aires.

El queso, las bellotas,
el caramillo,
las alas escondidas
en el hatillo,

El cielo, sosteniendo
la luna llena,
y el aire sostenido
por la azucena [1].

SACRA FAMILIA

RAFAEL LAFFÓN

Poeta sevillano (contemporáneo)

Ahuecada en piedra dura
de un serrijón en las faldas,
que, a fuer de faldas—por Cristo—,
piedras se ahuecan ufanas,
una cueva es la guarida
para la familia sacra.
¡Mirad qué aposentadores
tuvo la divina cámara!
Verdín por tapicerías,
y por cortinajes, zarzas.
La mañana—rosa fría—
se ha cuajado en las ventanas
de Belén. Gritaba un gallo
dándole el «¡quién vive!» al alba.
¡Salió la Estrella a los medios
con alamares de plata!
Rey Herodes—lejos—tiene
con estrelleros gran plática.
Cien madres sueñan que miran
sangre en sus manos de espada.
Cielos duros de Judea
y tierras de sal amargas.
Los pastores buscan tiernos
pastos y dulces aguadas.
Naterones, los rebaños,
del otero a la majada,
nievan por cañadas verdes
copos de balido y lana.
Pobre, desnudo, sin fuego
—quien con fuegos nos abasta—,
está aquí el Niño. Un pesebre
de humildes bestias por cama.
¡Ved—puro Amor—que sois fuego
y estáis sobre un haz de pajas!
La Virgen, llanto en los ojos...
¡A incendio tal, tales aguas!

1 Composición expresamente escrita para esta SUMA POÉTICA.

Anda a tajos y reveses
el cierzo esgrimiendo escarcha.
Y José que goza y gime
—agridulces de naranja—,
rindiéndose, ya ha quedado
dormido bajo su capa.
Angeles al vuelo danle
por cabezal plumas blancas [1].

VILLANCICO

MIGUEL BENZO MAESTRE

Cura de aldea (contemporáneo)

José no sabía
qué debía pensar:
en el patio oía
a un tiempo a María
reír y llorar.

Tan curioso está
que a saberlo va;
y María le dijo:
—Jesús, nuestro hijo,
me ha dicho mamá [2].

LA NANA NUEVA

JOSÉ MARÍA LLANOS

Jesuita (contemporáneo)

Luz en tu frente, Niño, luz en tu frente,
luz de plata, luz de ángel.
Y yo contigo.
Sombras en mi frente, Niño, sombras y noche,
sombras en surcos de carne.
Y tú conmigo.

Cielos abismos tus ojos, cielos abismos,
flores bordadas en luz.
Y yo contigo.
Tierra baja en mi pupila, áspera tierra,
tierra amarilla de sed.
Y tú conmigo.

[1] *Poesías*, Ediciones Aljarafe (Sevilla 1945).
[2] *Breviario para mi generación* (Madrid 1950), p. 16.

Blando tu pechín de nieve, blancas palomas,
nido caliente de estrellas.
Y yo contigo.
Piedra granito mi seno, duras aristas,
piedra tumba de semillas.
Y tú conmigo.

Vida chiquita, mi Niño, vida de cielo,
vida en grano de mostaza.
Y yo contigo.
Muerte mis días helados, muerte hacia dentro,
muerte entre risas de trapo.
Y tú conmigo.

Y tú bajas a mi noche,
y yo subo a tu Belén;
el ángel abre camino.
El camino, Niño,
el que tanto has recorrido,
que ya no sé, ni tú sabes,
si acaso es tuyo o si es mío [1].

A LA FIESTA DE LOS SANTOS INOCENTES

JUAN B. SOROZÁBAL

(Siglo XVIII)

Himno a maitines

Oye ansioso y turbado el rey tirano
que el príncipe es nacido de los reyes,
que al pueblo de Israel viene a dar leyes,
el cetro de David puesto en su mano.

Con la nueva exclamó loco de saña:
«El sucesor da prisa, soy depuesto;
ministro, empuña el sable, vete presto,
las cunas con la sangre riega y baña».

¿Qué aprovecha un delito tan extraño?
¿De qué sirven a Herodes sus maldades?
Pues en medio de tantas crüeldades,
con ausentar a Cristo evita el daño.

Jesús, sea a ti gloria y alabanza,
que de Virgen naciste el más hermoso,
con el Padre y Espíritu amoroso
por los siglos eternos sin mudanza.

[1] *Poesía nueva de jesuitas*, selección de José María Pemán (Madrid 1948).

Himno a laudes

De los mártires flores primorosas,
Dios os guarde y os dé bienes sin tasa;
pues al nacer, Herodes os arrasa,
como el recio huracán las tiernas rosas.

A Cristo os ofrecisteis los primeros
en víctima, cual tiernos corderillos,
y hasta en el mismo altar jugáis sencillos
con la palma y corona placenteros.

Jesús, sea a ti gloria y alabanza,
que de Virgen naciste el más hermoso
con el Padre y Espíritu amoroso
por los siglos eternos sin mudanza [1].

CHANZONETAS DE LOS INOCENTES

ALONSO DE BONILLA

Poeta religioso natural de Baeza (1562-1623)

Tiples de inocente edad
suben puntos de alto estado
al compás descompasado
del tenor de una crueldad.

Destos tiples nunca usados
hieren los impíreos techos
pasos de garganta estrechos
por la garganta pasados.

Pues puntos de majestad
suben, subiendo de estado,
al compás descompasado
del tenor de una crueldad.

Mil músicas acordadas
dan en sus celestes bodas,
porque son las voces todas
por un parejo cortadas.

Que a bodas de majestad
suben por haber cantado
al compás descompasado
del tenor de una crueldad.

* * *

1 *Poesía sagrada* (Madrid 1777), p. 61.

Hoy del tirano quedó
la espada torpe corrida
por no hacer su herida
entre infinitas que dió.

La espada de la crueldad
allegó, pero no a tiempo,
porque regulaba tiempo,
y el contrario, eternidad;

siendo la treta que usó
matemática perdida,
pues no hizo su herida
entre infinitas que dió.

Jugó, mas por diestro que es
el homicida adversario,
se la ganó su contrario,
en el compás de los pies;

y como no le alcanzó,
quedó su espada corrida,
pues no hizo su herida
entre infinitas que dió.

* * *

Tanto a un tirano le place
de su apetito la ley,
que por deshacer un rey
un millón de reyes hace.

Hace reyes de excelencia
con cabezas coronadas,
que son coronas dobladas
el martirio y la inocencia.

Las justas leyes deshace
de su apetito la ley,
y por deshacer un rey,
un millón de reyes hace.

Con las fuerzas inocentes
hace de su fuerza alarde,
que, como pecho cobarde,
no aguarda que tengan dientes.

Pero por bien que lo trace,
no haya miedo que su ley
deshaga a un eterno rey
entre los reyes que hace.

* * *

Viendo de un rey las grandezas
tanto otro rey se ha turbado,
que con hallarse cortado
corta un millón de cabezas.

De oír otro rey nombrar,
con celos y muerte lidia,
que el corte que da la envidia
en este caso es cortar.

Pues las ajenas grandezas
de suerte le han provocado,
que con hallarse cortado,
corta un millón de cabezas.

Por gallo se manifiesta,
y tanto desto blasona,
que no admite otra corona
que compita con su cresta;

y como de sus grandezas
teme el miserable estado,
aunque de temor cortado,
corta un millón de cabezas.

* * *

Tened, Virgen, este día
vuestro cordero guardado;
mirad que os lo han sentenciado
para la carnicería.

Guardadle del carnicero,
Virgen, en esta ocasión,
porque un tirano león
tiene hambre de un cordero.

Discreción será, María,
tener el cordero alzado;
mirad que os lo han sentenciado
para la carnicería.

Han degollado un millón,
mas no quiere comer de ellos,
que puesto que son tan bellos,
corderos manchados son.

El nuestro es blanco, María,
pues no es de culpa manchado,
y os lo tiene sentenciado
para la carnicería.

Si lo pudiese alcanzar,
a comerlo crudo aspira,

que en el horno de su ira
sólo lo pretende asar.

Gran hambre tiene, y porfía
por vuestro cordero amado,
tanto que os lo ha sentenciado
para la carnicería [1].

CHANZONETAS DE LA CIRCUNCISION DE CRISTO

ALONSO DE BONILLA

(1562-1623)

Niño, aunque con vos se estrella
la ley de sangre y dolor,
sufridla, que ese rigor
todo ha de llover sobre ella.

Ques que siendo vos Dios mesmo
a vuestras carnes lastima,
justo es que le llueva encima
un diluvio de bautismo;

porque no quede centella
del fuego de su dolor,
anegando su rigor
para que llueva sobre ella.

Dejad al cuchillo cruel
que vuestras venas desangre,
que, aunque el diluvio es de sangre,
agua se espera tras dél:

Porque la justa querella
contra la ley del dolor
desterrará su rigor
para que llueva sobre ella.

Dejad que llueva (chiquito)
que a fe que mojada salga,
sin que el capote le valga
de su intolerable rito.

Que ley que con Dios se estrella
sin reservarle el dolor,
es justo, por tal rigor,
que todo llueva sobre ella [2].

[1] *Nuevo jardín de flores divinas* (Baeza 1617).
[2] Ob. cit.

CANCION AL DULCISIMO NOMBRE DE JESUS

MARÍA JOSEFA AMALIA DE SAJONIA

Reina de España (1803-1829)

¡Oh dulce nombre amable!,
óleo saludable
que en nuestro pecho enciende
llamas de santo amor,
óleo de incomparable
dulzura sin medida
que sana toda herida
del monstruo destructor;
óleo que las almas
sostiene y alimenta,
calma en la tormenta,
gozo del corazón.
El que fiel y rendido
te invoca con confianza,
no quedará vencido
nunca en la tentación.
Lleno de maravillas
este bendito nombre,
a él todas las rodillas
siempre se doblarán;
él será las delicias
de los que en él se inflaman,
y los que no le aman,
temblando le estarán.
Y ¿hay quien pueda no amarle?
¿Quien ose ultrajarle?
¿Hay quien contra él la pluma
se atreva a emplear?
Lo lloro, y deseo
que este mi amor y llanto
a mi Jesús un tanto
pueda desagraviar.
En penas y alegría
yo siempre he de adorarle;
siempre he de dedicarle
mi más ardiente amor.
Cuando haya de morirme,
que sea pronunciando
el dulce nombre amado
de nuestro Salvador [1].

[1] *Colección de poesías compuestas por su majestad la reina.* Ms. Archivo de Palacio.

EL SANTO NOMBRE DE JESUS

JUAN B. SOROZÁBAL

(Siglo XVIII)

Himno a vísperas

Jesús, dulce memoria, fiel consuelo,
que das gozo y placer al alma pura;
más dulce que la miel es la dulzura
de tu dulce presencia, Rey del cielo.

Nada se oye que dé más regocijo,
nada puede la voz cantar más suave,
nada pensar más dulce el hombre sabe
que Jesús amoroso de Dios Hijo.

Jesús, nuestra esperanza, ¡qué piadoso
eres al que te pide humildemente!
¡Qué bueno al que te busca diligente!
Y el que logra hallarte, ¡qué dichoso!

Ni a la voz el decirlo es practicable,
ni llegarlo a explicar puede la letra;
sólo por experiencia se penetra
que es amar a Jesús bien inefable.

Sed, pues, nuestro placer, Jesús amado,
que has de ser galardón del alma pía;
sea en ti nuestra gloria y alegría
por los siglos y tiempo interminados.

Himno a maitines

¡Oh piadoso Jesús, Rey admirable,
excelso triunfador noble v plausible,
dulzura de las almas indecible,
todo con todo afecto deseable!

Cuando el alma visitas amoroso,
la ilustra la verdad y la esclarece,
la vanidad del mundo se envilece,
y abrasa su interior tu amor hermoso.

Jesús, del corazón dulce recreo,
luz pura de las almas, fuente viva,
que con ventaja vences excesiva
todo gozo y placer, todo deseo.

Conoced a Jesús todos rendidos,
pedid su ardiente amor todo del cielo,

suspirad por Jesús con todo anhelo,
y al buscarle sed todos encendidos.

A ti la voz te nombre reverente,
a ti den a entender nuestras acciones,
amen a ti, Jesús, los corazones,
por los siglos sin fin eternamente.

Himno a laudes

Jesús, angelical honra y consuelo,
cántico en los oídos armonioso;
en la boca, panal maravilloso;
en nuestro corazón, néctar del cielo.

Hambre tiene de ti quien te ha gustado,
aun padecen más sed los que te beben,
a desear no aciertan ni se atreven
sino a ti, buen Jesús, que eres su amado.

¡Oh Jesús!, dulce dueño de mi vida,
esperanza del alma que a ti clama;
con lágrimas te busca que derrama,
con ayes que despide arrepentida.

Señor, sea en nosotros tu morada,
ilústrenos tu luz hermosa y pura,
llena, Jesús, el mundo de dulzura,
la obscuridad del alma desterrada.

Jesús, flor de una Madre virgen tierna,
amor cuya dulzura anhela el hombre,
sea a ti alabanza de tu nombre
y el reino de la gloria sempiterna [1].

COPLAS A LOS REYES ORIENTALES

FRAY AMBROSIO DE MONTESINOS

Franciscano (siglo XV)

¿De quién tomáis lengua,
reyes de Oriente?
Del Rey excelente
que en buen punto venga.

Vimos una estrella
clara y relumbrante,
y en el medio della
un divino infante,
en brazos estante
de dama excelente,
con cruz en la frente
de luz radiante.

Su voz nos decía:
«¡Oh reyes de Arabia!,
de Virgen muy sabia
Dios nació este día;

[1] *Poesía sagrada* (Madrid 1777), p. 113.

tomad, pues, la vía,
y sin resistencia,
para su presencia,
que yo soy la guía.

»Habed alegría
con fe verdadera,
que este rey me envía
a seros bandera,
que no hay quien más quiera
salvar vuestra gente;
llevadle presente,
que pobre os espera.»

Seguimos la vía
de Jerusalén,
mas la profecía
nos puso en Belén,
porque allí nos den
fe, luz, gracia y tino
del Verbo divino,
que es sumo bien.

Y cuando llegamos
la madre envolvía
al rey, que adoramos,
que en brazos tenía.
¡Oh Virgen María,
qué nuevo hospedaje
no menos en traje
que en sabiduría!

Y luego la estrella,
mayor que una rueda,
sobre la doncella
se vino a estar queda;
no hay oro ni seda
ni luna creciente
que, Reina prudente,
medir se te pueda.

La madre ha temores
y toda se altera,
pensó que era Herodes
la gente extranjera;
fué tan lastimera
esta turbación,
que su corazón
la mostró de fuera.

Según los sonidos
de los dromedarios,
pensó ser venidos
allí los contrarios.
¡Oh flor de rosarios!
¡Oh mi vida entera!
¿Quién sanar pudiera
tus miedos plenarios?

A sus pechos junta
su gracioso infante,
y teme y pregunta
al más circunstante:
«¿Quién os fué causante
aquí está venida,
que estoy muy perdida
de veros delante?»

La *caeli fenestra*
dijo con temblores:
«La venida vuestra,
¿por quién es, señores?
Que vuestros clamores
me ponen tal miedo,
que sanar no puedo
si sois ofensores.»

¡Oh Reina, muy llena
de mil perfecciones,
no recibáis pena,
temor ni pasiones,
porque estos varones
que con vos estamos
al niño adoramos,
trayéndole dones.

De mirra e incienso
y de oro muy fino,
porque es Dios inmenso,
que a salvarnos vino,
al cual por más dino
Rey de tierra y cielo,
rodillas por suelo
honramos contino.

De Persia partimos,
de en par de Etiopia,
y a darle venimos
tesoros en copia.
¡Oh Virgen muy propia!,
¡oh muy clara aurora!,
tomadlos agora
para vuestra inopia.

Y no se os olvide
el significado:
que el oro se mide
con su gran reinado;
incienso le es dado
por Dios eternal;
la mirra en señal
de crucificado.

No somos adversos
ni herodïanos,
mas reyes diversos
y buenos cristianos
que ya en vuestras manos
cierto prometemos
que predicaremos
la fe a los paganos.

Es el diversorio
de pobre labor,
mayor consistorio
que de emperador,
porque sólo amor
de fuego crecido
os ha retraído
a tal disfavor.

Ese cinteruelo
de que está ceñido
el pobre mozuelo,
del heno vestido,
es de nos habido
por mejor brocado
que el cielo estrellado
más esclarecido;

porque contemplamos,
según fe y verdad,
que es el que adoramos
en tal pobredad
el que en su deidad
no tiene mudanza,
mas por él se alcanza
la felicidad.

Bien lo representa
su gran hermosura,
que de luz sustenta
al Sol su figura,
que no hay criatura
que, una vez lo vea,
que luego no crea
que es gloria segura [1].

A LA ESTRELLA DE ORIENTE

Lope de Vega

Reyes que venís por ellas,
no busquéis estrellas ya,
porque donde el sol está
no tienen luz las estrellas.

PRIMERA GLOSA

Aunque por una venís,
el conocerlas ha sido
la causa por quien seguís
este sol recién nacido
que hoy adoráis y servís.

Y pues por luces tan bellas
se manifiesta el Rey dellas,

[1] *Antología de poetas líricos del siglo XV,* de Menéndez Pelayo (Madrid 1910).

yo apostaré que habéis visto
de estrella en estrella a CRISTO,
reyes que venís por ellas.

Una os trajo al Sol presente,
que ventaja a todos hace,
pero admira, y justamente,
que buscando al Sol que nace,
dejéis atrás el Oriente.

La estrella parada está,
con que del Sol muestra da;
otra tenéis, otra os guía;
pues habéis visto a MARÍA,
no busquéis estrellas ya.

Está la estrella divina
de Jacob junto al sol CRISTO,
por ella al Sol se camina,
y así, en habiéndola visto,
se conoce y determina.

MARÍA le enseña ya,
con luz que el niño le da,
que es sol de justicia santo,
y por eso alumbra tanto,
porque donde el sol está...

Por los ojos de MARÍA
se va a la luz celestial,
que el mismo niño le envía,
porque es de CRISTO cristal
y aurora en que nace el día.

Del cielo las luces bellas
en sus ojos pueden vellas,
las demás son sus despojos,
porque donde están sus ojos
no tienen luz las estrellas.

SEGUNDA GLOSA

En el camino del mar,
donde no hay estampa humana,
suele una estrella guiar,
que sus montes de agua allana,
para que puedan pasar.

Así, por sus luces bellas,
buscáis hoy el autor dellas,
que desde Oriente a Belén
hay tanto que todos ven,
reyes, que venís por ellas.

Paróse la luz pequeña
al Sol de más resplandor,
que fué la más cierta seña,
como suele el cazador
al que la caza le enseña.

Aquí parad, que aquí está
quien luz a los cielos da:
Dios es el puerto más cierto,
pues si habéis hallado puerto,
no busquéis estrellas ya.

Mas si preguntan por qué,
en viendo el alba MARÍA,
el sol de CRISTO se ve,
como mañana del día,
que a nuestra noche lo fué.

Claro está que luz tendrá
del Sol, que es su Oriente ya,
de donde viene a nacer,
que no es menester saber,
porque donde el sol está...

Las que en aquesta ocasión,
reyes, por estrellas veis,
el sol y la luna son,
que en estrellas no hallaréis
tal luz ni tal perfección.

Que cuantos merecen vellas
dicen, aunque todas ellas
las cuentan una por una,
que con tal sol y tal luna
no tienen luz las estrellas [1].

TERCERA GLOSA (en cuartetas)

Reyes que venís por ellas,
no busquéis estrellas ya,
porque donde el sol está
no tienen luz las estrellas.

Reyes que venís de Oriente
al Oriente del Sol solo,
que más hermoso que Apolo
sale del alba excelente:

1 *Pastores de Belén,* Sancha, t. 16, pp. 380-382.

Mirando sus luces bellas,
no sigáis la vuestra ya,
porque donde el sol está
no tienen luz las estrellas.

No busquéis la estrella ahora,
que su luz ha oscurecido
este Sol recién nacido
en esta Virgen Aurora.

Ya no hallaréis luz en ellas,
el niño os alumbra ya,
porque donde el sol está
no tienen luz las estrellas.

Aunque eclipsarse pretende,
no reparéis en su llanto,
porque nunca llueve tanto
como cuando el sol se enciende.

Aquellas lágrimas bellas
la estrella oscurecen ya,
porque donde el sol está
no tienen luz las estrellas [1].

A LOS SANTOS REYES

PRÍNCIPE DE ESQUILACHE

VILLANCICO

—Afuera, afuera.
—¿Qué gente,
con tanto lustre y ruïdo?
—Son tres reyes, que han venido
del antiguo al nuevo Oriente.

—¿Qué luz es ésta tan bella?
—Es la que alegres siguieron,
porque con ella pudieron
tener sobre Dios estrella.

ROMANCE

Tres reyes buscan a un Rey,
que con la lumbre del cielo,
porque acierten a buscarle,
el Rey los halló primero.

[1] *Pastores de Belén*, Sancha, t. 16, p. 374.

De las estrellas letrados
buscan por círculo nuevo,
en el signo de Belén
otro sol que nunca vieron.

Ya por Judea conocen
que en su alegre nacimiento
no amanece donde sale
ni nace en dorados techos.

—*Afuera, afuera.*
—*¿Qué gente,*

En llegando a la ciudad,
la luz divina perdieron,
que la humana, y en la corte,
no la pierden extranjeros.

En un portal humillados
adoran al Sol eterno,
que entre pajas amanece
y anochece en un madero.

Como a Rey le ofrecen oro,
y la mirra como a muerto,
y como a Dios soberano,
fragante culto de incienso.

—*Afuera, afuera.*
—*¿Qué gente, e*

* * *

VILLANCICO POPULAR

¿Dónde vas, dónde vas, Bras,
celoso a reñir con Flora?
Yo sé que no reñirás;
que en la hermosura enamora
la sinrazón mucho más.

VUELTA A LOS REYES

—¿Dónde vas, luz, dónde vas?
—Alumbro reyes ahora.
—Yo sé que no lucirás;
que en los brazos de su Aurora
alumbra el Sol mucho más.

COPLA

Bien puedes, luciente estrella,
ser de reyes norte y guía,
mas no en los ojos del día
ser tu luz hermosa y bella.
Cuanto más brillas con ella,
cuanto alumbre más divina,
tu jornada te encamina;
cuanto más cercana estás,
yo sé que no lucirás;
que en los brazos de su Aurora
alumbra el Sol mucho más.

No te empeñe el resplandor
de que te ves coronada,
ni que aliente la jornada
destos reyes tu favor;
que otra lumbrera mayor,
que las tinieblas destierra,
salió en Belén a la tierra;
y aunque dorándola estás,
yo sé que no lucirás;
que en los brazos de su Aurora
alumbra el Sol mucho más.

Si los engaños de Oriente
encaminas al remedio,
ni eres el fin, sino el medio,
para ver un Sol ardiente;
que ilustrando el Occidente
de tan humilde portal,
cuando su luz celestial
salir de otra luz verás,
yo sé que no lucirás;
que en los brazos de su Aurora
alumbra el Sol mucho más [1].

LOS TRES REYES MAGOS

RUBÉN DARÍO

—Yo soy Gaspar. Aquí traigo el incienso.
Vengo a decir: La vida es pura y bella.
Existe Dios. El amor es inmenso.
Todo lo sé por la divina Estrella.

[1] *Varias rimas del príncipe de Esquilache* (Amberes 1654), páginas 680-682.

—Yo soy Melchor. Mi mirra aroma todo.
Existe Dios. Él es la luz del día.
La blanca flor tiene sus pies en lodo
y en el placer hay la melancolía.

—Soy Baltasar. Traigo el oro. Aseguro
que existe Dios. El es grande y fuerte.
Todo lo sé por el lucero puro
que brilla en la diadema de la Muerte.

—Gaspar, Melchor y Baltasar, callaos.
Triunfa el amor y a su fiesta os convida.
Cristo resurge, hace la luz del caos
y tiene la corona de la Vida [1].

EN EL DIA DE LA PRESENTACION

JUAN DE JÁUREGUI

Poeta y pintor cortesano (1583?-1676?)

El justo Simeón al Verbo humano
abraza y a la muerte apetecida
grato se ofrece, al tiempo que la Vida
tiene y el mismo Espíritu en su mano.

Y cual sonoro cisne, el sabio anciano,
ya su esperanza y edad cumplida,
alegre de su fin, la agradecida
voz funeral así levanta ufano:

«La muerte agora, ¡oh claro Sol!, que abierta
senda nos muestras a la vida ausente,
llegue y en paz el cuerpo desanime.

No precie ya quien ve tu luz presente
ver otra luz, ni el que la firme y cierta
salud alcanza, la mortal estime» [2].

[1] *Cantos de Vida y Esperanza*. Los cisnes y otros poemas (Madrid 1905), p. 25.
[2] *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, Rivadeneyra, v. 42. página 124.

«NUNC DIMITTIS»

LOPE DE VEGA

Ahora sí que puedo
partirme en paz de aquesta mortal vida,
pues ya contento quedo,
que antes de mi partida
fué tu palabra, gran Señor, cumplida.

Pues ya no solamente
vieron mis ojos la salud que encierra
la paz, que está presente
después de tanta guerra,
mas la del orbe todo se destierra.

Para que lumbre sea
en las tinieblas de su error obscuras,
con que te adore y crea,
y luz con que aseguras
la paz y gloria que a Israel procuras [1].

COPLAS AL DESTIERRO DE NUESTRO SEÑOR PARA EGIPTO

FRAY AMBROSIO DE MONTESINOS

Franciscano (siglo xv)

Desterrado parte el Niño,
y llora.
Díjole su Madre así,
y llora:
Callad, mi Señor, agora.

Oíd llantos de amargura,
pobreza, temor, tristura,
aguas, vientos, noche obscura,
con que va nuestra Señora,
y llora:
Callad, mi Señor, agora.

El destierro que sufrís
es la llave con que abrís
al mundo que redimís

[1] *Obras sueltas*, Sancha, t. 16 p. 421.

la ciudad en que Dios mora;
y llora:
Callad, mi Señor, agora.

No puede quedar en esto;
moriréis, y no tan presto;
mas la cruz do serás puesto
me traspasa desde agora,
y llora:
Callad, mi Señor, agora.

Callad vos, mi luz y aviso,
pues que vuestro Padre quiso
que seáis del paraíso
flor que nunca se desflora,
y llora:
Callad, mi Señor, agora.

Esas lágrimas corrientes
que lloráis tan excelentes,
son bautismo de las gentes,
que su partido mejora,
y llora:
Callad, mi Señor, agora.

¡Oh gran Rey de mis entrañas,
cómo is por las montañas,
huyendo a tierras extrañas
de la mano matadora!
Y llora:
Callad, mi Señor, agora.

Este frío no os fatigue,
ni Herodes, que os persigue
por el gran bien que se sigue
desta vida penadora.
Y llora:
Callad, mi Señor, agora.

Por la ira herodiana
que sufrís, Hijo, de gana
dais la gloria soberana
al que tal destierro adora.
Y llora:
Callad, mi Señor, agora.

Vos tomáis este viaje
por guardar el homenaje
que hicisteis al linaje
de la gente pecadora,
y llora:
Callad, mi Señor, agora.

Con su Hijo va huyendo,
ya cansado, ya temiendo,
ya temblando, ya corriendo
tras la fe, su guiadora,
y llora:
Callad, mi Señor, agora.

Llora el Niño del hostigo.
del agua y del desabrigo
con la Madre, que es testigo,
nuestra luz alumbradora,
y llora:
Callad, mi Señor, agora.

¡Oh cuáles van caminando,
temiendo y atrás mirando
la gente perseguidora!
Y llora:
Callad, mi Señor, agora.

A la Virgen sin mancilla
la verde palma se humilla
en señal de maravilla,
que es del cielo emperadora.
y llora:
Callad, mi Señor, agora.

Estando el Niño en sus brazos,
fajadillo de retazos,
se hicieron mil pedazos
los ídolos a deshora,
y llora:
Callad, mi Señor, agora.

¡Oh si supieses, Egipto,
cuánto ya eres bendito
por el tesoro infinito
que hoy en ti se atesora!
Y llora:
Callad, mi Señor, agora [1].

[1] *Antología de poetas líricos,* de Menéndez Pelayo.

A LA HUIDA A EGIPTO

LOPE DE VEGA

I

P. *¿Dónde va el Alba divina*
con el Sol que al mundo salva?
R. *Quieren matarle, y el Alba*
le cubre con su cortina.
P. Todo este rojo arrebol
es sangre de vidas bellas,
que matando las estrellas
piensan eclipsar al Sol;
¿Luego MARÍA divina
es el Alba, que al Sol salva?
R. *Quieren matarle, y el Alba*
le cubre con su cortina.
P. CRISTO Sol y Alba MARÍA,
a Egipto, felice suelo,
huyen, dando envidia al cielo.
donde amanece tal día:
José con ellos camina,
guía al Alba, que al Sol salva.
R. *Quieren matarle, y el Alba*
le cubre con su cortina.

II

¿Dónde va el Alba divina
con el Sol que al mundo salva?
Quieren matarle, y el Alba
le cubre con su cortina.

GLOSA

Cuando el Alba se retira
porque ya sus rayos ven
los del Sol, a nadie admira,
mas llevarse al Sol también,
con admiración se mira.

Si le corre la cortina,
y él a sus brazos se inclina
con la luz que a darnos viene,
después que en ellos le tiene,
¿dónde va el Alba divina?

Si por peligros del suelo
el Alba al Sol lleva en sí,
¿quién alcanzará su vuelo,
si va Dios sirviendo allí
de inteligencia a su cielo?

Vaya en hora buena el Alba;
que irá libre, sana y salva,
seguramente se infiere;
por donde quiera que fuere
con el Sol que al mundo salva.

Trazando su muerte están
para el Alba concertados;
de noche a tratarla van,
pero como son criados
del Sol, aviso le dan.

Que en viniendo a hacerle salva
al Alba más bella y alba,
y al Sol que nos trajo el día,
la misma noche decía:
quieren matarle, y el Alba.

Alba y noche finalmente
dan aviso a su Señor,
huyen de Oriente a Poniente
de un fiero eclipse el rigor,
aunque es luz indeficiente.

MARÍA es Alba divina,
CRISTO es Sol, y aunque camina
libre de eclipse le asombre,
para ascondelle de un hombre,
le cubre con su cortina.

III

En vano Herodes porfía
hallar a CRISTO en el suelo,
porque se ha subido al cielo
de los brazos de MARÍA.

José, su adoptivo padre,
la espada crüel temiendo,
a Egipto le lleva huyendo
en los pechos de su madre.

No podrá su tiranía
ejecutar su mal celo,
porque se ha subido al cielo
de los brazos de MARÍA.

En aquel pecho fecundo,
de que ha sido alimentado,
huye Dios como en sagrado
de los peligros del mundo.

Ya no hay vengarse hasta el día
de la redención del suelo,
porque se ha subido al cielo
de los brazos de MARÍA [1].

LLEGADA DE LA SAGRADA FAMILIA A EGIPTO

LOPE DE VEGA

Sea bien venida
la blanca niña,
venga norabuena
el niño de perlas.

Esta blanca niña,
más que azucena,
que hace su blancura
la nieve negra.

Porque sólo pudo
tocar en ella
el sol, cuya lumbre
la deja entera:

Que no la deshizo
con tanta fuerza,
porque de sus rayos
fué vidriera.

Esta blanca Aurora,
que lava y peina
con sus puras manos
del sol las hebras:

Fugitiva viene
de las tinieblas
del mayor tirano
que hay en la tierra.

Que pensó atrevido
con su violencia
eclipsar la gloria
de nuestra vida.

Sea bien venida
la blanca niña,
venga norabuena
el niño de perlas.

El niño amoroso,
que sin ofensa
de tan bello nácar
su gloria muestra.

El niño esperado
de los profetas
por tantas edades
que le desean.

El niño gigante,
que en la pelea
matará a la muerte,
que ahora reina.

David, pastorcillo,
que las ovejas
con honda de palo
guarde y defienda.

El Emperador
de tan grandes fuerzas,
que en sus mismos hombros
su Imperio lleva.

El fuego divino,
que no la quema
a la verde zarza
donde se muestra.

1 *Pastores de Belén*, Sancha, t. 16, pp. 461-463.

Trae la Princesa,
que nos dió la vida;
sea bien venida
la blanca niña,
venga norabuena
el niño de perlas [1].

A LA VUELTA DE LA VIRGEN SANTISIMA A NAZARET

LOPE DE VEGA

A esta aldea bien venida
seáis, niña tierna y fuerte,
pues habéis de dar la muerte
al que nos quitó la vida.

PRIMERA GLOSA

De la corte celestial
a Nazaret venís hoy,
Virgen con tanto caudal,
que la bienvenida os doy
por el aldea mortal.
Nadie como vos le pida,
que, como fuisteis nacida
para ser madre de Dios,
ninguna fué como vos
a esta aldea bien venida.

Cuando dijo Salomón
que mujer fuerte no había,
no vió vuestra perfección,
que vos nacisteis, MARÍA,
con diferente blasón.
La duda ahora convierte
en maravilla, de suerte
que llama abismo profundo,
que sola vos en el mundo
seáis, niña tierna y fuerte.

Justa fué la fortaleza,
pues la muerte habéis de dalle,
quebrándole la cabeza
al que nos trajo a este valle
de lágrimas y tristeza.
Si faltó muerte tan fuerte
para la sierpe homicida,
y Dios que sois vos advierte,

[1] *Pastores de Belén*, Sancha, t. 16, p. 465.

norabuena tengáis vida,
pues habéis de dar la muerte.

Palabras de Dios jamás
retrocedieron el vuelo,
porque, en echando el compás,
dejará de ser el cielo
antes que vuelvan atrás.
De vos, niña esclarecida,
dijo Dios que el pie pondréis
sobre la frente atrevida,
luego la muerte daréis
al que nos quitó la vida.

SEGUNDA GLOSA

Pastorcilla nazarena
que tenéis al cielo en vos,
y de tantas gracias llena,
que el dorado grano es Dios
de vuestra limpia azucena;
pues nacéis de luz vestida
a ser fuerte y a vencer,
a ser tierna y a dar vida,
¿quién duda que habéis de ser
a esta aldea bien venida?

Parece que fuerte y tierna
implica contradicción,
mas la virtud que os gobierna
hace esta divina unión,
para vuestra gloria eterna.
Y pues habéis de dar muerte,
aunque tierna, a la porfía
de quien trocó nuestra suerte,
para nuestro bien. MARÍA,
seáis niña tierna y fuerte.

Pagadnos el parabién
apresurando el vivir,
llegue aprisa nuestro bien,
pues de vos ha de salir
el Capitán de Belén.
De vos saldrá para el fuerte
fiero enemigo, homicida,
la muerte, Virgen, de suerte
que es bien dar prisa a la vida,
pues habéis de dar la muerte.

Ya que vió el mundo la hora
en que tanto bien alcanza,

vivid aprisa, Señora,
y al sol de nuestra esperanza
no dilatéis el Aurora.
Y pues al mundo venida
su remedio en vos tenéis,
vivir, niña esclarecida,
que con vivir mataréis
al que nos quitó la vida.

TERCERA GLOSA

Pasaron por siglos mil
mujeres que, honrando el ser,
mostraron ser varonil,
como Judith, Jael, Esther,
Débora y Abigaíl:
mas vos, niña esclarecida,
a todas sois preferida,
pues para hazañas mayores
dicen que sois, los pastores.
a esta aldea bien venida.

Cuando Dios os fabricó,
la tierra contra el abismo
de blasón tan alto honró,
que de Madre de Dios mismo
título divino os dió.
Tierna sois, y sois su muerte
del fiero abismo, de suerte
que no es enigma escondida
que para dar muerte y vida
seáis niña tierna y fuerte.

Hoy entre el hombre y Luzbel
queda partido este nombre
de vida y muerte cruel;
tierna seréis para el hombre,
y fuerte seréis con él.
Luego vida y muerte advierte,
de que los dos tierna y fuerte,
Virgen, os han de llamar,
pues la vida habéis de dar.
pues habéis de dar la muerte.

Venís tierna, como quien
ha de dar tan tierno infante,
como ya espera Belén,
y fuerte, porque el Gigante,
tiembla de David también.

Honda seréis, que despida
la piedra Dios, cuando asida
de ese intacto y virgen lazo,
derribe con fuerte abrazo
al que nos quitó la vida.

CUARTA GLOSA

Eva, primera pastora,
la vida al mundo quitó,
mas ya, hermosa labradora.
si por ella se perdió,
por vos se restaura ahora.
La vida entonces perdida,
venís, naciendo, a traer,
pues si no traéis la vida,
¿quién como vos puede ser
a esta aldea bien venida?

Mató un león animoso
yendo a Thamnata Sansón,
y volviendo cuidadoso,
halló en el muerto león
un panal dulce y sabroso.
¿Qué mucho que el hombre acierte
este enigma celestial,
y que si a vos se convierte,
como león y panal,
seáis niña tierna y fuerte?

Pero como del león
salió a Sansón el panal,
ya que tan distintos son,
de vos, panal celestial,
saldrá el cordero a Sión.
Este dará muerte al fuerte
enemigo, y vos daréis
vida al mundo de tal suerte,
que tierna y fuerte seréis,
pues habéis de dar la muerte.

Apenas pudo tener
de que a una mujer burló
la sierpe antigua placer,
cuando Dios la amenazó
con el pie de otra mujer.
Si vos, Reina esclarecida,
la luna habéis de pisar,

vos seréis del sol vestida
la planta que ha de matar
al que nos quitó la vida [1].

AL NIÑO PERDIDO

MARÍA DO CEO

Monja portuguesa (1676-1752?)

¿Quién me vió, quién me vió,
quién me halló
un Amor niño, o un Niño amor,
que anda perdido, perdido, perdido,
después que se enamoró?

Es perla más fina, es luz más brillante,
es rosa más flor.

—*No le he visto, no,*
si excede a la perla, la luz y la flor.

Las señas deste Niño
son, si tanto pregunto,
en bríos de enamorado,
ojos de enamorador.

—*No le he visto, no,* etc.

Tiene más el Niño amante,
como diciéndolo voy,
el cuerpecillo de aire
y de fuego el corazón.

—*No le he visto, no,* etc.

Lleva, por que se conozca,
si es que tan dichoso soy,
cadena de aprisionado,
señas de libertador.

—*No le he visto, no,* etc.

Salió vestido de blanco,
que tantas las señas son,
con cabos color de fuego
y lazadas de primor.

—*No le he visto, no,* etc.

1 *Pastores de Belén*, Sancha, t. 16, p. 96.

Tiene corona de Rey
y ganado de Pastor,
mansedumbre de Cordero,
fortaleza de León.

—*No le he visto, no*, etc.

Llevaba más este Niño
que por amor se perdió:
en los ojos, muchas fechas;
en las manos, un arpón.

—*No le he visto, no*, etc.

¿Quién me vió, quién me vió,
quién me halló
un Amor niño, o un Niño amor,
que anda perdido, perdido, perdido,
después que se enamoró?

Es perla más fina, es luz más brillante,
es rosa más flor.

—*No le he visto, no,*
si excede a la perla, la luz y la flor.

¡Albricias, albricias, que el Niño se halló!
Que el que en la custodia extremos produz,
es más que la perla, la flor y la luz [1].

[1] *Obras varias e admiraveis da muy reverenda madre Maria do Ceo* (Lisboa 1735), p. 148.

II. VIDA PUBLICA DEL SEÑOR

DEL BAUTISMO

José de Valdivielso

(1560?-1638)

Al lavadero del río
lleva el pastor montañés
al Cordero que nació
a media noche en Belén.
Recental de la Cordera,
a quien el zagal Gabriel
vino a visitar un día
por escogida del Rey.
Cordero que ser de leche
en su cara se le ve,
pues, aunque lo traten mal,
a nadie lo supo hacer.
Al balcón de las nubes de oro
y rosicler
a verle se asomó el Rey,
y, volando la blanco Paloma,
se puso sobre él.

Juan es gracia, y tiene tantas.
que confiesa el mundo dél
que hombre no nació mayor
antes de Juan ni después.
Y para que hubiese alguno
mayor que él fué menester
que viniese a hacerse hombre
la palabra que Dios es.
En voz cordero y paloma
vió a Dios en Personas tres
el lince de Dios, Bautista,
y al Verbo Eterno a sus pies.
Al balcón de las nubes de oro, etc.

Ve que es Cordero de pan,
que en pan se dará a comer,
y que se os vendrá a la mano
como con pan le llaméis.
Cordero que vence al cisne
en el candor de la piel
y que del mayor monarca
rico tusón puede ser.
Entróse Juan en el río,
y el Cordero entró tras él,
porque de antes que naciese
dicen que le quiere bien.
Al balcón de las nubes de oro, etc.

Viendo a sus pies a Dios Hombre,
Juan temeroso ve,
esperando que le lave,
sin haber hecho por qué.
Lavó el blanco vellocino
que desquilarán después
para que su lana vistan
los pobres padres de Abel;
aunque colgado de un palo
un carnicero cruel
le desollará, ignorando
que está su remedio en él.
Al balcón de las nubes de oro
y rosicler
a verle se asomó el Rey,
y, volando la blanca Paloma,
se puso sobre él. [1]

DOMINGO DE LAS TENTACIONES

Iñigo de Oyanguren Caballero

(Siglo XVIII)

Ya temeroso el demonio
de ver al divino Verbo
desmentir señas de humano
con divinos sufrimientos,
la batalla le presenta
en el campo del desierto,

[1] *Romancero espiritual en gracia de los esclavos del Santísimo Sacramento...*, en Colección de Escritores Castellanos (Madrid 1880).

y esta vez anduvo hidalgo,
pues le embistió cuerpo a cuerpo.
Que haga de las piedras pan
quiere el diabólico acento,
siendo las piedras figura
de corazones protervos.
¿Pan de las piedras? ¡Qué mal
has disfrazado el intento!
Tan indócil la materia
escogiste como el genio.
Vencióle Jesús, vencióle,
pero le venció diciendo
que al hombre no sólo pan
le ha de servir de alimento.
Segunda vez le provoca,
pues del demonio el imperio
se rehace más fuertemente
de sus propios vencimientos.
Que al valle se precipite
desde la torre del templo,
y le creerá como a Dios
si sabe vencer su riesgo.
A Dios no se ha de tentar,
dijo el Señor, y a este acento
se ve el tropel de sus iras
cobardemente depuesto.
Sin duda que este demonio,
aunque demonio, fué necio,
pues en un estrago quiso
disfrazar un vencimiento.
¿Piensas que es Hijo de Dios,
y para poder saberlo,
una tentación cobarde
pones a un heroico pecho?
De un Dios para conocer
el grande poder inmenso,
no será seña la torpe
tenacidad de un despeño.
Tercera vez le tentó,
pues en su cólera ciego,
nunca pudo desengaño
producir el escarmiento.
Todo el mundo le dará
si le adora como dueño;
tercer delirio, tentar
con riquezas a un discreto.
No podía apetecer
ese dorado veneno

el que en su mano tenía
el poder de los imperios.
Corrido el demonio vuelve,
en tres tentaciones viendo
que si él le injurió tentando,
Cristo le venció sufriendo.
¡Oh diabólica ignorancia,
en cuyo poder soberbio
la tenacidad es sólo
fruto de sus desaciertos!
¿Que haga de las piedras pan
pretende tu error severo?
Él no hará pan de las piedras,
el pan hará Sacramento.
¿Que se despeñe y que muera?
Aun todavía no es tiempo,
que no ha acabado la ardiente
materia de sus portentos.
¿Que te adore? Aquí soltaste
de tus torpezas el resto,
pues nunca puede el delirio
rendir la virtud obsequios.
Venció Jesús al demonio,
dándonos con este ejemplo
para cualquier tentación
un saludable remedio [1].

SOBRE LAS OCHO BIENAVENTURANZAS PREDICADAS POR CRISTO EN EL MONTE

Fray Arcángel de Alarcón

Franciscano (siglo XVI)

El sitio que la alteza incomparable
del Verbo elige para su doctrina,
enseña cuán excelsa y soberana
había de ser, cuán alta y admirable,
cuán nueva y nunca vista, cuán divina
la que de su sagrada boca mana.

Sube en un monte con su grey, do quiere
el pastor que la lleva
goce de una luz nueva,
y en ellos como en montes reverbere,

[1] *Cuaresma Poética* (Madrid 1739), p. 17.

y descienda después de estas alturas
alumbrando collados y llanuras.

Abre su boca para que el tesoro
de su sabiduría se difunda
y abra el camino a la riqueza eterna,
y con el medio del duodeno coro
las tinieblas satánicas confunda
y goce el alma de esta luz interna;
y como levantar quiere su afecto
a cosas celestiales,
y de las temporales
alejar al varón santo y perfecto,
el valle deja, y puesto en alta cumbre
descubre allí los rayos de su lumbre.

Beati pauperes spiritu,
quoniam ipsorum est regnum caelorum.

Dice JESÚS: Sed bienaventurados
los pobres voluntarios, de pobreza
de espíritu, que al alma hace tan rica,
pues la corpórea libra de cuidados,
de ansias, de temores y tristeza,
y la del alma bienes multiplica.

Cierra aquélla la puerta a la avaricia,
y a vida regalada,
y a la soberbia hinchada,
y ésta recibe en sí al Sol de justicia:
porque en el alma humilde la paloma
divina hace su templo y nido toma.

La pobreza exterior que es voluntaria
y por seguir a Cristo se padece,
dispone a la que tiene el principado,
a quien ya, por razón hereditaria,
el reino de los cielos Cristo ofrece,
del principio del mundo preparado.

¡Oh qué abastada y qué dichosa mengua
que por divinas leyes
hace de pobres reyes!
No basta a lo explicar humana lengua.
¿Quién bienaventuranza ser creyera
la pobreza, si Dios no lo dijera?

Beati mites,
quoniam ipsi possidebunt terram.

El que fué sobre todos mite y manso,
llama a los mites bienaventurados,

porque poseerán éstos la tierra
de los vivientes, llena de descanso,
que es reino y posesión de sus amados,
adonde todo gozo y bien se encierra.
¡Oh pacífica y quieta mansedumbre
que al alma imperturbada
conserva, y sosegada
a nadie ofende o causa pesadumbre,
nunca admite tormentas en el alma,
por ser tranquilo mar do siempre hay calma!

Y el medio que tan ricas posesiones
consigue es cuando el alma es posesora
de la tierra mortal de que se viste,
y tiene el mando sobre sus pasiones,
y el senso a la razón, como a señora,
es obediente y nunca le resiste,
nunca da mal por mal, y el sufrimiento
humilde no la deja
formar odio ni queja,
antes en las injurias da contento,
sabiendo que los males que pasamos
no son del bien condignos que esperamos.

Beati qui lugent,
quoniam ipsi consolabuntur.

Son bienaventurados los que lloran,
pues serán para siempre consolados,
nos dice el buen JESÚS, nuestra alegría,
porque grandes riquezas atesoran
las lágrimas, que lavan los pecados
cuando la humilde contrición las guía;
que siendo la piedad de Dios inmensa,
olvida sus enojos
luego que nuestros ojos
con dolor lloran la divina ofensa;
porque nunca con Dios negocia tanto
el corazón como deshecho en llanto.

También llorar debemos al Cordero,
por nuestras culpas en la cruz clavado,
y el ver que es hoy de tantos ofendido;
llorar nuestro destierro lastimero,
que está de mil peligros rodeado,
que al reino guían del eterno olvido;
y mérito es llorar culpas ajenas;
mas deseo y memoria
de la infinita gloria
causar lágrimas deben de amor llenas,

diciendo con David: «Mi Dios, ¿pues cuándo
os tengo yo de ver y estar gozando?»

Beati qui esuriunt et sitiunt iustitiam,
quoniam ipsi saturabuntur.

Después que ha destruído a la avaricia
y en mansedumbre humilde hizo su asiento,
l'alma que con llorar se purifica,
la hambre que con razón de la justicia
al ánimo que de ella está sediento,
enriquece, decora y beatifica.
Y no sólo el autor de la natura
nos muestra que se alcanza
tal bienaventuranza,
mas que será eternal después su hartura.
Porque esta alta virtud de que tratamos
es muy rica en el fruto de sus ramos.

Es tener hambre y sed aquel ardiente
deseo de que Dios sea conocido
por fe con esperanza y amor puro.
Siempre este ramo mira hacia el oriente.
El segundo, que está con él unido.
que a su prójimo mira en paz seguro,
obedece humildemente a los mayores,
concorda y da señales
de amor con los iguales,
y es benigno a los bajos e inferiores.
Es el tercero, en sí de alta limpieza,
liga los labios y ama la aspereza.

Beati qui esuriunt et sitiunt iustitiam,
quoniam ipsi misericordiam consequentur.

Sonle aceptas a Dios las alabanzas
que lo pregonan por piadoso Padre,
después que se vistió del mortal velo;
porque antes era Dios de las venganzas.
Agora no hay grandeza que le cuadre
como misericordia acá en el suelo.
Y a los que en ella imitan sus pisadas,
los tiene ya contados
por bienaventurados
y mil misericordias preparadas,
que aquí conseguirán en esta vida
y después en la eterna prometida.

Y cuando las insignias del Calvario
mostrare en su segundo advenimiento
Cristo, el día de su final venganza,
los que amaron el sacro septenario

doblado y recrearon al hambriento
y los demás, con pública alabanza,
serán del justo Juez reconocidos,
dándoles la corona,
como si en su persona
fueran dél tales dones recibidos,
dándoles por los bienes temporales
los inmensos sin fin y celestiales.

Beati mundo corde,
quoniam ipsi Deum videbunt.

Si requiere la vista en sí limpieza
para gozar la luz de un claro día
(que al ojo enfermo suele dar tormento),
¿cuánto mayor candor pide y pureza
aquella luz que es fuente de alegría
en nuestra voluntad y entendimiento?
Los de corazón limpio son dichosos
y bienaventurados;
que todos sus cuidados
levantaron a fines tan gloriosos,
como agradar al que sus culpas quita;
porque verán a Dios, luz infinita.

Ama Dios el candor de la inocencia,
en tanto que los altos moradores
usan de estolas blancas como nieve;
porque la puridad de la conciencia
es guía a los eternos resplandores
a que aquel traje nos provoca y mueve.
Procure el alma, pues, de amor herida
de traer vestidura,
cual nieve en la blancura,
de una inocencia y puridad subida;
porque ninguna cosa amancillada
entrar podrá en la celestial morada.

Beati pacifici,
quoniam filii Dei vocabuntur.

Y porque aquella soberana herencia
se les debe a los hijos por derecho,
por medio de la paz que beatifica
diónos poder la divinal sapiencia
de ser hijos de Dios, si en nuestro pecho
hacen la fe y la paz nuestra alma rica.
¡Oh beatitud altísima y gloriosa,
que del polvo levanta
el alma a gloria tanta,
que sea de su Dios hija y esposa.

Es tal esta adopción y tan subida
que carece de límite y medida.

Lo que encamina a dignidad tan alta
es la paz que con Dios el alma tiene,
cuando a su voluntad va siempre unida,
y que en la paz del prójimo no falta,
y al perfecto dominio el alma viene
desta carne mortal que no la impida.
A esta paz convida lo criado,
los cielos y elementos,
que concordes y atentos
siguen su ministerio señalado.
Y porque en el pacífico se agrada,
lo elige Dios por hijo y por morada.

Beati qui persecutionem patientur propter iustitiam,
quoniam ipsorum est regnum caelorum

Son pruebas del amor los beneficios
que lo descubren a la cosa amada
y al alma liberal causan contento.
Mas la paciencia, acá en sus ejercicios,
tiene otra prueba muy aventajada,
que es el quieto y humilde sufrimiento.
Por la virtud sufrir persecuciones,
penas, deshonra y males,
son muy claras señales
de amor perfecto y altas perfecciones;
que todo al justo volverá en consuelos,
pues será suyo el reino de los cielos.

El amor singular de la justicia
hacía a nuestros mártires contentos
aun entre dientes y uñas de leones.
Las armas y el valor de su milicia
era paciencia firme en los tormentos
de fuego, ecúleo, cárcel y prisiones.
¿Por quién los confesores perseguidos
fueron en casos varios?
¿Por quién los solitarios
de demonios tentados y afligidos?
Las vírgenes, por ello, en penitencia
se encierran por gozar su rica herencia.

La octava beatitud con la primera
en el mérito y premio se parecen,
pues es penal martirio la pobreza.
Su movimiento imita al de la esfera,
pues vuelve a su principio, donde ofrece
el reino a entrambos de eternal riqueza.

A la humildad la exaltación se sigue,
y a las persecuciones
eternos galardones,
que el alma perseguida al fin consigue.
Y cada virtud destas nos pregona
con diferente nombre su corona.

¡Oh cuántos son, mi Dios, vuestros caminos
de nuestras bajas sendas diferentes!
Distan más que los cielos de la tierra,
pues predicáis que son del reino dignos
los pobres voluntarios penitentes
y el manso que de sí el placer destierra
y contento en las lágrimas recibe.
Por el contrario, dice
este mundo infelice
dichoso al rico que en placeres vive.
Rasgad, mi Dios, tan engañoso velo,
que cubre de tinieblas todo el suelo [1].

LA TRANSFIGURACION DEL SEÑOR

ANTONIO LA-SIERRA

Natural de Barbastro (siglo XVI)

Hace Cristo de gloria un rico alarde
mostrando della un mínimo pedazo,
por que en seguirle nadie se acobarde
regido y gobernado de tal brazo.
Pues promete lo más dar a la tarde,
sin escrúpulo alguno ni embarazo,
cual padre de familias verdadero
hace con su ministro o jornalero.

Muestra a sus tres discípulos patente
la venidera gloria y siglo eterno
y bajo el velo humano un transparente
cuerpo glorificado y sempiterno,
cuya divina luz resplandeciente
excede a todo el espíritu superno,
ilustrando la naturaleza humana
con luz inmensa y gracia soberana.

Fué ordinación divina el hecho raro
de que en aquella hora redundase
la luz del alma, haciendo el cuerpo claro,

1 *Vergel de plantas divinas* (Barcelona 1594), fol. 22.

y su resurrección así constase
al Colegio Apostólico y del caro,
por cuyo resplandor más se animase
a sufrir cualquier pena y suerte dura,
cualquier pasión y trago de amargura.

Luego aparecen puestos a su lado
los dos profetas, Moisés y Elías,
con quien los dos tan sólo han platicado
de cómo ha de cumplir las profecías;
no las que tratan dél, de cuán airado
vendrá el día postrero de los días,
sino de las que tratan de juzgalle
y a muerte cruel e infame condenalle.

Pero, mirando Pedro la belleza
de Cristo y que con forma ya gloriosa
no se aviene el trabajo y aspereza,
que suele traer la muerte rigurosa,
descubre con voz alta la flaqueza
que se encubre en la carne temerosa,
pues, mirando de lejos lo futuro,
pide aposento para su seguro.

Aunque no hubo casi pronunciado,
lo dijo con su natural denuedo
a su Maestro, todo afable y ledo,
cuando una voz del cielo le ha trocado
su valentía en otro tanto miedo,
y, aunque asombrado, vió que es buscar guerra
pedir gloria y descanso acá en la tierra.

La voz dijo en la nube aquello mismo
que dijo en el Jordán al tiempo cuando
Cristo con su santísimo bautismo
el agua estaba en él santificando,
para que el cielo, el suelo y el abismo
aquel que tan glorioso está admirando,
cuando lo vieren en la cruz colgado,
vean que como aquí es su Hijo amado [1].

[1] *El solitario poeta,* canto 16 (Zaragoza 1605).

LOS DIVINOS MILAGROS

ALONSO MARTÍN BRAONES

Poeta sevillano del siglo XVII.

Después que en el Jordán fué bautizado,
después que Juan le preparó el camino,
después que fué Cordero señalado,
después que en la abstinencia se previno,
después que hubo discípulos juntado,
después que empezó a obrar como divino,
de las almas amante, cuanto diestro,
dió principio al oficio de Maestro.

Empezó, pues, las dudas convenciendo
ya en los templos y plazas predicando,
ya los vicios e insultos reprendiendo,
ya los textos oscuros declarando,
ya a los fieles y humildes admitiendo,
ya a los pobres y tristes consolando.
¡Oh JESÚS!, de ese amor la ardiente fragua
alábenla los peces en el agua.

Convidado en Caná de Galilea
a una boda, en la mesa no hubo vino,
y atendiendo a su Madre, que desea
remediase la falta que previno,
en notable milagro allí se emplea.
créditos dando a su poder divino,
pues porque no faltase tal bebida
en vino dejó el agua convertida.

Ya Esposo, ya Maestro se miraba.
ya de las almas buen Pastor se veía;
Médico, en dar salud se ejercitaba;
Predicador, a todos instruía;
a todos como amigo acariciaba,
a todos como siervo obedecía;
y con caridad tan eminente,
para unos era luz, para otros fuente.

En las plazas, las calles y en el Templo
proponía parábolas extrañas:
y a oír de su doctrina el alto ejemplo.
de gentes se inundaban las campañas:
a las necesidades le contemplo
acudir muy piadosas sus entrañas,
remediando de la hambre los afanes
con pocos peces y con pocos panes.

Entró en Cafarnaún, donde, obligado
de un centurión al ruego y cortesía,
le sanó paralítico a un criado,
admirando la fe con que pedía,
pues decía (creyendo confiado):
Yo no soy digno que en la casa mía
entréis, Señor, y mi mancebo es llano
que a una palabra vuestra quede sano.

Un día vió sentado en el telonio
un hombre, cuyo nombre era Mateo,
que, ciego a los engaños del demonio,
era la usura su mayor empleo.
A éste, que de JESÚS dió testimonio,
logrando en convertirle su deseo,
sígueme, el Señor dijo, y sin sosiego
dejó él los cambios y siguióle luego.

A la voz que estas obras esparcían,
y el poder del Señor manifestaban,
innumerables hombres acudían,
ejércitos de gentes se juntaban:
los que enfermos se hallaban pretendían
sanidad, y, dichosos, la lograban,
pues JESÚS a su amor echando sellos
regó con la salud a muchos de ellos [1].

COLOQUIO ENTRE CRISTO Y LA CANANEA

ALONSO DE BONILLA

(1562-1623)

—No me persigas más, mujer, detente,
que es excusado que mercedes pida
alma que está del gremio dividida,
de la Ley de mi Padre omnipotente.

Ni la justicia admite ni consiente
dar al ingrato can pasto y comida
del pan, cuya substancia es preferida
al hijo propio, grato y obediente.

—Si soy perra, Señor, curad mi rabia,
pues sois Salvador en quien se encierra
gracia inmortal, de que hacéis barato.

[1] *Epitome de los triunfos de Jesús* (Sevilla 1686).

No me agraviáis (que la verdad no agravia),
antes me engrandecéis, que, si soy perra,
bien os podré sacar por el olfato [1].

EL HIJO PRODIGO

LOPE DE VEGA

(1562-1635)

El más mozo de los dos
dijo al padre: «De mi hacienda
me das lo que me ha tocado,
padre, pues es justa deuda».
El padre, con sentimiento
justo, porque ya no eran
consejos, parte le dió
la que le tocaba della.
Juntó criados iguales
a su edad, y en extranjeras
tierras, lejos de las suyas,
que locamente desprecia,
consumió su patrimonio
entre amigos y rameras,
que unos y otras acompañan
mientras dura la riqueza.
Desamparado de todos
y habiendo en aquella tierra
hambre universal, el triste,
viéndose en tanta pobreza,
púsose a servir, y el dueño
en el monte de una aldea
le puso a guardar ganado
negro. ¡Qué suerte tan negra!
Deseoso el miserable
de satisfacer siquiera
su hambre de las bellotas,
acordóse de la mesa
de su padre, y dijo a voces,
bañado en lágrimas tiernas:
«¡Oh cuántos criados míos
tienen abundancia en ella
de pan, y yo muero aquí
de hambre! Mas ¿qué pereza
me detiene, aunque es tan justa
por mi culpa la vergüenza?

1 *Peregrinos pensamientos de misterios divinos* (Baeza 16
fol. 147v.

Levantaréme y diréle:
«Padre, a tus entrañas tiernas
viene un hijo tan indigno
de que este su nombre sea;
padre, pequé contra ti
y contra el cielo y la tierra;
padre, confieso mi culpa,
dele iniquitatem meam»[1].

LA CONVERSION DE LA MAGDALENA

JOSÉ SOMOZA

(1781-1851)

A la virtud, cuando habitara el suelo,
su imperio la belleza sometía;
la faz encantadora que atraía
el mundo al sonreír lloró ante el cielo.

Calmóse el huracán que en raudo vuelo
el mar de las pasiones embestía;
fué la tiniebla luz, la noche día,
alzando la verdad su eterno velo.

La paz logró en la tierra una victoria,
y a las plantas del Justo por trofeos
se vieron los placeres, los amores.

Las insignias del triunfo de más gloria,
las armas de la lid de los deseos,
suspiros, besos, lágrimas, olores[2].

COLOQUIO DE LA SAMARITANA

JOSÉ MARÍA PEMÁN

Abogado (contemporáneo)

—Cuando iba al pozo por agua,
a la vera del brocal
hallé a mi Dicha sentada.

—Samaritana:
¿dónde están los ungüentillos
de nardos que te aromaban?

[1] De *San Nicolás de Tolentino*, en «La poesía lírica en el teatro antiguo». Coleccion de Escritores Clásicos Castellanos (Madrid 1909).

[2] *Poetas líricos del siglo XVIII*, t. 3, en Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, t. 67, p. 467.

¿Dónde la linda sortija
y dónde las arracadas?
¿Dónde los cinco maridos
que tu amor enamoraban?

—Hallé mi Dicha sentada
a la vera del brocal
cuando iba al pozo por agua.

—¡Ay, samaritana mía,
si tú me dieras del agua
que bebistes aquel día!

—Toma el cántaro y ve al pozo;
no me pidas a mí el agua,
que a la vera del brocal,
la Dicha sigue sentada [1].

1 *Poesía*, en Obras Completas, t. I (Madrid 1947), p. 786.

III. SAGRADA PASION

LA ENTRADA DE CRISTO EN JERUSALEN

JOAQUÍN LORENZO VILLANUEVA

(1757-1837)

Magnífica es tu entrada,
Señor de tierra y cielo,
en la que reina fué de las naciones;
a lo sumo ensalzada
por niños y garzones,
al ver hoy un modelo
de la humildad con que bajaste al suelo.

Rey eres de los reyes,
sin principio es tu trono,
no es breve o mundanal tu señorío;
reino que va a tus greyes,
de hoy más es reino mío;
de tu cetro blasono,
pues contigo en tu gloria me corono.

Hosana al que naciera
de David, canta leda
Salén, y llega el eco al alto polo;
y responde la esfera,
y Febo en cuanto oyólo
desciende de su rueda
por ver do está sin ramos la arboleda.

La palma y el olivo
te rinden su hermosura,
deshaciéndose el bosque en tu alabanza;
da saltos el cautivo
con la cierta esperanza
de su pronta soltura,
viendo al que a rescatarle se apresura.

¡Oh Rey benigno y manso!
Tu gala es la pobreza;
tu fausto, el menosprecio del tesoro;
el afán, tu descanso;
tus placeres, el lloro;
la humildad, tu grandeza,
pues a la cruz tu pompa se endereza[1].

EL JUEVES SANTO

Antonio Cánovas del Castillo

Político (1828-1897)

Despunta el sol. ¿Y aun hoy resplandeciente
su luz el hombre mira?
¿Y las nubes, Señor, no trae el Oriente
preñadas en tu ira?

¡Oh, quién será que a ti la voz levante
con jubiloso acento!
¡Quién será que su pecho no quebrante
derramado lamento!

Pecamos, mi Señor, pecamos duros,
y perdimos tu gloria,
a los antojos del sentido impuros
cediendo la victoria.

Si nos diste el amor para ser buenos,
de él ya crimen hicimos;
y en vil lujuria los ardientes senos
palpitando sentimos.

Y el anhelo fructífero, en ardiente
codicia y dolo infando,
trocar supimos, la feliz corriente
con pecado enturbiando.

Mas ¿qué darás, Señor, al hombre impío
que no sea desventura,
si engendra esclavitud en su albedrío,
y en su ciencia, locura?

Ira suelta, relámpago de ira
que encienda el firmamento,
y llano, y monte, y selva en ancha pira
mueran, y mar, y viento.

1 *Poetas líricos del siglo XVIII*, t. 3, en Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, v. 67, p. 585.

Y acabe, acabe entre la roja lumbre
de Adán la raza ingrata,
cual arde el Etna en su preñada cumbre
como la seca mata.

¿Qué esperas ya, Señor, del hombre triste,
si de piedad prolijo
llegaste a dar por él, y en vano diste,
la sangre de tu Hijo?

Ayes pueblan el Gólgota sublime
tinieblas y hondo arcano;
con espinas la frente, en cruz, redime
Jesús al hombre insano.

Lloran llanto los ángeles del cielo,
llora la piedra dura,
mas el hombre, infeliz, ¿al alto duelo
asiste por ventura?

Mira Jerusalén bañada en risas
y ebria en vino y amores,
al arrullo criando de sus brisas
para guirnaldas flores.

Mira Jerusalén, la ciudad santa,
Señor, de ti escogida,
cómo de tus enojos no se espanta
en lujuria encendida.

Y acaso porque más que en otra alguna
fué tu piedad en ella,
la torpe ingratitud a su fortuna
con sangre tuya sella.

¡Ay de Jerusalén! Sintió tu mano
armada de venganzas;
de flechas tempestad el aire vano
trajo, y brotaron lanzas.

De sus puertas rompieron los cerrojos
las turbas enemigas
y cayeron sus hijos a manojos
como en la siega espigas.

Y allí donde las torres levantaron
altas sombras o hiedras,
ni para los llorar ojos quedaron
ni piedras sobre piedras.

Desataste tu cólera, Dios mío,
en la ciudad bendita;
mas si roto quedó su poderío,
no su raza contrita.

Que, endurecidos a tu amor, cual antes
los hijos de Judea,
por llano, y monte, y mar cruzan errantes
cuantos salvó la tea.

Y aun glorioso el pecado en el recinto
de la ciudad se mira
y arduo Cedrón o ameno Terebinto
horno son de mentira.

¡Ah! No esperes, Señor, que ofrezca el hombre
de su malicia enmienda
ni al tierno son de tu amoroso nombre
ni a tu cólera horrenda.

Fuerza es que acabe y arda en roja lumbre
de Adán la raza ingrata,
cual arde el Etna en su preñada cumbre,
como la seca mata.

Y que al venir las nubes de Occidente
preñadas en tu ira
haga el sol con su lumbre refulgente
del mundo eterna pira [1].

AL LAVATORIO DEL FALSO APOSTOL

LOPE DE VEGA

Besando está JESUCRISTO
de un hombre infame los pies,
después de haberlos lavado
y regalado también.

Como eran los pies autores
de aquella traición crüel,
con la boca está probando
si los puede detener.

¡Oh besos tan mal pagados!
Mi vida, no le beséis,
pues sólo para que os prendan
os ha de besar después.

¡Oh estéril planta perdida,
que, regada por el pie
y dándole el sol de CRISTO,
no tuvo calor de fe!

[1] *Obras poéticas*, en Colección de Escritores Castellanos (Madrid 1887).

¿Los pies le laváis, Señor?
Pero si os va a vender,
¿cómo pueden quedar limpios,
aunque vos se los lavéis?

De aquellos que vos laváis
decía un Profeta Rey
que más que nieve sería,
y en estos pies no lo fué.

Mas no lo quedar el dueño
no estuvo en vos, sino en él,
que mal puede sin materia
imprimir la forma bien.

¡Oh soberana humildad!
¿Quién no se admira que esté
el infierno sobre el cielo,
que es más que el mundo al revés?

Nunca en la Iglesia de Cristo
los hombres pensaron ver
que esté el pecador sentado
y el sacerdote a los pies.

Hoy parece un falso apóstol
más soberbio que Luzbel,
que el otro quiso igualarse,
y éste más alto se ve.

Amigo, entre sí le dice,
¿cómo me quieres poner
en manos de mi enemigo
por tan pequeño interés?

La forma tengo de siervo,
porque le dijo a Gabriel
mi Madre que ella lo era,
y desde allí lo quedé.

Pero es el precio muy poco,
y partes en mí se ven,
que al fin por treinta dineros
es lástima que las des.

Hijo soy de Dios eterno,
y tan bueno como él,
de su sentencia engendrado
y con su mismo poder.

Con las gracias que hay en mí,
mudos hablan, ciegos ven,
muertos viven, que tú solo
no quieres vivir ni ver.

Mi hermosura aquí la miras,
mis años son treinta y tres,
que aun a dinero por año
no has querido que te den.

Aunque es mi Madre tan pobre,
que te diera, yo lo sé,
más que aquellos mercaderes
de la sangre de José.

¿Cómo diste tan barato
todo el trigo de Belén,
pan que la tierra y el cielo
se han de sustentar con él?

¿Qué cordero aquestas Pascuas,
para la Ley de Moisés,
no valdrá más que yo valgo,
siendo de gracia mi ley?

Dulce JESÚS de mi vida,
más inocente que Abel,
no lavéis más estas plantas,
piedras son, que no son pies.

Quitad la boca, Señor,
de ese bárbaro infiel,
y esas manos amorosas
en nuestras almas poned.

Porque lavadas de vos
vayan con vos a comer
ese Cordero divino
a la gran Jerusalén [1].

LA SAGRADA CENA

FRANCISCO DURÁN VIVAS

(Siglo XVII)

Dijo: Pues el tiempo llega
de partirme de esta vida,
y una codicia perdida
a la malicia me entrega,
o a la iniquidad, que ciega,
buscando la sombra oscura,
huye de la luz segura,
cuyas experiencias niega.

1 *Rimas sacras*, Ed. Sancha, t. 13.

En lugar de este cordero,
que esta noche habéis comido,
que fin de la Ley ha sido,
nuevo Phasse daros quiero:
olvidaráse el primero;
que en este que comeréis,
mi cuerpo recibiréis
infalible y verdadero.

Entonces tomó en su mano
sagrada el pan acimal,
que bendijo el celestial
Cordero, el Rey Soberano,
que por el linaje humano
camina al trance más fuerte,
para humillar con su muerte
la soberbia del tirano.

Mi Cuerpo es éste diciendo,
repartió el pan entre todos;
y por semejantes modos
les dió el vino, repitiendo:
Mi sangre es ésta, queriendo
irse y quedarse. ¡Oh amor!
¡Oh fineza, la mayor
que los hombres están viendo!

Este, prosigue, el pecado,
sacramento instituído,
os quitará, porque ha sido
a este fin determinado.
Será siempre renovado
este puro sacrificio
y este eterno beneficio,
por memoria del pasado.

No otra, por más que pía
ofrenda se piense ya,
agradable a Dios será
de las que la Ley hacía.
Esta propiamente mía
a mi Padre será acepta;
pues lo que dijo el Profeta
lo verifica este día.

EL LAVATORIO DE PEDRO

FRANCISCO DURÁN VIVAS

Llegó a Pedro, y él, esquivo,
dijo: No admito, Señor,
que se haga a un pecador
un favor tan excesivo.
¿Quién soy yo que le recibo?
¿Quién eres tú, Rey del cielo,
que vistes humano velo,
siendo Hijo de Dios vivo?

No consentiré ni puedo
sufrir que lave mis pies
quien Señor del mundo es,
que enseñó Juan con el dedo:
de quien más que absorto quedo
mirando su majestad
y viendo la indignidad
que de mi bajeza heredo.

Como el misterio no entiende,
el ser lavado rehusa
Pedro; pero Cristo acusa
así a Pedro, y le reprende:
Déjate lavar, atiende,
porque de verdad te digo
que no será más mi amigo
quien excusarlo pretende.

No resistas arrojado
lo que ves hacer aquí,
que más me agradas si así
de mi mano estás lavado.
Entonces Pedro: ¡Oh sagrado
Redentor! ¡Oh suma Alteza!
Mis manos lava y cabeza.
¡Oh Cordero inmaculado!

Lávame, porque el candor
me restituyan tus manos,
tú que eres de los humanos
Formador y Salvador.
Sol de divino esplendor
y Luz de Luz engendrada,
indeficiente, increada,
con eterno resplandor.

No tienen necesidad,
dijo, los que están lavados
más que de lavar cuidados
que dió alguna liviandad.
En vosotros no hay maldad
que necesite esos modos:
limpios estáis, mas no todos,
porque en alguno hay fealdad [1].

A LA ORACION DEL HUERTO

Lope de Vega

Hincado está de rodillas
a su Eterno Padre inmenso
el que a su diestra sentado
juzgará a los vivos y muertos.

Como ha de morir en monte,
en el monte está el Cordero,
para ver, pues dió la hostia,
el cáliz donde le ha puesto.

A las palabras que dice,
las peñas se estremecieron,
que apenas de Dios las peñas
saben hacer sentimiento.

De ver a Dios de rodillas
se está deshaciendo el suelo,
aunque a los rayos del Padre
se huelga de verle en medio.

Si dice Dios que su alma
tristeza está padeciendo,
¿cómo ha de haber cosa alegre
en la tierra ni en el cielo?

Que para verificarse
que era hombre verdadero,
fué menester que su carne
tuviese a la muerte miedo.

Al fervor de la oración
sudó sangre todo el cuerpo,
que sus delicados poros
quedaron todos abiertos.

[1] *Grandezas divinas. Vida y muerte de Nuestro Señor Jesucristo,* que dejó escritas en verso el licenciado Francisco Durán Vivas (Madrid 1643), p. 22 del canto I.

Aquel bálsamo precioso
cogió la tierra en su seno,
que como es su hijo el hombre,
quiere guardar su remedio.

Echóse en la tierra CRISTO,
su rostro le deja impreso,
que es de amantes dar retratos
cuando se están despidiendo.

Al Padre vuelve la espalda,
para que en sus hombros tiernos
den los rayos de su ira,
no al suelo que está cubriendo.

En fin, volviendo la cara,
de su mismo Padre espejo,
movió el cielo con la voz
a lástima y a silencio.

Pase este cáliz de mí,
si es posible, Padre eterno;
mas no se haga la mía,
tu voluntad obedezco.

Crecieron tanto las ansias,
que fué menester que luego,
rompiendo un ángel los aires,
bajase a darle consuelo.

¡Ay, JESÚS de mis entrañas,
cómo habéis venido a tiempo
que os consuelen, siendo Dios,
las criaturas que habéis hecho!

¿Adónde estáis, Virgen pura,
que a vuestra falta los cielos
un ángel a CRISTO envían?
Llegad y esforzadle presto.

Decidle: Dulce Hijo mío,
cuando ayunasteis, vinieron
mil ángeles a esforzaros
con soberano sustento.

Cuando nacisteis, bajaron
dos mil ejércitos bellos;
y cuando vais a morir,
uno solo viene a veros.

Limpiadle, Virgen piadosa,
la sangre con los cabellos;
y pues le deja su Padre,
vea a su Madre a lo menos.

Id vos con ella, alma mía,
entrad también en el huerto,
no sospechen que os quedáis
con el que viene a prenderlo.

Decidle: Dulce JESÚS,
aquí estoy al lado vuestro,
para padecer con vos,
no para negaros luego.

Vámonos presos los dos,
pues vais por mis deudas preso:
cinco mil son los azotes;
muchos son, partir podemos [1].

AL SUDOR DE CRISTO EN GETSEMANI

BARTOLOMÉ L. DE ARGENSOLA

(1562-1631)

¿Qué estratagema hacéis, guerrero mío?
Mas antes que inefable Sacramento,
que os bañe en sangre sólo el pensamiento
de que se llega el plazo al desafío;

derramad de vuestra alma otro rocío,
que aduerma o arme al flaco sentimiento:
mas vos queréis que vuestro sufrimiento
no cobre esfuerzo, por cobrar más brío.

Que no es temor el que os abrió las venas,
y las destila por los poros rojos,
que antes él los espíritus retira.

Sino como os viene ante los ojos
mi culpa, ardéis de generosa ira,
y en estas luchas aumento vuestras penas [2].

EL PRENDIMIENTO

DIEGO RAMÍREZ PAGÁN

Sacerdote (siglo XVI)

Ya el Señor era apartado
de los suyos para orar,
en tierra el rostro pegado
con su sangre y del llorar
todo en lágrimas bañado.

[1] y [2] *Rimas* (Zaragoza 1636).

Ya en oración viva y fuerte
le pide al Padre que vierta
el cáliz de amarga muerte,
ya con voluntad abierta
a la de Dios se convierte.

Cuando la lumbre se vió
de las hachas y lanternas
y al camino les salió
Cristo con entrañas tiernas,
esto a todos preguntó:

«¿A quién buscáis?» Y dijeron:
«A Jesús de Nazarén».
«Yo soy», responde, y cayeron
de espaldas, que a mal ni a bien
levantar no se pudieron.

La voz que los ha abatido,
esa misma los levanta,
y en lo flaco ha parescido
un ser de grandeza tanta,
que atemoriza el sentido.

Ya el mal discípulo ha dado
paz a su maestro bueno;
¡oh Judas desamorado,
con beso diste el veneno
de tu corazón malvado!

Tras de la espía venían
uno a uno y dos a dos,
ciegos por ciego seguían,
tan lejos de ver a Dios,
que aun viéndole, no le vían:

«Ya os dije cómo yo era,
dejad ir mi compañía
segura por su carrera,
hartaos en la muerte mía,
pues sólo basta que muera».

Esto previno el Señor
para cumplir la Escriptura,
guarde como buen pastor
los que me diste, y segura
les fué su vida y honor.

Entonces sacó un terciado
Simón Pedro que traía
y a Malco, de Anás criado,
le cortó con osadía
la oreja del diestro lado.

«Mete en la vaina el puñal,
dijo el Señor a Simón,
pues mi Padre celestial
manda que de mi pasión
beba este cáliz mortal».

La enferma natura humana
me escancia este vaso lleno
de una bebida inhumana
y Adán porgará el veneno
que comió de la manzana.

¡Oh voz de gran señorío,
poderosa a detener
el apostólico brío,
tan valiente en su correr
como la rabda de un río!

Que si más alas le diera
tan menudos los cortara
y tantas piezas hiciera,
que por la mayor quedara
lo que cortó en la primera.

Ya vuestro deseo es visto;
Pedro, dejad el rigor,
no andéis con armas tan listo;
seguid al manso pastor,
pues sois oveja de Cristo.

Y si en esta alteración
tomáis armas como honrado,
sean con buen corazón
de sacerdote y prelado,
que son llanto y oración.

Siervos, el cuadra y tribunos
a Jesús echan las manos,
de ropa y brazos los unos,
y otros, como más villanos,
más pesados e importunos.

De la barba apresurados
prenden y de los cabellos
al Rey de los principados,
yendo a desprender a ellos
de sus culpas y pecados [1].

1 *Historia de la sagrada Pasión de nuestro Redentor Jesucristo,* según el evangelio de San Juan (Valencia 1564), fol. 8v. Reedición facsimilar de la A. L. y A. L. (Madrid 1950).

JESUS ANTE CAIFAS

SALVADOR JOSÉ MAÑER

(Siglo XVIII - † 1751)

A la casa de Caifás
se dirigen; mas primero
a Anás lo llevan, por ser
de aquel pontífice suegro.

¡Oh estado de un miserable!
Que aun para mayor desprecio
lo abatido en su decoro
motiva más alto obsequio.

Llegan al palacio, y llega
a lo sumo el vituperio,
y en baldón de Cristo,
de contrapunto el voceo.

Ante Anás el Señor ponen,
y a dos puntos reduciendo
toda la pregunta, hizo
el examen contrapuesto.

De los discípulos hace
primer escrutinio, y luego
pregunta por la doctrina,
el buen orden confundiendo.

Que antes por ella el examen
debiera empezar, respecto
que en los discípulos dice
relación de presupuesto.

Y así sólo en la doctrina
responde, pues siendo cierto
ser sana, selecta y pura,
el otro punto es supuesto.

Que los discípulos son
a todas luces perfectos,
cuando el sol de la enseñanza
resplandece en el Maestro.

«Nada a escondidas he hablado
(dijo el Señor), que en el templo
y en la sinagoga han sido
públicos mis documentos.

»A mí, pues. ¿qué me preguntas?
Si saber quieres lo cierto,
no te informes de mi dicho,
sino de los que me oyeron».

Entonces un mal ministro,
por agradar a su dueño,
el rostro más sacrosanto
señaló con cinco dedos.

A cuyo golpe inhumano
se estremecieron los cielos,
admirados que en un hombre
cupiera tal desafuero.

La vergüenza que el Señor
recibiría en tal hecho,
ni las palabras la alcanzan
ni cabe en el pensamiento.

De la respuesta de Cristo
hizo agravio el palaciego:
que aun lo que al dueño no ofende
le lastima al lisonjero.

¡Oh cuánto por los palacios
se encuentran destos ejemplos,
donde la lisonja toma
por propio el agravio ajeno!

«¿Así al pontífice hablas?»,
le pregunta, pretendiendo
el venderle a su señor,
por fineza, un sacrilegio.

Que como allí el desacato
era ofensa al juez perverso,
para obligarle previno
que excedió por su respeto.

«Si he dicho mal, dime en qué
(Cristo le responde). Y si es cierto
lo contrario, ¿por qué causa
me maltratas con el hecho?»

¡Oh humildad incomparable,
que aun en la queja es tan tierno,
que de queja sólo tuvo
el primer viso de serlo.

Sólo esta vez se quejó,
por ser tan grave el exceso,
que el golpe le dió en el rostro,
pero en la doctrina el eco.

De injurias de la persona
nunca dió muestra de duelo,
mas de la doctrina siempre
rechazó todo lo opuesto.

Pero como no tocaba
a Anás el conocimiento,
ligado como venía,
remitió a Cristo a su yerno.

Y en tanto que al tribunal,
sólo a iniquidades nuevo,
pasan a Cristo, mudando
de jueces, mas no de intento.

Descansa, lector piadoso,
si hay en el tropel sosiego;
y en nueva estación escucha
nuevos, injustos progresos [1].

LA NEGACION DE SAN PEDRO

FRANCISCO ADAME DE MONTEMAYOR

Presbítero (siglo XVII)

Llegados de Caifás a los umbrales,
cuyas puertas de par en par hallaron,
entraron dentro aquellos infernales
y ante Caifás a Cristo presentaron;
y aquí los dos discípulos leales,
a vueltas destos, hasta un patio entraron,
sin haber quien su entrada contradiga
ni cosa acaecelles que se diga.

* * *

Mas ya del fuego Pedro se ahuyenta
y a la sala camina furibundo,
do la tragedia se hace y representa,
siendo el autor el que lo fué del mundo;
tras él la sierva va, y viendo atenta
de Pedro el rostro y su dolor profundo,
dellos es éste (dijo), y yo haré bueno
que viene con Jesús de Nazareno.

1 *Historia métrica-crítica de la sagrada pasión de nuestro Redentor Jesucristo.* Su autor, don Salvador José Mañer (Madrid 1732).

Otro de aquellos que también se halla
cerca le dice alzando ceja y sienes:
«Discípulo eres tú de la canalla,
y dello mil señales das y tienes».
El santo más no sufre ni más calla,
y, mostrando enojarse, con desdenes
juró, y, habiendo hecho juramento,
dijo, presente grande ayuntamiento:

«Por Dios vivo que nunca he conocido
ni conozco tal hombre, ni soy suyo,
y grande rato ha que os he entendido,
mas no por eso vuestra cara huyo».
Esto dicho, tampoco no ha caído
en la ofensa que hace y yerro, cuyo
fué para quien amaba tanto, tanto,
que no se excusa de que cause espanto.

* * *

Vuelven éstos a él, diciendo: «Cierto
que en ti se ven mil muestras de quién eres,
y, aunque procuras más estar cubierto
con tus mal fingidísimos placeres,
tus suspiros te hacen descubierto,
y ansí, si la verdad decirnos quieres,
discípulo eres déste; y que se crea,
tu habla nos lo da, que es galilea».

Sintió Pedro esto ahora extrañamente,
mas calla, disimula y no se aleja;
y, estando así cercado desta gente,
otro con él de nuevo aquí empareja.
El cual debía de ser primo o pariente
de aquel a quien cortado había la oreja,
y la plática oyendo, más se llega
y la lengua furioso así despliega:

«¿Cómo te atreves, di, le dice airado,
a negar lo que vemos que es tan cierto,
ni cómo de llegarte aquí has osado?
¿Pensaste, por ventura, estar cubierto
discípulo así, siendo déste honrado?
Que yo te vi con él dentro del huerto;
estos ojos te vieron, yo lo digo,
y soy desta verdad muy buen testigo».

Tras esto, confirmaba estas razones
con grandes y solemnes juramentos
y con otras sin cuento maldiciones,
con que amansar quería sus intentos.

¡Ay Pedro, ay cobardía y ay borrones,
que derrocáis tan altos fundamentos!
¡Ay amor, ay valor y ay todo junto,
y cómo os acabáis en sólo un punto!

* * *

Y apenas los fierísimos tiranos
del rostro sacro el lienzo derribaron,
cuando volvió los ojos soberanos
y en los de Pedro tristes se enclavaron.
Y a su mirar de Pedro, los humanos
espíritus internos retemblaron.
Fué la final que, estando en este aflito,
sonó del gallo el doloroso grito [1].

LAGRIMAS DEL APOSTOL SAN PEDRO

JERÓNIMO DE LOS COBOS

(Siglo XVI)

¡Ay dolor blando! ¡Ay muerte perezosa!
¡Ay secos ojos, corazón de acero!
¡Ay vida falsa, triste y afrentosa,
que por tu flaco estorbo no me muero!
¿Cómo es posible que tan baja cosa
la gloria de morir quite al más fiero
y se diga en el mundo que ha vivido
un momento quien tal ha cometido?

¿Yo negué a mi Jesús? ¿Estoy durmiendo?
Durmiendo debo estar, que no es posible
que yo niegue al Señor, a quien sirviendo
está el mundo visible e invisible.
¿Y no traga la tierra al más horrendo
pecador? ¿Y no esconde el más terrible
mal que ha cabido en corazón humano
después que Dios le deja de su mano?...

Pues le negué, deséeme la vida
y fálteme la luz del día hermosa
y en alma tan malvada y dolorida
more una eterna noche y tenebrosa
hasta que con lágrimas vertida
vaya mi ofensa, y quede gloriosa

[1] *Nacimiento, vida y muerte del apóstol San Pedro, príncipe de la Iglesia* (Toledo 1698).

mi vida de gozar con Dios la muerte,
ya que tuvo en vivir tan triste suerte.

Y en tanto que a mi angustia sale el día
y se aplaca el rigor justo del cielo,
en llanto se deshaga el alma mía,
dando a mis ojos un perpetuo duelo;
para que, ya que fuí la obscura guía
de tan grave pecado, vea el suelo
que Pedro, que su Dios había negado,
con lágrimas eternas lo ha llorado.

Mas ¿qué disculpa tiene el ser llorada
maldad que igual no tiene en lo criado?
¿Qué región hallaré tan apartada,
qué piélago de mar tan alterado
donde la esconda? No aprovecha nada;
que para descubrir tan gran pecado,
las peñas del desierto hablarían
y las furias del mar se amansarían.

Pues triste, ¿qué haré, que mi tormento
me acaba y no puedo, ¡ay!, acabarme,
que de tan grave culpa el sentimiento
me da vida por más tormento darme?
Fálteme el bien y fálteme el contento,
pues que tan mal del mal supe guardarme;
jamás merecer puedo cosa buena,
sino según la culpa haber la pena [1].

A LOS AZOTES DE CRISTO

Francisco Pacheco

Pintor, poeta y literato (1571-1654)

Pudieron numerarse las señales
que en vuestra carne delicada y pura,
¡oh imagen de la eterna hermosura!,
el reparo imprimió de nuestros males.

Aunque fueron en sí tantas y tales
que el ingenio, no sólo a la pintura,
vencen, y tú, ¡oh sagrada vestidura!,
a trasladar en ti su gloria vales.

Mas el amor que cela el rojo velo,
¿quién lo podrá contar, si aun el efeto
la arte noble a formarlo no es bastante?

[1] *Poetas religosos inéditos del siglo XVI*, sacados a luz por don Marcelo Macías y García (La Coruña 1890).

Fué sin principio, eterna será, ¡oh cielo!
¿Cómo a tan grande amor no me sujeto?
¿Qué hago, ¡oh piedra!, en deuda semejante? [1]

A LA CORONA DE ESPINAS

(Villancico)

SOR VIOLANTE DO CEO

Monja portuguesa (1601-1693)

Favor, Monarca divino;
piedad, ¡oh Rey de la gloria!,
que me matan las espinas
de tu divina corona.

Herida vengo en el alma
de su fuerza poderosa,
porque en el alma me hiere
lo mismo que me enamora.

Coronado estás de espinas
por coronarme de rosas,
que siempre fueron tus penas
instrumentos de mis glorias.

Tu corona soberana,
¿quién duda que excede a todas?,
pues motiva rendimientos
cuando asegura victorias.

Cantores de la gloria,
aplaudid el valor de esta corona,
dicid a la tierra en voz sonora:
Esta corona sí que excede a todas,
estas espinas sí que vencen rosas.

Amantes serafines,
mirad esta corona,
que amor las flechas deja
y sus espinas toma.

Y dicid a la tierra en voz sonora:
Esta corona sí que excede a todas,
estas espinas sí que vencen rosas.

Almas, que por vencidas
llegáis a vencedoras;

1 *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, t. 1, en Biblioteca de Escritores Españoles, de Rivadeneyra, v. 32, p. 369.

mirad que espinas tales
prometen muchas rosas.

Esta corona sí que excede a todas,
estas espinas sí que vencen rosas [1].

CRISTO ANTE PILATOS

JESÚS GARCÍA PERDICES

(Contemporáneo)

Pilatos, pretor romano,
ante tu mirada tiembla.
Señor, ¿qué dicen tus ojos
al gobernador del César?
¿Qué tempestades ocultas
en tu mirada serena,
que tus ojos resplandecen
con la luz de las estrellas?
Si tiembla Poncio Pilatos,
es que escucha a su conciencia,
aguijón de los cobardes
que no saben defenderla.

Amarrado a la columna,
Jesús padece la befa
de los soldados de Roma
que en torre Antonia se encuentran.
Su cuerpo maravilloso,
de una hermosura perfecta,
sangra de heridas abiertas.

Jesús, sufriendo el escarnio
de la ruda soldadesca,
ha ganado la aureola
de su majestad suprema.
¿Qué importa que entre sus manos
un cetro de caña tenga?
¿Y qué importa la corona
de espinas en su cabeza?
¿Qué importa el manto de harapos
que cubre su realeza,
si Jesús ha conseguido
la misión que se impusiera?

[1] *Parnaso lusitano de divinos e humanos versos, compostos pela madre soror Violante do Ceo, religiosa dominica no convento da Rosa de Lisboa* (Lisboa MDCXXXIII), t. 2, p. 521.

Si ha conseguido salvarnos
a costa de su existencia,
amarrado a la columna
donde tanto le atormentan,
Jesucristo nos perdona,
Jesucristo nos espera [1].

ENCUENTRO EN LA CALLE DE LA AMARGURA

LUCAS FERNÁNDEZ

(Siglo XV)

San Mateo

Desque Juan le vió llegado
a la muerte, así, a deshora,
con la nueva apresurado
vuelve a la Virgen turbado
diciendo: «Salid, Señora,
oirés aquel pregón:
que va a muerte condenado
aquel que, sin corrupción,
en perfición
concebistes sin pecado.

Dejad el trono real,
apresúreos el dolor,
veréis aquel divinal
sancto rostro imperial
cómo va tan sin color.»
Con tales nuevas turbada
sale la Virgen María,
sin fuerzas, apresurada,
transformada
con el dolor que sentía.

Y viendo con tal fación
aquel Hijo tan amado,
comienza su corazón
a quebrarse de pasión,
de tormento traspasado.
Ea, Virgen singular,
que si vais fuera del cuento
en el parir sin penar,
d'escotar
lo habéis en este tormento.

[1] *Río de piedras* (Guadalajara 1950), p. 78.

¿Veis? Va su fuerza escondida
entre aquel pueblo tirano,
que la hora es ya venida
donde quitarán la vida
al Hijo del Soberano.
Dad, Señora, dad mandado
en la corte celestial,
que tienen su Rey cercado
y maltratado
por la culpa paternal.

San Dionisio

Dime, di dónde quedaron
las gentes que le seguían.

San Mateo

Todos, todos le negaron,
todos le desampararon.

San Dionisio

¿Cómo no le socorrían?

San Mateo

Bien como oveja paciente
entre los lobos rabiosos,
quedó el gran rey obediente,
muy clemente,
entre perros maliciosos.

San Dionisio

¿Qu'és de los reyes indianos
que vinieron a adorarte?
¿Dónde están tus cortesanos,
que la fuerza de sus manos
no socorren ayudarte?

San Pedro

Entre los fieros halcones
muere l'águila caudal,
viéndole aquellas legiones
y naciones
desde el coro angelical.

San Mateo

Como leona parida
sobre los sus embrios brama,
así la madre afligida,
con ansia más que crecida,
por su Hijo y Dios reclama.
Por la sangre rastreando
iba aquella Reina santa,
muy dulcemente llorando
y entonando
el canto qu'el cisne canta.

Con la Virgen sus pisadas
seguían dos mil matronas
lacrimando lastimadas,
muy tristes, desconsoladas,
compasibles sus personas.
Dándole llorosas quejas:
¿por qué te sufres llevar,
nuestro Dios, y así te alejas
y te dejas
dese pueblo vil matar?

El buen Jesu nazarén
volviólas dulce a mirar,
y respondióles también:
Filiae Hierusalem,
no queráis por mí llorar;
llorad, llorad sobre vos,
llorad sobre vuestros hijos [1].

JESUS CON LA CRUZ A CUESTAS

JOSÉ DE LA VEGA GUTIÉRREZ

(Contemporáneo)

Te he visto tantas veces, Padre mío,
que recordar no puedo las que fueron.
Mis ojos infantiles te siguieron
por las calles del viejo caserío.

Llegado el tiempo del furor impío,
también mis ojos tus pisadas vieron
por las desiertas calles, que tuvieron
un temblor de silencios y de frío.

[1] *Farsas y églogas al modo y estilo pastoril y castellano.* Edición de la R. A. E. (Madrid 1867), p. 238.

Y así, todos los días de mi vida
veo tu dulce imagen preferida
con emoción que mi fervor levanta,

sin que te ruegue nada ni te pida,
porque la voz, Señor, queda escondida,
con angustioso nudo, en mi garganta [1].

CAMINO DEL CALVARIO

Tirso de Molina (Fray Gabriel Téllez)

Mercedario (1571-1648)

Dulce Señor, enamorado mío,
¿adónde vais con esa cruz pesada?
Volved el rostro a una alma lastimada
de que os pusiese tal su desvarío.

De sangre y llanto entre los dos un río
formemos hoy; y si a la vuestra agrada,
partamos el dolor y la jornada,
que de morir por Vos, en Vos confío.

¡Ay, divino Señor del alma mía!
No permitáis que otro nuevo esposo
me reconozca suya en este día;

bajad de vuestros cielos amoroso,
y si merece quien con vos porfía,
dadme estos brazos, soberano Esposo [2].

LA MUJER VERONICA

Manuel Díez Crespo

(Contemporáneo)

Como un relámpago, la voz del orbe
el arrojo la poda.
Una rama en la calle es lo que toda
la vibración absorbe.

¿Para qué sirve tanta nervadura
que ve sólo el aprecio?
Enséñanos, mujer, en el desprecio,
a romper la armadura

[1] *Tiempo y espíritu,* poemas y romances de Jaén (Jaén 1948).
[2] *La joya de las montañas,* comedia famosa y verdadera historia de Santa Orosia; jorn. 2, esc. 7, en «Comedias de Tirso de Molina», t. 2, N. B. A. E. (Madrid 1907).

que nos encierra en descreída mente,
y burlemos la siesta.
Si el mundo cree que la vida es fiesta,
despreciemos la gente.

Verónica de lino sin señales,
modelación de aplomo;
trae a mis manos tu gentil asomo
fuera de los mortales.

La flor de hierba, aunque bello el prado,
es signo de la muerte.
Y yo, sin descansar, quisiera verte
con la faz del Amado.

Tú la conservas bien en amoroso
candal de primavera.
¿Era rubio, moreno, cómo era?
«Era blanco y hermoso...» [1]

A CRISTO EN LA CRUZ

Luis de Góngora

Beneficiado de Córdoba (1561-1627)

Pender de un leño, traspasado el pecho
y de espinas clavadas ambas sienes;
dar tus mortales penas en rehenes
de nuestra gloria, bien fué heroico hecho.

Pero más fué nacer en tanto estrecho
donde para mostrar en nuestros bienes,
a donde bajas y de donde vienes,
no quiere un portalillo tener techo.

No fué ésta más hazaña, ¡oh gran Dios mío!,
del tiempo, por haber la helada ofensa
vencido en flaca edad, con pecho fuerte

(que más fué sudar sangre que haber frío),
sino porque hay distancia más inmensa
de Dios hombre que de hombre a muerte [2].

[1] *La Voz Anunciada* (Madrid 1941).
[2] *Obras poéticas de Góngora* (Nueva York 1921), t. 1, p. 200.

AL BUEN LADRON

Francisco de Quevedo y Villegas

(1580-1645)

¡Oh vista del ladrón bien desvelado,
pues estando en castigo tan severo,
vió reino en el suplicio y el madero,
y el Rey en cuerpo herido y justiciado.

Pide que de él se acuerde el coronado
de espinas, luego que Pastor Cordero
entre en su reino, y deja el compañero
por seguir al que robo no ha pensado.

A su memoria se llegó que infiere
con Dios su valimiento, porque veía
que por ella perdona a quien le hiere.

Sólo que de él se acuerde le pedía
cuando en su reino celestial se viere,
y ofrecióselo Cristo el mismo día [1].

EL ALMA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR EN LA CRUZ

Lope de Vega

(1562-1635)

Entre estas cinco llagas,
¡oh Cristo soberano!,
y al son de las corrientes
comenzaré mi llanto.
¿Cómo estáis desa suerte,
decid, Cordero casto,
pues naciendo tan limpio,
de sangre estáis manchado?
La piel divina os quitan
las sacrílegas manos,
no digo de los hombres,
pues fueron mis pecados.
Aquella blanca niña
tan virgen en el parto
como antes y después,
más pura que el sol claro,
parió vuestra hermosura
de sólo catorce años
en un pesebre humilde
como a Cordero manso.

[1] *Obras de Quevedo,* en B. A. E., t. 69.

Y desde el mismo día
siempre os está mirando,
vertiendo por el hombre
la sangre que os ha dado.

Jesús de María,
Cordero santo,
pues miro vuestra sangre,
mirad mi llanto.

Bien sé, pastor divino,
que estáis subido en alto,
para llamar con silbos
tan perdido ganado.
Ya os oigo, pastor mío,
ya voy a vuestro pasto,
que como vos os dais
ningún pastor se ha dado.
Pelícano amoroso,
con sangre estáis llamando,
que corre a toda prisa
de pies, costado y manos,
esclavo vuestro soy:
ponedme vuestros clavos,
quitadlos, vida mía,
descansaréis los brazos.
¡Ay de los que se visten
las telas y brocados,
estandos vos desnudo
en un desierto campo!,
¡Ay de aquellos que comen
manjares delicados,
porque la fénix sola
se escapa de su plato!
¡Ay de aquellos que beben
en cristales nevados
vinos de aromas llenos,
gustos y precios varios!
Cuando hiel y vinagre
les ponen por regalo
en una amarga esponja
a vuestros dulces labios.
¡Ay de aquellos que ponen
en plática de manos
las sangrientas venganzas
de injurias y de agravios!
Estando vos, Dios mío,
al Padre soberano

por vuestros enemigos
con dulce voz rogando.

Jesús de María,
Cordero santo, etc.

¿Qué piedra o bronce duro,
qué acero, jaspe o mármol,
que basilisco fiero
os puede estar mirando
sin destilar el alma
por los ojos turbados,
como quien es la culpa,
en amoroso llanto?
Tenedme, Señor mío,
mirad que me desmayo;
mas ¡ay!, que estáis asido
con esos fuertes clavos.
Nadie tendrá disculpa,
diciendo que cerrado
halló jamás el cielo,
si el cielo va buscando.
Pues vos con tantas puertas
en pies, costado y manos,
estáis a todas horas
llamando y aun rogando.
¡Ay si los clavos vuestros,
para llegarme tanto,
clavaran a vos mismo
mi corazón ingrato!
¡Ay si vuestra corona,
por este breve rato,
pasara a mi cabeza
y os diera algún descanso!
¡Ay si me deshicieran
esos divinos rayos
en fuego de amor vuestro,
aunque por vos me abraso!

Jesús de María,
Cordero santo, etc. [1]

[1] *Obras sueltas* (Madrid), ed. Sancha, t. 13, p. 327.

LAS SIETE PALABRAS DE CRISTO EN LA CRUZ

CRISTÓBAL DE VILLARROEL

Caballero particular de Ubeda (Siglo XVI-XVII)

Al árbol de victoria está fijada
la arpa de David, que no de Apolo,
resonando del uno al otro polo
con tres clavijas de dolor templada.

Haciendo estaba música acordada
de siete voces, que las canta él solo,
y oyéndolas Neptuno, el fuego, Eolo
y la tierra tembló, de alborotada.

El lamentable acento llegó al cielo,
y donde no se vió dolor ni llanto,
señales vimos de tristeza y duelo.

Oyó una Virgen el lloroso canto,
que es Madre del dolor y del consuelo,
y en lágrimas bañó su rostro santo [1].

PRIMERA PALABRA

FRANCISCO DE QUEVEDO

(1580-1645)

Vinagre y hiel para sus labios pide
y perdón para el pueblo que le hiere,
que, como sólo por que viva muere,
con su inmensa piedad sus culpas mide.

Señor que al que le deja no despide,
que al siervo vil que le aborrece quiere,
que, por que su traidor no desespere,
a llamarle su amigo se comide.

Ya no deja ignorancia al pueblo hebreo
de que es Hijo de Dios si agonizando
hace de amor por su dureza empleo.

Quien por sus enemigos expirando
pide perdón, mejor en tal deseo
mostró ser Dios que el sol y el mar bramando [2].

1 *Flores de poetas ilustres*, de Pedro Espinosa, en «Poetas líricos de los siglos XVI y XVII», t. 2, v. 42 de la Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, p. 36.
2 Biblioteca de Autores Españoles, t. 69, p. 328.

SEGUNDA PALABRA

LOPE DE VEGA

(1562-1635)

Angeles que estáis de guarda
a los presidios eternos,
al arma, al arma, a la puerta,
que quieren robar el cielo.

¿Qué importa que de diamantes
os viese Juan, muros bellos?
Que estando Cristo clavado,
¿cómo podrá defenderos?

Si Cristo santo es la puerta,
ya se la rompen tres hierros,
cuyas llaves sangre baña,
porque den vuelta más presto.

Acechando está un ladrón
por los mismos agujeros
si a la casa del tesoro
de Dios puede dar un tiento.

Como de su Eterno Padre
es el escritorio el Verbo,
adonde guarda sus joyas,
ganzúas de fe le ha puesto.

Por las paredes humanas
que hizo de Dios el dedo
en el vientre de María,
escalas pone a su techo.

Por la humanidad de Cristo
entra a Dios el ladrón diestro,
porque, llegando con fe,
dicen que no es sacrilegio.

Robar quiere la custodia
de su mayor sacramento,
con ver la hostia en el cáliz,
y el cáliz de sangre lleno.

No lleno, aunque lo parece,
que todo se está vertiendo,
que anda revuelta la casa,
como ya se muda el dueño.

¿Qué mucho que anden ladrones,
si ha de ser, Cristo muriendo,

ganancia de pecadores
estar el río revuelto?

Como se abrasa la casa
y dice Dios fuego, fuego,
todas sus joyas arroja
por las ventanas del Verbo.

No le defiende María,
que también su pecho tierno
está clavado en Jesús,
aunque se le arranca el pecho.

Como se le muere un Hijo,
no tiene a la hacienda duelo,
que desde que le parió
le cuesta tantos tormentos.

Tampoco Juan le defiende,
que quien se durmió en su pecho
mal podrá guardar tesoros,
que mal se guardan durmiendo.

Pero ya el ladrón famoso,
como otros muchos han hecho,
quiere acabar predicando
al que está con él, diciendo:

Este padece sin culpa,
y culpados padecemos,
Jesús, hijo de David,
de mí te acuerda en tu reino.

Conmigo, responde Cristo,
estarás hoy, te prometo,
que, como ve que se parte,
hizo barato del cielo.

Alma, llegad a la cruz,
que está todo Cristo abierto,
liberal y manirroto,
como se le acabe el tiempo.

No os quedéis por vuestra culpa
sin los tesoros inmensos;
Dios lleva un ladrón consigo,
mirad cuál anda el deseo.

Como todos le han dejado,
no se espante el mundo desto,
que hacer caso de ladrones
es a falta de hombres buenos.

Ahora que el cielo roban
es buena ocasión, entremos,
que podrá ser que después
le pongan candados nuevos [1].

TERCERA PALABRA

LOPE DE VEGA

Al pie de la cruz, María
está en dolor constante,
mirando al sol que se pone
entre arreboles de sangre.

Con ella, su amado primo,
haciendo sus ojos mares;
Cristo los pone en los dos
más tierno, porque se parte.

¡Oh lo que sienten los tres!
Juan, como primo y amante;
como Madre, la de Dios,
que lo que Dios, Dios lo sabe.

Alma, mirad cómo Cristo,
para partirse a su Padre,
viendo que a su Madre deja,
le dice palabras tales:

«Mujer, ves ahí a tu Hijo».
Y a Juan: «Ves ahí a tu Madre».
Juan queda en lugar de Cristo,
¡ay, Dios, qué favor tan grande! [2]

CUARTA PALABRA

FRANCISCO DURÁN VIVAS

(Siglo XVI)

Bebiendo la muerte ya
está el Autor de la vida,
que la angustia repetida
introduciendo la va;
ve a su Madre que allí está
desmayada, sin sentido,

[1] y [2] *Rimas sacras*, ed. Sancha, t. 13, p. 310.

y entonces con un gemido
a su Padre voces da:

Dios mío, ¿por qué razón
me desamparáis aquí,
si os estáis mirando en mí
por eterna duración?
Grandes las congojas son
que de todas partes siento,
desusado es el tormento
y terrible la aflicción.

¡Oh coloquio inescrutable
del Hijo al Padre! ¡Oh misterio,
que hace sólo el imperio
del mismo Dios apeable!
Si el Padre dispuso amable
que al Hijo muerte se dé,
¿por qué se queja, por qué
agora el Hijo inefable?

Y si ajustada es la queja,
¿cómo el Padre celestial
en esta pena mortal
a su eterno Hijo deja?
La atención está perpleja
aquí, y el discurso aprende,
que quien entenderlo entiende,
más se ofusca y más se aleja.

Suena en el dialecto hebreo
«Helí» lo que «Dios», y así,
oyendo decir Helí
al Cordero nazareo,
el bando enemigo y reo,
que a desprecios se provoca,
a Elías dicen que invoca
al tumulto fariseo.

Susurrante el bien se infiere;
responde que no es Mesías,
pues en estas agonías
favor de un profeta quiere;
si es Dios, ¿cómo pena y muere?;
y si es divino su nombre,
¿cómo o para qué de un hombre
es posible que le espere? [1]

[1] *Grandezas divinas. Vida y muerte de nuestro Salvador Iesv Christo*... Ahora nuevamente reducidas al lenguaje y estilo común destos tiempos por el licenciado don Fernando Vivas de Contreras, su nieto (Madrid 1643).

QUINTA PALABRA

ADRIANO DEL VALLE

(Contemporáneo)

I

Lentos dromedarios cruzan
el desierto de Judá.
Pastores de la Idumea,
rebaños de Galaad,
¿qué cordero entre vosotros
será el Cordero pascual?
De Jerusalén desborda
sus vuelos el palomar,
sus gritos la muchedumbre,
su fragancia el azahar
y de una Roma cesárea
desborda, en lumbre imperial,
su ley romana la espada
que gladia en la luz solar.
Cascos, corazas, fulguran;
suena a fanfarria el metal
y la voz del pueblo hebreo
no cesa de apostrofar
contra Jesús, que en el Gólgota
clavado en la cruz está.
¿Qué de las palmas y ramos
de aquella entrada triunfal?
Termas y aljibes rebosan
líquida diafanidad,
clara linfa fugitiva
que en derramado cristal
refleja cúpulas, torres,
la muralla y su alminar,
y en la muralla, cigüeñas
abiertas de par en par.
Tiene el río anatomía
como una antigua deidad...
Tienen semblantes las aguas,
ojos para contemplar,
barbas de hirsuto ramaje,
peces para acariciar
el relieve de las peñas
con las que topando van.

Y así reflejan las aguas
cuanto pudieron palpar:
cedros, granados, higueras,
algarrobos, el bancal,
el labrador y su yunta
cultivando la heredad,
surco a surco, palmo a palmo,
con el sudor de su afán.
Sus pies va arrastrando el agua,
el barro dejando atrás,
reflejando cabrahigos,
bosques para sestear,
el ordeño en la camella,
el tibio y lento ordeñar,
el jaique del beduíno,
la viña, el árbol frutal,
el olivo, la aceituna
cuando a la almazara va.
Y así va fluyendo el río
desde el venero hacia el mar,
con manos que van palpando,
con ojos para mirar,
con arroyos que son brazos
para poder abrazar,
contra su pecho los cielos;
contro su rostro, el trigal.
Y enmarañadas de estrellas
o ardiendo en lumbre solar,
a grandes sorbos, sus aguas
bebe el seco terrizal.
«Tengo sed», clama la tierra,
sedienta por ser feraz,
y el cáliz del Tiberíades
calma la sed de Canaán.
«Tengo sed», gime el cristiano,
y Dios le ofrece un Jordán.
Y el agua, el agua, en la fuente
y en el entrevisto mar,
despeñada en el Cedrón,
no cesando de manar
ni en Siloé ni en Samaria,
afluyendo en el Jordán,
acrecentando su cauce,
aumentando su caudal
para la sed catecúmena
de toda la Humanidad.
Y el agua, el agua, en vasijas
árabes, queriendo está,

queriendo saciar la sed,
queriendo la sed saciar.
Llega del mar una brisa
que es niñez del vendaval,
desde Cesárea a los montes
calcinados de Moab.
Y los andrajos del agua,
aunque andrajos de cristal,
en las termas del tetrarca
verán púrpura real.

II

Cárdeno se puso el aire
de lividez espectral,
el huerto de los Olivos,
las torres de la ciudad;
las columnas del pretorio
cárdenas también están;
livores sesgan y rasgan
prenuncios de tempestad;
quien tuvo la faz morena,
tiene lívida la faz.
Dura ley la de Tiberio,
que, con mano militar,
a la sangre de los mártires
ofrece la eternidad.
¡Cómo camina el Cordero
siendo Pastor celestial!
¡Cómo camina entre lobos
siendo Cordero pascual!
¡Cómo la albura rastrean
del vellón en el zarzal!
Del sanedrín al pretorio,
cada escriba es un chacal,
una hiena en la carroña,
que no cesa de ulular.
Pueblo de Israel aullando
como un famélico can,
quizás creyendo a la luna
un despojo de albañal.
¡Cómo aúlla entre las tumbas
del valle de Josafat!
Jerusalén... Y allí el Gólgota,
que es cráneo de la ciudad.
Le escupen los fariseos,
Jesús, lapidado, va,

si enterneciendo a las piedras,
endureciendo a Caifás.
Poncio sus manos lavó,
creyó sus manos lavar
de la sangre de Jesús,
y ensangrentadas están
por los siglos de los siglos,
por toda la eternidad;
que al Hijo de Dios condena
y liberta a Barrabás.
¡Oh templo de Salomón,
cuán mayestático, y cuán
tus muros paños de lágrimas,
de lamentación, serán!
Arbol la Cruz, ¿de qué bosque?
Arbol, árbol funeral,
árbol donde Dios redime
las culpas del padre Adán.
Mirad cómo ya lo enclavan,
miradle enclavado ya,
cómo crujen sus tendones,
desgarrados sin piedad;
mirad, hundida en su pecho,
su faz divina, mirad;
oíd su dulce gemido,
mirad su sangre brotar,
su sangre que se extravasa
del cáliz sacramental;
mirad su piel, su corteza,
carne de un ázimo pan;
mirad henchido el racimo
que da su viña mortal,
donde el divino madero
es la viga del lagar.
«Tengo sed», dice expirando...,
la sed del perdón será,
pues que el perdón le manaba
como mana un manantial.
¡Oh tú, Madre del Señor,
María la de Cleofás,
María la de Magdala
y tú, amadísimo Juan,
tiene sed que vuestro llanto
nunca podrá mitigar!
¡Anforas, odres, aljibes,
samaritano hontanar,
tiene sed quien sobre el agua
pudo de pie caminar!

«Tengo sed»... Y en una esponja
hiel y vinagre le dan.
Tembló la faz de la tierra;
crujió la piedra angular
del orbe. Clamó la voz
colérica de Jehová
cuando sonó la hora nona
fundando la cristiandad.
Como epílogo, tinieblas,
un «Laus Deo» universal.
Con sangre testamentaria,
su palabra y su Verdad [1].

SEDIENTO

MERCEDES DE BAVIERA Y BORBÓN DE BRAGATION

(Contemporánea)

Cuando ya está agonizando,
Jesús clama: «Tengo sed»,
y se les queda mirando,
tendiéndoles dulce red.

Un hombre dió un refrigerio
que mitigue su dolor,
sin comprender el misterio
del que moría de amor.

Lo rechazó virilmente
y ese alivio no aceptó,
y esa sed omnipotente
a saciarla no acertó.

Tiene sed de corazones
que le vengan a calmar.
Que dominen sus pasiones,
que sepan lo que es amar.

Quiere que en el trance duro
en que nos tronche el dolor,
ser como el puerto seguro
y el bálsamo protector.

Que se le ofrezca la vida,
el alma y el corazón,
sin dársela dividida,
marchita y con desazón.

[1] Romance expresamente escrito para esta edición de la SUMA POÉTICA.

El holocausto perfecto
al que en el alma infundió
los más sublimes afectos,
al que todo nos lo dió.

Que la cruz siempre me guíe
y la abrace sin pavor
y que sólo en El confíe,
inflamada de fervor.

De ese modo quizá un día
mitigue yo ese dolor
del que en la hostia escondía...
la sed que tiene de amor [1].

SEXTA PALABRA

Fray Pedro Juan Micón

Dominico (1492-1555)

Muy poco tiempo después,
estando el Verbo divino
en cruz por nuestro interés,
vendo al cabo su camino,
dijo: «Consummatum est».
Acabados son los daños,
ya el mundo no tiene embargo,
ya con sus males extraños
da descargo de aquel cargo
que tiene ha cinco mil años.

Dicen que ya es acabado
y que Adán ya se contenta
de lo que Cristo ha gastado;
mas si están los dos a cuenta,
Adán quedará alcanzado.
Basta una gota que vierte
de sangre, quedando vivo,
a pagar, que no es tan fuerte
de mi pecado el recibo
como el gasto de su muerte.

Ya el gesto debilitado
da señal en la partida,
ya tiembla como azogado,
ya con la falta de vida
las venas se han desangrado.

1 *Amor* (Madrid 1949), p. 65.

Ya está el alma prevenida
para este trago tan fuerte,
ya el cuerpo va de caída,
ya la dolorosa muerte
anda en rastro de la vida.

Al cielo el rostro volviendo,
con voz ronca y pecho frío,
expiró el Señor, diciendo:
«En tus manos, Padre mío,
este espíritu encomiendo».
Luego el mundo se aclaró,
luego recibió el ejemplo
la sinagoga y finó,
porque el gran velo del templo
en dos partes se rompió [1].

SEPTIMA PALABRA

ANÓNIMO DEL SIGLO XV

Tierra y cielo se quejaba,
el sol triste se escondía,
la mar sañosa bramando
sus ondas turbias volvía
cuando el Redentor del mundo
en la cruz puesto moría.
Palabras dignas de lloro
son aquestas que decía:
«Yo, Señor, en las tus manos
encomiendo el alma mía.»
¡Oh mancilla inestimable!
¡Oh dolor sin compañía,
que el Criador no criado
criatura se facía
por salvar aquellos mismos
de quien muerte recibía!
¡Oh Madre excelente suya,
sagrada Virgen María!
Vos sóla, desconsolada,
estabais sin alegría [2].

[1] *La sagrada pasión de Nuestro Redentor Jesucristo,* en Biblioteca Clásica Dominicana (Vergara 1925).

[2] *Antología de poetas líricos castellanos,* de Menéndez Pelayo (Madrid 1910), t. 4, p. 367.

A LA CRUZ

ANTONIO ALMENDROS AGUILAR

Cronista de Jaén (1825-1904)

Muere Jesús del Gólgota en la cumbre
con amor perdonando al que le hería;
siente deshecho el corazón María
del dolor en la inmensa pesadumbre.

Se aleja con pavor la muchedumbre,
cumplida ya la santa profecía;
tiembla la tierra; el iluminar del día,
cegando a tanto horror, pierde su lumbre.

Se abren las tumbas, se desgarra el velo,
y a impulsos del amor, grande y fecundo,
parece estar la cruz, signo de duelo,

cerrando, augusta, con el pie el profundo,
con la excelsa cabeza abriendo el cielo
y con los brazos abarcando el mundo [1].

DESPEDIDA DE CRISTO DE SU SANTISIMA MADRE

MOSÉN JUAN TALLANTE

(Siglo XV)

Villancico

Si me parto, Madre mía,
voyme a Dios;
luego volveré yo a vos.

Pártome todo llagado,
oprimido y denostado;
tornaré glorificado
en día dos;
luego volveré yo a vos.

Llevo los de la prisión
que libré por mi pasión,
que reciban bendición
allí con nos;
luego volveré yo a vos.

1 Soneto grabado en piedra al pie de la cruz del castillo de Jaén.

A los cuales redimí
con los tragos que bebí:
no fueron de benjuí
ni d'agua ros;
luego volveré yo a vos.

Mas d'una tal amargura,
cual designa en escriptura
por ejemplo y por figura
San Ambrós:
luego volveré yo a vos [1].

EL DUELO DE LA NATURALEZA

FRAY DIEGO DE HOJEDA

Sevillano. Dominico (1570-1615)

Estaba el sol entonces coronado
de largas puntas de diamantes finos,
y, en medio de su curso levantado,
los montes abrasaba palestinos.
Miguel, viendo a su Dios crucificado,
desnudo ante los bárbaros indinos,
con hidalga vergüenza y noble celo
bajó del cielo empíreo al cuarto cielo.

Y a los fuertes caballos rutilantes
que echaban fuego por las bocas de oro,
las ruedas volteando coruscantes
que dan al mundo nuevo gran tesoro;
los encendidos frenos radïantes,
sin guardar al planeta más decoro,
asió con la una mano valerosa,
y con otra la máquina espantosa.

Y el carro así parado, alzó los ojos
al sol, que con mil ojos le miraba,
y fulminando por la vista enojos,
el fin de sus intentos aguardaba;
abriendo, pues, Miguel sus labios rojos,
con voz le dijo, resonante y brava,
increpando al planeta excelsamente
porque daba su luz resplandeciente:

«¿Es posible, inmortal noble criatura,
que miras a tu Dios en cruz desnudo

[1] *Poetas del siglo XV, en* N. B. A. E., t. 22, p. 666a.

y ofreces luz a aquella gente dura
que sin miedo en la cruz ponerlo pudo?
Cubre tu clara faz de noche oscura,
con razón fiero y con verdad sañudo;
desate el mundo así sus gruesas nieblas
y a su Criador conozca en tus tinieblas.

Dijo, y el sol avergonzado luego,
sus rayos en sí propio recogidos,
negó su bella lumbre al mundo ciego
por dejar a los hombres confundidos:
espantóse el romano, admiró al griego,
ambos en esta ciencia esclarecidos,
ver un eclipse tal, y el crudo hebreo
se quedó pertinaz en su deseo [1].

A LA MUERTE DE CRISTO

Príncipe de Esquilache

(1581-1658)

Perdió su luz el sol, cubrió de luto
su blanco rostro la turbada luna,
sin ver el cielo en sí lumbrera alguna
que no pagase a su dolor tributo.

Rompiendo de la muerte el estatuto,
la tierra en sus prisiones, importuna,
medrosa, ofrece a la segunda cuna
de muertas plantas animado fruto.

Vio el sacro Templo dividir su velo;
y en recíprocos golpes su dureza
mudar las piedras y obligar al cielo:

y cuando se agravió Naturaleza
el corazón del hombre (el duro hielo)
vivió afrentando la común tristeza [2].

[1] Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, t. 17, página

[2] *Obras en verso del Príncipe de Esquilache* (Amberes 1654), página 576

A LA MUERTE DE CRISTO

BARTOLOMÉ L. DE ARGENSOLA

(1562-1631)

Hoy por piedad de su Hacedor le ofrecen
prendas de sentimiento sus hechuras;
llama el sol a la noche, y las oscuras
sombras apriesa en tiempo ajeno crecen.

De la vida asaltadas se estremecen
atónitas las mudas sepulturas;
libran sus cuerpos a las almas puras,
y a los justos vivientes aparecen.

Las piedras se quebrantan, y a su ejemplo
visten los astros voluntario luto,
rómpese el velo místico del Templo.

Da cualquier obra al llanto algún tributo,
y yo, siendo la causa, lo contemplo
con pecho alegre y con semblante enjuto [1].

LAS PIEDRAS HABLAN CON CRISTO Y DAN LA RAZON QUE TUVIERON PARA ROMPERSE

FRANCISCO DE QUEVEDO

(1580-1645)

Si dádivas quebrantan peñas duras,
la de tu sangre nos quebranta y mueve,
que en larga copia de tus venas llueve
fecundo amor en tus entrañas puras.

Aunque sin alma, somos crïaturas
a quien por alma tu dolor se debe,
viendo que el día pasa oscuro y breve,
y que el sol mira en él horas oscuras.

Sobre piedra tu Iglesia fabricaste,
tanto el linaje nuestro ennobleciste,
que Dios y hombre piedra te llamaste.

Pretensión de ser pan nos diferiste,
y si a la tentación se lo negaste,
al Sacramento en ti lo concediste [2].

[1] *Rimas* (Zaragoza 1634), p. 411.

[2] Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, t. 69, pagina 323.

CRISTO CRUCIFICADO

José Marchena

Clérigo de tonsura, literato (1768-1821)

Canto el Verbo divino
no cuando inmenso en piélago de gloria
más allá de mil mundos resplandece,
y los celestes coros de contino
Dios le aclaman, y el Padre se embebece
en la perfecta forma no criada;
ni cuando de victoria
la sien ceñida el rayo fulminaba
y de Luzbel la altiva frente hollaba,
lanzando al hondo infierno,
entre humo pestilente y fuego eterno,
la hueste contra el Padre levantada.

No le canto tremendo,
en nube envuelto horrísono-tonante,
severas leyes a Israel dictando,
del Faraón el pecho endureciendo,
sus fuertes en las olas sepultando,
que en los abismos de la mar se hundieron;
porque en brazo pujante
Tú, Señor, los tocaste, y al momento,
cual humo que disipa el raudo viento,
no fueron; la mar vino
y los tragó en inmenso remolino,
y Amón y Canaán se estremecieron.

Ni en el postrero día,
acrisolando el orbe con su fuego,
le cantaré, su soplo penetrando
los vastos reinos de la muerte fría,
que arrancarse su presa ve bramando.
Truena el Verbo, los mundos se estremecen,
al voraz tiempo luego
la eternidad en sus abismos sume,
y lo que es, fué y será, todo consume;
empero, eterno vive
el malo, eterna pena le recibe,
los justos gloria eterna se merecen.

Señor, cantarte quiero
por los humanos en la cruz clavado,
el almo cielo hundiendo al bajo mundo,
libre ya el hombre, y el tirano fiero

por siempre encadenado en el profundo
infierno con coyundas de diamante;
do el pendón del pecado
tremolaba, brillando la cruz santa;
tu cruz, que al rey del hondo abismo espanta,
cuando al escuro imperio
descendiste del duro cautiverio
tus escogidos a librar triunfante.

¿Qué es de tu antigua gloria,
fiero enemigo del mortal linaje?
¿Dó los blasones que te envanecían,
dó está de Adán la culpa y su memoria,
dó los que rey del siglo te decían?
¡Cómo el Hijo del hombre tu cabeza
quebrantó con ultraje!
Tú, que en tu fuerza ufano te gozabas;
tú, que la erguida frente levantabas
más que de Horeb la cumbre,
¡oh coloso de inmensa pesadumbre!,
yaces, postrada al suelo ya tu alteza.

Del origen al ocaso
en alas de mil ángeles pasea
tu vencedora cruz, Verbo divino;
ni es de hoy más Israel único vaso
de elección, que al altísmo destino
de hijos de Dios nos elevó tu muerte;
con tu sangre, la fea
mancilla de la culpa en nos lavaste
y cual los querubines nos tornaste.
¡Oh, gloria sin segundo
al Redentor, al Salvador del mundo,
por quien nos cabe tan felice suerte!

Ya miro el venturoso
día que tu cruz santa el orbe hermana
con vínculo de amor indisoluble;
plácida caridad, almo reposo
y paz perpetuo reinan; la voluble
fraude tragó el infierno en su honda sima;
la libertad cristiana
para siempre ahuyentó la tiranía
y los tiranos bajo quien gemía
triste el linaje humano
derrueca el Cristo con potente mano,
que no quiere que al hombre el hombre oprima.

Sí, que nuestra ley santa
es ley de libertad, y los tiranos

en balde se coligan contra el Verbo;
El los quebrantará con fuerza tanta,
cual león que destroza el flaco ciervo,
cual rompe el barro frágil metal duro;
iguales los cristianos
y libres vivirán siempre sin sustos,
el Cristo reinará sobre sus justos;
el orbe renovado,
de la Sïón celeste fiel traslado,
será, Señor, bajo tu cetro puro.

¡Cuál mi inflamado pecho
ansía por ver tu gloria y las venturas
del linaje humanal que redimiste!
Ya de la edad presente el coto estrecho
traspaso y veo volar la serie triste
de los males del tiempo venidero
y las culpas futuras;
mas tu gracia, Señor omnipotente,
desciende, en fin, y tórnase inocente
el mundo iluminado
con tu ley y en tu amor santificado
y despojado del Adán primero [1].

A LA MUERTE DE JESUS

ALBERTO LISTA

Presbítero (1775-1848)

¿Y eres tú el que, velando
la excelsa majestad en nube ardiente,
fulminaste en Siná? Y el impío bando
que eleva contra ti la osada frente,
¿es el que oyó medroso
de tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas ora abandonado,
¡ay!, pendes sobre el Gólgota, y al cielo
alzas gimiendo el rostro lastimero:
cubre tus bellos ojos mortal velo,
y su luz extinguida,
en amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena;
amor, más poderoso que la muerte:

1 *Poetas líricos del siglo XVIII*, t. 3, en Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, v. 67, p. 622.

por él de la maldad sufre la pena
el Dios de las virtudes, y el león fuerte
se ofrece al golpe fiero
bajo el vellón de cándido cordero.

¡Oh víctima preciosa,
ante siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
por vez primera el alba nacarada,
y hostia del amor tierno,
moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay! ¡Quién podrá mirarte,
oh paz, oh gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
al golpe acerbo del dolor profundo,
viendo que en la delicia
del gran Jehová descarga su justicia?

¿Quién abrió los raudales
de esas sangrientas llagas, amor mío?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
de horror y palidez? ¿Cuál brazo impío
a tu frente divina
ciñó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crüeles:
al Santo perdonad, muera el malvado:
si sois de un justo Dios ministros fieles,
caiga la dura pena en el culpado;
si la impiedad os guía
y en la sangre os cebáis, verted la mía.

Mas ¡ay!, que eres tú solo
la víctima de paz que el hombre espera.
Si del Oriente al escondido Polo
un mar de sangre criminal corriera,
ante Dios irritado,
no expiación, fuera pena del pecado.

Que no, cuando del cielo
su cólera en diluvios descendía,
y a la maldad, que dominaba el suelo,
y a las malvadas gentes envolvía,
de la diestra potente
depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre
de los montes el agua vengadora;
el sol, amortecida la alba lumbre
que el firmamento rápido colora,
por la esfera sombría
cual pálido cadáver discurría.

Y no el ceño indignado
de su semblante descogió el Eterno.
Mas ya, Dios de venganzas, tu Hjo amado,
domador de la muerte y del averno,
tu cólera infinita
extinguir en su sangre solicita.

¿Oyes, oyes cuál clama:
«Padre de amor, por qué me abandonaste?»
Señor, extingue la funesta llama
que en tu furor al mundo derramaste;
de la acerba venganza
que sufre el Justo nazca la esperanza.

¿No veis cómo se apaga
el rayo entre las manos del Potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
por el semblante de Jesús doliente,
y su triste gemido
oye el Dios de las iras complacido.

Ven, ángel de la muerte:
esgrime, esgrime la fulmínea espada,
y el último suspiro del Dios fuerte,
que la humana maldad deja expiada,
suba al solio sagrado,
do vuelva en padre tierno al indignado.

Rasga tu seno, ¡oh tierra!;
rompe, ¡oh templo!, tu velo. Moribundo
yace el Criador; mas la maldad aterra,
y un grito de furor lanza el profundo.
Muere... Gemid, humanos:
todos en él pusisteis vuestras manos [1].

[1] Biblioteca de Autores Españoles, t. 67, p. 273.

A CRISTO CRUCIFICADO

Con ocasión de haber unos judíos azotado a una imagen de Cristo Crucificado con las espinas de un rosal.

LUIS DE ULLOA Y PEREIRA

(1584-1674)

Si ya tus sienes oprimió divinas
cosecha estéril de sembrados males,
que fruto son de afán de los mortales
desde el primer delito las espinas,

segunda vez, Señor, con las ruïnas
de aquella ofensa coronado sales,
que de rebelde ingratitud te vales
para los triunfos que al amor destinas.

Y de tu providencia deslumbrado
para el ultraje que el infiel ordena,
ciega elección de las espinas hace;

porque ni en el martirio figurado
le falte a la lisonja de la pena
el instrumento que de culpas nace [1].

A CRISTO CRUCIFICADO

Contemplándole al expirar

GABRIEL BOCÁNGEL Y UNCETA

Sacerdote, pintor, poeta (1610-1658)

Alza el rostro, caminante,
alza al efecto, a aquel monte,
y en el leño más infame,
verás el cuerpo más noble.

Más y más se mira el bulto,
ya parece que se oye;
ya le puede conocer
sin duda quien le conoce.

Huésped es de los mortales,
que entre su número indócil,

[1] *Memorias familiares y literarias del poeta don Luis de Ulloa y Pereira,* publicadas por la Sociedad de Bibliófilos Españoles (Madrid 1925).

por divertirles la muerte,
en ella misma se esconde.

Todo el abril en su cara
no se niega, mas se encoge;
entre alevosas espinas,
mustias se acechan las flores.

¡Qué costosamente miden
los términos de aquel robre
sus presas manos, que libres
aun no dieron tantos dones!

Entre dos ladrones pena;
el uno con pies veloces
trepa al cielo, que seguro
de robos no estuvo entonces.

Del otro infeliz se admira,
que con ejemplo no robe
tesoro que no le quita
la justicia a los ladrones.

Roca de púrpura herida
por cuatro bocas, se rompe
por cinco mil, acusando
el más sacrílego azote.

Al justo allí una mujer
la sangre le hereda inmóvil;
treinta y tres años habrá
que previno estos dolores.

Mar de lágrimas que viene
a que en su seno se cobre
sacro río, que salió
de sus entrañas al orbe.

Sed confiesa el Varón grande.
¿Quién con agua le socorre,
aunque a los ojos la pida,
que la estimará salobre?

Para estar todo clavado,
los ojos clava en su Norte,
lo que ha ignorado el suplicio,
quiere que el mérito logre.

¿Qué es esto? ¿Quién arrebata
el día? Aquestos horrores
mal sellados de la luz,
se han huído de la noche.

Agora, agora era templo
de piedras aquel desorden,
¡ay, mortales! ¿Y tendréis
enteros los corazones?

No hay piedra que no reduzga
a lo sensible lo informe
¿Han usurpado las almas
que faltaron a los hombres?

¿Qué soldado allí atraviesa
y bárbaramente corre
a sacar del pecho el agua
que pidió la sed a voces?

Ciego ministro, ¿qué hieres?
Ya no hay vida, ya está donde
de la muerte o el agravio
ni llegan triunfos ni golpes [1].

HABLANDO CON UN SANTO CRUCIFIJO EN LA HORA DE LA MUERTE

FRANCISCO DE TRILLO Y FIGUEROA

(Siglo XVII)

Hoy, Señor, que desatado
torrente de una alta cumbre,
precipitada mi vida,
de su mismo aliento huye,
llegue al mar de vuestra gracia
y no en la playa se enturbie
quien tan claramente corre
al fin que le constituyen.
Hoy, pues, que el último aliento
desprender algo presume
el vuelo de la ignorancia,
a que tan asido estuve,
desprended, Señor, los brazos
de nuestras contrarias cruces,
y pues ésta me condena,
aquésa, Señor, me indulte.
Bien no haberos ofendido
(aun cuando el ser me disculpe)

[1] *Obras de don Gabriel Bocángel y Unzueta.* Edición de Rafael Benítez Claros (Madrid 1946), t. I, p. 370.

quisiera en cambio de cuantos
riesgos el infierno encubre.
Mas, ¡ ay !, ¡ qué tarde a las rocas
el leño, rompido, sube
quien por el último riesgo
al puerto se restituye !
Pequé, Señor, y no tantas
el cielo disueltas nubes
(cuando se desata en mares)
por las campañas difunde
como en las piadosas aras
a misericordia inducen,
numerosos mis delitos,
vuestras inmensas virtudes.
Bien serán cual las arenas
que del océano incluyen
la inquietud profunda y como
átomos el sol produce.
Mas ¿ cuándo el mar las arenas,
bien que inmensas, no circuye,
cediendo a la menor onda
las menores inquietudes ?
¿ Cuáles átomos no ciega,
aunque la ignorancia juzgue
mariposas los escollos
desatados en sus luces ?
Verdad es que os ofendí,
y es verdad que no se sufre
amar y ofender a un tiempo,
ser acíbar y ser dulce ;
verdad es que sois eterno,
que soy mortal, que no estuve
en Vos, en mí ni en el tiempo,
pues tanto ofenderos pude.
Mas si sois Dios y lo fuisteis,
eso mismo me asegure,
pues que sois hombre por mí
y por mis ingratitudes.
¿ Quién más debe a quién, Señor ?
Vos sois firme, yo voluble ;
yo mortal, y Vos eterno ;
Vos todo bueno, yo inútil.
De eterno os hice mortal,
Vos a mí, de nada ; juzgue
cualquiera en mí un imposible,
y en Vos lo posible juzgue.

Mas yo, pecador, arguyo
a quien tan justo me arguye;
yo, ambicioso, ruego a quien
no merezco que me escuche.
¡Ah, Señor, cuán vanamente
quiero que mi fe me excuse,
cuando me acusa del riesgo
la repetida costumbre!
Ya es tarde, Señor, mas ¿cómo
yo de vuestro oriente pude
recelar confuso el día
cuando más ardor presume?
¿Cómo, si el mismo argumento
que en vuestro nombre me arguye
de cobarde es quien, piadoso,
mayor aliento me infunde?
Que ofendí a un Dios infinito
es verdad, mas no hay quien dude
que puede perdonar más
de lo que pecar yo pude.
Caí, Señor, como frágil;
¿será bien que se ejecute
como eterno en mí el castigo,
siendo vos quien le pronuncie?
No, Señor; que sois mi Dios,
y no es posible que injurie
tanto a la Deidad la culpa,
que los ruegos no se escuchen.
Ya sé cuánto os he ofendido;
mas permitid se consulte
con vuestra piedad mi culpa,
a ver si hay quien me disculpe.
Ya sé que fuego me aguarda,
si vuestra piedad no suple
la ingratitud de mi llanto,
en que sus llamas se enjuguen.
No, pues, Señor, la carrera
el paso me dificulte,
bien que al último certamen
mayores afanes sude.
No la arena de mis culpas
de mi esperanza profunde
el cobarde paso, haciendo
la cadena indisoluble.
Sea el llanto de mis ojos
tan próvido, que fluctúe
la vida en él, no en la muerte,
a ver quién a quién consume.

Ya estas últimas cenizas
con el humo ciego alumbren
el dolor, pues ya la llama
fatigablemente luce.
Ya el esplendor que en las venas
heladamente discurre,
fluctuando parasismos,
en que ciego se confunde.
Bien que exhalación errante,
permitid, Señor, que dure
por espacio afectuoso
cuanto la sentencia anule [1].

AL SALVADOR EN LA CRUZ

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

(1806-1880)

Quien dió la vista al ciego,
quien dió la voz al mudo,
quien vida nueva pudo
a Lázaro infundir,
hoy pende de un madero
y expira escarnecido
de pueblo fementido
que viene a redimir.
Quebrántase la roca;
sin luz se queda el cielo;
retiembla, roto el velo,
el arca del Señor,
y al ver los querubines
la cruz que los aterra,
dirigen a la tierra
miradas de furor.
«La sangre que han vertido
los clavos y la lanza,
pidiendo están venganza;
dejádnosla tomar.
Descienda nuestro rayo
y que haga furibundo
cenizas ese mundo
rebelde sin cesar».
En tanto que al Eterno,
inmóvil en su trono,

1 *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, t. 2, en Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, v. 42, p. 80.

acusa de abandono
la hueste de Miguel,
bendicen el arcano,
de amor ardiente lleno,
los justos en el seno
del padre de Israel.
Que ya de su ventura
llegó por fin el día
y al Hijo de María
unidos volarán,
dejando el paraíso
la víctima inocente,
abierto al descendiente
del ya feliz Adán.

Pero si hoy en patíbulo expira,
Juez vendrá severísimo luego,
más terrible entre nubes de fuego
que en su cima le vió Sinaí.
¡ Ay entonces del que haya perdido
de la gracia el divino tesoro !
Yo, Señor, tus piedades imploro ;
yo pequé ; ¡ desgraciado de mí ! [1]

ANTE UN CRUCIFIJO

José Velarde

(1849-1892)

Incienso, luz, armonía
llevar quiero a tus altares,
¡ oh Dios !, que enfrenas los mares
y enciendes de un beso el día ;
así que mi alma te envía
al altar del firmamento,
como armonía, un acento
lleno de santo fervor ;
como perfume, el amor ;
como luz, el pensamiento.

Cuando ante ti reverente
a orar me postro de hinojos,
asoma el llanto a mis ojos
y lo infinito a mi mente ;

[1] *Poesías*, en Colección de Escritores Castellanos (Madrid 1887).

y siento sobre mi frente,
nublada por el desvelo,
bajar en callado vuelo
el hilo de luz fecundo
por donde vienen al mundo
las bendiciones del cielo.

No pretendo comprenderte
ni llegar a definirte,
tan sólo aspiro a sentirte,
a admirarte y a quererte.
Quien vaya a ti de otra suerte
luchará con la impotencia;
te busca la inteligencia
de los astros en el fondo
y tú habitas lo más hondo
y oculto de la conciencia.

Sin ternura y sin amor,
la mente, desalentada,
te busca en lo que anonada,
en lo que infunde terror:
en el rayo asolador,
en la batalla crüenta,
en el volcán que revienta,
en el aquilón que brama,
en el torrente, en la llama,
en la noche, en la tormenta.

El alma te va a buscar
a donde ve sonreír,
y hay que amar, y bendecir,
y lágrimas que enjugar;
ella te ve palpitar,
prestando vida y calor,
en cuanto respira amor,
en el iris, en la bruma,
en el aroma, en la espuma,
en el nido y en la flor.

No te anuncia el huracán
ni del trueno el alboroto,
como al sordo terremoto
la aparición del volcán.
Tus pasos por doquier van
difundiendo la alegría,
nuncios de luz y armonía;
que sólo la bella aurora
puede ser la precursora
del astro que enciende el día.

Cuando los cielos escalas
llevas soles por joyel
y te forman un dosel
los ángeles con sus alas;
los mundos te ofrecen galas,
y tú los huellas triunfal,
envuelto en leve cendal
del color de los zafiros
y en músicas de suspiros
y de liras de cristal.

Como en el yermo la palma,
como el astro en el vacío,
pones en la flor rocío
y sentimiento en el alma.
Truecas la tormenta en calma
y en dulce sonrisa el lloro,
y llevando tu tesoro
a donde el hombre el estrago,
con flores de jaramago
el erial bordas de oro.

Mas, ¡ay!, que mi fantasía
de pintarte forjó el sueño
y no te alcanza en su empeño
por ser humana y ser mía;
que si a ti sus alas guía
y, cual la nube ondulando,
altiva se va ensanchando
y a grandes alturas sube,
al fin, como sólo es nube,
se va al subir disipando.

Y ante ti, ¿cuál no se abruma,
si la de más poderío
tan sólo encierra el vacío,
como el crespón de la espuma?
¡Que el filósofo presuma
alcanzar tu majestad!
¡Que te niegue la impiedad!
El pensamiento atrevido,
como en el aire el sonido,
se pierde en tu inmensidad.

Si alguien quiere tu creencia
arrojar del pensamiento,
eres tú el remordimiento
y te lleva en la conciencia;
con ansia busca en la ciencia
cómo empañar tu corona,

mas la ciencia no le abona,
y entre dudas y entre asombros
ve que, deshecha en escombros,
su Babel se desmorona.

En vano te envuelve en luz
y te da pomposo nombre,
cuando de ti sabe el hombre
no alcanza a más de la cruz;
y si extiende su capuz
la noche en su corazón,
que no busque salvación
en sus abstracciones fijo,
que mire hacia el crucifijo;
allí está la redención.

Tú, Dios, formaste, al crear
del universo el palacio,
con una lágrima, el mar;
Tú, queriéndonos probar
que quien te adora te alcanza,
como señal de bonanza,
has dibujado en el cielo
la aurora, que es el consuelo,
y el iris, que es la esperanza.

Tu purísimo esplendor
el universo colora,
como el beso de la aurora
los pétalos de la flor;
y si tu soplo creador
en el caos se derrama,
el mismo caos se inflama,
y entre nubes y arreboles
brotan estrellas y soles.
como chispas de la llama.

Así, cuando nada era,
a tu voz jamás oída,
tomó movimiento y vida
la naturaleza entera;
surcó el río la pradera,
dió la flor fragancia suma,
la luz disipó la bruma
y tu aliento soberano
la ola hinchó en el oceano
y la coronó de espuma.

Mas con ser la suma esencia,
es tu arrogancia humildad;

tu riqueza, caridad,
y tu justicia, clemencia;
pues quiso tu omnipotencia
las flores por incensario,
el monte por santuario;
por águilas, golondrinas;
por toda corona, espinas;
por todo trono, el Calvario [1].

ANTE EL CRISTO DE LA BUENA MUERTE

JOSÉ MARÍA PEMÁN

(Contemporáneo)

¡Cristo de la Buena Muerte,
el de la faz amorosa,
tronchada, como una rosa,
sobre el blanco cuerpo inerte
que en el madero reposa!

¿Quién pudo de tal manera
darte esta noble y severa
majestad llena de calma?
No fué una mano, fué un alma
la que talló su madera.

Fué, Señor, que el que tallaba
tu figura, con tal celo
y con tal ansia te amaba,
que, a fuerza de amor, llevaba
dentro del alma el modelo.

Fué que, al tallarte, sentía
un ansia tan verdadera,
que en arrobos le sumía
y cuajaba en la madera
lo que en arrobos veía.

Fué que ese rostro, Señor,
y esa ternura al tallarte,
y esa expresión de dolor,
más que milagros de arte,
fueron milagros de amor.

Fué, en fin, que ya no pudieron
sus manos llegar a tanto,
y desmayadas cayeron...,

[1] *Voces del alma,* poesías, en Colección de Escritores Castellanos Líricos (Madrid 1884).

¡y los ángeles te hicieron
con sus manos mientras tanto!
... ...

Por eso a tus pies postrado,
por tus dolores herido
de un dolor desconsolado,
ante tu imagen vencido
y ante tu Cruz humillado,

siento unas ansias fogosas
de abrazarte y bendecirte,
y ante tus plantas piadosas
quiero decirte mil cosas
que no sé cómo decirte...

¡Frente que, herida de amor,
te rindes de sufrimientos
sobre el pecho del Señor,
como los lirios que en flor
tronchan, al paso, los vientos!

¡Brazos rígidos y yertos,
por dos garfios traspasados,
que aquí estáis, por mis pecados,
para recibirme, abiertos,
para esperarme, clavados!

¡Cuerpo llagado de amores!,
yo te adoro y yo te sigo;
yo, Señor de los señores,
quiero partir tus dolores
subiendo a la cruz contigo.

Quiero en la vida seguirte,
y por sus caminos irte
alabando y bendiciendo,
y bendecirte sufriendo,
y muriendo, bendecirte.

Quiero, Señor, en tu encanto
tener mis sentidos presos,
y, unido a tu cuerpo santo,
mojar tu rostro con llanto,
secar tu llanto con besos.

Quiero en santo desvarío,
besando tu rostro frío,
besando tu cuerpo inerte,
llamarte mil veces mío...,
Cristo de la Buena Muerte.

... ...

Y tú, Rey de las bondades,
que mueres por tu bondad,
muéstrame con claridad
la Verdad de las verdades
que es sobre toda verdad.

Que mi alma en ti prisionera
vaya fuera de su centro
por la vida bullanguera;
que no le lleguen adentro
las algazaras de fuera;

que no ame la poquedad
de cosas que van y vienen;
que adore la austeridad
de estos sentires que tienen
sabores de eternidad;

que no turbe mi conciencia
la opinión del mundo necio;
que aprenda, Señor, la ciencia
de ver con indiferencia
la adulación y el desprecio;

que sienta una dulce herida
de ansia de amor desmedida;
que ame tu Ciencia y tu Luz;
que vaya, en fin, por la vida
como tú estás en la cruz:

de sangre los pies cubiertos,
llagados de amor las manos,
los ojos al mundo muertos,
y los dos brazos abiertos
para todos mis hermanos.

... ...

Señor, aunque no merezco
que tú escuches mi quejido,
por la muerte que has sufrido,
escucha lo que te ofrezco
y escucha lo que te pido:

A ofrecerte, Señor, vengo
mi ser, mi vida, mi amor,
mi alegría, mi dolor;
cuanto puedo y cuanto tengo;
cuanto me has dado, Señor.

Y a cambio de este alma llena
de amor que vengo a ofrecerte,
dame una vida serena
y una muerte santa y buena...
¡ Cristo de la Buena Muerte ! [1]

AL CRISTO DE LA BUENA MUERTE

NICOLÁS FONTANILLAS

(Contemporáneo)

Sólo un Dios, al morir crucificado,
puede tener sereno su semblante.
Sólo Tú, ¡ oh Jesús !, dulce y amante,
puedes quedar así glorificado.

Manso el gesto, Señor, atormentado
por un largo martirio agonizante,
en tus labios abiertos hay, fragante,
un clavel de clemencia amoratado...

¡ Me conmueve, Señor, que mis pecados
por tu sangre me fueran redimidos
y te pido, Señor, que de tal suerte

por tu dolor me sean perdonados,
y que, cuando adormezcas mis sentidos,
me des la placidez de buena muerte ! [2]

A JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR MUERTO EN LA CRUZ PARA SALVARNOS

LUIS ROSALES

(Contemporáneo)

Casi en las manos sosteniendo el brío,
desprendido y yacente el cuerpo santo
deshabitado está, ¡ no alzad el llanto !
Ya tiene luz la rosa y gozo el río.

La muerte confirmó su señorío
sobre la carne del Señor, y en tanto,
si es sombra sana su mortal quebranto,
ya está el tiempo parado, Cristo mío ;

[1] *Obras completas* (Editorial Escelicer, Madrid), t. 1. p. 245.
[2] *Nuevos poetas de España.* Editorial Ensayos (Madrid 1950).

ya está el tiempo en el mar y está cumplida
la noche en la mirada redentora
que vió la luz mirando el firmamento.

¡Y volverá el pecado con la vida,
y clavada en la cruz está la Aurora,
ya inútil al abrazo y leve al viento!

ANTE CRISTO CRUCIFICADO

Su corona

LUIS GUARNER

(Contemporáneo)

Si a las espinas que te coronaron
les diste la ternura de tu amor,
dejándolas teñidas del color
de aquella sangre que ellas derramaron,

confío que mis sienes, que pecaron
ya tantas veces contra ti, Señor,
aun pueden aguardar de tu favor
la corona de amor que ellas lograron...

La espina de la Idea me tortura,
la espina de la Duda y del Pecado
tejieron la corona de mi frente.

Señor, mírame, pues, desde tu altura,
y la corona que el vivir me ha dado
florecerá en rosal de penitente [1].

AL HIERRO DE LA LANZA

BARTOLOMÉ TORRES NAHARRO

Soldado y sacerdote extremeño († 1531)

Dios te salve en trinidad,
hierro de lanza sagrado,
que por cerrar la maldad
de la enferma humanidad
abriste el santo costado.
¡Hierro bienaventurado!
¡Longinos, hombre dichoso!

[1] *Al aire de tu vuelo*, por Luis Guarner (Albacete 1947).

¡Redentor alanceado
que te viste trabajado
por me ver a mí en reposo!

Tal lanzada no se vió
hasta los tiempos de ahora:
que nuestra culpa la dió
y el Redentor la sufrió;
su Madre sola la llora.
Préstame gracia, Señora,
pues en ti sola se encierra;
que mi alma pecadora
pensando en aquella hora
deje mi cuerpo a la tierra.

¡Pobre linaje humanal,
matador malo por cierto!
¡Maravillosa señal,
do moría el inmortal
y mataba el que era muerto!
Divino costado abierto,
permite que yo te vea;
mi Redentor, hazme cierto
que mi corazón desierto
de tu fe poblado sea.

¡Oh gran Señor sin medida,
quién fuese digno de verte!
Pues que en tu pasión crecida
dió a ti la muerte mi vida
y a mí la vida tu muerte,
hazme de tan buena suerte
que me hagas desearte;
deseándote, creerte;
creyéndote, merecerte;
mereciéndote, gozarte.

Hierro santo, lanza buena,
nuestra alegría notoria,
pues me libraste de pena,
haz mi voluntad ajena
de esta vida transitoria.
Haz tú, Dios, que mi memoria
de tu fe nunca se aleje,
porque en la final historia
luego me tome tu gloria
cuando este mundo me deje [1].

[1] *La Propaladia*, «Libros de antaño», t. 9, p. 94.

EXCLAMACION DE NUESTRA SEÑORA CONTRA LOS JUDIOS

BARTOLOMÉ TORRES NAHARRO

(✝ 1531)

¡Oh corazones de acero,
criaturas sin amor!
¿Qué's de mi santo cordero,
que amigo ni compañero
no hay ninguno en su dolor?
¡Oh mi hijo y Señor
tan querido!

Tus discípulos han sido
los que más me han lastimado.
¡Triste madre, que he sabido
qu'el uno te me ha vendido
y el otro te me ha negado!
Todos ellos te han dejado
por la vía.

Quien más honras te debía,
menos de ti se acordaba.
¡Oh descortés compañía!
¡Oh pobre quien te vendía!
¡Oh rico quien te compraba!
Pobre de mí! ¿Dónde estaba,
triste yo?

¿Por cuál razón te vendió
un traidor, un enemigo,
uno que no te engendró,
uno que no te crió
ni gastó blanca contigo?
Yo tu madre, yo tu abrigo,
lloro y grito;

yo con pesar infinito
sola tus males contemplo;
yo envolviéndote chequito,
yo escondiéndote en Egito,
yo buscándote en el templo.
Tú que doctrina y ejemplo
les dejaste

a pueblo que tanto amaste
con amor tan descubierto;
Tú que nunca les faltaste,

mas la manná les enviaste
aquel tiempo del disierto,
¿qué galardón tienes cierto
de esta cosa?

Que con invidia rabiosa
te buscaron largo afán
gente bruta y maliciosa,
que por manná tan preciosa
hiel y vinagre te dan.
¡Tú por la culpa de Adán
enviado,

qu'el mar Bermejo y cuajado
le abriste en doce carreras,
y ellos te abren tu costado,
que podría ser llamado
mar Bermejo más de veras!
Libraste de mil maneras
su presión,

librando de Faraón
aquel pueblo falso, ingrato;
y ellos, por buen galardón,
te prenden como a ladrón
y te entregan a Pilato.
Tus misterios cada rato
le ayudaron;

si dolientes te llevaron,
se lo sanaste de gana;
mas verás si te pagaron,
que en tu cuerpo no dejaron
una onza de carne sana.
¡Gente bestial, inhumana,
ved a quién!

Su tierra Ierusalén
sobre todas la ensalzaste,
y ellos, con tuerto desdén,
a ti t'ensalzan también
sobre cruz, donde expiraste.
Por la tierra les sembraste
leche y miel;

heciste sólo a Israel
rey de todo lo poblado;
mas (pueblo traidor, crüel)
Tú quedas, por manos d'él,
rey d'espinas coronado.
Siempre te vieron mostrado
de su bando,

Y, en fin, al Padre rogando
que todo les perdonase;
y ellos a voces gritando
y a Pilato importunando
por que te crucificase.
¿Hay alma que no traspase
tal pesar?

Mas hora quiero callar,
usando de tales mañas,
porque, teniendo el hablar,
los ojos y el sospirar,
me revienten las entrañas [1].

EL DOLOR DE NUESTRA SEÑORA

ALBERTO LISTA

Sacerdote, profesor, literato (1775-1848)

Ve de la cruz pendiente
la madre dolorida
al Rey de eterna vida,
que muere por mi amor;
y el vaticinio triste
de Simeón, cumplido,
su pecho deja herido
la espada del dolor.
Por el común delito
la víctima se ofrece;
sobre la cruz fallece
el santo de Sión,
y de constancia armada,
salud de pecadores,
acrece tus dolores
la acerba redención.
Al ver de un Dios la muerte
y de su madre el llanto,
tiende la noche el manto
en cielo, tierra y mar;
ruge la tumba; el velo
estalla dividido;
mi pecho endurecido,
¿se negará a llorar?
Alma que veis en trance
tan duro e inclemente

[1] *Propaladia*, t. 1, en «Libros de antaño», t. 9 (Madrid 1880), p. 90.

penar al inocente,
morir al eternal,
atended de María
el silencioso llanto,
y ved si habrá quebranto
a su quebranto igual.
El Dios de las venganzas
su ardiente fuego envía
en el terrible día
de cólera y furor.
Por la maldad ajena
el no manchado muere
y el mismo rayo hiere
la madre del amor.
Mi culpa es tu tormento,
¡oh madre dolorosa!
Alma pura y hermosa,
tú penas y es por mí.
Haz que en mi pecho clave,
aunque insensible y fiero,
el despiadado acero
que te traspasa a ti [1].

AL DESCENDIMIENTO

LOPE DE VEGA

Las entrañas de María
con nuevo dolor traspasan
los martillos que a Jesús
de alta cruz desenclavan.

¿Quién dijera, dulces prendas,
para tanto bien halladas,
que para alcanzar el cielo
hubiera en la tierra escalas?

Mas ¿qué mucho que le alcancen
a la cruz santa arrimadas,
ni que hecho pedazos venga,
si el cielo a la tierra baja?

Ya no cae sangre de él,
porque si alguna quedara,
otra lanzada le dieran,
mas fué desengaño el agua.

[1] *Poesías inéditas de don Alberto Lista,* Sociedad de Menéndez y Pelayo (Madrid 1927), p. 72.

Junto el sangriento cabello
formaba una esponja helada,
devanando en las espinas
aquella madeja santa.

Los clavos baja a la Virgen
Nicodemus, porque vayan
desde el cuerpo de su Hijo
a crucificarle el alma.

Con trabajo y con dolor
José la corona saca,
por estar en la cabeza
por tantas partes clavada.

A la Virgen la presenta,
que las azucenas blancas
de sus manos vuelve rosas
y de su sangre las baña.

Ningún martirio de Cristo,
si no es la corona sacra,
tocó en el cuerpo a la Virgen,
pues la hirió para tomarla.

Sacan sangre las espinas
a sus manos delicadas,
que, junta con la de Cristo,
para mil mundos bastara.

Y aunque del Hijo una gota
para muchos más sobraba,
parece que aquí la Virgen
con deseos le acompaña.

También la pone en la boca,
porque a su Esposo le agrada
que sea lirio entre espinas
la que fué banda de grana.

Ahora, hermosa María,
parecéis la verde zarza,
que aunque el fuego os bajan muerto,
bien arde en vuestras entrañas.

Recibidle, gran Señora,
que de la sangrienta cama
Juan, Magdalena y José
a vuestros brazos le pasan.

En ellos estuvo niño,
haciendo y diciendo gracias;
las de su Padre tenía,
que fué su misma palabra.

Tomad esas manos frías,
y diréis, viendo las palmas,
que un hombre tan manirroto
no es mucho si reinos daba.

Tomad los pies y veréis
qué bien el mundo le paga
treinta y tres años que anduvo
solicitando su casa.

Poned en vuestro regazo
la cabeza soberana;
veréis que el espejo vuestro
ya no os alegra y retrata.

Y si el costado miráis
y aquella profunda llaga,
Dios os dé paciencia, Virgen,
porque consuelo no basta.

Alma por quien Dios ha muerto,
y muerte de tanta infamia,
mira a su Madre divina
y dile con tiernas ansias:

Desnudo, roto y difunto
os le vuelven, Virgen santa;
naciendo, os faltaron paños;
muriendo, mortaja os falta.

Pidámosla de limosna,
o entiérrele en pobres andas
la santa misericordia,
pues ella misma le mata [1].

EL LLANTO AL PIE DE LA CRUZ

GÓMEZ MANRIQUE

(1412-1490)

Lamentación de la Virgen

¡Ay dolor, dolor,
por mi Hijo y mi Señor!
Yo soy aquella María
del linaje de David;

[1] *Rimas sacras*, ed. Sancha, t. 13, p. 318.

oíd, señores, oíd,
la gran desventura mía.

¡Ay dolor!

A mí dijo Gabriel
que el Señor era conmigo,
y dejóme sin abrigo
amarga más que la hiel.
Díjome que era bendita
entre todas las nacidas,
y soy de las afligidas
la más triste y más aflicta.

¡Ay dolor!

¡Oh vos, hombres, que transiteis
por la vía mundanal,
decidme si jamás visteis
igual dolor que mi mal!
Y vosotras que tenéis
padres, hijos y maridos,
acorredme con gemidos
si con llantos no podéis!

¡Ay dolor!

Llorad conmigo, casadas,
llorad conmigo, doncellas,
pues que vedes las estrellas
escuras y demudadas,
vedes el templo rompido,
la luna sin claridad;
llorad conmigo, llorad
un dolor tan dolorido!

¡Ay dolor!

Llore conmigo la gente
de todos los tres estados,
por lavar cuyos pecados
mataron al inocente,
a mi Hijo y mi Señor,
mi redentor verdadero!
¡Cuitada! ¿Cómo no muero
con tan extremo dolor?

¡Ay dolor!

Lamentación de San Juan

¡Ay dolor, dolor,
por mi primo y mi Señor!

Yo soy aquel que dormí
en el regazo sagrado,
y grandes secretos vi
en los cielos sublimado.
Yo soy Juan, aquel privado
de mi Señor y mi primo;
yo soy el triste que gimo
con un dolor extremado.

¡Ay dolor!

Yo soy el primo hermano
del Hacedor de la luz,
que por el linaje humano
quiso subir en la cruz.
¡Oh pues, hombres pecadores,
rompamos nuestros vestidos;
con dolorosos clamores
demos grandes alaridos!

¡Ay dolor!

Lloremos al compañero
traidor porque le vendió;
lloremos aquel Cordero
que sin culpa padeció.
Luego me matara yo,
cuitado, cuando lo vi,
si no confiara de mí
la madre que confió!

¡Ay dolor!

Estando en la agonía
me dijo con gran afán:
—Por madre ternás tú, Juan,
a la santa Madre mía.
Ved qué troque tan amargo
para la madre preciosa!
¡Qué palabra dolorosa
para mí de grande cargo!

¡Ay dolor!

Hablando con la Magdalena, dice:

¡Oh hermana Magdalena,
amada del Redentor!
¿Quién podrá con tal dolor
remediar tan grave pena?

¿Cómo podrá dar consuelo
el triste desconsolado
que vido crucificado
al muy alto rey del cielo?

¡Ay dolor!

Hablando con Santa María, dice:

¡Oh Virgen Santa María,
Madre de mi Salvador,
qué nuevas de gran dolor
si pudiese vos diría!
Mas ¿quién las podrá decir,
quién las podrá recontar,
sin gemir, sin sollozar,
sin prestamente morir?

¡Ay dolor!

Responde Nuestra Señora y dice:

Vos, mi hijo adoptivo,
no me hagáis más pensar;
decidme sin dilatar
si mi Redentor es vivo;
que las noches y los días,
si dél otra cosa sé,
nunca jamás cesaré
de llorar con Jeremías.

Responde San Juan y dice:

Señora, pues de razón
conviene que lo sepáis,
es menester que tengáis
un muy fuerte corazón;
y vamos, vamos al huerto,
do veredes sepultado
vuestro hijo muy preciado
de muy cruda muerte muerto [1].

[1] *Poetas del siglo XV*, N. B. A. E., t. 22, p. 150.

A LA VIRGEN MARIA AL PIE DE LA CRUZ

DIONISIO RIDRUEJO

(Contemporáneo)

Toda la tierra, estremecida, cabe
bajo la sangre fiel que la levanta,
y sufre en esta herida que quebranta
con siete espadas tu agonía grave.

La lenta flor de tu mirada sabe,
cuando a los yertos miembros se adelanta,
hacerse hiedra de su triste planta
y erguir los cielos con fervor de ave.

Bajo la cruz, sin venas que la guarden,
llega hasta ti la savia enaltecida
donde el tiempo remedia sus rigores.

Y estés, ante los astros que no arden,
pariendo, Virgen, nuestra propia vida
como pariste a Dios, mas con dolores [1].

«STABAT MATER»

MIGUEL BENZO MAESTRE

Cura de aldea (Contemporáneo)

Fué ese cuerpo aquel que en la noche fría
brotó en mi regazo—pensaba María.
¡Qué amarga tornóse la antigua alegría!
Fué ese cuerpo aquel...
Bebió entonces leche, hora bebe hiel.

De esa misma boca la risa primera
en mi vida ha sido dulce primavera,
luz que ha iluminado mi existencia entera.
De esa misma boca...
entonces mis labios, hoy la esponja tocan.

Mecieron su sueño mis cantos mejores,
mis besos calmaron sus tiernos dolores,
sembraron mis manos su senda de flores...
Mecieron su sueño...
y hoy escucha burlas pendiente de un leño.

[1] *En once años,* poesías completas de juventud, Editora Nacional (Madrid 1950), p. 324.

¡Con qué amor tan fuerte le ciñó mi brazo!
Nunca pensé roto tan estrecho lazo,
que ansioso le ataba contra mi regazo.
Con qué amor tan fuerte...
¡Y ahora me lo quita pálida la muerte! [1]

AL ENTIERRO DE CRISTO

Lope de Vega

A los brazos de María
y a su divino regazo
vienen a quitar a Cristo
los que a la cruz le quitaron.
Porque en entrambos fué cierto
que estuvo crucificado,
en María con dolores
y en la cruz con fuertes clavos.
Sus camas fueron las dos
al oriente y al ocaso
la una para la muerte
y la otra para el parto.
Hincáronse de rodillas
los venerables ancianos,
a la Madre muerta en Cristo,
y a Cristo muerto en sus brazos.
Dadnos, le dicen, Señora,
dadnos el difunto santo,
que ni en la tierra ni el cielo
hay ojos para miraros.
Dádnosle, pues nos le disteis,
que queremos enterrarlo,
para que diga la tierra
que tuvo el cielo enterrado:
y porque sepan los hombres
que tuvo el cielo tan bajo,
que ya pueden, si ellos quieren,
alcanzarle con las manos.
Tomad, responde María,
Madre suya y mar de llanto,
el cuerpo que entre los hombres
pasó mayores trabajos.
Escondedle en el sepulcro,
porque le persiguen tantos,

[1] *Breviario para mi generación* (Madrid 1950), p. 23.

que aun allí no está seguro
de que vuelvan a buscarlo.
Nueve meses solamente
que estuvo en mi virgen claustro,
de la envidia de los hombres
le pude tener guardado.
Que el Bautista que le vió
lo dijo con sobresaltos,
y en voz expresa después
pasados treinta y dos años.
Tomad y enterradle, amor;
las piedras sabrán guardarlo
mejor que el pecho del hombre,
que le vendió como ingrato.
Mientras, para su mortaja,
la Virgen está rasgando
las telas del corazón,
velo de su templo casto.
Cielo y tierra previnieron
el triste entierro, enlutando
la tierra los edificios
y el cielo los aires claros.
Todas las hachas del cielo
iban delante alumbrando,
pero el luto de la tierra
no dejaba ver sus rayos.
Sol y luna sangre visten,
porque el cielo en tanto agravio
mostró sangre en sus dos ojos
para señal de vengarlo.
Levantáronse los muertos
de los sepulcros helados,
que como entierran la vida,
la que quisieron tomaron.
Las cajas fueron las piedras,
unas con otras sonando,
que era Cristo Capitán
y con cajas le enterraron.
Hízose el velo del templo,
no sin causa, dos pedazos,
para que hubiese bandera
que llevasen arrastrando.
No vinieron sacerdotes,
aunque estaban consagrados,
que, siendo Dios el difunto,
no eran menester sufragios.
El se llevaba la ofrenda,
pan y vino soberano,

la misa y el sacrificio,
que le consumió expirando.
Iba su Madre detrás,
y un mozo su primo hermano,
que se le dejó por hijo
en su testamento santo.
Llegaron con el difunto,
y la ballena de mármol
recibió para tres días
aquel Jonás sacrosanto.
Alma, la Virgen se vuelve,
a acompañarla volvamos,
pues con ella volveremos
a verle resucitado [1].

A LA SOLEDAD DE NUESTRA SEÑORA

LOPE DE VEGA

Sin esposo, porque estaba
José de la muerte preso;
sin padre, porque se esconde;
sin hijo, porque está muerto;
sin luz, porque llora el sol;
sin voz, porque muere el Verbo;
sin alma, ausente la suya;
sin cuerpo, enterrado el cuerpo;
sin tierra, que todo es sangre;
sin aire, que todo es fuego;
sin fuego, que todo es agua;
sin agua, que todo es hielo:
Con la mayor soledad
que humanos pechos se vieron,
pechos que hubiesen criado,
aunque virginales pechos.
A la cruz, de quien pendía
un rojo y sangriento lienzo,
con que bajó de sus brazos
Cristo sin alma, y Dios muerto:
La sola del sol difunto
dice con divino esfuerzo
estas quejas lastimosas
y estos piadosos requiebros.
¡Oh teatro victorioso!,
donde el Capitán eterno,

[1] Sancha, t. 13, p. 319.

por dar a los hombres vida,
venció la muerte muriendo.
¡Oh escala de otro Jacob!,
mas con tres pasos de hierro,
tan alta que por subirla
pies y manos puso en ellos.
¡Oh caja de mis cuchillos!,
¡oh mesa en que estuvo puesto
aquel soberano pan
atravesado en el leño!
Pues solas nos han dejado,
yo sin hijo y vos sin dueño,
consolémonos las dos,
pues las dos nos parecemos.
Hízome Dios cruz divina
para nacer de mi pecho,
y a vos, por mayor favor,
para morir en el vuestro.
Pues como a Dios os adoran
ángeles, hombres y cielos,
morir en vos fué lo más.
y nacer de mí lo menos.
Más merecen vuestros brazos
las horas que le tuvieron,
que los años que los míos
le dieron dulce sustento.
Madre suya parecéis
en darle al mundo, aunque muerto,
pero daisle con dolores,
y yo le parí sin ellos.
Leona sois en el parto,
aunque yo os le di Cordero;
mas, pues que blanco os le di,
¿por qué me le dais sangriento?
Cuando mi parto, no os vi,
y vos me veis en el vuestro.
aunque pues fué sobre tablas,
bien puede pensar maderos.
Bien me llamaron María
por la amargura que tengo,
o porque vos, nave santa,
habéis pasado mi estrecho.
Pero puesto que soy mar,
tanta ventaja os confieso,
que desde que fuisteis fuente,
en vuestras aguas me anego.
Fué del Espíritu Santo
mi virgen vientre cubierto,

para que estando a su sombra
sufriese sol tan inmenso.
Y aquí a la sombra de un árbol
vivo de mi sol tan lejos,
que, con ser del cielo gloria,
amanece en el infierno.
Huerto me llamó mi esposo,
mas no pensé que en mi huerto
hubiera un árbol tan fuerte
que tuviera a Dios en peso.
Aquel fruto soberano
fué de mi vientre primero:
nació como trigo en pajas,
racimo me le habéis hecho.
¡Oh dulce leña de Isaac,
llevada en hombros más tiernos,
dadme esa estampa de sangre,
pues que no me dais su cuerpo!
Dijo la Virgen María,
y dándole dulces besos,
dió rosas y tomó rosas
la zarza verde en el fuego.
Corazón de piedra dura,
quedad llorando deshecho,
que la muerte de Dios hombre
las piedras parte por medio [1].

LA CABEZA DE CRISTO

ROMUALDO GALDOS, S. I.

(Contemporáneo)

Bello es, Señor, tu rostro en demasía;
hermosa tu cabeza por demás,
hermosos tus cabellos; de tu frente,
¿quién puede la hermosura ponderar?
Esa frente y cabeza están pidiendo
una corona real, una diadema
que sellen su realeza divinal...
Eres, Jesús, el Cristo, el Rey de reyes;
eres, Cristo, el Señor de los señores;
mas ¿dónde está del señorío el cetro?,
¿dónde de tu realeza la corona?,
y de tu imperio la diadema, ¿dónde?

[1] Sancha, t. 13, p. 322.

Corona, sí, la tiene, mas de espinas;
te ha coronado, sí, mas no tu Padre:
te ha coronado tu cruel madrastra,
la Sinagoga hebrea, que así canta
irónica su triunfo y tu derrota:
«Vírgenes de Sión, salid, salid,
a ver al verdadero Salomón:
miradlo coronado con corona
con que su madre lo corona el día
feliz de sus alegres desposorios,
el día en que triunfó su corazón...»
¿De espinas coronado tú, Dios mío?
¿De espinas coronado tú, Jesús,
que eres el verdadero Salomón?...
Mas, ¿cómo deshonrar tu augusta frente
y cómo deshonrar de tu cabeza
la soberbia majestad divina?...
No basta, no, de espinas la corona
para afear tu frente y tu cabeza:
tu frente de marfil, tu testa de oro,
frente y testa de hermoso Nazareno...
frente y testa de Rey, de Rey divino...
El mundo reconoce tu realeza,
como Pilato la atestó escribiendo
(y lo que él escribió persiste escrito
no sólo en griego y en latín y hebreo,
sino en las lenguas todas de la tierra):
«Este es Jesús, Jesús el Nazareno,
el Rey de los Judíos»... Todo el mundo
el título ha leído de la cruz:
y a ti, Jesús, de espinas coronado,
a ti, Cristo Jesús, oh *Santo Cristo*,
clavado en esa cruz con cuatro clavos,
el mundo todo te proclama Rey.
Salve, Cristo, Señor de los señores;
Salve, Cristo Jesús, Rey de los reyes... [1]

[1] *El Santo Cristo de Vergara* (poema) (Vergara 1945), p. 31.

IV. MISTERIOS GLORIOSOS

REDONDILLAS A LA RESURRECCION

JUAN DE SALINAS Y CASTRO

(Siglo XVII)

La bella flor que en el suelo
plantada se vió marchita,
ya torna, ya resucita,
ya su olor trasciende el cielo.

De tierra estuvo cubierto,
pero no fructificó
del todo hasta que quedó
en un árbol seco injerto.

Y, aunque a los vientos del suelo
se puso después marchita,
ya torna, ya resucita,
ya su olor trasciende el cielo.

Toda es de flores la fiesta,
flores de finos olores,
mas no se irá todo en flores,
que la flor y fruto es ésta.

Resucita en ella el suelo,
pues ella en él resucita,
que a su fragancia infinita
sacará de rastro el cielo [1].

[1] *Poesías*, Sociedad de Bibliófilos Andaluces, t. 2 (Sevilla 1869).

HIMNO A LA RESURRECCION DEL SEÑOR

José Iglesias de la Casa

(1748-1791)

Cantemos al Señor, que victorioso
rescató de prisión su pueblo amado,
la majestad del Príncipe del cielo
y del rey sin piedad el fiero espanto.

De su sangre en púrpura vestido,
de honrosos vituperios coronado,
descendió al limbo el Redentor del mundo,
que fué en la cruz, para vencer, clavado.

Lucifer y las huestes de tinieblas,
¡oh qué grita del pecho desataron!:
los pálidos funestos estandartes
el miedo les quitaba de las manos.

Llegó Cristo glorioso en las insignias
de su pasión, y con invicto brazo
de majestad vistió los tribunales,
donde execrables leyes dió al tirano.

Tembló el umbral debajo de la planta
del Vencedor eterno, y los espacios
reciben el calor de eterna lumbre,
donde estaban los padres encerrados.

Después aquel Rey fuerte y poderoso
sacó consigo del profundo lago
libres las almas de los santos padres
y las condujo al paraíso grato.

De eterna majestad siempre asistido,
su cuerpo en sepulcro está aguardando
que resucite, lleno de esplendores,
como está, al sol tercero, decretado.

Jesús, divino Rey, para que seas
pascual gozoso a las almas continuado,
dalas vida, librándolas—piadoso—
de la muerte fatal de sus pecados.

La sempiterna gloria se dé al Padre,
y al Hijo, cuyo triunfo celebramos,
y al santo Amor, que de los dos procede,
un Dios, que impera por eternos años [1].

[1] *Poetas líricos del siglo XVIII*, en Biblioteca de Escritores Españoles, de Rivadeneyra (Madrid 1869), t. 1.

EL TRIUNFO DE JESUS

José Musso y Valiente

Político, individuo de varias Academias (1785-1838

¡Alégrate, Sión! Este es el día
de paz y de contento.
¡Torne, torne a tu pecho la alegría!
¡Cese el triste lamento!

El cilicio depón, alza del suelo;
unge la faz brillante;
mueve la voz; ¡la suya eleve al cielo
la cítara sonante!

¡A ti viene tu Rey! Del tenebroso
abismo se levanta;
venció al dragón; aclámale glorioso,
nuevo loor le canta.

¡Hosana al vencedor! Al que fué hecho
Señor de las naciones.
¡Cayó, cayó el soberbio ya deshecho!
Rotos vió sus pendones.

Humille el mundo la ceñuda frente;
suba, ensálcese el valle;
mane aguas vivas de Sión la fuente,
que a sedientos acalle.

Florece varia y gózase la tierra;
huye el mar y se asombra
cuando en Oriente fúlgido destierra
el sol la parda sombra.

¿Quién es el que a las huestes confundidas
derribó con su aliento?
Y ¿quién sobre sus tiendas abatidas
colocó el alto asiento?

Dejó el trono, y los cielos se inclinaron
bajo su pie divino
y, cual hoja flexible, se arrollaron
cuando a su pueblo vino.

A salvar a Israel el brazo extiende,
que armó de saña e ira;
al lago profundísimo desciende,
y de allí le retira.

Sobre El en vano con bramido horrendo
la boca abrió furiosa;

la devorada presa dió gimiendo
la muerte pavorosa.

¡Sal, hija de Sión! Ya resplandece
en tu alcázar su lumbre;
ante ella, de los astros se obscurece
la inmensa muchedumbre.

Sobre el alado trueno cabalgando
el universo agita
y el flamígero rayo disparando
al impío precipita.

No poder basta, no furor altivo
a resistir alcanza;
¿quién a probar se atreve del Dios vivo
la terrible venganza?

¡Ojalá a mi clamor pío respondas,
y paz al alma digas
y de la muerte en la mansión me escondas
mientras al orbe castigas!

A tu rigor mi vida desatada,
el polvo vil la herede;
hasta que, entre ruinas desquiciada,
la esfera ante ti ruede.

Dulce sueño durmiendo del olvido
en la cárcel estrecha,
tu voz entonces herirá mi oído
cual penetrante flecha.

Y volaré, y veré la refulgente
luz que tu solio viste
y el almo coro oiré que reverente
en torno tuyo asiste.

Reina en tu pueblo; sólo Tú domina
del uno al otro polo;
sé siempre, ¡oh Dios!, con hostia de ti dina
adorado Tú solo! [1]

[1] *Poetas líricos del siglo XVIII*, t. 3, en Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, v. 67, p. 735.

APARICION DE JESUS A LA MAGDALENA

CRISTÓBAL CABRERA

(Siglo XVI)

Buscaba la bendita Magdalena
a Dios eterno, que perdido había,
antes que el sol su clara lumbre al día
comunicase con alegre vena.

El cuerpo siente en no hallarle pena,
y más doblada el alma la sentía;
donde mostró que por la falta mía,
María está de muchas obras llena.

¿A quién buscas, María, congojosa?
Ten los ojos abiertos y sentido;
y si a buscarle congojosa vienes,

alza tu rostro a su visión gloriosa;
que ese que tú imaginas que es perdido,
hoy le has ganado, si sentido tienes [1].

LA MAGDALENA EN LA RESURRECCION

ALONSO DE BONILLA

Coloquio

—¿Quién de un sepulcro de amor
quitará una losa fría?
—¡Decid para qué, María!
—Para ungir a mi Señor.

—Dejar la piedra es mejor,
que es toque y descubrirá
del oro que dentro está
los quilates y el valor.

—Ya que con la mía no puedo
a mi tierno amor dar vida,
dejaré su carne ungida,
que al amor no vence el miedo.

Déme sus fuerzas amor,
quitaré esta losa fría.

[1] *Poetas religiosos inéditos del siglo XVI*, sacados a luz por don Marcelo Macías y García (La Coruña 1890).

—Tened, reportaos, María,
no lo permite el dolor.

Dejar la piedra es mejor,
que es oro el que dentro está,
y como toque dirá
sus quilates y valor.

—No temo robustas guardas,
que en mis entrañas deshechas
más hieren de amor las flechas
que no puntas de alabardas.

Y si me es propicio amor,
probaré la intención mía.
—¿Pues qué os importa, María?
—El ungir a mi Señor.

—Dejar la piedra es mejor,
que el oro que dentro está
en ella descubrirá
como en toque su valor [1].

AL BUEN PASTOR

MIGUEL DE CERVANTES

(1547-1616)

A ti me vuelvo, gran Señor, que alzaste,
a costa de tu sangre y de tu vida,
la mísera de Adán primer caída,
y adonde él nos perdió, tú nos cobraste.

A ti, Pastor bendito, que buscaste
de las cien ovejuelas la perdida,
y, hallándola del lobo perseguida,
sobre tus hombros santos te la echaste.

A ti me vuelvo en mi aflicción amarga,
y a ti toca, Señor, el darme ayuda,
que soy cordera de tu aprisco ausente.

Y temo que a carrera corta o larga,
cuando a mi daño tu favor no acuda,
me ha de alcanzar esta infernal serpiente [2].

[1] *Peregrinos pensamientos* (Baeza ...), p. 96.
[2] *La gran sultana*, jornada 1, en «La poesía lírica en el teatro antiguo», t. 1, trozos religiosos, primera serie, Colección de Escritores Castellanos (Madrid 1909).

EN LA ASCENSION

FRAY LUIS DE LEÓN

Agustino, catedrático de Salamanca (1527-1591)

¿Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, obscuro,
con soledad y llanto;
y tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?

Los antes bienhadados
y los ahora tristes y afligidos,
a tus pechos criados,
de ti desposeídos,
¿a dó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura,
que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿qué no tendrá por sordo y desventura?

A aqueste mar turbado,
¿quién le pondrá ya freno? ¿Quién concierto
al viento fiero, airado,
estando tú encubierto?
¿Qué norte guiará la nave al puerto?

¡Ay! Nube envidiosa
aun de este breve gozo, ¿qué te quejas?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos, ¡ay!, nos dejas!

Tú llevas el tesoro
que sólo a nuestra vida enriquecía,
que desterraba el lloro,
que nos resplandecía
mil veces más que el puro y claro día.

¿Qué lazo de diamante,
¡ay, alma!, te detiene y encadena
a no seguir tu amante?
¡Ay! Rompe y sal de pena,
colócate ya libre en luz serena.

¿Que temes la salida?
¿Podrá el terreno amor más que la ausencia
de tu querer y vida?
Sin cuerpo no es violencia
vivir; mas es sin Cristo y su presencia.

Dulce Señor y amigo,
dulce padre y hermano, dulce esposo,
en pos de ti yo sigo:
o puesto en tenebroso
o puesto en lugar claro y glorioso [1].

A LA ASCENSION

SOR VIOLANTE DO CEO

Monja portuguesa (1601-1693)

Villancico

¡Ay de mí, señores,
duélanse de mí,
que entre mil congojas
me siento morir!
¡Ay de mí, que apenas
pude ser feliz,
cuando, desdichada,
lloro penas mil!
La Deidad que adoro
desde que la vi,
dejándome muerta,
se quiere partir.
No sólo se ausenta,
causando mi fin,
pero vivir quiere
muy lejos de aquí.
Dígame quien ama,
si sabe sentir,
si es bien que así llore
quien padece así.
¡Oh quién tras él fuera
con vuelo sutil
por eses que rompe
mares de zafir!
¡Quién lograr pudiera
su vista gentil
aunque se abrasara
como el serafín!
¡Ténganle, señores,
no le dejen ir,
que me lleva el alma
si me deja a mí!

[1] *Obras de fray Luis de León*, B. A. C.

¡Ay de mí, cortesanos del cielo,
que mi dulce amado se quiere partir!
¡Ay de mí, cortesanos del cielo,
que quedo moriendo sin él y sin mí!
¡Ay de mí, que tantas causas
me quedan para sintir,
pues, tras ser tan venturosa,
vengo a ser tan infeliz!
¡Ay de mí, que la memoria
basta para me afligir,
pues no tengo lo que tuve,
pues no veo lo que vi!
¡Ay de mí, que sin mirarle
es imposible vivir!;
¡ay de mí, que con su ausencia
no sé qué será de mí! [1]

ALLELUIA DE LA ASCENSION

VICENTE MARTÍNEZ, S. I.

Jesuíta (1913-1944)

Adiós, adiós,
hermoso Luchador.

Gloria de nuestro suelo,
flor virgen de una Virgen,
simiente que los aires
llevan a tierra firme.

Adiós, adiós,
hermoso Luchador.

La tierra que te avienta
te quiere pan en su hambre.
pero descansa un poco en el granero;
la gestación ha sido dura, padre.

Adiós, adiós,
hermoso Luchador.

Como una cruz te elevas
formada por dos ansias,
la vertical, de ascenso hacia tu Padre;
la horizontal, de abrazo a la Habitada.

Adiós, adiós,
hermoso Luchador.

[1] *Parnaso lusitano...*, p. 524 (Lisboa 1733).

Tú arrancas vencedor
cual nave de despojos... ;
y exultando del monte,
bajaremos nosotros.

Adiós, adiós,
hermoso Luchador [1].

GALILEA, TIERRA DE CRISTO

LUIS FELIPE CONTARDO

(1880-1921)

Campos de Galilea, campos llenos de espigas,
laderas en que medra la viña secular ;
vosotras recogisteis de Jesús las fatigas,
seguido de las turbas le mirasteis pasar...

Vosotros le ofrecisteis imágenes amigas,
que, hechas después parábolas, enseñaban a amar...
¡ Oh dulce Galilea, tanto recuerdo abrigas
en tu seno sagrado, que eres como un altar !

De tus suaves colinas, en que el trigo ya es oro ;
de tus vides, que guardan en germen su tesoro ;
de esa tierra bendita, donde mis pasos van,

se elevan, entre ardientes fulgores celestiales,
por sobre los sarmientos, por sobre los trigales,
hecha vino su sangre y su cuerpo hecho pan... [2]

TRADUCCION DEL HIMNO «VENI CREATOR»

FRAY DIEGO GONZÁLEZ

(1733-1794)

Ven, Criador Espíritu amoroso ;
ven y visita el alma que a ti clama,
y con tu soberana gracia inflama
los pechos que criaste poderoso.

Tú, que abogado fiel eres llamado,
del Altísimo don, perenne fuente

[1] *Poesía nueva de jesuitas*, selección de José María Pemán (Madrid 1948).
[2] *Sonetos españoles*, selecionados por J. B. Solervicéns. Montaner y Simon (Barcelona 1944).

de vida eterna, caridad ferviente,
espiritual unción, fuego sagrado.

Tú te infundes al alma en siete dones,
fiel promesa del Padre soberano.
Tú eres el dedo de su diestra mano,
Tú nos dictas palabras y razones.

Ilustra con tu luz nuestros sentidos,
del corazón ahuyenta la tibieza;
haznos vencer la corporal flaqueza
con tu eterna virtud fortalecidos.

Por ti, nuestro enemigo desterrado,
gocemos de paz santa duradera;
y, siendo nuestra guía en la carrera,
todo daño evitemos y pecado.

Por ti al Eterno Padre conozcamos,
y al Hijo, soberano omnipotente,
y a ti, Espíritu, de ambos procedente,
con viva fe y amor siempre creamos.

Toda gloria sea dada al Padre Eterno,
y al Hijo, de la muerte victorioso,
y al soberano Espíritu amoroso
ahora y siempre por siglo sempiterno [1].

AL ESPIRITU SANTO EN EL DIA DE PENTECOSTES

TOMÁS JOSÉ GONZÁLEZ CARVAJAL

Político, alto funcionario ministerial (1753-1834)

La fuerza poderosa
cantaré del amor en este día,
y la maravillosa
llama en que Dios ardía,
y el soberano don que al suelo envia.

En el principio eterno,
sin principio ni fin, del Padre era
el Verbo sempiterno,
de inefable manera,
imagen fiel, substancia verdadera.

El Padre lo engendraba
y en eterno esplendor lo producía;

1 *Líricos del siglo XVIII,* en Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra (Madrid 1869), t. 61, p. 196.

el uno al otro amaba,
y del fuego que ardía
el Espíritu Santo procedía.

¡Oh clara, luminosa,
generación eterna, inenarrable!
¡Oh procesión dichosa
de amor inagotable,
abismo profundísimo, insondable!

Por ti el orbe criado
en el fuego de amor luego se inflama:
que de uno en otro lado
prende la sacra llama,
y todo arde en un punto y todo ama.

Ama su centro el grave,
ama lo leve la sublime esfera,
ama el pez, ama el ave,
ama la agreste fiera,
y la planta y la flor a su manera.

Amor respira el cielo,
amor la tierra, amor las aguas puras,
y con acorde anhelo
doquier, amor, procuras
al Hacedor unir las criaturas.

Que en dulce consonancia
del amor siguen todas la armonía
y amor es la substancia
que las sustenta y cría,
mientras torpe afición no las desvía.

Cual de edén en el huerto
a nuestro común padre desviara,
y en triste desconcierto
la armonía trocara
del orbe, y su destino malograra.

Volaste huyendo al cielo,
santo amor, y sus flores en abrojos
convirtió triste el suelo,
y en llanto nuestros ojos
su paz, y nuestras dichas en enojos.

Mas ya vuelves ahora
para no te ausentar, y, renovado
el mundo, ya te adora
por aquel enviado
que triunfó de la muerte y del pecado.

¡Oh, bien venido seas,
paráclito eternal, que con tus dones
nos nutres y recreas!
Lluevan tus bendiciones
sobre nuestros contritos corazones.

Y nunca profanado
se vea ya tu templo, ni su lumbre
y esplendor eclipsado,
ni el alma se acostumbre
del pecado a sufrir la pesadumbre.

Si alguna vez caemos,
tú a levantarnos ven y tú nos guía;
y alumbra, si no vemos;
y si el pecho se enfría,
ven, y tu calor santo en él envía.

Ven y nos fortalece,
si alguna vez nuestro valor flaquea;
y tu ley enderece
el pie, si se ladea,
si tímido se para o titubea.

Sople el impetuoso
viento en el alto techo, y, resonando
el ámbito espacioso
y amores derramando,
lleve tras sí las almas arrastrando.

El fuego centelleante
que sobre los apóstoles ardía,
al pecho de diamante,
al alma seca y fría,
ablande y dé calor en este día.

Y, unidos y enlazados
en tus lazos, ¡oh amor omnipotente!,
de pueblos apartados
haz una sola gente,
un corazón, un alma solamente [1].

[1] *Poetas líricos del siglo XVIII*, t. 3, en Biblioteca de Autores Espanoles, de Rivadeneyra, vol. 67, p. 562.

LA SANTISIMA TRINIDAD

LOPE DE VEGA

(1562-1635)

Padre que engendras *ab eterno* el Verbo,
noticia tuya y substancial concepto,
mirando de sí mismo el ser perfecto,
luz amorosa que a los dos reservo.

Cuya hermosura el serafín protervo
pensó igualar, poniendo por objeto
al Rey de gloria no vivir sujeto,
que tomó por mi bien forma de siervo.

Santa Trina unidad, Trinidad una,
que inseparablemente en ti consistes,
énfasis de los cielos estupendo;

hermosa forma, sin materia alguna;
presencia potencial que en todo asistes,
adoro en ti lo que de ti no entiendo [1].

[1] De *El Divino Africano,* acto 3, en «La poesía lírica en el teatro antiguo», t. 1, Colección de Escritores Castellanos.

TERCERA PARTE

CICLO EUCARISTICO

ANTES DE LA COMUNION

GREGORIO SILVESTRE

Organista de la catedral de Granada (1520-1569)

¡Oh, qué cosa
espantosa y milagrosa!
Que el gran Señor de Israel
a su mesa gloriosa
convida al alma fiel,
y el mismo convite es El
por obra maravillosa.

El manjar del que convida,
todo es vida,
y el convite glorioso
tan sabroso,
que deja el alma cumplida
de descanso y de reposo.
¡Qué hermosura,
qué gustosa y substanciosa,
qué dulce! Más que la miel
es la comida preciosa
que da el Señor de Israel,
y el mismo manjar es El.

Pan del cielo,
licor de gracia y consuelo,
dulce sabor de sabores
y dulzores
nunca vistos en el suelo;
y el Señor de los señores,
debajo de un blanco velo,
de su carne preciosa
y su sangre gloriosa;
y el mismo Dios de Israel,

la substancia milagrosa
de los que esperan en El.
Y el mismo convite es El
por obra maravillosa.

¿Quién tal vido,
que el pan del cielo venido
en tierra virgen se ha hallado,
que ha quedado
virgen después de nacido,
por la Virgen presentado
y en fuego de amor henchido?
Nunca cosa
se vió tan maravillosa,
ni fruta tan de vergel,
ni comida tan preciosa,
tan dulce panal de miel,
que el mismo Dios queda en él
por obra maravillosa [1].

AL CORAZON DE JESUS

GREGORIO SILVESTRE

(1520-1569)

Si el amoroso fuego en que te inflamas
con otro tal conviene ser pagado,
¿con qué te pagaré, mi dulce amado,
que no hay poder amar como tú amas?

La fuerza del amor con que me llamas
abrase el corazón duro y helado,
y tenga el espíritu inflamado
y el alma por ti ardiendo en vivas llamas.

Consúmase este fuego y purifique
la parte donde está todo el defecto,
y déjeme acendrado, limpio y fuerte;

y transportado en ti me purifique,
mostrándose de amor el tal efecto
que en el amado el amador convierte [2].

[1] y [2] De *Floresta eucarística* (Montevideo 1938).

SAGRADO CONVITE

BENITO ARIAS MONTANO

Presbítero (1521-1598)

Dios al hombre convida
a la mística cena deseada,
y desde la caída
de Adán y nuevo mundo tan ansiada.
El morador del cielo
al hombre, si pudiera, le envidiara
manjar de tal consuelo,
y que goce el mortal prenda tan cara
que el cielo mismo envía
cual regalo del Padre, y de su mano;
pues la fiesta que hacía
el hebreo con rito soberano,
por haberse librado
del yugo servidumbre y grave susto
y por haber hollado
el mar donde se hundió el tirano injusto,
ahora en verdad presenta
aquel que con el Padre compañero
todo el mundo sustenta,
y su deidad nos da el vivir entero,
y al flaco infunde aliento,
y cuando él bajo el pan, manjar divino,
se ofrece a todo hambriento,
y su sangre preciosa bajo el vino
en velo misterioso
se da en bebida a cuantos le apetecen,
corrige lo vicioso
y los males que al ánimo enflaquecen
desde que la hidra impura,
valiéndose de la mujer liviana,
apestó la natura
haciéndola comer de la manzana
fatal a su linaje;
de tanto mal nos libra ese convite,
también del fiero ultraje
de la muerte, que tanto horror admite;
y por él respiramos
y los bienes eternos disfrutamos [1].

[1] *Monumentos sagrados de la salud del hombre*... Traducción del latín por el P. Benito Feliu, escolapio (Valencia 1774).

LA EUCARISTIA, MANJAR DEL ALMA

Fray Luis de León

Agustino (1527-1591)

Comida celestial, pan cuyo gusto
es tan dulce, sabroso y tan suave,
que al bueno, humilde, santo, recto y justo,
a manjar celestial, como es, le sabe.
Justa condenación del hombre injusto,
si come el pan do Dios se encierra y cabe
el sumo Dios que en sí se da y oculta,
diga el bien que de tanto bien resulta.

Pan de ángeles, Dios tan verdadero,
que, aunque se quiebra, se divide y parte,
está un inmenso Dios trino y entero
en cualquier migaja y menor parte.
Agnus Dei, sincerísimo Cordero,
que en pan al pecador gustas de darte,
pues eres todo Dios, él, que es bastante,
de su deidad en ti cifrada cante.

Eres, pues, Dios, de tu deidad tan digno,
que no hay justo ni santo entre los santos
que no juzgue y tenga por indigno
de bocado que da regalos tantos;
eres pan para el bueno tan benigno,
que de tribulaciones y de llantos
le produces y das gloriosos bienes,
y para con el malo los detienes.

Eres pan celestial, lo figurado
de aquel maná sabroso del desierto:
tú lo vivo y aquello lo pintado,
aquello la figura y tú lo cierto;
eres pan tan glorioso y endiosado,
que a decir tus grandezas yo no acierto;
las angélicas lenguas lo prosigan,
que faltas quedarán, aunque más digan [1].

[1] Atribuída a Fr. Luis de León por López Sedano en su *Parnaso español,* t. 3-4 (Madrid 1771).

DIFICULTAD

Fray Luis de León

A la Fe preguntó un villano rústico,
criado en el aldea en trato bárbaro,
una dificultad casi insoluble,
acá en nuestro entender común y párvulo;
y fué que cómo el cuerpo real y físico
del sacrosanto Dios, divino fármaco,
está en el todo y en la parte íntegro
después que se divide aquel pan cándido.

Al cual la Fe responde, en breve término,
que, como en un espejo sin obstáculo,
hecho trozos, en todas las partículas
ve uno su rostro entero en cualquier átomo,
del propio modo Dios en cualquier mínima
parte del sacro pan tan grande y máximo
está como antes de que algún presbítero
le parte o le reparta, como es árbitro [1].

PREGUNTAS DE AMOR

Fray Luis de León

Si el pan es lo que vemos, ¿cómo dura,
sin que comiendo dél se nos acabe?
Si Dios, ¿cómo en el gusto a pan nos sabe?
¿Cómo de sólo pan tiene figura?

Si pan, ¿cómo le adora la criatura?
Si Dios, ¿cómo en tan chico espacio cabe?
Si pan, ¿cómo por ciencia no se sabe?
Si Dios, ¿cómo le come su hechura?

Si pan, ¿cómo nos harta siendo poco?
Si Dios, ¿cómo puede ser partido?
Si pan, ¿cómo en el alma hace tanto?

Si Dios, ¿cómo le miro y le toco?
Si pan, ¿cómo del cielo ha descendido?
Si Dios, ¿cómo no muero yo de espanto? [2]

[1] y [2] En *Parnaso español* (Madrid 1771), t. 5.

ESTANDO PARA COMULGAR

Baltasar del Alcázar

Caballero sevillano (1530-1606)

Si os trae mi amistad y compañía,
Señor, aquí os espero, despedido
de otra cualquiera que haya pretendido
tener no vuestra la ignorancia mía.

Entrad en la morada oscura y fría;
dadle luz y calor no merecido;
seréis en ella huésped recibido
con lágrimas de amor y de alegría.

Renovadla, Señor, con vuestra diestra
de nuevos edificios y reparos,
que por morada propia os la consigno.

Obrad en ella como en cosa vuestra,
sólo de mí tendréis el confesaros
con humildad que soy de vos indigno [1].

AL SANTISIMO SACRAMENTO

Baltasar del Alcázar

I

—*Hola, zagalejo,*
¿ves qué lindo Pan?
—*Lindo es; dime cómo*
de gracia lo dan.

—Este Pan divino,
que sólo es sustento
del cielo, nos vino
por mantenimiento.
Llega y ten aliento,
que a todos darán.
—*Pero dime cómo*
de gracia lo dan.

—Alargad el plato,
ved la mesa puesta,
que lo dan barato:
sólo querer cuesta.
Vuestra es esta fiesta,
¡oh hijos de Adán!
—*Dime el precio o cómo*
de gracia lo dan.

—Pan todo gracioso,
que da gracia y vida;
si hay algún goloso,
rica es la comida;
tu boca es medida:
abre y te hartarán.
—*Pero dime cómo*
de gracia lo dan.

—Como si quisieres
olvidar pesares;

[1] *Poesías*, ed. Real Academia (Madrid 1910), p. 166.

quien busca placeres
deje otros manjares.
Dichoso el que hartares,
soberano Pan.
—*Lindo es; dime cómo*
de gracia lo dan.

—Pues El nos convida,
¿por qué no llegamos?
Tan dulce comida
no es razón perdamos.
Vamos todos, vamos,
que a todos darán.
—*Pero dime cómo*
de gracia lo dan.

II

Di mi cuerpo y sangre
por el pecador;
decid, mi dulce Madre,
si le tengo amor.

Siendo soberano,
soy de amor vencido;
tiéneme rendido
el género humano.
Soy hecho su hermano
por humana unión:
Decid, mi dulce Madre,
si le tengo amor.

Cuando el hombre cuerdo
gime su pecado,
nunca más me acuerdo
del yerro pasado.
Abro mi costado,
doyle el corazón:
Decid, mi dulce Madre,
si le tengo amor.

Cuanto el mundo encierra,
cuanto yo he criado,
el cielo y la tierra,
mi cuerpo sagrado,
... ... [1]
Mi vida y pasión:
Decid, mi dulce Madre,
si le tengo amor.

III

—Si a ti me doy por comida,
di, alma, ¿qué me darás?
—Dios mío, lo que me das,
que es darte mi propia vida.
—¿Si te doy panal de vida
de la boca del león...?
—Daréte mi corazón,
en que hagas tu manida.
—Y si la gracia cumplida
te diere, ¿qué me darás?
—Que de mí no será más
tu Majestad ofendida.
—¿Si en esta mesa sagrada
mi carne y sangre te do...?
—Dios mío, daréte yo
la mía purificada.
—¿Si te tomo por manida
y te estoy glorificando...?
—Estaré siempre alabando
tal huésped y tal comida.
—¿Si te doy manjar de vida
para no morir jamás...?
—Andaré siempre a compás
de tu bondad sin medida.
—Si conmigo estás unida,
di, alma, ¿qué sentirás?
—Sentiré el bien que me das:
gozo, gracia y nueva vida.

IV

Este Pan es Pan de vida,
aunque del cielo bajó,
y es Pan vivo, aunque murió.

Este Pan es Pan divino,
Pan de vida singular;
es Dios, que se da en manjar
so color de pan y vino;
vivo Pan, pues de contino
la vida entera nos dió.
Es Pan vivo, aunque murió.

[1] Falta un verso en el original.

Este Pan nos da la vida
y libra de muerte eterna:
Pan de vida sempiterna
para el hombre que El convida.
Vivo Pan de la comida
en que Dios por pan se dió.
Es Pan vivo, aunque murió.

Este es el Pan que muriendo
nos dió la vida sin par,
Pan que, por nos rescatar,
se estuvo en la cruz cociendo.
Con fuego de amor ardiendo
nuestras culpas consumió.
Es Pan vivo, aunque murió.

Este Pan da vida al mundo,
y a esto bajó a la tierra;
es Pan vivo a do se encierra
el misterio más profundo.
Es tan alto y tan jocundo,
que aquel que lo instituyó.
Es Pan vivo, aunque murió [1].

LETRILLA EUCARISTICA

San Pascual Bailón

(1540-1592)

¿Dime, Dios, por qué te vas
de este corazón que quieres?
—*Pecador, tú bien podrás*
hacerme quedar si quieres.

Di, mi Dios, pues me criaste
y a redimirme viniste,
y en manjar de pan te diste
y en mi alma te hospedaste;
sé que no despedirás
quien a tu mesa pusieres.
—*Pecador, tú bien podrás*
hacerme quedar si quieres.

Mi Dios, pues voy pobrecillo
peregrinando cobarde,
queda conmigo; aunque tarde,
te he hospedado en mi castillo.
No te vayas, quitarás
de mí malos pareceres.
—*Pecador, tú bien podrás*
hacerme quedar si quieres.

No te vayas, luz y gloria,
quédate, Señor, conmigo
para negociar contigo
mi sustento, mi victoria.
No te alejes, pues estás
do no cabes por quien eres.

[1] Idem ídem, p. 155.

—Pecador, tú bien podrás
hacerme quedar si quieres.

Pan divino, verdadero,
sácame, Señor, de mí.
Recíbeme, Dios, en Ti;
que en Ti vivo y en mí muero.
No me dejes, pues me das
el haber de tus haberes.
—Pecador, tú bien podrás
hacerme quedar si quieres [1].

AL SANTISIMO SACRAMENTO

FR. DAMIÁN DE VEGAS

Caballero de San Juan (siglo XVI; escribía en 1544)

Abre los ojos, ánima cristiana,
contempla esta divina maravilla;
come este pan con firme fe y sencilla,
limpia conciencia, amor y buena gana.

¿Dónde ibas boquiabierta tras la vana
golosina del mundo, ¡oh pobrecilla!,
dándote aquí, si quieres recebilla,
riqueza, pan y hartura soberana?

Si buscas a tus males relevante
remedio y grande perfección de bienes,
detente aquí, que no hay mejor adonde.

Si honor y alteza, no hay que ir adelante;
si riquezas de gracia, aquí las tienes;
si hartura de gloria, aquí se esconde [2].

MARAVILLAS DE DIOS EN LA EUCARISTIA

FR. DAMIÁN DE VEGAS

Habiendo Dios cien mil hechuras bellas
hecho, con que su gloria descubriese,
una le plugo hacer que contuviese
el valor y virtud de todas ellas,

porque en una gozallas y tenellas
todas el hombre a su placer pudiese,

[1] *Floresta eucarística*, editada por el Apostolado del Buen Libro (Montevideo 1938).
[2] *Poesía cristiana, moral y divina* (Toledo 1590).

y en un solo bocado recibiese
el fruto y mérito infinito dellas.

La cual, siendo como es tan inefable,
diósela en pasto al alma porque vea
cuán bueno es el Señor y dadivoso.

¡Oh largueza de amor incomparable:
dar Dios al hombre la mejor presea
que pudo, siendo Todopoderoso!

LA GLORIA ES PREMIO DE LA FE

FR. DAMIÁN DE VEGAS

¿Quieres, alma, entender que hay en el suelo
cuanta riqueza y bien el cielo encierra?
¿Quieres ver que, aunque a oscuras, en la tierra
hay y se goza celestial consuelo?

Del pan penetra el sacramental velo
con el ojo de fe, que nunca yerra;
verás que dentro en sus cortinas cierra
toda la gloria y resplandor del cielo;

pues dentro dél está Dios humanado,
dándose en pasto al alma su querida,
con que su amor inmenso le declara;

mas no se deja ver, porque ha ordenado
que el que así le creyere en esta vida,
en la otra le goce cara a cara.

LA VIDA DEL ALMA

FR. DAMIÁN DE VEGAS

Estáte, Señor, conmigo
siempre, sin jamás partirte,
y cuando acordares irte,
allá me lleva contigo;

que el pensar si te me irás
me causa un terrible miedo
de si yo sin ti me quedo,
de si tú sin mí te vas.

Llévame en tu compañía,
¡oh mi dulce y buen Jesús!,
porque bien sé que eres tú
la vida del alma mía.

Y si tú no se la das,
cierto es que vivir no puedo,
ni si yo sin ti me quedo,
ni si tú sin mí te vas.

Por esto más que a la muerte
temo, Señor, tu partida
y quiero perder la vida
mil veces más que perderte.

Pues la inmortal que tú das,
¡ay!, ¿cómo alcanzarla puedo
cuando yo sin ti me quedo,
cuando tú sin mí te vas? [1]

CON SU VIDA ME CONVIDA

LUIS BARAHONA DE SOTO

(1548-1595)

Hombre y Dios, manjares dos,
uno son, y en tal comida
con su vida me convida,
por mi vida, el que es mi Dios.

Dos naturalezas son,
y un manjar sencillo fué,
y echadle salsa de fe,
que no vale aquí razón.

Si no os diere gusto a vos,
enferma tenéis la vida;
que esto es vida y nos convida
con su vida el que es mi Dios.

Hombre y Dios, manjares dos,
uno son, y en tal comida
con su vida me convida,
por mi vida, el que es mi Dios [2].

[1] Ob. cit.
[2] *Luis Barahona de Soto*, por F. Rodríguez Marín (Madrid 1903), p. 183.

AMOR DE DIOS EN LA EUCARISTIA

Fr. Diego Murillo

Franciscano (1555-1616)

Costumbre es del amante, si se parte,
dejar al que ama, en prenda señalada,
la prenda más querida y preciada
que acuerde su presencia, aunque se aparte.

Hoy, Dios, de esta manera y con tal arte,
al ausentarse de su Esposa amada,
deja su cuerpo en forma consagrada
en toda todo y todo en cualquier parte.

¡Oh milagro tan digno de este nombre,
que al más agudo entendimiento y grave
deja confuso, atónito, espantado!

Viendo que sólo por amor del hombre,
Dios, que en el cielo ni en la tierra cabe,
así todo se encierra en un bocado [1].

ANTES DE LLEGARSE A RECIBIR

Antonio de Maluenda

Canónigo de Burgos (siglo XVI - † 1615)

¿Quién osara llegar a la sagrada
mesa de aquel Dios uno y verdadero
que desnudo y clavado en un madero
sufrió muerte cruel y deshonrada?

El alma que en amor dulce inflamada,
desechando de sí el Adán primero,
sigue la senda estrecha que el Cordero
dejó de sangre y de sudor bañada:

mas el que tiene el corazón manchado,
tibia y fingida fe, detenga el paso,
que gravemente le amenaza el cielo.

De la sangre de Dios será culpado
el que indigno bebiera de este vaso;
júzguese cada cual con puro celo [2].

1 *Divina, dulce y provechosa poesía* (Zaragoza 1616).
2 *Algunas rimas castellanas* (Sevilla 1892), p. 6.

A JESUS SACRAMENTADO

ANTONIO DE MALUENDA

Mesa donde en manjar dulce y sabroso
al hombre ingrato el mismo Dios se ofrece;
donde a la fe se rinde y obedece
el sabio pensamiento no curioso;

donde del gran convite misterioso
la memoria piadosa reverdece;
se alegra el triste; el pobre se enriquece;
hallan la sed y afán agua y reposo.

En ti del árbol verde de la vida
no se envidia la fruta milagrosa.
de la espada de fuego defendida,

que otra virtud más alta y poderosa
en este pan precioso está escondida,
que la carne mortal vuelve gloriosa [1].

MEDICINA DEL ALMA EN LA EUCARISTIA

JUAN LÓPEZ DE UBEDA

Siglo XVI (- † hacia 1596)

Cuando el ciervo, del hombre perseguido
de la flecha cruel, la yerba siente,
acá y allá buscando va la fuente,
porque allí piensa ser favorecido.

Así tú, pecador, que estás herido
de la llaga mortal de tu accidente,
medicina hallarás aquí excelente
si vienes de tu culpa arrepentido.

Aquí hallarás el gusto más sabroso
de cuanto puede dar el mundo vano;
aquí hallarás riqueza, plata y oro.

Aquí hallarás contento, aquí reposo;
aquí hallarás el bien más soberano;
aquí hallarás del cielo el gran tesoro [2].

1 Ob. cit.
2 *Cancionero y vergel de plantas divinas* (Alcalá 1588).

COMO HA DE LLEGARSE EL ALMA A LA COMUNION

JUAN LÓPEZ DE UBEDA

Si quieres, alma mía,
gozar de este convite y real bocado,
no llegues seca y fría,
que al buen enamorado
afrenta el no llegar muy abrasado.
Ponte la vestidura
de las bodas a que eres convidada;
que tu antigua hermosura
en su lustre tornada
será, y del dulce Esposo reparada.
Hoy se te da en comida
encerrado en aqueste Sacramento
para que tengas vida
y des consentimiento
a aqueste soberano casamiento [1].

EN LA CENA DEL CORDERO

JUAN LÓPEZ DE UBEDA

En la cena del Cordero,
y habiendo ya cenado,
acabada la figura,
comenzó lo figurado.
Por mostrar Dios a los suyos
cómo está de amor llagado,
todas las mercedes juntas
en una las ha cifrado:
pan y vino material
en sus manos ha tomado,
y en lugar de pan y vino,
cuerpo y sangre les ha dado.
¡Oh qué infinita distancia
y qué amor tan extremado;
es manjar y Dios, convida,
y es el hombre el convidado!
Si un bocado nos dió muerte,
la Vida se da en bocado;

[1] *Cancionero general de la doctrina cristiana* (Alcalá 1596).

si el pecado dió el veneno,
la triaca Dios la ha dado;
haga fiesta el cielo y tierra
y alégrese lo criado,
pues Dios, no cabiendo en ello,
en mi alma se ha encerrado.

ABRE, CRISTIANO, LOS OJOS

Juan López de Ubeda

Abre, cristiano, los ojos,
y no vivas descuidado;
mira que está allí tu Dios,
cubierto y disimulado,
vestido de tu sayal,
escondido su brocado,
para dársete en manjar,
si llegares sin pecado;
que amores de esta tu alma
le tienen enamorado,
tanto, que del alto cielo
hasta la tierra ha bajado
y determina tomar
tus entrañas por estrado,
dándosete en pan y vino,
manjar de todos usado.
Llega vivo, pecador,
a comer el pan sagrado.

ANGELES...

Juan López de Ubeda

Angeles, si vais al mundo,
por mi Esposa preguntad,
y diréisle que su Esposo
se le envía a encomendar;
diréisle que se le acuerde
cuando me fuí a desposar,
cómo con mi sangre y vida
la quise entonces dotar.
Y en prendas de mi amor puro,
y para la remediar,

me quise quedar con ella
en un sabroso manjar.
Diréisla que sus trabajos
muy bien se saben acá,
y que se consuele mucho,
que presto se han de acabar,
y que ya se llega el tiempo
de las bodas celebrar
y sentarse a la mi mesa
y en mi gloria celestial [1].

ROMANCE A UNA ALMA DEVOTA DESPUES DE LA COMUNION

José de Valdivielso

(1560-1638)

A la sombra de la cruz
se quedó el alma dormida,
que quien se arrima a buen árbol
buena sombra le cobija.
Como es después de comer,
durmióse sobre comida,
que el convite de su Esposo
la ha sacado de sí misma.
El enamorado Dios,
viendo dormir su querida,
dice a los risueños aires
que bañan sus clavellinas:

Ventecicos suaves,
templad la risa;
parad, callad, no sopléis;
pues que duerme
y descansa mi niña,
no me la despertéis.

Que en su pecho quepa tanto,
es lo que me maravilla,
pues que de sólo un bocado
comió una cosa infinita.
Con el bocado en la boca
se adurmió la linda niña,
y no es mucho, si en mi cena
se durmió un evangelista.

[1] Ob. cit. en la p. 379.

Ventecicos suaves,
templad la risa;
parad, callad, no sopléis;
pues que duerme
y descansa mi niña,
no me la despertéis.

Pues que cobró buena fama,
duerma la paloma mía,
que a la sombra de mi muerte
verá que es sueño la vida.
Centinela estoy haciendo,
y no lo será perdida,
pues que por guardar el sueño
el alma el sueño me quita.

Ventecicos suaves,
templad la risa;
parad, callad, no sopléis;
pues que duerme
y descansa mi niña,
no me la despertéis [1].

LETRA AL SANTISIMO SACRAMENTO

José de Valdivielso

(1560-1638)

Aunque más te disfraces,
galán divino,
en lo mucho que has dado
te han conocido

Rey enamorado,
que, de amor herido,
vestiste en la sierra
el blanco pellico;
las sienes coronas
de espigas de trigo,
entre ellas mezclando
olorosos lirios.

Aunque más disfrazado,
galán divino,

1 *Romancero espiritual,* en Colección de Escritores Castellanos: «Místicos» (Madrid 1880).

en lo mucho que has dado
te han conocido

Sacaste un gabán
en Belén al frío,
de perlas y estrellas
todo guarnecido;
montera de campo,
de cabello rizo,
con mil corazones
entre ellos asidos.

Aunque más disfrazado,
galán divino,
en lo mucho que has dado
te han conocido

Quieres en tu mesa
los manteles limpios,
sal de tu palabra,
de dolor cuchillos.
Es tu carne el pan,
es tu sangre el vino,
y en cada bocado
se come infinito.

Aunque más disfrazado,
galán divino,
en lo mucho que has dado
se te ha conocido [1].

EL PAN QUE VEIS SOBERANO

Luis de Góngora y Argote

Presbítero (1561-1627)

El pan que veis soberano
un solo es grano,
que en tierra virgen nacido,
suspendido
en el madero,
se da entero
adonde más dividido.

Cuanto el altar hoy ofrece
desde el uno al otro polo,

1 *Romancero espiritual en gracia de los esclavos del Santísimo Sacramento,* en Colección de Escritores Castellanos «Místicos» (Madrid 1880).

pan divino, un grano sólo,
lleguen tres, o lleguen trece;
invisiblemente crece
su unidad, y de igual modo
se queda en sí mismo todo
que se da todo al cristiano.

El pan que veis soberano...

Este grano eterno, pues,
inmensamente pequeño,
del vital glorioso leño
cayó en la piedra después;
la piedra que días tres
en sus senos le abscondió,
y nos le restituyó
aun más entero y más sano.

El pan que veis soberano, etc. [1]

AL SANTISIMO SACRAMENTO

LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE

El pelícano rompe el duro pecho
con pecho, con amor, con osadía;
deja del mismo pecho manjar hecho,
con que a su pecho los hijuelos cría;
¡oh eterno pecho, que, en amor deshecho,
tu pecho das con pecho y valentía,
porque el pecho del hombre regalado
con tu pecho a sus pechos se ha criado! [2]

ESTA SI ES COMIDA

LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE

¡Quien pudiera dar un vuelo
por todo lo que el sol mira,
y solicitar las gentes
a cena jamás oída!

Cena grande, siempre cena
a cualquier hora del día,

[1] *Obras poéticas de don Luis de Góngora* (Nueva York 1921), t. I, p. 3-15.

[2] Atribuída a Góngora, en B. A. E., de Rivadeneyra, t. 32, p. 457.

donde en poco pan se sirve
mucha muerte o mucha vida.

Esta sí es comida,
y tan singular,
que Dios nos convida
a Dios en manjar.

Mire, pues, cómo se sienta
a mesa el hombre tan limpia,
que aun los espíritus puros
criaturas son indignas.

Nupciales ropas el alma,
blanca, digo, estola vista,
que, a pesar del oro, es
la más blanca la más rica.

Esta sí es comida...

¡Oh tres y cuatro mil veces
magnificencia divina!
¡El Verbo eterno hecho hoy grano
para la humana hormiga!

¿Quién, pues, hoy no se desata
en voces agradecidas?
Alternen gracias los coros
y responda la capilla:

Esta sí es comida... [1]

OVEJA PERDIDA, VEN

LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE

Oveja perdida, ven
sobre mis hombros; que hoy
no sólo tu pastor soy,
sino tu pasto también.

Por descubrirte mejor
cuando balabas perdida,
dejé en un árbol la vida,
donde me subió tu amor;
si prenda quieres mayor,
mis obras hoy te la den.

Oveja perdida, ven, etc...

[1] *Obras poéticas* (Nueva York 1921), t. II, p. 371.

Pasto al fin yo tuyo hecho,
¿cuál dará mayor asombro,
el traerte yo en el hombro
o traerme tú en el pecho?
Prendas son de amor estrecho,
que aun los más ciegos las ven.

Oveja perdida, ven
sobre mis hombros; que hoy
no sólo tu pastor soy,
sino tu pasto también [1].

REBELDE Y PERTINAZ

LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE

Presbítero (1561-1627)

—Rebelde y pertinaz entendimiento,
sed preso. —¿Quién lo manda? —Dios glorioso.
—¿Por qué? —Porque con ánimo dudoso
negaste la obediencia al Sacramento.

—¿Quién ha de ejecutar el prendimiento?
—La voluntad y afecto piadoso.
—¿Quién es el carcelero riguroso?
—La fe, que enseña el conocimiento.

—Y la cárcel, ¿cuál es? —La Iglesia santa.
¡Oh cárcel!, clara luz deste hemisferio,
dulce prisión, que tal tesoro encierra;

do el fruto deste altísimo misterio
se goza con dulzura y gloria tanta,
que excede cuanto bien hay en la tierra [2].

PRENDA Y PAGA DE AMOR

BARTOLOMÉ L. DE ARGENSOLA

Presbítero (1562-1631)

¡Oh enigma, adonde amor cifra la historia
de cómo vence a Cristo y cómo ordena
que a comer nos le dé una sacra cena,
efecto superior de la victoria!

[1] Idem ídem, t. I, p. 319.
[2] Atribuído en *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, t. II. Rivadeneyra, t. 32, p. 447.

En ti de su pasión la gran memoria
mejor que en los triunfales himnos suena;
de cuya gracia queda el alma llena,
resguardo fiel de la futura gloria.

¿Qué convidado habrá que satisfaga,
aunque le preste méritos el cielo,
a caridad, Señor, tan estupenda?

Cubierta estáis; mas no nos niegue el velo,
que acá en el tiempo nos dejáis por prenda
lo que en la eternidad nos dais por paga [1].

AMAD

BARTOLOMÉ L. DE ARGENSOLA

Deteneos, entendimiento,
que si no os pensáis fundar
en la fe deste manjar,
os faltará el fundamento.

La fe sola es la que sabe
cómo este majar encierra
al que ni en toda la tierra
ni en todos los cielos cabe;

y así, ni torres de viento
podréis sin ella fundar;
porque aun para comenzar
os faltará el fundamento.

Si logrado queréis ver
el amor de vuestra empresa,
no hagáis, llegado a la mesa,
sino callar y comer.

Callar, porque es sacramento,
y comer, porque es manjar;
pero amad; que para amar
no os faltará fundamento [2].

[1] *Rimas* (Zaragoza 1634), p. 412.
[2] Idem ídem, p. 409.

AL SANTISIMO SACRAMENTO

PEDRO ESPINOSA

(1578-1650)

Guardan a un Señor preso con precetos
rigurosos los guardas diligentes;
mas en el pan le esconden los parientes
un papel y le avisan los secretos.

Tal guardan los sentidos indiscretos,
examinando cosas diferentes;
mas, escondido Dios en accidentes,
avisa al alma presa sus concetos.

Bien que a Cristo no vemos ni sentimos,
mas la fe certifica con su sello
que en pan se pasa al alma por la boca.

Creer mandó otras cosas que no vimos,
y aquí creer nos manda contra aquello
que ven los ojos y la lengua toca [1].

TRADUCCION DE LA SECUENCIA DEL SANTISIMO SACRAMENTO QUE HIZO SANTO TOMAS

FÉLIX DE ARTEAGA PARAVICCINO

Trinitario (1580-1633)

Alma, en himnos y cantares
alaba a tu Salvador,
alaba a tu Capitán
y a tu divino Pastor.
Cuanto alabarle pudieres,
tanto alejes el temor,
que excede a toda alabanza
y no es bastante tu voz.
Mas para tema especial
que solicite el loor,
el pan que vive y da vida
sólo te propone hoy.
El cual de la mesa sacra,
de la cena que hizo Dios,
a la fraternal docena
no hay duda que se le dió.

[1] *Obras de Pedro Espinosa* (Madrid 1909), p. 40.

Sea entera la alabanza,
de apacible y claro son,
y respondan castos ecos
al gozo del corazón.
Hoy es el día solemne,
cuyo feliz resplandor
de aquella primera mesa
acuerda la institución.
En esta mesa de ley,
nueva y de nuevo Señor,
con el viejo «phase» o paso
la nueva Pascua cumplió.
Da la novedad de mano
a la antigua tradición,
huye a la verdad la sombra,
destierra a la noche el Sol.
Lo que hizo Cristo en la cena,
eso mismo hacer mandó,
con ceremonias expresas,
en memoria de su amor.
Enseñados por el orden
sagrado que nos dejó,
consagramos pan y vino
en hostia de salvación.
Dase a los cristianos dogma
que pasa del pan la flor
a ser carne, y sangre el vino
en la transubstanciación.
Lo que no miran los ojos
ni lo alcanza la razón,
animosa lo asegura
la fe, en orden superior.
Debajo de diferentes
especies de cosas, no,
sino de señales solas,
grande cosa se escondió.
Bebida sola o vianda,
la sangre o la carne son,
pero Cristo todo queda
en una y otra oblación.
No le parte el que le come,
sin quiebra ni división,
entero a Cristo se lleva
aquel que le recibió.
Uno le recibe y mil;
cuanto llevan de valor
los mil, tanto lleva el uno
ni comido se gastó.

Los buenos, como los malos,
llegan a su comunión,
pero con desigual suerte
de vida o mortal horror.
Es muerte para los malos
quien vida a los buenos dió;
advierte en una comida
el fin desigual de dos.
Y al fin, al partir la hostia,
no vaciles de temor,
que tanto encierra el pedazo
cuanto él todo en sí encerró.
No hay quiebra de cosa allí,
que fué sola la fracción
de la señal: lo encerrado;
nada se disminuyó.
Mira de ángeles el pan,
ya vianda al viador,
sin duda pan de los hijos,
no para los perros, no.
Señalóse en la figura
cuando ensayó Isac la acción,
comióse el pascual cordero,
maná a los padres llovió.
Buen Pastor, pan verdadero,
tennos, Jesús, compasión,
tú nos acude y sustenta,
Señor, y defiéndenos.
Tú en la tierra de los vivos,
libres de humana pasión,
nos haz ver aquellos bienes,
que ellos solos bienes son.
Tú, que todo cuanto hay sabes,
omnipotente Señor,
y nos sustentas acá,
en la moral condición,
ponnos a tu mesa y haz
que, heredando igual favor,
de tus ciudadanos santos
gocemos la comunión [1].

[1] *Obras postumas, divinas y humanas de don Félix de Arteaga,* p. 118v (Alcalá 1650).

RECONOCIMIENTO PROPIO Y RUEGO PIADOSO ANTES DE COMULGAR

Francisco de Quevedo y Villegas

Caballero de Santiago (1580-1645)

Pues hoy pretendo ser tu monumento,
porque me resucites del pecado,
habítame de gracia, renovado
el hombre antiguo en ciego perdimiento.

Si no, retratarás tu nacimiento
en la nieve de un ánimo obstinado,
y en corazón pesebre acompañado
de brutos apetitos que en mí siento.

Hoy te encierras en mí, siervo villano,
sepulcro a tanto huésped, vil y estrecho,
indigno de tu cuerpo soberano.

Tierra te cubre en mí de tierra hecho,
la conciencia me sirve de gusano,
mármol para cubrirte da mi pecho [1].

A UNA IGLESIA MUY POBRE Y OSCURA CON UNA LAMPARA DE BARRO

Francisco de Quevedo

Pura, sedienta y mal alimentada,
medrosa luz, que en trémulos ardores
hace apenas visibles los horrores,
en religiosa noche derramada.

Arde ante ti, que un tiempo de la nada
encendiste a la aurora resplandores,
y pobre Dios, en templo de pastores,
barata y fácil devoción te agrada.

Piadosas almas, no ruego logrero,
aprecia tu justicia, con metales,
que falta aliento contra ti al dinero.

Crezcan en tu pobreza los raudales,
que den alegre luz a Dios severo,
y se verá en tu afecto cuanto vales [2].

[1] *Obras de Quevedo,* t. III. p. 327. Biblioteca de Autores Españoles, t. 69.

[2] Idem ídem, p. 328.

ADVERTENCIA PARA LOS QUE RECIBEN EL SANTISIMO SACRAMENTO. CON PALABRAS QUE DIJO JUDAS: «IPSE EST, TENETE EUM»

FRANCISCO DE QUEVEDO

«Tened a Cristo». Son palabras vivas,
que suenan glorias de temor desnudas;
mas las propias palabras dijo Judas
para que le prendiesen los escribas.

Por la mano de Judas no recibas,
Licino, a Cristo, que a prenderle ayudas;
prudente quiero que al intento acudas
del que la luz previno porque vivas.

El sacrílego hipócrita pretende
que le tengas así sacramentado,
porque le tengas tú cuando le vende.

Quien le tiene y comulga con pecado,
si diez veces comulga, diez le ofende,
y es con la comunión descomulgado [1].

AL SANTISIMO SACRAMENTO

PRÍNCIPE DE ESQUILACHE

(1581-1658)

Suspenso está mi sentido
por la nueva que le han dado,
que estoy tan cerca de Dios,
y a verle jamás alcanzo.

De tan divina verdad
conozco en el nuevo ocaso
el acierto de la fe
y de mi vista el engaño.

Para enamorar las almas,
hermoso sale y gallardo,
de encarnado al corazón,
y a los sentidos de blanco.

[3] Idem ídem, p. 327.

Todos duermen, y el oído
despierto y libre ha quedado;
porque habla la fe con él,
y es razón que esté velando.

No son en la oscura noche
deste amoroso milagro,
los que despiertan, amigos,
y los que duermen, contrarios.

Como es sustento del alma
este divino bocado,
quien le estudia, no le entiende;
quien le come sólo es sabio [1].

LA EUCARISTIA, PRENDA DE AMOR

Príncipe de Esquilache

Debajo de estos blancos accidentes,
de tu eterna deidad custodia y velo,
a la vista mortal cubres el cielo
sin que a los ojos de la fe le ausentes.

Pudieron de tus venas las corrientes
bañar a un tiempo y redimir el suelo,
y es bien que en ellas de tu amor y celo
sin sangre la fineza representes.

Bien se ve que no es pena, sino gloria,
pues mandas que la Esposa agradecida
de tu Pasión renueve la memoria.

Por prenda te quedaste a la partida,
queriendo en el blasón de tu victoria
perderla allá y aquí dejar la vida [2].

[1] *Obras en verso del Príncipe de Esquilache* (Amberes 1654), p. 687.
[2] Idem ídem, p. 565.

SONETO AL SANTISIMO SACRAMENTO

En metáfora de un gusano de seda

GABRIEL BOCÁNGEL Y UNZUETA

(1610-1658)

Entonces vivo, porque muero, cuando
me ensena amor a más morir, viviendo:
que no es pena el morir, es vida, habiendo
morir, que se dispone, no acabando.

Morir procura amor, siéndole blando
fin, que no ha de ser fin, y feneciendo,
se construye más vida, pues naciendo
nada se inmortaliza, sino amando.

En este, pues, hilado laberinto,
fiscal y actor a un tiempo de mi vida,
en última la enseño a ser primera.

Muerto sí me verán, mas no distinto:
dará a su muerte ser quien fué no siendo;
si al fin mi ser, no ser entonces era [1].

SECUENCIA DE LA FESTIVIDAD DEL CORPUS

JUAN MARTÍNEZ DE JÁUREGUI

Pintor y poeta (1583-1676)

¡Oh tú, Sión dichosa!
Alaba al Redentor, pues siendo esclava,
con mano poderosa
te dió la libertad perdida; alaba
en himno sonoroso
tu buen Pastor y Capitán famoso.

Conviene que te atrevas
a cuanto el arte y el ingenio pueden;
que sus grandezas nuevas
a todo extremo de alabanza exceden,
y no será tu mente
jamás para ensalzarlas suficiente.

Tienes por sacro tema
y propio asunto que tu voz entone
con alabanza extrema

[1] (Versos en cursiva, obligados). *Obras*. Edición de Rafael Benítez Claros (Madrid 1946)., t. I p. 358.

el que hoy la Iglesia con amor propone
de aquella gran comida
que vida causa y ella misma es vida;

Del pan que en la sagrada
mesa divina, de misterios llena,
con mano regalada
se dió a los doce de la santa cena,
a cuyo gran convite
ninguno en gusto iguala ni compite.

Haya alabanzas llenas
de gozo alegre y de sonoro acento;
y así, de las terrenas
mentes despierto un general contento,
muestre su ardiente y vivo
afecto el grato corazón festivo.

En este sacro día
se solemniza y trae a la memoria
con célebre alegría
aquella institución llena de gloria,
que en la primera mesa
quedó a los fieles para siempre impresa.

Y ya en esta lucida
mesa de ostentación del nuevo Rey,
y en esta conocida
Pascua, que instituyó la nueva ley,
se acaba y se averigua
la oscura usanza de la pascua antigua.

La novedad escombra
con lumbre clara de verdades puras,
la antigüedad y sombra
de confusión e imágenes oscuras,
y el nuevo sol destierra
la ciega noche y triste de la tierra.

Aquella acción piadosa
que el Redentor eterno obró primero
en la cena dichosa,
dejó enseñado al pueblo venidero
a que jamás la excluya,
mas la ejercite en la memoria suya.

Así el derecho santo,
según decreto del Autor divino,
por orden sacrosanto,
hace consagración del pan y vino,
y en gracia y beneficio
de la salud lo ofrece en sacrificio.

Mas un precepto honesto
al fiel cristiano con amor se advierte,
y un firme presupuesto;
que el pan en viva carne se convierte,
y el vino en sangre pura
del sumo Redentor de la criatura.

Lo que la mente vana
es no posible entienda ni perciba,
ni de la vista humana
mirar se deja, la animosa y viva
fe lo confirma y dice,
bien que del orden natural desdice.

Debajo diferentes
especies que a la vista se le ofrecen,
donde sus accidentes
señalan y no son lo que parecen,
por singular portento,
se encierra el vivo Cristo en sacramento

Su carne es la comida
dada al cristiano que la goce y precie,
su sangre la bebida;
mas tanto en una como en otra especie
se incluye el verdadero
Cristo y los miembros de su cuerpo entero.

Cuando en manjar sagrado
es del terreno pecho consumido,
ni roto o quebrantado
ser puede, ni su cuerpo dividido;
mas su entereza vive,
y el hombre enteramente lo recibe.

Si lo recibe alguno
y es recibido de millares ciento,
tanto recibe el uno
cuanto recibe el número sin cuento,
y en una y otra boca
nunca se gasta, apura ni se apoca.

Recíbenlo decentes
los justos, los injustos lo reciben;
mas es con diferentes
contrarias suertes; que los unos viven
en vida saludable,
y estotros mueren muerte miserable.

Desventurada muerte
es en los malos, en los buenos vida;

tú agora, pues, advierte
cuánto un igual manjar y una comida
resulta en desiguales
efectos saludables y mortales.

En fin, es evidente
que si la hostia se divide y parte,
tanto precisamente
contiene allí la más pequeña parte
como la forma entera:
nadie me arguya ni la causa inquiera.

Allí la esencia pura
de Cristo no se rompe; sólo toca
el corte y la rotura
a las especies, y jamás se apoca
del Verbo disfrazado
el cuerpo, de estatura ni de estado.

Del serafín divino
aquí verás el pan, que ha sido hecho
manjar del peregrino,
pan verdadero del cristiano pecho
y del hijo amoroso,
no del infiel blasfemo y can rabioso.

Mostrósenos primero,
por sus figuras de notable indicio,
en el pascual cordero,
de Isaac en el antiguo sacrificio,
y en el maná que el cielo
dió al pueblo suyo en el arabio suelo.

Mas ¡oh Jesús precioso,
pan de verdades y pastor sagrado!
Tú con amor piadoso
nos alimenta y guarda, y a tu lado
nos deja ver el día
perpetuo en la encumbrada jerarquía.

Tú, pues todo lo vales
y sabes tú que agora nos mantienes,
allá tus comensales
nos haz, y compañeros en los bienes
de los que en tu presencia
gozan eterna la celeste herencia [1].

[1] *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII.* Biblioteca de Autores Españoles, t. 42, p. 121.

EL COLMENERO DIVINO

Fray Gabriel Téllez (Tirso de Molina)

Mercedario (1584-1648)

Colmenero

Este es el maná, mejor
que el que en los campos desiertos
comieron los padres nuestros,
que es inmortal su sabor.
Come porque te aproveche;
será la paz de tu guerra.
Siéntate, que ésta es la tierra
que produce miel y leche,
soy león de Judá real.
Come, imitando a Sansón,
que en la boca del león
halló el místico panal.

Abeja

Soberano Colmenero,
tu Abeja llega rendida
a esa miel que es pan de vida,
a ese Pan, tierno Cordero;
que aunque el llegarme sea mengua,
por ser yo tan pecadora,
tu dulzura me enamora,
porque es leche y miel tu lengua.
Enigma de la Escritura
por ti, mi Dios, he sabido;
que, pues miel has producido,
del fuerte salió dulzura.
Sólo en esta miel espero,
por ser deleitoso abismo,
miel que es pan, Pan que es Dios mismo;
miel sabrosa de romero;
miel que, por ser medicina
y de romero, es de Dios,
y porque acerca de vos
soy romera y peregrina... [1].

[1] *Fragmento del auto sacramental así intitulado.* Biblioteca de Autores Españoles, t. 58, p. 292.

DEL SACRO PECHO DIVINO

Fray Pedro de Padilla

Carmelita. (siglo XVI)

Del sacro pecho divino
bajó el Verbo, enamorado
del hombre, que en ofendelle
puso todo su cuidado.
Y del vientre virginal,
saliendo disimulado,
antes de padecer muerte
por el ajeno pecado,
teniendo de amor el pecho
con dulce fuego abrasado,
quiso a los de su Colegio
escogido y regalado
dar su santísimo cuerpo
a comer en un bocado,
para nunca verse dellos
eternamente apartado,
y para dejar al mundo,
con aquello, asegurado
el reparo de sus culpas,
y al demonio despojado
de todas las preeminencias
que le dió el hombre culpado.
Y cubierto de aquel velo,
quiere por su convidado
a cualquiera que quisiere
comer su cuerpo sagrado;
que llena el alma de gracia,
y al hombre deja endiosado,
y es sustento al peregrino
de su patria desterrado;
que porque no desfallezca
y desmaye de cansado,
con este pan le socorre,
de los santos adorado,
hasta subirle en la gloria,
para donde fué criado [1].

[1] *Jardín espirtual* (Madrid 1585).

PAN DE VIDA

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

Militar, cortesano, sacerdote (1600-1681)

«Si vianda y bebida
es lo más que apetece
nuestra condicional naturaleza,
pues con ella la vida
se engendra, nace y crece,
¿qué favor, qué piedad o qué fineza
pudo hacer la grandeza
de Dios más adecuada
a nuestro humano ser que haberse dado
en el mismo alimento deseado,
porque no hallando repugnancia en nada,
familiarmente fuera
manjar del alma el que del cuerpo lo era?
¡Oh suma omnipotencia!
¿Qué nación ha tenido
tan propincuo a su Dios, que a su Dios coma;
con tan gran providencia,
que no sólo haya sido
refacción como que la hambre y la sed doma
la vianda en que se toma,
mas refacción con que, favorecida
la alma también, cobrando nuevo aliento,
halla en un alimento,
con la vida mortal, la eterna vida,
pues llegando no indigna a su hostia bella,
ella se queda en Dios, y Dios en ella?
Y aun con otra excelencia,
que, como natural vianda, empalaga
tal vez el pan y a ser nocivo viene,
mas, sobrenatural, con la asistencia
de Dios en él, por más que satisfaga,
el que le come más, más hambre tiene;
con que, si allí previene
daño y provecho, aquí también, mostrando
que cuando Cristo por el Padre vive,
vive por Cristo el hombre si recibe
digno su cuerpo y sangre; pero cuando
reo de carne y sangre llega fiero
lobo de Dios, a Dios come cordero.
Basta, canción, que en abreviada suma,

a mi turbada pluma
nada le queda que advertir, si advierte
que a un tiempo es Pan de vida y Pan de muerte»[1].

MANJAR DE LOS FUERTES

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

El género humano tiene
contra las fieras del mundo,
por más que horribles le cerquen,
su libertad afianzada,
como a sustentarse llegue
de aquel Pan y de aquel Vino,
de quien hoy es sombra éste...

Nadie desconfíe.
Nadie desespere.
Que con este Pan y este Vino...
Las llamas se apagan.
Las fieras se vencen.
Las penas se abrevian
Y las culpas se absuelven[1].

«TANTUM ERGO»

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

A tan alto Sacramento
venera el mundo rendido
y el Antiguo Documento
cede al Nuevo Testamento,
supliendo la fe al sentido.

Canta, lengua, del glorioso
Cuerpo el misterio, y con él,
de la sangre el don precioso,
que en precio del mundo, aquel
Rey, fruto de generoso
vientre, derramó contento,
porque tierra, firmamento
y abismo, en su admiración,
den debida adoración
a tan alto Sacramento.

[1] Calderón, *El sacro Parnaso*. Biblioteca de Autores Españoles, t. 58, p. 378.

Para nosotros fué dado,
de intacta Virgen nacido,
con nosotros conversado,
de su palabra esparcido,
el fruto vió y encerrado
con orden maravillosa;
luego habiendo al mundo sido
huésped. será acción piadosa
que venida tan dichosa
venere el mundo rendido.

El Verbo fué hecho primero
carne, luego el verdadero
pan también carne hecho fué,
y sólo basta la fe
en un corazón sincero
para que el sentido atento
no flaquee en lo infinito
de tan divino portento
viendo unir el nuevo rito
y el Antiguo Documento.

Y así, para que afirmado
en tan gran prodigio esté,
es bien que el hombres postrado
gracias al que engrendra dé,
y gracias al engendrado
y gracias al procedido;
y que el Viejo (del oído
cautivo el entendimiento)
ceda al Nuevo Testamento,
supliendo la fe al sentido [1].

SIMBOLOS PROFETICOS DE LA EUCARISTIA

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

(1600-1681)

Los ámbitos suspendan elevados,
pues cielo y tierra son interesados
en el que canto asunto peregrino;
pues a la tierra desde el cielo vino,
siendo en la tierra un transparente velo
del vivo pan que descendió del cielo.

[1] Calderón, *El sacro Parnaso.* Biblioteca de Autores Españoles, t. 58, p. 380

A aquel, pues, sacrificio, que primero
en Abel figuró blanco cordero,
blanco maná en Moisén, y con opimo
fruto en Caleb y Aarón blanco racimo,
subcinericio viático en Elías
y exprimido licor en Isaías;
a aquel que en soberano
don figuró, no en vano,
del gran Melquisedec el pan y el vino;
a aquel panal divino
que en boca del león, que muerto deja,
libó a Sansón artificiosa abeja;
providente tesoro
que sin oro Josef dió en granos de oro,
y contra su fatiga
vió masa Abigaíl, y Ruth espiga;
pan de proposición, oblación pura,
y sobresustancial vida y dulzura,
antídoto inmortal de nuestro pecho,
memorial del amor, vínculo estrecho
de caridad, manjar del elegido
Cáliz de bendición, Dios escondido,
influencia divina
de liberalidad, y peregrina
dádiva transcendente;
a aquel, en fin, que en culto reverente,
sacrificio incruento,
misterio es de la Fe, gran Sacramento,
tan para todos, que ciñendo juntos,
propiciatoria, a vivos y a difuntos,
de la pasión memoria,
prenda es feliz de la futura gloria [1].

LA VOZ DE LA APOSTASIA

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

(1600-1681)

Voz de la Apostasía

Siendo pan, ¿cómo creeré
que en él encerrado está
aquel llovido maná
que unión de manjares fué?

[1] *El sacro Parnaso*, auto sacramental. Biblioteca de Autores Españoles, t. LVIII, p. 378.

Si a la vista es pan, ¿podré
persuadir yo a mi deseo
que sea carne? Es devaneo;
que en las dudas con que lucho,
no he de creer lo que escucho
primero que lo que veo.

Vianda sembrada y nacida
en el árbol de la muerte,
a unos muerte y a otros vida;
pan al tacto es tu comida;
pues, ¿cómo a creer me provoco
ser carne? Fuera estar loco;
que contra mi mismo ser,
lo que oigo he de creer
primero que lo que toco.

Blanco rocío, que llora,
cuajado sobre el vellón
de la piel de Gedeón,
el rocío de la aurora;
si al olfato, que te ignora
carne, basta por consuelo
ser pan, ¿por qué a mi desvelo
le quieres dar a entender
que lo que oigo puede ser
primero que lo que huelo?

Espiga, que en la erial
tierra donde te sembraste,
con la sangre te regaste
de tu mismo mayoral;
palabra fuiste inmortal;
pero a creer no me ajusto
que aquí lo eres, que no es justo
contrato, ni creer espero
lo que otro dice, primero
que lo que yo mismo gusto.

Voz de Cristo

Este blanco
pan que descendió del cielo,
en que mi carne y mi sangre
fué de tu socorro el precio,
a él se postrará, rendido
por la Fe el Entendimiento,
por amor la Caridad,
la Esperanza por el premio,

la Apostasía vencida
de todos sus argumentos,
la Gentilidad postrada,
y el Espíritu soberbio
del Príncipe de las Tinieblas
le adorará a su despecho,
corregida la Lascivia,
y todos juntos diciendo...

Voz de la Iglesia

A tan alto Sacramento
venere el Mundo rendido,
pues es último argumento
que la Fe por el Oído
cautivó al Entendimiento [1].

SIMBOLOS PROFETICOS DE LA EUCARISTIA

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

(1600-1681)

—¿Qué pan es ése?
—Este es
aquel bocado que sabes
que a la gran Naturaleza
prometí, para que sane
de aquel bocado primero,
de quien fueron sombras antes
aquel cordero en las llamas,
aquel pájaro en el aire
y aquella arca en las espumas;
y pues yo sentí sus males,
y haciéndose en mí la cura
sanó ella, para que guarde
este antídoto la Iglesia
contra venenosos males,
por sobrenatural modo
quise en este pan quedarme,
adonde realmente asisto
porque es mi cuerpo y mi sangre [2].

1 *La divina Filotea, auto sacramental.* B. A. E., t. LVIII, pp. 546b, 547a y 550b.
2 *El veneno y la triaca,* auto sacramental. Rivadeneyra, B. A. E., tomo LVIII, p. 344b.

AL SANTISIMO SACRAMENTO

SOR VIOLANTE DO CEO

Monja portuguesa (1601-1693)

(Villancico)

Aquí de Dios, que me muero;
piedad, favor, favor,
que un cierto rebozado
de amores me mató.
Cubierto con un velo
de blanco resplandor,
en fuego me dió nieve
y en nieve me abrasó.
Aunque para matarme
en paz se disfrazó,
conózcole por Cristo,
conózcole por Dios.
¡Ay, que me mata de amores
este pan de flor!;
oigan, oigan los cielos,
repita el amor.
Que me mata de amor y deseos
este pan que la vida me dió.
¡Jesús, que dulces rayos
al corazón vibró,
pues siempre de entre nubes
abrasa más el sol!
¡Jesús, que dulcemente
la vida me quitó,
pues es la muerte vida,
piedad lo que es rigor!
Adore su belleza,
venere su esplendor
mi firme pensamiento,
mi eterna adoración.
¡Ay, que me mata de amores
este pan de flor!;
oigan, oigan los cielos,
repita el amor.
Que me mata de amor y deseos
este pan que la vida me dió [1].

[1] *Parnaso lusitano de divinos e humanos versos*, compostos pela Madre soror Violante do Ceo, religiosa dominica no convento da Rosa, de Lisboa (Lisboa M DCC XXXIII), tomo II, pág. 628.

LIRAS AL DESACATO QUE SE HIZO AL SANTISIMO SACRAMENTO

Sor Marcela de San Félix

(1605-1688)

¿Quién dará a mi cabeza
agua que satisfaga al sentimiento mío?
¿Quién a mis tristes ojos
fuentes de lágrimas, que rindan por despojos
de una sangrienta guerra
que hace a su Dios la vil, la infame tierra?
¡Oh, amantes serafines!
¡Oh, espíritus alados! Si los visteis,
¿cómo al brazo cruel no destruisteis?
¡Oh, sacrílega mano!
¡Oh, pérfido deicida! ¡Oh, vil tirano!
¡Oh, villana osadía!
¿La tema contra Cristo así porfía?
Su crueldad alentaron
las furias que a Plutón acompañaron;
de su consejo son tus sinrazones,
pues con tu Criador te descompones;
profanar presumió tu atrevimiento
al misterio más dulce.
No tierno afecto; furioso te conduce
para indecencias fieras.
¿Y que sufra tal Dios que allí no mueras?
¿Que salieses con vida,
habiéndonos robado la comida
cuya substancia encierra
de Dios todo su ser, los bienes de la tierra?
Como su caridad es demasiada,
así lo es su paciencia, y extremada,
deste Señor piadoso,
que pudo confundir al alevoso;
de la esfera del fuego
fulminando mil rayos, deshacello,
y la ceniza infame en el abismo
esta hazaña contara al judaísmo.
¡Oh, sufrimiento inmenso!
¿Cómo de mí no salgo si lo pienso?
¿Cómo el seso no quita
ver que sufra tan poco quien te imita?
Pues no te considero
si de cualquier afán quejarme quiero.

¡Oh, mi solo Maestro,
enséñame esa ciencia en que eres diestro!
Y tú, alevosa mano,
¿dónde pusiste a Dios? ¿Cómo, inhumano,
pudiste hacerle tan enorme ultraje?
¿Por haberse vestido nuestro traje?
¿Por eso, ¡oh fementido!,
su tremenda deidad has ofendido?
En triste mar de culpas y pecados
parece que nos vemos anegados.
¡Quién en tantos enojos
deshecho el corazón diera a los ojos!
¡Oh suma Majestad, Bondad inmensa!
¿Quién pudiera excusaros tanta ofensa?
¿Con que nuestra maldad, bárbara y loca,
vuestra grande piedad así provoca?
No castiguéis severo ofensas tales
con la repetición de aquestos males,
no se vea otro igual al que se ha visto.
Padre, mirad la cara a vuestro Cristo [1].

AL SANTISIMO SACRAMENTO

ANTONIO DE SOLÍS RIVADENEYRA

Presbítero, cronista real de Indias (1610-1660)

I

¡Oh qué bien cantan,
oh qué bien tañen,
cómo celebran del sol los disfraces
cantores celestiales!
Y en coros iguales
compiten, imitan, vencen y saben
saludar mejor que las aves,
subiendo sonoros, bajando suaves!
Pues se escucha, en acordes discantes,
la armonía del valle, en las nubes;
la capilla del cielo, en los aires.

[1] *Poesías de la reverenda madre sor Marcela de San Félix*, Ms. del siglo XVII, 560 páginas, 4.º (convento de las Trinitarias Descalzas de Madrid; hay copia moderna en la biblioteca de la Real Academia Española). En *Apuntes para una biblioteca de escritores españoles*, por Manuel Serrano y Sanz (Madrid 1905), t. II, p. 297

Coplas

El ángel más encumbrado
en este convite cante;
pero cante más el hombre,
pues se come el Pan del ángel.

Llegue cantando a la mesa,
y tema cuando cantare;
porque suben más de punto
las cláusulas más cobardes.

Mas no tema, pues le escuchan
unos oídos que saben,
en lo breve de un suspiro,
hallar canciones cabales.

Tristes acentos le agradan,
que del dolor mismo saquen
una armonía de afectos
que suenan sin pronunciarse;

y en este mismo dolor,
o bien se oculte o se exhale,
está la gracia del canto,
y el concierto de acertarle.

Pruebe su música el hombre,
pues de ella ha de resultarle
nada menos que la vida
o el veneno en los manjares.

¡Oh que bien cantan, etc. !

II

¿Quién me le acierta, quién me le acierta,
el enigma divino, de luces que ciegan?
¿Quién me le acierta?
Tener, tener; callar, callar,
que la fe quiere acertar.
Tener, tener; callar, callar,
que es muy larga de vista su ceguedad.

Coplas

¿Qué enigma es éste, señores,
que cuantos le han de escuchar
sabrán lo que es, como hay Dios,
sin saber cómo le hay?

Erase un valiente, a quien
a bocados comerá
cualquiera, y mucho mejor
aquel que le teme más.

Es humano y vengativo;
y sin poderse mudar,
tiene más pasión con todos
cuando más humanidad.

Colérico algunas veces,
mas con tal espacio está
que cualquiera cosa suya
es toda una eternidad.

Disfrázase en traje blanco,
y es encarnado el disfraz;
y sabiendo que está en cuerpo,
vemos la capa no más.

Préciase de manirroto;
y sin hartar lo que da,
para darlo a sus amigos
lo quitará del altar.

Preso estuvo nueve meses
sin perder la libertad,
y hoy, sin tener quien le guarde,
en buena custodia está.

Como es humilde, a bajarle
dos palabras bastarán;
y son menester dos brazos
cuando le quieren alzar.

Sin mudar nunca de especie,
es hombre por Navidad,
Paloma en Pentecostés
y Cordero por San Juan.

¿Danse todos por vencidos?
Pues sepan, sin saber más,
que este enigma soberano
significa la Verdad.

¿*Quién me le acierta, quién me le acierta*, etc.?[1]

[1] *Poesías varias sagradas y profanas* (Madrid 1716), p. 145.

«PANEM DE CAELO»

AGUSTÍN MORETO

Presbítero (1618-1669)

Bárbaro, ¿qué maravilla
que Dios transubstancia el pan,
si ha convertido en Adán
la tierra, y una costilla
en Eva, y en luz que brilla
la sombra del Occidente;
un palo en una serpiente,
y en un cándido manjar
el rocío, en sangre el mar,
y el agua en vino eminente?

Todas estas conversiones
han sido sombra y figura
deste pan, que es hermosura
de angélicos escuadrones,
vara de nuevos Aarones,
el rosicler de los días,
enojo y celo de Elías,
vino del rey de Salén,
el resplandor de Moisén
y las brasas de Esaías.

Pan de Rut, sangre de Abel,
maná, manzana, cordero,
convite del rey Asuero,
vid, racimo, leche y miel;
holocausto de Israel,
manjar de proposición,
templo del rey Salomón,
aliento de la criatura,
candor del alba y dulzura
en la boca de un león...

* * *

Llega a comer deste pan,
alma, con fe soberana,
que en un bocado se gana
lo que en otro perdió Adán.

* * *

Luz de Tobías el ciego
y salud que ángeles llevan,
¿cómo hay hombres que se atrevan
a arrojaros en el fuego?
Si sois la paz y sosiego,
¿cómo hay humana violencia
que os haga a vos resistencia?
Si sois pan de los salvados,
¿cómo hay hombres obstinados
que nieguen vuestra presencia?

Si sois el maná que envía
el cielo cada mañana,
¿cómo hay almas tan sin gana
que no os coman cada día?
Si sois vida, vida mía,
¿cómo no hay quien por vos muera?
Si sois gloria verdadera,
¿cómo el mundo no os pretende?
Si sois caridad que enciende,
¿cómo hay hielo que no os quiera?

Siendo vos Emanuel,
¿hay hombre que sea Gersón?
Siendo vos hermoso Abdón,
¿hay alma que adore a Bel?
Siendo vos Gerameel,
¿hay hombre que sea Datán?
Siendo vos sumo Corbán
¿hay quien no sea Efraím?
Y siendo vos Eliacím,
¿hay pensamiento de Amán?

* * *

Aquí os dejo, no me atrevo;
mi mano indigna no os toque,
buscaré quien os coloque.
Voyme, y en el alma os llevo
a este templo, que orar debo
por si Dios me manifiesta
cómo ha de ser su fiesta;
esta custodia se esté
sobre esta peña: ¡la fe
de la Casa de Austria es ésta! [1].

[1] Trozo del auto sacramental *La gran Casa de Austria,* en B. A. E., de Rivadeneyra, t. 58.

«PANGE, LINGUA», DE SANTO TOMAS

IGNACIO DE LUZÁN

Noble zaragozano, alto funcionario (1702-1754)

Celebra, ¡oh lengua mía!,
el misterio inefable
del sacrosanto cuerpo glorioso
del Hijo de María
y de la inapreciable
sangre que el Rey de gentes poderoso
vertió con larga mano
por el linaje humano.

A nosotros fué dado,
por nosotros nacido
de intacta Virgen pura y sin mancilla,
y habiéndonos tratado
El mismo y esparcido
de su santa doctrina la semilla,
de admirable manera
concluyó su carrera.

De la postrera cena
en la noche, Maestro y Presidente,
con todos los apóstoles y hermanos,
lo que en la ley mosaica se ordena
cumpliendo eternamente,
El mismo allí, a los doce, por sus manos,
con extraño portento
se entregó en alimento.

Allí el Verbo humanado,
con su eficaz palabra,
convierte el pan, por modo peregrino,
en su cuerpo sagrado;
igual prodigio labra
su sangre haciendo lo que ya fué vino.
Si a tan altos prodigios el sentido
desfallece oprimido,
basta sólo la fe, cuya firmeza
dará al pecho sincero fortaleza.

A tanto Sacramento
postrados adoremos,
y el anticuado infructuoso rito
del Viejo Testamento
por el Nuevo dejemos;

y si el sentido falta en lo infinito
de obra tan rara y alta,
supla la fe su falta.

Al Todopoderoso
Padre, y al Hijo, que igualmente puede,
cántese humilde aclamación festiva,
y al que de ambos procede,
Espíritu amoroso,
iguales alabanzas con fe viva,
iguales bendiciones
tributen nuestros fieles corazones [1].

A JESUS SACRAMENTADO

FÉLIX JOSÉ REINOSO

Deán de Valencia (1772-1841)

¿Y que, Señor, bajo ese opaco velo
la majestad se esconde,
el poder y esplendor que en luz ardiente
enciende y llena el anchuroso cielo?
¿Dó el trono soberano?
¿Dó está el alcázar? ¿Dónde
la corte que entre nube reverente
asiste a la deidad, de cuya mano
pende la tierra, a cuya vista airada
la mar huye espantada?

Tú bajas, ¡oh!, de tu esplendor desnudo,
a esta humilde morada
para habitar en el mortal mezquino,
para estrecharle en amoroso nudo.
¡Oh, Señor! ¿Qué es el hombre?
Prole infiel engendrada
en miseria y pecado. ¡Amor divino,
inmenso como Dios! ¿Así tu nombre,
tu omnipotencia y gloria y tu grandeza
se humilla a mi bajeza?

No ya, como en Horeb, de en medio al fuego
un acento imperioso:
Aparta, te dirá, *del lugar santo;*
ni otra vez el mortal, entre humo ciego,
sobre el Siná encendido,
en trueno pavoroso
oirá la voz divina con espanto.

[1] *Poética* (Madrid, Sancha, 1789), 2 vols.

De sí pródigo Dios, al hombre unido,
fué su víctima ya; y ora, ¡oh portento!,
ser quiere su alimento.

¿Cuál, ¡oh!, será la fortunada gente
a quien el rostro amable
su Dios así le muestre generoso?
Entonad, ¡oh mortales!, dulcemente
canto no interrumpido:
la piedad adorable
load, load del Dios que en delicioso
manjar se os da, ¡oh amor!, ¡oh!, convertido
yo en ti viviere, el alma desmayada,
en dulzura anegada [1].

¡OH PAN EXCELENTE!

JUAN DE PEDRAZA

(Siglo XVI)

¡Oh Pan excelente, divino manjar,
en carne del Hijo de Dios convertido!
¡Oh sacro misterio, por quien soy venido
aquí, do me trujo Razón sin errar,
sólo a te ver, Señor, y adorar;
que en pan transformado, según tengo mientes,
yaces, por bien de todas las gentes
que quieren contigo sobir a reinar.

Adórote, Verbo divino, sagrado,
que yaces debajo de aqueste accidente,
y a tu Majestad suplico humilmente,
puesto que indigno, de hinojos postrado,
nos libres y guardes, Señor, del pecado [2].

GUSTEMOS, MORTALES

ALBERTO LISTA

Canónigo de Sevilla (1775-1848)

La gloria de Dios vivo
en la morada de los hombres brilla;
mortales, humillaos: suba el incienso
en ondeante nube
y el ruego humilde al trono del Inmenso.

[1] *Obras de Félix José Reinoso,* Ed. Bibliófilos Andaluces (Sevilla 1872), p. 4.

[2] De *Farsa llamada Danza de la Muerte,* B. A. E., de Rivadeneyra, t. 56, p. 46.

Mas, ¡ oh Dios de la altura !,
¿ tú herido, tú mortal ? ¿ Qué blanco velo,
cual lienzo mortuorio,
cubre la majestad que adora el cielo ?

Amor omnipotente,
que te entregó a la cruz, cuyo mandato
consumaste al morir esclavo suyo,
renovando en el ara
aquel de caridad dulce misterio,
conserva las señales de su imperio.

No ya con voz de trueno
y rayos funerales
aterra a los mortales
el Dios del Sinaí ;

que dulce y amoroso
del cielo se desprende,
y víctima desciende,
que inmolará Leví ;

y sobre el ara santa
repetirá propicio
el grande sacrificio
que consumó por mí.

Gustemos, mortales,
del pan de la vida,
del vino sabroso
que vírgenes cría.

La eterna sabiduría
mora en el humano pecho,
y el amor de la criatura
es su delicia y recreo.

En este manjar suave,
que oculta cándido velo,
tus dones, Rey de la gloria,
por tu poder se midieron.

Tu misericordia eterna
recibimos en tu templo,
y los términos del orbe
la salud del mundo vieron.

Gustemos, mortales,
del pan de la vida,
del vino sabroso
que vírgenes cría [1].

[1] *Poetas líricos del siglo XVIII.* Biblioteca de Autores Españoles, t. 67, p. 275.

LA ULTIMA CENA

JUAN NICASIO GALLEGO

Presbítero (1777-1853)

El cordero pascual, sagrado emblema
de víctima suprema,
todo el pueblo judaico disponía,
mientras el verdadero
reparador y celestial Cordero
al odio ciego la traición vendía.

De derramar la sangre redentora
se aproxima la hora,
hora que al tiempo precedió en la mente
del Hacedor Eterno;
hora que con horror prevé el infierno
y al cielo abisma en pasmo reverente.

Mas en tanto la víctima sublime,
cuya sangre redime
a un mundo criminal, y el fin espera
de su misión divina,
sus pasos al cenáculo camina
a celebrar la Pascua postrimera.

Doce varones son los que, elegidos
cual amigos queridos,
llama Jesús a su banquete augusto;
y los que deben fieles
las penas compartir, duras, crueles,
que el cielo envía al corazón del Justo.

Doce apóstoles son, doce tan sólo,
y la traición y el dolo
al uno tornan pérfido enemigo,
que como vil serpiente
clavar intenta el venenoso diente
en aquel seno que le diera abrigo.

El último es que llega conturbado
al convite sagrado;
vedle, de horror se eriza su cabello,
y en su mirada incierta
y adusta faz, de amarillez cubierta,
del crimen lleva el infamante sello.

Jesús, empero, con serena frente
le recibe clemente,

y el alma vil del criminal aterra
tan celestial dulzura,
imaginando en su mortal pavura
que bajo de su pie se hunde la tierra.

Y ¿será, ¡oh Dios!, tu mansedumbre tanta,
que allí, a tu mesa santa,
el manjar gustará por ti bendito,
y llegará su boca
al borde mismo que tu labio toca,
y en que tu amor se ostentará infinito?

¡Oh! Sí, miradle: de Jesús enfrente
se sienta el delincuente;
insólito temblor su cuerpo agita,
y como empeño vano
quiere encubrir, bajo su helada mano
la maldición en su semblante escrita.

Mirándole el Señor, busca benigno
algún dichoso signo
de sincero dolor, pues su presencia
por su amor enmudece,
y ya el perdón en su mirada ofrece
al despertar de Judas la conciencia.

«Uno me vende de vosotros», clama;
a tan inicua trama,
llenos de horror, su indignación reprimen;
mas el divino acento
excita sólo altivo atrevimiento
en el vil corazón que alberga el crimen.

«¿Por ventura soy yo?», pregunta osado
el apóstol culpado,
y «Tú lo has dicho, le responde Cristo,
con presto paso llega
mi tiempo ya; mas ¡ay de quien me entrega!
¡Feliz si nunca el sol hubiera visto!»

Dice, y bajando la ínclita cabeza,
con piadosa tristeza
la infausta suerte del traidor deplora,
mientras su rabia excita
oculta voz con que incesante grita
a su oído Luzbel: «¡Marcha, ya es hora!»

Mas antes llega el venturoso instante
que el Salvador amante
previsto tiene para dar al mundo,
de admiración suspenso,
el alta prueba de poder inmenso,
perpetua prueba de su amor profundo.

Tomando el pan en sus sagradas manos,
alza los soberanos
ojos al cielo con fervor divino,
y articula un acento
que trueca el pan en inmortal sustento,
y en néctar de los ángeles el vino.

¡Hecho inefable, que al empíreo asombra!
Quien prodigio le nombra,
su excelsitud deprime y su grandeza:
ante el sublime arcano
anonadado yace el juicio humano,
y la razón proclama su flaqueza.

Mas ¿quien, Señor, tu voluntad limita?
La víctima infinita,
el Dios que el tiempo y el espacio mide,
el Rey del cielo y tierra:
todo ese cáliz misterioso encierra,
en ese pan mi Redentor reside.

¡Oh, de clemencia inescrutable abismo!
Así se ofrece él mismo,
dejando eterno en el linaje humano
su celestial convite,
y aun su sangre santísima permite
que entre en el pecho del traidor villano.

Ya instituído el Sacramento egregio,
de su atroz sacrilegio
se espanta Judas; ciego, fascinado,
huye en veloz carrera...
donde un cordel a su garganta espera,
premio final de su hórrido atentado [1].

DESPUES DE LA COMUNION

MIGUEL AGUSTÍN PRÍNCIPE

(1811-1866)

¿Qué regalada calma
por mi pecho se esparce deliciosa?
¿Qué ventura inmortal, dulce, amorosa,
de inefable placer inunda el alma?

Huye, pecado impío,
huye bramando al espantoso averno,
que está lleno de Dios el pecho mío.

[1] *Poetas líricos del siglo XVIII*. Biblioteca de Autores Españoles, t. 67, p. 424.

Su providencia santa
a su imagen crióme en alta suerte
y, tras librarme de la eterna muerte,
hoy del polvo a los cielos me levanta.

Huye, pecado impío,
huye bramando al espantoso averno,
que está lleno de Dios el pecho mío.

El cuerpo de mi amado
dentro del mío está dándome vida,
y el raudal de su sangre esclarecida
al raudal de mi sangre se ha juntado.

Huye, pecado impío,
huye bramando al espantoso averno,
que está lleno de Dios el pecho mío.

De hoy más mi solo anhelo
será del vicio detestar el dolo,
buscando alegre en mi Jesús tan sólo
mi placer, mi delicia y mi consuelo.

Huye, pecado impío,
huye bramando al espantoso averno,
que está lleno de Dios el pecho mío.

¡Oh, si en aqueste instante
tanta mi dicha y mi ventura fuera
que a mi Señor unido en él muriera
sin temor de perderle en adelante!

Huye, pecado impío,
huye bramando al espantoso averno,
que está lleno de Dios el pecho mío.

Tú de mi vida el plazo,
cual te agrade, Señor, corta o dilata;
mas no permitas que la culpa ingrata
de mi celeste unión desate el lazo.

Huye, pecado impío,
huye bramando al espantoso averno,
que está lleno de Dios el pecho mío [1].

1 *Novísimo devocionario escrito en verso* por don Miguel Agustín Príncipe (Madrid 1844), p. 333.

AL SANTISIMO CUERPO DE NUESTRO SEÑOR EN LA HOSTIA CONSAGRADA

ANTONIO APARISI Y GUIJARRO

(1815-1872)

De gloria un día y majestad ceñido
y luz resplandeciente,
se ostentó Jehová; y el rayo ardiente,
lanzando entonces su terrible diestra,
hizo temblar a la escogida gente.
Mas no, débil mortal: hoy no se muestra
aterrando al humano
como del Sina en la gloriosa cumbre:
¡ah!, no: que el Dios del Sina
en la hostia divina
sólo es Dios de piedad y mansedumbre.

¿Y el Hacedor del cielo
viene a habitar con el mortal mezquino?
¡Oh grandeza de amor! Huésped divino,
¿tú desciendes al suelo?
¿El Criador a la infeliz criatura
se da en manjar de vida,
que oculta blanco velo?
Cuanto se encumbra de la tierra impura
el Olimpo esplendente,
tanto y más se levanta este misterio
sobre la humana mente.

Jamás hizo tal muestra
el Señor de su inmenso poderío.
Levanta, ¡oh Dios!, omnipotente diestra:
al verla, conmovido el universo
gemirá arrodillado.
Di *quiero*, y al instante
mil cielos se alzarán, do resplandezca
de astros sin cuento el escuadrón brillante;
aun te es dado hacer más..., te quedan llenas
de tu poder las arcas eternales,
mas ¡oh!, que este poder jamás medido
iguala el don que hiciste a los mortales.
¿Que no? Cuando le plugo
ostentar su grandeza,
el Hacedor divino
dijo: *sea;* el sagrado mandamiento
el caos escuchó, y en el momento
fué el cielo diamantino.

Mas ¡ay! Cuando a la prole lastimosa
quiso dejar su cuerpo sacrosanto
en herencia preciosa,
nació sobre unas pajas reclinado
quien se reclina en el paterno seno
y reina en el alcázar estrellado.
Y de amargura lleno
fué ultraje de los hombres el Dios fuerte,
a cuyo soberano acatamiento
se postra el serafín, y de contino
en cántico divino
ensalza al Hacedor del firmamento.

¡Noche de bendición! El alma mía
se baña en gozo al contemplarte atenta,
y el numen que me alienta
me eleva a las olímpicas regiones.
Mas ¡qué veo! ¡Qué veo! ¿El hombre, ¡ay triste!,
para el cielo nacido,
contra el cielo, del crimen fementido
osa tender los negros pabellones?
¿Escucháis cuál convoca a las naciones
y clama?: «¿Tras un bien no conocido
corréis ansiosas? Despertad: sed libres.
¿Queréis acaso un Dios?: vuestras pasiones.»

Así también, cual tempestad horrenda
que el cielo cubre de pavor y espanto,
se alzó Calvino, y el misterio santo
quiso negar... Lo oyó naturaleza
y gimió... Retemblaron
las puertas celestiales,
y anatema los ángeles clamaron.
Mas el Señor, que de su tierna Esposa
en la defensa vela,
miró indignado al turbador impío;
miró, y en el momento
sus celosos Pastores
unidos viste, bienhadada Trento,
rayos lanzando contra el hijo espúreo,
que a la Iglesia causó llanto y dolores,
de la herejía fomentando el fuego.
¡Oh, si otra vez yo os viera congregados!...
Hacedlo, ¡cielos!, que escucháis mi ruego.

Ven, ven, tiempo feliz... ¡Himnos en tanto,
himnos sin fin al Dios omnipotente!
Y tú, gentil Valencia, patria mía,
ensalza, ensalza la gloriosa frente.

¿No ves cuál luce el suspirado día?
Tus vírgenes hermosas
los dorados cabellos
de lirios ciñan y jazmín y rosas.
Venturosa Valencia,
complácete en tu Dios sacramentado:
hoy es su día: llega a los altares...
Su infinita clemencia
encarece en dulcísimos cantares.
¡Cuán grande es el Señor en quien confío!
¿A quién temeré yo si me defiendes?
¿Quién iguala tu inmenso poderío?
Del Olimpo desciendes:
te ofreces en manjar al triste humano.
¡Oh cómo al sacrificio soberano
están absortas las divinas huestes,
y con aquella envidia santa y pura
que cabe en los espíritus celestes,
envidian a los hombres tal ventura!
Al ya dichoso suelo
no llaméis, no, morada de amargura:
con tan precioso don es otro cielo.
Mi Dios, Dios de mis padres, mi alegría.
¡Ay! ¿Qué te ofreceré, dulce amor mío?
Siempre estaré clamando noche y día
cuán grande es el Señor en quien confío [1].

IMELDA

JACINTO VERDAGUER

Presbítero (1845-1902)

De Jesús sacramentado
Imelda está enamorada:
ante él se pasa las noches
del atardecer al alba.
Mas, ¡ay!, las pasa llorando,
de mal de amor y añoranza.
De su sangre tiene sed,
y hambre de su carne santa;
y no puede todavía
comer el pan de las almas.
Le falta un abril o dos
para ser de El enramada;

1 *Obras de Aparisi* (Madrid 1873), t. I, p. 274.

muy linda tendrá que ser
si tan grande Amor la enrama.

A las plantas de Jesús
llora la pobre novicia:
—Me dicen que por pequeña
no comulgo todavía.
Pues vos, ¡ mi amable Jesús !,
¿ por ventura no decías:
«Dejad que los pequeñuelos
vengan en mi compañía» ?
¿ No amabais vos a los niños ?
¿ No lo erais vos, mi delicia ?
Jesús, ¡ compasión de mí,
que de amor me siento herida !
Si no me acudís bien presto,
no me encontraréis ya viva.

El día de la Ascensión
despierta antes que la aurora ;
sale al jardín del convento
a cortar lirios y rosas.
En cada flor que recoge
pone un beso de su boca.
Dice: Al lado de mi Amor
hoy exhalarás tu aroma:
¿ y yo habré de estarme lejos
habiendo de ser su esposa ?
La campana del convento
al templo llama a las monjas ;
ella su ramito lleva
y en el altar lo coloca,
donde quisiera quedarse
para aspirar los aromas ;
no los que exhalan las flores,
sino Aquel que la enamora.
Como abejas al panal
se acercan a Dios las monjas:
ella comulgar no puede
y se está detrás de todas.
Ve cuál fluye aquella fuente
y ardiente sed la devora ;
de aquellas aguas del cielo
beber no puede una gota
y en lágrimas y suspiros
su corazón desahoga.
De manos del sacerdote
de pronto vuela una hostia,

y va hasta Imelda volando,
como blanca mariposa.
El sacerdote la sigue
y el copón bajo coloca
para que retorne al nido
el pichoncito de gloria.
Mas él volando, volando,
nunca desciende a la copa,
pues no quiere separarse
de su celestial paloma.
El sacerdote, inspirado,
lo pone a Imelda en la boca...

Ya tiene lo que ella quiere;
nada en río de delicias.
No pudiendo soportarlas
cae al suelo amortecida,
y cual cristal que se rompe
su vida al romperse... expira.
Imelda muere de amor:
¡bien haya el que quiso herirla!
Quien de tal modo la hirió,
bien será su medicina.
Hoy cuando asciende a los cielos
la lleva en su compañía.
¡La primera comunión
le es Viático a la niña! [1]

PAN DEL CIELO

JACINTO VERDAGUER

Presbítero (1845-1902)

Los que vais perdidos
por la ingrata tierra,
si es que coméis pan,
es de harina negra:
pan es de rollón,
manjar de galeras;
pan es de bellotas,
comida de bestias.
Más que de buen trigo
hay granos de arena;
se encuentran carbones
y astillas de leña:
dijerais que es mugre
de tanto que asquea.
¿Lo queréis mejor?,
yo sé una alacena,
que de pan muy rico
siempre está repleta:
la tiene Jesús
dentro de su Iglesia.

[1] *Obres completes per Jacint Verdaguer.* Biblioteca Perenne (Barcelona 1949), p. 797.

Se amasó en el seno
de virgen doncella,
por manos de Dios
y con flor de jeja
el pan que os ofrezco:
¡ved si es cosa buena!
Cual pella de nieve
este pan blanquea;
es tierno cual hostia:
es miel de colmenas,
con flores del cielo
por ángeles hecha.
Pan es de la gloria:
quien de él se alimenta
vivirá por siempre
en la gloria eterna [1].

LA CENA

JACINTO VERDAGUER

Presbítero (1845-1902)

Nuestro Señor Jesucristo
se desposa con la Iglesia,
la amada del corazón
que lo atrajo hasta la tierra.
Vísperas del casamiento
quiere dar una gran cena.
A discípulos y amigos
ha convidado a su mesa:
allá está el traidor de Judas
y Pedro y Tomás más cerca...
San Juan descansa en su pecho,
de donde es llave maestra.
La Pascua, en el gran convite,
junto con ellos celebra
un poco antes de partir
a la patria sempiterna.
Cristo es el mismo Cordero
que a los presentes se entrega:
su sangre en lugar de vino,
por manjar su carne bella.
Mientras estaban cenando
suspiraba de tristeza:
—¡Cuánto me duele dejaros,
hijitos míos, mis prendas!
Más me duele abandonarte
a ti, ¡mi amada la Iglesia,
esposa de mis amores,
que sobre mi pecho reinas!
Pero por salvar al mundo
ya de morir tengo priesa:

[1] Idem ídem, p. 708.

mi Padre me llama al cielo,
¿cómo quedarme en la tierra?
—¡Esposo! ¡Mi dulce Esposo!
¿Cómo solita me dejas?
Si tan solita me quedo
me voy a morir de pena.
—¡Esposa! ¡Mi amada esposa!
Ya en soledad no te quedas;
¿contemplas esta hostia santa?
«Este es mi cuerpo» y mi ofrenda:
con él viviré en tus brazos,
y tú en mí hallarás tu fuerza,
y vivirás con mi vida
hasta que fine la tierra [1].

LA CONSAGRACION DEL PAN Y DEL VINO EN LA ULTIMA CENA

SALVADOR RUEDA

Poeta malagueño (1857-1933)

Cena perdurable,
simbólica cena;
aunque rueden los siglos, sentadas
aún se ven tus figuras eternas.
Jesús el Omnímodo
plasmó con su fuego la escena;
alta estereotipia, por donde pasaba
dejó en pie figuras, ciudades, leyendas;
y cual largo ciprés que remonta
sobre cien horizontes su flecha,
Cristo se levanta
de los horizontes de todas las épocas,
como el tronco de luz de una altísima
judía palmera
que se trueca en la concha del cielo
de cóncavas ramas que cubren la tierra.

Antes de la Pascua,
Jesús ya presiente su fin que se acerca,
y entre los Apóstoles
que junta a la mesa,
como si se alzara la faz de una Hostia,
lo mismo que un ritmo de Carne, se eleva

[1] Idem ídem, p. 788.

Susurra: «Mi alma
ya siento que busca la Vida perfecta:
mi Cuerpo, Pan ácimo, será destruído;
mi Vino de Sangre regará la esfera.
Me doy a los hombres en roja comida,
comida con broncos rugidos de fieras,
con penachos de colas feroces,
con zarpadas de horrible tragedia;
mas mi Cuerpo y mi Sangre perduren
como un alimento de Luz Sempiterna,
como un alimento de todos los hombres,
como una substancia que nunca se merma;
¡comed de mi trigo, centurias,
mi Vino bebed, que es la fuerza! [1]

HOSTIA

MIGUEL DE UNAMUNO

Catedrático de Salamanca (1864-1937)

Hostia blanca del trigo de los surcos
del desierto, molido por la muela
del dolor que tritura; pan divino
de flor de harina, como lecho blanco,
Hijo eres, Hostia, de la tierra negra;
Hijo eres de la tierra, Hijo del Hombre,
Hijo de Dios y de la Virgen Madre,
nuestra madre la tierra. Por el mundo
cual espigas ondean los mortales,
hasta que la hoz los siegue de la Muerte,
que arrastra el trillo, convirtiendo en era
lo que fué ayer ejido de deportes,
y a la tolva van luego, y de esa harina
su pan amasa Dios, que vive de hombres,
del solo pan que somos tus discípulos.
Vive de Ti, Hostia blanca como leche,
nacida de la Virgen Tierra Madre;
por Ti comulga Dios con sus mortales:
tierra y agua de Dios son pan y vino
del hombre, y Dios con ellos hombre se hace.
Tu cruz, cual una artesa en que tu Padre
hiciera con sus manos nuestro pan [2].

[1] *Poesías completas* (Barcelona, ed. Maucci, 1911).
[2] *El Cristo de Velázquez* (Madrid 1920), p. 42.

VINO

MIGUEL DE UNAMUNO

La viga maestra del dolor macizo
a que la piedra del remordimiento,
por el rodezno de la culpa obrando,
sobre tu corazón su pesadumbre
cargó, y enderezaron como *vírgenes*
las tristes manos pecadoras de Eva,
sobre el lagar divino de tu pecho
pisó el licor que nuestras penas lava.

Triste es el vino en el desierto, en donde
no hay agua, madre del verdor riente;
triste el vino cual sangre y triste tu alma,
Jesús, hasta la muerte. Mas tu jugo,
mientras no entremos al divino océano
sin haz ni fondo y sin orillas, abra
de nuestros ríos todos peregrinos,
sostén de esta jornada dolorosa
por el desierto de la vida humana.
Es tu vino, Señor, tu propia sangre,
tu vino triste del dolor, el vino
de la vid de que somos los sarmientos.

Triste es el vino, sí; mas nos embriaga
y nos trae la ilusión con el olvido.
¡Oh embriaguez de la sangre redentora,
del vino del desierto falto de agua;
locura de la cruz, dolor sabroso,
despego de la vida, tú nos borras
el dejo del vinagre que en la esponja
de su vano consuelo nos da el mundo!

Y hay en el vino de tu sangre, ¡oh Cristo!,
agua también, de cumbre y sin mancilla,
licor de vida que la sed apaga
para siempre jamás a quien lo bebe
y vuélvese en su dentro manadero
que le da un sempiterno revivir [1].

[1] *El Cristo de Velázquez* (Madrid 1920), p. 62.

EUCARISTIA

Miguel de Unamuno

Amor de Ti nos quema, blanco cuerpo;
amor que es hambre, amor de las entrañas;
hambre de la Palabra credora
que se hizo carne; fiero amor de vida
que no se sacia con abrazos, besos,
ni con enlace conyugal alguno.
Sólo comerte nos apaga el ansia,
pan de inmortalidad, carne divina.
Nuestro amor entrañado, amor hecho hambre,
¡oh Cordero de Dios!, manjar te quiere;
quiere saber sabor de tus redaños,
comer tu corazón, y que su pulpa
como maná celeste se derrita
sobre el ardor de nuestra seca lengua;
que no es gozar en Ti; es hacerte nuestro,
carne de nuestra carne, y tus dolores
pasar para vivir muerte de vida.
Y tus brazos abriendo como en muestra
de entregarte amoroso, nos repites:
«¡Venid, comed, tomad: éste es mi cuerpo!»
Carne de Dios, Verbo encarnado, encarna
nuestra divina hambre carnal de Ti! [1]

CANTEMOS AL AMOR

Restituto del Valle Ruiz

Agustino (1865-1930)

¡Oh luz de nuestras almas!
¡Oh Rey de las victorias!
¡Oh vida de la vida
y amor de todo amor!

A ti, Señor, clamamos.
¡Oh Rey de nuestras almas!,
tu nombre bendecimos,
¡oh Cristo Redentor!

¿Quién como tú, Dios nuestro?
Tú reinas y tú imperas,

[1] Ob. cit.

aquí te siente el alma,
la fe te adora aquí.

Señor de los ejércitos,
bendice tus banderas;
amor de los que triunfan,
condúceles a ti.

¡Cantemos al Amor de los amores,
cantemos al Señor!
¡Dios está aquí! Venid, adoradores,
adoremos a Cristo Redentor.

¡Gloria a Cristo Jesús! ¡Cielos y tierra,
bendecid al Señor!
Honor y gloria a ti, Rey de la gloria;
amor por siempre a ti, Dios del amor.

Unamos nuestra voz a los cantares
del coro celestial.
¡Dios está aquí! Al Dios de los altares
alabemos con gozo angelical.

Los que buscáis solaz en vuestras penas
y alivio en el dolor,
¡Dios está aquí! Y vierte a manos llenas
los tesoros de divinal dulzor.

El almo eterno Dios de las Justicias,
el sumo justo Juez,
¡manso helo aquí! Colmando de caricias
a los hombres con noble esplendidez.

¡Oh rara caridad y real fineza!
¡Oh dulce memorial!
¡Dios está aquí!, con toda su riqueza,
con su cuerpo y su sangre divina!

Que abrase nuestro ser la viva llama
del más ferviente amor.
¡Dios está aquí!. Está porque nos ama
como Padre y Amigo y Bienhechor.

Cantemos al Amor de los amores,
cantemos sin cesar.
¡Dios está aquí! Venid, adoradores,
adoremos a Cristo en el altar [1].

[1] Himno oficial del XXII Congreso Eucarístico Internacional, celebrado en Madrid el año 1911.

¡GLORIA AL PRIMER COMULGANTE... !

JUAN F. MUÑOZ Y PABÓN

Canónigo de Sevilla (1866-1920)

¡Vaya una parra frondosa,
la de la carpintería!
Tupido toldo parece,
por donde la luz se filtra,
dando al carcomido muro
misteriosas verdes tintas.

Sentada en el blanco poyo
adosado a la casita,
con el huso entre las manos,
está la Virgen María;
la mujer del carpintero,
que allá en el taller trajina.

Tiene la Virgen un niño,
que a cuantos lo ven hechiza,
de cabellos como el oro,
que en su frente alabastrina,
cual de luz suelta cascada,
en crespos bucles se rizan.

Con blancor como de nardo
dos rosas ha por mejillas;
flor de granado es su boca,
nido de dulces sonrisas;
con unos ojos que tiene,
que son flechas encendidas,
en amores incendiarias,
que, cuando incendian, cautivan.

Persiguiendo mariposas,
que en vuelo indeciso giran,
y que, al ver tan blancas manos,
en ellas posan tranquilas,
creyéndolas de jazmines
delicadas florecillas,
anda el niño por el huerto,
mientras la madre embebida,
discurre por entre flores
con hondo placer lo mira.

Y el carpintero la llama;
y ella acude a toda prisa:

mas, ¡ ay !, sintiendo, al privarse
de la regalada vista
del niño de sus amores
que le embelesa y fascina,
algo así como si fuera
de un éxtasis sacudida.

Cuando ha tornado la Virgen
y a Jesús buscando mira,
llorando se encuentra al niño ;
llorando a lágrima viva
y ardiente sangre vertiendo
de la blanca manecita...
¡ Hase clavado en la palma
penetrante y dura espina !

—¿ Qué es eso ?—dice la Virgen—.
¿ Por qué lloras, vida mía ?
¿ Sangre ?...—y, poniendo los labios
en la ensangrentada herida,
con sed hidrópica bebe
el rojo humor que destila...
¡Gloria al primer comulgante
de aquella sangre divina!

Y, enjugándose las lágrimas
que han surcado sus mejillas,
cogiendo al niño en sus brazos,
entre inefables caricias,
con voz que el llanto entrecorta,
dice de penas transida:
Pero ¿ qué es esto, bien mío ?
A ver: enseña la espina.

¡ Ay, cuán hondo te ha llegado !
¿ Te duele mucho, alma mía ?
Con poco más te taladra
la inocente manecita.

¡ Con razón sobrada lloras !
—¡ Si no lloro por la espina !,
dice el niño, entre sus lágrimas
ostentando una sonrisa,
bella, cual grupo de rosas,
entre lluvias invernizas.

—Seca esas lágrimas, madre,
que no lloro por la espina.
—Pues entonces ¿ por qué lloras ?
—Lloro porque yo quería
que hubiera sido en la frente...
—¡ Ay, Jesús, que me horrorizas !

—Perdona, madre del alma;
yo creí que tú sabías
cómo al rey de los dolores
cuadran coronas de espinas...
—¡Sé que te espera el Calvario...
—Por eso te lo decía.

—Sí, corderito entre zarzas
del monte Moria en la cima;
tierno Adán, a quien la tierra
no ha de ofrecer más que espinas
sé tu pasión de memoria
y es tu cruz mi pesadilla:
¡todo lo sé por desgracia!
Pero tú no me lo digas.

No me hagas beber tan pronto
las hieles de tu agonía,
manojito de dolores
más amargos que la mirra;
dulce amado cuya sangre
ya ha teñido mis mejillas.

Y ahora, en pago de las hieles
que has derramado en la herida
con que el profeta del templo
dilaceró el alma mía,
toma besos a millares
para esta frente divina...,
para este copo de nieve
con rosas de Alejandría;
para esta frente que, ¡ay triste!,
han de romper mil espinas.

Y a la sombra de la parra,
por donde la luz se filtra,
dando al carcomido muro
misteriosas verdes tintas,
quedaron en nudo estrecho
sus dos almas confundidas.

¡Oh qué bello ramillete!...
Padre Eterno, mira, mira...,
presos por mutuos abrazos
como por hermosa cinta,
mira la mística Rosa
y el Lirio de las espinas [1].

[1] *El Niño de Nazaret*, 2.ª ed. (Sevilla 1899).

CONSAGRACION

JUAN F. MUÑOZ Y PABÓN

Junto a un grupo de nopales,
cuyas flores amarillas
abren hojas de topacios
sobre cálices de espinas;
teniendo su dulce niño
reclinado en las rodillas,
alisándole el cabello
está la Virgen María.

Fiel retrato de su madre,
no puede negar la pinta;
pero es el niño aun más bello
que bella la madre misma.

Tiene Jesús en los ojos
una tristeza infinita,
y una marca de amargura
en la boca purpurina,
que el corazón de la madre
dilacera fibra a fibra.

Que a Jesús hondos dolores,
se le conoce a ojos vistas.
¡Si la Virgen se atreviera...!
¡SI Jesús...! ¡Ay, pobrecilla!
Cuánta nube de tristeza
nubla el cielo de su dicha.

Jesús está taciturno,
taciturna está María.
No se escucha en el momento
sino el gemir de la brisa,
al quebrarse entre las ramas
de palmera que se cimbra,
cobijando el bello grupo
que silencioso medita.

Por fin la Virgen se atreve,
y estrechando enardecida
la cabeza del Dios Niño
contra el seno que palpita,
y apartándole los bucles
del color de las espigas,
le da un beso rechinante,
que un mármol derretiría;

y un si es no es ruborosa,
pero al cabo decidida,
los labios sobre la frente,
comienza a hablar de esta guisa:

«¿Por qué llorará mi niño?»
Tierno Jesús de mi amor,
te he visto copioso llanto
derramar en la oración.
Vueltos los ojos al cielo,
tinta en divino arrebol
la frente que a los jazmines
les ha prestado el blancor;
en cruz los tiernos bracitos
y anhelante el corazón,
te he visto verter más lágrimas
que rayos de luz da el sol.

«¿Por qué llorará mi niño?»,
me decía en mi interior:
«¿Quién jamás se imaginara
llorando al Hijo de Dios?
¿La felicidad suprema
saboreando el dolor?»

—Tú no sabes, madre mía,
las penas que paso yo.

—Por eso quiero saberlas;
dímelas por compasión.
que entre los dos divididas,
tu parte será menor.

—Mira, madre, que mis penas
dan hieles para los dos:
mira que al mar sobrepujan
en grandeza y amargor.
—Jesús, la duda me mata:
¿te las he causado yo?

—¿Tú, palomita inocente,
cuyos arrullos de amor
son más dulces a mi oído
que los cantos de Sión?
Pierde cuidado, querida;
no me has lastimado, no.

—¿Cuál es entonces tu pena?
¿Qué la causa? —¡Desamor!
Que nadie, nadie me quiere
como, ¡ay, madre!, quiero yo...
¡Mira que el amor amando,
y nadie amar al amor!...

Y de Jesús la garganta
lanzó un amargo suspiro.
Nuevo y abundoso llanto
de sus ojos nubló el brillo,
rodando en lluvia de perlas,
hasta mojar sus vestidos.

Sus mejillas, que eran rosas
son ya rosas con rocío:
rosas que besa la Virgen
del amor en el delirio,
mientras le dice afanosa:
—Sigue hablando, niño mío.

—¡Si tú supieras, ¡ay, madre!,
lo que veo en la oración!...
Despeñándose los siglos
ante mi vista de Dios,
cual se despeñan las aguas
del espumoso Cedrón,
no desfila ni un instante
que no me cueste un dolor.

Quién me persigue sangriento
como al cordero el león.
Quien me blasfema iracundo
con asfixiante furor...

—¡Calla, por Dios, hijo mío!
—¿Ves como tengo razón
para no darte a que gustes
las hieles de mi dolor?

Y la Virgen gruesas lágrimas
en la alba toca enjugando,
y en la faz encantadora
la palidez del espanto,
de nuevo acaricia al niño;
lo estrecha contra el regazo;
y entre besos maternales,
silenciosos, prolongados,
cual si al hijo, en cada uno,
diera del alma un pedazo,
le dice con voz doliente:

—Prisionero, sin más crimen
que el de mi infinito amor,
las tablas del tabernáculo
serán mi dura prisión.
¡Cuánta ingratitud me espera!
¡Cuánto y cuánto sinsabor!

¡Qué largas, madre, las noches
sin ninguna adoración;
sin que nadie me acompañe,
más que el trémulo fulgor
de lámpara moribunda!...
Solos la lámpara y yo.

¿Que me cercarán de luces
y flores de rico olor?
¿Que piedras de alzado precio
guarnecerán el copón?
Mas ¿qué importa? Ni las luces,
ni las piedras, ni la flor,
ni los tronos, ni las lámparas,
son capaces de pasión.
¡Nada de esto, Madre mía,
dará un latido de amor!

Y yo necesito amores;
pues no es otra mi misión
que poner fuego en la tierra,
y a la gloria del Señor
quemarla en la ardiente pira
de mi amante corazón.

Y, ¡ay!, el mundo incombustible
se me esconde a mi calor;
que llamo, y en el vacío
se pierde mi triste voz:
doyme a buscar, y el rebaño
sale huyendo del pastor;
por corazones de tierra
brindo corazón de Dios,
y ni aun así por entero
me da nadie el corazón.

Y corazones partidos,
ésos no los quiero yo;
pues entero y sin reserva
brindo todo el corazón.

Y otra vez empaña el llanto
los claros ojos del niño,
por su rostro de granadas
discurriendo en gruesos hilos.

Al verlo tan apenado,
la Virgen Madre le ha dicho:
—No me llores, que me matas;
seca esas lágrimas, niño,
que en el corazón me caen
cual veneno corrosivo,

¿Que tú quieres corazones?
Pues los tendrás, hijo mío:
yo te los saldré buscando
por los pueblos y los siglos.

Yo te buscaré amadores
de tus encantos cautivos,
que después de haberte amado
con el más alto delirio,
millares de corazones
consagren a tu servicio.

Y entretanto, dulce prenda,
mi cielo, mi Dios, mi niño,
ten un corazón por tuyo,
pues yo te consagro el mío.

Y..., ¡ea!..., los hombres no lloran,
y estás hecho un hombrecito.
Conque un beso, y con tu padre:
que es también mucho egoísmo
quererte para mí sola.

Y alegre se aleja el niño,
no sin pararse de pronto,
quedarse en la Virgen fijo
y un beso tirar al aire
con un ademán divino [1].

«SPES»

Rubén Darío

Poeta nicaragüense (1867-1916)

Jesús, incomparable perdonador de injurias,
óyeme; Sembrador de trigo, dame el tierno
Pan de tus hostias; dame contra el sañudo infierno
una gracia lustral de iras y lujurias.

Dime que este espantoso horror de la agonía
que me obsede es no más de mi culpa nefanda;
que al morir hallaré la luz de un nuevo día
y que entonces oiré mi «¡Levántate y anda!» [2]

[1] *El Niño de Nazaret*, 2.ª ed. (Sevilla 1899).
[2] *Cantos de vida y esperanza* (Madrid 1905), p. 51.

AL PAPA DE LA EUCARISTIA

ALBERTO RISCO

Jesuita (1870-1930)

En alas de la ardiente fantasía
de playa a playa recorrí la tierra
por medir el amor que allí se encierra
al Papa de la santa Eucaristía.

Ansiaba mi cariño reverente
buscar de gratitud lozanas flores,
cortarlas del vergel de mis amores
y ornar con ellas tu nevada frente.

Y me lancé del mundo a los confines
para buscarte delicadas rosas:
flores dignas de ti, las más hermosas
que hallara de la tierra en los jardines.

Y hallé muchas de aroma peregrina,
de vívidos carmines como el fuego,
mimadas cada día por el riego
de esa de redención Fuente divina.

Mas... ¡ya eran tuyas! Al verter ufanas
aroma de virtud, me parecía
que aquel perfume a embalsamar venía
los blancos copos de tus santas canas.

El mundo de azucenas vi poblado,
que al abrir sus corolas a la vida,
ya ostentaban en ellas esculpida
la imagen de Jesús Sacramentado.

¡Tan pequeñas! ¡Tan tiernas... ! Y su esencia
se esparcía del valle a la alta loma,
con ese tenue, delicado aroma
que anuncia del Sagrario la presencia.

¡Y eran muchas y bellas! Las praderas
no se visten de flores tan galanas
al sonreír las plácidas mañanas
de lujosas y tibias primaveras.

Y al quererlas cortar, vi que otra mano,
la de Jesús, mi brazo detenía.
¡Eran suyas las flores! Las quería
para la sien del Rey del Vaticano.

¡La cándida niñez inmaculada
formará tu corona allá en el cielo,

cual premio eterno a tu ardoroso anhelo
de acercarla a la Hostia consagrada!

Seguí buscando perfumadas flores
que aun tu regia corona no formaran,
que a tus sienes mis manos enlazaran
mostrándote el ardor de mis amores.

Y a un tronco me acerqué de pasionarias,
de la cruz a los brazos enlazado;
¡era el dolor cristiano y resignado
que se abría en capullos de plegarias!

¡Qué flor tan celestial brindaba el pecho
del moribundo que, a la cruz asido,
alegre unía su postrer latido
a los del Dios que se acercó a su lecho!

¡Mas no eran para mí flores tan bellas!
El ángel del dolor las custodiaba,
y guirnaldas sin número formaba,
tu augusta frente para ornar con ellas.

¡Trofeos del afán que te devora
por llevar hasta el lecho de agonía
al que sabe trocar en alegría
el llanto amargo que el enfermo llora!

Entonces recorrí de las ciudades
los sagrarios en oro recamados;
después busqué a los pobres, adorados
por indios en ocultas soledades;

toqué a sus puertas, mendigando rosas,
y al pronunciar tu nombre, yo notaba
que el Sagrario de gozo palpitaba
cual movido por brisas rumorosas.

Y se oía exclamar con tierno acento
desde el fondo a Jesús, tu dulce amigo:
—¡Su espíritu está aquí; mora conmigo,
abismado en amor al Sacramento.

¡Oh qué dulce pasión la de tu alma!
¡Llevar el mundo todo al santuario
y descorrer los velos del Sagrario,
donde brinda Jesús perpetua calma!

Y Jesús tus anhelos galardona
a las almas llenando de consuelo.
¡Esas las flores son que allá en el cielo
formarán de tus sienes la corona!

Que ya el mundo se siente caldeado
con ese de tu pecho «*Fuego ardiente*»,

que Europa convertida ya se siente
en altar de Jesús Sacramentado.

Ya encienden los congresos viva hoguera
en el pecho leal americano.
Cristo es el sol, del mundo soberano,
vertiendo su calor por la ancha esfera.

Esa tu gloria es, y ésas las flores
que buscó mi cariño reverente
para enlazarlas a tu nívea frente
y mostrarte el ardor de mis amores.

Oye los ecos de la lira mía,
que, unida al canto que tu nombre aclama,
llena de amor y gratitud te llama
¡el Papa de la santa Eucaristía! [1]

EL MISACANTANO

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN

Maestro de escuela (1870-1905)

Yo no sé si lo fué. Por vez postrera
vile el solemne día
de su misa primera,
que yo a su lado oía...

El niño soñador era ya hombre,
un hombre que tenía
la fe tan pura y tan serena el alma
como si fuera niño todavía.

Ya estaba allí lo que anhelaba tanto,
lo que asustaba a la humildad ahora...
Ya estaba ungido con el óleo santo.
¡Que viniera el martirio a cualquier hora!

Centenares de luces titilaban,
el oro del altar resplandecía,
las trompetas del órgano arrojaban
raudales de armonía,
y los fieles oraban,
y el humo del incienso trascendía,
y una tropa de arcángeles dorados,
bellísimos, magníficos, alados,
que el divino tesoro
del rico tabernáculo guardaban.
al fulgor de las luces que oscilaban
parecían batir sus alas de oro.

[1] *Amor de Madre* (Madrid 1922), p. 341.

Con el santo temor de alma creyente
que el hálito de Dios siente cercano,
subió el misacantano
las gradas del altar resplandeciente.
«¡Ese sí que es altar!». dijo a mi oído
el eco amortiguado
de la voz de un recuerdo no perdido...
Y al ver al sacerdote allí postrado,
con su rica sagrada vestidura
de la propia blancura del armiño,
me acordé con tristísima dulzura
de su altar de cartón cuando era niño,
y me hirió en las entrañas la ternura
del idilio inocente recordado
que yo mismo veía
en poema magnífico trocado.

Llegó al fin el momento
del sublime misterio: el celebrante
se inclinó y consagró; fijo y atento
los ojos de su fe vieron delante
el divino portento,
que ofuscó, que cegó su pensamiento;
y pálido, con miedo, vacilante,
con toda el alma en el misterio hundida,
con el santo terror de la criatura
que ve su pequeñez engrandecida
y elevada por Dios a aquella altura;
como rendido al infinito peso
de aquel divino y amoroso exceso,
con el alma anegada
en un mar de ternura dolorosa
e implorando la ayuda poderosa
de la bondad de Dios, nunca agotada,
pudo elevar con mano temblorosa
la Hostia consagrada...
....

Yo la adoré de hinojos
con el pueblo postrado·
y el solemne momento ya pasado,
al levantar los ojos
y ver al sacerdote reposado
y en tranquila actitud, como si orara,
vi también otra cosa...:
vi caer una lágrima amorosa
sobre el paño blanquísimo del ara... [1]

[1] *Obras de Gabriel y Galán* (Madrid 1946), t. II, p. 90.

EL SACRAMENTO DEL ALTAR

RICARDO LEÓN

Funcionario del Banco de España (1877-1945)

¡Canta, lengua, el divino Sacramento
del altar, el Amor de los Amores,
que, en sutil apariencia encarcelado,
se nos ofrece por manjar al hambre
de nuestras bocas, a la sed ardiente
de eternidad que abrasa nuestras almas!

¡Loa también con amorosas voces
la pura concepción de nuestra Madre,
la Santísima Virgen, concebida
sin pecado, Azucena de la Gracia,
vida y dulzura de los hombres, llave
de los altos misterios eucarísticos!

¡Cantemos al Amor que nos convida
con su Cuerpo inmolado, aquí presente
para dejarse poseer, oculto
para dejarse desear! ¡Oh cielos,
mundos, estrellas, criaturas, almas,
ángeles, hombres: alabad a Cristo,
Nuestro Señor, en su inmortal Custodia!

No le bastó al eterno Apasionado
hacerse carne de dolor, vestirse
con la piel de la angustia y de la muerte;
cargar sobre sus hombros nuestras culpas,
mucho más recias que la cruz, más torvas
y agudas que los clavos, más amargas
que la hiel y el vinagre; dar su pecho
por blanco a las injurias de los hombres;
su faz al beso del traidor, su frente
a las espinas, su cerviz al yugo,
su corazón al hierro de la lanza.

Sangre, polvo, sudor, llanto y ultrajes,
cuerdas, aceros, salivazos, mofas,
en cada afrenta padecer mil vidas
y en sólo un cáliz apurar mil muertes,
perdonar y morir, clavado al leño,
las entrañas abiertas y los brazos
para mover, para estrechar al mundo,
no eran bastantes a su amor. ¡Tenía.
pues era Dios, que superar al Hombre! [1]

[1] *Poesías de Ricardo León* (Madrid 1924), p. 126.

ORACION PARA DESPUES DE COMULGAR

PABLO CAVESTANY

Ingeniero de Montes (contemporáneo)

Ni puede lo que me das
comprenderlo mi razón,
ni mi pobre corazón
puede agradecerlo más.
Pero si tu amor conmigo
con su lumbre deslumbrado
me deja y estoy cegado,
esta obscuridad bendigo;
que, viendo mi entendimiento
toda la luz del favor,
tendría que ser mayor,
Señor, mi agradecimiento.
En toda su claridad
tu amor no me dejes ver,
ya que no puede crecer
más en mí la caridad.
Si soy tan mal pagador
dándote cuanto poseo,
no me hagas ver más, pues veo
que aun lo sería peor;
aunque mi ruego escuchando,
por no aumentar mi inquietud,
a una nueva gratitud
me estás, Señor, obligando.
Te amo, inagotable abismo
de amor. Mas no sé, Señor,
si lo que siento es amor
o es que te siento a ti mismo.
Esto, sin duda, ha de ser;
que es extraño, de otro modo,
que hoy pueda amarte del todo
quien te amó tan poco ayer.
Pobre adoración la mía;
tan paralítica es
que, de no estar a tus pies,
quizá no te alcanzaría.
Permanece, pues, conmigo,
Jesús, o, si has de marchar,
dame alas con que volar
para marcharme contigo.

Para amar y agradecer
es muy torpe mi fervor;
pero suplicar, Señor,
eso sí que lo sé hacer.
Y sé que con suplicar
ya estoy en el conseguir;
¿qué más que quererme oír
me puedes, Dios mío, dar?
Aunque casi no consigo
concebir tanto favor,
sé que no hay goce mayor
que el de dialogar contigo.
No me niegues este bien
y haz que otros bienes no obtenga,
para que así siempre tenga
algo que pedirte. Amén [1].

LA PRIMERA COMUNION

ELEUTERIO CALATAYUD GARCÍA

Abogado, funcionario público (contemporáneo)

Dulce Jesús, Rey de amor,
que en inenarrable afán,
para no inspirar temor,
te ofreces al pecador
en una hostia de pan.
Ya que vuestro Pan probé
donde estáis, Dios, escondido,
viril de mi pecho haré,
rescatándoos del olvido
en que en el mundo os hallé.
Y ya que amor con amor
se debe siempre pagar,
dulce Jesús Redentor,
quiero ofrendarte una flor
al descender de tu altar.
Mi madre, Señor, que es buena,
la que me enseñó a rezar
y si soy malo se apena,
dice que soy azucena,
casto lirio y blanco azahar.
Y ésta es la flor, toda albura,
qué yo os ofrezco, Señor.
¡Que no pierda su blancura,

1 *Collar de armonías* (Barcelona 1941)

que como la nieve pura
conserve su resplandor!
Y si, al ser hombre en la vida,
con la inocencia perdida,
llorara mi corazón,
¡que no olvide en mi caída
mi primera comunión! [1]

MOTETE PARA LA COMUNION

MIGUEL BENZO MAESTRE

Cura de aldea (contemporáneo)

Señor:
Llévame contigo,
que es duro al amigo
vivir sin amado.
Llévame a tu lado,
porque nada quiero,
porque nada espero
sino ver tus ojos
y, todo olvidado,
dormir apoyado
en los labios rojos
que abren tu costado [2].

ODA AL SANTISIMO SACRAMENTO

LOPE MATEO

(Contemporáneo)

Divino Sacramento·
vergel de luz, de amor y de hermosura,
mirífico portento
que bajas de la altura
para alzar a la humana criatura.

Con joyeles de estrellas
y vientos de las playas siderales
yo cubriré tus huellas,
¡oh, Amor!, que así me sales
al camino de anhelos inmortales.

[1] *Apacible lira* (Madrid 1945), p. 237.
[2] *Breviario para mi generación* (Madrid 1950), p. 76.

¡Cuántas veces mi norte
se perdió en el encaje de las brumas
y en soledad consorte
de trágicas espumas
aborrecí la albura de tus plumas!

Por mares desolados,
gimiendo al ciego afán de las riberas,
mis ojos desatados
en lágrimas sinceras
lloran por tus orillas verdaderas.

No des paz a mi duelo,
si el corazón no sangra sus maldades;
pero acrecienta el vuelo
con que de amor me invades
hacia Ti, claridad de claridades.

Con esta seca arcilla,
¿qué he de hacer, mi Señor, que no te ofenda?
¿No es loca maravilla
que en la espinosa senda
la indignidad de mi vellón no prenda?

Oveja soy perdida
que invoca tu redil, ¡oh Pastor bueno!,
desde la roca hendida,
donde no crece el heno
ni me regala abril de flores lleno.

Tras pérfidas veredas
desdeñaron mis pasos delirantes
el silbo en que remedas
los avisos constantes
de embriagar en tu cepa a tus amantes.

¡Amor de los amores,
suma de mi salud, Hostia divina!
Por atajos y alcores
tu huella peregrina
¡cómo las soledades ilumina!

No más vanos deseos
aparten del fervor de mi quebranto
tus dulces pastoreos...
Ya ves que en raudo llanto
regando estoy mis flores de amaranto.

¡Oh gozo de mi entraña,
inmarcesible bien, Eucaristía,

que con mi frágil caña
conciertas la armonía
de mi valle de sombras con tu día!

¿Cómo el hombre no advierte
la cifra de este don tan deleitable,
triunfante de la muerte,
mientras tu voz afable
convierte lo caduco en perdurable?

Si a la Samaritana
diste a beber del pozo de agua viva,
deja que en tu fontana
mate mi sed lasciva
y sólo de tu ardor quede cautiva.

Ofrézcate mi noche
suave lecho al socaire del rocío,
y en singular derroche
de tierno desafío
enciende con el tuyo el pecho mío.

Veremos los luceros
rodar por la ancha silenciosa esfera
y arcángeles viajeros
velarán la carrera
que en deliquio de amor el alma espera.

Luego, al quebrar la aurora,
iremos por los huertos venteando
la dicha que avizora
del ave el trino blando
junto al río que pasa enamorando.

Seremos dos en uno:
yo a cantar, Tú a venderme claridades...
Y el precio, de consuno,
será con tus beldades
revestir mi canción de eternidades.

¡Oh frescos horizontes!
¡Oh lirios por la escarcha recamados!
¡Oh saludables montes
que cebáis a mis prados
con hilos de agua viva insospechados!

Y tú, delgada brisa,
ven el heraldo a ser de mi ventura
y en tus alas irisa
la gracia más segura
que pudiera soñar la criatura.

Con pámpanos y trigo
amasé para siempre mi alimento.
Mi culpa ya bendigo,
pues por sacro portento
¡mi nada se hizo todo en Sacramento! [1]

ORACION DE UN MISACANTANO POR EL AYUDANTE

RAMÓN CUÉ

Jesuita (contemporáneo)

Como la misa primera,
todas las misas, Señor;
en mi pecho, el mismo amor
—ya sé que el tuyo es la flor
siempreviva que me espera—,
siempre sin mancha el mantel,
siempre el alma sin mancilla,
y en la elevación, aquel
son de aquella campanilla
que tocó José Manuel...

Y si alguna vez mi amor
se adormece en el altar
y yo no acierto, Señor,
a saberlo despertar,
aunque el pedirlo me humilla,
tócame como un rabel
que torne al alma sencilla,
buen Pastor, el son aquel
de la alegre campanilla
que tocó José Manuel...

Diré la misa postrera...
¡Ojalá cual la primera
que ayudó José Manuel!...
No volveré a consagrar,
pero tú, constante y fiel,
me vendrás a viaticar...
Dame entonces a escuchar
desde aquel lecho de hiel
donde la muerte me humilla,
como una gota de miel,
el alegre son aquel
de la clara campanilla
que tocó José Manuel...

[1] Poema galardonado con el premio de honor en las II Justas Literarias de Cádiz (1943), celebradas con motivo del Corpus.

Después de él,
la luz y la maravilla...
¡Toca, toca, campanilla
loca de José Manuel... ![1]

LOS CUATRO NOMBRES

RAMÓN CUÉ

Jesuita (contemporáneo)

Corporales, ¡qué cuadrado
más pequeñito y más grande!
¡Si más que tienda de rey
parecéis blancos pañales... !
No cabe un niño dormido,
y para Dios sois bastante...
El Inmenso, de quien huyen
los límites espaciales,
está preso en la cuadrícula
de los puntos cardinales,
que se aprietan y se juntan
en mis blancos corporales...

Piedra imán de los misterios
que sobre ella hacen las paces.
Tablero del ajedrez
de las divinas bondades,
donde Dios gana en partidas
la vida de los mortales.
Trono de vida y de muerte...
Ecuación de eternidades...
Señor, en los cuatro ángulos
yo he puesto cuatro iniciales,
cuatro nombres de rodillas:
banderas en homenaje;
cuatro vasos de alabastro,
rotos para perfumarte;
cuatro manojos de flores,
cuatro antorchas vigilantes...
Dos lucen en esta vida,
de las otras dos, Tú sabes...

[1] *Poesía nueva de jesuitas,* selección de José María Pemán (Madrid 1948).

¡Señor de vivos y muertos,
en el reino de tu Padre,
junta los nombres que vistes
juntos en mis corporales!...[1]

TU CUERPO

Francisco Aparicio

Jesuíta (contemporáneo)

Tu Cuerpo, Señor, entero
ante mis ojos.
Tu Cuerpo de Dios, arado
de latigazos rojos.

Tu Cuerpo, Señor, besado
por mi locura de besos.
Tu Cuerpo, Señor, que arrastra
mis cinco sentidos presos.

Hoy te he visto, te he tocado,
te he olido, te he gustado,
te he oído, y he quedado
para siempre ensimismado.

Señor, y en tu Cuerpo arado
por mis rejas de pecado,
mis sentidos he enterrado:
¡muerto estoy y resucitado!

Tú, Señor, para mi cuerpo,
y mi cuerpo para ti.

Cristo mío escarnecido,
toma mi cuerpo perdido
y que mis cinco sentidos,
en ti fijos y prendidos,
se sacien sólo de ti[2].

1 y 2 *Poesía nueva de jesuítas*, selección de José María Pemán (Madrid 1948).

A JESUS SACRAMENTADO

RAFAEL LAFFÓN

Abogado de Sevilla (contemporáneo)

¿Quién otro igual Maestro en sus lecciones?
Cátedras son tu pan y tu madero
en donde me adoctrinas ya de vero,
Cuerpo y Sangre dejando en los renglones.

¡Cómo mi bien suscitas y dispones,
ay, Sol, que del cenit más altanero,
tras la lóbrega noche del enero,
bajas a esta doblez de mis prisiones!

A tanta luz, qué turbio el aposento;
para blandura tal, qué denso el muro;
qué vuelo, en fin, para mi andanza tarda.

Mas ya que en mí—tan pobre—hallas asiento,
dame que pueda del presidio obscuro
serte—cautivo amor—celosa guarda [1].

[1] *Poesías*, Ediciones Aljarafe (Sevilla 1945).

CUARTA PARTE

CICLO VIRGINEO

I. MISTERIOS

A LA INMACULADA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA

BACHILLER CÉSPEDES

(Siglo XVI)

Clara luz, lumbrosa estrella,
lucero de la mañana,
Madre Virgen la más bella,
la más limpia y sin querella
de nuestra miseria humana:
¿qué saber sabrá decir,
ni qué sentido sentir
vuestra excelencia infinida?
Que quien no tiene medida
muy mal se puede medir.

Yo no sé loor que daros,
con que más holguéis vos,
ni con qué más agradaros,
sino con siempre llamaros
Virgen y Madre de Dios.
Deciros fuente sellada,
deciros puerta cerrada,
y de aguas vivas un pozo;
no sentiréis tanto gozo,
cuanto en ser Madre llamada.

Porque por Madre ganasteis
ser de culpa preservada:
por Madre de Dios gozasteis
de un gran nombre que cobrasteis,
que es de ser nuestra abogada.

Por Madre de Dios graciosa,
sois Madre, Hija y Esposa:
por Madre de Dios que os quiso,
sois, Reina del paraíso,
después de El la más preciosa.

Por Madre de Dios tenéis
la mano en nuestra concordia:
por Madre de Dios podéis
llamaros, cuando queréis,
Madre de misericordia.
Por Madre de Dios querida,
que es la vida, sois Vos, vida,
por Madre, nuestra esperanza,
por Madre, nuestra holganza,
por Madre, nuestra escogida.

Por Madre de Dios tenemos
en el cielo a vos por Madre:
por Madre de Dios podemos,
cada hora que queremos,
alcanzar perdón del Padre.
Del Hijo Madre os llamamos
desterrados los que estamos;
por Madre de Dios se espera
que nos seréis medianera
para que a la gloria vamos [1].

LA INMACULADA CONCEPCION

Pedro de Padilla

Carmelita (siglo XVI)

Estaba dado un pregón,
que el hombre que se atreviese
a ver a Asuero, muriese
sin admitir excepción.

Sola entró la bella Ester
donde nadie se atrevió,
y a su intercesión mudó
Asuero de parecer.

Ester sagrada sois vos,
Virgen en todo sin par,
que nos habéis de aplacar
al Rey Asuero, que es Dios.

[1] *Cancionero general* (Sevilla 1535).

Y pues llegáis a rogar
por un pueblo condenado,
claro está que en su pecado
no habéis de participar.

Que no será buen tercero
para con juez indignado
el que estuvo sentenciado
por sus ofensas primero.

Vos, aunque hija de Adán,
sois de culpa preservada,
y así no estáis sentenciada
como los demás lo están.

Y teniendo esta mejora
que Dios os quiso hacer,
sola sois quien pudo ser
con Asuero intercesora.

Y soislo de tal manera,
que nunca Dios se aplacara
si en vos no se aposentara
y vuestra carne vistiera.

Pues carne que había de ser
traje y vestido de Dios,
para tomarla de vos
¡cuál la debió de hacer!

Bella, pura, limpia, santa,
perfectamente perfecta,
de quien el sacro poeta
tantos años antes canta:

que fué de Dios elegida,
preelegida y preservada,
para cubierta guardada
del que a todos nos dió vida.

Y pues tan gran prevención
quiso Dios en vos hacer,
¡qué pureza debe haber
en tan limpia concepción!

No son limpias las estrellas
en la presencia de Dios;
pero lo sois, Virgen, vos,
porque lo fuisteis más que ellas.

Hízoos quien pudo tan pura,
siendo su gracia el crisol,
que dice San Juan que el sol
os sirve de vestidura.

Por Madre de Dios graciosa,
sois Madre, Hija y Esposa:
por Madre de Dios que os quiso,
sois, Reina del paraíso,
después de El la más preciosa.

Por Madre de Dios tenéis
la mano en nuestra concordia:
por Madre de Dios podéis
llamaros, cuando queréis,
Madre de misericordia.
Por Madre de Dios querida,
que es la vida, sois Vos, vida,
por Madre, nuestra esperanza,
por Madre, nuestra holganza,
por Madre, nuestra escogida.

Por Madre de Dios tenemos
en el cielo a vos por Madre:
por Madre de Dios podemos,
cada hora que queremos,
alcanzar perdón del Padre.
Del Hijo Madre os llamamos
desterrados los que estamos;
por Madre de Dios se espera
que nos seréis medianera
para que a la gloria vamos [1].

LA INMACULADA CONCEPCION

Pedro de Padilla

Carmelita (siglo XVI)

Estaba dado un pregón,
que el hombre que se atreviese
a ver a Asuero, muriese
sin admitir excepción.

Sola entró la bella Ester
donde nadie se atrevió,
y a su intercesión mudó
Asuero de parecer.

Ester sagrada sois vos,
Virgen en todo sin par,
que nos habéis de aplacar
al Rey Asuero, que es Dios.

1 *Cancionero general* (Sevilla 1535).

Y pues llegáis a rogar
por un pueblo condenado,
claro está que en su pecado
no habéis de participar.

Que no será buen tercero
para con juez indignado
el que estuvo sentenciado
por sus ofensas primero.

Vos, aunque hija de Adán,
sois de culpa preservada,
y así no estáis sentenciada
como los demás lo están.

Y teniendo esta mejora
que Dios os quiso hacer,
sola sois quien pudo ser
con Asuero intercesora.

Y soislo de tal manera,
que nunca Dios se aplacara
si en vos no se aposentara
y vuestra carne vistiera.

Pues carne que había de ser
traje y vestido de Dios,
para tomarla de vos
¡cuál la debió de hacer!

Bella, pura, limpia, santa,
perfectamente perfecta,
de quien el sacro poeta
tantos años antes canta:

que fué de Dios elegida,
preelegida y preservada,
para cubierta guardada
del que a todos nos dió vida.

Y pues tan gran prevención
quiso Dios en vos hacer,
¡qué pureza debe haber
en tan limpia concepción!

No son limpias las estrellas
en la presencia de Dios;
pero lo sois, Virgen, vos,
porque lo fuisteis más que ellas.

Hízoos quien pudo tan pura,
siendo su gracia el crisol,
que dice San Juan que el sol
os sirve de vestidura.

Que por dar muerte a la muerte
y los hombres libertar,
quiso Dios carne tomar
de tan bella y limpia suerte.

Que el poderoso adversario
en el mundo tan valido,
cuando quedase vencido
lo fuese con su contrario.

No tuvo el que vos pariste
culpa, ni la cometió,
y de aquí conozco yo
que nunca vos la tuviste.

Porque si culpa tuviera
la carne que Dios tomara,
con la misma se quedara,
si con prevención no fuera;

mas como en vos no la hubo,
el Hijo no la sacó,
y lo que de vos tomó
es lo que se tiene y tuvo.

Ninguno del ser humano
como vos se pudo ver;
que a otros dejan caer
y después danles la mano.

mas vos, Virgen, no caiste
como los otros cayeron,
que siempre la mano os dieron,
con que preservada fuiste.

Yo, cien mil veces caído,
os suplico que me deis
la vuestra, y me levantéis
porque no quede perdido.

Y por vuestra concepción,
que fué de tan gran pureza,
conserva en mí la limpieza
del alma y del corazón;

para que de esta manera
suba con vos a gozar
del que sólo puede dar
vida y gloria verdadera [1].

[1] *Jardín espiritual* (Madrid 1585).

A UN CUADRO DE LA INMACULADA CONCEPCION

Cristóbal de Virués

Capitán valenciano (siglo XVI)

Una Doncella en perfección hermosa,
del claro sol vestida y adornada,
se muestra en la pintura artificiosa,
de doce estrellas de oro coronada,
y una sierpe mortífera enconosa,
abierta la cabeza y quebrantada,
se ve tendida estar sin fuerza alguna
ante sus pies, que estriban en la luna.

Alrededor de la figura santa,
mostrando sus virtudes y loores,
aquí un árbol se muestra, allí una planta,
y allá un cerrado huerto con mil flores:
allá un lucero, acá una fuente, y tanta
diversidad de gracias y favores,
cuanta el verso dulcísimo mostraba,
que así la alta pintura declaraba.

Alegre día dió este Sol hermoso,
huyó la noche de esta Luna llena,
aseguró este Norte el mar dudoso,
con esta Fuente fué la tierra amena:
echó la muerte al centro tenebroso
la luz que al mundo dió esta Luz serena,
cuando llegara el tiempo ya cumplido
y en vaticinios tantos prometido [1].

A LA INMACULADA CONCEPCION

Fray Damián de Vegas

(Siglo XVI)

Reina de los serafines,
¿por qué no pornán las gentes
principios muy diferentes
en los diferentes fines?

Los que os dan un fin tan alto
como ser Madre de Dios,

[1] *El Monserrate*, poema épico (Madrid 1588).

¿por qué imaginan en vos
principio imperfecto y falto?

¿Por qué nos igualaremos
con vos los que delinquimos,
que en culpa nos concebimos
e hijos de ira nacemos?

¿Por qué hija de ira vos,
siendo Madre sin ofensa
de la mansedumbre inmensa
que es el Cordero de Dios?

¿Por qué madre de desgracia,
formada en la iniquidad,
la Madre de la bondad
y la fuente de la gracia?

¿Por qué había Dios de hacella
de material enfermizo,
la que El medicina hizo
para cuantos van a ella?

¿Por qué daría al través
ni con Adán erraría
la que el camino y la guía
de aquellos que yerran es?

Ved: ¿La noche con el día?
¿Qué tienen que ver ahora
las tinieblas con la aurora
ni el pecado con María?

¿Lo manchado de alto arriba
con la que no tiene mota,
la cisterna seca y rota
con el pozo de agua viva?

¿La puerta oriental del cielo
con la espelunca infernal,
ni el trono y silla real
con el hollado escabelo?

¿Qué la espina con la rosa;
qué con la paloma el cuervo;
qué el agraz crudo y acerbo
con la manzana sabrosa?

¿Qué con el oro más puro
el metal envilecido,
ni qué el paredón caído
con la fuerte casa y muro?

¿Qué el rico montón de trigo
con la pedriza escabrosa,

ni qué la vid abundosa
con el loco cabrahigo?

¿Quién del Líbano la nieve,
de mortal pie no tocada,
compara a la escarcha hollada,
a que todo pie se atreve?

Fuera mala ceremonia
poner en un mismo andén
la Flor de Jerusalén
con la hez de Babilonia.

¿Quién osara comparar
la lóbrega sombra y negra
con el lucero, que alegra
cielo y aire, tierra y mar?

¿Ni con el áspera ortiga
el lirio blando oloroso,
ni el dulce abrazo amoroso
con la agresión enemiga?

Ni la ingrata y enfadosa
sierva ha de ser comparada
con la por extremo amada
singular Hija y Esposa.

¿Quién no ve que juzga mal,
si por un mismo sendero
lleva al milano ratero
con el águila caudal?

¿Qué igualdad sería ésta,
tan injusta y desmedida,
la cambronera abatida
con el cedro o palma enhiesta?

¿La fuente de agua que corre,
con la estante y enfermiza,
o la caña movediza
con la ebúrnea y firme torre?

¿Quién, si no de seso falto,
medirá con un compás
los antros de Satanás
y el Templo de Dios muy alto?

¿Ni quién el panal de miel
con la hiel compararía,
ni la desgraciada Lía
con la hermosa Raquel?

¿Quién el paraíso santo
de deleites comparalle

osaría con el valle
de lágrimas y de llanto?

¿O quién la zarza, que al suelo
tuerce el paso comenzado,
con el ciprés levantado,
que sube derecho al cielo?

¿Quién la muy dulce vianda
con la hiel de los dragones,
ni el bramar de los leones
con la voz suave y blanda?

¿Quién el estiércol podrido,
ni el cuerpo inerte medroso,
con el bálsamo oloroso
y cinamomo florido?

¿Ni el peligroso desierto,
de abrojos y sierpes lleno,
con el huerto muy ameno,
de flor y fruta cubierto?

Madre del inmenso Dios,
¿quién, si todo os queda atrás,
mide a vos con los demás?
¿Quién a los demás con vos?

¿Qué fuerza, qué persuasión
habían de ser bastantes
para juzgar semejantes
vuestra y nuestra concepción?

Pues sola a vos importaba
principio más generoso,
por alteza del Esposo
divino que os esperaba.

El cual, como se encendía
de amor de tan milagrosa
beldad: *toda eras hermosa,*
amiga mía, decía.

Toda hermosa os llama allí,
porque nunca os afeó
la culpa, y así añadió:
Ninguna mancha hay en ti.

Porque en vos, Virgen Real,
ninguna culpa fué hallada,
ni adquirida, ni heredada,
ni actual, ni original.

Que a ser en algo viciosa
vuestra concepción sagrada,

no fuérades de él llamada
toda limpia y toda hermosa.

Toda y del todo perfecta
sois, pues, Señora, de modo
que siendo perfecta en todo,
en nada sois imperfecta.

Esto, ¿quién lo negaría,
cuando vuestro Esposo santo
por excelencia en su canto
os llama *perfecta mía?*

Por donde os llamamos bien,
¡oh Virgen maravillosa!,
toda en el cuerpo hermosa,
toda en el alma también.

Toda en toda perfección
de pureza y de beldad,
toda en la natividad
y toda en la concepción.

Con aquesta fe sincera,
Virgen, vivo y moriré,
rogando en la misma fe
que todo hombre viva y muera.

Y con esto el hilo añudo,
porque en el silencio creo
podrá acabar el deseo
lo que la lengua no pudo [1].

A LA INMACULADA CONCEPCION

Bartolomé Carrasco de Figueroa

Canónigo de Las Palmas (siglo XVI)

Cristianas almas, puras y hermosas,
de la Reina del cielo enamoradas,
que en celebrar sus fiestas milagrosas
andáis entretenidas y ocupadas;
dando de mano a las terrenas cosas,
que impiden el seguir tras sus pisadas,
venid a oír un canto do se canta
su concepción inmaculada y santa.

Y vos, virgínea flor, que concebida
por privilegio del que pudo y quiso,

1 *Libro de poesía cristiana, moral y divina* (Toledo 1590).

concebisteis después fruto de vida,
que nos abrió el cerrado paraíso;
para que no se pierda de atrevida
o falte de cobarde, dadle aviso
a mi cansada pluma, con que vuele
en este canto más de lo que suele.

Dios de la estéril tierra sacó el oro,
sacó del mar las perlas orientales,
la nieve de las cumbres, y el tesoro
de esmeraldas, rubíes y corales;
lo más cendrado del etéreo coro,
y de los cercos cuatro elementales;
lo fino de la rosa y otras flores,
y del arco del cielo las colores.

De aquestas y otras más preciadas cosas,
que al ingenio mortal se van de vuelo,
con sus manos eternas poderosas
la Reina fabricó del sumo cielo:
y sobre las ideas más hermosas,
que en su divino pecho están sin velo,
fué vista de los ángeles y amada,
aunque desde *ab initio* fué criada.

Crióle un alma peregrina y bella,
y con rara belleza y nueva gala
cuantas virtudes hay dispuso en ella,
do cada cual se extrema y se señala:
dióle tan clara luz, que no hay estrella...
¿Qué digo estrella? El mismo sol no iguala
a la divina lumbre, que atesora
esta del cielo soberana Aurora [1].

A LA INMACULADA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA

Tomás de la Vega

Poeta sevillano (siglo XVII)

A una imagen de la Virgen
que estaba en una pared,
esto le dijo un devoto,
postrado a sus santos pies:

Un ángel de culpa libre
quisiera, Señora, ser

[1] *Templo militante,* 4.ª p. (Lisboa 1602).

para decir de la gracia
la plenitud que tenéis.

De Adán el primer pecado
no vino en vos a caer;
que quiso Dios preservaros
limpia como para El.

De vos el Verbo divino
recibió el humano ser;
que para vuestra limpieza
bastante probanza es.

La carne por el pecado
corrupción vino a tener,
y la vuestra, siempre Virgen,
incorruptible se ve.

Condenó a dolores graves
en el parto a la mujer,
y vos Fénix sola fuistes
libre de dolor en él.

Pues quien todas estas leyes
pudo alterar y poner,
¿quién duda de que os librase
de muerte, divina Ester?

Decir que pudo y no quiso
parece cosa crüel,
y puesto que Dios lo fuera,
con vos no lo había de ser.

Demás que si bien fué gracia,
gracia con justicia fué;
que título tiene della
lo mucho que merecéis.

Que honrar el Hijo a la Madre
derecho divino es:
luego la misma justicia
pudo obligarlo también.

Dios es justicia suprema,
no hay más ley que su querer;
todo cuanto quiere puede,
y esto quiso y pudo hacer [1].

[1] *Discurso en albanza de la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios y Señora Nuestra* (Sevilla 1616)

A LA PURISIMA CONCEPCION

Bartolomé L. de Argensola

Presbítero (siglo XVII)

A todos los espíritus amantes,
que en círculo de luz inaccesible
forman anfiteatros celestiales,
dijo el Padre común, ya no terrible
vibrando rayos vengativos, antes
con manso aspecto, grato a los mortales:
Ya es tiempo de admitir a los umbrales
del reino eterno los del bajo mundo:
que su gemido y su miseria vence;
y porque la gran obra se comience,
muestre la Idea del saber profundo
su concepto fecundo,
la preservada Esposa; que en saliendo,
el pacífico cetro de oro extiendo.

Con general aplauso el universo
se disponga a su próspera mudanza;
el Líbano sus cumbres aperciba
para el cedro gentil, nueva esperanza,
que por mis manos fabricado y terso,
arca ha de ser incorruptible y viva;
en santos resplandores se conciba,
aunque de humanos padres, que el rocío
al vellocino místico dos veces
fiel, que pidió el más fuerte de los jueces,
más abundante la tercera envío;
y otra el Caudillo mío
vea la zarza ardiendo y que las llamas
guarden fe a la verdura de sus ramas.

Que todo ha de ser luz, todo pureza:
instante de tiniebla, instante de ira
no le ha de haber en mi divina Esposa.
Para ella el mar sus ímpetus retira,
el mar común de la Naturaleza
en forma de muralla prodigiosa.
Sigue el orden del tiempo; mas reposa
desde la eternidad en estos techos,
por donde, sin que cosa se lo estorbe,
discurre por las fábricas del orbe;
su trabazón y vínculos estrechos,
con que por mí están hechos,

considera y entiende, y en sus cumbres
asiste, y se corona de sus lumbres.

Tal conviene que sea el trono augusto
que ha de ocupar el Vencedor eterno.
La púrpura real de que se viste,
armas que han de poner yugo al infierno,
encadenando al posesor injusto,
no participen del origen triste.
Dijo: y el serafín puro que asiste
a la altísima silla más vecino,
despide alegre músicos acentos;
responden luego voces e instrumentos,
suena todo el palacio cristalino;
el júbilo divino
pasó al limbo, y al fin se parecía
que la Naturaleza se reía.

Vióse por las regiones altas luego
mover las plumas cándidas luciente,
descendiendo a la tierra, el Angel Santo;
como tal vez exhalación ardiente
dejando surcos rápidos de fuego,
a los ojos humanos pone espanto,
y con divino (aunque corpóreo) manto
al uno y otro estéril se presenta
progenitores tuyos, Virgen Madre,
y el gran decreto del Eterno Padre
(venerándolos ya por ti) les cuenta.
Así de culpa exenta
viniste al mundo, Hija de tu Hijo,
del designio de Dios término fijo.

Pero ya es bien que de la nube obscura
de alabanzas mortales
saques, ¡oh Sol divino!, tu luz pura;
y a nuestro estilo y versos desiguales
(sombra que se le opuso)
sacro silencio y éxtasis suceda,
que del discurso suspendiendo el uso
levante el alma a la tercera rueda [1].

1 *Rimas* (Zaragoza 1634), p. 365.

A LA INMACULADA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA

Francisco de Borja y Aragón

Príncipe de Esquilache (1581-1658)

Reina y Madre, Virgen pura,
que sol y cielos pisáis,
a vos sola no alcanzó
la triste herencia de Adán.

¿Cómo en vos, Reina de todos,
si llena de gracia estáis
pudo caber igual parte
de la culpa original?

De toda mancha estáis libre:
¿y quién pudo imaginar
que vino a faltar la gracia
adonde la gracia está?

Si los hijos de sus padres
toman el fuero en que están,
¿cómo pudo ser cautiva
quien parió la libertad?

Sois entre tantos pecheros
de vuestro mismo solar
hidalga de privilegio,
que a ninguno se dará.

Sois de Jacob estrella.
que cielo y tierra alumbráis;
¿qué obscuro vapor de culpa
pudo una estrella manchar?

Si la que en Adán fué culpa,
pena ha sido en los demás,
y nunca fuisteis deudora,
¿quién os la puede llevar?

Si con tanta diferencia
excedisteis a San Juan;
los que Dios desigualó,
¿quién los pretende igualar?

Antes del día os guardaron,
y aunque al paso natural
madruga en todos la culpa,
pero en vos la gracia más.

Una misma fuisteis siempre;
y es imposible ajustar
hija de guerra un instante,
y otro Madre de la paz [1].

A LA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA, PIDIENDO LA DEFINICION DE ESTE MISTERIO A NUESTRO SANTISIMO PADRE INOCENCIO X

ANTONIO DE SOLÍS Y RIVADENEIRA

Presbítero y cronista de Indias (1610-1686)

¡Aquí de la fe, que ya
hacia la Fe se avecina
una verdad que defienden
los que por la fe militan!
Yo no digo que es de fe,
pero no habrá quien no diga,
que una verdad tan jurada
se va haciendo fidedigna.
Antes se creyó de gracia
esta gran prerrogativa:
ya es justicia el no creer
que se jura con mentira.
¿Qué aguardas, grande Inocencio?
Mira la especiosa oliva,
de las armas de la fe,
en tu paloma benigna.
Mírala en los atributos
de María, y no permitas
rama de raíz infecta
en tan honradas divisas.
El Espíritu divino,
que con las alas camina,
del amor al beneficio
de esta inferior jerarquía,
¿tardará un instante en dar
la gracia a la gracia misma?
¿Cuánto mayor fué la hazaña
que obró en un Ave María?
Califique, pues, tu voz
esta verdad tan crecida,
pues la misma gracia a voces
pide que le hagas justicia [2].

1 *Obras en verso de don Francisco de Borja, príncipe de Esquilache* (Amberes 1654), p. 690.
2 *Poesías varias sagradas y profanas* (Madrid 1716), p. 308.

A LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA

AGUSTÍN MORETO Y CAVANA

Presbitero (1618-1669)

En el cielo se vió, de luces bellas.
una hermosa mujer de sol vestida,
y con ojos de púrpura encendida
amenazó un dragón sus blancas huellas.

Figura fué ésta tuya, que atropellas
la imagen de la luz que nos da vida,
la que sin culpa ha sido concebida
más pura que el candor de las estrellas.

Dios se llama de *dar*, y no ha pagado
menos que recibió; grandeza no era
de su poder no haberla preservado;

porque si carne en culpa Dios le diera,
cuando ella pura y santa se la ha dado,
más liberal que Dios su madre fuera [1].

A LA INMACULADA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA

FRANCISCO DE PAULA NÚÑEZ Y DÍAZ

(1766-1832)

Dios, Dios, mortales: el sagrado acento
oid, Dios... todo el orbe inmenso clama.
Aun el astro luciente
no ilustra los palacios del Oriente,
y ya la alma natura
en montes, prados, esplendor derrama.
No sé qué sentimiento
el céfiro dulcísimo murmura;
al alto Olimpo nueva luz decora;
las aves, engañadas, sus loores
tributan a la aurora,
y despliegan sus hojas ya las flores.

Del alcázar celeste el ancho velo
se rasga; ¡dulce encanto! El eminente

[1] *La gran Casa de Austria*, autos sacramentales, en Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, t. 58, p. 555.

solio del Ser inmenso
descubro; la mansión que con intenso
y eterno esplendor brilla
y los genios felices que al Potente...;
mas ¿quién con raudo vuelo
se remonta de Dios a la alta silla?
En torno ya la bóveda estrellada
resuena con suavísimas canciones:
«Es de Dios la hija amada,
es la que rompe al hombre las prisiones».

Sobre el pecho divino reclinada,
en castísimo amor toda encendida,
liba la Virgen pura
del sacro Padre la inmortal dulzura·
mientras que en gozo santo
bañado el Dios piadoso, a su elegida
abraza y la morada
celestial le tributa dulce canto.
Los montes y los cedros se inclinaron;
el aire enmudeció, y en él pendientes
las aves escucharon.
Oíd, Dios habla, venturosas gentes:

«Desciende ya, desciende al triste suelo,
hija dilecta, celestial criatura,
de la ropa luciente,
despojo de tu madre inobediente,
vístete, y sus albores
aumenten de tu rostro la luz pura.
Antes que el alto cielo,
antes que el sol con almos resplandores
los orbes ilustrase, ya mi aliento
tu preeminente ser había creado;
el vasto firmamento
contigo por mi mano fué formado.

»Triunfa, feliz, ¡oh triunfa!, y la victoria
aplaudirán los coros celestiales.
No temas; sin recelo
pisa la sierpe y burla su desvelo.
Impenetrable arcano
a su astucia, las puertas eternales
ábranse de mi gloria
y el asiento brillante el hombre, ufano,
ocupe. Sí, tu Dios, ¡oh mi elegida!,
descenderá a tu templo no violado
y nuevo ser y vida
recibirá el linaje desgraciado».

Cual de océano las aguas cristalinas
a la vista de Febo resplandecen
cuando en carro luciente
gallardo asoma por el ancho Oriente,
o cual la nube pura,
a quien sus almos rayos enriquecen
con luces peregrinas,
así la Virgen en la inmensa altura
brilla a la vista del Criador amante,
¡oh dicha! ¡Eterna dicha! Ya desciende
del trono rutilante
y el claro espacio presurosa hiende.

Sobre purpúreas nubes reclinada
y de triunfantes huestes asistida,
mil iris la ancha esfera
con su fulgor divino reverbera;
ya, ya toca la tierra.
¡Ay! Mas ¡qué horror! La puerta ennegrecida
de la infernal morada
rechina y al mortal tímido aterra;
retumba el hondo averno en mil clamores,
y entre el vapor y el humo corrompido
que arrojan sus ardores
aparece el dragón enfurecido.

Eriza las escamas fulminantes;
brama y bate sus dientes aguzados;
sus ojos bermejean
y los negros venenos azulean
en la inflada garganta;
embiste; pero, ¡ah!, sus pies, turbados,
se tuercen vacilantes;
tiembla, se esfuerza, y lánguida levanta
la cerviz; ¡vano aliento! Desmayada,
la rinde al fuerte pie que ya le oprime.
Triunfa, ¡oh Inmaculada!
Canta la tierra, y el averno gime [1].

[1] *Poetas líricos del siglo XVIII*, t. III, en Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, t. 67, p. 614.

ODA A LA INMACULADA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA

José María Blanco y Crespo

(1775-1841)

De célico placer y gozo lleno,
el pecho arrebatado
se dilata, y el fuego desusado
no cabe ya en mi seno.

Céfiro vuela en torno presuroso
de mi olvidada lira
y entre sus cuerdas plácido me inspira
el canto delicioso.

Naturaleza toda de hermosura
nueva se ve adornada
y risueña la tierra está bañada
de celestial dulzura.

Más claro el sol se muestra y resplandece
con dulces esplendores;
el prado se matiza en mil colores
y mil flores ofrece.

Corre ya el duro hielo desatado
y pierde su aspereza
la escarpada montaña; su braveza,
el león despiadado.

Pacen en uno el tigre y el cordero,
y en la débil cabaña,
seguro está el ganado, ni la saña
teme del lobo fiero.

Recoge el labrador la apetecida
espiga no sembrada
y ya la corva reja abandonada
se mira enmohecida.

Todo es placer, que ya el Omnipotente
vuelve el rostro piadoso
al mundo desdichado y amoroso
salva a la humana gente.

Excita nuestro Dios su fuerte brazo
y el instante apresura
en que en velo mortal a la criatura
se unirá en fuerte lazo.

Forma, del negro sello libertada,
la poderosa mano,
digna Madre que al Hijo soberano
dé carne inmaculada.

Gozoso el mundo en tal felice día,
ya presiente cercano
a su libertador, y el inhumano
yugo que le oprimía

sacude de su cuello lastimado;
y el opresor violento
cubre el altivo rostro, y macilento,
huye precipitado.

Libre es el universo; y las naciones
de la tierra, postradas,
celebran, de ternura arrebatadas,
las disueltas prisiones.

Rotas mira el tirano de su imperio
las pesadas cadenas
y que a sufrir va, mísero entre penas,
infame cautiverio.

Mira de Adán la prole venturosa
de nuevo ennoblecida
y en gloria de los hombres convertida
su astucia cautelosa.

Brama, y en odio vil y en ira ardiendo,
con hórrido estampido
al abismo se arroja, que el gemido
repite en sordo estruendo [1].

LA INMACULADA CONCEPCION

ALEJANDRO NIETO

Periodista montañés (1873-1930)

Orna la luna su materna planta;
la aurora sus cabellos ilumina;
su cabeza en luceros se reclina
y su trono entre soles se levanta.

Ante aquella visión mística y santa,
el ángel, con amor, la frente inclina
y al dulce son del arpa diamantina
su belleza inmortal celebra y canta.

[1] *Poetas líricos del siglo XVIII*, t. III, en Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, t. 67, p. 654.

A la vez, entre sombras abismado,
reza a la imagen, de dolor transido,
el hombre *en este valle desterrado.*

¡Quién sabe cuál acento es más oído,
si el del ángel, que canta enamorado,
o el del hombre, que llora arrepentido! [1]

A LA PURISIMA CONCEPCION

ADRIANO DEL VALLE

(Contemporáneo)

¡Qué purísima en el cielo
su pureza virginal,
pura y limpia concebida
por designio celestial!
¡Qué vislumbres de celajes!
¡Qué de azul honestidad!
¡Claridad de claridades
y por siempre claridad!
Por la intacta luz del cielo,
¡qué encendida estrella va!
¡Qué encendida está la luna!
¡Qué encendido el aire está!
¡Cuán lejana está la tierra!
¡Cuán lejano y hondo el mar!
Si algo vuela, no son pájaros,
que es un vuelo angelical;
la mitad, vuelo de nubes,
de querubes la mitad.

¡Cuánta estrella todavía
trae la corte celestial!
Por las nubes, por los aires,
¡cuánta bella potestad!
¡Cuántos serafines vuelan!
¡Cuánto volar por volar!

Angeles suben y bajan,
unos vienen y otros van,
injertando en rosas místicas
los rosales de Judá.
Pura y limpia está María,
sin pecado original,
como en parto de azucenas
o de flores de azahar.

[1] *Cumbres y mares* (Santander 1933).

Nació el Verbo de su vientre
con azul diafanidad,
sin romperlo ni mancharlo,
como el sol por el cristal.
La serpiente, desterrada,
en un clima azul está,
grato al cuervo que a San Pablo
por el aire llevó el pan.
Sueña el ciervo con María,
sueña el buey en el portal
y las astas se convierten
en las ramas de un rosal.
Con María un sueño bíblico
tiene Job, y al despertar,
ve que en lirios y azucenas
le florece el muladar.
Sueña el pez, sueña Tobías,
¡sueña todo el santoral! [1]

SALMO DE LAS CAMPANAS EN LA MAÑANA DEL DIA DE LA PURISIMA

JOSÉ MARÍA PEMÁN

Abogado (contemporáneo)

Tota pulchra est amica mea
(Cant. 4, 7)

Huele a yerba mojada el soplo vivo
con que acaricia el majadal el viento.
Está naciendo el día. Es el momento
de la sana alegría sin motivo
de la inocencia y la niñez...
Parece
que, al asomarse el alba enrojecida,
por la cumbre, entre nieblas escondida,
la tierra se espereza, y se estremece
en sus entrañas húmedas la vida...

En la hondonada llana,
donde se acuesta el pueblo entre praderas,
en la gracia infantil de la mañana,
se alza el claro sonar de una campana
como un bando de alondras mañaneras...

Pasa un instante. En los azules montes
otra aldehuela plácida y lejana,

[1] Romance escrito expresamente para esta edición.

perdida entre nublados horizontes,
responde como un eco. Más cercana
se escucha otra en el prado; y lentamente
otra y otra después...

Y sus rumores,
como un salmo de glorias y de amores,
se elevan por los cielos, juntamente
con el cándido aroma de las flores,
y el sonar del arroyo y los vapores
de la tierra, empapada de relente.

Como una dulce y clara melodía
el rumor de los bronces se levanta...
Todo el espacio canta
el salmo jubiloso del gran día...

I. Conjúroos, prados, montes, valles, fuentes,
espigas, hojas, flores,
pajarillos cantores,
arroyuelos corrientes,
que cantéis al amor de mis amores.

II. ¡Oh Madre!, cual ninguna inmaculada,
limpia, blanca y hermosa cual ninguna...
¡Revestida de luna,
de estrellas coronada!

III. A tus pies está el orbe, que te adora
cual paje que a los pies de su Señora
la cantara esperando una sonrisa;
sus manos son los soplos de la brisa;
su cítara, los rayos de la aurora...

IV. En ti, la gracia del Señor. Rendida
su mirada, de luces se reviste.
Entre las hijas de Israel, tú fuiste,
como zarza entre espinas, escogida.

V. ¡Quién, por cantar, Señora,
tu frente limpia y clara,
su cítara engarzara
con rayos de la aurora!

VI. Capullos son de rosas y botones
tus dulces labios, cual la aurora, bellos:
nieve es tu rostro y cándidos vellones
de cabras de Galaad son tus cabellos.

VII. Tus ojos, luz de aurora
sobre el desierto frío.
Tu mirada, rocío
sobre la dura arcilla pecadora.

VIII. No es más hermosa el alba cuando asoma
por los montes floridos. Ni más pura
la tímida paloma
que anida en la espesura.

IX. Toda tú como flores
en medio de los prados.
Y el Espíritu en ti, cual los colores
en el rayo de sol.

X. Entrelazados.
en tus carnes de flores virginales,
Dios y la arcilla en ti: Como pardales
en un tronco anidados.

XI. Inmaculada siempre y siempre pura,
diste ser, de tus carnes, al Bien mío.
Así, en la blanca altura,
la limpia nieve se convierte en río,
sin perder su limpieza y su blancura.

XII. La carne de Dios llena
que redimió la tierra pecadora
atravesó, Señora,
tu carne de azucena,
como el cristal el rayo de la aurora.

XIII. En ti el alma se ampara.
A ti endereza el alma su carrera.
Así la corza tímida y ligera
hacia la fuente clara.

XIV. Limpia, Madre, los cuerpos pecadores,
como limpian las aguas del riachuelo
los guijarros del suelo
cuando van, entre jaras y entre flores,
cantando paz y reflejando cielo.

XV. ¿Qué alma a llegar se atreve
hasta ti, si, cual tú, no es blanca y pura?
Sólo el aire y la luz, sobre la altura,
pueden tocar los ampos de la nieve.

XVI. ¡Ay, Madre, si escucharas
las quejas que exhalamos!
¿En qué flores o jaras
escondiste la fuente que buscamos?

XVII. ¡Cantad, cantad, amores,
hojas del olivar, fuentes del prado!
Que un ángel en las nubes ha cantado
con místicos fervores:

¡Alégrate, Israel, porque es llegado
el día de los hombres deseado
y el rosal de David ha dado flores!
....
Por los aires, preñados de alegría,
el son de las campanas se ha perdido.
Hasta el cielo ha subido
la clara melodía;
y el arcángel allí se la ha ofrecido,
cual cestillo de flores, a María.

Huele el ambiente al búcaro y a flores;
en las veredas, blancas y tranquilas,
hay confusos rumores
de voces de pastores
y repicar de esquilas...
A lo lejos rechina
por la angosta cañada una carreta...
La atmósfera calina
tiene una calma dulce y bienhechora.

En la aldehuela blanca y soñadora
se alza una erguida torrecilla quieta,
recortando su cruz y su veleta
sobre el incendio rojo de la aurora [1].

LA NATIVIDAD DE MARIA

LOPE DE VEGA

Romance

Si en brazos de Dios nacéis,
¿quién sois, niña soberana,
que para casa tan pobre
parecéis muy rica Infanta?
Tres veces catorce dicen
los deudos de vuestra casa
que son las generaciones
de vuestra sangre preclara.
La primera es de profetas
y divinos patriarcas,
desde Abraham a David,
de quien seréis torre y arpa.
De reyes es la segunda,
desde David a que salgan

[1] *Poesías*, «Obras completas», t. 1 (Madrid 1947), p. 831.

de Babilonia a Sión
y vuelvan a honrar el arca.
Desde este tiempo hasta el día
en que Cristo de vos nazca,
otra que es de sacerdotes,
de quien vos seréis la vara.
Torre y arca y vara sois
en tan ilustre prosapia,
supuesto que para esposo
un carpintero os señalan.
Debe de ser que Dios quiere
que hecha carne su palabra,
viva en casa donde vea
labrar maderos y tablas.
O porque, si sois, Señora,
arca en que el mundo se salva,
como divino escultor
os halle el hombre en su casa.
Cielos y tierra se alegran
cuando nacéis, Virgen santa.
Por su Hija, el Padre Eterno,
por quien se goza y se agrada;
el Hijo, viendo a su Madre
tan buena, que de llamarla
su madre no se desprecie,
ni de entrar en sus entrañas;
el Espíritu divino,
de ver la Esposa que ama,
de suerte que ya comienza
a cubrirla con sus alas;
los ángeles por su Reina,
los cielos por su luz clara,
el sol por su hermosa frente,
y la luna por sus plantas.
Los hombres por su remedio,
porque hasta vuestra mañana
no podía el sol salir
y en oscura noche estaban.
Según esto, vos nacéis
para ser vara en las aguas,
torre fuerte en los peligros,
y en el diluvio arco y arca.
Pues vengáis a vuestra aldea,
María, llena de gracia,
muchas veces en buen hora,
día que nacéis con tantas.
Conoced vuestros pastores,
que todos os dan las almas,

mientras os da el cielo estrellas,
para mantillas y fajas.

Villancicos

Canten hoy, pues nacéis vos,
los ángeles, gran Señora,
y ensáyense desde ahora,
para cuando nazca Dios.

Canten hoy, pues a ver vienen
nacida su Reina bella,
que el fruto que esperan della
es por quien la gracia tienen.

Digan, Señora, de vos,
que habéis de ser su Señora,
y ensáyense desde ahora,
para cuando nazca Dios.

Pues de aquí a catorce años,
que en hora buena cumpláis,
verán el bien que nos dais,
remedio de tantos daños.

Canten y digan por vos
que desde hoy tienen Señora,
y ensáyense desde ahora,
para cuando nazca Dios.

* * *

Nace el Alba María
y el sol tras ella,
desterrando la noche
de nuestras penas.

Nace el alba clara,
la noche pisa,
del cielo la risa
su paz declara;
el tiempo se para
por sólo vella,
desterrando la noche
de nuestras penas.

Para ser Señora
del cielo, levanta
esta niña santa
su luz como Aurora:

él canta, ella llora
divinas perlas,
desterrando la noche
de nuestras penas.

Aquella luz pura
del sol procede,
porque cuanto puede,
le da hermosura:
el Alba asegura
que viene cerca,
desterrando la noche
de nuestras penas.

* * *

Hoy nace una clara estrella
tan divina y celestial,
que con ser estrella es tal,
que el mismo sol nace della.

De Ana y de Joaquín, oriente
de aquesta estrella divina,
sale su luz clara y dina
de ser pura eternamente:
el Alba más clara y bella
no le puede ser igual,
que con ser estrella es tal,
que el mismo sol nace della.

No le iguala lumbre alguna
de cuantas bordan el cielo,
porque es el humilde suelo
de sus pies la blanca luna:
nace en el suelo tan bella
y con luz tan celestial,
que con ser estrella es tal,
que el mismo sol nace della.

* * *

Hoy Ana parió a María,
y anoche se vió arrebol,
sin duda tendremos sol,
pues amanece tal día.

Arreboles de esperanzas
ayer vió en el cielo el suelo,
y hoy sale el Alba del cielo
con rayos de confianzas,

pues siendo el Alba María
y Ana el divino arrebol,
no puede tardar el sol,
estando tan claro el día.

Pues nace el Alba tan bella,
¿quién dudará que el sol salga
de una Virgen tan hidalga,
de una madre tan doncella?
Venga en buena hora MARÍA,
llueva perlas su arrebol,
porque salga luego el sol
en los brazos de tal día.

* * *

Despierta, Gil. ¿Es de día?
El Alba ha salido ya:
Buenos días, claro está,
pues ha nacido María.

De la tierra te levanta,
mira que sale el Aurora,
que el cielo y la tierra dora
con su pura y virgen planta.
¿No despiertas? Ya querría,
mira la luz que te da:
Buenos días, claro está,
pues ha nacido María.

Huye la noche cruel
del pecado temerosa
la luz desta niña hermosa,
que hoy nace al mundo sin él;
recuerda, pues: ¡qué porfía!
¿Pues hay luz? Vístete ya:
Buenos días, claro está,
pues ha nacido María.

Está diciendo su lumbre
que el sol que los hombres salva
ha de venir tras el Alba
por aquella misma cumbre,
¿y duermes tú? A ver el día:
mírale en sus ojos ya:
Buenos días, claro está,
pues ha nacido María [1].

[1] *Pastores de Belén,* ed. Sancha, t. 16, pp. 26 a 31.

PRESENTACION DE MARIA EN EL TEMPLO

Diego de Oseguera

Caballero de Dueñas (siglo XVI)

¡Oh, quién pudiera ver allí a Santa Ana
regalar a su hija muy preciosa,
tan llena de alegría y tan ufana,
a sus pechos aquella tierna rosa,
que había de ser reina soberana
en la ciudad de Dios, siempre gloriosa!
¡Quién viera al buen Joaquín, santo precioso,
su padre, tan alegre y tan gozoso!

Dichosos padres, a quien tal consuelo
para tan gran tristeza fué guardado;
dichosos padres, que en aqueste suelo
la Virgen del Señor han procreado,
y muy dichosa Virgen, cuyo vuelo
tan cerca del señor Dios ha llegado
que por gracia de recibir fué dina
en su vientre a la Majestad divina.

Contempla cómo, habiendo los tres años,
la Virgen, que a nosotros nos fué dada,
para remedio a nuestros grandes daños,
por sus padres fué al templo presentada,
y que nunca al Señor de sus rebaños
hasta allí tal ofrenda le fué dada,
ni en el templo jamás fué recibida
como ésta, que nos dió fruto de vida.

Dejo aparte la ofrenda que al Señor
hizo esta Virgen santa del Cordero
que ella había parido sin dolor
y después se ofreció en el madero,
porque él abrió la puerta al pecador
para subir al Padre verdadero,
y la carne que entonces padeció
de esta Virgen pura la tomó.

Contempla que hecha la presentación
al señor Dios, que le era prometida,
de aquella Virgen santa de Sión,
oró la Virgen muy esclarecida,
y fué de tan gran fuerza su oración
que la fué dada gracia muy cumplida
y en los retraimientos encerrada
del templo se quedó muy consolada.

Y que viendo sus padres ya cumplido
lo que tanto tenían deseado,
pues el fruto que habían recibido
del Señor se le habían presentado,
su santo nombre habían engrandecido,
porque tan alto don les había dado,
como fué aquella Virgen soberana,
en quien tomó el Señor la carne humana.

Y que con alegría en Dios fundada
darían a su hija bendición,
y la tomó la Virgen humillada,
porque era cumbre en toda perfección,
de espíritu divino así alumbrada,
que daba a todos grande admiración
su palabra discreta tan suave,
como quien del saber tenía la llave.

Y que siendo los bienaventurados
de su preciosa hija despedidos,
a su casa se fueron consolados
en verse del señor Dios escogidos
para ver sus parientes tan amados
y tanto de su mano engrandecidos,
que de su hija, la Virgen excelente,
nacería Dios humano entre las gentes.

Llegados con consuelo tan divino
al lugar do tenían su morada,
ejercitando el bien obrar contino
de su antigua virtud acostumbrada,
dió el Señor a Joaquín breve camino
para dejar la vida trabajada:
partiendo de esta vida miserable,
durmió en el señor Dios admirable.

Durmió en el Señor el escogido
varón, dejando en gran pena inhumana
aquella de quien tanto fué querido,
bendita y preciosísima Santa Ana,
la cual, cuando su cuerpo sepelido
hubo en la tierra fría, humilde y llana,
para consuelo a tan grave dolor
se fué con su hija al templo del Señor [1].

[1] Libro intitulado *Estaciones del cristiano* (Valladolid 1580), p. 87.

DESPOSORIOS DE SAN JOSE Y NUESTRA SEÑORA

JUAN DE SALINAS Y CASTRO

(Siglo XVII)

Pues José y María
para en uno son,
tañan, canten y bailen,
canten y bailen los ángeles hoy.
Pues el santo esposo
la mano alcanzó
de quien de la suya
tendrá siempre a Dios.
Y con prueba igual
de un mismo amor,
en casto himeneo
vivirán los dos.
De Dios era Esposa,
y por gran favor,
para ser su Hijo,
a José la dió.
Canten y bailen los ángeles hoy.
Dos bellas lumbreras,
cuyos rayos son
más claros y hermosos
que la luz mayor;
pues se alegra el mundo,
con justa razón,
de ella virgen Alba
y de él virgen Sol,
dos mil parabienes
a los cielos doy,
vírgenes entrambos,
santa conjunción.
Canten y bailen los ángeles hoy.
Porque no la tuvo
después que crió
Dios el par primero,
a quien perdió un no.
Vínculo dichoso,
en quien se halló
del Hijo hacienda,
del Padre honor.
Palomas que al cielo,
en vuelo veloz,

las remonta y sube
la casta intención.
Canten y bailen los ángeles hoy[1].

DESPOSORIOS DE MARIA Y JOSE

JOAQUÍN NAVARRO, S. I.

(Siglo XVII)

La Princesa divina
trece años y medio ya contaba,
recreo de las flores que pisaba,
la Flor de la hermosura peregrina.
Que tome esposo el cielo determina
y que salga del Templo,
para ser vivo ejemplo
de toda perfección, la que en sí encierra
cuanto bueno se admira en cielo y tierra.

Un hermoso portento
quiso Dios señalase al venturoso
mancebo destinado para esposo
del celeste animado firmamento.
Flores de luz, florido lucimiento
de los troncos reales,
daban claras señales
de dar por una vara, flor y estrella,
vida al mundo, y a Dios descanso en ella.

Juntos, pues, los varones
de la estirpe davídica luciente,
cantó en José la vara floreciente
las dichas, los trofeos y blasones.
Mostró el cielo en su flor las perfecciones
del mancebo escogido
para tronco lucido
del sol y que impidiese con fortuna
presunción de menguantes en su luna.

Da, pues, José la mano
a la Esposa del Rey omnipotente,
la que se desposó primeramente
en el empíreo con su Soberano.
Puedes quedar gloriosamente vano
del fruto de tus flores,

[1] *Poesías del Doctor Salinas, natural de Sevilla,* publicadas por el original preparado para darlas a la imprenta en 1646. Sociedad de Bibliófilos Andaluces (Sevilla 1869), t. II.

y en los castos amores
de la que es Madre del Amor hermoso,
desde hoy serás el más feliz esposo [1].

DESPOSORIOS DE MARIA Y AUSENCIA DE JOSE

ANTONIO DE ESCOBAR, S. I.

(Siglo XVII)

Sale con ropa honesta, simple, llana,
cual la graciosa Ester, cuya hermosura
no admite adorno o compostura vana,
cuando al airado rey hablar procura:
y así le dice Dios: Esposa hermana,
es gargantilla tu garganta pura,
pues tu garganta sola está más bella
que si colgara gargantilla de ella.

Mira José el rostro de su esposa;
de ver tal majestad queda turbado;
también le mira la doncella hermosa,
como a quien ha de ser su esposo amado,
y el rostro bello de purpúrea rosa
en hojas de clavel quedó trocado,
porque en su nácar a verter comienza
rojo carmín la virginal vergüenza.

El sagrado ministro que asistía
al desposorio, humildemente llega,
y tomando la mano de María,
a la dichosa de José la entrega:
como el padre de Sara cuando hacía
las bodas con el Justo, que sosiega
el llanto de los mozos que murieron
y en ataúd al tálamo volvieron.

El sentido del nuevo esposo calma,
rindiéndose al poder de tanta gloria,
toma la mano, en cuya hermosa palma
halla de paz su triunfo y su victoria:
toma la mano que le roba el alma,
entendimiento, voluntad, memoria;
toma la mano, por quien da de mano
al suelo, y gana el cielo por la mano.

Toma la mano, en cuyos dedos halla
el punto, en cuya música excelente

1 *La hermosura sin lunar* (Madrid 1762), p. 42.

se pone el Verbo, que en la tierra calla
y en el cielo se escucha eternamente·
toma la mano, tiembla de tocalla,
quiere besarla, no se lo consiente;
viendo que salen sus intentos vanos,
está tomando el cielo con las manos.

El sacerdote dice: ¡Oh regia planta
de David descendiente! Escucha atento:
sabe que el alto cielo te levanta
a excelsa cumbre, a soberano asiento:
que esa doncella, cuyas glorias canta
el mundo todo en concertado acento,
te puede levantar a tal fortuna,
que no se subordine a varia luna.

Hoy te entregamos esta rica prenda;
consérvala, varón esclarecido,
sin que su afecto virginal se ofenda,
pues al cielo sus flores ha ofrecido:
Dios su querida Esposa te encomienda
como a hermano, si bien eres marido;
y es bien que al mismo Dios se restituya
como tu hermana y como esposa suya.

Voto de castidad perpetua ha hecho;
su pureza está al cielo consagrada;
hoy te la entrega Dios con lazo estrecho
para que se la tengas más guardada:
intentos son de soberano pecho,
triunfos de providencia, retirada;
de la humana razón sólo te toca
abrir los ojos y cerrar la boca.

Guarda te hacemos de la insigne puerta
de Ezequiel; a todos niega entrada;
sólo para su Rey la ten abierta,
y para los demás tenla cerrada:
de una viña de pámpanos cubierta,
que está en los campos de Engadí plantada,
guarda te hacemos, cela sus manojos,
que son muy dulces los racimos rojos.

Guarda te hacemos de este paraíso;
eres el querubín resplandeciente
que en la sellada puerta el cielo quiso
poner para que esgrima espada ardiente.
Divina guarda, mira que te aviso,
que es el árbol de vida floreciente;
cuando vieres en ella fruta nueva.
cómela, que da vida a quien la prueba.

Guarda te hacemos no del vellocino
de oro, que guarda la serpiente airada,
sino de otro vellón blanco y divino,
que del cielo al rocío da posada:
guarda te hacemos de este peregrino,
que camina a la tierra suspirada;
hasta que lleguen los dichosos días,
muéstrate Rafael de tal Tobías.

Dijo. Y José, llevando a su querida,
por las gradas se bajan. La doncella
repite: Adiós, ¡oh celestial manida!;
y deja el alma y corazón en ella:
la mano de José enriquecida,
con la que goza de su esposa bella,
del templo sale sin temor a celos,
envidiado del mundo y de los cielos [1].

LOS TEMORES DE SAN JOSE

Antonio Hurtado de Mendoza

Secretario de Felipe IV (siglos XVI-XVII)

Estando en paz toda el alma,
tan feliz, tan satisfecho,
que halló en su espíritu mismo
las regiones del sosiego,
nueva guerra la saltea,
tan nueva que el duro asedio
en la vista cupo ahora
y nunca en el pensamiento.
Señas ve que imaginadas
bastaran a ser portento;
tiembla el discurso, y la fe
todo lo prueba de esfuerzos.
La imaginación se atreve
a ser pena, a ser desvelo,
a ser cuidado, a ser duda,
mas no se atreve a ser miedo.
Celos parece el cuidado;
no lo es, que toma dellos
la parte que hace advertidos,
mas no la que hiciera necios.
Fuga o rigor aconsejan;
y siendo el fiscal severo
José, no tiene María
otro abogado en el pleito.
¡Oh crudo estado de un mal,
que es sufrirle el mayor yerro,
y el vengarle y aun creerle
fuera el mayor desacierto!
Ve la novedad, conoce
lo puro, ignora el secreto,
teme, fía, duda y halla
conformes tantos encuentros.
Siente José, y María
padece con más afecto,
cuanto es en lo amante siempre
más delgado el sentimiento.
Con fe y humildad lo calla;
con humildad, encubriendo
glorias, que aun las extrañara
su mismo merecimiento;
con fe, sabiendo que Dios
por José mira y sabiendo
que para hacer desengaños
sobra Dios y basta el tiempo.

1 *Nueva Jerusalén, María* (Madrid 1761).

Novedad en Dios parece
el tardar en los consuelos,
pues le halla el primer gemido
a las espaldas del ruego.
Y a José se los dilata
por más piedad, conociendo
que en bien padecidos males
triunfa Dios y vencen ellos.
En casa en que Dios habita,
¿quién halló desasosiegos, [da,
ni en Dios, que es fuente de vi-
bebió escondidos venenos?
Todo cabe, y no una culpa
en María, en quien, si veo
sin ejemplar lo que miro,
lo que adoro es sin ejemplo.
Concebir sin varón puede
mujer que pasa los fueros
humanos y a glorias suyas
límites señala eternos.
¿Pues cómo soy si no aman-
¿Y cómo, si a verla llego [te?
de sí misma defendida,
yo de mí no la defiendo?
Tal borrasca en los sentidos,
duramente obedeciendo,
mil tempestades un alma,
un dolor muchos imperios,
pasaba el gran Varón, cuan-
del afán rendido al peso, [do
con el falso lo dormido
engañaba a lo despierto,
celestial luz, que respira
calmas en los ya serenos
mares de aquel más divino,
turbado animoso pecho,
Hijo de David, no temas,
le dice. ¡Oh cuántos estrechos
el valor navegaría,
pues le acordó tanto abuelo!
Que no está celoso intenta
mostrarle: ¡oh grande argu-
[mento!
Despertóle, y pues dormía,
ya se ve que no eran celos.
José, a lo que a tus dudas
les cuesta un desasosiego,
debe el cielo adoraciones,
asombros paga el infierno.
Este imposible edificio
es de artífice supremo
fábrica y piedra, que es sola
de la Iglesia el fundamento.
El material santo y puro
tu consorte fué, poniendo
Dios lo poderoso y sabio,
y María lo perfecto. [yo
Obra es de Dios, Hijo es su-
lo que ignoras, que primero
en palabras lo engendraron
tantos siglos a sus pechos.
Jesús (¡qué glorioso nombre!)
le llamarás; será el medio
de abrir los cielos, a sola
tan alta esperanza abiertos.
La salud será del mundo,
y al remedio desatentos
más enfermarán los malos,
siendo vida a todo enfermo [1].

LA ANUNCIACION

Fray Íñigo de Mendoza

Franciscano (escribía en 1480)

Un ángel falso, roncero,
con voz y cara fingida,
príncipe muy verdadero,
nos fué comienzo primero
de toda nuestra caída
cuando a nuestra madre Eva

[1] *Obras líricas y cómicas* (Madrid 1728), p. 19.

engañó con la manzana.
Dan de aquesto cierta prueba
los diez mil males que lleva
a cuestas natura humana
sin jamás poder ser sana.

Mas divinal compasión
proveyó tan justo medio,
que de mesma invención
él levó su pugnición,
nosotros nuestro remedio,
ofreciéndonos delante,
enviando desde arriba
otro ángel para que cante,
otra virgen que se espante
y tan gran placer reciba,
que consienta y que conciba.

Así que la redención
del humano perdimiento
en una dulce canción
que llaman salutación
escomenzó su cimiento,
porque podiendo ofrecer
en peso de justo fiel
a mujer contra mujer,
contra el ángel Lucifer
el arcángel Gabriel,
vaya todo por nivel.

Seyendo ansí principiado,
príncipe muy principal,
el bien con que fué sanado
cuanto mal hizo el pecado
en el linaje humanal,
es por cierto gran razón
que por esta misma vía
no sólo nuestro sermón,
mas cualquier operación,
ponga delante por guía
la voz del Ave María:

—Sagrada Virgen preciosa,
Dios te salve, templo suyo,
¡oh Virgen maravillosa!,
en cuyo vientre reposa
el hijo de Dios y tuyo.
¡Oh dulzor de los dulzores!,
¿cuál profeta será digno
de recontar tus loores,
pues te requirió de amores
el sacro Verbo divino
con el ángel que a ti vino?

Con razón te llaman llena
de la gracia de Dios Padre,
pues mereciste por buena
no sólo parto sin pena,
más aún, ser virgen y madre.
¡Oh bendita y tan bendita
sobre todas las mujeres,
que por tu causa fué quita
nuestra mancilla infinita,
y más, Señora, nos eres
causa de eternos placeres!

Y fué tu fruto Jesús
de tan alta perfección,
que la su divina luz
con su vida, con su cruz,
a todos dió salvación.
Y tú, su madre sagrada,
del universo Señora,
quedaste por abogada,
para que nos fuese dada
su gracia, por quien agora
te pongo por rogadora [1].

[1] *Introducción a la Ave María*, en «Sermón sobre unas palabras de San Mateo que dicen: *Iugum meum suave est*», etc., N. B. A, E., t. 19, p. 53.

LA SALUTACION ANGELICA

[Atribuída a] FR. HERNANDO DE TALAVERA

(Siglo xv)

Invocación a la Virgen

¡Oh suma de nuestros bienes
y de todos nuestros males
fin y quito!
¡Oh Virgen, que, virgen, tie- [nes
apretado ya en pañales
a tu Hijo, Dios, chiquito!
¡Oh nuestra torre más alta,
donde la gracia y verdad
nunca mengua!,
pues sabéis cuánto me falta,
vos, Señora, me la dad,
con que os alabe mi lengua.

Ave

¡Oh, disculpa original,
donde la gracia se estrena!
Dios te salve;
pues te hizo toda tal,
tan del todo toda buena,
que ningún mal no te malve.
Dios te salve; de dolor
nunca cubra el rostro tuyo
triste velo;
el divino resplandor
a ti hizo centro suyo
para mirar desde el cielo.

Maria

¡Oh mar amarga, salada,
cuya sal saló la carne
corrompida,
cuya mirra aheleada
no sufre que se descarne
la carne convalecida!
¡Oh mar, nunca peligrosa
sino a quien no se te acerca,
de cobarde!
¡Oh medicina famosa,
la salud del que te merca
no puede ser que se tarde!

Gratia

Que tus gracias y donaires
sanan la rabia muy fiera
del pecado
con aquellos frescos aires
que corren por tu ribera
y reposan en tu vado.
Lustre de las gracias todas
es el sonido jocundo
de tu voz,
que contrajo tales bodas,
que te dan lugar segundo
en el palacio de Dios.

Plena

Donde pariste sin pena,
sin dolor y sin presura,
mal ni daño;
porque fuiste, Virgen, llena,
recibiéndolo natura
por injuria y por engaño;
llena de la inmensidad
de aquel Dios inmensurable,
Dios de Dios;
llena de sonoridad
del Verbo eterno inefable,
de quien fué San Juan la voz.

Dominus

Aquel Señor que David
ser su Señor confesó,
no de sí;
por el cual venció la lid,
por el cual solo reinó,
por él solo, y no por sí;

Señor que hace escoria
los consejos de las gentes
cuando exceden;
aquel gran Rey de la gloria,
contra quien los más potentes
menos pudieron y pueden.

Tecum

Porque sólo amor le doma,
con esta dulce porfía
llama a ti:
ven ya, ven, la mi paloma;
ven ya, ven, amiga mía;
ven ya, ven, hermana, a mi,
ven ya, ven, fuente sellada;
ven ya, ven, huerta ceñida;
ven ya, ven;
ven ya, ven, Virgen preñada;
ven ya, ven, Virgen parida,
Reina de Jerusalén.

Benedicta

Siempre bendita del Padre,
siempre del divino Amor
muy querida;
del Hijo para su Madre
por la mayor y mejor
ab aeterno prevenida;
todas las generaciones
siempre bienaventurada
te dirán;
que de los divinos dones
ni sube ni sobra nada
sobre a los que a ti se dan.

Tu

Tú la fuerza y la virtud,
tú la virtud y la gracia
de la ley;
tú la vida y la salud,
tú la sala do se espacia
la gran majestad del Rey;
tú le tienes, tú le das
a quien quieres y te place,
sin cohecho. [más,
Pues ¿qué quieres, Virgen,
que quien servicio te hace,
a Dios piensa que le ha hecho?

In mulieribus

¡Oh gloria de las mujeres!
Ya por ti el Cerbero triste
no les ladre;
porque tú la Virgen eres,
Virgen después que pariste
Hombre y Dios, tu Hijo y Pa-
¡Oh mujer toda perfecta! [dre.
¿Cómo abarcará mi voz
tu renombre?
Que es verdad, aunque secreta,
que hiciste al hombre Dios,
y a Dios hiciste hombre.

Et benedictus fructus

Glorificado y bendito,
alabado y ensalzado
siempre sea
nuestro gran Ser infinito,
de tus manos abarcado,
vestido de tu librea.
El cielo y toda su corte
gracias y gloria le den
sin medida
a este divino norte.
en el cual sólo se ven
las horas de nuestra vida.

Ventris

¡Oh tierra nunca maldita,
vientre bienaventurado
de María!
Por quien tanto mal se quita,
por quien tanto bien se ha da-
a quien tanto mal tenía. [do
Vos sois vientre consagrado,
la tierra de promisión
de Israel,
la que mana de su grado
por divina bendición
blanca leche y dulce miel.

Tui

¡Oh Virgen!, tuya es la ca-
donde Dios dobló los velos [ja
de su rima:
El licor de tu almarraja
llenos tiene ya los cielos,
y aun rebosa por encima.
Secretos del vientre tuyo,
al serafín que más sabe
más se encubren;
que del hizo nido suyo,
del corto manto que cabe,
a quien mil mundos no cubren.

Iesus

Toda carne y corazón
el sacro sacre Jesús [1]
desdeñó;
mas tu limpia concepción
al primero ¡hucho! ¡Hu!,
por las pihuelas le asió.
Con gran gana se abatió,
y se asentó sin pereza
en tu humildad;
porque le engolosinó
el cebo de tu pureza
con olor de suavidad.

Sancta

Santa nunca mancillada;
porque dende aquella luz
de eterno día
fuiste pieza señalada
para ser rico capuz,
de que Dios se vestiría;
el cual se vistió de ti
(todas las naturas hartas
de socorros),
con aquel tu carmesí,
al cual las divinas martas
se juntaron por aforros.

Maria

¡Oh mar por do navegó,
hecho Dios mercadería,
y el amor,
mercader que le trocó,
dejándote, cual solía,
por un hombre sin favor!
¡Oh mar por donde navegan
los que quieren ir al cielo!
Van sin guerra.
¡Oh mar do todos se anegan
los que toman por consuelo
desembarcar en la tierra!

Mater

¡Oh árbol, delante quien
la fruta más sana y buena
causa tos!
No demandes ya más bien,
pues todos a boca llena
te llaman Madre de Dios;
y aun cantan lo que mereces
las estrellas que llamamos
matutinas;
nuestras tierras enloqueces
con las flores de tus ramos,
que llevan frutas divinas.

Dei

[pacia,
El que en todo Dios se es-
y es la inmensidad del Padre
Su escondrijo,
te pide, Virgen de gracia,
que te plega ser su Madre,
que él desea ser tu Hijo.
¡Oh princesa soberana!
¿No basta que tal riqueza
se te entregue,
sino que con tanta gana
aquella divina Alteza
te lo mande y te lo ruegue?

[1] Metáfora que gira sobre el ave de caza llamada sacre, que se alimentaba de corazones.

Ora

Ruégale, pues te rogó,
y es tu Hijo, y tanto privas
ya con él;
nuestras almas, que formó,
queden sanas, queden vivas;
después de juzgadas dél,
no prosiga la sentencia
por el rigor de justicia,
mas pregone
misericordia y clemencia
antes que nuestra malicia
su braveza más encone.

Pro nobis

Por nosotros, que ya esta-
ahogados en dulzores [mos
de pecados;
por nosotros imploràmos
no nos dejen tus favores
al mejor tiempo olvidados;
por nosotros, que no vemos,
porque con graves delitos
nos cegamos,
que las sillas heredemos
de los ángeles malditos,
de que no se contentaron.

Peccatoribus

Esclavos de mil pecados
nos dejó hechos Adán
en sus lomos;
mas ya, por ti libertados,
del Rey a su mesa y pan
mantenidos, Virgen, somos;
esclavos de nuestras obras,
en que ya nos reveemos,
siempre malas,
si tú, Virgen, no nos cobras
gracia para que volemos
so la sombra de tus alas.

Amen

Di, Virgen, amén, amén;
y pues tanto nos amaste,
no nos dejes;
pues que nuestro sumo bien
contigo nos le acercaste,
nunca ya te nos alejes.
¡Oh tregua de nuestra paz!
Manda luego apaciguar
mis temores;
vaya yo donde tú estás,
do mejor pueda cantar,
amén, amén, tus loores [1].

LA ANUNCIACION DEL ARCANGEL GABRIEL A LA SANTISIMA VIRGEN

FRANCISCO HERNÁNDEZ

(Siglo XVI)

El tiempo deseado se llegaba,
cumplidas las antiguas profecías;
la paz, que ya Isaías predicaba,
el mundo la tenía en estos días;
y cuando el cetro de Judá faltaba,
señal de la venida del Mesías,
y los padres del Limbo con clamores
llamaban al Señor de los señores:

[1] *Antología de poetas líricos castellanos,* de Menéndez Pelayo (Madrid 1910), t. 4, p. 325.

En este tiempo el Padre omnipotente,
en quien el cielo y tierra se recrea,
envía a San Gabriel, como eminente
y diestro para el hecho que desea,
a una Virgen pura y excelente,
en Nazaret, ciudad de Galilea,
con embajada, por la cual pedía
el sí, que tanto al mundo convenía.

Aquésta es la escogida del Mesías,
Virgen y Madre, en cuerpo y alma hermosa.
Aquésta, a quien las santas profecías
publican ser la Madre generosa:
aquésta es, a quien van las preces mías,
especiosa azucena y blanca rosa:
aquésta mar tranquila y tan serena:
aquésta sola, que es de gracia llena.

ANUNCIACION

JUAN DE VALDÉS

(† 1541)

Dejando atrás el estrellado manto
el fiel Mercurio, del divino aliento
rompe las nubes, y, calmando el viento,
baja a la Virgen, que se turba en tanto.

«Salve, le dice el paraninfo santo,
¿de qué teme tu casto pensamiento,
si el propio Dios, tomando humano asiento,
encarnará en tu vientre sacrosanto?

Duda María, el cielo se suspende,
lucha la honestidad y el temor junto
viendo que al concebir falta la forma.

Mas cuando traza ser del cielo entiende,
«Hágase», dice, y en el propio punto,
el mesmo Dios en hombre se transforma [1].

[1] *Flores de poetas ilustres*, de Pedro Espinosa, l. 2, en «Poetas líricos de los siglos XVI y XVII», v. 2 (Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, vol. 42 de la colección, p. 43.)

LA ANUNCIACION

ADRIANO DEL VALLE

(Contemporáneo)

Por Judá quiebran albores
con frescor de amanecer
y a su luz ya se distingue
una rosa de un clavel.
Esto es río y esto es monte,
todo es haz y nada envés;
esto es aire y esto es agua,
para el ave y para el pez.
Dió su dátil la palmera
madurado en rosicler:
pétalos de brisa el viento
tiene, que saben a miel.
Treinta casas, treinta huertos,
treinta establos de una vez...
El país es Galilea
y el lugar es Nazaret.

Cada casa con su aljibe,
cada establo con su buey,
cada huerto con su higuera,
con su vid o su laurel.
Aquí vive un carpintero,
y es María su mujer.
La doncella es virtuosa.
Blanca, y pura, y bella es
cual paloma que en un vuelo
viene y va a Jerusalén.

La doncella fué elegida
por su esposo San José
como sombra de palmera
con una cisterna al pie.
¡Bien trabaja el carpintero,
bien trabaja San José!
Mide con varas de nardos
la fragancia de un clavel:
la exactitud de su aroma
puede calcularla él.

Cepillando la madera
sobre el banco del taller,
le florecen las virutas
y la garlopa también.
El serrín es polvo de oro
y el engrudo es hidromiel.

¿Qué revuela por el aire?
El arcángel San Gabriel
baja buscando a María
al lugar de Nazaret.
Recogió sobre sus hombros
la aljofarada embriaguez
de unas alas impacientes
que al cielo quieren volver.
¡Cómo relumbran sus alas
henchidas de un viento fiel,
alas que en la astrología
tienen su mejor cimbel!

—¿Dónde estás, que no te veo?
—Aquí estoy, San Gabriel.

Afanábase María
en doméstico quehacer;
más que en cigarra, en hormiga;
más que en cantar, en coser.

—Como estás de gracia llena,
en ti el Verbo ha de nacer;
y ha de nacer, como rosa,
en escogido vergel;
sin huellas de jardinero
seguirá tu doncellez.

La dejó el asombro muda...
Todo un rubor ella fué
sin palabras, mariposas
clavadas con alfiler...

¡Que finas venas vibraron
tras su finísima piel!
¡Arpa en manos de David
resonando en Nazaret!

Se abrió el corazón del mun-
[do
sobre el pueblo de Israel...
El Verbo bajó a María...
Volvió al cielo San Gabriel... [1]

EL CANTICO DE NUESTRA SEÑORA

PEDRO DE QUIRÓS

Religioso sevillano (1607-1667)

Al Señor engrandece
devota, ánima mía,
en quien te alegras cuando
tu salvador le miras.
Porque en su humilde Es-
ha puesto Dios la vista, [clava
las generaciones
dichosas me apellidan.
En mí obró omnipotente
hazañas nunca oídas
aquel en cuyo nombre
la santidad se cifra.
Cuyas misericordias
en las genealogías
de los que le temieron
se hallaron por divisa.
Si el brazo invicto ostenta,
ya pierde, ya derriba
con implacable enojo
la ambición presumida.

Así a los poderosos
depuso de sus sillas
y a la humildad en ellas
dió gloriosa acogida.
Dió a los que padecieron
hambre y sed de justicia
cuantas la pompa humana
ha malogrado dichas.
Su tierno pueblo amado
recibió con benigna
misericordia, siempre
en su memoria viva.
Porque a los patriarcas
prometió vencerían
en edad sus favores
a las edades mismas.
Gloria al Eterno Padre,
y al Hijo de María,
y al Espíritu Santo
siempre los cielos digan [2].

PARIDA Y DONCELLA

SEBASTIÁN DE HOROZCO

Poeta toledano (siglo XVI)

Aquella Virgen, aquella
parida y doncella.

Aquella que mereció
parir al que la crió,
esta noche le parió,

quedando, sin duda, ella
parida y doncella.

Bendita fuese la Madre
que parió a su mismo Padre,
y que a ninguna le cuadre

[1] Edición suelta de este villancico (Barcelona 1949).
[2] *Poesías divinas y humanas del P. Pedro Quirós*, Sociedad del Archivo Hispalense (Sevilla 1887).

este nombre sino a ella,
parida y doncella.

¡Oh!, qué inmensa maravilla,
que hoy el mismo Dios se hu-
[milla
de la Virgen sin mancilla
sin hacer señal ni mella,
parida y doncella.

Y pues Dios della se apea,
tota pulchra, amica mea,
macula non est in ea;
toda es limpia, linda y bella,
parida y doncella.

Ab initio preservada,
de toda culpa guardada,
en quien Dios tomó posada,
y esta noche nace della,
parida y doncella.

La que antes y después,
y en el parto Virgen es,
esta noche la verés
relumbrar como una estrella,
parida y doncella [1].

LA VIRGEN MADRE

NICOLÁS NÚÑEZ

(Siglo XV)

—Decidnos, Reina del cielo,
si sois vos
su hija y Madre de Dios.

¿Sois vos, Reina, aquella estrella
que nuestros remedios guía,
nuestra lumbre y alegría,
que parió siendo doncella?
Por cierto, vos sois aquélla,
pues que Dios
vemos que nació de vos.

—Yo soy la que mereció
ser Madre de Su Excelencia,
por reparar la dolencia
de lo que Eva perdió;
así que de mí nació
aquel Dios
que ha salvado a mí y a vos.

—Vos fuisteis nuestro consuelo,
reparo de nuestro bien;
vos, Señora, sois por quien
ganamos ahora el cielo.
Bienaventurado suelo,
pues que vos
paristeis en él a Dios.

1 *Cancionero* publicado por primera vez en Sevilla por la Sociedad de Bibliófilos Andaluces en 1874, p. 133.

—Aquel Dios que nos cobija,
por el pecado del padre,
de su sierva hizo madre,
siendo su madre su hija;
así que yo fuí vasija
en que Dios
tomó la muerte por nos.

—Vos sois bien de nuestro mal,
remedio de nuestra pena,
de toda limpieza llena,
sin pecado original,
¿quién pudo ser, Reina, tal
como vos,
Virgen y Madre de Dios?

—Yo soy la que tengo oficio
para ganaros perdón
de aquel que pasó pasión
sin culpa ni maleficio;
vuestro el pecado y judicio,
y quiso Dios
pagar la pena por vos.

—Vos sois por quien fué quitado
el poder del enemigo;
vos sois la que sois abrigo
del que está desabrigado;
por vos se quitó el pecado
de los dos
primeros qûe hizo Dios.

—El por su gran merecer,
por quitar el cautiverio,
mostró en mí tan gran misterio
por mostrar más su poder;
que quiso de mí nacer,
siendo Dios,
por poder morir por nos.

—Vos sois el templo y morada
do todo nuestro bien mora;
de tristes procuradora,
de *ante secula* criada;
a quien vino la embajada
cuando Dios
todo junto cupo en vos.

—Yo soy aquel santo templo
que El quiso santificar,
en que pudiese morar
aquel Dios en quien contemplo;

y dejónos por ejemplo,
siendo Dios,
querer ser hombre por nos.

—Vos sois nuestro bien cumplido
do nuestros bienes están,
a quien se humilló San Juan
antes que fuese nacido.
No fué San Juan el que os vido,
sino Dios,
que todo nació de vos.

—Nació porque había de ser
cumplida la profecía,
que lo que mujer perdía,
lo cobrase otra mujer:
quiso y púdolo hacer
como Dios,
y en la muerte como vos.

—Vos sois la que lo paristeis
en el pobre portalejo
y después al santo viejo
en el templo lo ofrecisteis:
y sois vos la que lo visteis
entre dos
muerto delante de vos.

—Yo soy la que lo miraba
y la que más lo sentía;
lo que a su carne dolía,
dentro de mi alma llagaba:
y en membrarme que quedaba
hombre y Dios,
aconsoléme con vos.

—Vos sois la que sois aviso
del que está desconsolado,
y al que está más apartado,
le ganáis el paraíso;
y sois vos la que Dios quiso,
siendo Dios,
tomar tal deudo con vos.

—Yo soy la que recibí
el ángel con mi consuelo,
las rodillas en el suelo,
los ojos donde nací;
y espantéme que me vi
como vos,
y verme Madre de Dios.

—Vos sois la que nos desata
del poder de Lucifer
y la que puede hacer
el lodo más que la plata;
y el pecado que nos mata
matáis vos
con peticiones a Dios.

—Yo quito vuestros pecados
con mi continuo rogar,
porque os pudiese llevar
para do fuisteis criados;
porque después de llegados,
veais vos,
que es ver la cara de Dios.

—Pues se prueba por razón
que es vuestra nuestra victoria,
llévanos aquella gloria
de nuestra contemplación;
porque con tal devoción
plega a Dios,
mostrarnos a El y a vos.

—Plega a Dios que tal os haga
cual yo quería haceros,
porque pudiese poneros
donde más os satisfaga;
mostrándoos aquella llaga
de aquel Dios
que quiso morir por nos [1].

LA VIRGEN EN BELEN

Miguel Cid

(Siglo XVII)

Tanto como de gracia fuisteis llena,
tanto gozo sentistes aquel día
que os vistes en Belén, Virgen parida;
allí se os dió sin tasa el alegría
y el Espíritu Santo abrió la vena
de vuestro inmenso gozo sin medida.
Allí vistes de carne revestida
la Alteza soberana

[1] *Poetas españoles del siglo XV*, en Nueva Biblioteca de Autores Españoles (Bailly-Baillière, Madrid).

de aquella fina grana
que en vuestro santo vientre fué tejida.
Allí pudistes ver, Virgen sagrada,
la Palabra increada,
y aquel Concepto eterno en Dios formado
salir de vuestro vientre disfrazado.
Si deseaste antes ser Esclava
de aquella que pariese al Rey del cielo,
a la más baja sierva que tuviese,
¡qué gozo sentiríais en el suelo
de veros Madre ya del que esperaba
el pueblo vuestro que lo redimiese;
y cuando vuestra misma vista viese
al soberano Infante,
al Padre semejante,
que quiso que de vos Virgen naciese,
y os viésedes no Esclava, sino Madre,
de aquel Verbo del Padre,
qué inmenso que sería el regocijo
de veros hecha Madre de tal Hijo! [1]

EL SANTO SIMEON A NUESTRA SEÑORA

PEDRO SOTO DE ROJAS

Licenciado, nat. de Antequera (1587-1655)

Seáis, ¡oh Virgen!, vos tan bien venida
como Aurora que ofrece el Sol dorado
a la primera edad del año asida
sobre el campo de flores matizado.
Muy bien vengáis, ¡oh Virgen escogida!,
cual blanco lirio en floreciente prado,
vengáis feliz (si tributando) al templo,
por dar al mundo redención y ejemplo.

Aunque os cele humildad, Virgen hermosa,
hoy la humildad dispensa con mis canas,
y miro en vos la Nube generosa,
aljofarado honor de las mañanas,
miro ardiendo la zarza misteriosa,
descifra ya de enigmas soberanas,
que aunque intenta cubrirlas, bien la enseña,
grande copia de luz, Nube pequeña.

¿Qué ciego habrá que en vuestra real presencia
no conozca que sois, por raro estilo,

[1] *Justas sagradas del insigne y memorable poeta Miguel Cid* (Sevilla 1647).

todo lo que no es Dios con la eminencia,
que entre arroyuelos orgulloso el Nilo:
en vuestro laberinto omnipotencia
entró, dejando fuera el mortal hilo:
y aunque salió, nos deja, estando fuera,
mayor dificultad que la primera?

Extraña sois, María, y tan extraña,
que siendo más humilde que la tierra,
ponéis en cada planta una montaña
sobre el dragón incitador de guerra:
ya cierto estoy, la vista no me engaña,
aunque, caduca, en muchas cosas hierra:
ya es tiempo, Dios; desata en este día
de esta mortal prisión el alma mía [1].

LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA

JOSÉ MARÍA VACA DE GUZMÁN Y MANRIQUE

(Siglo XVIII)

Nace Jesús, y el seno
castísimo penetra,
como el sol por el claro
cristal, sin que le ofenda.
Concíbese sin padre
el Hijo en su pureza,
y virgen en el parto
la Madre limpia queda.
De la una ley por esto
el Hijo se preserva,
y de la otra, la Madre
también estaba exenta.
Pero el objeto que hubo
en que la Madre mesma
desposada y el Hijo
circuncidado fuera,
ése es el que hoy al templo
al Hijo y Madre lleva;
la una se purifica
y el otro se presenta.
De sumisión ejemplo,
camina a donde encuentra
María complicados
los júbilos y penas.

Simeón, un anciano
que de Israel espera
el consuelo, habitaba
la corte de Judea.
Del Espíritu Santo
tenía la respuesta
de que no moriría
sin que al Mesías viera.
Recíbele inspirado,
en sus brazos le eleva,
y prorrumpe, endiosada
su voz, de esta manera:
«Ahora, Señor, la vida
terminará contenta
y en paz de tu fiel siervo,
conforme a tu promesa,
»Porque mis ojos vieron
al Salvador que anhelan
y haces patente a todos
los pueblos de la tierra.
»Luz que disipa tantas
gentílicas tinieblas
y gloria de tu plebe,
de Israel sempiterna.»

[1] *Desenganos de amor en rimas* (Madrid 1623).

Cantó el provecto cisne,
que ya los ojos cierra;
mas antes en María
los pone con vehemencia.
Y previendo la espada
que el pecho le atraviesa,
de su dolor futuro
predice la tormenta.
Advierte, varón santo,
que tú la paz te llevas
y dejas de María
al corazón en guerra.
Goza el descanso mudo
mientras el día llega
que de la tierra el Niño
los calabozos hienda,

Cuando, habiendo cumplido
la Ley y los Profetas,
al que venció en un leño,
en otro leño venza.
Por que después, siguiendo
triunfantes sus banderas,
le acompañes cuando abra
las celestiales puertas;
Y de tus plantas siendo
tapete las estrellas,
del que a otros ventajas,
allá la gloria tengas.
A Dios los demás justos
no ven sin que antes mueran,
y tú no ves la muerte
sin que antes a Dios veas [1].

A NUESTRA SEÑORA DEL DESTIERRO

ANTONIO DE SOLÍS Y RIVADENEYRA

(1610-1686)

Señora la del Destierro,
oíd lo que duda Pascual,
pastor rezagado
de la Navidad;
que no sabe poco
si sabe dudar.

¿Qué será?
¿Qué, qué, qué será,
que os quieren Desterrada
los que os quieren más?

¿Qué será, que fugitiva
de vuestra patria salgáis
y que esté vuestra inocencia
sin vuestra seguridad?
¿Qué, qué, qué será?

¿Qué será que huyáis de Herodes,
que busca lo que guardáis;
y se diga que es un ángel
quien os hace desterrar?
¿Qué, qué, qué será?

[1] *Himnodia*, en «Obras completas» (Madrid 1789), tres volúmenes.

¿Qué será que vuestro Hijo,
que es el león de Judá,
huyendo de quien huís,
tenga el miedo que lleváis?
¿Qué, qué, qué será?

¿Qué será que venga al Mundo
para vencer y triunfar;
y se diga que por vos
tiene tanta Humanidad?
¿Qué, qué, qué será?

¿Qué será que os escapéis
con la Joya que lleváis
y que busquen Inocentes
que lo vengan a pagar?
¿Qué, qué, qué será?

¿Qué será? Mas ¿qué ha de ser?
Yo no sé más que adorar.
creer v arquear las cejas;
Dios dijo lo que será.
¿Qué, qué, qué será?

* * *

¿Dónde. fugitiva hermosa,
dónde te lleva tu asombro?
Esas que tu alcance siguen,
voces son de tus devotos.

Vuelve, vuelve a nosotros
esos tus ojos
misericordiosos.

Si te ahuyentan nuestras culpas,
te llaman nuestros sollozos:
y también son los suspiros
destierros de los enojos.

Vuelve, vuelve a nosotros...

El tirano es de quien huyes
mi pecado, ya le lloro:
si mis ansias no lo dicen,
mi razón está en mis ojos.

Vuelve, vuelve a nosotros...

Busca otro Egipto en mi pecho,
que ya por tu auxilio heroico,
ídolos son derribados
los que antes cultos del ocio.

Vuelve, vuelve a nosotros...

José, si no se detiene,
o quiere, o camina poco:
que hasta en ser nuestro Abogado
va pareciendo tu Esposo.

Vuelve, vuelve a nosotros...

Gabriel, enseñando a gracias,
desde aquel *sí* misterioso,
al oírnos, o no vuela
o vuela en nuestro socorro.

Vuelve, vuelve a nosotros...

Admite de tus esclavos
este obsequio religioso:
pues te acuerdan tu Destierro,
llorando y gimiendo en otro.

Vuelve, vuelve a nosotros
esos tus ojos
misericordiosos [1].

LA VISITACION DE LA VIRGEN A SANTA ISABEL

Fr. Ambrosio Montesinos

Franciscano († 1513)

Deste fué real cimiento
la Virgen que alumbra y sana;
que de su concibimiento
dió noticia y sentimiento
la su noble prima anciana.
Y su voz saludadora
dió lugar sin otros puntos,
gozo y luz alumbradora
a Hijo y Madre a deshora
tan conjuntos.

La prima. cuando sintió
la voz que la saludaba,
ser Dios se le reveló
el Hijo que concibió
la Virgen que le hablaba;
y dijo con claro tino:
«¡Oh Madre de Dios sagrada!
¿Y de dónde a mí me vino
ser de ti deste camino
visitada?

»Dígote, Señora mía,
que por tu salutación
mi hijo tiene alegría,
alta fe con profecía,
que es cosa de admiración.
Sobre todas las mujeres
eres y serás bendita,
con el fruto que parieres,
que es Dios, cuya Madre eres
infinita.

»El calor que de tu beso
dió a mi hijo por tu boca,
en la fe le tiene preso,
y su gozo y nuevo seso
a tu vista lo provoca;
el cual todo se levanta
a loar tu alto nombre,
como quien de ver se espanta
en ti hecho, Madre santa,
a Dios hombre.

[1] *Varias poesías sagradas y profanas* (Madrid 1716), pp. 143 y 309.

»Por la fe,. Virgen, que diste
al ángel en su embajada,
luego al punto mereciste
ser del Rey que concebiste
Madre bienaventurada.
No se dilató tu seno
más que cuanto se le debe,
mas tu fe le hizo lleno
del Dios Cristo Nazareno,
que te mueve.»

¡Oh inaudita novedad,
que el vientre no se dilata
y la inmensa Majestad
no padece brevedad
ni se encoge ni maltrata!
Mas quedando por compás,
cada extremo en su partido,
el seno no creció más,
ni el gran Dios revino atrás,
de encogido.

Así que santificado
fué San Juan del Salvador,
alumbrado y confirmado
en el don que le fué dado
de nunca ser pecador;
ya tenía el buen infante
en el vientre clara escuela
de la fe, que en adelante,
como estrella radiante,
fué tutela.

Por eso tener espanto,
cielos, tierra y la mar,
pues que el Verbo sacrosanto
dotó de seso por manto
a San Juan de tal edad;
al cual dió, por su potencia,
desde aquel vientre adorable
tan esclarecida ciencia,
que conoció su presencia,
inefable.

De seis meses conoció
la suma luz eternal,
y de ello le sucedió
que en el punto feneció
su ignorancia natural.
Y adoró al Rey prometido,
por el cual todos se rigen,
por el solo allí venido
en el vientre retraído
de la Virgen.

¿Qué mudanza, qué costum-
es esta de entendimiento, [bre
ver San Juan la eterna lumbre,
por fe de gran certidumbre,
antes de su nacimiento?
Padres no los conocía,
ni de sus ojos usaba,
y ya noticia tenía
de la gran sabiduría
que adoraba.

¿Quién vido nunca creer
antes de poder oír?
¡Oh qué milagro de ver,
si pudiésemos tener
lengua para lo decir!
Por arte de maravilla
le fué infusa la verdad
al niño que aquí se humilla
a la Virgen sin mancilla
de humildad.

Tuvo tan sobremanera
esta fe el niño novelo,
que en su madre reverbera
por de dentro y por defuera
en gloria del Rey del cielo.
Y esta fe, que no organiza
el Hijo por la garganta,
su Madre la evangeliza
y a veces la profetiza
y discanta.

Como teclas bien tocadas
del músico tañedor
causan voces concertadas
suaves, bien entonadas,
en órganos de dulzor;
bien así San Juan movía
a su madre a no cesar
de cantar la melodía,
que en el vientre él no podía
confesar.

Del infante se traslada
lo que la madre pronuncia,

del cual ella fué alumbrada
en favor de la preñada,
que de Dios madre denuncia.
Y no fué inspirada menos
en ver que su hijo tiene
los vasos del alma llenos
de dones y gozos buenos,
sin que suene.

Las dos madres se holgaban
en ser templos excelentes,
en que dos niños moraban,
que de alegres, celebraban
la redención de las gentes.
Mas el que el sol inflama
hizo al otro su lucero,
y de su venida y fama,
y del cielo, a que nos llama,
pregonero.

¡Oh madres de salvación,
más notables que la vida!
¿Qué lenguaje, qué nación
de vuestra consolación
puede dar cierta medida?
Decir lo que allí gustaste
no puede lengua ni historia,
porque allí os adelantaste
a los gozos que hallaste
en la gloria.

¿Qué dire de los infantes
en el vientre encortinados,
alegres y gozodantes,
a sus madres ocultantes
lo propio de sus estados?
Los gozos que el mundo espera
para salir del peligro,
uno a otro en su manera
los difunde y reverbera,
como libro.

Cada cual dellos pelea
por ser más humilde visto,
mas el campo, se me crea,
que del todo enseñorea,
el Rey de los reyes, Cristo;
porque a él solo conviene
de virtudes ser primado,
y dél sólo nace y viene
cuanta vida y gracia tiene
lo poblado.

Y en esto que así batallan,
de ninguno son oídos. [llan!
¡Oh, qué sienten! ¡Oh, qué ca-
¡Oh, qué tan fuertes se hallan,
qué santos sin ser nacidos!
Y del gozo y amistad
destos dos grandes amigos,
sus madres de autoridad,
como templos de verdad,
son testigos [1].

A LA DESPEDIDA DE CRISTO NUESTRO BIEN DE SU MADRE SANTISIMA

Lope de Vega

Los dos más dulces esposos,
los dos más tiernos amantes,
los mejores Madre y Hijo,
porque son Cristo y su Madre,
tiernamente se despiden,
tanto, que en sólo mirarse
parece que entre los dos
están repartiendo el cáliz.
Hijo, le dice la Virgen,
¡ay si pudiera excusarse
esta llorosa partida,
que las entrañas me parte!

[1] *Antología de poetas líricos*, de Menéndez Pelayo (Madrid 1910). t. 4, p. 257.

A morir vais, Hijo mío,
por el hombre que criaste,
que ofensas hechas a Dios
sólo Dios las satisface.
No se dirá por el hombre,
quien tal hace, que tal pague,
pues que vos pagáis por él
el precio de vuestra sangre.
Dejadme, dulce JESÚS,
que mil veces os abrace,
porque me deis fortaleza
que a tantos dolores baste.
Para llevaros a Egipto
hubo quien me acompañase,
mas para quedar sin vos, [ñe?
¿quién dejáis que me acompa-
Aunque un ángel me dejáis,
no es posible consolarme,
que ausencia de un hijo Dios
no puede suplirla un ángel.
Ya siento vuestros azotes,
porque vuestra tierna carne,
como es hecha de la mía,
hace que también me alcancen.
Vuestra cruz llevo en mis
[hombros,
y no hay pasar adelante,
porque os imagino en ella, [dre.
y aunque soy vuestra, soy Ma-
Mirando CRISTO en MARÍA
las lágrimas venerables,
a la Emperatriz del cielo
responde palabras tales:
Dulcísima Madre mía,
vos y yo dolor tan grande
dos veces le padecemos,
porque le tenemos antes. [voy,
Con vos quedo, aunque me
que no es posible apartarse
por muerte ni por ausencia
tan verdaderos amantes.
Ya siento más que mi muerte
el ver que el dolor os mate,
que sentir y padecer
se llaman penas iguales.
Madre, yo voy a morir,
porque ya mi eterno Padre
tiene dada esta sentencia
contra mí, que soy su imagen.
Por el más errado esclavo
que ha visto el mundo, ni sabe,
quiere que muera su hijo:
obedecerle es amarle.
Para morir he nacido,
él me mandó que bajase
de sus entrañas paternas
a las vuestras virginales.
Con humildad y obediencia
hasta la muerte ha de hallarme,
la cruz me espera, Señora,
consuéleos Dios, abrazadme.
Contempla a CRISTO y MARÍA,
alma, en tantas soledades,
que ella se queda sin hijo,
y que él sin Madre se parte.
Llega y dile: Virgen pura,
¿queréis que yo os acompañe?
Que si te quedas con ella,
el cielo puede envidiarte [1].

[1] *Rimas sacras*, en «Obras sueltas», Ed. Sancha, t. 13, p. 276.

EL DOLOR INEFABLE

MANUEL GONZÁLEZ HOYOS

Poeta y periodista (contemporáneo)

... Y la madre, en silencio, sostenida
por su propio dolor, ha levantado
los ojos apacibles, ahora llenos
de la salobre suavidad del llanto...
La calle solitaria se alborota
con la furia soez del populacho;
blasfemias de sayones y verdugos
marcan el ritmo lento de sus pasos,
y grita un centurión, parando en seco
el galope nervioso del caballo...
Corren los niños, gimen las mujeres,
rubrica el aire el restallar de un látigo,
y en un mar de cabezas y pasiones,
de la pesada cruz se ven los brazos...

Y la madre, en silencio, sostenida
de su propio dolor, se ha adelantado
a la turba que viene. Estremecida
de ansiedad maternal, ve al Hijo amado
ludibrio del rencor insatisfecho,
y de la plebe enardecida, escarnio.
Buscan sus ojos los serenos ojos,
dolorida la faz, trémulo el labio...
Quiere abrirse camino, mas no puede,
que hierro son sus pies, plomo sus manos...
Sólo lágrimas tiene para verle,
sólo silencios para hablarle ha hallado;
la pena se retuerce en su garganta
y en gemidos se truecan los vocablos...
—¡ Hijo !—murmura el corazón herido—,
¿ Quién te lleva camino del Calvario ?
¿ Quién te cargó la cruz sobre los hombros ?
¡ Ay, divino Jesús desfigurado,
que llevas sobre ti—¡ terrible peso !—
la iniquidad del corazón humano !...

Y la madre, en silencio, sostenida
por su propia aflicción, tiembla de espanto
al ver entre sayones y verdugos,
en un torrente de improperios bárbaros,
al Hijo que avanzaba lentamente
con el madero de la cruz cargado,

sudorosa la frente, en que la sangre
y el polvo y las espigas se mezclaron
para poner sobre la faz augusta
la terrible ansiedad del desamparo.
Caminaba Jesús calladamente,
y su andar era vacilante y tardo,
inclinado hacia el suelo y fuertemente
a la pesada cruz atenazado...
¡ Oh, qué tremenda calle de amargura
recorrió entre empellones paso a paso !
¡ Ay, el sudor de muerte que le cuesta
la iniquidad del corazón humano !

Y la madre, en silencio, sostenida
por su infinito amor, avanza el paso
y llama sin palabras a aquel Hijo
que el odio y la traición le arrebataron.
Por sobre el mar de gritos y blasfemias
—flecha sutil y vigoroso dardo—,
la mirada angustiosa de María
buscó inquieta otros ojos... Y al hallarlos,
«¡ Hijo !», gritó su corazón herido,
y fué su grito sin palabras dado...
Levantó la cabeza ensangrentada
la Víctima divina ; abrió sus labios,
mas también en silencio vió a su Madre
—lágrima viva, tembloroso mármol—,
y la besó en tumulto con los ojos ;
y sin palabras se dijeron tanto,
que la Madre y el Hijo se sintieron
en una misma cruz crucificados...

Gritan los niños, gimen las mujeres,
rubrica el aire el restallar de un látigo
y un río de inconsciencias y crueldades
al Hijo y a la Madre separaron...[1]

A MARIA SANTISIMA DE LOS DOLORES

RAMÓN DE LA CRUZ

Sainetista madrileño (1731-1794)

Al pie de la cruz estaba
esa Reina dolorida,
viendo pendiente a su Hijo
para afirmar nuestra dicha.

1 *Lluvia de estrellas,* poemas premiados (Santander 1950).

Cuyo espíritu fallece
de pesares y agonías,
al ver que cumple la espada
en su alma la profecía.
¡Oh, cuán llena de dolores!
¡Oh, cuán triste y afligida,
al ver a su único Hijo,
fué aquella madre bendita!
Ea, Madre, de amor fuente,
haz que la fuerza distinga
de tu dolor, y en el llanto
te haga mi fe compañía [1].

DOLORES DE MARIA

José María Gabriel y Galán

Maestro de escuela (1870-1905)

Corazón poco paciente:
¿Ves la imagen dolorosa
que en procesión lacrimosa
conduce piadosa gente?

Abre el alma a los fulgores
de aquella enlutada estrella.
¿Tú sabes quién es aquélla?
La Virgen de los Dolores.

¿Sabes la divina historia
de aquella que es madre tuya?
Hízola Dios madre suya;
¿pudo Dios darle más gloria?

¿Habrá semejante amor
al que con hondas ternuras
sintió en sus entrañas puras
la madre del Redentor?

¿Puede tu mente alcanzar,
ni en sueños puede haber visto,
lo que la madre de Cristo
pudo a Cristo-Dios amar?

Entonces, ¿cómo medir
la inmensa hondura insondable
del dolor inenarrable
de ver al hijo morir?

[1] *Poetas líricos del siglo XVIII*, t. 3, en Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, t. 67 (Madrid 1875).

Verlo vilmente azotado,
horriblemente escupido,
despiadadamente herido,
bárbaramente clavado.

Verlo mártir del amor
de la ruin humanidad
y ver nuestra inquidad,
¿cabe tormento mayor?

Pues esos desgarradores
duelos jamás bien contados
sufrió por nuestros pecados
la Virgen de los Dolores.

Corazón de fe dormida
que a Dios, gritando, mostrabas
la sangre que derramabas
de tu levísima herida:

mira esos siete raudales
que de esas entrañas puras
derraman las puntas duras
de siete agudos puñales.

Bebe la santa ambrosía
que en ese abismo se encierra
y adora, rodilla en tierra,
los dolores de María [1].

LA VIRGEN AL PIE DE LA CRUZ

José Zorrilla

Autor dramático (1817-1893)

I

Allá en la vasta llanura
está la impía ciudad,
como meretriz impura
que, falsa, ostenta hermosura
merced a la obscuridad.
Y el Gólgota misterioso,
levantado detrás de ella
entre ufano y vergonzoso,
son un suplicio horroroso;
rota la frente, descuella.

[1] *Obras de Gabriel y Galán* (Madrid 1946), t. 2, p. 108.

Estaban en honda agonía
al pie de la cruz llorosa
la Madre Virgen María,
y de la cruz afrentosa,
el Hijo muerto pendía.
Desgarrado el santo pecho,
herido y alanceado,
y en el madero, derecho,
desconocido y deshecho,
el cuerpo descoyuntado.
Tan rasgadas las heridas
de ambos pies y de ambas manos.
que cayeran divididas
a no estar tan sostenidas
en brazos tan soberanos.
Y por que culpa tan fea
ofrenda tan santa borre,
la hirviente sangre gotea,
y en el peñasco en que corre,
avaro el viento la orea.
Allí, por tierra postrada,
moribunda y desolada
la castísima María,
con el suplicio abrazada,
la ardiente sangre bebía.
Y parado el mundo entero,
asombrado la miraba,
que sola en dolor tan fiero
a su Dios muerto lloraba
al pie del santo madero.
—¡ Ella llora, y yo pequé !...
¡ Madre amorosa, perdón,
que yo le crucifiqué,
yo su sangre derramé
y manché la creación !
Yo le robé de tus brazos,
sin respeto a su deidad ;
le até con estrechos lazos
para arrancarle, es verdad,
las entrañas a pedazos.
Y tú, Madre, en tu dolor,
mesándote los cabellos,
al verdugo matador
tendiste los brazos bellos,
demandándole favor.
Por templar su sed rabiosa,
Tú, Madre de Dios bendita,
pálida la faz de rosa,

te prosternaste llorosa
ante la raza maldita.
No humana, de tigres fué;
que si te vieron acaso
los hombres en quien pequé,
cual brezo que estorba el paso,
te apartaron con el pie.
¡Tú hollada, Virgen, así!...
¡Tú, que pisas de rubí
virtuosa, viviente alfombra
y besa el ángel tu sombra
si pasa cerca de ti!
¡Tú, de estrellas coronada,
del ardiente sol vestida
y de la luna calzada,
tan triste y tan dolorida
por raza tan condenada!
¡Tú llorando, Madre mía,
cuando una lágrima tuya
el mundo rescataría,
cuando el tiempo le concluya
en el postrimero día!
¡Tus ojos llorosos tanto,
cuando al sol prestan su luz!
¡Oh Madre, por tal quebranto,
que me salve a mí tu llanto
al pie de la santa cruz!

II

Yo tengo un recuerdo
de edad más dichosa;
tú, Madre amorosa,
lo sabes tal vez.
Entonces alegre,
de afanes segura,
soñaba ventura
mi loca niñez.
Entonces, ¡oh Madre!,
recuerdo que un día
tu santa agonía
contar escuché;
contábala un hombre
con voz lastimera;
tan niño como era,
postréme y lloré.

El tiempo era obscuro;
vestidos pilares
se veían y altares
de negro crespón;
y en la alta ventana,
meciéndose el viento,
mentía un lamento
de lúgubre son.
La voz pïadosa
tu historia contaba;
el pueblo escuchaba
con santo pavor.
Oía yo atento
y el hombre decía:
«Y ¡quién pesaría
tamaño dolor!
»El Hijo pendiente
de cruz afrentosa,
la Madre, amorosa,
llorándole al pie...»
El llanto anudóme
oído y garganta;
con lástima tanta,
postréme y lloré.
La voz conmovida
seguía clamando,
el viento zumbando
seguía a la par;
el pueblo lloraba
postrado en el suelo,
contaba tu duelo
la voz sin cesar.
Mi madre, a sus pechos
mi pecho oprimiendo,
posaba gimiendo
sus labios en mí;
y yo, santa Virgen,
en son de querella,
no sé si por ella
lloraba o por ti.
Tu imagen estaba
doliente a mis ojos,
mi madre de hinojos
oraba a tus pies;
por quién lloró entonces
mi pecho afligido,
ya nunca he podido
saberlo después.

¡Mi madre tan joven,
tan bella y penada!
¡Mi madre adorada
llorando también!
Perdón, ¡oh María!,
soy hijo y la adoro,
su aliento y su lloro
quemaban mi sien.
Convulso, agitado,
en ámbito estrecho
latir en su pecho
sentí el corazón;
el niño creía
y oró al crucifijo...;
el niño era hijo
y ahogó su oración.
Ha poco, en mis horas
de cuita y de duelo,
amparo en el cielo
con ansia busqué;
tu nombre me atrajo
mi fe solitaria,
y en honda plegaria
tu nombre invoqué.
Que yo también lloro
mundanos pesares,
también tengo altares,
y fe, y religión;
que el gozo y la risa
que ostento en la frente,
del alma doliente
la máscara son.
¡Ay, triste! Olvidado,
no hallé en mi abandono
más luz que tu trono,
más paz que tu amor;
y ciego y perdido,
sin lumbre y sin guía,
a ti te pedía,
llorando, favor.
A ti, que llorabas
el día tremendo
que viste muriendo
al Dios de la luz.
¡Oh Madre, que el día
de cuentas y espanto
me salve tu llanto
al pie de la cruz!

III

¡Madre mía! Si en tu cielo
se oye el murmullo mundano
y mi cántico liviano
en su cóncavo sonó;
si la estéril armonía
llegó a ti del arpa loca
y los himnos que mi boca
sacrílega murmuró,
tiende los divinos ojos,
¡oh Madre!, desde la altura,
que es polvo la criatura;
cieno y nada encontrarás;
que en la senda de la vida,
cada paso que adelanta,
más débil la torpe planta
se acerca a su nada más.
Acuérdate, Madre Virgen,
que allá en la niñez tranquila
por ti la clara pupila
con mis lágrimas nublé;
que hubo un día en que, escuchando
la historia de tus pesares,
delante de tus altares
acongojado lloré.
Olvídate que insensato,
sin curar de tus dolores,
canté profanos amores
del arpa lírica al son;
acuérdate que, nacido
de flaca y terrena gente,
tengo de tierra la mente,
y de tierra el corazón.
Acuérdate, Madre mía,
que nací niño y desnudo
y que hoy a tus pies acudo
mi nada al reconocer;
que mi lengua irreverente
cambia en himnos inmortales
los cánticos criminales
que alzó delirando ayer.
Pues mi postrera esperanza
en tu noble amparo fijo,
ruega, ¡oh Madre!, por un hijo
al Dios que engendró la luz.

Y en aquel tremendo día
de justicias y de espanto,
que me salve a mí tu llanto
al pie de la santa cruz [1].

«PIETA»

MANUEL DIEZ CRESPO

(Contemporáneo)

Y ya tu alma descansa en el regazo
que te brindó el Madero.
¡Oh fiebre iluminada a fijo plazo!
¡Oh silencio severo!

¿Te acuerdas? Eras joven. La campiña
en gala de primores,
te daba lirios y dulzor la piña.
Después, los ruiseñores,

en nupcias de frescor con el estío,
piaron tu diadema.
Ahora, ya ves: se ha puesto luto el río
y en el agua se quema.

El sol, con esta Muerte que albergaba,
es igual que la luna.
¿Pues cómo ha de ser sol, si se alumbraba
con la luz de tu cuna?

Todo es noche en tus miembros ateridos.
Relámpagos que oprimen.
En tus cabellos, cielos florecidos
evidencia el crimen.

¡Piedad, Señor, piedad con los infieles!
Mi eternidad concreta
es sólo este manojo de claveles,
esta luz violeta... [2]

[1] *Obras completas de don José Zorrilla*, t. 1 (Madrid 1905), p. 89.
[2] *La voz anunciada* (Madrid 1943).

«MATER DOLOROSA»

RAMÓN CASTELLTORT

Escolapio (contemporáneo)

Ya sólo tiene palidez de lirio
tu piel,
antes de lirio y de clavel.
Moradura con fiebre de martirio
es lo que fué dulzura de tus ojos de miel.

Madre dolorida,
¿no te brinda la vida
más rosales,
que caminas
pisando las espinas
con los siete puñales
sobre la rosa
de tu corazón?...
¡Y pensar que fuí yo quien en senda escabrosa
convirtió tu existencia de flores!...
¡Perdón!...
Pero, Madre, si a ti me presentara
vueltos ríos los ojos de mi cara,
todo mi corazón purificado
con la hiel de las lágrimas que me lo han inundado,
deshecho el amasijo
de pasiones y afanes con que tanto te aflijo,
ahora que sin hijo te has quedado,
si no fuera pedirte demasiado...,
¿me quisieras por hijo?... [1]

LA BAJADA DEL CALVARIO

M. R. BLANCO BELMONTE

Periodista (siglos XIX-XX)

Por los caminos de la Amargura
(piedras de sangre, polvo de llanto),
por el sendero de los dolores,
largos, muy largos...,
sin un gemido, sin un sollozo,
vuelve la Madre desde el Calvario.

[1] *Antología,* poesía y prosa (1932-1950) (Barcelona 1950), p. 42.

Toda silencio. Mortal silencio
sella sus labios;
la frente inclina con el agobio
de su quebranto,
y en lo más hondo del alma-cielo
lleva la imagen del Hijo amado.
Y ella lo ha visto sufrir la befa
del populacho...
y era la carne de sus entrañas
la que en el leño miró sangrando...
Y así le duelen en las entrañas
los martillazos...
Y así agoniza... Que su Hijo ha muerto
crucificado.

La Madre avanza por el camino
(piedras de sangre, polvo de llanto),
y temblorosa baja el sendero
por Jesucristo santificado...
Y entre las huellas busca la huella
de aquellos pasos
que abrieron surcos de luz divina
mientras el Mártir, agonizando,
se desplomaba bajo el madero
y con la angustia del fin cercano,
llora la Madre cuando desciende
desde el Calvario...
Para su pena no existe olvido,
tregua ni bálsamo...
Y si remembra la dulce infancia
del Adorado,
y si memora su hogar dichoso,
y si recuerda los tiernos brazos
que de su cuello fueron caricia...
tiembla en congoja de fiero espanto.
Porque su Niño, siendo inocente,
sufrió el castigo de los malvados;
porque está rota su santa vida;
porque sus brazos
ya no se mueven, ya no bendicen,
y ya no siembran sin un descanso
el pan sublime de las verdades
que lo divino puso en lo humano.
Sin un sollozo, sin un gemido,
baja la Madre desde el Calvario...
En lo más puro de sus entrañas,
la cruz del Mártir se le ha clavado;
y en lo más hondo de sus pupilas

y en su recuerdo lleva sangrado
la cruz del Hijo,
del Bienamado,
que de la vida pasó a la muerte
con la sonrisa siempre en los labios.
Y cuando baja la Dolorosa
(mustia azucena, lirio tronchado),
cuando vacila por el sendero
largo, muy largo...,
pobres mujeres la compadecen,
santas mujeres siguen sus pasos,
y alguien murmura:
—Ved a la Madre
del supliciado;
ésa es la Madre del Nazareno,
que hoy ha sufrido muerte y escarnio.
Siempre en silencio llora la Madre,
y hay en su llanto
misericordia por los que sufren,
por los que viven siempre llorando,
por cuantas madres haya en el mundo
que a un hijo miren sacrificado
sobre la cumbre de su Calvario...
¡Y por la Madre del Nazareno
qué pocas madres derraman llanto!
....

Sin un sollozo, sin un gemido,
mustia la frente, mudos los labios,
como una imagen de eterna angustia
vuelve la Madre desde el Calvario [1].

A NUESTRA SEÑORA DE LA ASUNCION

Sor Violante do Ceo

(1601-1693)

Villancico

Albricias, albricias,
Reina soberana,
que ha llegado el logro
de vuestra esperanza.
Albricias, que tienen
término las ansias
que os causa la ausencia
de la mayor causa.
Albricias, que al cielo
para siempre os llama
el que en cielo y tierra
os hizo tan rara.

[1] Publicada en la revista *Blanco y Negro* (Madrid).

Albricias, que cesan
las penas tiranas
de dudas ausencias,
de fieras distancias.
Subid, que os espera
la Deidad, que os ama,
para concederos
la mayor bonanza.
Subid, que a la puerta
del cielo os aguarda
con amantes obras,
con dulces palabras.
¡Oh, quién os siguiera
con veloces alas,
porque de tal vista
la gloria gozara!
Dichosa la muerte
que tal vida os causa.
Divina partida,
soberana entrada.
Lograd, Virgen bella,
ventura tan alta,
mientras cielo y tierra
os cantan la gala.
Viva la gala, viva;
viva la gala
de la Reina que al cielo
su luz traslada.
Repítanle alabanzas,
canten muchos vivas,
pues es su gloria su pena;
su muerte, vida.
Hoy al reino del cielo
parte María
por lograr de quien ama
la dulce vista.
Paracismo amoroso,
no muerte impía,
es razón que se llame
la de tal vida.
En el punto que muere
su luz divina,
cuando luz se desmaya,
sol resucita.
Esta sí que es la muerte
de fiestas digna,
pues con ella se alegran
Dios y María.
Viva la gala, viva;
viva la gala
de la Reina que al cielo
su luz traslada [1].

A LA ASUNCION

Vicente Espinel

Novelista y músico (1550-1624)

Humíllense a tu imagen, luz del mundo,
las angélicas turbas, y el divino
cristal se rompa y dé segura entrada,
y en los eternos brazos, con profundo
gozo del Uno, eternamente trino,
se reciba tu carne inmaculada,
Virgen a Dios criada,
más que el cielo hermosa,
con cuya vista santa
se alegra el cielo y el infierno espanta;
y alegre y victoriosa

[1] *Parnaso lusitano de divinos e humanos versos..* (Lisboa 1733), página 271.

por cielos y elementos vas rompiendo
y en la trina figura,
en Dios mismo estás viendo
la pura carne de tu carne pura.

Igual al que te hizo y engendraste
fuiste en los fines de la luz del suelo,
que por ambos pasó el rigor de muerte;
y si resucitó, resucitaste,
y si subió, subiste al patrio cielo,
que para siempre puedes verle y verte;
y aun fué de mayor suerte
la asunción santa tuya,
que al sacro Verbo eterno
subióle a recebir del santo Terno
la persona igual suya;
mas a ti, de tal Hijo esposa y madre,
a recebirte vino
el mismo Eterno Padre,
el Verbo y el Espíritu divino.

Angeles, querubines, pues ajenos
de novedad tenéis l'alma suspensa,
¿qué novedad sentisteis este día?
Y teniendo de Dios los ojos llenos,
firmes y atentos a su gloria inmensa,
¿os obligó a mirar la que venía?
La santa jerarquía,
los movimientos célicos,
divinos escuadrones,
patriarcas, seráficas legiones,
espíritus angélicos,
la máquina del cielo toda junta:
«¿Quién es esta que viene,
en alta voz pregunta,
que al sol y luna por ministros tiene?»

Esta que viene cual dorada aurora,
lleno de estrellas el cerúleo manto,
sembrando paz por la región del viento,
que con su hermosura y luz decora
el coro celestial, divino y santo,
es quien del primer cielo y firmamento
nos bajó el sacro asiento,
con su poder inmenso,
al suelo y al abismo,
y sin que careciésemos del mismo;
y ésta, que ya suspenso
el orbe tiene y con su luz excede
a cuanto el sol rodea,

ya que ser Dios no puede,
es mucho más que cuanto Dios no sea.

Virgen excelsa, que en aquel dichoso
tránsito de ésta a la invencible vida
fuiste incapaz de humanos accidentes
y con triunfo inmortal y vitorioso
de ángeles colocada y recebida
con cánticos divinos y excelentes,
a las devotas gentes
que tus fiestas festean
con divina alegría
apellidando el nombre de María
y a los que en ti se emplean
y en tu memoria cánticos levantan
con celo de agradarte,
y pues tu gloria cantan,
dales, ¡oh Virgen!, de tu gloria parte [1].

A LA ASUNCION

Agustín de Tejada y Páez

Beneficiado de la catedral de Granada (1567-desp. 1618)

Angélicas escuadras, que en las salas
llenas de olor de gloria, con inmenso
gozo, de que llenáis el claro cielo,
andáis batiendo las doradas alas
y al eterno Regente dais incienso,
que olor espira de inmortal consuelo,
torced el blando vuelo
y recibid en vuestras bellas plumas
a la que encierra en sí las gracias sumas,
pues que, rompiendo la fulgente masa
del cielo cristalina,
que a la tierra le sirve de cortina,
veis que el un firmamento y otro pasa,
hasta llegar al trono do reside
el que del cielo el movimiento mide.

Viendo que, unida al cuerpo la alma santa,
Virgen gloriosa, para el Hijo subes,
por ser del alma pura el cuerpo puro,

[1] *Flores de poetas ilustres*, de Pedro Espinosa, l. 2. en «Poetas líricos de los siglos XVI y XVII» (Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, vol. 42, p. 36).

la luna a recibirte se adelanta
y dejas envidiosas a las nubes;
Mercurio y Venus dan lugar seguro,
llegas al cuarto muro,
que en luminoso carro el sol rodea,
y viendo que tu luz la suya afea,
dejan corona, carro, cetro y silla;
Jove, Saturno y Marte,
admirados, se apartan a una parte,
y el firmamento otavo se te humilla,
el áqueo cielo, con el primer moble,
hasta que llegas al empíreo inmoble;

donde por los lucíferos balcones,
a quien adornan cercos rutilantes,
se asoman a mirar tu triunfo egregio
las celestiales ínclitas legiones
de divinos espíritus triunfantes,
que gozan de tan alto privilegio;
cuyo santo colegio
en dulces voces pregonando entona:
«¿Quién es ésta que goza tal corona,
que muy más bella que la aurora bella,
de desiertos collados
viene a habitar los cielos estrellados,
y el sol y luna con sus plantas huella,
a cuyas puras y nevadas plantas
se postran las escuadras sacrosantas?

»¿Quién es aquesta que, brotando gracia,
llena de dones, rica de despojos,
va con su luz los cielos serenando
y, cual cedro oloroso que se espacia
en Líbano, tras sí lleva los ojos
y el consistorio alegre está alegrando?»
Vais tal poder mostrando,
Reina divina, que en la corte santa
vuestra subida admira, eleva, espanta;
pues «¿Quién es éste, un tiempo preguntaron,
el que de sangre pura
teñida trae la sacra vestidura?»,
cuando, subiendo Cristo, se admiraron;
de suerte que del Hijo y de la Madre
se admira el cielo y se contenta el Padre [1].

[1] *Flores de poetas ilustres*, de Pedro Espinosa, en «Poetas líricos de los siglos XVI y XVII», t. 2 (Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, v. 42, p. 56).

A LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA

Pedro de Vargas Machuca

(Siglo xvi, primera mitad)

Rosa de Jericó, Virgen hermosa,
ante cuya grandeza se arrodilla
no digno menos el que más postrado
puro querub, que rutilante brilla,
estrella de los cielos luminosa:
yo, con mi indignidad, arrodillado
también a vuestros pies, escribo osado,
la que rendido adoro inmortal palma,
la corona inmortal, con que triunfante
al trono de diamante
subisteis victoriosa en cuerpo y alma.
Que si con ronca voz, con balbuciente
lengua, con mal cortada y débil pluma
la majestad de tanta alteza toco,
a vos (no a monte o musa o fuente) invoco,
que sois con gracia y excelencia suma,
por caudalosa, sabia y eminente,
sacro monte, alta musa, viva fuente;
y así tendré, sin cortedad ni agravio,
dulce voz, culta pluma, estilo sabio.

Palma excelsa en Cadés, Virgen divina,
después que al cielo suyo el hijo vuestro
en su propia virtud subió glorioso,
dejándoos en la tierra por bien nuestro,
por ejemplo, por luz y por doctrina
de la Iglesia, que en falta de su Esposo
por su oráculo os tuvo milagroso;
que quiso en gloria vuestra, subir antes
a preveniros Él por su persona
el triunfo y la corona,
que no ha tenido el cielo semejantes;
vos, en contemplación siempre ocupada
de los altos misterios, que en la vida
y muerte de Dios hombre (por vos hombre)
fueron de mayor gloria y de más nombre,
aquella mejor parte ya escogida
(la que no os ha de ser jamás quitada),
y en Marta, la otra parte renunciada,
deseáis morir, para que os dé la muerte
más gloria, mejor vida, mayor suerte.

Oliva hermosa, Virgen sacrosanta,
que si la vida veis, la muerte visteis,
no como pena del primer pecado,
que como Dios murió, también moristeis
para más confirmar la Iglesia santa;
que aunque ese cuerpo puro inmaculado
fué del común tributo reservado
y del primer instante prevenido,
para que cuando el alma le informase
la culpa no os tocase
(privilegio a vos sola concedido),
fué vuestra muerte el argumento fuerte
que más ha confirmado la fe nuestra,
viendo que érades vos pura criatura,
ángel no celestial (si bien más pura),
siendo también corona y gloria vuestra
morir así, rendida en toda fuente
a Dios en gloria, en pena, en vida, en muerte,
para tener con singular victoria
más títulos, más méritos, más gloria.

Ciprés del monte Sión, Virgen sagrada,
dormid en paz, que más parece sueño
muerte que sin dolor de amor procede.
Partid feliz, pues vais a vuestro dueño,
y hállense a vuestro tránsito y jornada
los apóstoles sacros, que os concede
el que traerlos de un cabello puede,
que para daros el consuelo justo
los visteis en un punto congregados.
estando derramados
del scita helado al etíope adusto.
Sólo Tomás entre ellos se detiene
(¡oh secreto escondido y misterioso!),
Tomás, que, entre sus dudas y sus miedos,
creyó, más que a sus ojos, a sus dedos,
en la resurrección de Dios glorioso,
y aquí el postrero para prueba viene
de que en cuerpo y en alma el cielo os tiene
con triunfo excelso en majestad suprema,
sumo honor, alta silla, real diadema.

Incorruptible cedro, Virgen bella,
arca del Testamento más gloriosa;
que ella fué la figura, y vos el arca;
que si el maná, la ley, la prodigiosa
vara del gran Moisés estuvo en ella,
en vos, la majestad de aquel Monarca
que sólo con el puño el mundo abarca.

Si aquélla, de Setín incorruptible,
libre de corrupciones y carcomas
entre sabeos aromas;
ésta, intacta, inmortal, inaccesible,
no entre gusanos viles se corrompa;
que no lo que fué cielo ha de ser tierra.
Recíbala con fiesta y regocijo
en su Jerusalén David su hijo.
Arca que tanta luz y gloria encierra,
salga de Obededón, suba con pompa;
ágil, pura, sutil, por cielos rompa,
y hasta que con el alto inmóvil frise,
luces pase, astros deje, signos pise.

Cándido lirio, Virgen admirable,
que por siete planetas y once cielos,
las nueve jerarquías admirando,
los ya del sol escuros paralelos
de vuestra pura luz incomparable
subís con resplandores ilustrando.
¿Quién es aquesta, quedan preguntando,
que tan gallarda del desierto sube?
Los más sabios espíritus más cortos,
en tanta gloria absortos,
viéndoos del sol bañada en alta nube
en los brazos del Hijo recostada,
subir triunfante al alto Capitolio;
no en sepulcro de mármol ni de bronce,
que a los siete, a los nueve y a los once
pasáis hasta llegar al sacro solio,
adonde el Esposo coronada,
del Padre recibida y colocada
en trono excelso, con glorioso vuelo,
vestís sol, calzáis luna, lucís cielo.

Canción osadamente remontada,
baja, reconociendo tu bajeza,
que cuanto más bajares, tanto subes;
deja que se levanten a las nubes
otras que canten con debida alteza
la gloria desta planta venerada,
al cielo con su tierra trasplantada,
para que haya en el cielo palma hermosa,
oliva, cedro, lirio, ciprés, rosa [1].

[1] *Descripción de la capilla de Nuestra Señora del Sagrario, de Toledo* (Madrid 1617), página 3 del «Certamen poético».

A LA ASUNCION DE LA MADRE DE DIOS

Bartolomé Leonardo de Argensola

(1562-1631)

Mártires y doncellas
con Cristo desposadas,
ejército que estando muerto espantas,
once mil hostias bellas
a Dios sacrificadas,
que el cielo paseáis con sacras plantas:
pues hoy, ¡oh ninfas santas!,
va vuestra Reina a veros,
pues la imitasteis tanto,
rogadle que a mi canto
aliento dé y conceptos verdaderos:
esté yo satisfecho
de que lo dicta su Hijo acá en mi pecho.

Vos, águila ligera,
que los aires abriendo
con las plumas doradas vais al cielo,
subís de tal manera
que nuestra sombra viendo,
os perdemos de vista los del suelo:
con inflamado celo
vuestro favor invoco,
Virgen en toda cosa
a Dios y al mundo hermosa:
conceda vuestra gracia oírme un poco;
perdón y grato oído
con ánimo sencillo aguardo y pido.

Si dais la vista al ciego
y visitáis al reo,
y al pobre le volvéis próspero y rico,
oíd el blando ruego
de mi justo deseo,
y conceded la gracia que os suplico;
paloma que en el pico
de fe constante y viva
trajisteis paz al arca
del viejo Patriarca
con el ramillo de la hojosa oliva,
cierto de otra manera
que aquella descuidada Ave primera.

Virgen, el regocijo
tuvisteis de ser Madre
del Verbo celestial y sempiterno,
Hija de vuestro Hijo,
Madre de vuestro Padre,
término fijo del consejo eterno,
elegida *ab eterno,*
hoy con divina frente
coronada de estrellas
(cual nueva luna entre ellas)
y vestida de sol resplandeciente,
por los cielos rasgados
entráis con los ejércitos alados.

Hoy subís penetrando
cual luciente cometa,
que aparta y hiende el aire por do pasa:
y a los cielos llegando,
admiróse el planeta
que alumbra el mundo de su cuarta casa:
y no luce ni abrasa,
está turbado y vario:
y los cielos dorados
quedaron espantados,
que vuestro resplandor extraordinario,
al subir, admirólos
tanto, que se afirmaron en los polos.

Mas luego conociendo
vuestra figura rara,
cual nube que con rayo queda abierta,
se fué el cristal rompiendo,
y en la materia clara
quedó patente la sublime puerta:
pareció descubierta
vuestra faz, y al mirarla
pacífica, apacible,
aunque fuerte y terrible
como ejército a punto de batalla,
alta, olorosa, como
ciprés, plátano, cedro y cinamomo,

Patriarcas, profetas,
las reverendas canas
coronadas de lauro os humillaban,
Las vírgenes discretas,
yendo ante vos ufanas,
laurel, olivo y palmas levantaban.
Los mártires estaban
en gloria renovados,

con las llagas recientes,
aunque resplandecientes,
(trofeos a mil príncipes ganados)
y las ropas bañadas,
con sangre del Cordero matizadas.

Los músicos divinos
en su trono se holgaron
con dulcísimos himnos y conceptos,
los techos cristalinos
en torno resonaron
con la armonía de los instrumentos.
Mudas y sin alientos
quedaron de la tierra
las trompas sonorosas
y las artificiosas
mixturas que la Italia dentro encierra,
las que se oyeron cuando
los Césares por ella iban triunfando.

Allí los escogidos
ante su Protectora,
cuya bondad a lo posible excede,
dicen y son oídos:
dulcísima Señora,
benigna Diosa (si decir se puede),
tu Hijo nos concede
verte en su compañía:
y aun él se regocija
viendo a su Madre e Hija:
huélguese, prudentísima María,
de ver que pisa el cielo
la carne que le dió el corpóreo velo.

Vuestro Hijo glorioso
nos dijo predicando
un número prudente de doncellas
que esperando a su esposo
estuvieron velando,
y velaba la Fe y la Gracia en ellas:
vos sois una de aquéllas,
aunque en tálamo y bodas
una antes verdadera,
y con más clara lámpara que todas,
superior y primera,
con cuya luz y ejemplo
resplandece de Dios la Casa y Templo.

El mismo Dios os dijo,
cuando al solio llegasteis,

Paloma, Esposa, Amada y Madre mía:
visteis glorioso al Hijo
que en la tierra engendrasteis,
donde el Padre lo engendra cada día.
Míraos la compañía
que delante vos viene,
y vos con gozo a tantos
ángeles y otros santos
de veros y de ver al que Dios tiene:
y junto dél sentada,
gloria dais en mirar y ser mirada [1].

A LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA

JUAN MARTÍNEZ DE JÁUREGUI

Pintor y poeta (1583?-1676?)

Cual rara fénix, Virgen soberana,
hoy te contemplo ausente del eterno
celeste albergue tuyo, do pretendes
nacer muriendo; ya pasó el invierno
de la fatiga y aflicción mundana;
ya el vuelo en nuestros páramos extiendes,
donde el aroma enciendes
de tus virtudes santas,
y ardiendo te levantas
sobre tu palma, al sol de Dios atenta,
sol que te abrasa y tu vivir aumenta,
palma do el humo de un olor inmenso
tu bálsamo alimenta,
tu nardo y mirra, cinamomo, incienso.

Ya el sepulcro vital, que a un mismo instante
vió tu muerte fecunda y nacimiento,
dejas, y a visitar las nubes altas,
de mil reflejos matizando el viento,
tus alas tiendes de águila triunfante
y sobre el monte Líbano te exaltas.
Con oro puro esmaltas
la rica frente y cuello;
el cuerpo insigne y bello
es vario imitador del lirio y rosa;
los ojos vivos, de paloma hermosa;
ya con velocidad, que el viento agravia,
te encumbras generosa
a ver del cielo tu felice Arabia.

[1] *Rimas* (Zaragoza 1634), p. 367.

Ave perfecta y única, levanta
alegre el vuelo; que tus plantas bellas
ya pisan de la luna la alta frente,
ya envuelves la cabeza en las estrellas,
ya el sol te vistes y su lumbre santa.
Volátil pompa, angélica, luciente,
te sigue al sacro oriente,
te alaba en su armonía
con dulce melodía
y en torno a tu dorado cuerpo y alas
vuela y admira el nuevo lustre y galas,
hasta que a Dios acercas tanto el vuelo
y tanto a Dios te igualas,
que allá no alcanza serafín del cielo [1].

A LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA

TOMÁS JOSÉ GONZÁLEZ CARVAJAL

(1753-1834)

Levántate del suelo,
cristalino vapor, que de frescura
llena el aura suave,
y en sosegado vuelo,
poco a poco extendido hasta la altura
del claro sol, con grave
majestad y decoro
en torno lo rodea
y su carro hermosea
con esmaltes de nácar, plata y oro.

Templa así sus ardores,
y mitiga la luz inaccésible
de la brillante esfera,
y esparce entre las flores
aquella suavidad apetecible
que el campo refrigera
del ardor del estío
y lo fecunda luego
con silencioso riego
en menudo blandísimo rocío.

Así tú, Virgen pura,
por divina atracción arrebatada
del suelo en que yacías

[1] *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, t. 2, en Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, vol. 42, p. 127.

y puesta en tal altura
en cual nunca se vió cosa criada,
interponiendo, pías,
del Padre a los rigores
tus preces maternales,
y templas de su ira los ardores.

Y cuando el hombre malo,
que al enojado Dios mirar no osara,
se siente arrepentido,
en vos halla regalo
con que del mal pasado se repara;
y así fortalecido,
mirando en vos, Señora,
su dulce medianera,
cobra aliento y espera
aplacar la justicia vengadora.

Un tiempo tu pureza
y tu humildad atrajo al Sol divino
que quiso en tus entrañas,
depuesta su grandeza,
habitar nueve meses de contino.
Y las gentes extrañas,
al salir de tu seno,
rendidas lo adoraron
y ver con él lograron
de alegría y de paz el mundo lleno.

Ahora ya subido
en el trono de gloria de su Padre
con inmortal reposo
el Hijo esclarecido
del casto vientre de la Virgen Madre,
atráela amoroso,
como a la niebla fría
atrae el sol dorado,
y sube con su amado,
que la llena de paz y de alegría.

De allí sus bendiciones
generosa derrama en este suelo,
con dulces esperanzas
de gracias y perdones
a los que en ella ponen su consuelo.
Tú, pues, que nos alcanzas
tanto bien, ¡oh Señora!,
haz que tu Hijo amado
olvide el mal pasado,
que, arrepentida el alma, siente y llora.

Haz, Virgen soberana,
que, cuando llegue de la triste vida
la hora postrimera,
el ánima cristiana,
valerosa, del cuerpo se despida
y con fe verdadera
y esperanza amorosa
en tus manos se entregue
y a feliz puerto llegue,
donde celebre tu Asunción gloriosa [1].

COPLAS A LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA

MANUEL MONTAÑÉS Y MONTE-ALEGRE

(Siglo XVIII)

La más constante mujer
hoy conoce en su asunción,
mirándose coronar,
quién es quien premia al amor.

Reinar después de morir
su perfección mereció
y el cielo empezó a saber
cuál es mayor perfección.

Amor, honor y poder
en su tránsito logró;
que hay, si es sueño su morir,
sueños que verdades son.

La Nave del Mercader
sube, siendo trono el Sol;
pero ¿qué mucho?, si fué
ella el Eneas de Dios.

La fortuna y la desgracia
una y otra esfera vió
cuando hizo el cielo a su Reina
el juramento ante Dios.

Ceso, que no puede ser
que os sigan las voces hoy,
y en no pudiendo alcanzar.
siempre el callar es mejor [2].

[1] *Poemas líricos del siglo XVIII*, t. 3, en Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, v. 67. p. 562.

[2] *Poesías líricas* que escribía don Manuel Montañés y Monte-Alegre, dedicadas a la gloriosa virgen y mártir Santa Bárbara (Madrid 1735), p. 29. Romance hecho con títulos de comedias.

CORONACION DE MARIA

PEDRO DE ESPINOSA

Sacerdote (1578-1650)

En turquesadas nubes y celajes
están en los alcázares empirios,
con blancas hachas y con blancos cirios
del sacro Dios los soberanos pajes.

Humean de mil suertes y linajes,
entre amaranto y plateados lirios,
inciensos indios y pebetes sirios
sobre alfombras de lazos y follajes.

Por manto el sol, la luna por chapines,
llegó la Virgen a la empírea sala,
visita que esperaba el cielo tanto.

Echáronse a sus pies los serafines,
cantáronle los ángeles la gala,
y sentóla a su lado el Verbo santo [1].

CORONACION DE LA EMPERATRIZ DE LOS CIELOS NUESTRA SEÑORA

PEDRO SOTO DE ROJAS

Licenciado, natural de Antequera (1587-1655)

A fuerza pura, y con ardiente espada,
de la triunfante conquistada Roma,
por la cumbre feliz su Reina asoma,
con tres cercos la frente coronada.

Sube la augusta Majestad sagrada,
y al alto Serafín las luces doma,
con las que esparce la luciente coma
que muestra en sus espaldas derramada.

Baja la vista al fin, alza la mano,
e inclinándola al pecho, aquesto dijo:
Es nuestro todo a nuestro gusto llano.

Contento al Padre da, regalo al Hijo,
al Espíritu gozo soberano,
al cielo gloria, al mundo regocijo [2].

1 *Flores de poetas ilustres,* en B. A. E., de Rivadeneyra, t. 42.
2 *Desengaños de amor en rimas* (Madrid 1623).

CORONACION DE MARIA

Justino Matute y Gavidia

Historiador sevillano (1764-1830)

De estrellas coronada
la victoriosa frente,
hiende, Virgen sagrada,
la esfera refulgente.
Entra en ella; que espera
la corte placentera
el ver su Reina amada
de estrellas coronada.

Con tu aliento la rosa
sus olores aumenta
y ante tu faz hermosa
nuevas galas ostenta.
Su olor, muy más suave
de lo que en ella cabe,
publica estar gozosa
con tu aliento la rosa.

Las célicas estancias
a tu vista resuenan,
y dulces consonancias
su inmenso espacio llenan.
Por Ti sin mancha, pura
más que humana criatura,
se colman de fragancias
las célicas estancias.

Mortales, alegría,
que ha venido María,
y en su primer instante
ya aparece triunfante.
Ganó el prez la Doncella,
que venció con su huella
al infernal dragón;
llénese, pues, de gloria,
por tan alta victoria,
la celestial Sión [1].

[1] *Cancionero de la Inmaculada Concepción de la Virgen María*, de F. Rodríguez Zapata (Sevilla 1876), p. 647.

II. ALABANZAS Y LOORES

CANTIGA 207

Alfonso X

Rey (1252-1284)

Se ome fecer de grado
pola Virgen algun ben,
demostrar ll'aberá ela
sináes que lle praz en.

D'esto vos direi miragre
ond'abredes sabor,
que mostrou Sancta María
con mercé'e con amor
a un mui bon cabaleiro
et seu quito servidor
que en a servir metía
seu corazón et seu sen.

Se ome fecer de grado
pola Virgen algun ben...

El había un seu fillo
que sabía mais amar
c'a si, et un cabaleiro
matoull'o; et con pesar
do fillo, foi él prendel'o
et quisiera'o matar
u él seu filo matara,
que lle non valuesse ren.

Se ome fecer de grado
pola Virgen algun ben...

E él levandol'o preso
en hua eigreia'ntrou,
et o prest'entrou pos ele
et él d'él non se menbrou;
et pois que viú a eigreia
da Virgen, y soltou,
et omildou'ss'a omagen
et disso: «Graças porén».

Se ome fecer de grado
pola Virgen algun ben... [1]

ORACION A NUESTRA SEÑORA

Pedro López de Ayala

(1332-1407)

Señora, estrella luciente
que a todo el mundo guía;
guía a este tu sirviente,
que su alma en ti fía.

A canela bien oliente
eres, Señora, comparada,
de la mirra de Oriente
has loor muy señalada:

[1] *Cantigas de Santa María.* Real Academia Española, vol. 2, p. 291.

a ti hace loor la gente
en sus cuitas todavía;
quien por pecador se siente,
llama a Santa María.

Al cedro en la altura
te comparó Salomón,
la Iglesia en tu hermosura
al ciprés del monte Sión:
palma fresca, en verdura
hermosa y de gran valía,
y oliva la Escritura
te llama, Señora mía.

De la mar eres estrella,
del cielo puerta lumbrosa,
después del parto doncella,
¡de Dios madre, hija, esposa!
Tú amansaste la querella
que por Eva nos venía,
y el mal que hizo ella
por ti hubo mejoría [1].

GOZOS DE NUESTRA SEÑORA

Arcipreste de Hita

(Siglo XIV)

O Santa María,
luz del día,
toda vía
tú me gía.

Gáname gracia et bendiçión
et de Jesús consolación
que pueda con devoción
cantar de tu alegría.

El primero goso ques'lea
en çibdad de Galilea,
Nazaret creo que sea,
oviste mensagería.

Del ángel que a ti vino
Gabriel santo et dino
trúxote mensag divino,
díxote *Ave María.*

Tú desque el mandado oíste,
omildemente reçebiste
luego virgen concebiste
el fijo que Dios en ti envía.

En Belén acaeçió
el segund quando nasció
e sin dolor aparesçió
de ti, Virgen, el Mexía.

El tercer cuanta las leis,
cuando vinieron los reis,
e adoraron al que veis
en tu brazo do yasçía.

Ofreçiol' mirra Gaspar,
Melchor fué ençienso dar,
oro ofreció Baltasar
al que Dios e home seía.

Alegría cuarta e buena
fué cuando la Magdalena
te dixo gozo sin pena
quel tu fijo vevía.

El quinto plaser oviste,
quando al tu fijo viste
sobir al çielo et diste
graçias a Dios o subía.

Madre, el tu goso sexto
quando en los discípulos presto
fué Spíritu Santo puesto
en tu santa compannía.

Del septeno, Madre Santa,
la iglesia toda canta,
sobiste con gloria tanta
al çielo e quanto y avía.

Reynas con tu fijo quisto
Nuestro Sennor Jesu Christo,
por ti sea de nos visto
en la gloria sin fallía [2].

* * *

[1] *El libro del palacio,* ms. citado por Böhl de Faber
[2] *Libro del Buen Amor,* ed. de Toulouse (1901), p. 9.

Tu Virgen del çielo Reyna,
e del mundo melesina,
quiérasme oír muy benina
que de tus gosos aína
escriba yo prosa digna
por te servir.

Desir de tu alegría,
rogándote todavía
yo pecador
que a la grand culpa mía
non pares mientes, María,
más al loor.

Tu siete gosos oviste,
el primero, quando resçebiste
salutaçión
del ángel cuando oíste
Ave María, conçebiste
Dios salvaçión.

El segundo fué complido,
quando fué de ti nasçido,
e sin dolor,
de los ángeles servido,
fué luego conoscido
por Salvador.

Fué el tu goso terçero,
quando vino el lusero
a demostrar
el camino verdadero,
que a los reyes compannero
fué en guiar.

Fué tu quarta alegría,
quando te dixo Magdalena Ma-
et Gabriel [ría
que el tu fijo vevía,
e por sennal te desía
que viera a él.

El quinto fué de grand dulzor,
quando al tu fijo Sennor
viste sobir
al çielo a su Padre mayor,
et tu fincaste con amor
de a él ir.

Este sesto non es de dubdar,
los discípulos vino alumbrar
con espanto,
tú estabas en ese lugar,
del cielo viste y entrar
Spíritu Santo.

El septeno non ha par
quando por ti quiso enviar
Dios tu Padre,
al cielo te fiso pujar
con él te fiso asentar,
como a Madre.

Sennora, ove al pecador,
que tu fijo el Salvador
por nos disció
del çielo en ti morador
el que pariste blanca flor,
e por nos murió.

Por nosotros pecadores
non aborrescas
pues por no ser merescas
Madre de Dios,
antél con nusco parescas,
nuestras almas le ofrescas,
ruega por nos.

* * *

Santa Virgen escogida,
de Dios Madre muy amada,
en los çielos ensalzada,
del mundo salud e vida.

Del mundo salud e vida,
de muerte destruimiento
de gracia llena cumplida,
de coytados salvamiento,
de aqueste dolor que siento
en prisión sin merescer,
tú medonna estorcer,
con el tu defendimiento.

Con el tu defendimiento,
non catando mi maldad,
nin el mi meresçimiento,
mas la tu propia bondad,

que confieso en verdat
que so pecador errado,
de ti sea ayudado
por la tu virginidad.

Por la tu virginidad,
que non ha comparaçión,
nin hobiste egualdad,
en obra e entençión,
complida de bendición;
pero non so meresciente,
venga a ti, Sennora, en mient[illegible]
de complir mi petiçión.

De complir mi petiçión
como a otros ya compliste,
de tan fuerte tentaçión,
en que so cuytado triste:
pues poder has, et hobiste,
tú me guarda con tu mano,
bien acorres muy de llano
al que quieres et quisiste.

* * *

Quiero seguir a ti, flor de las flores,
siempre decir cantar de tus loores,
non me partir de te servir,
mejor de las mejores.

Grand fianza he yo en ti, Señora;
la mi esperanza en ti es toda hora,
de tribulanza sin tardanza
¡venme librar agora!

Virgen muy santa, yo paso atribulado
pena tanta con dolor atormentado,
en tu esperanza coyta tanta
que veo, mal pecado.

Estrella del mar, puerto de folgura,
de dolor complido e de tristura,
¡venme librar e conortar,
Señora del altura!

Nunca fallece la tu merced complida,
siempre guarece de coytas e da vida,
nunca parece nin entristece
quien a ti non olvida.

Sufro grand mal sin merecer, a tuerto,
esquivo tal porque pienso ser muerto,
¡mas tú me val, que non veo al
que me saque a puerto! [1]

[1] Ob. cit., pp. 12, 321 y 32 respectivamente.

LOS GOZOS DE NUESTRA SEÑORA

IÑIGO LÓPEZ DE MENDOZA

Marqués de Santillana (1398-1458)

Gózate, gozosa Madre,
gozo de la humanidad,
templo de la Trinidad,
elegida por Dios Padre.
Virgen, que por el oído
concebiste,
Gaude, Virgen, *Mater Christi*,
y nuestro gozo infinido.

Gózate, Luz revevida,
según el Evangelista,
por la madre del Bautista
anunciando la venida
de nuestro gozo, Señora,
que traías:
vaso de nuestro Mesías,
gózate, *pulchra y decora*.

Gózate, pues que pariste
Dios y Hombre por misterio.
nuestro bien y refrigerio,
e *inviolata permansisti*
sin algún dolor ni pena:
pues gozosa,
gózate, cándida Rosa,
Señora, de *gratia plena*.

Gózate; que prestamente
de Emaús sin más tardar
le vinieron a adorar
los tres Príncipes de Oriente.
Oro y mirra le ofrecieron
con incienso:
pues gózate, nuestro ascenso,
por los dones que le dieron.

Gózate, de Dios Mansión,
del cielo felice Puerta,
por aquella santa oferta
que al sacerdote Simeón
graciosamente y benigna
ofreciste:
gózate, pues mereciste
ser dicha Reina divina.

Gózate, nuestro dulzor,
por aquel gozo infinito
que te reveló en Egito
el celeste Embajador
y la nueva deseada
de la paz:
gózate, batalla y haz
de hueste bien ordenada.

Gózate, Flor de las flores,
por el gozo que sentiste
cuando al santo Niño viste
entre los santos doctores
y disputando en el templo
los vencía:
gózate, Virgen María,
una sola sin ejemplo.

Gózate, nuestro claror,
por aquel acto divino
que por tu ruego benino
el tu Hijo y Hacedor
hizo cuando el agua en vino
convertió
y la sonrisa llevó
a tu rostro peregrino.

Gózate, nuestra esperanza,
fontana de salvación,
por la su Resurrección,
reposo nuestro y holganza,
y de tus dolores calma
saludable:
gozo nuestro inestimable,
Gaude, Virgen, *Mater alma*.

Gózate una, Señora,
bendita por elección,
por la su santa Ascensión,
entre los Santos primera:
gózate por tal noveza.
Mater Dei,
principio de nuestra ley,
gózate por tu grandeza.

Gózate, Virgen, espanto
y cometa del infierno;
gózate, Santa *ab aeterno,*
por aquel Resplandor santo
de quien fuiste consolada
y favorida:
gózate, de aflitos vida,
desde *ab initio* creada.

Gózate, Sacra Patrona,
por gracia de Dios asunta:
no dividida, mas junta,
fué la tu digna persona
a los cielos y asentada
a la diestra
de Dios Padre, Reina nuestra,
y de estrellas coronada.

Por los cuales gozos doce,
doncella del Sol vestida,
y por tu gloria infinida,
haz tú, Señora, que goce
de los gozos y placeres
otorgados
a los bienaventurados,
bendita entre las mujeres [1].

«MONSTRA TE ESSE MATREM»

HERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN

(Escribía entre 1400 y 1450)

Muéstrate, Virgen, ser Madre,
humildemente suplicando
al divino, Eterno Padre,
su gracia nos implorando.
Muéstrate Madre, mandando
al tu Hijo que mandó
honrar los padres y dió
luenga vida en aguinaldo.

Toma aquel dulce *Ave*
de la boca de Gabriel,
Ecce ancilla,
Verbo humildoso y suave;
abrirás con esta llave
las puertas de la clemencia:
considera tu potencia,
no será el hacerlo grave.

Muéstrate, Virgen preciosa,
que por tu humildad el Padre
te eligió por digna Madre
de su Hijo muy gloriosa.
Esfuérzate, Santa Rosa,
no te canses, ni te enojes:
¿Qué dudas? ¿Por qué te encoges?
Manda, atrévete y osa.

Y tú Bernardo devoto
y siervo muy singular,
como hoy aquí lo noto,
nos anima a te rogar.
A Ti nos manda llamar
en nuestras tribulaciones,
y manda en sus moniciones
a Ti, ¡oh Estrella!, mirar.

En la hora peligrosa,
en cualquier triste accidente,
mira siempre puramente
a la Reina gloriosa.
De tu boca aquella prosa
que repite *Ave María,*
no se aparte noche y día
del corazón do reposa.

No yerras siguiendo a Aquélla:
tan justas son sus carreras:
confiando en esta Estrella,
ni temes ni desesperas:
las autoridades veras
y dulces de San Bernardo
me encienden: así que ardo
en flamas muy placenteras [2].

[1] *Obras* (Madrid 1852), p. 308.
[2] *Cancionero castellano del siglo XV,* t. I, en N. B. A. E., t. 19, página 672 b.

LOORES E SUPLICACIONES A NUESTRA SEÑORA

GÓMEZ MANRIQUE

(1412-1490)

¡O Madre de Dios, electa
para dina de tal nonbre,
en la cual quiso ser hombre
la divinidad perfecta;
por cuya santa mistura,
según la sacra Escritura
no dudando bien aprueba,
la humana fué natura
librada de la clausura
en que fué puesta por Eva!

¡O fija de Dios y madre,
desde *ab enicio crata!*
¡O *virgo senper intata,*
de la cual nasció tu padre,
tu quedando tan entera
como sana vedriera
finca del sol traspasada!
¡Por ti, lumbrosa lumbrera,
nuestra caída primera
fué, Señora, reparada!

¡O tú, bendita mujer,
por la cual serán pobladas
aquellas sacras moradas
que despobló Lucifer,
curando tu santidad
la grave deslealtad
deste cruel adversario
con paciencia y humildad,
que toda contrariedad
se cura por su contrario!

¡O pura virginidad
sin pecado concebida,
para ser templo escogida
de la santa Trenidad!
Cuyas personas en una
sin diferencia ninguna,
y la una en tres e dos,
en ti más clara que luna,
que reinas sobre fortuna
son fechas hombre con Dios!

Un solo Dios en esencia,
tres personas en sustancia,
separadas sin distancia
e juntas sin diferencia.
De cuya congregación,
fecha por admiración
en el seno consagrado
de ti, fija de Sion,
resultó la redención
del linaje condenado.

Pues fueste desde *ab enicio*
criada *pulchra* y *decora*
para ser la causadora
de tan grande beneficio
como fué ser redemidos
los que fueron esemidos
de la soberana gloria
faz, oyendo mis gemidos,
que tus contrarios vencidos
no hayan de mi victoria.

¡O santa santificada
a la cual fué dicho *Ave,*
y creyendo fueste llave
de la superna morada!
Por el dolor que sentiste
cuando tú, Virgen, oíste
el fijo decir *¡Eli!*
estas puertas que rompiste,
¡O María, *mater Criste,*
no se cierren para mí! [1]

[1] *Cancionero de Gómez Manrique,* en Colección de Escritores Castellanos (Madrid 1885), t. II, p. 297.

CANTIGAS EN LOOR DE SANTA MARIA

ALFONSO ALVAREZ DE VILLASANDINO

(Siglo XV)

Virgen digna de alabanza,
en ti es la mi esperanza.

Santa, o *clemens, o pía,*
o dulcis, Virgo María;
tú me guarda noche y día
de mal e de tribulanza.

Ave, Dei mater alma,
llena bien como la palma,
torna mi fortuna en calma
mansa, con mucha bonanza.

Inviolata permansiste
cuando *Agnus Dei* pariste;
hazme que non viva triste,
mas ledo, sin toda erranza.

Tú fuiste y serás y eres
bendita entre las mujeres;
tus gozos fueron placeres
en el mundo sin dudanza.

Rosa en Jericó plantada,
de ángeles glorificada;
tú seas mi abogada,
pues en ti tengo fianza.

Tálamo de Dios y templo:
cuando tu vida contemplo,
por leyes nin por ejemplo
non fallo tu egualanza.

Gloriosa *Vita, dulcedo,*
por quien se compuso el credo
tórname de triste, ledo,
con tus dones de amistanza.

Contrario de *Eva, Ave,*
de los cielos puerta y llave;
ruega al tu Hijo süave
que me oiga mi roganza [1].

* * *

Generosa, muy fermosa,
sin mancilla Virgen santa,
virtuosa, poderosa,
de quien Lucifer se espanta:
tanta
fué la tu grand omildat,
que toda la Trenidat
en ti se encierra, se canta.

Placentero fué el primero
gozo, Señora, que oviste;
cuando el vero mensajero
te salvó, tú respondiste.
Troxiste
en tu seno virginal
al Hijo celestïal,
al cual sin dolor pariste.

Quién sabría nin diría
cuánta fué tu omildanza,
o María, puerta y vía
de salud e de folganza.
Fianza
tengo en ti, muy dulce flor,
que por ser tu servidor
habré de Dios perdonanza.

Noble rosa, fija e esposa
de Dios y su Madre dina,
amorosa es la tu prosa,
Ave, estela matutina.

1 *Cancionero castellano del siglo XV,* en N. B. de A. E., t. 22, página 313.

Enclina
tus orejas de dulzor
oyendo a mí, pecador,
ayudándome festina.

Quien te apela Maris Stella,
flor del angel saludada,
sin cabtela non recela
la tenebrosa morada.
Criada
fuste limpia, sin error,
por que'l alto Emperador
te nos dió por abogada.

Que parrías al Mesías
dijeron gentes discretas,
Geremías e Ysaías,
Daniel y otros profetas.
Poetas
te loan y loarán,
y los santos cantarán
por ti en gloria chanzonetas.

¡O beata, inmaculata,
sin error desde abenicio!
Bien barata quien te cata
mansamente, sin bollicio.
Servicio
face a Dios nuestro señor
quien te sirve por amor,
non dando a sus carnes vicio [1].

CANTIGA DE NUESTRA SEÑORA

JUAN DEL ENCINA

(1468-1529)

Pues que tú, Reina del cielo,
[redacted]s.

Tú, que reinas con el Rey
de aquel reino celestial;
tú, lumbre de nuestra ley,
luz de linaje humanal;
pues para quitar el mal
tanto vales,
da remedio a nuestros males.

Tú, Virgen, que mereciste
ser madre de tal Señor;
tú que cuando le pariste
le pariste sin dolor;
pues con nuestro Salvador
tanto vales,
da remedio a nuestros males.

Tú, que del parto quedaste
tan virgen como primero;
tú, Virgen, que te empreñaste
siendo virgen por entero;
pues que con Dios verdadero
tanto vales,
da remedio a nuestros males.

Tú, que lo que perdió a Eva
cobraste por quien tú eres;
tú, que nos diste la nueva
de perdurables placeres;
tú, bendita en las mujeres,
si nos vales,
darás fin a nuestros males.

Tú, que te dicen bendita
todas las generaciones;
tú, que estás por tal escrita
entre todas las naciones;
pues en las tribulaciones
tanto vales,
da remedio a nuestros males.

Tú, que tienes por oficio
consolar desconsolados;
tú, que gastas tu ejercicio
en librarnos de pecados;
tú, que guías los errados
y los vales,
da remedio a nuestros males.

[1] *Cancionero castellano del siglo XV*, citado; p. 312.

Tú, que tenemos por fe
ser de tanta perfección,
que nunca será ni fué
otra de tu condición;
pues para la salvación
tanto vales,
da remedio a nuestros males.

¿Quién podrá tanto alabarte
según es tu merecer?
¿Quién sabrá tan bien loarte
que no le falte saber?
Pues que para nos valer
tanto vales,
da remedio a nuestros males.

¡Oh madre de Dios y hombre!
¡Oh concierto de concordia!
Tú, que tienes por renombre
Madre de misericordia:
pues para quitar discordia
tanto vales,
da remedio a nuestros males.

Tú, que por gran humildad
fuiste tan alto ensalzada,
que a par de la Trinidad
tú sola estás asentada;
y pues tú, Reina sagrada,
tanto vales,
da remedio a nuestros males.

Tú, que estabas ya criada
cuando el mundo se crió;
tú, que estabas muy guardada
para quien de ti nació;
pues por ti nos conoció,
si nos vales,
fenecerán nuestros males.

Tú, que eres flor de las flores;
tú, que del cielo eres puerta;
tú, que eres olor de olores;
tú, que das gloria muy cierta;
si de la muerte muy muerta
no nos vales,
no hay remedio en nuestros males[1].

«AVE MARIS STELLA»

CRISTÓBAL DE CASTILLEJO

(1494-1556)

Pues navegáis, alma mía,
por el mar de pensamientos,
do sois de contrarios vientos
combatida cada día;
para no temer fortuna,
mirad siempre aquella estrella
del norte, porque sin ella
no habréis bonanza ninguna.

Y para más la obligar,
decidle por oración
esta devota canción:
«Ave, Estrella de la mar,
Madre de Dios crïadora,
pero Virgen de contino,
dichosa puerta y camino
del cielo y emperadora».

Oyendo aquel dulce *ave*
de la boca de Gabriel,
con que vos, Señora, y él
al cielo hicisteis llave,
fundadnos en paz segura,
mudando el nombre de Eva,
por que no se nos atreva
quien nuestro daño procura.

Soltadnos de las prisiones
de nuestros viciosos fuegos,
dad lumbre a los que están ciegos
de sus propias aficiones;

[1] *Antología de poetas líricos castellanos*, de Menéndez Pelayo, t. 4, página 196.

nuestros males apartad,
nuestros bienes procurando,
para que queden de un bando
la razón y voluntad.

Mostraos, Virgen, ser madre
a los tristes que padecen,
sumat per te nostram precem
el que, siendo vuestro padre,
por nosotros quiso ser
vuestro hijo, y siendo Dios,
se hizo dentro de vos
hombre para padecer.

Singular Virgen sagrada,
entre todas la más mansa,
y tan mansa que descansa
Dios dentro en vuestra morada;
limpiadnos, que estamos llenos
de las culpas que criamos,
y hacednos que seamos
muy mansos, castos y buenos.

Dadnos vida concertada
y asegurad los caminos,
por que nos hallemos dinos
al cabo de la jornada,
y en tal estado acabemos
que do vamos deseando,
a Jesucristo mirando,
siempre con él nos gocemos.

Sea alabanza, por tanto,
a Dios Padre Criador
y a Cristo, muy gran Señor,
con el Espíritu Santo;
una honra a todos tres,
sin dar ventaja a ninguno,
que así es lo que es de uno,
que de todos ellos es [1].

LOORES DE NUESTRA SEÑORA

Cristóbal de Mesa

(Siglo XVII)

Con gran razón, Emperatriz del cielo,
que excedes las supremas jerarquías,
te dan, más que a Eliseo y más que a Elías,
todo el honor del Líbano y Carmelo.

Tú diste al mundo su mayor consuelo,
y tu parto cumplió las profecías,
dando el bien, dando a Dios, dando al Mesías
a los mortales míseros del suelo.

Tú, de la cual nació la Luz del mundo,
de lágrimas en este oscuro valle
nos mira desde aquesa empírea corte.

Y a buen puerto de aqueste mar profundo
saldremos, si es tu mano el gobernalle,
el piloto tu amor, tu vista el norte.

[1] *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII,* v. I, en «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneyra, v. 32, p. 246.

«AVE, MARIS STELLA»

FRAY JUAN DE SOTO

(Siglo XVII)

Ave, Estrella del mar resplandeciente,
Madre de Dios santísima escogida,
en la virginidad permaneciente,
del cielo feliz puerta esclarecida.
Tomando el *Ave* de Gabriel valiente,
nos funda en paz eterna, que da vida,
mudando el nombre de Eva, que es de muerte.
por el tuyo, que da felice suerte.

Desata las cadenas a los reos,
a los ciego da vista, y, Virgen, quita
nuestros males en hechos y deseos,
y todos bienes pide y solicita.
Muestra de Madre santa los empleos,
a nuestro Dios con ruegos facilita,
que nació por nosotros de Ti, Madre,
con tener al Eterno Dios por Padre.

Pues, Virgen singular y piadosa,
entre humana y celeste criatura,
líbranos de la culpa rigurosa,
da, con ser mansos, castidad muy pura.
Vida nos da también limpia y dichosa,
haz camino seguro y con anchura,
porque viendo a Jesús, haya alegría,
gozándonos con El y con María [1].

A LA VIRGEN NUESTRA SEÑORA

FRAY DIEGO MURILLO

(1556-1616)

Entre las piedras de inmortal belleza
que dan ornato a la corona de oro
con que se baña en luz vuestra cabeza,
¡oh Virgen pura!, en el empíreo coro,
para poner entre una y otra pieza,
sin que se pierda el sin igual decoro,
rosas ofrezco a vuestra real persona,
dignas de tal cabeza y tal corona.

1 *Cancionero de la Inmaculada Concepción,* de F. Rodríguez Zapata (Sevilla 1876), p. 79.

Que no parece mal, Reina excelente,
entre el diamante y la esmeralda hermosa,
sobre el oro más puro y refulgente
el rosicler de la púrpurea rosa,
y es de estimar en poco mi presente;
pues aun a vos, con ser de Dios Esposa,
cuando él os mira y vuestras gracias canta,
os da por gloria el nombre de esta planta.

Planta de rosas celestiales, bellas,
por mano suya en Jericó plantada,
os llama Aquel que, enamorado de ellas,
quiso de ellas hacer huerta cerrada:
y trasplantando de su pecho a ellas
la eterna planta al mundo indigno dada,
tan cerrada dejó al entrar la puerta,
que ni aun al pensamiento quedó abierta.

Y viendo vos que de este dulce nombre
se agrada tanto el sempiterno Padre,
que quiere que le tenga por renombre
la que es Esposa y de su Hijo Madre:
y quiere, Virgen, que conozca el hombre
que no hay blasón, no hay título que os cuadre
como el llamaros Rosa sin espina,
a cuyo olor el mismo Dios se inclina.

Llámaos la Iglesia, ¡oh Reina sacrosanta!,
Arco celeste, Espejo sin mancilla:
Palma que hasta los cielos se levanta,
Trono real, do puso Dios su silla:
fuerte Escuadrón, que al enemigo espanta;
Ciudad de Dios, hermosa Maravilla;
Nave que pasa libre de fortuna,
Mar, Tierra, Cielo, Sol, Estrella y Luna.

También os llama Lirio blanco, hermoso,
Olivo fértil, Plátano extendido,
encumbrado Ciprés, Nardo oloroso,
Cinamomo aromático, escogido:
Mirra, Estoraque y Bálsamo precioso,
sabeo Incienso, en fuego consumido:
fresco Rocío y Nube refulgente,
que los rayos del sol templó en su Oriente.

Mas aunque sois, ¡oh Virgen!, alabada
con tantos nombres de tan gran dulzura,
en el de rosa está más bien cifrada
la dicha nuestra y vuestra bondad pura:
porque en las hojas de que está cercada,

en el verde color nos asegura
que sois la playa y el refugio cierto,
do nuestra esperanza toma puerto.

En el color de púrpura encendida,
vuestra encendida caridad se muestra:
en el olor, la fama esclarecida,
que admira al mundo, de la gloria vuestra:
y en la corona que, como esculpida,
se descubre en el medio, nos da muestra
de que sois Reina digna de loores,
como la rosa es reina entre las flores [1].

AL NOMBRE DE MARIA

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Religiosa mejicana (1651-1691)

De María, a quien la invoca,
es de su nombre el sonido
suavidad para el oído
y dulzuras en la boca;
y así, el que una vez le toca,
no sabe vivir sin él,
que para mí él es miel.

De su nombre la cadencia
es una clara armonía
que ocasiona melodía
con dulce correspondencia
de todos la diferencia
la suavidad que hay en él,
que para mí él es miel [2].

LA PRIMERA FLOR DEL CARMELO

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

(1600-1681)

¿Quién eres, ¡oh Mujer!, que, aunque rendida
al parecer, al parecer postrada,
no estás sino en los cielos ensalzada,
no estás sino en la tierra preferida?

1 *Divina y dulce poesía* (Zaragoza).
2 *Segundo tomo de las obras de soror Juana Inés de la Cruz* (Madrid 1725), p. 38.

Pero ¿qué mucho, si del Sol vestida;
qué mucho, si de estrellas coronada.
vienes de tantas luces ilustrada,
vienes de tantos rayos guarnecida?

Cielo y tierra parece que a primores
se compitieron con igual desvelo,
mezcladas sus estrellas y sus flores,

para que en ti tuviesen tierra y cielo,
con no sé qué lejanos resplandores,
la flor del Sol plantada en el Carmelo [1].

A LA VIRGEN

CRISTOBALINA FERNÁNDEZ DE ALARCÓN

Poetisa antequerana (1571?-1646)

Reina del cielo, que con bellas plantas,
sobre tapetes y alcatifas bellas.
cantando himnos y pisando estrellas,
los coros guías de doncellas santas,
de cuyas gracias tantas
se admiran de tu corte los galanes,
los que, en vez de brocado y tafetanes,
visten púrpura ardiente y blancas luces:
escucha mi lamento,
si mis piadosas lágrimas
pueden subir al reino del contento [2].

A NUESTRA SEÑORA

SEBASTIÁN DE CÓRDOBA

Caballero de Ubeda (siglo XVI)

Virgen, Señora mía,
dulce favor del mundo y sus enojos
y donde mi consuelo siempre hallo;
esos divinos ojos
volved a mí, Santísima María,
y dad favor al mísero vasallo
que a vuestros pies se pone a demandallo.

1 *La primera flor del Carmelo*, auto sacramentale, en B. de A. E., t. 58, p. 324.
2 *Flores de poetas ilustres*, de Pedro de Espinosa (Valladolid 1615; reimpresa en Sevilla 1896).

Ninguno se perdió que a Vos llamase,
y quien vuestro favor no ha demandado,
perdido va y errado;
pues no hay bien que por vos no cuele y pase.
Sois Madre en demandar,
no tiene cosa Dios que en vos negase,
¡oh soberana Virgen singular,
lucero, norte y guía en este mar!

Soy cierto que allá arriba,
do millares de cándidas estrellas
se humillan ante ti para adorarte,
y todas las querellas
que envía a Dios el ánima cautiva,
con ellas vas al Hijo a presentarte:
portanto, yo me atrevo a suplicarte;
a ti, Virgen bendita, llamo y quiero:
de ti quiero valerme, que sin ti
salud no hallo en mí,
y en ti remedio hallo verdadero.
¡Oh Virgen escogida!
Por ti tenemos vida, y en ti espero
que Dios me dará gracia en esta vida
para ordenar mi última partida.

¡Oh Estrella radiante,
que el sol a par de ti lumbre no tiene,
en tu sagrado vientre virginal
trujiste al que sostiene
todo lo que fué hecho en un instante
por su poder y mando universal,
y así fué el infinito temporal!
Tuyo es, Señora, el dar, y el pedir mío;
y cuanto más nos das, en ti más crece,
se muestra y resplandece
tu gracia soberana, en quien confío
que me hará vencer
mi propia inclinación en desafío,
y mi enemigo pueda conocer
que venzo con tu fuerza y tu poder.

Las gracias que os contemplo
tan altas son, que el bajo mi decir
no va con mi deseo donde quiere,
ni puedo yo sentir
para loaros tan subido ejemplo;
pues Dios para su Madre os quiso y quiere,
y así quien demandar, Virgen, quisiere,
comenzará: «¡Oh Virgen sin mancilla!

En vos tiene Dios puesta su riqueza:
doleos de mi pobreza,
tan pobre que es vergüenza descubrilla:
a vos quiero mostralla,
a vos, Madre amorosa, es bien decilla;
pues sola sois quien puede remedialla
y con vuestra riqueza consolalla.

»Dais gozo a nuestras penas,
y al cielo hermosura y dulce arreo,
templáis con vuestra gracia nuestro fuego:
en vos nuestro deseo,
si escapa de la carne y sus cadenas,
de su peregrinar halla sosiego:
a Dios nos aplacáis con vuestro ruego.
Vos sois de nuestro mar dulce bonanza,
de gracias sois la fuente perennal;
vos sois de nuestro mal
rica salud y cierta confianza.
¡Oh santos pensamientos,
limpieza que a las almas da templanza;
vos amansáis el mar y crudos vientos,
y dais serena paz a mis tormentos!

»Si amor quiere moveros,
amad, hombres, amor tan verdadero
de esta bendita Virgen consagrada;
no al falso lisonjero
mundo, que con engaños halagüeños
nos trae la vida, muerta y engañada.
¡Oh soberana Virgen!, tan amada
de Dios, que te eligió para aposento:
inflama de tu amor este gusano;
que amor tan soberano
esforzará mi voz y mi talento.
Delante de ti puesto
mi corazón, humilde y muy atento,
invoca tu favor, que venga presto,
para llegar al fin presupüesto.

»¡Oh Puerto muy seguro,
do el alma es libre de traidor corsario
en esta temerosa, incierta vía;
y contra el adversario
nos eres fortaleza y fuerte muro!
¡Oh gozo de nuestra alma y alegría,
Madre de pecadores, Madre mía!
Pues que a ninguno tu favor se esconde,
libra mi corazón de todo engaño,
y libre de este daño,

si yerro el caminar, dime por dónde;
y aunque nada merezco,
parece que tu gracia me responde
con lágrimas de amor, te lo agradezco,
y todo lo que soy, Virgen, te ofrezco»[1].

A LA VIRGEN MARIA

LUIS PÉREZ

Protonotario de Aragón (siglo XVI)

¡Oh tú, Reina esclarecida,
oh luna resplandeciente,
oh nuestra guía,
oh remedio de la vida,
oh estrella clara de Oriente,
oh luz del día,
oh muestra de perfección,
oh nuestro favor y abrigo,
oh nuestro amparo,
oh alta Virgen de Aarón,
freno de nuestro enemigo,
oh espejo claro!

Vida de la vida nuestra,
reparo de nuestra herida,
donde entero
junto Dios y Hombre se mues- [tra
por reparar la caída
del primero.
¡Oh Arca del Testamento,
oh reloj del mundo y hora,
a ti llamo:
ve, Señora, mi tormento,
oye, te suplico, ahora
mi reclamo!

¡Cedro en Líbano ensalzado,
ciprés en monte Sión,
alto y fuerte!
¡Oh bálsamo que has quitado
la mancilla y perdición
de nuestra muerte:
torre de David guarnida
de muy fuertes baluartes
y muralla,
de pecadores guarida,
do el demonio con sus artes
teme y calla!

Hija del Eterno Padre,
Madre del Hijo sois vos,
¡oh qué cosa,
que siendo Virgen y Madre,
del que sale de los dos
sois Esposa!
De la Trinidad tan alta
os llamáis, Señora, esclava
y os decís;
cuanto humildad más se esmal- [ta
en vos y más bajo cava,
más subís.

Hicisteis tan alto el vuelo
con vuestra humildad, Señora,
que traído
a la tierra habéis del cielo
al que tierra y cielo adora,
y prendido.
Muy alto subió el neblí,
él cazó y fué cazado:
tanto subisteis,
que al punto de vuestro sí
Dios en vos quedó encerrado,
vos lo asisteis.

El Hijo es Sol verdadero,
vos Luna, por do el que va
nunca yerra.
Vuestro Hijo es el Lucero,

[1] *Las obras de Boscán y Garcilaso, trasladadas en materias cristianas y religiosas* (Granada 1575).

vos la Estrella que de allá
la noche atierra:
por vos Dios claro se ve,
que levanta los caídos
que vos aman.
¡Oh vos, Arca de Noé,
oíd mis tristes gemidos,
que vos llaman!
y el lugar

¡Oh vellón de Gedeón,
que el rocío le ha tocado;
do está puesto aquel vellón
queda seco y no mojado!
Es de mirar,
que otra noche allí ha caído
y cosa no toca en él;
mas debajo
de aquí viene a ser vencido
el madianita crüel,
que el maltrajo.

De carne, ¡oh vellón!, salis- [te,
y de ella jamás pasión
no has sentido.
De carne, ¡oh Virgen!, nacis- [te,
nunca jamás tentación
en ti ha sido.
Eres vellón asentado
en tierra, que al mundo seco
diste nombre:
Dios tal rocío te ha dado,
que en ti hizo aqueste trueco
Dios y Hombre.

Tierra seca te has nombrado,
do aquel vellón puesto es:
el porqué
es porque has Virgen quedado
en el parto, antes y después.
y con gran fe;
y después fuiste mojada
del rocío celestial,
Verbo divino,
y como fuiste tocada,
aquel demonio infernal
perdió el tino.

Hizo en vos Dios tal decha- [do,
de gracias así os pintó
dentro y fuera,
que de vos tuvo cuidado,
y en haceros tal mostró
bien quién era.
Por vos el bien se nos dió,
y Dios buscó la manera,
y fué por vos:
él la mancilla quitó,
mas vos fuisteis medianera
de hombre y Dios.

¡Oh santa antes que nacida,
y antes que los montes fuesen,
tierra y fuentes,
fuisteis de Dios escogida,
para que no pereciesen
tantas gentes!
Dan guerra enemigos tres,
jamás ninguno hay que cese
en dar combate:
tienen con nos interés
tal, que si por vos no fuese,
darían mate.

¡Oh trono de Salomón!
De marfil y oro es
su aposento,
de una parte y de otra son
dos manos, que han sustentado
aqueste asiento:
luego estaban dos leones;
con cada mano subían
a este trono:
por seis ricos escalones,
doce leones tenían
por un tono.

En ti, Virgen, trono que eres,
Dios hombre personalmente
se ha sentado:
hízote entre las mujeres
que fueses más excelente
que ha formado.
De marfil es tu color,
por ser de más castidad
y blancura:
toda de oro, porque flor
eres de más santidad,
criatura.

Eres de más esplendor,
por esto toda de oro

eres pintada,
hizo en ti por tu valor
en este valle de lloro
Dios entrada.
Fué tu asiento humildad,
tu trono rico han guardado
José, Juan,
dos manos que con bondad
acá nunca te han dejado,
y allá están.

Los doce Apóstoles fueron
doce leones que oíste,
que obedeciendo
contino acá te sirvieron:
seis escalones que viste,
ser entiendo
las seis obras de piedad,
que tan alto la han subido
a donde está;
que de mayor caridad
otra tal nunca ha nacido,
ni será.

Era en la parte postrera
lo alto redondo y tal,
cual no se vió,
porque a vos, Virgen, primera
corona más principal
Dios os dió,
tan redonda y rutilante,
que no la hay, y bien se sabe,
más subida;
que Dios no tiene delante
quien tanto alcance y acabe
ni más pida.

Ni quien más a Dios presente
nuestro trabajo y clamores,
que nos ciegan,
ni tampoco quien más siente
la pena de pecadores,
que le ruegan.
Por vos, ¡oh Virgen!, Dios vino
a darnos salud a todos,
él fué el remedio;
mas por vos fué aquel camino:
vos buscasteis vías, modos,
fuisteis medio.

Un solo Dios trino y uno
a vos hizo sola y una:
más perfecta
después de Dios no hay ninguna,
ni es a Dios persona alguna
más acepta.
¡Oh cuánto la tierra os debe,
pues que por vos Dios volvió
la noche en día;
por vos, más blanca que nieve,
el pecador alcanzó
paz y alegría!

Por vos, Virgen, profecías
muy alto tono levantan
y subido;
Salomón y Isaías
en vos, ¡oh Virgen!, Dios, cantan,
que hizo nido.
Vos enmendasteis el yerro
de aquella madre primera,
tan cruel,
que nos dejó en tal destierro
y en la masa que hiciera
mezcló hiel.

Tú, Eva, madrastra fuiste;
mas vos fuisteis verdadera
Madre nuestra,
que ante Dios por nos asiste,
y el camino y la carrera
acá nos muestra.
Si a Dios por Eva perdimos,
por vos a Dios ya ganamos
y tenemos;
todos por Eva caímos,
mas por vos nos levantamos,
si caemos.

Eva nos vistió de luto,
de Dios también nos privó
e hizo mortales;
mas de vos salió tal fruto,
que puso paz y quitó
tantos males.
Por Eva la maldición
cayó en el género humano
y el castigo;
mas por vos la bendición

fué, y a todos dió la mano
Dios de amigo.

¡Oh Estrella y Norte del mar,
puerto, do los que navegan
cobran remo,
do los que van a parar
de sus trabajos sosiegan
por extremo.
Pues que naciste sin par,
dame luz, dame sosiego,
que ando turbado:
ten por bien de me ayudar;
pues con fortuna navego
y no hallo vado.

¡Oh tú, Paloma sin hiel,
que nos abres el camino
y le haces llano!
¡Oh Secretaria de aquel
sagrado Verbo divino
y hombre humano!
¡Oh tú, nardo tan preciado,
oh cinamomo oloroso,
oh rosa y flor,
plátano al agua arraigado,
oye, que estoy doloroso,
mi clamor!

¡Oh estandarte y pendón,
alcázar de nuestra fe,
luz de la vida!
¡Oh tierra de promisión,
ob tú, vara de Jesé
tan florida!
Oye mi triste gemido,
que a ti llama, a ti desea
y a ti quiere;
pues que no será perdido
hombre que tu gesto vea
cuando muere.

Fuiste de Dios tan dotada
de gracias, que no hay ni
en ellas cuento; [presta
mas fuiste tú tan plantada
de humildad, que hizo por ésta
en ti aposento,
pues diste ejemplo y procuras
el perdón, que siempre ganas
al cristiano:
pon en mis llagas tan duras
tu mano;
que quien tú sanas,
queda sano.

¡Alegría de Israel,
que así de Dios ser morada
mereciste!
¡Oh gran puerta de Ezequiel,
que de contino cerrada
siempre fuiste!
Eres la zarza que ardía
verde, a quien nunca tocó
jamás fuego;
eres por quien Dios envía
el remedio y alumbró
al mundo ciego.

A ti alaban
noches, días,
hombres, sierpes, animales
y avecillas:
a ti sirven jerarquías,
con los coros celestiales,
de rodillas.
En ti sola confiamos,
desterrados hijos de Eva,
a ti pedimos
consuelo los que lloramos
en esta tan triste cueva,
do vivimos.

Sola en vos Dios repartió
todas las gracias cumplidas
de alma y vida;
a los otros él las dió
por partes y divididas
por medida.
Ved cuánto sois, Señora:
no puede a Dios comprender
cielo y tierra;
mas tanta gracia en vos mora,
que pudo en vos Dios caber
y en vos se encierra.

¡Oh vos, Virgen concebida
sin mácula y sin pecado
original,
de Dios guardada y tenida
y a quien sola ha preservado!

Decir, Virgen del consuelo,
vuestro loor y perfección,
es pensar
estrellas contar del cielo
y las arenas que son
en la mar.

Ved que sois; pues satisfizo
Dios a sí en os pintar
con tal labor:
por lo mucho que en vos hizo
ninguno basta a contar
vuestro loor,
y que él solo a vos loase
el infinito en potencia
ha ordenado;
porque nadie maculase
la lumbre de la excelencia
que os ha dado.

Principio no hay, ni cabo,
do yo pueda comenzar
decir de vos:
por eso yo no os alabo;
que nadie os puede alabar,
sino Dios.
No nació quien puede hablar
vuestros loores, ni bastó
lengua alguna:
sólo uno os puede alabar,
que es el que sólo os formó
sola una.

¡Oh verdadera Lumbrera!
Por do los que caminamos
no caemos,
danos luz, muestra carrera,
por donde jamás cayamos
ni erremos.
Pon ya paz entre cristianos,
Fe, Esperanza y Caridad,
y Justicia;
todos, alzadas las manos,
pedimos valga verdad,
y no malicia.

Líbranos de aquellos remos
de la barca de Carón,
crudo barquero,
que su río no pasemos;
líbranos de la visión
del Cancerbero.
Pues de ti tal gracia sale,
nuestras flaquezas gobierna
y danos bien
in hac lacrimarum valle,
después *ubi est vita aeterna,*
amén, amén [1].

A LA HUMILDAD DE NUESTRA SEÑORA

CRISTÓBAL CABRERA

(Siglo XVI)

A tu suma humildad, Virgen gloriosa,
mi alma con razón aquí se humilla;
admírase de ver tal maravilla,
¡oh única humildad maravillosa!

¡Oh Virgen toda limpia, toda hermosa,
sin mácula, sin vicio, sin mancilla!
¡Bendito quien te dió tan alta silla!
¡Bendito quien crió tan buena cosa!

[1] *Glosa famosa sobre las coplas de don Jorge Manrique, con otra obra muy contemplativa a la Virgen Nuestra Señora* (Medina del Campo 1574).

Mi alma, mi Señora, te suplica
que ruegues al Señor, que da los dones,
le dé don de humildad y pequeñica.

Pues para se humillar sobran razones,
humíllese mi alma pobrecica,
mirándose al espejo que le pones [1].

A NUESTRA SEÑORA

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

(1547-1616)

Virgen que el sol más bella,
Madre de Dios, que es toda tu alabanza:
del mar del mundo Estrella,
por quien el alma alcanza
a ver de sus borrascas la bonanza,
en mi aflicción te invoco:
advierte, ¡oh gran Señora!, que me anego;
pues ya en las sirtes toco
del desvalido y ciego
temor, a quien el alma ansiosa entrego.
La voluntad, que es mía,
y la puedo guardar, ésa os ofrezco,
Santísima María:
mirad, que desfallezco:
dadme, Señora, el bien que no merezco [2].

* * *

Por ti, Virgen hermosa, esparce ufano,
contra el rigor, con quien amenaza el cielo,
entre los surcos del labrado suelo,
el pobre labrador el rico grano.

Por ti surca las aguas del mar cano
el mercader en débil leño a vuelo;
y en rigor del sol, como del hielo,
pisa alegre el soldado el risco y llano.

Por ti infinitas veces, ya perdida
la fuerza del que busca y del que ruega,
se cobra y se promete la victoria:

[1] *Poetas religiosos inéditos del siglo XVI,* sacados a luz por don Marcelo Macías y García (La Coruña 1890).
[2] *La gran sultana doña Catalina de Oviedo.* Jornada 2.ª Ed. Schewil y Bonilla (Madrid 1916), p. 173.

por ti, báculo fuerte de la vida,
tal vez aspira a lo imposible, y llega
el deseo a las puertas de la gloria.

¡Oh esperanza notoria,
amiga de alentar los desmayados,
aunque estén en miseria sepultados! [1]

EPITETOS A LA SACRATISIMA MADRE DE DIOS

ANTONIO LA-SIERRA

(Siglo XVII)

La lengua más fecunda
no es posible que diga, ¡oh Virgen pía!,
vuestra humildad profunda
si la luz no la guía
que en el mundo os crió por luz del día.

Por no caer en mengua
hallando tanto en vos, Virgen sagrada,
haced nueva mi lengua
quien la hizo de nada
para tener suceso en tal jornada.

Y aunque su gran rudeza
la acobarda y la hace temerosa,
emprenderá esa alteza
y saldrá victoriosa
guiada desa mano poderosa.

Mas, pues es imposible,
aunque todos los miembros lenguas fuesen
y más de lo posible
en vuestra loa hiciesen,
que con su pretensión, Virgen, saliesen.

Detén, ¡oh Musa!, el paso,
porque, aunque torpe y rudo, al fin discierno
que al deístico vaso
do cupo el Verbo Eterno
sólo al justo lo alaba el sacro Terno.

Y si Moisés se espanta
de ver arder la zarza, y admirado
a verse se adelanta,
para lo cual mandado
le fué que se quitase su calzado,

1 *Comedia de la entretenida,* jornada 2.ª, Ed. Schewil y Bonilla (Madrid 1918), p. 50.

Virgen, para alabarte,
la escoria de mi vida infructuosa
tengo de echar aparte,
pues sois la milagrosa
e incombusta zarza victoriosa.

En vos, Virgen, confío,
de vos espero aquel sagrado aliento
que me alienta y da brío
nuevo a mi atrevimiento,
que da en vuestra alabanza vela al viento.

Sola en vos ha cabido
el Inmenso y vos sola lo engendrasteis,
y, aunque Dios no habéis sido,
tanto os aventajasteis,
que cuanto Dios no es, atrás dejasteis:

Sois su obra tan perfecta
porque lo sois del brazo omnipotente,
de aquel a quien respeta
el cielo refulgente,
el aire, el agua, tierra y fuego ardiente.

La fábrica y hechura
del arca de aquel Viejo Testamento
de que humana criatura
ni humano entendimiento
no la fió el Autor del firmamento,

por ser el fiel trasunto,
un puro y claro espejo cristalino,
sin que le falte punto
al arca en que convino
que se encerrase acá el Verbo divino.

Y así, a la hechura rara
de tal arca cual Vos, Virgen María,
de sí era cosa clara
que a la Sabiduría
eterna el fabricarla convenía.

Y así, el que os ha criado,
por ser divino artífice y tan diestro,
en vos el resto ha echado,
y así, para bien nuestro,
os hizo arca y Madre del Maestro.

Por Hija el Sumo Padre
os escogió de antes que nacisteis,
y para dulce Madre,
aquel que concebisteis,
y del Espíritu Santo fuisteis,

El arcángel glorioso,
¡oh Virgen!, os llamó llena de gracia,
y el Bautista dichoso,
aun con más eficacia,
descubre en vos el fin de la desgracia.

Monte sois exaltado,
¡oh Virgen!, sobre toda excelsa alteza,
pues habéis alcanzado
por vuestra gran pureza
ser reina de la celestial riqueza.

Sois palma levantada
hasta el eterno trono y sus confines
y muy más ensalzada
que el sol y querubines;
más pura que los puros serafines.

Sois guía y capitana
de todos los que viven en el cielo;
naturaleza humana
por vos goza en el suelo
de gracia, gloria, paz, vida y consuelo.

¡Oh Virgen generosa,
de todas las virtudes madre cierta!;
estrella milagrosa,
del paraíso puerta
para vuestros devotos siempre abierta.

Virgen sabia y prudente,
del alto Dios humilde y dulce Esposa,
del cielo refulgente
escala misteriosa;
lilio de castidad, purpúrea rosa.

Espejo sin mancilla,
Madre de piedad y misericordia,
celestial maravilla,
ñudo de la concordia.
destierro universal de la discordia.

Emperatriz del cielo
y triclinio del Terno sacrosanto,
honra de cielo y suelo
y fin de nuestro llanto
y muro contra el reino del espanto.

Botica de salud,
de los enfermos propria medicina,
escuela de virtud,
única flor divina
de la pureza inmensa de Dios dina.

De Salomón sois trono
y huerto con divina cerradura,
testigo del abono
que el bien nos asegura,
y deste mar, navegación segura.

Casa de Dios gloriosa,
y de Cristo, sagrado santuario;
silla maravillosa
y perpetuo sagrario
donde moró el eterno relicario.

Sois el templo animado,
y del Autor de vida, gran morada,
donde el Verbo encarnado
halló libre la entrada
por ser para su gusto reservada.

Refugio deste mundo,
restauradora del linaje humano,
espanto del profundo,
cadena del tirano
y, para llegar a Dios, camino llano.

Firme y seguro báculo
donde nuestra esperanza se asegura,
apostólico oráculo,
raíz del bien que dura,
norte cierto y navegación segura.

Luz contra las tinieblas,
de quien el Sol nació que ha desterrado
las vaporosas nieblas
que tenían ofuscado
al que a la mortal sombra vió asentado.

Paristes un Cordero,
cuyo vellón tan sólo hubo bastado
a dar vestido entero
al que, por el pecado,
desnudo de la gracia hubo quedado.

Sois fuente de la gracia,
resurrección de muertos verdadera,
sois fin de la desgracia
y fin de la dentera
que nos pudo causar Eva primera.

Sois luz de las estrellas,
y del mundo, hermosísimo ornamento;
corona de doncellas,
sumo gozo y contento
de los que viven sobre el firmamento.

Sois la escalera firme
por do bajó la paz al bajo suelo,
y quien a vos se afirme,
sin peligro y recelo
a gozar subirá del bien del cielo.

Por Eva entró la muerte
en el mundo, y en él halló guarida,
y en rica y feliz suerte
la vemos convertida
pariendo Virgen pura al que dió vida.

Dios os salve, Doncella,
muy más clara que el sol y más hermosa
que no la aurora bella;
casta, pura y lustrosa,
y entre todas, bendita y más dichosa.

Es tal vuestra ventura,
que, siendo Reina de los celestiales,
sois madre y Virgen pura
y sois de los mortales
salud y medicina de sus males.

Los ángeles se gozan
por ver que de tal Reina son criados;
los cielos se alborozan,
de vuestro amor prendados,
en éxtasis divino arrebatados.

Sois celestial ventana
por donde al siglo Dios envía lumbre;
cámara soberana
del que rige la cumbre,
la mancha y terrena pesadumbre.

Reina, Madre y Señora
de los que en este valle sospirando,
como a su protectora,
siempre os están llamando
y la intercesión vuestra procurando:

¡Acordaos en el cielo,
oh Virgen, pues gozáis de suma gloria,
de los de acá del suelo,
para que con victoria
salgan de aquesta vida transitoria! [1]

[1] *El solitario poeta* (Zaragoza 1613), fol. 99.

CANCION A LA VIRGEN NUESTRA SEÑORA

FRANCISCO DE OCAÑA

(Siglo XVII)

—¿Do venís, Reina del cielo,
remedio de nuestra vida?
—Vengo del amor vencida.

—¿Do venís, Virgen María,
más hermosa que las flores,
que dais a los pecadores
con vuestro gesto alegría?
Venís con más lozanía
que lirio y rosa florida.
—Vengo del amor vencida.

—¿Do venís, gentil Doncella,
tan linda y sin arrebol,
muy más hermosa que el sol,
que la luna ni que estrella?
Venís más hermosa y bella
que ninguna de esta vida.
—Vengo del amor vencida.

—¿Do venís, Señora mía,
Paloma limpia sin hiel,
más hermosa que Raquel,
toda llena de armonía?
Parecéis la clara vía
que al cielo nos da subida.
—Vengo del amor vencida.

—¿Do venís, Virgen gloriosa,
de la gloria flor de lis,
con más olor que ámbar gris,
ni que la mirra preciosa,
más que bálsamo olorosa
y más que perlas pulida?
—Vengo del amor vencida,

»Vengo de amor recuestada
de parte del alto Dios,
para los primeros dos
tornallos a su morada:
de requesta no pensada
he sido muy prevenida:
Vengo del amor vencida.

»Un ángel del alto cielo
a mi cámara bajó,
y tales nuevas me dió
que al mundo traen consuelo:
yo escuché con buen celo
palabras de tal venida:
Vengo del amor vencida.

»Díjome que pariría
al Hijo de Dios Eterno,
para librar del infierno
los hombres por su valía:
acepté con alegría,
por no ser descomedida:
Vengo del amor vencida.

»Acepté la voluntad
del Señor que me crió,
y en aquel punto tocó
conmigo Divinidad,
y llenó mi Humanidad
la Divinidad unida:
Vengo del amor vencida.

»Por su muy grande poder
y por su misericordia,
quiere poner en concordia
lo que turbó Lucifer,
y obediente a su querer
consentí ser requerida:
Vengo del amor vencida [1].

[1] *Canciones para cantar la noche de Navidad* (Alcalá 1603).

ORACION A LA VIRGEN NUESTRA SEÑORA

JUAN DE NARVÁEZ

(Siglo XVI)

A la Virgen rogarás,
templo de Dios y holgura,
que te alcance gracia pura
de su Hijo, a quien irás.
Item lo mismo harás
al ángel que te fué dado:
y a los otros por tal grado,
cual por ti mejor verás.

ORACIÓN DEL ÁNIMA A DIOS PADRE

¡Oh Padre celestial,
que el universo criaste
y de nada lo fundaste
con tu poder sustancial:
yo, tu obra racional,
a ti suplico, humillada,
no sea menospreciada
de tu virtud eternal.

ORACION AL HIJO

Hijo de Dios, que quisiste
del seno del Sumo Padre
descender, donde en tu Madre
nuestra humanidad vestiste:
ruégote, pues consentiste
padecer por mi dolor,
que me perdones, Señor,
por la pasión que sufriste.

ORACIÓN A LA MADRE DE DIOS

Ruégote, Virgen sagrada,
socorro de pecadores,
que de gozos y dolores
fuiste la más abundada,
por aquella inestimada
grave pasión que sentiste
del Hijo que muerto viste,
que me seas abogada [1].

HIMNO A LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

MANUEL MARÍA DE ARJONA

Virgen, cuyo nombre
al infierno aterra,
a quien el empíreo
aclama su reina,
desde el alto solio,
madre de clemencia,
desciende a ampararme
en mi lucha horrenda.
De muerte las sombras
mi espíritu cercan,
que el abismo abierto
a mis pies presentan.

Son, ¡ay!, mis pecados
más que las arenas
que el mar extendido
bate en sus riberas.
Contra mí indignada
la justicia eterna,
el rayo ya vibra
en la airada diestra;
mas ¿cuándo en los siglos
se oyó que perezca
quien te implora, ¡oh Virgen!
por su medianera?

[1] *Libro de las lamentaciones y de la partida del alma*, en «Cancionero de la Inmaculada», de Rodríguez Zapata (Sevilla 1876), pagina 159.

(1771-1820)

Sí, Madre; mi alma,
de angustias exenta,
vestirse ya siente
de celeste fuerza.
A tu solo nombre
la serpiente fiera,
cual del rayo herida,
huyó a sus cavernas.
Ya mi dulce esposo,
las iras depuestas,
en su amante mano
el laurel me muestra.
¡Qué pura alegría!
¡Qué santa terneza,
Redentor benigno,
el alma enajena!
Adiós, mundo inicuo,
que al justo desprecias;
donde el vicio triunfa
contra la inocencia;
adiós para siempre,
execrable tierra,
que el sagrado nombre
de mi Dios blasfemas.
A ti voy, ¡oh patria!,
mansión de pureza,
que en perpetuos himnos
a Jesús celebras.
Pronto veré, ¡oh cielo!,
tus escuadras bellas
y a Jesús ciñendo
la corona regia.
Rompe ya, alma mía,
rompe esas cadenas
y al divino seno
de tu amado vuela.
¿Abrirse no miras
las eternas puertas
y en luz inundada
la región suprema?
¡Corazón sagrado!
En tu amor me incendia;
abrasa mi alma,
deidad sempiterna [1].

A LA VIRGEN MARIA

AMADO NERVO

(1870-1919)

Si tú me dices «Ven», lo dejo todo...
No volveré siquiera la mirada
para mirar a la mujer amada...
Pero dímelo fuerte, de tal modo,

que tu voz, como toque de llamada,
vibre hasta en el más íntimo recodo
del ser, levante el alma de su lodo
y hiera el corazón como una espada.

Si tú me dices «Ven», todo lo dejo.
llegaré a tu santuario casi viejo
y al fulgor de la luz crepuscular;

mas he de compensarte mi retardo
difundiéndome, ¡oh Madre!, como un nardo
de perfume sutil, ante tu altar [2].

[1] *Poetas líricos del siglo XVIII*, t. 2, en «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneyra, v. 43, p. 526.
[2] *Obras completas* de Amado Nervo.

AVE MARIA

Rafael Laffon

(Contemporáneo)

Oliva verde,
paloma blanca:
¡Ave María,
llena de gracia!
Bajo los cielos
se pasmó un aura.
En ledas brisas,
ventalle de alas.
Sonad, las voces
más delicadas,
cítaras dulces,
violas y flautas.
Los tañedores
ángeles pasan,
tenue el ropaje
de aurora cándida:
—¿Dónde la fuente
de Dios sellada?
Por los oteros
de mirra amarga,
las avecillas
su amor proclaman.
—¿Dónde el espejo
de agua más clara?
Por esta vena
de linfa intacta,
la fe sus gozos
puros retrata.
¡Oh sol de oro,
luna de plata,
pájaros, linfas,
flores y arpas:
no sois belleza
para igualarla!
Oliva verde,
paloma blanca:
¡Ave María
llena de gracia!
Dios en estrados...
Tú, la abogada.
Célico escudo,
columna ingrávida.
Paz en la tierra,
fuego en las aras,
y, entre los hombres,
santa palabra.
Cuando en la noche
duermen las casas
—¡ay, qué lucero
de fría escarcha!—
y la azucena
de aroma embriaga,
tejen los labios
tiernos su escala...
¡Divino anhelo
bajo tus plantas!
¡Oh en la corona
de Dios guirnalda!
Nieve en la cumbre
que no fué hollada;
palma triunfante,
trino en la palma.
¡Oh hija de amores
privilegiada!
En la secreta,
fragante cámara,
la voz del ángel
te requebraba:
Oliva verde,
paloma blaca:
¡Ave María,
llena de gracia! [1].

[1] *Poesías*, ediciones Aljarafe (Sevilla 1945).

III. ADVOCACIONES DE LA VIRGEN

VIRGEN DEL AMOR HERMOSO [1]

VICENTE WENCESLAO QUEROL

(1836-1889)

Todo cuanto la espléndida
naturaleza abarca
y en el humano espíritu
lleva de Dios la marca,
las risas o las lágrimas,
el goce o el dolor,
todo es como una mística
ofrenda en tu ara santa
y forma el himno angélico
que te celebra y canta
a ti, *Virgen purísima*
del celestial amor.

Cuando estos valles lóbrega
la tempestad enluta
y de los viejos árboles
la sazonada fruta
se lleva entre sus ráfagas
el viento asolador,
del afligido rústico
la mísera familia
reza en silencio, y próvida
quien su pobreza auxilia
es la *Virgen purísima*
del celestial amor.

Cuando fecunda y pródiga
en los estivos meses,
coronada de pámpanos
y de maduras mieses,
la tierra alegra el ánimo
del pobre labrador,
llenan gozosos cánticos
los valles y florestas
y las sagradas bóvedas
los himnos de las fiestas
a ti, *Virgen purísima*
del celestial amor.

El desgraciado huérfano,
la madre dolorida,
quien da en la guerra el último
suspiro de la vida,
quien gime en duras cárceles,
quien llora el deshonor,
quien se ha salvado náufrago
sobre desierta roca,
todo el que sufre víctima
de suerte adversa, invoca
a la *Virgen purísima*
del celestial amor.

Todo el que llega al término
de una ambición sublime;
quien la humillada patria
de la opresión redime;
quien la pasión indómita
sujeta vencedor;
quien el laurel artístico
ciñe a las nobles sienes,
todos rinden el éxito
de sus logrados bienes
a la *Virgen purísima*
del celestial amor.

[1] Las advocaciones van ordenadas alfabéticamente.

Los que los tiernos vínculos
y los amantes lazos
de nuestra dicha efímera
miramos en pedazos,
viendo en la vida un árido
vergel sin una flor,
las plácidas imágenes
de la ventura nuestra
buscamos en los ángeles
que moran a la diestra
de la *Virgen purísima*
del celestial amor.

¡Oh tú, que entre los már- [tires,
y las gloriosas almas,
y el coro de las vírgenes,
que agitan verdes palmas,
estás junto al altísimo
trono del Redentor!
Acoge nuestras súplicas
y sea nuestra muerte
como un dichoso tránsito
para en los cielos verte
a ti, *Virgen purísima*
del celestial amor [1].

VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS

VICTORIANO RIVAS

Jesuita (contemporáneo)

¿Qué hace esa mano en alto, Nazarena,
sobre la Vida muerta en tu regazo?
Si parece el intento de un abrazo
que quebró el peso inmenso de una pena.

¡Qué muerta está la Vida, que se inclina
esquivando tu abrazo dolorido;
qué frío su mirar, que está caído,
ajeno a tu mirada cristalina!

¡Oh Reina de la Angustia y la Amargura,
doncella lloradora del gran duelo,
dolor supremo de un amor divino:

¡Aquí vengo a entregarme a tu ternura
y a templar en tu largo desconsuelo
este amor y dolor de mi camino!... [2]

VIRGEN DE ARCHIDONA

PEDRO DE ESPINOSA

(1578-1650)

Farol de esta comarca,
luz de Archidona,
Virgen Madre de gracia,
Virgen toda graciosa.

Tu nido en alto tienes,
blanca paloma,
tan alto, que parece
escala de la gloria.

[1] *Rimas*, en Colección de Escritores Castellanos (Madrid 1891), página 253.
[2] *Poesía nueva de jesuítas*, selección de José María Pemán (Madrid 1948).

Tú del Sol eres Madre,
rosada aurora,
privilegiado oriente,
no ultrajado de sombras.
Países extranjeros
tu gracia invocan,
y tu amor solicitan
lejas palmas devotas:
Donde en saraos y justas
almas gloriosas
enristran blancas palmas,
calan yelmos de rosas.
Allí oyes que te llama
gente remota:
despachas sus gemidos,
su llanto en risa tornas.
Luego, por ver tu cara,
ya sin congoja,
deslindan los caminos
agradecidas tropas.
¡Oh Virgen, Reina mía,
que de mi roca,
me llamaste a tu casa,
a dignidad de escoba.
Fiesta harán mis versos
para memoria,
porque no estimo en tanto
triunfo y laurel de Roma [1].

A LA VIRGEN DE ATOCHA, POR LA SALUD DE FELIPE III

Luis de Góngora

(1561-1627)

Esta de flores, cuando no divina,
industriosa unión, que ciento a ciento
las abejas, con rudo no argumento,
en ruda sí confunden oficina,

cómplice Prometea en la rapina
del voraz fué, del lúcido elemento,
a cuya luz suave es alimento,
cuya luz su recíproca es ruina.

Esta, pues, confusión hoy coronada
del esplendor que contra sí fomenta,
por la salud, ¡oh Virgen Madre!, erijo

del mayor Rey, cuya invencible espada,
en cuanto Febo dora o Cintia argenta
trompa es siempre gloriosa de tu Hijo [2].

[1] *Obras de Pedro de Espinosa*, ed. Real Academia (Madrid 1909), pagina 58.
[2] *Obras poéticas de Góngora* (New York 1921), t. XI, p. 302.

VIRGEN DE LA AURORA

ALFONSO VERDUGG Y CASTILLA

Conde de Torrepalma (1706-1767)

Ya del eterno sol, divina Aurora,
a tu albor matutino, en nuevo día
renace el pueblo, y de la noche fría
huye el horror, y el cielo se colora.

Ya te saluda en tu primera hora
tanta ave dulce, dulce ave María,
compitiendo en tu agrado la armonía
del que himnos canta y del que culpas llora.

Salude alba tan pura húmedo cielo
con fecundo rocío, y tu semblante
vivifique uno y otro campo adusto.

Vuelve, Señora, a ser nuestro consuelo;
danos nube de lluvias abundante,
como antes diste de tu seno al Justo [1].

VIRGEN BLANCA DE VITORIA

ALFONSO VERDUGO Y CASTILLA

Catedrático (contemporáneo)

Santa Virgen de Vitoria,
nieve cuajada en verano,
níveo esmalte en la esmeralda
de los alaveses prados.
Blanca concepción, paréntesis
en la prosa del pecado,
huella del poder de Dios
en el lodazal humano.
Blanca estrella, que a tu norte
polarizas nuestros pasos
y la claridad eterna
transparentas en tus rayos.
Blanca oveja, que del cielo
lavó el rocío temprano
para dar sangre a la víctima
del sacrificio más alto.
Blanca luna en negra noche,
excepción del luto humano;

1 *El Deucalión* (Madrid 1741).

en el cieno de la culpa,
impoluto armiño blanco.
Blanca nube del Oriente
que el profeta vió en su rapto
llena de fecundidades
para los sedientos campos.
Bandera blanca que anuncias
a Dios y al hombre amistados,
sobre la culpa primera
sin mancha triunfante lábaro.
Blanca paloma, mensaje
del cielo al suelo enviado,
como nuncio del Cordero,
que quita al mundo el pecado.
Blanca aurora del gran día
en que fué el Verbo encarnado,
trasuntada en casta rosa
de pétalos más intactos.
Blanca nieve, blanca nieve,
nieve cuajada en verano,
anticipo del rescate
que un Dios por ti dará en pago.
A tus pies, ¡oh Virgen Blanca!,
mil flores depositamos,
todas blancas y una roja:
el corazón que te damos [1].

VIRGEN DEL CARMEN

LUYS SANTA MARINA

Periodista (contemporáneo)

—Madre de Dios, la marinera
Virgen de túnica obscura
y manto blanco, que en las iglesias
miras desde la penumbra
villas al mar consagradas
desde siglos; tú, a quien las brumas
y las borrascas son familiares
y pareces flotar entre espumas
marinas en vez de nubes,
y tus estrellas son medusas,
dime: ¿dó están las fragatas,
y las goletas, y las urcas,

[1] *Mes de María* (Barcelona 1943), p. 79.

bergantines, lugres, pataches,
cuyas altas arboladuras
crujieron a todos los vientos
y al Norte no tornaron nunca?

—Hijo, allí arriba tengo una iglesia
más grande que vuestras parroquias,
abraza todos los cielos
que se reflejan en las olas;
allí de estrellas doradas
cuelgo las naves, y parecen
pequeñitas como exvotos,
y navegan, y van y vienen;
y el Niño las mira y se ríe
igual que los pequeñines
que sus madres llevan a misa:
miran, alean y quieren
el barco colgado allí arriba [1].

VIRGEN DEL CASTAÑAR

GERMÁN SIERRA

(Contemporáneo)

Béjar estaba ojerosa,
la peste la desolaba,
se enterraban por familias
desde el «Puerto» a la «Garganta».
El horizonte de Béjar
era una rodilla hincada.
Viendo la Virgen María
esta parcela de lágrimas,
cárdena por el dolor
y verde por la esperanza,
decidió bajar al suelo
para ella misma enjugarlas.
Con sus celestes pupilas
fué corriendo la comarca
desde la sierra de Béjar
hasta la peña de Francia.
En medio del Castañar
ha posado la mirada
y su imagen de hace siglos
vió bajo la tierra parda.
—Por librarla de los moros,
los cristianos la enterraran—.
Y vió también a Joaquín,
el pastor de la «Garganta»,
que dormía como un justo
sobre un castaño la espalda.
—Joaquín, Joaquín, búscame—
dijo de su lengua santa.
Joaquín cuenta por el pueblo
estas delicias soñadas.
Nadie le concede oídos,
de visionario le tachan.
El veinticuatro de marzo,
Joaquín cruza la muralla;
rompiendo el tul de la noche,
busca la ermita cercana.
Luces, luces en el monte
tuercen sus toscas pisadas;
no le arredra hambriento lobo
ni el cárabo le acobarda;
escala el medroso monte
como flecha a su diana.
Llega al radioso castaño,
la luz casi le cegaba,

1 *Halladas* (Barcelona 1940).

y lo ve ya florecido
con sus candelas doradas,
como divinos caireles,
heraldos de albas distancias.
¡Ay, Béjar, si tu supieras
que ésta es tu noche más alta!
¡Que están ya los angelitos
tendiendo la escalinata
y los pájaros diurnos
trinan a una luz extraña!
¡Ay, Béjar, si tú supieras
qué Señora es la que baja!
Joaquín decidió velar
hasta que llegase el alba:
¡Qué tranquilidad de lirios
le envolvía la zamarra!
Cuando llegó la Señora,
no hubo que hacer antesala;
el alcor estaba aupado
hacia sus divinas plantas.
¡Qué destellos de dulzor
le salían de la cara!
¡Qué intimidades y mieles
el hontanar de su habla!
Llegaba como enfermera
con la salud y la gracia.
Allí le ofreció a Joaquín
proteger a la comarca,
sus vientos y sus ganados,
sus veredas y sus aguas.
Anuncióle que la peste
detendría su guadaña,
y, mostrándole el castaño,
dijo que allí la buscara
para levantar su culto
entre candelas y ramas.
Llena de ausencias celestes
ha quedado la mañana.
Joaquín bajó a la ciudad,
el pecho le restallaba.
Ya subía el vecindario
por la vereda de plata;
unos van desconfiados,
otros llenos de esperanza.
Cuando vieron los erizos
que en el aire se brizaban,
cayó el pueblo de rodillas
gritando: «¡Señora!, ¡Hosan-
[na!...»
Un sol de convalecencia
envolvía la comarca.
Desenterraron la imagen
y en procesión la bajaban
con ramitos de castaños
como en domingo de Palmas.
La esperan los apestados
al calor de las solanas;
todos recobran su ser
al contacto de las ramas.
Béjar estaba ojerosa,
la peste la desolaba;
pero ha bajado María
con la salud y la gracia.
Joaquín vende su ganado
y hacienda que disfrutaba;
edifica una capilla
donde poder venerarla.
Y se va a vivir allí
hasta el fin de su jornada,
mil cuatrocientos ochenta
año de la era cristiana [1].

VIRGEN DE LA CUEVA SANTA

DIEGO DE TORRES VILLARROEL

(1696-1759?)

Hagan ecos dulces,
¡oh Virgen María!,
en tu Cueva Santa
nuestras agonías.

Cueva Santa eres,
donde se eterniza
aquel insondable
pozo de aguas vivas

1 Publicada en la prensa local.

Cueva donde encuentra
entrada y salida,
por cueva de gracia,
el Sol de justicia.
Cueva cuya entrada
se ostenta benigna,
brevemente en sola
una Ave María.
Cueva siempre santa,
tan graciosa y fina,
que nadie se queja
de la despedida.
Cueva eres, de donde
nos vienen las dichas,
gozos y consuelos,
gracias y caricias.
Amparo, refugio,
salud, medicina,
remedio, socorro,
luz, camino y guía.
Descanso a desvelos,
alivio a fatigas,
aliento a desmayos,
ventura a desdichas.
Contra el enemigo,
escudo, loriga,
greba, yelmo, lanza,
arnés y cuchilla.
Puerta del Oriente,
siempre cristalina,
y puerta de quien
todo el cielo es silla.
Puerta que con ella
a la sierpe antigua,
dándole en los ojos,
la condenó en vista.
Puerta que quebranta
cervices altivas
del dragón que horrible
siete lenguas vibra.
Puerta soberana
que por diamantina,
a las del infierno
destroza y desquicia.
Puerto eres seguro,
pues todos publican
que a buen puerto llega
quien de ti se abriga.
Espejo luciente
de forma tan linda,
que hace buena cara
al que en él se mira.
Estrella del mar,
en cuya luz fija
tiene buena estrella
quien de ella se fía.
Eres casa de oro
para el que mendiga,
pues siempre en ti el pobre
halla casa rica;
matutina estrella,
y tan matutina,
que haces sol la sombra,
y la noche, día.
Del Amor divino,
Esposa querida;
de Dios Hijo, Madre;
de Dios Padre, Hija.
Madre siempre virgen,
siempre pura y limpia:
limpia concibiendo,
pura concebida.
Corona de astros
en la corte empírea,
de luna calzada
y de sol vestida.
Flor la más luciente,
luz la más florida,
que da resplandores
a las maravillas.
Virgen tan prudente,
que en vela continua,
nunca se vió en ti
la luz extinguida.
Aurora brillante,
alba esclarecida,
en quien nada es llanto
y en quien todo es risa.
Unica especiosa,
real margarita,
que apuró en el precio
al cielo sus Indias.
Esclava y Señora,
pero tan divina,
que a un tiempo te exaltas
con lo que te humillas.

Reina tan humilde,
que a las jerarquías,
por humilde y reina,
causas armonía.
Virgen poderosa,
Virgen escogida,
Virgen excelente,
Virgen peregrina.
Madre de clemencias,
Madre de delicias,
Madre de dulzuras,
Madre de alegrías.
Belona terrible,
que rayos fulminas
contra barbarismo,
contra idolatrías.
Azote divino
de las herejías,
que al Norte obscurecen
y le descaminan.
En ti está de asiento
la sabiduría,
por quien reyes reinan,
potentes dominan.
Rosa en Jericó,
palma en Cades brillas,
y bálsamo excelso,
nos aromatizas.
Suavidad esparces
como electra mirra
y el panal de grana
tu labio es almíbar.
Fuente eres sellada,
escala sin ruina,
paloma sin hiel,
rosa sin espinas.
Tierra sin tributo,
torre defendida,
arca sin naufragio,
vaso sin acíbar.
Estrella sin noche,
vara no torcida,
espejo sin mancha
y nave sin scilla.
Ciprés elevado,
singular oliva,
exaltado cedro
y fecunda viña.
Abigaíl bella,
Raquel aplaudida,
Ester soberana
y Iudit invicta.
Eres toda pulcra,
celestial María,
de tu pelo una hebra
dulce es de amor liga.
Ojos de paloma,
que en quiebras anida
de tórtola amante
la hermosa mejilla.
Torre de David
la garganta indica,
fragancias de incienso
el vestido espira.
Africa y Europa
tu imagen admiran
y América y Asia
ya la solemnizan.
Concede te aplauda
la pluma, la lira,
el canto, la musa,
el rapto y la rima.
Admite, Señora,
esta rogativa
que el amor te ofrece,
la fe te dedica.
Y tu devoción
permite se imprima
en los corazones
con sangre por tinta.
Infieles convierte,
cristianos auxilia,
concordias ordena,
reyes pacifica.
Fervores alienta,
piedades excita,
potencias inflama,
pechos ilumina.
Incendios aplaca,
vientos apacigua,
piélagos serena,
tierras fertiliza.
Destierra, destruye,
aparta, aniquila,
rebate, repele,
impide y evita

las hambres, las pestes,
las guerras, las cismas,
las muertes, los daños,
los odios, las iras.

Y en siglos eternos
tu soberanía
luzca, brille, alumbre,
triunfe, reine y viva [1].

VIRGEN DE LOS DESAMPARADOS

EDUARDO L. DEL PALACIO

Profesor de francés (contemporáneo)

(Oración de desagravio)

¡Madre de los Desamparados,
que, ante los odios desbordados,
te viste, entre la multitud
de extranjerizos renegados,
por obra de nuestros pecados,
desamparada también tú!

Los que sufrimos por tu ausencia
—huérfano el pueblo de Valencia
de tu divina intercesión—
vejamen, hambre y violencia,
venimos hoy en penitencia
a postular de ti un favor.

Esos estigmas que imprimiera
llama sacrílega y artera
en tu semblante virginal,
el pecho abrasen de manera
que en él enciendan una hoguera
donde tu amor perdure ya.

Y cuando el óleo del olvido
unja a tu pueblo redimido,
tú, Madre nuestra del perdón,
¡asiste en su último latido
al corazón así prendido
y acójalo en su seno Dios! [2]

[1] *Composiciones varias*, en Biblioteca de Autores Españoles, Rivadeneyra *(Líricos del siglo XVIII*, t. 1, v. 61).
[2] *Clepsidra* (Madrid 1940), p. 172.

VIRGEN DE LA ESPERANZA

MANUEL MACHADO

(1874-1947)

¡ Virgen de la Esperanza ! ¡ Macarena !...
Y una explosión de sol y de armonía
y un fluir generoso de alegría...
¡ Y un sentir que está el alma toda llena !

¡ Virgen de la Esperanza ! En tu morena
cara divina el sevillano día
toma toda la luz de su poesía...
Mañana de cristal, tarde serena.

Ya mira la divina Redentora
con el mal y la muerte nuestra guerra
desde la diestra divinal del Padre.

Y no olvida la angélica Señora
que es la Reina del cielo, ¡ y de la tierra !
Que es la Madre de Dios y nuestra Madre [1].

VIRGEN DE FATIMA

JULIÁN PEMARTÍN SANJUÁN

Director del I. N. L. E. (contemporáneo)

Virgen que no tiene altar,
porque es Virgen andariega,
y cuando la noche llega,
se queda en un palomar;
Virgen que sabe curar
al ciego y al impedido.
Alas de paloma pido,
alas de paloma anhelo,
para que mi fe, en un vuelo,
a sus plantas haga nido [2].

[1] *Estampas sevillanas* (Madrid 1949).
[2] Publicada al dorso de una estampa popular de la Virgen de Fátima

VIRGEN DE LA FUENCISLA

Juan Eugenio Hartzenbusch

(1806-1880)

Salve, Reina poderosa
de los hombres y del cielo,
templo de oro, blanca rosa,
fuente viva de consuelo
para el triste pecador.

Salve, tú, que a la serpiente,
que rindió nuestra flaqueza,
quebrantástele la frente;
salve, espejo de pureza,
Virgen madre del Señor.

Como el sol que el orbe dora,
sin descanso tú repartes
del ocaso hasta la aurora
tu piedad en todas partes
con desvelo maternal.

Ya tus pies hoy reunido
todo el pueblo segoviano,
las mercedes que ha debido
al Eterno por tu mano
agradécete leal.

Cuando airado el Juez tremendo
en la tierra nos aísla
con los males combatiendo,
¡Madre nuestra de Fuencisla!,
nuestros ayes van a ti.

Que es tu seno de ternura
rico vaso que recoge
nuestro llanto y le depura;
y así, Dios el ruego acoge
que ofendiérale sin ti.

Levantó su voz la guerra
por los ámbitos de España
y amagó dejar la tierra
plaga horrible con su saña
en total devastación.

Suspirando, al templo sacro
a implorar tu gracia fuimos,
y a tu augusto simulacro
con el luto le vestimos
que llevaba el corazón.

Y al Altísimo aplacaron
tus plegarias, Virgen pía,
y las tumbas se cerraron
que la peste cada día
ensanchaba más tenaz.

Y cesó la lucha horrenda
más terrible que la peste,
y los gritos de contienda
resarció el favor celeste
con los himnos de la paz.

Muda ya la fiera trompa
que sonaba con espanto,
da Segovia en esta pompa
y en la gala de tu manto
grato indicio de su fe.

Signo es doble, Madre nuestra,
de salud por ti alcanzada,
y a la par también demuestra
que de España desterrada
la discordia al fin se ve.

Brillen, pues, los rayos puros
del clarísimo lucero,
que al salir de nuestros muros
testifica el mundo entero
tu dichosa traslación;

y hagan hoy sus tornasoles,
por influjo soberano,
desde aquí a los españoles
ser un pueblo todo hermano,
más familia que nación.

Y esta España, cuyo aliento
se dignó el saber profundo
elegir por instrumento
que rindiera medio mundo
a la cruz del Salvador,

logre ser, ¡oh Virgen pura!,
por lo fiel que te venera,
la nación de más ventura,
ya que ha sido la primera
en virtudes y valor [1].

VIRGEN DE GUADALUPE

Pedro López de Ayala

Canciller (1332-1407)

Señora, por cuanto supe
tus acorros, en ti espero,
y a tu casa en Guadalupe
prometo de ser romero.

Tú muy dulce melesina
fueste siempre a cuitados
e acorriste muy aina
a los tus encomendados;
por ende en mis cuidados
y mi prisión tan dura,
vesitar la tu figura
fué mi talante primero.

Señora, por cuanto supe
tus acorros, en ti espero,
y a tu casa en Guadalupe
prometo de ser romero.

En mis cuitas todavía
siempre te llamo, Señora,
o dulce abogada mía,
y por donde te adora
el mi corazón agora,
en esta muy gran tristura,
por ti cuidado haber folgura
y conocerte verdadero.

Señora, por cuanto supe
tus acorros, en ti espero,
y a tu casa en Guadalupe
prometo de ser romero.

Tú, que eres la estrella
que guardas a los errados,
amansa la mi querella
y perdón de mis pecados
tú me otorga, y olvidados
sean por la tu mesura,
y me lleva aquel altura
do es el placer entero.

Señora, por cuanto supe
tus acorros, en ti espero,
y a tu casa en Guadalupe
prometo de ser romero [2].

VIRGEN DE LORETO

Adriano del Valle

(Contemporáneo)

Tú, en los aires, libérrima en tu vuelo...
La tierra, abajo, encadenando mares;
la luna, encadenando pleamares,
y encadenando tú la tierra al cielo.

[1] *Poesías*, en Colección de Escritores Castellanos (Madrid 1887).
[2] *Antología de poetas líricos castellanos*, de Menéndez Pelayo, t. 1, p. 72.

Tú, en la excelsa carlinga del anhelo ,
bajas de Nazaret a los altares.
Rizando el rizo, a ti sus azahares,
su lauretano olor, te acerca al suelo.

Tu casa ya está aquí, junto a nosotros,
Zurean palomas y relinchan potros
de un reino natural ante su puerta.

Cuando el solar de Dios bajó a Loreto,
el sueño de Jacob dejaba abierta
la voladora escala de un soneto [1].

VIRGEN DEL MAR

MANUEL GONZÁLEZ HOYOS

Periodista (contemporáneo)

Como un barquito de vela
que anda buscando atalaya,
yo seguí, Madre, la estela
de la espuma de tu playa.

A tu camarín sagrado
subió una vez mi oración...
¡Como exvoto te he dejado,
Señora, mi corazón!

Te llamé con voz apenas
de la garganta salida...
Estaban las olas llenas
de su presencia florida.

Y buscándome gozosa
y abriendo en mi pecho bre- [cha,
¡me disparaste una rosa
con el brío de una flecha!...

Barquito de blancas velas,
todo de ensueños florido:
¿por qué al bogar me desvelas
el pensamiento dormido?

Si te dejé una mañana
libremente navegar,
¿por qué dejas la fontana
por las tormentas del mar?

Echa el ancla junto al puente,
donde el agua está más quieta;
no busques en el torrente
serenidad recoleta.

Que la ilusión sólo sabe
correr, huir y cantar...
¡Como la luz, como el ave,
como las olas del mar!

Déjame que yo te alabe,
mi dulce Virgen del Mar,
que el que sólo cantar sabe,
¿qué ha de hacer, sino cantar?

Que porque fuí tan feliz
en tu olvidado rincón,
¡tienen la misma raíz
tu recuerdo y mi canción! [2]

[1] De un libro en preparación del autor.
[2] *Lluvia de estrellas*, poemas premiados (Santander 1950).

VIRGEN DE LAS MERCEDES

ANDRÉS BELLO

Político chileno (1781-1865)

Saludad, pobres cautivos,
a la Virgen redentora;
alce cánticos festivos
la devota cristiandad.
¡Oh, qué hermoso brilla el día
en que el mundo su bandera,
que a los cielos da alegría,
tremoló la caridad!

Oyó el cielo vuestros votos;
cese el mísero gemido;
vuestros hierros serán rotos;
libertados vais a ser..
¡Virgen Madre! Tú a la vida,
tú a la fe, que desfallece
de peligros combatida,
te dignaste socorrer.

Llegó a ti la queja triste
del esclavo encadenado,
y, apiadándote, quisiste
poner fin a su dolor;
coronada de luz bella
de los cielos descendiste
y la noche vió la huella
del celeste resplandor.

Abrasado el santo celo,
se desvela el gran Nolasco,
y, postrado, ruega al cielo
por la opresa humanidad,
cuando ve tu faz serena,
y tu dulce voz le envía
al que yace en vil cadena
para darle libertad.

Orden nueva en honra tuya
y de tu Hijo soberano
le has mandado que instituya,
y le ofreces ayudar;
orden santa que socorra
al cautivo y le conforte
en la lóbrega mazmorra
y le vuelva al patrio hogar.

Virgen santa, tú proclamas
la embajada bienhechora;
en las almas, tú derramas
de piedad heroico ardor;
a tus hijos se encomienda
afanar por el cautivo
y aun dejar la vida en prenda
a su bárbaro señor.

Siempre pía, enjuga el llanto
del que gime en cárcel dura;
dale alivio en su quebranto;
fortalece en él la fe;
mueve el pecho compasivo
de la grey cristiana toda
y los medios al cautivo
de romper sus grillos dé.

En la orden que fundaste
alimenta la encendida
caridad con que abrasaste
de Nolasco el corazón,
y en el lance pavoroso
de la honra postrimera,
danos ver tu rostro hermoso,
prenda fiel de salvación [1].

[1] *Poesías*, en Colección de Escritores Castellanos (Madrid 1882), p. 65.

VIRGEN DE MONTSERRAT

José Amat

(Contemporáneo)

Reina del cielo,
piadosa y buena,
Virgen morena
de Montserrat:

Bendice y vela
nuestros hogares.
Danos cantares,
trabajo y pan.

Virgen morena,
Virgen serrana.
¡Oh catalana
Madre de Dios!

Ante tu trono
nos inclinamos.
De ti imploramos.
Ruega por nos.

Vuelve a nosotros
tu faz serena,
Virgen morena
de Montserrat.

Y que tus ojos,
Luz de la Sierra,
besen la tierra
que hemos de arar.

Virgen morena,
Virgen serrana.
¡Oh catalana
Madre de Dios!

Ante tu trono
nos inclinamos.
De ti imploramos.
Ruega por nos [1].

VIRGEN DE LAS NIEVES

Eleuterio Calatayud

Abogado (contemporáneo)

Canta, ¡oh musa cristiana!,
las glorias de la Virgen de las Nieves,
y con lengua galana
vuelca en estrofas leves
el tierno acento que en mis versos mueves.

Como a la esbelta palma
llega la brisa en ráfagas sonoras,
ven y besa mi alma,
y vence a las auroras
y a sus rocíos... ¡que de gozo lloras!

Yo he visto con el alma,
¡oh Virgen!, tu paisaje inmaculado,
y he gozado la calma
de tu monte nevado
con estrellas y soles recamado.

1 *Aún. Poesía de siempre* (Barcelona 1950), p. 89.

¿Quién no ha de ver en Ella,
mientras de gozo sus pupilas baña,
a la ideal doncella
que cobijó en su entraña
al Hombre-Dios que su cristal no empaña?

¡Ella a Dios hizo niño!
¡Canten sus glorias todas las criaturas
con sin igual cariño,
que ante su imagen pura
el mismo Dios se anega en su hermosura!

Ella es cedro escogido
y torre de marfil, perla de Oriente
y prado florecido;
¡Ella es sellada fuente
donde se mira Dios en la corriente!

Ella es clavel de luna
cuyo candor es sueño de las olas.
¡Como Ella no hay ninguna!
¡Su nombre dan las violas,
sus glorias son las glorias españolas!

¡Ciencia de Salamanca...!
¡Voto concepcionista de Sevilla...!
¡Santa María la Blanca
en vuestra historia brilla
como luna en un lago sin orillas!

¡Nieve...! ¡Candor de nieve...!
¡Blanco jazmín en vuelo que fascina
y que hacia Dios nos mueve!
¡Oh Estrella matutina,
dame a besar tu imagen peregrina!

....
....

¡Oh luz de claridades
que en día truecas nuestra noche oscura!
¡Albor de suavidades
que en el alma fulgura
como el rayo de sol en nieve pura!

¡Feliz deslumbramiento
que a nuestra mente encanta y enajena!
¡Rapto del sentimiento
que en vuelo se serena
y al alma humana de dulzuras llena!

¡Nieve de agosto...! ¡Nieve
cuando el sol con su llama poderosa

fuego en la tierra llueve... !
¡ Que la Virgen gloriosa
muestra su gracia en nieve prodigiosa !

Si de esta nieve el vuelo
siguierais con mirada de poeta,
vierais bajar el cielo...
¡ Sintierais la saeta
que hiere... y deja aromas de violeta !

¡ Angeles de la altura,
imágenes de luz resplandeciente
que mostráis su hermosura ;
venid, rozad mi frente
y anegadme en su angélico torrente !

Sin la Virgen Nevada,
¿ dónde encontrar criatura tan hermosa ?
La palma y la granada,
el jazmín y la rosa
hablan de su belleza deliciosa.

En su manto de nieve
el niño de Belén ha reposado
y Dios su gloria mueve.
¿ Quién será el desdichado
que al mirarla de Dios se halle alejado ?

Ella es la luz naciente
preludio de la llama que enamora,
Ella sol esplendente,
y llama de la aurora
que la casa de Dios orna y colora.

En el eterno prado,
campo de majestad que Dios habita
de luces rodeado,
¡ la nieve tiene escrita
su pura concepción, que a orar invita !

Allí el lirio es aroma,
allí es la voz del ángel melodía,
y la estrella, paloma ;
el cielo es armonía,
y la blanca azucena ¡ Ave María !

¡ Nieve de agosto... ! ¡ Nieve
que Virgen de las Nieves la proclama !
¡ Que a dulce amor nos mueve
y con mística llama
abrasa al pueblo de Aspe que la aclama !

1 En *La Serranica* (1946).

VIRGEN DEL PILAR

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

(1760-1828)

Estos que levantó el mármol duro
sacros altares la ciudad famosa,
a quien del Ebro la corriente undosa
baña los campos y el soberbio muro,

serán asombro en el girar futuro
de los siglos; basílica dichosa
donde el Señor en majestad reposa
y el culto admite reverente y puro.

Don que la fe dictó y erige eterno
religiosa nación a la divina
Madre, que adora en simulacro santo.

Por él vencido el odio del averno,
gloria inmortal el cielo le destina;
que tan alta piedad merece tanto [1].

VIRGEN DEL RECUERDO

JULIO ALARCÓN, S. I.

(Siglo XIX-XX)

Un niño colegial al partir de vacaciones

Dulcísimo recuerdo de mi vida,
bendice a los que vamos a partir...
¡Oh Virgen del Recuerdo dolorida,
recibe tú mi adiós de despedida
y acuérdate de mí!...

¡Lejos de aquestos tutelares muros,
los compañeros de mi edad feliz
no serán a tu amor jamás perjuros:
conservarán sus corazones puros;
se acordarán de ti!

Mas siento al alejarme una agonía
cual no la suele el corazón sentir...
En palabras de niño, ¿quién confía?

[1] *Obras de Moratín,* en B. de A. E., t. II, p. 596.

Temo..., no sé qué temo, Madre mía,
por ellos y por mí...

Dicen que el mundo es un jardín ameno
y que áspides oculta ese jardín...
Que hay frutos dulces de mortal veneno;
que el mar del mundo está de escollos lleno...
¿Y por qué estará así?

Dicen que por el oro y los honores
hombres sin fe, de corazón ruin,
secan el manantial de sus amores
y a su Dios y a su patria son traidores...
¿Por qué serán así?

Dicen que de esta vida los abrojos
quieren trocar en mundanal festín;
que ellos, ellos motivan tus enojos,
y que ese llanto de tus dulces ojos
¡lo causan ellos, sí!

Ellos, ¡ingratos!, de pesar te llenan...
¿Seré yo también sordo a tu gemir?
¡No!... Yo no quiero frutos que envenenan,
no quiero goces que a mi Madre apenan,
¡no quiero ser así!

En los escollos de esta mar bravía
yo no quiero sin gloria sucumbir;
yo no quiero que llores por mí un día,
no quiero que me llores, Madre mía...
¡no quiero ser así!

Y mientras yo responda a tu reclamo,
mientras me juzgue con tu amor feliz,
y ardiendo en este afecto en que me inflamo
te diga muchas veces que te amo,
¿te olvidarás de mí?

¡Ah, no, dulce recuerdo de mi vida!
Siempre que luche en peligrosa lid,
siempre que llore mi alma dolorida,
al recordar mi adiós de despedida,
¡te acordarás de mí!

Y en retorno de amor y fe sincera,
jamás sin tu recuerdo he de vivir:
tuya será mi lágrima postrera...
¡Hasta que muera, Madre; hasta que muera
me acordaré de ti!

Tú, en pago. Madre, cuando llegue el plazo
de alzar el vuelo al celestial confín,
estrechándome a ti con dulce abrazo,
no me apartes jamás de tu regazo,
¡no me apartes de ti!... [1]

VIRGEN DEL ROSARIO

Sor Violante do Ceo

Monja portuguesa (1601-1693)

Cérquenme de flores,
que estoy desmayada
de amor de una Reina
que es flor soberana.
Para socorrerme
tienen flores tantas,
que sólo sus flores
dan vida a las almas.
Muriendo de amores
me tienen sus gracias,
¡ay, Dios, qué divinas;
ay, Dios, que extremadas!
Es la reina bella
que de amor me mata,
la más digna obra
del mayor Monarca.
Es la que ha nacido
con belleza tanta,
que a la aurora excede
y al sol se aventaja.
Es la que, mirando
la humana batalla,
inventó, piadosa,
rosarios de armas.
Es la que de ofensas
nos defiende y guarda,
porque puede mucho
con la mayor causa.
Es la que con rosas
purpúreas y blancas
premios asegura,
méritos señala.
Es del mismo Verbo
soberana planta,
rosa que le alegra,
flor que le regala.
Es la que entre todas
se lleva la gala,
por ser la más bella,
por ser la más santa.
Es la que, animando
la humana esperanza,
las culpas evita,
los daños repara.
Cántenle los cielos
dulces alabanzas,
mientras que sus flores
me alientan el alma.
¡Ay!, que el amor me desmaya;
cérquenme de flores
purpúreas y blancas;
viviré con lo mismo que me mata,
pues muero por la flor más soberana
y con flores espero
dar vida al alma.
Flores tiene tan divinas
María la soberana,
que preservan de la muerte,
porque a la muerte acobardan.
Flores tiene que dan vida
con su divina fragancia,
porque el Rosario divino
es vida de muchas almas.
Desmayada estoy de amores,
mas juntamente animada,
porque amores tan divinos
animan cuanto desmayan.

[1] En *Pequeneces,* del P. Luis Coloma, S. I., c. I.

¡Ay!, que el amor me desmaya;
cérquenme de flores
purpúreas y blancas;
viviré con lo mismo que me mata,
pues muero por la flor más soberana
y con flores espero
dar la vida al alma [1].

VIRGEN DEL ROSARIO

MIGUEL HERRERO

Catedrático (contemporáneo)

Quince diamantes guarnecen
la blanca proa de Cádiz,
quince gaviotas de plata
revuelan sobre su mástil;
cinco suspiros de gozo,
cinco quejidos de mártir,
cinco aleluyas de gloria
exhala el alma de Cádiz;
es el Rosario, es la Virgen,
es la Galeona, ágil
aura que empuja hacia América
la argentea nave de Cádiz.
¡Oh quince estrellas unidas
por el engarce más hábil!
¡Constelación que del cielo
el camino ilumináis!
Muéstranos, santo rosario,
bienes que en la oración hay
y ancla en el amor del cielo
nuestro corazón versátil.
Por ti vencer a Satán
haz que nos sea tan fácil
como resisten al mar,
por ti, las piedras de Cádiz [2].

VIRGEN DE LA VICTORIA

LUYS SANTA MARINA

Periodista (contemporáneo)

Tú los viste partir un día de verano
en una carabela y cuatro naos.
Ante ti el estandarte real les entregaron.

[1] *Parnaso lusitano*... (Lisboa 1733), p. 731, t. 2.
[2] *Mes de María* (Barcelona 1943), p. 232.

Tú viste volver a los tres años
una sola nave de las cuatro:
¡la nombrada con tu nombre santo!
Sonreías, y gozosa les tendiste los brazos;
el divino Niño también reía en tu regazo:
¡sólo eran dieciocho fantasmas demacrados!
Sólo dieciocho los que el orbe circundaron,
y ahora, a tus pies, lloraban con los ojos bajos:
¡tú sonreías y gozosa les tendiste los brazos!
Todos los males padecieron en aquellos días amargos
(hambres y traiciones, pestes y naufragios);
¡por eso lloraban con los ojos bajos,
por eso les sonreías y les tendiste los brazos! [1]

[1] *Halladas* (Barcelona 1940).

QUINTA PARTE

CICLO HAGIOGRAFICO

SANTA PRISCA

Antonio Angel de Frávega

Párroco de Burgos (siglo XVIII)

Erase una niña
tan grande en valor,
que la mujer fuerte
en ella se halló.
La niña era de
los ojos de Dios,
si no era, por pura,
cristalino humor.
Llamábase Prisca,
y en Roma nació
de padres muy ricos
y de distinción.
Con su edad corría
su juicio ; y veloz,
se adelantó tanto,
que atrás la dejó.
Y la niña, en prueba
y confirmación,
ser quiso cristiana
y se bautizó,
siendo fuego puro
de divino amor
desde el propio instante
que agua recibió.
Y de las iglesias
o casas de Dios
no acertó a salir,
si a entrar acertó.
Sorprendióla en una,
ministro feroz,
en crítico tiempo
de persecución.
Echóla la mano
y la presentó
a Claudio segundo
y primer Nerón.
Que, al mirar la tierna,
no se enterneció,
antes bien, tan duro
como su furor,
mandó en diligencia
que, sin dilación,
al templo de Apolo,
que quisiese o no,
fuese conducida
y que adoración
le diese allí ; pero
ella no se dió.
Roble corpulento
no así resistió
los choques del austro
y del aquilón
como el arbolillo
que en la fe arraigó
la fuerza imperiosa
del emperador.
Pasando al exceso
el bravo rigor,
entre delincuentes
fué puesta en prisión.
Allí los parientes,
delante el honor
la ponen, pero ella
atrás no volvió.

De azotes, por eso,
vino un aluvión,
que fué maravilla
si no la llevó;
pues de no llevarla
fué causa el favor
de este y aquel ángel
que la confortó.
Creyendo el tirano
que era encantación
tener, aun sin pechos,
tal pecho y valor,
a desencantarla
buen medio juzgó
derretido aceite
para extremaunción.
Y la corderilla,
asada de amor
divino en el fuego,
con él se lardeó.
Cuál sobre las llagas
sería el dolor,
empresa es difícil
a la explicación.
Pasaron tres días,
y se la sacó
al anfiteatro,
teatro de horror.
Embistióla hambriento
bruto que, feroz,
de sus mismas armas
castillo era y león.
Después de lo dicho,
sin fruto, la flor
fué arrojada en cárcel
de peor condición.
Y mientras que Febo
tres veces rodó,
allí se mantuvo
sin manutención.
El terno pasado,
en que no pasó
sino mil trabajos,
terrible sayón
la puso en el potro
y de acero con
uñas y con garfios
la despedazó,
quedando en la ninfa,
para admiración,
el cuerpo hecho piezas
y entero el valor.
No obstante, del fuego
salió sin lesión
y en la misma llama
la pira no halló.
Por lo que el tirano,
con rabia y furor,
el ebúrneo cuello
cortarle mandó.
Púsose por obra
la abominación,
y la perla pura,
menguando, creció [1].

DESCENSION DE LA VIRGEN A LA IGLESIA DE TOLEDO A IMPONER LA CASULLA A SAN ILDEFONSO

CRISTÓBAL DE MESA

Capellán del conde del Castellar (1559-1633)

Desde el reino inmortal del Rey eterno,
que justo Dios, como Señor clemente
del universo, asiste al gran gobierno,
soberano Monarca, omnipotente;

1 *Calendario sacro-poético-lírico,* en «Vidas de santos en verso» (Burgos, s. a.), t. 1, p. 743.

aquella que triunfó del bajo infierno,
quebrando la cabeza a la serpiente,
única Musa, Emperatriz del cielo,
levante el canto, en que desciende al suelo.

Cuando la muda noche por el mundo
tiene en alto silencio a los mortales,
en amiga quietud y ocio jocundo,
en dulce olvido de diversos males:
y en el aire, en la tierra y mar profundo,
ya las aves, los peces y animales
sosiegan, dando alivio el sueño manso
a sus cuerpos con plácido descanso.

Dejando atrás los cercos cristalinos
de estrellas tantas de una y otra parte,
dos polos, nueve coros, doce signos,
a Saturno, y a Júpiter, y a Marte,
con mayores que el sol rayos divinos,
a Venus pasa, y de Mercurio el arte,
y a la que vence al hado y la fortuna
se le rinde la esfera de la luna.

Por la larga región del aire suena
el angélico canto en un instante,
que, espléndida, diáfana y serena,
muestra color de lúcido diamante;
baja tal multitud, que ya sin pena
sustenta el peso inmenso el gran Atlante,
sirviendo desde el uno al otro norte
a la Princesa de la eterna corte.

Cercado va de soberana lumbre
y ejército inmortal, que la acompaña
a la ciudad fundada en la alta cumbre
del monte cuya falda el Tajo baña,
noble por su soberbia pesadumbre,
y al Imperio católico de España,
antiguo asiento de sus reyes todos,
árabes ya, ya vándalos, ya godos.

De la excelsa celeste monarquía
al gran prelado, que con ansia tanta
ha vuelto por su honor, viene María,
con que sublime alteza lo levanta;
vuelve la escura noche en claro día,
con resplandor y olor divino espanta,
y en las tinieblas de la sombra negra
da luz, quita el temor, todo lo alegra.

Con la casulla (dádiva divina
que vence el arte de la humana ciencia)
puesta donde evangélica doctrina
suele Ildefonso dar con elocuencia,
a su siervo, que humilde se le inclina,
postrado con respeto y obediencia,
dice, «Toma este don con regocijo,
que traigo del tesoro de mi Hijo».

Un dulce son de celestial concento
parece que del mundo el sueño rompa
y que por todo el ínfimo elemento
suene armonía de canora trompa;
y que en la tierra el alto firmamento
haga reseña de su ilustre pompa;
da vuelta al cielo, y las señales santas
deja estampadas de sus sacras plantas.

Santa iglesia mayor, sagrario santo,
gloria de las Españas en Castilla,
donde la Virgen viene y premia tanto
al que sus partes hace y se le humilla,
¿qué espíritu gentil, qué grave canto
dirá milagro tal, tal maravilla?
¿Qué peregrinos versos y qué ingenios
tu Alonso, tus Bernardos, tus Eugenios?

Si el estilo mortal no pierde el miedo,
supla su falta el sempiterno coro,
que hizo nuevo cielo de Toledo
con nuevo don del celestial tesoro;
si fama el indio, el persa, el cita, el medo
le da por Tajo, y sus arenas de oro
le dan heroicas obras, nobles almas,
nuevo honor, nuevo nombre y nuevas palmas [1].

1 *Descripción de la capilla del Sagrario, de Toledo.* Certamen poético, tema II · «Descensión de Nuestra Señora a la iglesia de Toledo y favor que hizo a San Ildefonso» (Madrid 1617), p. 43, segunda parte.

A SAN JUAN CRISOSTOMO, AL CUAL LLAMAN «PICO DE ORO»

Gaspar Lozano y Regalado

Canónigo de León (siglo XVII)

Al Precursor y al alto Evangelista
en mucho, santo Juan, te asimilaste
que si el uno alzó el vuelo, tú le alzaste
hasta que el mundo te perdió de vista.

Y si Dios fué del otro coronista,
tú lo fuiste de Dios, a quien honraste
cuando altamente por escrito hablaste
en la defensa de su fe y conquista.

Y si bebió la misteriosa fuente
el otro recostándose en su pecho,
de semejante bien no has carecido:

pues tú también bebiste su corriente,
con que quedaste pico de oro hecho,
que así lo significa tu apellido.

A SAN IGNACIO, OBISPO Y MARTIR

Gaspar Lozano y Regalado

Si Cristo, en tierra virgen producido,
es otro recostándose en su pecho,
y para remediar la humana gente
fué por amor en una cruz molido,

haciéndose por modo no entendido
un pan tan milagroso y excelente,
que el que llega a comerlo dignamente
queda en él transformado y convertido,

tú también, fuerte Ignacio, trigo fuiste
de aquel que remedió tan grandes males
y todo por su amor te deshiciste

en los dientes crüeles de animales,
y así cual limpio pan hoy, mereciste
ser llevado a las mesas celestiales [1].

[1] *Loores de los santos* (Valladolid 1619).

A SAN BLAS, MARTIR

FÉLIX DE ARTEAGA PARAVICINO

Trinitario (1580-1633)

Dios quiere de nuestra villa,
Blas, música en su lugar,
y a vos os quiere llevar
por maestro de capilla. [lanta,

Y aunque en honra os ade-
será fuerza, pues sois vos
el que delante de Dios
hace mejor de garganta.

Pues que sabéis de destreza
y la música entender,
mas que venís a poner
sobre el caso la cabeza. [bido,

Sólo quien sospecha ha ha-
aunque es negocio bien llano,
que no sabéis, Blas, la mano
y cantáis por el oído. [cias,

También tenemos penden-
sobre que algunos murmuran
que, si en el canto os apuran,
que no sabéis diferencias.

Mas, aunque digan de vos,
no dirán lo que sabéis,
que una garganta tenéis
que es para alabar a Dios.

Aunque pones fuerza tanta
y va la voz tan subida,
que os ha de costar la vida
algún paso de garganta.

Señal de músico dais
en cantar por vuestro gusto,
pues con el tirano injusto,
aun rogando, no cantáis.

Un gran partido os promete;
pero pídeos, caso atroz,
que dejéis, Blas, vuestra voz
y que cantéis en falsete.

Mas ellas son crueldades
de tiranía forzosa:
pedir cante falsa cosa
quien sólo canta verdades.

No sois en este desdén
a ningún músico igual,
porfiar y cantar mal,
porfiáis y cantáis bien.

La vida os dió porfiar
aunque rompiese los trastes,
pues jamás la voz mudastes
desde que sabéis cantar.

En este punto recelo,
según alto habéis tomado,
que pedís, por lo entonado,
a voces que os den el cielo [1]

A SANTA DOROTEA

FERNANDO GONZÁLEZ DE MADRID

(Siglo XVII)

Albricias, flores dichosas
de los campos de Madrid,
que otras flores por febrero
anticipan vuestro abril.

Albricias, y sean guirnaldas
para una frente lucir,
que retrata en blanca aurora
el turquesado zafir.

[1] *Obras póstumas, divinas y humanas de don Félix de Arteaga* (Alcalá 1650), fol. 117.

Diréisme que yo las pido,
cuando las debo, es así;
pero es sol para vosotras
la que es deidad para mí.
Partamos en dos afectos
una estimación feliz,
vosotras para más vida,
yo para saber morir.
A ruegos de Dorotea
bajó del cielo el jazmín,
el encendido clavel
y la rosa carmesí.
Con tres manzanas hermosas,
las trajo un ángel, a fin
de reducir a un pagano
y premiar a un serafín.

¿Qué mucho que fruta y flores
convirtieran al gentil,
si era Dios el Jardinero
y era la Gloria el Jardín?
A favor tan soberano,
con admiraciones mil,
toda la gentilidad
se debiera reducir.
Por su Criador, Dorotea
dió la vida varonil,
y así la dió en el martirio
las fuerzas para sufrir.
Logró una vida prestada
con padecer y sentir
y subió el alma gloriosa,
eternamente a vivir [1].

¡SAN MATIAS!

José Manuel Pabón

Catedrático de la Universidad de Madrid (contemporáneo)

San Matías,
entra el sol por las umbrías,
cantan las totovías
y se igualan las noches con los días.
(Refrán popular.)

¡San Matías! ¡San Matías!
Los almendros florecieron
tras las nieves
¡Cola! ¡Cola! Ya se fueron
los aguzanieves.

¡San Matías!
Vas de santo delantero
por el año;
alegras al ovejero
y al rebaño.
Entra el sol por las umbrías,
¡San Matías!

¡Templa! ¡Templa! Las violetas
están en flor
y retumban las escopetas
del cazador,
ojeador de totovías;
¡San Matías!
No eres santo dormivela,
¡centinela
que igualando das la hora
del tramonte y de la aurora,
de las noches y los días,
bueno al sueño y a la vela
¡San Matías! [2]

[1] *Versos en reverencia de Dios Nuestro Señor* (Madrid 1664).
[2] *Poemas de la Ribera* (Barcelona, 1940), p. 49.

A SAN RAIMUNDO DE PEÑAFORT

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA

Rector de Villahermosa (1562-1631)

¿Qué mucho es que a gran-
[des reyes,
Raimundo, deis luz y espanto,
y con el báculo y manto,
al mar y a los vientos leyes,

si con socorros divinos
manda a sus ángeles Dios
que os acompañen a vos
en todos vuestros caminos?

Pasar podéis con imperio
por los áspides seguro,
si os acude un ángel puro
con familiar ministerio,

que los peligros aparta
y con su impulso os envía
al silencio de María
y a los cuidados de Marta.

Ya os despierta a la oración,
y ya a la piedad activa,
para que corra más viva
vuestra propia inclinación.

Que aunque ella de suyo es
su movimiento gobierna [tal,
otra inteligencia eterna
como a globo celestial.

Tal compañero conviene
que se dé a sierva tan fiel,
para descargar en él
parte del peso que tiene.

Calle la ambiciosa Grecia
sus trágicas amistades
entre hombres y deidades,
de cuyo ejemplo se precia:

Que en sus teatros no ha visto
familiaridad el mundo
como la que entre Raimundo
y el ángel ha puesto Cristo.

Y no para breves días
se le presta apercibido,
ni en traje desconocido,
como al mancebo Tobías.

Ni para la adversidad
(como a Pedro) solamente:
más para el trato frecuente
y doméstica amistad.

¡Oh Señor, cuáles serían,
pues tú les dabas sujeto
las pláticas que en secreto
tus dos siervos conferían!

Cuando el uno la miseria
quizá del mundo lamenta,
el otro le representa
a su esperanza materia,

Y en estilo peregrino,
mas con trueco soberano,
el inmortal como humano
y el mortal como divino:

que un largo trato es tan
[fuerte
que conforma las acciones,
y uno de dos corazones
en el otro se convierte.

Y si cuando la frecuencia
recíproca se ejercita,
un amigo al otro imita
con igual correspondencia,

Claro está que con acentos
concordes se satisfacen,
como acordados lo hacen
dos músicos instrumentos.

De aquí nace que en tu pecho,
¡oh nuevo ángel!, nos ofreces
purísimas sencilleces
y agudezas del Derecho:

que juntas vienen a asillo
la paloma y la serpiente:
y como ésta eres prudente,
y como aquélla sencillo.

Y así, ni razón de estado,
que a la justicia contrasta,
para derribarte basta
de ambas cosas pertrechado [1].

VIDA DE SANTO TOMAS DE AQUINO

LEONARDO MANUEL FRYMA

Clérigo (siglo XVIII)

Nuevo Jacob de la gracia,
recostado en dura piedra,
debe a misterioso sueño,
Tomás, bendición suprema,
Cual del zafir las azules,
hermosas, brillantes puertas,
místicas gradas disponen,
milagrosa escala cuelgan,
para que suban y bajen
aladas inteligencias
a prevenir misteriosas
luces, que heroica fe premian,
Así del Olimpo la
firme, tachonada esfera,
todo su esplendor declara,
toda su gloria franquea
a las dichas de Tomás:
¡oh alma de virtud excelsa!
Si tanto logras dormida,
¿qué conseguirás despierta?
Bellos ángeles, rompiendo
la vaga región etérea,
con plumas que la dividen,
con rayos que la hermosean,
bajan a la oscura estancia,
ya no cárcel, sino regia
mansión, pues merece que
tanto esplendor la ennoblezca.
Hermoso cíngulo, y tal,
que en su candor representa
ampos, que el alma iluminan,
rayos, que los ojos ciegan.
Para ceñirle previenen,
y al tiempo que le rodean,
toda la virtud en breve
angélico nudo aprietan.

Del dulce sueño interrumpe
gustoso dolor la tregua,
que ya despierto Tomás
explica en sonoras quejas.
¡Ay!, dice con suave acento,
y la melodía tierna,
de la escolta que le guarda
la cruel vigilancia inquiera.
Juzgan necios que le roban,
y acudiendo con presteza,
cuando un prisionero buscan
un ángel hermoso encuentran.
Por la causa preguntaron
de su ahogo, mas serena
frente, el favor disimula,
las dichas esconde cuerda.
Quédase solo, y prudente,
el bello enigma comenta;
quiere atribuirlo a sueño,
pero el dolor no le deja.
Ni del cíngulo purpúreas
líneas, que en el talle impresas,
seguridades indican
y suaves alientos prueban.
Ni el interior regocijo
que en sí mismo experimenta.
de los lascivos impulsos
la torpe pasión sujeta.
Ni de la radiante zona
las albas sutiles hebras,
que de angélica milicia
brillarán celeste empresa.
Así, por soldado suyo,
le escribe la Providencia,
para que en las doctas lides
a su General ascienda.

[1] *Almas* (Zaragoza 1634), p. 403.

Así ángel le declara,
que en el cielo de las letras
todo el Zodíaco ilustre
y todos los Orbes mueva.
Tan arreglado, que nunca
en los polos de la ciencia
del norte de Dios, su pluma,
imán del amor divierta.
Ya del apacible susto
cobrado Tomás, se entrega
de la oración y el estudio
otra vez a las tareas.
Ya también la Religión,
cuya juiciosa prudencia
juzgó que atentos silencios
venciesen porfiados temas.
Al Pontífice apeló
para recobrar su prenda,
porque ya el silencio, no
atención, injuria fuera.
La abadía de Casino,
que en autoridad y rentas
a todas las de la Italia
[redacted]ella era,
[redacted]r ofrece
[redacted]i sosiega
en las quejas de su Madre,
de la Religión las quejas.
Pero prefiere Tomás,
que en nada del mundo piensa,
a ostentosas dignidades,
evangélicas pobrezas.
Viendo el Supremo Pastor
la constancia y la firmeza
de aquel ánimo, que joven,
ya de héroe el valor ostenta,
manda que le dejen libre;
mas su madre la Condesa
quiere obedecer, de modo
que el que cede no se entienda.
Manda retirar las guardas,
permite que a verle vengan
los religiosos, más nunca
de llevarle da licencia.

Varios medios de librarle
busca amorosa impaciencia,
y en todos dificultades
halló la discreción cuerda.
Mas ya, en fin, golfos del aire,
cual otro Pablo navega,
en débil tejida barca
del junco, el mimbre y la [adelfa.
El viento le da su amor,
de sus ansias hace velas,
rumbo feliz la piedad
y amado puerto la tierra.
Sin miedo, desde las altas
envejecidas almenas,
dédalo mejor se arroja
fiado a torcida cuerda.
En su prisión y en su fuga,
juicio inescrutable ordena,
que mayor fin pronostique
al obsequio de su Iglesia.
Con el gozo con que suele
recibir enhorabuenas
de la libertad perdida
quien la libertad renueva;
cual suele piadoso padre,
ya libre de las cadenas
de la prisión, viendo al hijo
llorar con lágrimas tiernas
que al filial amor inspira,
que afecto paterno impera,
de libertad y prisión
midiendo las diferencias;
así la Orden de Domingo
y así Tomás exageran,
con gozosas expresiones,
libertades y cadenas.
Mutuo llanto y mutuo gusto
con los afectos se encuentran,
siendo de llantos gozosos
eco, lágrimas risueñas.
Mas no siendo justo que
tal héroe un instante pierda
la estrechez apetecida,
llave de tres votos cierra [1].

[1] *Panegírico a la vida de Santo Tomás de Aquino* (Madrid 1726), página 64.

A SAN JUAN DE DIOS

JUAN DE FERRERAS

Cura de Camarma de Esteruelas y Villaviciosa (siglo XVII)

I

Pobre a los pobres, Cristo condolido,
fué evangelista y padre, a cuyo aliento
respiraron salud, vida y contento
el enfermo, el mortal y el afligido.

San Juan de Dios, humilde y abatido,
como padre, a los pobres siempre atento,
evangelista fué entre su tormento,
mas de Cristo en las señas distinguido.

No ha maravilla, no, de que le asista
el benjamín apóstol al prolijo
parasismo mortal que le hace guerra;

porque era Juan de Dios evangelista,
porque era de María especial hijo
y porque era otro Cristo de la tierra.

II

Ora Jesús cual loco le abandonan,
rasga a azotes su espalda el rigor fiero,
la cruz abraza, osténtase cordero,
y las espinas de su amor blasonan.

Ora San Juan de Dios loco le abonan
tantos azotes del rigor severo;
coge su cruz, y amante verdadero,
las espinas también su amor coronan.

De la sagrada cruz Jesús pendía,
y a madre y hijo el benjamín amado,
clavado del amor, los asistía.

De entrambos Juan de Dios enamorado,
la compasión tan cerca le tenía,
que estaba con Jesús crucificado [1].

[1] *Floresta de varia poesía.* «Poetas líricos de los siglos XVI y XVII», t. 2, de la Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, t. 42, p. 505.

AL SANTISIMO JOSE

Lope de Vega

(1562-1635)

Si el hermoso racimo
de dátiles dorados
veo en tus brazos, juzgaré mayores
que los de Juan su primo
los favores trocados.
Duerma en sus brazos Juan, goce favores,
vea los resplandores
del ser de Dios eterno;
que ver en ti dormido
a Dios recién nacido
parece que te ha dado su gobierno,
pues mientras Dios dormía
sustituyes, José, su monarquía.

De su ciudad divina,
José, alcaide fuiste,
y rey de tantos reyes descendiente:
si la corona digna
del esposo consiste
en la virtud de la mujer prudente,
¿quién fué tan eminente?
Luego si fué María
tu corona dichosa,
rey eres por tu esposa,
y por sombra de Dios, dios que a Dios cría,
que en honra de su Madre
dios eres, pues que Dios te llama padre [1].

A SAN FRANCISCO DE PAULA

Alonso de Bonilla

Caballero de Baeza (1562-1623)

Un mínimo Capitán
hoy triunfa y gana tal gloria,
que el templo de la Victoria
por victorioso le dan.

Si la vanidad humana
dedicaba a Marte templo,
Francisco es Marte y ejemplo
de milicia soberana.

Que porque este Capitán
triunfa del mundo y su escoria,
el templo de la Victoria
por victorioso le dan.

1 *Rimas sacras*, en «Obras sueltas», Sancha, t. 13.

Sus victorias celestiales
no son de campos visibles,
sino en batallas terribles
de pasiones naturales.

Pues del rebelado Adán
triunfa y gana tal victoria,
que palma eterna de gloria
por victorioso le dan [1].

A SAN ISIDORO

FÉLIX JOSÉ REINOSO

Sacerdote sevillano, deán de Valencia (1772-1841)

I

Isidoro ilustra la religión

Ante la hueste arrïana
fuerte adalid se presenta
Leandro; ni le amedrenta
del vulgo la furia insana;
del tirano, la crueldad.

Triunfa, las sienes vendada,
la fe en el antiguo asiento,
do ya con más puro aliento
su voz oirá inmaculada
la ibera posteridad.

Llevado al celeste coro
el pastor que a la fiel grey
redujo al pueblo y al rey,
más luz da a la fe Isidoro,
da a la Iglesia más honor.

Así la aurora naciente
rasga al orbe el negro velo;
mas luego, señor del cielo,
subiendo el sol por Oriente,
le inunda en su resplandor.

De su voz el trueno fuerte
huye pálido el impío,
y este noble poderío
deja después de su muerte
a su silla en heredad.

Su solio domina alzado
entre el tumulto agareno,
cual sobre nubes sereno
a su pie el Ande nevado
ve rugir la tempestad.

[1] *Peregrinos pensamientos* (Baeza 1614).

El, amoroso,
da a su rebaño
pasto sabroso,
y al lobo extraño,
que le amedrenta,
terrible ahuyenta
de su redil.

Cual oficiosa
labra la abeja
miel olorosa,
y al fiero aleja
que le arrebata
su labor grata
con mano hostil.

Ya enjambre sabio
lo mostró un día
cuando en su labio
de la ambrosía
fabricó el nido
como en florido
dulce pensil.

II

Antes de morir anuncia la pérdida de España

A la tumba cercano Isidoro,
de Rodrigo predice el desdoro,
de la mísera patria el dolor.

«¡Ay!, exclama, tus culpas, ¡oh España!,
del Potente encendieron la saña,
que ya el rayo vibró en su furor.

»Sobre el godo la muerte revuela
y su trono y sus huestes asuela,
cual las mieses, furioso huracán.

»¡Ay!, tus ondas orladas de espigas,
¡cuántos yelmos, oh Lete, y lorigas,
cuántos cuerpos al mar volcarán!

»Ya, ya surgen del Afro las popas,
ya descienden las bárbaras tropas,
ya las miro los campos correr.

»Tal se vió de Coré en el estrago
entre llamas ignífero lago,
de Jacob la progenie envolver.

»Mas célica alegría,
depuesto ya el encono,
baja del almo trono;
hispanos, confiad.
»Feliz nacerá un día
en que, benigno el cielo,
sobre el amado suelo
derrame su piedad.
»Las cruzadas entenas
de la española gente,
domando tu corriente,
verá la turba infiel.
»Y rotas las cadenas,
Betis, del cuello laso,
darás abierto paso
al cautivo Israël.
»Que ya Jehová guerrero,
al soplo de su enojo
hundiendo en el mar Rojo
la pérfida legión,
por sólido sendero,
el golfo dividido,
salvó al pueblo escogido
del duro Faraón» [1].

AL SEÑOR SAN PEDRO MARTIR

PEDRO SOTO DE ROJAS

Abogado (1590-1655)

En fuentes mil su sangre divertida
ostenta Pedro un mar donde navega
seguro, aunque le rige la fe ciega
al patrio puerto de la eterna vida:

huye el piélago inmenso de la herida,
viendo que el cuerpo en su rigor se anega,
y al dulce estrecho de la boca llega
el alma santa de un Jesús asida.

Dejóle al pronunciar entre los labios,
y al descanso salió de la tormenta,
que alteró el aquilón de sus agravios.

En él goza la luz, sus rayos cuenta,
es antepuesto a los doctores sabios,
coge de muerte vida, honor de afrenta [2].

[1] *Obras de Reinoso* (Sevilla 1872), p. 15.
[2] *Desengaño de amor en rimas* (Madrid 1623).

A SAN MARCOS

ALONSO DE BONILLA

(1562-1623)

Si por adarmes la escoria
da el mundo del placer vano,
Dios el oro soberano
da por Marcos de su gloria.

Es Marcos esclarecido
una pesa singular,
que al alma hace pesar
de haber a Dios ofendido.

Y si en adarmes de escoria
empleó su gusto vano,
ya del cielo soberano
cobra por Marcos la gloria.

Es Dios contraste divino
de las Indias de su imperio,
y para tal ministerio
pesas de Marcos previno,

y dando paga notoria
a los justos por su mano,
el contraste soberano
les da por Marcos la gloria.

Marcos causó nuevas vidas
a idólatras infinitos:
pues pesando sus delitos,
virtudes les dió infundidas.

Dejó las dracmas de escoria
el pobre idólatra vano,
y en el reino soberano
ganó por Marcos la gloria [1].

A LA SANTA CRUZ

CRISTÓBAL DE CASTILLEJO

Cisterciense, secretario del emperador Fernando II (1494-1556)

Las banderas de la luz
del Rey que por nos padece
salen fuera, y resplandece
el misterio de la cruz.
Por el cual el Hacedor
de la carne en carne humana
fué puesto de propia gana
en el palo del dolor.

Y encima desto, llagado
con hierro de cruda lanza,
abrió fuente de esperanza
en su divino costado;
de do, para nos salvar
del pecado que reinó,
agua con sangre manó
por remedio singular.

Cumplióse lo que cantó
David, el profeta santo,
en versos de dulce canto
que en testimonio dejó;
pregonando a boca llena
por el mundo en general
que Dios reina sin igual
desde el madero de pena.

¡Oh árbol bello, hermoso,
resplandeciente, sagrado,
de la púrpura adornado
de nuestro Rey glorioso!
Escogido por señales
de tronco digno sin par,
que mereciste tocar
tan santos miembros y tales.

1 *Peregrinos pensamientos* (Baeza 1614).

Arbol bienaventurado,
de cuyos brazos colgó
el precio que se nos dió
del siglo, por él comprado;
y hecho balanza y peso
del cuerpo precioso, tierno,
trajo el robo del infierno,
tantos tiempos allí preso.

¡Oh cruz de consolación,
única esperanza nuestra,
Dios te salve, pues te muestra
en tiempo de tal pasión!

Acrecienta la justicia
a los justos sin pecados
y a los míseros culpados
da perdón de su malicia.

A ti solo, Dios y trino,
Trinidad en unión,
cuantos espíritus son
dan alabanza contino.
Pues tan caro nos compraste,
gobierna perpetuamente
los que por el excelente
misterio de cruz salvaste [1].

A SAN SEBASTIAN

Francisco de la Torre y Sevil

Caballero de Calatrava (siglo XVII)

Bien desnudo y bien vestido
de los cortes de sus venas, [nes
triunfa un hombre que pendo-
arbola en su sangre mesma.
¡Oh cuántas plumas le ani-
al que, de celeste esfera, [man
purpúreo camaleón,
vive ya del aire de ellas!
¡Oh qué valiente recibe
a la acerada inclemencia
del precipitado fresno
en la arrojadiza selva!
Ya en mar bermejo de sangre
lucidas olas anegan
al náufrago, que animoso
hace de las plumas velas.
Asido de tanto leño,
halla cielo en vez de tierra,
que con la tormenta pudo
escapar de la tormenta [2].

A SANTA MONICA

Francisco de Borja y Aragón

Príncipe de Esquilache (1581-1658)

¡Oh ya dos veces madre de Agustino,
parto feliz de tan piadosos ojos,
que al ciego discurrir de sus antojos
torció los pastos y enseñó el camino!

Con llanto fiel vagante peregrino,
repitiendo el remedio a sus enojos,
rendiste los más célebres despojos
al ruego humano y al poder divino.

[1] *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, t. 1, en Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, v. 32, p. 246.
[2] *Varias hermosas flores del Parnaso* (Valencia 1680), p. 30.

De tan fecundas lágrimas gloriosa
venera el hijo, que le da tu llanto,
la Iglesia universal, piadosa Madre.

¡Oh nuevo ser, oh vida misteriosa!
Si eres del hijo, que lloraste tanto,
madre al nacer, y al libertarle, padre [1].

A SAN ISIDRO

ANTONIO LÓPEZ DE VEGA

Escritor portugués (1604-1664)

Fertilidad divina,
influencia y honor del patrio suelo;
tú, que la tierra digna
pudiste hacer del cielo,
prosigue tu poder, digna mi celo.

Bien, ¡oh Cultor glorioso!,
frutos, con las acciones multiplicas;
mas, si en ocio industrioso,
ángeles fructificas,
más al favor del campo el ocio aplicas.

Bien, con la acción presente
la tierra y tu ejercicio acreditaste;
mas de ti, estando ausente,
los campos, que dejaste,
de celestial sustitución poblaste.

Lucientes sustitutos
digna de sí publican la cultura.
Y, disponiendo frutos,
prueba dejan segura
de tu virtud, fertilidad futura.

Próvido el cielo llama
de la tierra el vapor, que a sus aumentos
fértil después derrama;
mas tú, no de elementos,
del mismo cielo atraes los alientos.

Cielo a tus campos fuiste;
y cielo superior, que imán divino
de los cielos, pudiste,
por modo peregrino,
su virtud atraer, llover benigno.

1 *Obras en verso* (Amberes 1654), p. 569.

A ministrarte vienen
los ministros de Dios; y en tu ejercicio,
o iguales se convienen,
o así al humano juicio
de que hallan en ti a Dios dejan indicio.

¡Oh humilde soberano!
¡Oh celeste región, Mantua dichosa,
en cuyo fértil llano,
no ya virtud copiosa,
así se llueve la región gloriosa! [1].

SAN FELIPE DE NERI

AUTOR ANÓNIMO

(Siglo XIX)

En Florencia la bella
fué el natal de Felipe. Allí aparece
esta brillante estrella,
que al cielo de la Iglesia hoy esclarece.
De su esplendor primero la luz pura
muestra cuál lucirá en su edad futura.

Del ventajoso estado
de su familia y casa y sus honores,
los padres del buen Pipo han el cuidado.
El a su hermana enseña los loores
divinos entretanto.
Aun siendo niño es ya Felipe santo.

Aquel pliego dorado
que a los Neris remonta y su nobleza
a los tiempos remotos, denodado
rasga el joven Felipe con dureza.
Mi nombre, dice, escrito se presente
de la vida en el libro solamente.

Obedece con celo
a la voz paternal, y ya se aleja
a San Germán, Felipe. El patrio suelo
olvida, su familia y casa deja.
¡Oh dolorosa ausencia!
Tanto puede el amor a la obediencia.

Ni el esplendor brillante
del oro a Neri deslumbrar podía.
Desprecia generoso la abundante
oferta que a su tío merecía.

[1] *Lírica poesía* (Madrid 1620).

No en caduca riqueza
servir quiere a su Dios, sí en la pobreza.

En su edad floreciente
Felipe en Roma está cual viviría
en áspero desierto. Escasamente
el fruto de la oliva le ofrecía,
y el pan, pobre alimento.
¡ Oh ejemplar de abstinencia ! ¡ Qué portento !

Bajo un globo ardoroso,
el cielo envía de Felipe al pecho
celeste amor. Su seno venturoso,
para tan grande ardor lugar estrecho,
le rompe el vivo fuego que le inflama.
¿ Visteis, ¡ oh amantes !, más hermosa llama ?

Del hospital renueva
Felipe con su ejemplo los cuidados
en los romanos. A los lechos lleva
los consuelos en Roma ya olvidados.
Que sirve a Cristo en el enfermo cuenta,
y Cristo como santo le presenta.

Si pobreza inclemente
te hace vagar errante de contino,
¡ oh, ven, te daré albergue suficiente !
Así Felipe habla al peregrino.
¡ Ardua empresa ! Mas siendo más ligera,
de su gran corazón digna no fuera.

Predica fervoroso
Felipe aun siendo joven, y los cielos,
dándole fruto opimo y abundoso
en las almas, bendicen sus desvelos.
Convierte treinta jóvenes un día.
De méritos así se enriquecía.

Felipe, al celebrar con reverencia
el Santo Sacrificio, con mirada
tierna hacia el Crucifijo, la paciencia
pide en una aflicción. Te será dada,
celeste voz le dice, y tolerando
tal Cruz, irás al cielo caminando.

En tu oculta morada
predicaste, ¡ oh Felipe ! ¡ Y cuán copioso
fruto prepara el cielo a tu abrasada
caridad ! Ya te cerca numeroso
ejército de fieles. ¡ Cuánto, cuánto,
oh mundo, debes a su celo santo ! [1]

1 *Breve resumen... de la vida de San Felipe Neri* (Sevilla 1804).

SAN FERNANDO

JUAN ANTONIO DE VERA

Conde de la Roca, Embajador (1583-1658)

El valor invicto canto
y la gloriosa cuchilla
con que restauró a Sevilla
el rey don Fernando el Santo.

En vano el caos atrevido
al intento soberano
se le opuso; y se armó en vano
de Africa el poder venido.

Que del Imperio amparado
condujo (aunque con trabajo)
sus compañeros debajo
del santo pendón cruzado.

Ya dos lustros se ajustaban
sobre el tránsito forzoso
del nono Alfonso famoso,
a quien las armas lloraban,

cuando el grande sucesor
Fernando, heredero dino
de su alto celo divino,
de su invencible valor,

del Pontífice impetró
la sacrosanta Cruzada
para la guerra obstinada
que contra el moro siguió.

Y con el campo, que (en popa
el aura de la fortuna),
religioso celo aúna
de las naciones de Europa,

con feliz curso tenía
llenc de congoja y llanto,
débil de temor y espanto
al moro de Andalucía.

Donde la unión victoriosa
libró y purgó de horror ciego
a Ubeda, Córdoba y luego
a Jaén, ciudad famosa.

Y cogiendo a la Fortuna
todo el pelo, dió a Lucena
libertad, ganó a Marchena,
Ecija, Cabra y Osuna [1].

AL SANTO REY DON FERNANDO

FERNANDO DE HERRERA

Clérigo sevillano (1534-1597)

Inclinen a tu nombre, ¡oh luz de España,
ardiente rayo del divino Marte!,
Camilo y el belígero africano
y el vencedor de Francia y de Alemaña
la frente armada de valor y de arte,
pues tú con grave seso y fuerte mano
por el pueblo cristiano,
contra el ímpetu bárbaro sañudo,
pusiste osado el generoso pecho.

[1] *El Fernando o Sevilla restaurada,* poema heroico, escrito con los versos de la *Jerusalén libertada,* del insigne Torcuato Tasso, ofrecido a Felipe VI por don Juan Antonio de Vera.

Cayó el furor ante tus pies desnudo,
y el impío orgullo vándalo deshecho,
con la fulmínea espada traspasado,
rindió la acerba vida al fiero hado.

De ti temblaron todas las riberas,
todas las ondas, cuantas juntamente
las columnas del grande Briareo
miran, y al tremolar de tus banderas
torció el Nilo, medroso, la corriente,
y el monte Libio, a quien mostró Perseo
el rostro meduseo,
las cimas altas humilló rendido
con más pavor que cuando los gigantes
y el áspero Tifeo fué vencido.
Postráronse los bravos y arrogantes,
temiendo con espanto y con flaqueza
el vigor de tu excelsa fortaleza.

Pero en tantos triunfos y victorias,
la que más te sublima y esclarece
de Cristo, ¡oh excelso capitán Fernando!,
y remata la cumbre de tus glorias,
con que a la eternidad tu nombre ofrece,
es que, peligros mil sobrepujado,
volviste al sacro bando
y a la cristalina región trajiste
esta insigne ciudad y generosa;
que en cuanto Febo Apolo de luz viste
y ciñe la grande orla espaciosa
del mar cerúleo, no se ve otra alguna
de más nobleza y de mayor fortuna.

Cubrió el sagrado Betis de florida
púrpura y blandas esmeraldas llena,
y tiernas perlas la ribera ondosa,
y al cielo alzó la barba revestida
de verde musgo, y removió en la arena
el movible cristal de la sombrosa
gruta, y la faz honrosa
de juncos, cañas y coral ornada
tendió los cuernos húmedos, creciendo
la abundosa corriente dilatada,
su imperio en el Océano extendiendo;
que al cerco de la tierra en vario lustre
de soberbia corona hace ilustre [1].

1 *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, t. 1, en Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, v. 32, p. 329.

A SAN ACACIO

CRISTÓBAL DE VILLARROEL

(Siglo XVI)

De un golpe dió el amor diez mil heridas,
un solo arnés armó diez mil soldados,
hizo una cruz diez mil crucificados
y produjo una muerte diez mil vidas;

un palio se cortó a diez mil medidas,
y un hábito a diez mil encomendados,
una venera honró diez mil cruzados.
y enriqueció un cruzado diez mil Midas.

Juntó una adversidad diez mil amigos,
a una misa se cantan diez mil glorias
y una gloria llevó diez mil espacios.

Concordó una verdad diez mil testigos,
un testador dejó diez mil memorias
y un Acacio heredó diez mil Acacios [1].

[redacted] DE SAN PABLO

LOPE DE VEGA

(1562-1635)

Con presunción de bélico soldado,
galán sale y feroz Pablo atrevido,
que si ahora en la cuenta no ha caído,
caerá muy presto del primer estado.

¿Adonde, Pablo, de soberbia armado,
para quedar con una voz vencido?
Seguid las letras, ¿dónde vais perdido?,
que habéis de ser doctor del mayor grado.

Aunque valor vuestra persona encierra,
no es bien que nadie contra Dios presuma,
que dará con los ojos por la tierra.

La Iglesia espera vuestra docta suma;
mirad que no sois vos para la guerra;
dejad las armas y tomad la pluma

[1] *Flores de poetas ilustres,* de Pedro Espinosa, en «Poetas líricos de los siglos XVI y XVII», v. 2, de la Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, p. 43

[2] *Rimas sacras,* edición de Sancha, t. 13, p. 219.

A SAN ANTONIO DE PADUA

Lope de Vega

Grande sois, Antonio, y tanto,
que parece el mismo Dios
un niño cerca de vos,
Dios pequeño, y vos, gran santo.

En la corte celestial
es Príncipe el Verbo eterno,
a cuyo nombre y gobierno
rinden obediencia igual
el cielo, tierra e infierno;
grandes son con blanco manto
los que están llamando santo
al Cordero de Sión,
mas cuanto ellos grandes son,
grande sois, Antonio, y tanto.

Sé mejor que donde anima
el alma vive en quien ama,
tanto Dios la vuestra inflama,
que el que por Dios os estima,
por transformado os lo llama:
y así amor junta a los dos,
que Dios Niño es alma en vos,
y aunque dentro, vese fuera,
y la vuestra de manera
que parece el mismo Dios.

Si estar cerca a toda ley
del Rey la privanza abona,
tanto Dios os perfecciona,
que tenéis al mismo Rey
cerca de vuestra persona:
tan amigos sois los dos, [Dios,
que el que es Dios cerca de
tan grande, inmenso y eterno,
viene a ser, por ser más tierno,
un niño cerca de vos.

Dios hecho virtud unida,
aunque siempre es Dios quien
soberano portugués, [es,
pone, para daros vida,
en vuestras manos los pies:
digan de otros santos cuanto
puedan lengua, pluma y canto,
que aunque el ser de Dios te-
Dios y vos en vos os veis, [néis,
Dios pequeño y vos gran santo[1].

A SAN JUAN BAUTISTA

Francisco de Borja y Aragón

Príncipe de Esquilache (1581-1658)

Precursor, en quien se mues-
la vieja Ley que se pone. [tra
mensajero de otro día
y luz de la antigua noche:
Como sois Alba del Sol,
amanecéis a los montes,
y sus aves os reciben
con amorosas canciones.

Las soledades del imbo,
de Jacob las sinrazones,
dichoso remedio tienen
si el viento del cielo corre.

Si herís los corazones,
vuestra es la gloria y nuestras
[las prisiones

1 *Rimas sacras*, ed. Sancha, t. 13.

Así la sagrada frente,
que no de caducas flores
del tirano vencedora,
de eterna luz se componen.
Que amanezcáis a las almas
entre rojos arreboles
del Sol de gracia, que espera
que os pongáis en su horizonte.
No dejéis que mis sentidos
con dulce sueño reposen
en los brazos del engaño
sin escuchar vuestras voces.

Si herís los corazones,
vuestra es la gloria y nuestras
las prisiones.

Si vivo muriendo a Dios,
por sombra inútil me lloren,
que entre muerto y su enemigo,
la diferencia es de nombre.
En este mar de mudanzas,
donde las aguas se acogen,
que a las corrientes del cielo
tan locamente se oponen.
Ni amanecen para mí,
ni descubren otro norte
mis ciegos ojos, que adoran
la luz de engañosos soles.

Si herís los corazones,
vuestra es la gloria y nuestras
[las prisiones.

El pasado Testamento
por mayor os reconoce;
que como se puso en vos,
hizo las sombras mayores.
Tales fueron, que saliendo
el Sol de Cristo a los hombres,
convino que vuestras sombras
se hiciesen después menores.
De los pastores antiguos
ninguno con vos se pone,
si es señalar el Cordero
oficio de los pastores.

Si herís los corazones,
vuestra es la gloria y nuestras
[las prisiones [1].

A SAN JUAN BAUTISTA

ALONSO DE SALAS BARBADILLO

Novelista y poeta (1581-1635)

I

Al «Ecce Agnus Dei»

Cumbre de santidad, monte sagrado
que al cielo nos enseña y encamina,
tan señalado en santidad divina,
que el proprio Dios por vos fué señalado.

Indice de aquel libro celebrado
de la verdad que a la virtud inclina
y mano que corristes la cortina
al sumo Dios cubierto y disfrazado.

¿Para qué le mostráis, varón famoso,
a un pueblo que después, tiranamente,
ha de ser de su sangre carnicero?

[1] *Obras en verso* del príncipe de Esquilache (Amberes 1554), página 689.

Encoged vuestro dedo milagroso
y advertid que mostrarle a aquesa gente
es mostrar a los lobos el cordero.

II

Al haber sido precursor

Hermosa, clara y celestial aurora,
que de la gracia el sol nos anunciaste
cuando de bellas luces coronaste
los campos verdes que entapiza Flora.

Ave del claro día anunciadora,
que cual ave los campos habitaste
y al despuntar su luz tan bien cantaste,
que tu voz le suspende y enamora.

De Cristo capitán sagrada espada,
para saber el modo de la guerra
de Lucifer furioso y arrojado,

pues mostrando tu esfuerzo y valentía,
siendo reconocido de la tierra,
quedaste, como espía, degollado [1].

A SAN PEDRO EN UNA BORRASCA

FRANCISCO DE MEDRANO

Sacerdote sevillano (1570-1607)

Pescador soberano, en cuyas redes
los mayores monarcas han estado
dichosamente presos y cambiado
en gloria sus prisiones y en mercedes;

tú, que abrir y cerrar el cielo puedes
con poderosa llave a tu ganado
y alcázar en la tierra has alcanzado
con columnas de pórfido y paredes,

los ojos vuelve al mar enfurecido;
y pues tal vez osó mojar tu planta
aun siendo hollado de tu fe animosa,

1 *Flores de poetas ilustres*, de Pedro Espinosa. en «Poetas líricos de los siglos XVI y XVII», de la Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, v. 42, p. 43.

su hinchazón rompe, acalla su ruido,
y, enseñado discípulo, levanta
mi fe y mis pies con mano poderosa [1].

AL GLORIOSO APOSTOL SAN PEDRO

SOR VIOLANTE DO CEO

Monja portuguesa (1601-1693)

Villancico

Pedro, después del divino,
¿qué poder hay como el vuestro,
pues tenéis en vuestra mano
la llave de todo el cielo?
Los que venturosos
llegar al cielo pudieron,
con un lugar solamente
se dieron por satisfechos.
Mas vos, que del cielo empíreo
sois soberano portero,
¿quién duda que entre los otros
tenéis la llave del juego?
Tanto el Monarca divino
os honró, dichoso Pedro,
que el de la llave dorada
os hizo en fin en su reino.
Todo merece quien es
piedra de tan alto precio,
que de la Iglesia divina
es dichoso fundamento.
Consagre el mundo loores
a tan divino lucero
y en vuestra alabanza diga
dulcemento aquestos versos.
Inmortales cantores,
¿quién como Pedro,
pues tiene las llaves
de todo el cielo? [2]

1 *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, t. 1, «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneyra, t. 32, p. 344.
2 *Parnaso lusitano...* (Lisboa 1733), t. 2, p. 947.

A SAN PEDRO

José Antonio Porcel y Salablanca

Canónigo de la catedral de Granada (1720-1770?)

Diálogo

POETA. Si Pedro, en amar diestro,
ignora a su Maestro,
de amante no se alabe,
que el que lo que ama ignora, amar no sabe.

PEDRO. Cuando en desconocerlo tuve empeño,
entonces mejor supe amar mi dueño;
porque sabio en amar siempre se llama
el que sabe guardar aquello que ama;
yo lo negué, mas lo guardé, si pude,
negándolo, librarme de la muerte.

POETA. De qué suerte, no entiendo.

PEDRO. De esta suerte.
Por el amor, en mí Jesús vivía.
Si me confieso suyo, no se dude
que yo también moría;
muriendo yo, dos muertes padeciera:
la de la cruz y la mía que sintiera;
negándolo, yo vivo y me reservo;
y así, aunque en el Calvario a morir viene,
queda vivo en la parte que en mí tiene;
luego cuando lo niego, lo conservo
en la parte que puedo; esto es amarlo,
¿qué tienes que dudarlo?

POETA. Si Pedro, por guardarlo, a Jesús niega,
y, por amarlo, que lo guarda alega,
cuando en desconocerlo tiene empeño,
entonces mejor sabe amar su dueño [1].

1 *Poetas líricos del siglo XVIII*, de Rivadeneyra, t. 61, p. 176.

A SAN CRISTOBAL

Francisco de Rioja

Poeta sevillano (1583-1659)

Traducción de unos versos latinos de Francisco Pacheco

Cristóbal y fortísimo gigante
es a quien, caminando en las tinieblas,
la fe, de maravillas obradora,
amanece; no teme de las sombras
las vanas amenazas, ni anegarse
en las ondas inmensas de las cosas;
estriba siempre en Dios. Tal te creemos,
¡oh grande entre los santos!, y del templo
te ponemos ejemplo a los piadosos
en los sacros umbrales, y a tus aras
ofrecemos honores merecidos [1].

A SAN CRISTOBAL, MARTIR

Fray Paulino de la Estrella

Franciscano (siglo XVII)

Por mar sois barca y barque-
Cristóbal, pues que pasáis [ro,
todo el mundo, y no lleváis
por eso ningún dinero:
por tierra sois pasajero,
que pasáis almas a Dios;
con esos oficios dos
le hacéis vos servicios tales,
que yo creo serán reales
las pagas que os hará a vos.

Sois en fuerzas un Sansón,
y sois en cuerpo un gigante,
y en la fe, el más constante
cananeo de cuantos son
con ese vuestro bordón
que traéis en vuestras manos
convertisteis los tiranos;
pues en la tierra clavado,
de improviso lo heis mostrado,
con flores y frutos sanos.

Vive Dios que habéis tomado,
Cristóbal, buen ejercicio;
pues al fin en ese oficio
tanto a Dios heis agradado,
que os ha hecho su privado
caminando ambos a dos;
mirad si os pagará Dios,
cuando a cuestas le pasáis,
mas si hoy las cuestas le dais,
él las suyas dió por vos.

Guiasteis almas al cielo
bien cuarenta y ocho mil,

[1] *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, t. 1, en Biblioteca de Autores Españoles, v. 32, p. 581.

y de un lance al fin sutil,
ya coronadas del suelo:
muchas pasaron de un vuelo
de esta vida transitoria,
pues alcanzaron victoria
por medio de sus tormentos,
con que pasaron contentos
a coronarse de gloria [1].

A SAN CRISTOBAL, EN IDEA DE CONVOCACION DE CORTES

VICENTE SÁNCHEZ

(Siglo XVII)

Para dar su ley, a Cortes
llama el Rey más soberano,
y acude pronto Cristóbal,
porque fué de los llamados.

Halláronle voto inhábil
por ser gentil, mas probando
su limpieza en el Bautismo,
quedó luego habilitado.

Si no por cristiano viejo,
por su grandeza de estado,
Cristóbal era en las Cortes
quien podía hablar más alto.

Probó limpieza, y fué mucho,
si en hombros pasaba a tantos,
que sufriendo tantas cargas
pudiese probar de hidalgo.

Pasar en brazos propuso
los que iban peregrinando,
que para alivio del pobre
halló conformes los brazos.

Contrató con el demonio;
pero le dejó observando
la ley, que del enemigo
veda el comercio y el trato.

Vedó al demonio la entrada
de telas, que urde el engaño,
siendo en lustres aparentes
todos sus tejidos falsos.

También vedó a los sentidos
las cintas que arma en sus lazos,
y abanicos, tentaciones,
con que el fuego sopla el diablo.

Quitó los profanos usos,
pues lo humilde despreciando
pierde la tierra lo rico
en el aire de lo vano.

Del alma a los enemigos
para entrar cerró los pasos
y vió los cielos abiertos
cuando los puertos cerrados.

Ser noble, de privilegio
consiguió por gracia cuando
de las Cortes en el solio
quedó el Santo laureado [2].

[1] *Flores del desierto, cogidas en el jardín de clausura minorítica de Londres.* En la oficina de Antonio Graesbeeck, impresor de Su Alteza (Lisboa 1675).

[2] *Lira poetica* (Zaragoza 1688).

A SAN BARTOLOME

Francisco de la Torre y Sevil

Caballero de Calatrava (siglo XVII)

Este noble soldado generoso
que se armó de valor con desnudarse
y al trueno de su voz pudo apagarse,
desvanecido, el rayo tenebroso,

el ropaje se quita más costoso,
aforrado de púrpura al rasgarse;
desnúdase de sí para acostarse
de eternidad en tálamo glorioso.

Raro fénix, la vida es su Occidente,
estrellas de sus siglos con la suma,
aroma y sacrificio, el pecho ardiente;

y para que más raro se presuma,
al revés de otras aves, eminente
al cielo vuela con dejar la pluma [1].

A SANTIAGO, PATRON DE ESPAÑA

Alonso de Ledesma

Poeta segoviano (1551-1622)

ROMANCE

Con la cristiana cuadrilla,
el valiente español entra,
armado de punta en blanco,
por divisa su encomienda.
A los muros de Coimbra
con el ejército llega,
y entre la enemiga gente
pasa como una saeta.
Y las campanas de la tierra
al arma tocan apriesa.

Victoria, España, victoria;
que tienes en tu defensa
uno de los doce pares,
mas no de nación francesa.
Hijo es tuyo; y tantos mata,
que parece que su fuerza
excede a la de la muerte,
cuando más furiosa y presta.
Y las campanas de la tierra,
al arma tocan apriesa.

Sobre el sol las del Oriente,
al tiempo que cien mil puertas,
en los enemigos pechos
deja con su lanza abiertas.
A todas partes acude;
que con sola su presencia
hace que el amigo viva
y que el enemigo muera.
Y las campanas de la tierra
al arma tocan apriesa [2].

[1] *Entretenimiento de las musas en esta baraja nueva de versos* (Zaragoza 1654), p. 15.
[2] *Conceptos espirituales,* tercera parte (Lérida 1612), p. 239.

EL APOSTOL SANTIAGO

FEDERICO GARCÍA LORCA

Poeta granadino (1899-1936)

Balada ingenua

I

Esta noche ha pasado Santiago
su camino de luz en el cielo,
lo comentan los niños jugando
con el agua de un cauce sereno.
¿Dónde va el peregrino celeste
por el claro infinito sendero?
Va a la aurora que brilla en el fondo,
en caballo blanco como el hielo.
¡Niños chicos, cantad en el prado,
horadando con risas al viento!
Dice un hombre que ha visto a Santiago
en tropel con doscientos guerreros.
Iban todos cubiertos de luces,
con guirnaldas de verdes luceros,
y el caballo que monta Santiago
era un astro de brillos intensos.
Dice el hombre que cuenta la historia
que en la noche dormida se oyeron
tremolar plateado de alas
que en sus ondas llevóse el silencio.
¿Qué sería, que el río paróse?
Eran ángeles los caballeros.
¡Niños chicos, cantad en el prado,
horadando con risas al viento!
Es la noche de luna menguante.
¡Escuchad! ¿Qué se siente en el cielo,
que los grillos refuerzan sus cuerdas
y dan voces los perros vegueros?
—Madre abuela, ¿cuál es el camino,
madre abuela, que yo no lo veo?
—Mira bien, y verás una cinta
de polvillo harinoso y espeso,
un borrón que parece de plata
o de nácar. ¿Lo ves?
—Ya lo veo.
—Madre abuela, ¿dónde está Santiago?

—Por allí marcha con su cortejo,
la cabeza llena de plumajes
y de perlas muy finas el cuerpo,
con la luna rendida a sus plantas,
con el sol escondido en el pecho.
Esta noche en la vega se escuchan
los relatos brumosos del cuento.
¡Niños, cantad en el prado,
horadando con risas al viento!

II

Una vieja que vive muy pobre
en la parte más alta del pueblo.
va contando con ritmos tardíos
la visión que ella tuvo en sus tiempos.
Ella vió en una noche lejana
como ésta, sin ruidos ni vientos,
al apóstol Santiago en persona,
peregrino en la tierra del cielo.
—Y, comadre, ¿cómo iba vestido?
—le preguntan dos voces a un tiempo—.
—Con bordón de esmeraldas y perlas
y una túnica de terciopelo.
Cuando hubo pasado la puerta,
mis palomas sus alas tendieron,
y mi perro, que estaba dormido,
fué tras él, sus pisadas lamiendo.
Era dulce el apóstol divino,
más aún que la luna de enero.
A su paso dejó por la senda
un olor de azucena y de incienso.
—Y, comadre, ¿no le dijo nada?
—le preguntan dos voces a un tiempo—.
—Al pasar, me miró sonriente
y una estrella dejóme aquí dentro.
—¿Dónde tienes guardada esa estrella?
—le pregunta un chiquillo travieso—.
—¿Se ha apagado—dijéronle otros—
como cosa de un encantamiento?
—No, hijos míos; la estrella relumbra,
que en el alma clavada la llevo.
—¿Cómo son las estrellas aquí?
—Hijo mío, igual que en el cielo.
—Siga, siga la vieja comadre.
¿Dónde iba el glorioso viajero?

—Se perdió por aquellas montañas
con mis blancas palomas y el perro.
Pero llena dejóme la casa
de rosales y de jazmineros,
y las uvas verdes de la parra
maduraron, y mi troje lleno
encontré la siguiente mañana.
Todo obra del apóstol bueno.
—¡ Grande suerte que tuvo, comadre !
—sermonean dos voces a un tiempo—.
Los chiquillos están ya dormidos
y los campos en hondo silencio.
¡Niños chicos, pensad en Santiago
por los turbios caminos del sueño!
¡ Noche clara, finales de julio !
¡ Ha pasado Santiago en el cielo !
La tristeza que tiene mi alma
por el blanco camino la dejo,
para ver si la encuentran los niños
y en el agua la vayan hundiendo ;
para ver si en la noche estrellada
a muy lejos la llevan los vientos [1].

A SAN CAYETANO

Gabriel de Atarbe

(Siglo XVIII)

Naciste a ser asombro, y fuiste asombro
aun antes de nacer, cuando a tu madre
el éxito feliz le dificultan
las que ya tú aprendiste vanidades.
La honesta ostentación, el aparato
correspondiente a tan ilustre sangre
pareció excelso al que, a nacer humilde,
adelantó las luces racionales.
¿Adónde crecerá después del mundo
el desprecio, si ya se ve gigante?
Y ya (¡ oh contradicción la más hermosa !)
huyes del mundo cuando al mundo sales.
Ejemplar de inaudito desapropio,
humilde estancia vil (tú la ilustraste)
al nacer te recibe. ¡ Oh, cuánto el cielo,
callando, dice para en adelante !

1 *Obras completas*, editorial Losada (Buenos Aires 1944).

A fundar vienes religión heroica
de raros hombres, que aun hambrientos callen,
fiándose de aquella Providencia
que los puede entender sin que le hablen.
Así convences el infiel, el necio
error injusto de Heresiarca infame,
y haces ver que al que el reino de Dios busca,
nada hay, sin tenerlo, que le falte.
Aquel próvido Dios que la flor viste
y que alimenta el pájaro en el aire,
¿cómo se olvidará de quien le sirve
o no se acordará de quien le ame?
Amad a Dios, buscad a Dios, decíais,
a él solo le pedid, pues nunca un padre
da un escorpión al hijo que le pide
o niega el dulce pan al tierno infante.
Amad a Dios, amad en vuestras almas
su siempre apetecible imagen ;
que amigo fiel jamás al fiel amigo
dejó de abrir, aunque a deshora llame [1].

A SAN FRANCISCO DE ASIS

Jerónimo de Cancer y Velasco

(Siglo XVI-† 1665)

Sin duda que Francisco
todo lo entiende,
pues que todos dicen:
«Con él me entierren».
Cristo y él pelearon
solitos los dos,
y éste fué un desafío
sin descomunión.
A la cárcel le llevan,
si no se escapa,
que en la tienda cercado
se vió de varas.
Si sangriento le vieres,
no te congojes,
que, si no son galeras,
serán azotes.
Como el hábito quieren
besalle todos,
tiene rota la manga
de dar de codo.
Pídanle indulgencias
a San Francisco,
que en la manga las tiene
como abanico.
Mercader soberano
no ayune siempre,
que, si tanto adelgaza,
temo no quiebre [2].

1 *Obsequiosa métrica, expresión de devoto afecto a nuestro glorioso Padre de la Caridad y Providencia, San Cayetano* (Madrid 1730).
2 *Obras varias de don Jerónimo de Cancer y Velasco* (Madrid 1651), p. 27.

A SANTA CLARA, VIRGEN

Iñigo López de Mendoza

(1398-1458)

Clara por nombre, por obra e virtud
luna de Asís, e fija de Ortulana,
de sanctas donnas enxemplo e salud,
entre las veudas una e soberana:

principio de alto bien, e juventud
perseverante, e fuente, de do mana
pobreza humilde, e closo alamud,
del seráfico sol muy dina hermana.

Tú, virgen, triunfas del triunfo, triunfante
e glorioso premio de la palma:
así non yerra quien de ti se ampara

e te cuenta del cuento dominante
de los sanctos, ¡oh sancta sacra e alma!;
pues hora ora pro me, beata Clara [1].

A SANTA CLARA VIRGEN, CON EL SANTISIMO SACRAMENTO EN LAS MANOS

Gaspar Lozano y Regalado

(Siglo XVII)

A fe que el alma medrara
si comiera deseosa
del Ave tan misteriosa
la yema que tiene Clara.

Como el alma en vivir rota
quiere en sí jamás volver,
acostumbrando a comer,
como el pródigo, bellota.

A fe que presto tornara
(comiendo sin ser curiosa)
del Ave tan misteriosa
la yema que tiene Clara.

Que si tan flaca se ve,
por ser, como es, desreglada,
que no puede pasar nada,
yo otro remedio no sé;

si no es que del Ave rara
en virtudes milagrosa
llegue a gustar deseosa
la yema que tiene Clara [2].

[1] *Obras del marqués de Santillana* (Madrid 1852).
[2] *Loores de los santos* (Valladolid 1619).

A SAN BERNARDO

MANUEL MONTAÑÉS Y MONTEALEGRE

(Siglo XVIII)

Venciste una quimera poderoso,
que en ti solo, Bernardo, no es quimera,
del más fiero enemigo, porque era
enemigo más fiero por hermoso;

con amor más altera tu reposo
quien con odio mortal menos te altera;
y así, al revés, vencer tu ingenio espera,
volviéndole la espalda victorioso;

nunca se vió tu ingenio más gallardo,
nunca mejor triunfaste del abismo;
conoce tu pureza el casto nardo,

falte ya a tus trofeos el guarismo,
pues por ser más valiente que un Bernardo,
tú, Bernardo, te vences a ti mismo [1].

SANTO TOMAS DE VILLANUEVA, EL LIMOSNERO

FRAY JERÓNIMO CANTÓN

Agustino (siglo XVII)

Buen pastor, rara clemencia,
buena Iglesia; buen pastor,
gobierno con gran prudencia,
prudente gobernador,
buen Tomás: feliz Valencia.

En su casa cada día,
cuatrocientos y aun quinientos
pobres a comer tenía;
cuantos más, más sus alientos,
más su caridad crecía.

Con ser hechos tan jocundos,
tan aceptos los que obró,
un curioso le advirtió
que hizo muchos vagabundos
con la limosna que dió.

Vió un criado reprender,
con muy ásperas razones,
un pobre que, por coger
duplicadas las raciones,
se solía entremeter.

Llamóle y díjole: Cuando
os quisieren engañar,
pensad que han de sustentar
su familia mendigando,
y eso les debe obligar.

Habéis de ser liberal,
fingiendo no haberlo visto;
nunca al pobre tratéis mal,
porque es imagen de Cristo,
suya propia y natural.

[1] *Poesías líricas* (Madrid 1735).

Si llevare dos raciones
por la que se le debía,
vos ganáis por otra vía
dos premios por dos porciones,
aunque fueran de agua fría.

Daba con su mano diestra
a pobres menesterosos;
si eran hombres vergonzosos,
sin sabello la siniestra
ni notallo los curiosos.

Redimiendo los cautivos,
dió a los pobres labradores
mulas para sus labores;
y a los que quedaron vivos,
casas y haciendas mejores.

Por la ciudad derramadas
de su amor vivas centellas,
pobres viudas y casadas,
muchas huérfanas doncellas,
fueron bien acomodadas.

A tanta limosna es cierto
que la renta no bastara,
si con su potencia rara,
como el pan en el desierto,
Dios no la multiplicara.

Porque, sacada la cuenta,
fué el gasto tan excesivo
sobre la tasada renta,
que el gasto alcanzó al recibo
en diez mil ciento y noventa [1].

SAN MIGUEL

MIGUEL DE UNAMUNO

Catedrático de Salamanca (1864-1937)

Con alas tenebrosas, las tinieblas
los buitres infernales percudían
del cadáver al husmo, y sus chillidos
rasgaban el silencio; mas flamígera
la espada de Miguel, la que la puerta
guardó del paraíso, derramando
rayos hacia escudo en torno tuyo,
a esos demonios espantando. Lívido,
y sus sierras de dientes por la envidia
castañeteando con furor inválido,
tentador Satanás, que es el caótico
archidragón, espurriando baba
y bufando blasfemias y mentiras
contra Ti, la razón que el caos derrite,
de tu sangre a las raíces aterrábase:
¡y Tú, el Hombre a Dios enarbolado,
con el pie de tu cruz el cerviguillo
le quebrantabas siempre triunfador! [2]

1 *Vida y milagros del B. P. y señor don Thomas de Villanueva, religioso de la Orden de San Agustín y arzobispo de Valencia* (Barcelona 1623), fol. 100.
2 *El Cristo de Velázquez* (Madrid 1920), p. 86.

A SANTA TERESA

La transverberación

JOSÉ A. BUTRÓN Y MÚJICA

Jesuita (siglo XVIII)

Rápido, hermoso, celestial Cupido,
en la hoguera del sol la hacha encendiendo,
de dardo breve en oro armó bruñido
la asta, plumas de llamas sacudiendo:
dejaba el golpe el corazón herido,
y repetía el golpe, pretendiendo
de codicioso el Serafín gallardo
tirarlo para sí al sacar el dardo.

Vital incendio con sutil destreza
alientos aumentaba en el turbado
amante corazón, que a la extrañeza
de la dulzura aleaba despulsado;
modesto el Serafín, todo pureza,
doblaba hechizos al arpón sagrado,
rizando en plumas de volcán suave
ligero el susto con majestad grave.

Blandía el dardo el Serafín amante,
y con la misma acción que le blandía
temblaba el asta y punta penetrante,
porque tan santo corazón hería;
y el Serafín temblaba al ver triunfante
el sacro pecho que le recibía,
notando ser mayor de ella la gloria,
porque donde no hay cuerpo no hay victoria.

Si el Serafín fuego es el más sublime,
con razón sirve aquí de arpón el fuego,
cuando en el pecho de Teresa imprime
su llama asombrosa sin desasosiego;
que así la duda de mortal dirime
la flecha, no ya flecha de amor ciego,
de ciudadano sí de esferas puras,
el Serafín y el fuego, todo alturas.

Mi Dios, dijo Teresa, a este ardor cede
mi asombro, pero asombro sin espanto;
¿quién soy yo?, ¿dónde estoy?, ¿qué me sucede
en este de delicias dulce encanto?
Señor, Señor, Señor, ved que no puede
sufrir mi ser humano gusto tanto;

esto es morir, mas muerte de tal suerte,
que ya osdi el alma y es vida la muerte.

No es esto con heridas congojarme,
sólo es arrebatarme con finezas;
no es esto con incendios abrasarme,
sólo es ser volcán vos de mis tibiezas;
si queréis como fénix renovarme,
duren más tan divinas extrañezas;
duren más, dulce Dios, dichas tan sumas,
no tengan, como amor, mis dichas plumas.

Angeles que miráis mi desaliento,
dadme albricias; fogosos serafines,
elevados cantad mi dicha al viento,
y las arpas mezclad con los clarines;
oigan el mar, el aire, el firmamento,
la tierra allá en sus últimos confines,
que de Dios por fineza portentosa
entre flores y amor muere la Esposa.

Los que al grande espectáculo asistieron,
espíritus celestes envidiaron
(sacra envidia) favores que allí vieron,
y aun más los que al mirarlos ignoraron;
ser mortales segunda vez quisieron,
porque fortuna tanta no lograron,
y viendo allí otra gloria, su memoria
minoró en el aumento algo su gloria [1].

SAN IGNACIO EN MONTSERRAT

HERNANDO DOMÍNGUEZ CAMARGO

Doctor de Santa Fe de Bogotá (siglo XVII)

Dejó Ignacio su Patria esclarecida,
vencidas las instancias de su hermano;
¡oh Patria!, que te intimas a la vida
del pimpollo mejor, sordo gusano,
y te divorcias siempre, matricida
del hijo que en tu seno vivió ufano,
y adversa, convocándole fortuna,
urna sin gloria eriges a su cuna.

Dejóla Ignacio y cometió a la espuela
que al caballo avisase del camino
de Montserrat, a cuyo monte apela,
disfrazando a su hermano su destino;

1 *Harmónica vida de Santa Teresa* (Madrid 1722).

deportante arrancando el frisón vuela,
cuando pierde con el velero el pino,
y al contacto de Ignacio, que lo instiga,
muchas devana leguas su fatiga.

La opulencia del templo envidó a Ignacio
a tributos de mármol, el instante
que sin dejarle a descartarse espacio,
sus opulencias le arrojó delante:
la vista se subió con el palacio
hasta el cielo, y cansóse en lo distante,
que, olvidado de sí, al empireo sube
y débil se apeó de nube y nube.

Zozobrado Loyola en tanta gloria,
sus grandezas hidrópico bebía,
cuando entró a despertarle la memoria
una luz arrojada de María,
que el volumen revuelva de su historia,
y que a cómputo llame día por día
su vida, le intimó, y él obediente
la revocó a la lista de su frente.

Inmoble el templo lo admiró coluna,
o madre de dos fuentes viva roca,
el tiempo que gastó en platear la luna,
cuantos de un horizonte espacios toca:
dedicóle sus armas una a una,
cuando su ardor con más ardor la invoca
en su altar a María, cuyo oído
fué esponja dulce a su agonal gemido.

—¡Oh espada, dijo, bien nacida!, llave
que las chapas abriste de la vida,
de aquesta mano levente grave
en ocasiones del honor regida:
timón, que vinculándote a la nave
de mi fortuna en muchos conducida
mares de ajena sangre, que inculcaste,
nuevos mundos de glorias me ganaste.

Esta celada, que en el duro invierno
torreón nevado fué de escarcha dira,
o con asilo en el verano alterno,
taza donde templé mi ardiente ira,
ocupe la pared por timbre eterno,
si ya a mi vida no se erige pira,
y este epitafio imponga al mármol yerto:
«Aquí yace un soldado hasta aquí muerto».

Este espaldar, a quien el pecho mío,
cuando más en la guerra fatigoso,

pagándole la casa de vacío,
sueldo le señaló de hierro ocioso;
a las paredes de este templo frío,
como tablas del Ponto tormentoso,
por el obrado en mi salud milagro,
como ruinas mías las consagro [1].

A SAN PEDRO DE ALCANTARA

Gabriel Bocángel y Unceta

(1610-1658)

No las que coronáis las fuentes bellas
del árbol que siguió Febo humanado
y Júpiter respeta embravecido,
humanas Musas me asistid, aquellas,
aquellas, sí, virtudes del sagrado
trasunto de su padre, el escogido
de Dios, antes que fuese al alto nido,
a quien volvió tan bello
como el ligustro cándido que deja
el inocente cuello,
en aras toscas de villana reja,
sin que en último agravio primer queja
intime al prado, que el estrago admira;
inspira, ¡oh tú!, mi lira,
heroico Pedro, templaré entretanto,
con tu llanto feliz, mi infeliz canto.

En sitio donde yace abril eterno,
donde todos los meses son abriles,
verde aplauso del sol, pompa del día,
habitación también del duro invierno
que ostenta melancólicos perfiles
en espelunca breve, en cueva fría,
palacio donde Pedro presidía
a fieras, peces, aves,
ya en montes a quien ciñen altos pinos
de tan verde espesura, mas tan graves
que al sol niegan auríferos caminos,
ya en órganos corrientes cristalinos
donde métrica plata
de Dios en alabanzas se desata,
pues donde Pedro santo está presente,
sabe sentir de Dios lo que no siente.

[1] *San Ignacio de Loyola,* poema heroico, obra póstuma (Madrid 1666), p. 104.

Seráfico pincel, divina pluma
solicitan su forma esclarecida;
aun de la presunción huye la idea
de tan alto volar, aun no es la espuma
capaz venganza, ni al osar medida,
tanto riesgo mis alas señorea,
¿mas cuál copia mortal no saldrá fea,
Pedro, si le hace agravio
igual, cuando traslada un imposible
el rudo como el sabio?,
¿quién mide un cielo en ámbito falible
o puede comprender lo incomprensible?
Bien que el temor será culpado extremo,
si agravio tu poder en cuanto temo,
así, aunque ofensa es mucha
el reducirte a números, escucha.

Fué la proceridad de su estatura
alta con proporción que a tan gran alma,
un alcázar de miembros fué decente,
hizo el rostro desdén a la hermosura,
que enemigo de sí, llevó la palma
del propio amor, que anida en lo aparente,
los ojos retirados de la frente
tuvo en cárcel profunda,
que es gran arte enfrenar los enemigos,
no confusión inmunda
de cabellos sufrió, que son testigos
de vanidad y de blandura amigos,
que en lisa piel su trémula cabeza
dibujó su pureza,
y en rostro flaco y en cerviz rugosa
se vió la primer vez flaqueza hermosa.

La monda arquitectura de la vida,
la estatua en que la muerte nos transforma,
era casi su talle macilento,
que aun tuvo en sí la carne aborrecida;
los nervios penitentes de su forma,
sobre sus huesos fueron instrumento
tan al concierto del vivir atento,
que jamás disonaron,
siendo austero compás la penitencia;
en su rostro nevaron
candideces a igual circunferencia,
éstas fueron sus canas, la inocencia,
la pureza, intención, piedad y celo;
que como era del cielo,

le puso Dios en cándido distrito
el sello para sí y el sobrescrito.

Tosco y breve sayal fué su vestido,
vestido no, que en desnudez austera,
a decencias no más, se vió cubierto,
ni porque a bocas ciento, roto, herido,
nuevas defensas el sayal pidiera
las concedió, porque mirando abierto
su corazón a Dios y descubierto,
al exterior ornato
negó lo que a su pecho le negaba.
Al sueño siempre ingrato,
descansos en desvelos transformaba,
ninguno, o momentáneo le hospedaba,
fuerza en él, no elección del ser humano;
sueño, pero no vano,
pues a no estar en Dios su fantasía,
jamás durmiera, porque en Dios vivía.

Profesó, pues, tan próspera pobreza
que sólo poseía la esperanza,
aunque con Dios no hay esperanza sola,
¡ oh cuántas veces de mortal riqueza,
caduca adulación, halló venganza
con desprecio que el ánimo acrisola !
Y como suele rápida la ola
que su ribera azota
retroceder herida de la pena,
con humilde escarmiento, bien que rota,
tratable al marinero y halagüeña;
si Pedro alguna vez miraba seña
en sí, de afecto deleitable humano,
con rigurosa mano
la quebrantaba, y la borrasca y pena
traducía a quietud y a paz serena.

Tanto llegó a tasarse el alimento,
que pareció su humanidad fingida,
su carne se quejó, como olvidada,
recibiendo el levísimo sustento
de frágiles espigas, porque anida
en ellas Dios con alta unión sagrada,
y aun si no fuera el pan forma imitada
de aquella blanca forma
en que a Dios repetía sacrificios,
dando en ellos angélicos indicios,
pues en la acción absorto se transforma,
aun el pan se negara,

sustentando a invisibles beneficios,
y aun la porción de su alimento rara
pudo tener celosa al alma atenta,
cuando el cuerpo de espíritu alimenta.

Mas al tiempo que Pedro, atento y fino,
hizo de su humildad divisa y gala,
no pudo Dios deber la recompensa;
banquete de sí mismo le previno,
siendo otro Pedro dulce maestresala,
que a tanto imitador tanto dispensa;
Pedro, excedido de la lumbre inmensa,
teme creer lo que mira
y teme, no creyendo, ser ingrato,
suda, pues, y suspira
de dos contrarios tímidos el recato;
crece de Dios el beneficio y trato
que en su santa humildad aposentado
deja a Pedro endiosado,
creyendo Pedro que si Dios le vive,
da Dios a Dios el culto que recibe.

Cuando erizados a golfos Guadiana,
presumiendo de mar, se vió furioso
borrar la antigua ley de su ribera,
de Pedro fué la planta soberana
tridente fiel al piélago espumoso,
el manto vela y Cristo la ribera.
Pasmado, pero intrépido, venera
el compañero atento
el gran prodigio y sus estampas sigue
incapaz al portento:
Ea, campeón de Dios, surca y prosigue,
con excesos de amor, amor te obligue,
callen del otro Pedro los favores,
pues en ti son mayores,
que entonces Dios su ley acreditaba
más contigo su amor cuando te honraba.

¿Qué mucho que uniformes y obedientes
los elementos todos se dediquen,
cuando furiosos más, a tu respeto?
Y que de nieve, rígidos, pendientes
copos a ser hospicio se compliquen
mientras tratable el cielo y más perfecto
a tu viaje da felice efecto.
¿Qué mucho que aquel monte
que ardió con tal tristeza de tus hijos,
Etna de su horizonte.

enfrenase los vómitos prolijos,
cambiando al verte en mansos regocijos
las ondas de la llama?
¿Qué mucho que tu carne no padezca
aun difunta, si en ti la gente ha visto
difunto un hombre cuando vivo un Cristo?

Canción, detente, y esta ofrenda pía
depón adonde Pedro pisa altares,
en urna que es de España fiel tesoro;
que España goza a emulación del día
golfos de luz por Pedro en quietos mares,
porque yace en arenas puras de oro;
esto en el suelo, que en empíreo coro
por arenas, estrellas
besan sus pies, porque sus pies besando
se acreditan de bellas.
Di, canción, a sus hijos, que gozando
se están en su memoria,
que su memoria es índice de gloria [1].

AL DIA DE TODOS LOS SANTOS

JOAQUÍN ROMERO Y MURUBE

(Contemporáneo)

Fiesta de todas las luces
en los imperios más altos,
viento vestido con trajes
de ciudades y de campos,
corre que te corre, vuela
en día de Todos los Santos.
Novias trémulas del viento
en los mares del espacio
las campanas enloquecen,
temblando en oro su canto
al sol lleno de las doce
del día de Todos los Santos.
Las auras, en desposorios
con los aromas más llanos
—jazmín y yerbaluisa—,
suben al pecho de nardo
de la mañana encendida
con luz de Todos los Santos.
Corre que te corre, vuela
el viento con su regalo
por los muros, por las torres,
por las calles, por los patios,
regalan para los cielos
en día de Todos los Santos.
(Desagravio mañanero
para los santitos raros
que tienen su día perdido
en los rincones del año:
San Telmo, San Damián,
San Cosme, San Bonifacio.)
Los cielos cuelgan balcones
con viras de azules largos,
y hasta la ciudad, los ángeles
bajan alegres, cantando,
para ayudar una misa
por santo en cada tejado.
Viento frío, azul y largo
corre que te corre, vuela,
en día de Todos los Santos [2].

1 *Obras de don Gabriel Bocángel* (Madrid 1946), p. 392.
2 *Sombra apasionada* (Sevilla 1929), p. 60.

A SAN JOSE DE CALASANZ

LUIS CARRIÓN

Escolapio (contemporáneo)

Y José Calasanz soñó un buen día
con poner un taller y ser joyero.
En el Transtíber vió un banco perlero...
y, a remo y brazo, a flote lo extraía.

Abre escuela—taller de joyería—.
Pule y desgasta con tan fino esmero,
que artífice no habrá en el mundo entero
que les dé tal oriente y armonía.

Tiene un montón labrado ya de perlas
y a la Reina del cielo va a ofrecerlas...
De los cielos desciende la Señora;

le nombra su joyero. Le bendice...
—Vengo a pagarte..., que en pago—dice—
hay labores que no admiten demora [1].

A SAN AGUSTIN

JUAN DE TARSIS

Conde de Villamediana (1582-1622)

No entre Scila y Caribdis, viva nave
niega a impulsos australes blanco lino,
entre nortes de luz, si aserto digno
violencia es dulce rémora süave.

Neutral piloto, amor apenas sabe
uno a otro elegir, puerto divino,
de gracia eternal, aquél inmenso, y Trino
éste, en que el mismo Trino eterno cabe.

Extasis, acordado parasismo
del que pendiente del ambiguo acierto
mas en sí está saliendo de sí mismo.

Y en dudoso elegir de acertar cierto,
las suertes menosprecia del abismo,
bajel que entre dos cielos toma puerto [2].

[1] Publicada en la revista de los Escolapios de Valencia (1949).
[2] *Obras de don Juan de Tarsis* (Madrid 1635), p. 67.

LA DEGOLLACION DEL BAUTISTA

Joaquín Lorenzo Villanueva

(1757-1837)

¿Del festín, y en tus días,
Herodes inhumano,
turbas las alegrías
con juramento insano,
y por cumplirle, a tu sayón envías
a saciar el encono de Herodías?

¿Y adulando el deseo
de la desenvoltura,
en medio del recreo,
empleas la bravura
en dar de una liviana al devaneo
la cabeza del justo por trofeo?

Al que plácido oyeras
cuando te echaba en cara
tus torcidas carreras,
hoy entre la algazara,
y sordo a sus querellas lastimeras,
entrégasle a pasiones carniceras.

Mira en esa cabeza
lánguida y desangrada,
lengua que tu dureza
arguye, ya eclipsada
su vista, no del filo a la crueza,
sino por el horror de tu torpeza.

Cerrada está su boca;
y tiemblas al miralla,
pues tu soberbia loca
oye de ella, aunque calla,
que ese gran crimen contra ti provoca
un furor que su fallo no revoca [1].

[1] *Poetas líricos del siglo XVIII*, t. 3, en Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, v. 67, p. 585.

A LA SANTISIMA CRUZ

FRANCISCO DE FIGUEROA

Siglo XVI († 1617)

Ancora celestial y de consuelo
en quien bonanza eterna y bien se encierra;
norte del mundo, cuya luz destierra
el infernal obscuro y triste velo;

bastón de paz divina, que en el suelo
nos partió la perpetua y mortal guerra;
árbol glorioso, que llevó en la tierra
el más alto y mayor fruto del cielo;

eres tálamo, ¡oh cruz de bondad llena!,
en quien las bodas de inmortal memoria
con nuestra Madre Iglesia Cristo ordena;

bandera a quien siguió nuestra victoria:
y de fiero instrumento de la pena,
te hizo Dios la llave de la gloria [1].

A SAN COSME Y SAN DAMIAN, MARTIRES

GASPAR LOZANO Y REGALADO

Canónigo de León (siglo XVII)

A recibir van al cielo
el incomprensible grado
de la prometida gloria
dos hermanos doctorandos.
Dánsele los tres doctores,
que un ser tienen increado,
después que el segundo dellos
curó con su sangre a tantos.
No la borla de amarillo
llevan por insignia y lauro,
sino la del color rojo
que campea mucho en ambos.
El Mundo, Demonio y Carne
(tres doctores arrojados)
vejamen darles quisieron,
y ellos al fin le llevaron.

Antes de ganar el premio
y ser por Dios graduados,
con la práctica y teórica
almas y cuerpos curaron.
Pero el soberbio doctor,
que por subirse tan alto
cayó miserablemente
en los abismos más bajos,
delante de un juez cual él,
injusto, perverso y malo,
los denunció que curaban
sin ser dél examinados.
Y miente, que muchas veces
con mil argumentos falsos
los tentó, y halló que estaban
en la ciencia aprovechados.

[1] *Poesías de Francisco de Figueroa;* las publica la Sociedad de Bibliófilos Españoles (Madrid 1943).

Sino que de envidia en ver
le quitaban el salario,
los acusó falsamente,
por ser él un matasanos.

Hízose la información
con testigos temerarios,
y mandó el juez los echasen
en el mar profundo y ancho.

Luego en el otro elemento,
que es de la humidad contra-
fueron lanzados también, [rio,
mas no recibieron daño.

Al fin, como a nobles hoy,
los cuellos les han cortado,
y por el grado las almas
van a los cielos volando [1].

A MI ANGEL

José García Nieto

(Contemporáneo)

¿Estoy despierto? Dime. Tú, que sabes
cómo hiere la luz, cómo la vida
se abre bajo la rosa estremecida
de la mano de Dios y con qué llaves;

dime si estoy despierto, si las aves
que ahora miro son cifra de tu huída,
si aún en mi corazón, isla perdida,
hay un lugar para acercar tus naves.

Angel mío, tesón de la cadena,
tibia huella de Dios, reciente arena
donde mi cuerpo de hombre se asegura,

dime si estoy soñando cuanto veo,
si es la muerte la espalda del deseo,
si es en ti donde empieza la hermosura [2].

A SAN FRANCISCO DE ASIS

José María Semprún Gurea

Abogado (contemporáneo)

¡Ay, hermano Francisco!
¡Ay, hermano Francisco, que tenías,
hecho el áureo limbo de tus días,
encima de las nubes un aprisco
para guardar dulzuras y armonías!
Tú, que al divino pecho un suave pomo
tomaste, y le alzabas en tu mano
para que este haz humano,

1 *Loores de los santos* (Valladolid 1619), p. 201.
2 Publicado en la revista *Estrella del Mar* (Madrid 1950).

de embotados y sórdidos tarugos
—que hozan entre el estiércol bajo, como
canes abandonados, los mendrugos
y piltrafas carnales—la cabeza
levantaste al aroma de la alteza;
tú, que, en rotos de amor, te hiciste criba
en cinco llagas por donde pasara
a los hombres de Cristo el agua clara
y el fuego de su sangre, siempre viva:
¡abre bien esas llagas
y que fluya la gracia a hacernos buenos,
curándonos los males de estas plagas
de destrucción en hierros y en venenos!;
que cesen los aprestos
con que madruga el odio a sus enconos
y los amargos gestos
que a las roncas venganzas son abonos.
Que callen atabales y tambores
los nervios seduciendo en el engaño
de su halago marcial, lluvia de flores
musicales tapando el mayor daño...
... ...
Somos lobos, ladrones que al camino
se adelantan. Pues bien, como otro día,
mata las furias de nuestra alma impía
con la gracia del Pan y la del Vino [1].

A SAN FRANCISCO DE ASIS

Florecilla

JOSÉ MARÍA PEMÁN

(Contemporáneo)

I

Yo, hermano Francisco, no soy más que poeta...
Tú, santo de Dios, con palabras divinas,
a la alada tropa de las golondrinas
mandaste estar quieta
por que no turbaran tu predicación.
Tú sabías que la perfección
de tu voz merecía
el silencio celeste del día.

[1] *Asonancias y consonancias* (Madrid 1930).

Yo no sé esas palabras de flores.
Si tuviera que hacer mi oración,
yo les cedería mi pobre canción
a las golondrinas y a los ruiseñores.
A la tropa alada yo no le diría
que estuviera pacífica y quieta.
Yo me callaría...
Y en ellas sería
la clara armonía
del canto
más dulce y completa.
Porque tú eres santo.
Yo, hermano Francisco, no soy más que poeta.

II

Flores... ¡Qué orgullo vuestra compañía,
qué cuidado de Dios vuestra belleza!
Cielos..., ¡esa grandeza
tan grande y silenciosa..., toda mía!
Mediodía... ¡Qué ingenua transparencia!
Tarde... ¡Qué altas razones!
Silencio... ¡Qué canciones!
Soledad... ¡Qué presencia!
Noche casta y sumisa,
¡qué callada a mi vera!;
¡y el labio en flor, con que la primavera
pone en mi labio el beso de la brisa!
Yo no quiero entender. Quiero en el hombro
tuyo apoyarme para caminar.
Y andar, Señor, andar,
entregando en tus manos el asombro
de este alma mía joven como el mar...

III

Pájaros

Volaban de los troncos a las flores.
Cantaban y reían en mis manos.
Yo iba a decir con San Francisco: «¡Hermanos!...»
¿Pero tienen hermanos pecadores
los pájaros?
Señor, yo los veía
sobre la luz del día
tan graciosos, tan bellos,

que hermanarme con ellos
me pareció ufanía.
¿Hermano yo, sin sencillez, de aquellos
que cantaban así,
como fuentes de pluma, para ti
sobre las rosas y los trigos?
Hermanos, no. Les suplicaba: Amigos...,
¡si cantaseis por mí! [1].

AL PATRIARCA SAN BRUNO

FRAY PAULINO DE LA ESTRELLA

Franciscano (siglo XVII)

A la conquista del cielo
un capitán general
hoy se parte de su patria
con seis compañeros más.
Bruno se nombra el caudillo,
Hugón fuerte capitán,
dos Estéfanos, Guarino
y Andrés otro que tal.
Con el valiente Landuino,
que juramentados van
de proseguir la empresa
sin que vuelvan el pie atrás.
Al obispo Hugo llegan
a pedirles dé un lugar
en la suya diocesis,
en que formen su areal.
Los montes cartujanos
les concedió liberal,
por naturaleza ásperos,
sin nadie los habitar.
Sentaron allí su campo,
por ser sitio muy capaz,
que es más cierta la victoria
del que en mejor puesto está.
Y porque de aquellas cumbres
llegaban mejor allá
sus tiros, que son de alcance,
allí le fueron formar.
Nombróles Bruno sus puestos
y dióles a cada cual
las reglas que han de seguir
en la orden militar.
Obediencia, les dijo,
que era el punto principal
para vencer al demonio,
enemigo muy fugaz.
El segundo era pobreza,
pues con pobreza y humildad
se vencía a todo el mundo,
El tercer punto, les dijo,
que era guardar castidad,
con que la carne se vence,
que es enemigo mortal.
Y que guardasen silencio
les mandó, que el no hablar
es evitar el peligro
aun de culpa venial.
Díjoles que no saliese
de su puesto y su umbral
soldado alguno sino
por muy gran necesidad.
En ayunos, disciplinas,
cilicios sin los quitar,
y que su mantenimiento
fuese todo cuaresmal.
En vigilias, oraciones,
en virtud y santidad,
en alta contemplación,
en sólo con Dios hablar;

[1] *Las flores del bien*, editorial Montaner y Simón, S. A. (Barcelona 1946).

se ocupasen algún tiempo
en alguna obra manual,
como libros provechosos
escribir y trasladar.
Armados de punta en blanco
en forma de pelear,
Bruno, su gran capitán,
hizo de guerra señal.
¡Oh qué bien que pelearon
en esta guerra campal,
pues quedaron vencedores
y ganada la ciudad!
De Jerusalén celeste,
donde sus soldados van,
siguiendo los mismos pasos
del capitán general.
Porque gocen del triunfo
unos y otros allá,
los que fueron compañeros
en el trabajo de acá [1].

A SAN FRANCISCO DE BORJA

Francisco López de Zárate

Poeta logroñés (siglo XVII)

Ya que puedo invocarte
como a sagrada musa
y puedes dar favor como divino,
concede el alabarte,
o el no alabarte excusa,
grande ya en el imperio cristalino;
pues hallaste camino
de eximirte de humano
con resignar honores
(instantáneos colores),
presta, presta tu espíritu a mi mano
o tu aliento a mi boca,
por que sepa adorarte quien te invoca.

Naciste (feliz ahora)
de estirpe soberana,
por que tuviese ejemplo la nobleza,
que de ti se enamora,
con ser sombra vana;
y aunque de tan real naturaleza,
ni ciego en la grandeza,
ni vano en los empleos,
por conseguirlo todo,
buscaste, hallaste el modo
de hacerte superior a los deseos,
que al generoso pobre
no hay gloria que le falte ni le sobre.

¿Cómo podrá dudarse
que ofendiera a tu frente

1 *Flores del desierto* (Lisboa 1675).

así como el capelo la tiara,
si el que sabe alabarse
a lo más eminente
en todo humano fausto no repara?
Quien por Dios se declara
con luz de lo que espera,
no estima la corona
que ceñida aprisiona,
ni de pompas fantásticas se altera,
fijo en mayor intento,
en inconstancia halla firmamento.

Si orlas de tus blasones
son diademas, tiaras,
no es mucho despreciar lo que ya tienes.
Y que no te corones
de glorias tan avaras
que no merecen títulos de bienes.
En tus doradas sienes
luce lo que dejaste:
pues desprecios humanos
son premios soberanos,
el cielo con los méritos compraste:
mirando a tu desprecio,
¡oh cuántas veces diste el justo precio!

Canción, si el infinito
término es limitado
para llegar donde a Francisco veo,
en tan corto distrito
de su luz deslumbrado,
cesa, adora y ofrécele el deseo;
harás de la humildad digno trofeo [1].

A UN ALTAR DE SANTA TERESA

Pedro Calderón de la Barca

(1600-1681)

La que ves en piedad, en llama, en vuelo.
ara al suelo, al sol pira, al viento ave,
argos de estrellas, imitada nave,
nubes vence, aire rompe y toca al cielo.

Esta, pues, que la cumbre del Carmelo
mira fiel, mansa ocupa y sulca grave,

[1] *Obras varias* (Madrid 1947), t. 2, p. 181.

con muda admiración muestra süave,
casto amor, justa fe, piadoso celo.
¡Oh militante Iglesia, más segura
pisa tierra, aire enciende, mar navega
y a más pilotos tu gobierno fía!
Triunfa eterna, está firme, vive pura,
que ya en el golfo que te ves se anega
culpa infiel, torpe error, ciega herejía [1].

A SAN JERONIMO HACIENDO PENITENCIA

CRISTÓBAL CABRERA

(Siglo XVI)

Entre fragosas peñas emboscado,
do no pasaba gente ni se oía,
Jerónimo con llanto enternecía
las fieras de aquel yermo despoblado.
En fuego divinal todo abrasado,
con un pesado canto se hería
y con dulce lamento así decía,
su rostro vuelto al cielo y elevado:
«Inmensa majestad, pues pudo tanto
la fuerza de mi amor que ansí te ha hecho
morir en esa cruz tan afligido,
ablande la dureza de este canto
al cruel, empedernido y fiero pecho
que en lágrimas por ti no es derretido [2].

A SAN MARTIN

LOPE DE VEGA

(1562-1635)

Aquel pobre divino
que a las puertas del alma
pide para ella misma
con amorosas ansias:
aquel galán celoso
cuya cabeza santa
de espinas y de perlas
cubierta mira el Alba:
aquel inmenso rico
perdido por fianzas,
que las ajenas deudas
con propia sangre paga:
aquel Cordero hermoso,
que después de pagadas
se retrujo a la Iglesia
para más abundancia:

[1] Biblioteca de Autores Españoles, Rivadeneyra, t. 14, p. 725.
[2] *Poetas religiosos inéditos del siglo XVI*, sacados a luz por don Marcelo Macías y García (La Coruña 1890).

hoy a Martín le pide
la paz entre las armas,
la vida por la muerte,
la fe por la esperanza:
la caridad le prueba,
por el amor le llama,
que entra la fe divina
por la piedad humana.
Parte el soldado noble
la capa con la espada,
y dale el alma entera,
que no se parte el alma;
y como si supiera
que daba a Dios la capa,
así lo muestran juntos
suspiros y palabras.

Robador me habéis parecido
pobre de las cinco llagas,
pues salís al camino
a quitarme la capa. [*media,*
¡Ay, Dios, que por daros la
me lleváis entera el alma!

Quien parte con todos
el pan de su cada,
bien es que con él
la capa se parta.
¡Mas, ay, pobre rico!
Si el cielo no basta
con su capa entera
a grandeza tanta,
¿qué podrá la media
de un hombre que os ama,
si el alma no cubre
todo lo que falta?
Tanto amáis pobrezas,
que nacéis en pajas,
vivís en dolores
y morís en tablas.
¿Vos entre soldados?
Novedad extraña:
pero siempre fuisteis
Dios de las batallas.
Cuando vuestra esposa
disfrazada os habla
en carroza de oro
con la capa blanca,
bien sabe quién sois;
pero si os disfrazan
llagas y pobreza,
novedad le causa.
Para dar deseos,
para hurtar entrañas,
para hacer finezas
y hechizar las almas.

Robador, etc.

A la conquista del cielo,
porque ya padece fuerza,
con sola la espada y capa
sale Martín de su tierra:
no como al que fué después
vaso de elección y ciencia:
Cristo defiende con rayos
las celestiales almenas.
No le dice: ¿Por qué causa
persigues, Martín, mi Iglesia?
Del caballo le derriba
y con estrellas le ciega.
En hábito humilde y pobre
le dice que en ella sea
una divina columna
que en su firmeza la tenga.
Limosna le pide Cristo
para los reparos della,
que pide Dios para darse
cuando quiere que le quieran.
Mete mano para Dios
Martín con tanta destreza,
que con la capa y la espada
ganó del cielo la puerta.
El y Cristo se disfrazan,
amores son, capas truecan;
pero conoce Martín
a Cristo por la encomienda,
y Cristo de suerte estima
la de Martín, que con ella
cubre un Dios tan poderoso,
siendo su grandeza inmensa.

Parece que os teme,
soldado santo,
pues que Dios se disfraza
para buscaros.
No le cubre del cielo
la capa toda,

y bastó de la vuestra
la media sola.
En cubrirle con ella
tanto ganasteis,
que os la vuelven sus hombros
con mil diamantes.
Unas ferias han hecho
Martín y Cristo,
que le ha dado su capa,
y él a sí mismo.
Entre amigos tales
no hay pan partido,
que la capa es de entrambos,
y el pan es vivo [1].

A SAN DIEGO DE ALCALA

LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA

Cronista de Aragón (1559-1613)

Sin que contraste la humildad profunda
con que huyó de la gloria humana Diego,
hoy ve altar en su nombre y arder fuego,
de donde grato olor a Dios redunda.

El que dió humilde el cuello a la coyunda
y fué del siglo vano oprobio y juego,
vedlo gozando celestial sosiego
y cómo de riqueza eterna abunda.

Póstranse las coronas y tiaras
adonde puso la desnuda planta,
y cumplen peregrinos votos sacros.

Vivo no osó tratar las santas aras,
y muerto, Dios sobre ellas le levanta
en eterna memoria y simulacros [2].

A SAN FRANCISCO JAVIER

JUAN DE TARSIS

Conde de Villamediana (1582-1622)

Arde luz viva en Polo ya luciente
hecho vuelo inmortal tu humilde paso,
esplendor vivo de fulgor no escaso
desde el Ganges ilustre al Occidente.

En la de Dios imperceptible mente
fuiste de gracias electivo vaso,
porque al sol de ellas, incapaz de ocaso,
rayos de fe bebiese el Oriente.

1 Obras sueltas de Lope. Ed. Sancha, t. 13, p. 124.
2 *Rimas* (Zaragoza 1634).

Fatigas apostólicas logradas,
recibe ya el honor de la victoria,
que te da quien dispensa el gran tesoro.

Lenguas de luz en luz mejor labradas
den hoy al sacro altar de tu memoria
el humo de ámbar y la llama en oro [1].

AL SEÑOR SAN NICOLAS EN EL ACTO DE ALZARSE LA PERDIZ DEL PLATO

PEDRO SOTO DE ROJAS

Abogado, sacerdote (1590-1655)

Entre Scila y Caribdis está el voto,
la obediencia de aquél titubeaba
en alta mar de confusiones brava
con frágil leño de razón piloto.

Cuando pudiera estar el timón roto,
y el árbol desgajado firme estaba,
que la perdiz cual Alción mostraba
sereno el mar a Nicolás devoto.

¡Oh mil veces dichoso marinero!,
a quien el cielo, como a más amigo,
en vez de norte destinó un lucero.

Seguro velas das al santo abrigo.
No temas, dulce Amiclas, el mar fiero,
que van la Virgen y Agustín contigo [2].

[1] *Obras de don Juan de Tarsis* (Madrid 1635), p. 60.
[2] *Desengaño de amor en rimas* (Madrid 1623).

SEXTA PARTE

CICLO ASCETICO-MISTICO

I. LOS NOVISIMOS

RAZONAMIENTO QUE FACE CON LA MUERTE

JUAN DE MENA

Poeta de la corte y cronista regio (1411-1456)

—Muerte, que a todos con-
[vidas,
dime qué son tus manjares.
—Son tristezas y pesares,
llantos, voces doloridas;
en posadas mal guarnidas
entran sordos, ciegos, mudos,
donde olvidan los sesudos
fueros, leyes e partidas.

—Pues dime los paramentos,
los arreos e posadas.
—De tierra sendas brazadas,
a todos tengo contentos;
desta guisa, en mil cuentos
de hombres tengo aposentados
sabios, rudos, esforzados,
pobladores de cimientos.

—Los que son tus convida-
[dos,
Muerte, dime lo que facen.
—So la tierra dura yacen
para siempre sepultados,
desnudos todos, robados,
caídos son en pobreza;
no les vale la riqueza,
ni tesoros mal ganados.

No les valen los lugares,
nin castillos que ganaron,
nin sus fijos que quedaron
en los sus grandes solares,
nin parientes carnales
nin criados más cercanos,
nin amigos comarcanos
aunque fuesen mil millares.

De todo cuanto ganaron
en aquesta vida estrecha,
no les vale ni aprovecha,
salvo sólo el bien que obraron,
que si tierra conquistaron
o por fuerza o por maña,
cuantos dellos hube saña,
poco les aprovecharon.

... ...
... ...

—Padre Santo, emperadores,
cardenales, arzobispos,
patriarcas e obispos,
reyes, duques e señores,
los maestros e priores,
los sabios colegiales,
tú los faces ser iguales
con los simples labradores.

A los grandes, por riqueza
no los tomas nin acatas,
religiosos robas e matas,
en quien muestras tu crueza;
los que son en más alteza,
todos temen tu venida,
recelando la caída
que habrán con gran tristeza.

No aprovechan los saberes,
nin las artes, nin las mañas,

nin proezas, nin fazañas,
grandes pompas, nin poderes;
grandes casas, nin haberes,
pues que todo ha de quedar,
salvo el sólo bien obrar,
Muerte, cuando tu vinieres.

E Jesús glorificado,
que te dió tan gran poder
e te vino a obedescer
en la cruz crucificado,
me libre que, condenado,
yo no vaya en la partida
cuando parta desta vida,
mi mal mundo acabado.

* * *

Quien oyere mi tratado,
a obrar bien se convida,
pues la Muerte non olvida
a ninguno, ¡mal pecado! [1]

EL MIEDO DE LA MUERTE

JUAN DE ARAMBURU

(Siglo XVI)

Jesús, dulce Dios mío,
en cuya gran virtud y gran clemencia
cuanto puedo confío,
alumbra mi conciencia
y haz que haga del pecado penitencia.

Hasta agora he vivido
de tus cosas, Señor, muy descuidado,
porque siempre he dormido
en el ciego pecado,
que tanto me ha tenido sojuzgado.

Andaba a rienda suelta,
tus santos mandamientos quebrantando;
mas he dado la vuelta,
Señor, considerando
que tengo de morir y no sé cuándo.

El miedo de la muerte
fué causa que saliese de este estado;
pero fué de tal suerte,
que el miedo fué mudado
en un amor filial que Tú me has dado.

Con éste quiero amarte;
con éste subjetarme y ser cautivo;
con éste venerarte;
con este buen motivo
servirte y adorarte mientras vivo [2].

[1] N. B. A. E., t. 19, pp. 206-209.
[2] *Poetas religiosos inéditos del siglo XVI,* sacados a luz por don Marcelo Macías y García (La Coruña 1890).

«DIES IRAE»

El ritmo que se dice en las misas de los difuntos

PEDRO DE QUIRÓS

Religioso sevillano (1607-1667)

Aquel día espantoso,
cuando de Dios las iras
resolverán el orbe
ya en humo, ya en ceniza;
aquel en que el supremo
Juez de nuestras vidas
en escuadrón de rayos
vendrá para inquirirlas,
el clarín formidable
de remotas provincias
convocará los muertos
a que a su causa asistan.
Helaráse la muerte
al ver que resucitan
con vital movimiento
las pavesas más frías.
Saldrán a luz las hojas
adonde tiene escritas
las culpas de los hombres
la indignación divina.
Ponderará el Juez
en su tremenda silla
los más leves pecados,
las más sordas malicias.
¡Ay de mis culpas graves
si Dios las fiscaliza!
¿Qué hará un alma asquerosa,
temblando las más limpias?
¡Oh Majestad excelsa!
Si méritos no miras,
de tu piedad me bañe
la fuente cristalina.
Mira, Juez piadoso,
que en tu favor confía
quien por gozarte fué
causa de tu venida.
Cansástete en buscarme,
y de tu cruz prolija
no querrás que malogren
el fruto mis desdichas.
Antes que de mi cuenta
se ajusten las partidas,
con tu misericordia
se temple tu justicia.
Como culpable lloro
las confusiones mías;
que tu severidad
depongas te suplican.
Tú que a la Magdalena
perdonaste y a Dimas,
de la suerte de entrambos
me diste expectativas.
Aunque de tus orejas
no son mis voces dignas,
por tu benignidad
de tu rigor me libra.
Dadme entre las ovejas
amorosa acogida,
no sigan mis despeños
las cabras fugitivas.
Al castigar las llamas
las ánimas precitas,
merezca yo lugar
entre las escogidas.
Que de mi fin te acuerdes,
para que yo consiga
tus favores, te ruega
mi voz enternecida.
¡Oh tiempo en que será
del alma revestida
para oír su sentencia
toda mortal reliquia!
¡Oh Redentor eterno,
merezca tus delicias
quien hoy de tus rigores
apela a tus caricias [1].

[1] *Poesías divinas y humanas*, publicadas por la Sociedad del Archivo Hispalense (Sevilla 1887).

LA MUERTE

BEATO DIEGO JOSÉ DE CÁDIZ

Misionero apostólico, capuchino (1743-1801)

Pecadores, advertid,
que vuestra vida estragada
tiene por fin un infierno,
si en el pecado se acaba.

Hombre, ¿qué será de ti,
si pecando y más pecando
se llega el fin de tu vida
antes de haberte enmendado?

Si de pecar no te dejas,
ni enmiendas tu mal vivir,
¿cómo has de poder salvarte,
ni alcanzar tu último fin?

La muerte en el mundo en-
por el pecado mortal; [tró
¿cómo no temes morir
no dejando de pecar?

Es la muerte consecuencia
de la vida, que antecede;
si la vida fuere mala.
mala habrá de ser la muerte.

Mira bien, ¡oh pecador!,
que el vivir es cosa incierta,
porque puede suceder
que en este momento mueras.

Cuando la muerte se llegue,
todo para ti acabó:
gustos, deleites y el tiempo
de buscar y hallar a Dios.

En muriendo, se acabó
el tiempo de penitencia.
¡Ay de ti si vives mal
y no tratas de tu enmienda!

Si no quisieras morir
en la vida que ahora tienes,
¿cómo no dejas tu culpa
antes que llegue la muerte?

Si te puede suceder
el morir en este instante,
¿cómo el pecado no dejas,
con que puedes condenarte?

El morir es cosa cierta;
mas como es incierto el cuán-
debes temer que suceda [do,
mientras vives en pecado.

La muerte del pecador
es pésima y horrorosa,
porque muriendo en pecado
no hallará misericordia.

Si te puede suceder
morir estando pecando,
¿cómo, pecador, te arrojas
a cometer un pecado?

Pecador, ¿cómo te atreves
a seguir viviendo mal,
si sabes que de la muerte
distas un paso no más?

Es la muerte de los justos
muerte preciosa y alegre;
la del pecador es mala,
porque en su pecado muere.

En el instante que mueras,
¡hombre pecador y malo!,
si en culpa mueres, serás
para siempre condenado.

Quien deja para la muerte
convertirse a penitencia,
en pena de su pecado
no hallará modo de hacerla.

Hombre, ¿qué fuera de ti,
si en este instante murieses?
¿Cómo, pues, sigues pecando,
si esto puede sucederte? [1]

[1] *Aljaba mística* (Córdoba 1791).

MEDITACION

EUSEBIO REY

(Contemporáneo)

Si has de morir tú solo,
¿por qué quieres vivir en compañía?
¡Corazón, corazón! Incautamente
te siembras en la vida.
Raíces, ¿para qué? Alas remeras...,
y a volar, cielo arriba [1].

A LA MUERTE

FEDERICO BALART

(1831-1905)

Yo te saludo, ¡oh muerte redentora!,
y en tu esperanza mi dolor mitigo,
obra de Dios perfecta; no castigo,
sino don de su mano bienhechora.

¡Oh!, de un día mejor celeste aurora,
que al alma ofreces perdurable abrigo,
yo tu rayo benéfico bendigo
y lo aguardo impaciente, de hora en hora.

Ante las plagas del linaje humano,
cuando toda virtud se rinde inerte,
cuando todo rencor fermenta insano,

cuando al débil oprime inicuo el fuerte,
horroriza pensar, Dios soberano,
lo que fuera la vida sin la muerte.

[1] *Poesía nueva de jesuitas,* selección de José María Pemán (Madrid 1948).

EL JUICIO FINAL

CRISTÓBAL DE CASTILLEJO

(1494-1556)

Juicio será fuerte,
áspero y cruel, de muerte.

Tened memoria, mortales,
del juicio que vendrá,
adonde se os tomará
la cuenta de vuestros males.
Una sibila pagana,
que a Cristo no conoció,
antes lo profetizó
que él tomase carne humana.

Del cielo descenderá
y en carne será presente
a juzgar toda la gente
el Rey que siempre será.
El incrédulo y el fiel
verán a Dios poderoso,
con sus santos glorioso
desde el siglo en el fin dél.

Las almas serán juntadas
en su carne, como fueron
cuando en el mundo vivieron,
para ser allí juzgadas.
Las hembras y los varones
sus riquezas dejarán,
las cuales se tornarán.
con mar y tierra, carbones.

Al infierno porná espantos
y las puertas quebrará
por fuerza, pero será
luz libre para los santos.
Los malos padecerán
quemados de eterna llama,
y lo que calló la fama,
ellos lo descubrirán.

Y Dios manifestará
los secretos corazones;
habrá lloros a montones
y el malo regañará.
Perderá su claridad
el sol y luna y estrellas,
y el resplandor dél y dellas
se tornará escuridad.

Los cielos se desharán,
y abajarse han los collados,
y los valles, abajados,
con ellos se igualarán.
No habrá cosa alta en la tierra
que puedan ver los humanos,
igual a los campos llanos
serán los montes y sierra.

La verde color del mar,
con sus ondas presurosas,
y todas las otras cosas
entonces han de cesar.
La tierra perecerá,
los ríos secará el fuego;
triste son sonará luego,
que de lo alto se oirá.

Entonces la tierra dura,
abriéndose, mostrará
el infierno, donde está
en su confusión escura;
al Señor obedeciendo
todos los reyes del suelo,
caerá fuego del cielo
y piedra azufre hirviendo [1].

[1] *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, t. 1, en Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, v. 32, p. 246.

EL JUICIO FINAL

ALONSO DE ACEVEDO

Canónigo de la santa iglesia de Plasencia (siglo XVII)

... Entonces el divino Presidente,
de espíritus angélicos ceñido,
asentado en su trono omnipotente,
apartará del malo al elegido;
como cuando el pastor atentamente
del cabrito el cordero ha dividido,
y al justo dará el lado de su diestra,
poniendo al reprobado a la siniestra.

«Venid, benditos de mi Padre eterno,
dirá al dichoso gremio el Jüez recto,
gozad del justo reino que *ab aeterno*
para vosotros fué en mi mente electo;
porque cuando mojado el frío invierno
nieve vertía con horrible aspecto,
de su ciego furor me defendistes
y en vuestros blandos lechos me acogistes.

»Cuando la crüel hambre me acosaba,
con el sustento el paso la impedistes;
cuando con la sed áspera anhelaba,
mis labios con el agua humedecistes;
cuando en la cárcel afligido estaba,
a mi grave dolor consuelo distes,
y rendido al calor del accidente,
me visitastes en su estío ardiente».

Después de su justicia, ejecutando
la santa ira, dirá a los reprobados:
«Id, malditos (su muerte amenazando),
a las eternas penas condenados»;
y como el fiero incendio que abrasando
va las mieses y pastos agostados,
así el Señor castigará al precito
con su propio furor y odio maldito.

De la sólida fábrica el adorno
será deshecho, ardiendo en vivas llamas;
el mismo triste día arderá en torno
como en las brasas las adustas ramas;
o como cuando el encendido horno
se quema con innúmeras retamas,
y el condenado pueblo, eternamente
muriendo, vivirá entre azufre ardiente.

Pero aunque la caduca arquitectura
del arenoso círculo encendida
se deshará, trocando la figura
en menudas cenizas convertida,
después, con mayor gracia y hermosura,
le dará el Padre inmenso nueva vida
y no estará sujeto a las edades
del tiempo ni a sus duras tempestades.

Antes tendrán los círculos errantes
del mundo con Apolo firme asiento
y pondrán fin los astros inconstantes
a su torcido curso y movimiento;
nuestros ánimos, quietos y constantes,
no mudarán jamás el pensamiento,
que ahora apartan del camino llano
contra el entendimiento soberano.

De cuadrillas angélicas ceñido,
el justo será en alto levantado
para gozar el premio merecido
que Dios tiene a los suyos reservado,
y el malo, de su culpa convencido,
caerá con la carga del pecado
en precipicio del profundo infierno,
condenado a vivir en fuego eterno.

¡Oh feliz día!, a cuya lumbre pura
no encubrirá con el nocturno manto
de tinieblas la opaca sombra escura,
de horrible vista y temeroso espanto!
¡Oh día de descanso y de dulzura,
día alegre, en el cual el gremio santo
del enemigo alcanzará victoria
y tendrá premio de reposo y gloria! [1].

EL JUICIO FINAL

Serafín Estébanez Calderón

Político malagueño (1799-1867)

También la tierra morirá y los orbes
cuando el airado arcángel de la muerte,
subiéndose en las cúpulas del aire,
el juicio anuncie con terrible trompa,

[1] *De la creación del mundo: día séptimo*, en «Poemas épicos», t. 2, en Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, v. 29.

y el trueno de su acento, despeñado,
retumbe por los senos de los cielos,
y el jaspe, y mármol, y la tumba rompa,
a esta voz, despertándose en el polvo
los restos antiquísimos y yertos
de la generación más apartada,
se cubrirán llanuras y desiertos
de las turbas sin fin que se congreguen
en el valle temido de los muertos.
Entonces, en su trono de volcanes,
el Señor bajará con diestra alzada
a dar premio al espíritu, o castigo,
y a la carne juzgar resucitada.
Dado el fallo final, la voz de muerte
resonará en los ámbitos del mundo;
los vientos cardinales en la tierra
la muerte clamarán, y muerte, y muerte
responderá bramando el mar profundo;
los polos y elementos se harán guerra,
las estrellas caerán sobre la luna;
los cometas, girando desquiciados,
se encontrarán rompiendo las esferas;
el sol nos atraerá; lloverá fuego;
se arderán las nevadas cordilleras;
los piélagos, las fuentes y los ríos,
en rojas llamas, en ceniza y lava
bullendo, correrán en negras listas,
y los bosques, vergeles y frescuras
trocaranse en pavesas y en aristas.
En aquel trance, el tiempo ya pasado,
desde el hora en que Dios la luz hacía
hasta que acabe el postrimero día,
cual signo por el yeso bosquejado,
de la tabla falaz de la memoria
para siempre jamás será borrado.
En el cerco de siglos insondable,
cerco para el Eterno estrecho y breve,
abismo para el hombre impenetrable,
el primero que abrió la tumba fría,
rey del edén y del edén lanzado,
los que siguieron por tan negra vía
por un siglo a otro siglo dilatados;
tú, que ayer mismo por allí te hundiste,
noble matrona, por adversa suerte,
el que te siga en tiempo más distante
y el último mortal que expire triste
cuando apague su luz el sol brillante,
todos caerán con pecho vacilante,

que oyeron la palabra *muerte*, *muerte*
por una misma voz al propio instante:
Todos así caerán; que un mes, un año,
las épocas, los siglos, las edades
serán desde tal hora infortunada
átomos, puntos, nieblas, humo, nada [1].

AL PURGATORIO

FRANCISCO DE BORJA Y ARAGÓN

Príncipe de Esquilache (1581-1658)

Ardiendo el oro entre la llama roja,
con tanto lustre suyo se fatiga,
que alegre y blando la violencia amiga
de sus imperfecciones le despoja.

Y en otro fuego, con mayor congoja,
la eterna Providencia al justo obliga
que el modo exceda, aunque el ejemplo siga,
cuando la culpa en el incendio arroja.

¡Oh dulce padecer tormentos tales!
¡Oh pureza de yerros separada,
que sólo Dios alcanza a conocerla!

Por más que gloria os tengo, alegres males,
pues la corona al cielo reservada
es, más que conseguirla, merecerla [2].

EL CUERPO PRESIENTE SU GLORIA

JOSÉ MARÍA PEMÁN

Abogado (contemporáneo)

Cuerpo: ¿no sientes la florida
seguridad de tu resurrección?

¿No sientes tu futura
hermandad con los vientos y las aguas,
y en los cinco capullos del sentido no adviertes
plenitudes de flor?

1 Fragmento del poema *Soledad*, «a la muerte de una gran señora de celebrada hermosura», en *Poesías*, de la Coleccion de Escritores Castellanos (Madrid 1888).
2 *Obras en verso* del príncipe de Esquilache (Amberes 1654).

Como duerme callada
en la obscura humedad de los toneles
la flor morada de los vinos dulces,
¿no duerme en ti una cierta
y presentida exaltación?

¿No llevas un temblor de danza y salto
a flor de piel, como los cuernecillos
de un sátiro, incipientes,
bajo el sol?

Cuerpo mío, regálate en la cierta
seguridad de tu resurrección.

Cuando tengas las nubes por alfombra,
y no lastime tu pupila el sol,
fácil, ligero, claro, luminoso,
serás hermano de las cañas verdes
que los vientos deshacen en rumor [1].

[1] *Poesía.* Obras completas, t. I (Madrid 1947), p. 819.

II. CONVERSION Y PENITENCIA

AFECTOS DE UN ALMA ARREPENTIDA

PEDRO LÓPEZ DE AYALA

(1332-1407)

Sufro, Señor, tristura e penas cada día,
pero, Señor, non sufro tanto como debía;
mas he rescelo, Señor, que por flaqueza mía
non lo pueda sofrir; por esto entendí
pedir a ti, Señor, si tu merced sería
que non fuese la pena más luenga que sofrí.

De muchos enemigos, Señor, soy perseguido
contra el cuerpo e el alma, de todo es mal traído;
vivo vida penada, triste, aborrescido;
e si tú non me consuelas, ¿qué será de mí?
¡Acórreme, Señor, e sea defendido;
por la tu santa gracia, non me pierda así!

De cada día fago a ti los mis clamores,
con lloros e gemidos, sospiros e tremores;
ca tú solo, Dios, eres salud de pecadores,
cuyo acorro espero, e ál non entendí.
¡Señor mío, amansa mis llagas e dolores
e vean enemigos a qué Señor serví!

Torna, Señor, a mí tu faz e torna mi oración,
non dexes que falesca en la tribulación,
la voz e mi gemido hayas toda sazón,
por que todos entiendan que tu gracia sentí,
ca en la tu esperanza tengo mi corazón;
siempre noches e días, en ál non comedí.

A ti alzo mis manos e muestro mi cuidado,
que me libres, Señor, non pase tan cuitado;
ca si me tú non vales fincaré olvidado,
e a ti loor non es que digan que perdí
pues a tan alto Señor yo so acomendado,
con quien yo me fasta agora de todos defendí,

Los días me fallescen, el mal se me acrecienta,
non ha mal nin perigros que'l mi corazón no sienta;
Señor, tú me defiende, non muera en tormenta,
e me pueda loar que con tu poder vencí
a los mis enemigos, e su pensar les mienta,
non digan que, de acorro menguado, perecí.

Grant tiempo ha que como mi pan con amargura,
nunca de mí se parten enojos e tristura,
Señor, tú me ayuda e toma de mí cura,
e sea en penitencia el mal que padescí;
e me libra de cuitas e cárcel e tristura,
e entienda que me vales después que a ti gemí... [1]

MISERICORDIA DE DIOS

Fernán Pérez de Guzmán

(Siglo xv)

Razones por que Dios la difiere

Si lágrimas y gemidos,
sospiros y oraciones
tan presto non son oídos
en nuestras tribulaciones
del Señor, nin respondidos
somos a las peticiones;
si no faltan mis sentidos,
esto es por tres razones:

porque la gracia alcanzada
por gran trabajo y pena
sea habida por más buena,
más cara y más preciada;
otra, porque sea probada
la firme fe y esperanza,
ca la gran perseveranza
nunca de gracia es privada.

Tercia, porque la paciencia,
en las graves aflicciones,
de culpa face ignoscencia
y penas torna en perdones;
cuanto es más la sufrencia,
más crecen las remisiones;
gran parte de penitencia
es sofrir persecuciones.

Dos maneras de penitencia

Muchas son y muy diversas
las vías de penitencia
que de las culpas perversas
nos procuran indulgencia;
será grave dar sentencia
y non chica presunción
cuáles son en perfección
las de mayor preeminencia.

Digo mi imaginación
non como quien determina,
mas como quien siempre en- [clina
su juicio a corrección;
plenaria restitución
y los daños recibidos,
perdonados, remitidos
sin falsa simulación.

Esto me muevo a decir
porque es gran dificultad
a la flaca humanidad
en perfección las complir;
graves son de resistir
todos vicios sin dudar,
mas pagar y perdonar
no son juegos de reír [2].

[1] *El rimado de palacio,* B. A. E. de Rivadeneyra, t. 35, p. 447.
[2] N. B. A. E., t. 19, p. 583-584.

ADIOS AL AMOR DEL MUNDO

JUAN RODRÍGUEZ DEL PADRÓN

(Escribía en 1440)

Fuego del divino rayo,
dolce flama sin ardor,
esfuerço contra desmayo,
consuelo contra dolor,
¡alumbra tu servidor!
La falsa gloria del mundo
e vana prosperidat
contemplé;
con pensamiento profundo,
el centro de su maldat
penetré;
el canto de la serena
oya quien es sabidor,
la cual, temiendo la pena
de la fortuna mayor,
plañe en el tiempo mejor.
Así, yo, preso de espanto,
que la divina virtud
ofendí,
comienço mi triste planto
facer en mi juventud
desde aquí;
los desiertos penetrando,
do con esquivo clamor
pueda, mis culpas llorando,
despedirme sin temor
de falso placer e honor.
¡Adiós, real esplandor,
que yo serví et loé
con lealtad!
¡Adiós, que todo el favor
e cuanto de amor fablé
es vanidat!
¡Adiós, los que bien amé!
¡Adiós, mundo engañador;
adiós, donas que ensalcé,
famosas, dignas de loor!
¡Orad por mí, pecador! [1]

MEDITACION

CRISTÓBAL CABRERA

(Siglo XVI)

¡Oh alma!, si tú tuvieras
tales alas que volaras
a los cielos,
allá volando te fueras,
do descansando gozaras
mil consuelos.

Allí pudieras gozar
del sumo bien que deseas
con mil dones;
allí no vieras pesar,
ni contienda, ni peleas,
ni pasiones.

Allí, cuanto vieras, fuera
todo santo, todo bueno,
todo sano,
todo muy de otra manera
que lo del mundo terreno,
todo vano.

Todo cuanto el mundo adora
y precioso le parece,
todo junto,
todo se pasa en una hora,
todo vemos que perece
en un punto.

[1] *Obras de Juan Rodríguez del Padrón*, por Paz y Meliá, en Bibliófilos Españoles, t. 22.

Los papas, emperadores,
los señores de gran suerte
y principales,
los mayores y menores,
todos, viniendo la muerte,
son iguales.

Lo bueno que acá se alaba,
la riqueza y hermosura,
todo vuela.

¡Oh, cuán en breve se acaba!
¡Oh, cuán poco tiempo dura!
Alma, vela.

Contempla lo verdadero,
lo celestial, lo divino;
ten memoria;
y sigue al manso Cordero
con tu cruz por el camino
de la gloria [1].

ROMANCE DE UN ALMA QUE DESEA EL PERDON

JUAN LÓPEZ DE UBEDA

(† hacia 1596)

Yo me iba, ¡ay, Dios mío!,
a Ciudad Reale;
errara yo el camino
en fuerte lugare.
Salí zagaleja
de en cas de mi madre;
en la edad, pequeña,
y en la dicha, grande.
Un galán hermoso
me topó en la calle,
y el cabello en crencha
pude enamorarle.
Por ser él quien era,
gustó de criarme,
porque yo de mío
no diz que era nadie.
Llevóme a su casa,
hizo que me laven
con agua de rostro,
que hermosos hacen.
Dióme ropa limpia,
quedé como un ángel,
y tal gracia tuve,
que pude agradarle.
De palmilla verde
me hiciera un briale,
paño de esperanza,
que gran precio vale.
Dióme unos corpiños
de grana flamante,
por que en amor suyo
con ellos me inflame.
De fe unos zarcillos,
por que se la guarde,
y en fe de su amor,
patena y corales.
De oro una sortija,
y otra de azabache,
de amor y temor,
por que tema y ame.
Las jervillas justas,
por que justo calce,
por que en buenos pasos
y con gracia ande.
Hizo que a su lado
con él me sentase,
para que a su mesa
comiese y cenase.
Hizo que me sirvan
sus mismos manjares,
su plato y su copa,
su vino y su pane.
El mejor bocado
tal vez vi quitarse
de su misma boca
para regalarme.

[1] *Poetas religiosos inéditos del siglo XVI*, sacados a luz por don Marcelo Macías y García (La Coruña 1890).

Tal vez, ¡ay, Dios mío!,
le vi, por amarme,
quedarse clavado
y muerto quedarse.
Abrióme su pecho,
donde me asomase
al corazón suyo,
adonde me atrae.
Dejóme un custodio
que me vele y guarde
y me lleve en palmas
hasta Ciudad Reale.
Por pecados míos,
que deben ser graves,
yo errara el camino
en fuerte lugare.
Pienso, ausente hermoso,
si no es que me engañe,
que de nuevo el pecho
mi dolor os abre.
Galán de mi alma,
mi Dios, perdonadme,
por que en vuestro nombre,
mi Jesús, me salve.
Llevadme con Vos
hasta Ciudad Reale,
que errara el camino
en fuerte lugare [1].

LLAMADA DE CRISTO

José de Valdivielso

(1560?-1638)

Vuelve, ovejuela perdida,
al hombro del buen pastor,
al aprisco de sus brazos,
a las redes de su amor.
Vuelve a la miera del pecho,
vuelve a la sal de su voz,
al cayado de su cruz,
al agua de su pasión.
Vuelve al pasto de su cuerpo,
que en aquel blanco zurrón
es de los ángeles pasto
y ellos los ganados son.
Vuelve a aquel pan y a aquel [pasto
que pronosticó Jacob,
todo de rocío del cielo,
todo de harina de flor;
al pan que cantó Isaías,
al que a Elías confortó,
que ofreció Melquisedec
y celebró Salomón;
al pan a quien hizo fiestas
el esposo de Micol,
que en el arca de la Iglesia
hizo piezas a Dagón;
al que espigó, por su dicha,
Rut, la mujer de Booz;
vió en el lago Daniel
y hizo fuerte a Gedeón.
Vuelve a aquel pan saludado
que a mil enfermos sanó,
que es hartura de los cielos,
aunque nunca los hartó.
Mira que perdido vas
siguiendo ajeno señor,
que por pan te dará piedras;
por vino, hiel de dragón.
Mira que estás más llagado
que este leproso Job
y que tienes más heridas
que el hombre de Jericó;
más que Lázaro mendigo,
pues ese rico epulón
te negará las migajas,
pero los lebreles, no.
Advierte que a la raíz
del árbol está la hoz,
y, cortado, serás leña
de la chimenea de Dios.

[1] *Coloquios, glosas, sonetos y romances* (Alcalá 1586).

Sal de la noche de Egipto
y la rubia luz del sol
y de entre bestias cerdosas
al Cordero, que es pastor.
Deja aqueste ciudadano
que a Jerusalén dejó
y en la sombra de la muerte
a Babel edificó.
Vuelve a los paternos brazos
y conoce, pecador,
que no hay culpa sin castigo
ni lágrimas sin perdón [1].

ORACION A DIOS NUESTRO SEÑOR

FRANCISCO DE MEDRANO

Sacerdote sevillano (1570-1607)

¿Cómo esperaré yo que de mi pena
tibias las quejas toquen en tu oído,
si con la lengua libertad te pido
y el corazón se goza en la cadena?

Tú, Señor uno, ves cuánto esté ajena
la voz, que te importuna, del sentido;
y así, en bandos injustos dividido,
¿ver placada tu faz podré y serena?

Tal es; haber piedad de un quebrantado
corazón aun es obra que en un crudo
pecho mortal halló tal vez entrada;

mas tirar del infierno a un obstinado
mal grado suyo, en ti, Uno, caber pudo,
árbitro de la muerte y de la vida [2].

LLANTO CONOCIDO POR ULTIMO REMEDIO

PEDRO SOTO DE ROJAS

Salid el suelo lágrimas regando,
que cuanto más amargas y a porfía,
seréis más claro honor, más alegría
a la alma triste que os está dictando.

La mancha iréis de aquel mi error lavando,
y aun si dispensa la flaqueza mía
seréis (¡cuán dulce!) alguna noche, y día,
manjar y lecho regalado y blando.

[1] *Del hijo pródigo*, auto sacramental, en «Autos sacramentales del maestro Josef de Valdivielso» (Toledo 1622), de la Biblioteca de Autores Españoles, t. 58, p. 227 (Madrid 1865).

[2] *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, t. 1, en Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, v. 32, p. 359.

Seco mi soto, abrojos inquietos,
en vez de fruto, ostenta, en vez de flores
a la luz que examina sus secretos.

Fertilizad copiosas mis dolores,
y a aquestos miembros troncos imperfectos,
la fuerza mitigad de sus ardores.

TERNEZAS

PEDRO SOTO DE ROJAS

¿Cuándo, eterno Señor de mis dolores,
alguno nacerá tan atrevido
que asalte el muro a vuestro santo oído
y en él entre mi llanto y mis clamores?

¿Cuándo con esperanza y sin temores
desnudó sombras claridad vestido:
el gran vacío, que ocupó el sentido,
perfectos llenarán vuestros amores?

¡Oh cuán difícil si a mi ser mezquino
(¡oh cuán tarde!) se atiende, y cuán temprano
si al vuestro generoso peregrino!

En tierra estoy, conduzca vuestra mano
(que yo por mí jamás sabré camino),
luz que se ofusca laberinto humano.

LUCHA INTERIOR

FRANCISCO DE RIOJA

(1583-1659)

¿Cómo será de vuestro sacro aliento
depósito, Señor, el barro mío?
Llama a polvo fiar mojado y frío
fué dar leve ceniza en guarda al viento.

¿Qué superior, qué puro movimiento
habrá en ardor a quien el peso impío
desta tierra mortal apaga el brío
y los esfuerzos a su ilustre asiento?

Piedad este encendido soplo aguarda,
que en mí se halla duramente atado,
mientras el postrer desmayo se difiere;

y si entre tanta oposición dejado
fuere de vos, mi eterno fin no tarda,
que un breve fuego aun sin contrarios muere [1].

BATALLA ESPIRITUAL

P. JUAN BAUTISTA DE AVILA

Decidme quién soy, mi Dios,
porque siendo uno en el ser,
al pecar y al proponer
he pensado que soy dos;
porque andáis, ¡ay alma!, vos
tan otra en el corazón
de vos misma en la ocasión,
que en un mismo instante creo
que anda en un alma el deseo,
y en otra la ejecución [2].

A JESUCRISTO

LOPE DE VEGA

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno obscuras?

¡Oh cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate agora a la ventana;
verás con cuánto amor llamar porfía!»

Y ¡cuántas, Hermosura soberana,
«Mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana! [2]

[1] *Poesías de Rioja,* Bibliófilos Españoles, t. 2, p. 250.
[2] *Rimas sacras,* ed. Sancha, t. 13, p. 184.

EL BUEN PASTOR

Lope de Vega

Pastor, que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño;
tú, que hiciste cayado de ese leño
en que tiendes los brazos poderosos,

vuelve los ojos a mi fe piadosos,
pues te confieso por mi amor y dueño,
y la palabra de seguir te empeño
tus dulces silbos y tus pies hermosos.

Oye, Pastor, pues por amores mueres,
no te espante el rigor de mis pecados,
pues tan amigo de rendido eres;

espera, pues, y escucha mis cuidados;
pero ¿cómo te digo que me esperes,
si estás, para esperar, los pies clavados? [1]

MEDITACION

Fray Pedro de los Reyes

(Siglo XV)

Yo ¿para qué nací? Para salvarme;
que tengo de morir es infalible;
dejar de ver a Dios y condenarme,
triste cosa será, pero posible.
¡Posible! ¿Y río, y duermo, y quiero holgarme?
¡Posible! ¿Y tengo amor a lo visible?
¿Qué hago? ¿En qué me ocupo? ¿En qué me encanto?
¡Loco debo de ser, pues no soy santo! [2]

ACTO DE CONTRICION

Anónimo

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

[1] Ob. cit., t. 13, p. 182.
[2] Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, t. 35, página 306.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin. tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera:
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera [1].

AFECTOS DE PENITENCIA

JUAN DE ROJAS Y AUSA

Mercedario, comendador del convento de Cuenca (siglo XVII)

De la salud la fuente,
coronada de juncos punzadores,
un corazón ardiente
buscaba triste y lleno de dolores,
y hallándola en la cruz, que atento mira,
así gime, así llora, así suspira:

Señor, yo soy el ciervo
que tan sediento busco esos cristales;
si te ofendí protervo,
ya vuelvo arrepentido de mis males;
y no me he de apartar de tu presencia
sin perdón, sin favores, sin clemencia.

En esa cruz clavado,
arco de paz te hicieron tus finezas,
y, pues enamorado
así encender pretendes las tibiezas,
que se abrasen las mías hoy te ruego
con tu luz, con tu llama, con tu fuego.

El Dios de las venganzas
un tiempo los profetas te llamaron,
mas ya mis esperanzas,
desde que hombre te hiciste, mejoraron,
pues Dios de amor te miran en prisiones
sin carcaj, sin saetas, sin arpones.

Ya se acabó la guerra;
no más pecar, Señor, no más, ofrezco;

[1] Rivadeneyra, t. 35, p. 43.

vean el cielo y la tierra
que aunque el perdón que pido no merezco,
me le da tu bondad, y en tanta gloria,
la corona, la palma, la victoria.

A tu Padre enojado,
por las culpas que ingrato he cometido,
la llaga del costado
le puedes enseñar, amante herido;
que con su vista no ha de ser, espero,
tremendo, riguroso, justiciero.

Si de tu Madre santa
mira los limpios pechos, mi sagrado,
quedaré en dicha tanta,
sabiendo ya por quién me ha perdonado;
pues se acaban (poniendo a ti los ojos)
las iras, los rigores, los enojos.

Por sustentarme, echaste
el sello de tu amor en una oblea;
tu sangre derramaste,
queriendo que a mi sed bebida sea;
no permitas malogren mis furores
tus finezas, tus ansias, tus amores.

Yo cometí el pecado,
cual oveja voraz, la más perdida,
y te tuve olvidado
en los pastos del mundo divertida;
pero tú reducirme a ti procuras
con ruegos, con piedades, con blanduras.

Pastor y pasto mío,
que me has buscado a costa de rigores,
del invierno, en el frío,
y del verano ardiente, en los calores;
no salga yo otra vez, para mi daño,
del redil, del aprisco, del rebaño [1].

ORACION

Ignacio de Luzán

(1702-1752?)

Cuando pienso, Señor, la repetida
ofensa a tu deidad por mi pecado,
te juzgo contra mí tan irritado,
que me borres del libro de la vida.

[1] *Representaciones de la verdad vestida,* místicas, morales y alegóricas sobre las siete moradas de Santa Teresa de Jesús, 2.ª impresión (Madrid 1679), p. 202.

La oveja me consuela que perdida
volvió sobre tus hombros al ganado,
misteriosa figura del cuidado
que te cuesta la sangre redimida.

Esta oveja infeliz, hoy separada
de tu sacro redil, suspira ansiosa
el dulce pasto de tu fiel manada.

No permita, Señor, tu poderosa
ardiente caridad que prenda amada
sea del lobo presa vergonzosa [1].

ANTES DE LA CONFESION

Miguel Agustín Príncipe

Heme, Señor, a tus divinas plantas,
baja la frente y de rubor cubierta,
porque mis culpas son tales y tantas,
que tengo miedo a tus miradas santas
y el pecho mío a respirar no acierta.

Yo del vicio entregado al desvarío,
Tú de toda virtud excelsa fuente;
yo criminal y vil, Tú santo y pío,
¿cómo es posible, ¡oh Dios, oh Padre mío!,
que ose a tu vista levantar la frente?

Mas, ¡ay!, que renunciar la lumbre hermosa
de esos divinos regalados ojos
es condenarme a noche tenebrosa;
y esa noche es horrible, es espantosa
para el que gime ante tus pies de hinojos.

Dame licencia ya, Padre adorado,
para mirarte y moderar mi miedo;
mas no te muestres de esplendor cercado;
muéstrate, Padre mío, en cruz clavado,
porque sólo en la cruz mirarte puedo.

¡En la cruz! ¡En la cruz! ¡Oh suspirada
señal de redención! Ya en tanta pena
mi vista en el madero está clavada,
y leer me parece en tu mirada
que el que muere por mí no me condena.

Mi culpa, santo Dios, es horrorosa;
pero aunque tantos son mis desaciertos,

[1] *Poética* (Madrid, Sancha, 1789), 2 vols.

¿cómo dudar de tu clemencia hermosa
cuando te veo en esa cruz piadosa,
ambos los brazos a estrecharme abiertos?

Yo con los míos, en amante lazo,
tu pecho al mío apretaré contrito,
y vida y alma te daré en mi abrazo
y lloraré, Señor, en tu regazo
hasta lavar mi criminal delito.

Clavos que le tenéis, corona espesa
que ciñes con dolor su augusta frente,
cruz do su sangre de correr no cesa...
Vosotros escucháis que hago promesa
de reformar mi vida delincuente.

Sedme de ella testigos, ¡oh instrumentos
de la sacra pasión! Pero entre tanto,
elevad a mi Dios estos acentos,
con que en ahogados lúgubres lamentos
perdón le pido derramando llanto.

¡Piedad, Señor, piedad! Senda extraviada
fué la mía hasta aquí; mas ya la oveja
vuelve al redil que abandonó culpada;
no te niegues, Señor, a darle entrada
cuando te llama con doliente queja,

Si me desechas Tú. Padre amoroso,
¿a quién acudiré que me reciba?
Tú el pecador dijiste generoso
que no quieres su muerte, ¡oh Dios piadoso!,
sino que llore y se convierta y viva.

Cumple en mí la palabra que me has dado
y escucha el ansia de mi afán profundo;
no te acuerdes, Señor, de mi pecado;
piensa tan sólo que en la cruz clavado
eres, Dios mío, el Redentor del mundo [1].

LA HORA DEL BUEN AMIGO

ELEUTERIO CALATAYUD GARCÍA

(Contemporáneo)

Esta es la hora para el buen amigo
llena de intimidad y confidencia,
y en el que, al examinar nuestra conciencia,
igual que siente el rey, siente el mendigo.

[1] *Ejercicio cotidiano y novísimo devocionario,* por don Miguel Agustín Príncipe (Madrid, imprenta de Manini y Cía., 1844), p. 319.

Hora en que el corazón encuentra abrigo
para lograr alivio a su dolencia
y, al evocar la edad de la inocencia,
logra en el llanto bálsamo y castigo.

Es la hora que suena en nuestra vida
con vibración que asciende hasta la mente
y que a la contrición y al bien convida.

Hora en que un ángel roza nuestra frente
¡y en que el alma, como cierva herida,
sacia su sed en la escondida Fuente![1]

PLEGARIA

ADELARDO LÓPEZ DE AYALA

(Contemporáneo)

¡Dame, Señor, la firme voluntad,
compañera y sostén de la virtud;
la que sabe en el golfo hallar quietud,
y en medio de las sombras, claridad;

la que trueca en tesón la veleidad,
y el ocio, en perenal solicitud,
y las ásperas fiebres, en salud,
y los torpes engaños, en verdad!

Y así conseguirá mi corazón
que los favores que a tu amor debí
te ofrezcan algún fruto en galardón...

y aun Tú, Señor, conseguirás así
que no llegue a romper mi confusión
la imagen tuya que pusiste en mí.

COLOQUIO

JOSÉ MARÍA PEMÁN

(Contemporáneo)

Del Pecado

I

Mi libertad, Señor, es un pedazo
también de tu creación.
Tú hiciste la flor blanca en el ribazo;
el viento helado que la agosta, yo.

[1] N. B. A. E., t. 19, p. 583-584.

Tú hiciste la luz pura.
Yo hice la noche obscura
por que luciera más tu estrella.
Tú, con verde de sol, Señor, pintaste
el árbol en la luz; y yo, con ella,
la sombra, que da al tronco, por contraste,
gracia y cintura núbil de doncella.
Tú hiciste la cerrada plenitud
del número, del astro y de la danza.
Y yo hice la esperanza,
Señor, y la inquietud.
Tú, en tu silencio, hiciste la canción
de tu poder airado.
Yo hice en tu corazón
ese islote dorado
de la misericordia y del perdón.

II

Si descargara su ira
sobre mi frente el Señor,
aplaudirían los ríos,
y los árboles,
y el sol.
Se sentiría vengada
la creación,
que en secuestro de pecado
yo he separado de Dios [1].

«DOMINE, UT VIDEAM»

MANUEL MACHADO

(1874-1947)

¡Mi Vida, mi Verdad y mi Camino!
Yo bien sé que eres Tú; pero te busco,
¡y en qué mirajes la mirada ofusco
o en qué negrura el paso desatino!

Sin duda es verde aún la pobre rama
que en tu divino fuego arder quisiera,
y airado la separas de la hoguera,
porque indigna la juzgas de tu llama.

1 *Las flores del bien* (Montaner y Simón, S. A., Barcelona 1946).

No sé, no sé, Señor, adónde llego
corriendo tras tu sombra... En cualquier parte
buscándote me angustio y extermino.

¡Dame, Señor, la mano, que soy ciego!
Ponme en la senda donde pueda hallarte:
¡Mi Vida, mi Verdad y mi Camino! [1]

CRISTO

RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS

(Contemporáneo)

Delante de la cruz, los ojos míos
quédenseme, Señor, así mirando,
y sin ellos quererlo estén llorando,
porque pecaron mucho y están fríos.

Y estos labios que dicen mis desvíos,
quédenseme, Señor, así cantando,
y sin ellos quererlo estén rezando,
porque pecaron mucho y son impíos.

Y así con la mirada en Vos prendida,
y así con la palabra prisionera,
como la carne a vuestra cruz asida,

quédeseme, Señor, el alma entera;
y así clavada en vuestra cruz mi vida,
Señor, así, cuando queráis me muera.

ORACION

JUAN MÚJICA

(Contemporáneo)

Te agradezco, Señor,
que me hayas hecho humilde,
que me hayas hecho pobre
de riquezas mundanas;
ya sé que los soberbios
no tendrán bellas flores
el día de mañana
para darte, Señor.

Te agradezco el silencio
de mis noches serenas
y la clara mañana
que al trabajo me lleva.

Tú fuiste carpintero
en una humilde aldea
y la suma armonía
en tu vida fué eterna.

Te agradezco, Señor,
el pan de cada día
y agua cristalina
que mi boca refresca.

[1] *Obras completas,* ed. Plenitud (Madrid 1948).

Te agradezco la dulce
mirada de unos ojos
que profundos alaban
tu grandeza, Señor.

Te agradezco la tarde
fragante y reposada
junto al agua tranquila
que refleja el azul.

Te agradezco el arrullo
de las aves que se aman
y el ensueño del árbol
con la luna o el sol.

Te agradezco, Señor,
que me hayas hecho humilde
(gran tesoro escondido
es la humildad). Tú viste
que para ser dichoso
en mi vida callada
bastaba con un poco
de alegría y amor [1].

INVOCACION AL SEÑOR

RAFAEL MORALES

(Contemporáneo)

Danos tu luz, Señor, para esta pena,
corta de tu jardín tanta agonía,
tanto obscuro dolor, la sombra fría,
que al corazón del hombre ciega y llena.

Aniquila, Señor, corta, cercena
esta angustia del hombre, esta porfía.
Danos, Señor, tu corazón por guía,
tu sangre, que enamora y enajena.

Mas si el sufrir, Señor, es merecido,
no nos quites ni el llanto, ni el lamento,
ni el amoroso corazón herido.

Pero danos también como sustento
tu corazón, tu vida, tu latido,
tu divino calor por alimento [2].

SUPLICA

M. GARCÍA RAMOS

(Contemporáneo)

¡Dame, Señor, tu gracia
para que vea
la mágica poesía de la rosa!
¡Dame, Señor, tu gracia
para que lea
en mi alma la mancha vergonzosa!

1 *El Carro de Luz* (Bilbao 1935), p. 117.
2 *Los desterrados* (Madrid 1946).

¡Dame, Señor, tu gracia
para que crea
tu palabra divina y misteriosa!
¡Dame, Señor, tu gracia
para que sea
seguidor de tu huella esplendorosa! [1]

ARREPENTIMIENTO

FERNANDO SÁNCHEZ MONIS

(Contemporáneo)

Cuando vuelto hacia ti de mi pecado
iba pensando en confesar sincero
el dolor desgarrado y verdadero
del delito de haberte abandonado;

cuando pobre volví a ti, humillado,
me ofrecí como inmundo pordiosero;
cuando, temiendo tu mirar severo,
bajé los ojos, me sentí abrazado.

Sentí mis labios por tu amor sellados
y ahogarse entre tus lágrimas divinas
la triste confesión de mis pecados.

Llenóse el alma de luces matutinas,
y, viendo ya mis males perdonados,
quise para mi frente tus espinas [2].

LA FLOR NUEVA

JOAQUÍN ROMERO MURUBE

(Contemporáneo)

Ayer esta rama verde
nada tenía, Señor.
Era una vena en el aire
hecha de savia y temblor.
Ayer esta rama verde
la tuve en mis manos yo,
y estaba tibia y dormida
como en el pecho una voz...
Y hoy, Señor, esta mañana,
la rama tiene una flor.

[1] y [2] *Poetas nuevos de España*, ed. Ensayos (Madrid 1950).

El cieno, la tierra, el barro
hecho luz, hecho oración.
El aire en éxtasis mira
la gloria de la creación.
¡Señor que el barro ennobleces,
brota en mi carne, Señor! [1]

SALMO INICIAL

JOSÉ MARÍA VALVERDE

(Contemporáneo)

Señor, no estás conmigo aunque te nombre siempre.
Estás allá, entre nubes, donde mi voz no alcanza,
y si a veces resurges como el sol tras la lluvia,
hay noches en que apenas logro pensar que existes.
Eres una ciudad detrás de las montañas.
Eres un mar lejano que a veces no se oye.
No estás dentro de mí. Siento tu negro hueco
decorando mi entrada, como una hambrienta boca.

Y por eso te nombro, Señor, constantemente
y por eso refiero las cosas a tu nombre,
dándoles latitud y longitud de ti.
Si estuvieras conmigo, yo hablaría de cosas,
de cosas nada más, sencillas y desnudas,
del cielo, de la brisa, del amor y la pena.
Como un feliz amante que dice sólo: «Mira
qué pájaro, qué rosa, qué sol, que tarde clara»,
y vierte así en la luz de los nombres tu amor.
Pero no, Tú me faltas. Y te nombro por eso.
Te persigo en el bosque detrás de cada tronco.
Te busco por el fondo de las aguas sin luz.
¡Oh cosas, apartaos, dadme ya su presencia,
que tenéis escondida en vuestro obscuro seno!

Marcado por tu hierro, vago por las llanuras
abandonado, inútil, como una oveja sola...
Hombre de Dios me llamo. Pero sin Dios estoy [2].

1 *Tierra y canción, poesías*, Editora Nacional (Madrid 1948), página 55.

2 *Hombre de Dios* (salmos, elegías y oraciones) (Madrid 1945), página 1.

III. SENTIMIENTOS RELIGIOSOS

EL SACRO MONTE DE GRANADA

LUIS DE GÓNGORA

Este monte de cruces coronado,
cuya siempre dichosa excelsa cumbre
espira luz y no vomita lumbre,
Etna glorioso, Mongibel sagrado,

trofeo es, dulcemente levantado,
no poderosa grave pesadumbre,
para oprimir sacrílega costumbre
de bando contra el cielo conjurado.

Gigantes miden sus ocultas faldas,
que a los cielos hicieron fuerza, aquella
que los cielos padecen fuerza santa.

Sus miembros cubre y sus reliquias sella
la bien pisada tierra. Veneraldas
con tiernos ojos, con devota planta [1].

LA CATEDRAL DE TOLEDO

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

Presbítero (1600-1681)

Salve, primer metrópoli de España,
pues hasta coronar tu frente altiva,
ni en su dosel ciñó la paz oliva
ni la guerra laurel en su campaña.

Salve, ¡oh siempre católica montaña!,
y tan siempre a la luz de la fe viva,
que, aun entre los horrores de cautiva,
ajena te alumbró, pero no extraña.

[1] *Obras de Góngora* (Nueva York 1921), t. 1, p. 194.

Salve, erario feliz de glorias tantas,
que hoy en tu angelical cámara bella
aun los mármoles son reliquias santas.

Salve; y permite, al adorar la huella
que enterneció una piedra con sus plantas,
no esté, mi corazón más duro que ella [1].

FRAGMENTO DE LA DESCRIPCION DEL PAULAR

GASPAR M. DE JOVELLANOS

(1744-1811)

¡Ah, dichoso el mortal de cuyos ojos
un pronto desengaño corrió el velo
de la ciega ilusión! ¡Una y mil veces
dichoso el solitario penitente
que, triunfando del mundo y de sí mismo,
vive en la soledad libre y contenta!
Unido a Dios por medio de la santa
contemplación, le goza ya en la tierra,
y, retirado en su tranquilo albergue,
observa reflexivo los milagros
de la naturaleza, sin que nunca
turben el susto ni el dolor su pecho.
Regálanle las aves con su canto,
mientras la aurora sale refulgente
a cubrir de alegría y luz el mundo.
Nácele siempre el sol claro y brillante
y nunca a él levanta conturbados
sus ojos, ora en el oriente raye,
ora del cielo, a la mitad subiendo,
en pompa guíe el reluciente carro;
ora con tibia luz, más perezoso,
su faz esconda en los vecinos montes.
Cuando en las claras noches cuidadoso
vuelve desde los santos ejercicios,
la plateada luna en lo más alto
del cielo mueve la luciente rueda
con augusto silencio, y, recreando
con blando resplandor su humilde vista,
eleva su razón y la dispone
a contemplar la alteza y la inefable
gloria del Padre y Criador del mundo.

[1] En el romance *Psalle et sile*, B. A. E., de Rivadeneyra, t. I, página 731.

Libre de los cuidados enojosos
que en los palacios y dorados techos
nos turban de continuo, y entregando
a la inefable y justa Providencia,
si al breve suelo alguna pausa pide
de sus santas tareas, obediente
viene a cerrar sus párpados el sueño
con mano amiga y de su lado ahuyenta
el susto y los fantasmas de la noche.
¡Oh suerte venturosa, a los amigos
de la virtud guardada! ¡Oh dicha, nunca
de los tristes mundanos conocida!
¡Oh monte impenetrable! ¡Oh solitaria,
taciturna mansión! ¡Oh, quién del alto
y proceloso mar del mundo huyendo
a vuestra santa calma, aquí seguro
vivir pudiera siempre, y escondido! [1]

DESCRIPCION DEL CONVENTO DE CARMELITAS DE BILBAO

FÉLIX MARÍA SAMANIEGO

(1745-1801)

En el más sano clima de la España,
una fértil colina
hermosea y domina
el mar y la campaña.
Un río tortuoso,
con las aguas marinas caudaloso,
le presenta sus naves y la baña.
Coronan su eminencia
un templo entre cipreses, y a su lado,
en un bosque frondoso,
un humilde edificio colocado,
apenas a la vista descubierto;
de veinte y cuatro extáticos varones,
grandes por su retiro y penitencia,
ésta es la habitación, éste el desierto.
Ni escarpados peñones,
que forman precipicios espantosos;
ni grutas habitadas por leones
entre bosques umbrosos,
ni aullidos de demonios y de diablos,

[1] En Menéndez Pelayo: *Las cien mejores poesías de la lengua castellana.*

como entre los Antonios y los Pablos;
ni objeto que conspire
a que la soledad horror inspire
hay en este retiro penitente.
Aquí, naturaleza hermosa y varia
recomienda la vida solitaria;
aquí, cada viviente
yace en reposo amable;
un silencio se observa, comparable
a la noche más quieta;
parece que de intento
ni el río corre, ni la mar se inquieta,
ni los pájaros cantan,
ni las hojas se mueven con el viento
y que en sueño profundo
duerme tranquilamente todo el mundo.
Así, cuando se acerca algún mundano
a la colina santa,
como pise, profano,
el duro suelo sin desnuda planta,
sólo de sus pisadas el ruido,
por el eco en la estancia repetido,
le turba, le detiene;
con silencioso paso se previene
a entrar en lo escondido del desierto;
todo se le presenta como muerto;
duda si es panteón, pero ya escucha
o freír una trucha
o bien que el remangado cocinero
alborota el cobarde gallinero.
El tímido mundano ya respira,
entra; mas, sin embargo, cuanto mira
le dice claramente:
«Muerto estoy para el mundo enteramente»[1].

LA CATEDRAL DE SEVILLA

ANGEL DE SAAVEDRA (DUQUE DE RIVAS)

Político y literato (1791-1865)

De la fe y del entusiasmo,
soberana producción;
de tanta generación,
asombro, respeto y pasmo,
y del mundo admiración:

1 *Poetas líricos del siglo XVIII*, t. 1, en Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra, t. 61 (Madrid 1869).

Grande y magnífico templo,
digno del Omnipotente,
que en ti mora eternamente,
cuando absorto te contemplo,
¡cuán alto vuela mi mente!
Sí, desde el espacio inmenso
ve tu torre y botareles,
y de Dios a los doseles,
entre el humo del incienso,
subir la voz de los fieles.
Ni la vista audaz que emplea
el águila frente a frente
con el sol cuando campea
allá en el cenit desea,
ni su volar eminente.
Pues que de ti enamorada,
más alto vuela, más ve,
por las dos potencias que
te formaron animada,
el entusiasmo y la fe.

En viva fe y en entusiasmo ardieron
los no contaminados corazones
de aquellos piadosísimos varones
que levantemos al Señor, dijeron,
un templo tal, que la futura gente
por locos nos repute
cuando en él reverente
busque consuelos y oblación tribute.

A tales palabras luego
ardió una generación,
a quien diera el cielo en don
un entusiasmo de fuego,
una fe de exaltación.
Un pobre albañil, obscura
ya olvidada criatura,
que ni midió el Capitolio
ni estudió en la Grecia, solio
de la docta arquitectura,
de fe y entusiasmo ardiendo,
vió en sueños tu mole santa;
y acaso también durmiendo,
su mano un ángel rigiendo,
trazó tu gigante planta.

Y un pueblo todo
arde, se agita;
y la mezquita
desapareció.

Pero la torre
quedó empinada,
porque manchada
nunca se vió.

No, que en su cumbre, el árabe almuédano
«Sólo hay un Dios» gritaba;
y donde la verdad se proclamaba
era triunfal padrón para el cristiano.
Mole santa, templo augusto,
del Omnipotente gloria,
de insignes siglos historia,
obra de entusiasmo y fe,
¿Quién es el necio, el impío,
que te mira indiferente,
que sin pasmo reverente
osa en ti estampar el pie?

¿Quien cuando en pompa de solemne día
mira un pueblo postrado
delante del altar de oro, velado
con blanca nube que hasta el cielo envía
el sacro aroma del quemado incienso;
y de tu espacio inmenso
los ámbitos llenar oye turbado
tempestades de altísona armonía,
con que al pausado coro,
el órgano sonoro
y las campanas que en los aires zumban
responden, y tus bóvedas retumban,
y por encanto superior parece
que habla tu inmensa mole y se estremece;
quién desconoce estar en presencia
de la sabia eternal Omnipotencia?...
¿Quién no va allí a pedir con fe victoria,
y para España, independencia y gloria?

Pues cuando del ocaso en los canceles
el moribundo sol, entre celajes,
refleja en tus pintados ventanajes,
y aun dora tus gallardos botareles,
y de soslayo tu morisca torre,
¿qué mortal, si recorre
tus solitarias naves,
no se halla de pavor sobrecogido;
y al escuchar de las campanas graves
el pausado quejido
y clamorosos sones,
con que al mundo adormido
recuerdan las nocturnas oraciones,

delante del altar que apenas brilla
a la luz amarilla
de misteriosa lámpara, la frente
no hunde en la tierra, helada,
y ora, y teme, y espera, y se anonada?

En ti, de noche y día,
si osa entrar el impío,
se siente, de horror frío,
el duro pecho helar.
Y que un manto de plomo
lo abruma y lo confunde
y que en tierra se hunde
sin poder respirar.
Y en ti, de noche y día,
el que por la fe vive,
nuevo alimento recibe,
ensancha el corazón.
Bendice si es dichoso,
si es desdichado, llora,
y le es consoladora
la voz de la oración.

Insigne catedral. donde Dios vive
eternamente, donde el cuerpo santo
del rey conquistador culto recibe,
do yace el sabio rey, do brilla tanto
trofeo de victoria;
encanto, iglesia, monumento, historia.
Mientras más te contemplo y más te admiro,
más entusiasmo y pura fe respiro...
¡Salve, portento santo sin segundo,
gloria de España, admiración del mundo! [1]

LA ABADIA DE VERUELA

Gustavo Adolfo Bécquer

(1836-1870)

¡Cuántas veces al pie de las musgosas
paredes que la guardan
oí la esquila que, al mediar la noche,
a los maitines llama!

¡Cuántas veces trazó mi triste sombra
la luna plateada

[1] *Obras completas,* en Colección de Escritores Castellanos (Madrid 1895).

junto a la del ciprés, que de su huerto
se asoma por las tapias!

Cuando en sombras la iglesia se envolvía
de su ojiva clavada,
¡cuántas veces temblar sobre los vidrios
vi el fulgor de la lámpara!

Aunque el viento en los ángulos obscuros
de la torre silbara,
del coro, entre las voces, percibía
su voz vibrante y clara.

En las noches de invierno, si un medroso
por la despierta plaza
se atrave a cruzar, al divisarme,
el paso aceleraba.

Y no faltó una vieja que en el torno
dijese a la mañana
que de algún sacristán muerto en pecado
acaso era yo el alma.

A obscuras conocía los rincones
del atrio y la portada;
de mis pies, las ortigas que allí crecen
las huellas tal vez guardan.

Los buhos que espantados me seguían
con sus ojos de llamas
llegaron a mirarme con el tiempo
como a un buen camarada.

A mi lado, sin miedo, los reptiles
se movían a rastras;
¡hasta los mudos santos de granito
vi que me saludaban! [1]

LA CATEDRAL

Gonzalo de Castro

(1858-1905)

Allí la catedral, santa, imponente,
que lanza por las góticas ojivas
de músicas y aromas un torrente,
como el río sus ondas fugitivas
por los ojos inmóviles del puente.
¡Mirad la aguja esbelta y fulgurente,
índice que se señala al infinito!

1 *Rimas*, edición de la Cámara Oficial del Libro (Madrid 1936).

Y debajo, la cúpula gigante
como un inmenso palio de granito.
Rompen los muros góticas ventanas,
por donde el claro sol filtra sus luces,
y se yerguen las torres soberanas,
volteando entre nubes sus campanas
y rasgando los cielos con sus cruces.
Dentro, en las amplias naves,
vibran los grandes órganos dorados,
desde los cuales canta himnos sagrados
una bandada de invisibles aves.
Pueblan las hornacinas
inmóviles mujeres peregrinas
en mármoles talladas,
con las manos cruzadas
sobre sus senos mórbidos de hielo,
y se ven en las sombras perfumadas
ángeles con las alas desplegadas
en actitud de misterioso vuelo.
Encima de marmóreos pedestales,
santos de talla con sus miembros de oro
reciben todo el sol que entra a raudales
por el calado ventanal del coro,
cubierto de polícromos cristales.
Entre la sombra obscura
se adivina la trágica escultura
que representa a Cristo agonizante.
Lívido el rostro, el pecho jadeante,
fijos los mustios ojos en el cielo;
mientras, al pie, su Madre, acongojada,
clava en El la mirada
con expresión de horrible desconsuelo.
Y allá al fondo, en la sombra silenciosa,
miran a la afligida Dolorosa,
cuyo semblante arredra,
pues que delata formidables luchas,
blancos monjes, caladas las capuchas
sobre sus frentes rígidas de piedra.
¡Y debajo, en las criptas solitarias,
encima de las urnas cinerarias,
en las tinieblas mudas e imponentes,
duermen sobre sus lechos de granito
las estatuas yacentes,
acostadas de cara al infinito! [1]

[1] Del poema *Dos templos*.

IV. LA VOCACION RELIGIOSA

LA ORDEN DEL CARMEN

JORGE SALINAS Y AZPILICUETA

(Siglo XVII)

Quiere el cielo encordar el instrumento
del instituto sacro del Carmelo;
por bordón pone el abrasado celo
del que fué arrebatado al firmamento.

Cuartas hace del alto pensamiento
del que volvió a la madre su consuelo;
ceras del Bautista, del Sol velo,
que hiere en uno y otro Testamento.

La segunda es Andrés, que de la tierra
la Cruz como clavija le levanta,
para templallo al celestial sonido.

La prima falta, sea quien destierra
la obscura confusión, y con su planta
deja al soberbio burlador vencido.

Y pues remate ha sido
desta dulce armonía,
la Madre del segundo Adán, María,
este instrumento vencerá Aquerontes,
como el de Orfeo mudará los montes.

LA CARTUJA REAL DE ZARAGOZA

MIGUEL DE DICASTILLO

(Siglo XVII)

En esa aula de Dios, donde reside
el desengaño y la verdad preside
como en sagrado asilo,
con soberano estilo
el engaño del vulgo se decide,

juzgando de las cosas por la esencia
y no por la apariencia:

Lo bueno se acredita como bueno,
el vicio se reputa como vicio,
y no según las falsas opiniones
del humano juicio,
que de juicio ajeno,
a la noble razón hace ilusiones,
que a donde vive la verdad desnuda
nunca llega el rebozo ni la duda;
y así como se mira sin antojos,
juzgan las cosas como son los ojos.

En esa religiosa,
voluntaria pobreza,
de ninguno ofendida ni envidiosa,
por un modo eminente
de los Midas excede la riqueza,
pues sin tocar ni apetecer el oro,
guardas aquel tesoro indeficiente
a quien torpe vilísimo gusano
ni roe ni destruye,
ni el tiempo disminuye,
ni se le atreve robadora mano,
con cuya posesión felice tienes
a tu arbitrio la suma de los bienes.

Y así, para que todo lo poseas,
aun lo que es necesario no deseas;
que quien en Dios arroja su cuidado,
como todo lo halla tan sobrado,
de sí tiene pendiente
el deseo a sus leyes obediente,
juzgando por delito
seguir la variedad del apetito,
pues no puede ofrecerle su deseo
dicha más cierta ni mayor empleo [1].

1 *Aula de Dios. Cartuja Real de Zaragoza;* describe la vida de sus monjes... (Zaragoza 1679).

LA SAGRADA ORDEN DE PREDICADORES

FRAY PEDRO GRACIÁN

(Siglo XVII)

Es del Guzmán la religión sagrada
émula de la máquina estrellada,
y aun eclipsa sus lumbres,
pues del imperio en las doradas cumbres

no brillan astros materiales tantos
en este Polo cuantos
abrasados se ostentan corazones
de santos doctos, ínclitos varones.

Eres tú el primer móvil, que la esfera,
gran Domingo, conduces la primera.
Tu nombre misterioso,
Señor, te aclama con razón glorioso.

Jacinto amante el siglo nos renueva
del caduco Saturno,
y el nuestro errado, es ya dorado turno
por el que tan precioso blasón lleva.

No flores, sí esplendores dió Vicente,
luz de doctrina a la española gente;
de la tarde lucero,
de Jove toma el nombre y el agüero.

El mártir Pedro entra aquí a la parte
del belicoso Marte;
ciñe sus sienes de luciente hoja;
trisultos rayos de su diestra arroja.

Es sol Tomás que al sol obscureciera
si siete veces más resplandeciera;
ahuyenta obscuridades
y de Escuela serena tempestades.

Raimundo es el Mercurio que la llave
del mismo imperio tiene,
y el cerrar, y el abrir, cuando conviene,
aun a los mismos reyes puede y sabe.

Catalina, Antivenus fué temprano,
más pura en sí y no menos hermosa;
digna ennoblece esposa,
tálamo eterno, trono soberano.

Relumbra de Diana el casto coche,
a pesar de la noche;

Luna es María, que el horror destierra
y al Sol divino en vientre humano encierra.

Aquí la Osa y el Vellón nevado,
el Sagitario armado,
luce el Toro bocina resonante,
la espiga virginal, círculo errante.

El Géminis faltaba, y Zaragoza
esta gloria le dió, que inmortal goza:
blasona dos hermanos,
aunque floridos, en prudencia canos.

Así este Olimpo se alboroza, Padre,
triunfa la augusta Madre;
alegres días nos dispensa el cielo,
festivos los celebra el patrio suelo.

A DOÑA FRANCISCA DE ARGOTE, QUE SE HIZO MONJA

LUIS DE GÓNGORA

Alma mil veces dichosa
y otras tantas veces bella.
pues tan buen Esposo cobras
y tan ruin marido dejas;

respóndele al que hoy te llama,
y mira al que te desea;
procura al que te recibe
y recibe al que te espera.

Nobles padres dejas hoy,
vida dulce y lisonjera,
regalos y gustos pisas,
descanso y contento en ellas.

No las sirenas del mundo,
poca edad, mucha belleza
venden tus hermosos ojos
y amenacen tus orejas.

Balcones de azul y oro
por nudosas redes truecas,
libertad por sujeción,
voluntad por obediencia.

Valor es éste, Señora,
y animosidad es ésta
de un pecho muy más robusto
y de una edad no tan tierna.

Plantas hoy tus verdes años
en esta religión nuestra,
jardín de olorosas flores
de donde el Esposo lleva

rosas de las disciplinas,
de las vigilias violetas,
y de las virginidades
purísimas azucenas.

Tú se las guardas a él;
y él a ti, del fruto de ellas,
después de pisado el mundo,
te suba a pisar estrellas [1].

[1] *Obras poéticas de Góngora,* ed. Nueva York (1921), t. 3, p. 52.

A UNA SEÑORA QUE SE METIO MONJA CARMELITA DESCALZA

Francisco de Francia y Acosta

(Siglo XVII)

Siguiendo el claro norte, esplendor puro
de aquella de quien alba es ilustrada
y el alba obscurecida,
hoy en dulces ardores encendida,
divina amante del amor divino,
eliges el camino,
si más áspero, ¡oh Lisis!, más seguro,
para llegar a la inmortal morada;
triunfas del enemigo
que, desmentido de semblante amigo,
tantas almas destruye;
que al mundo vence quien al mundo huye.
Por darte toda a Dios lo dejas todo;
de ti bien imitado, de ese modo
renunció su caudal, bien que pequeño,
el que, de un pobre barco humilde dueño,
por divina elección después fué visto
grande piloto del bajel de Cristo.
Presumió tu contrario, cauteloso,
viendo que el pomo del metal precioso
fué suspensión del curso de Atalanta,
que, teniendo contigo fuerza tanta
mucho mayor tesoro,
rémora fuese de tu nave el oro.
Los metales así solicitados,
caducos dioses de ambiciones ciegas,
se vieron de tu planta atropellados;
la injusta y loca adoración les niegas;
que los tesoros vanos
son dignos de los pies, no de las manos.
Como tal vez experto navegante,
rebelde a la codicia,
por salvarse en las aguas, desperdicia
la adorada opresión del pino errante,
temiendo el mar airado,
que de importunos vientos irritado
tanto se descompone,
que en el cielo bramidos y ondas pone,
con liberal recelo te despojas
de todo, todo al mar del mundo arrojas,

porque juzgas tu leño temeroso,
con menos peso, menos peligroso.
En fin, desnudas la acertada planta,
por que la visión santa,
bien como al gran Moisés fué concedida,
a ti también te sea permitida
en nueva zarza, religión sagrada,
de superiores llamas abrasada.
Así caminas, Lysi, a vincularte
al piélago de gloria, inmenso objeto,
en aquel sitio que no está sujeto
a la calamidad de aquella parte
donde obran mil forzosas tiranías
los fuertes escuadrones de los días [1].

AFECTOS DE SOR ROSALIA MARIA DE JESUS EN SU ENTRADA EN EL CONVENTO DEL ANGEL, TRAYENDO CONSIGO A SU HIJA SOR MARIA BERNARDA

SOR ANA DE SAN JERÓNIMO

Religiosa franciscana (1696-1771)

Dime, Pastor mío,
¿qué enigmas son éstas,
que sigues y huyes,
llamas y te ausentas?

No te apartes,
no te pierdas,
¡ay, que el amor
y el temor me desvelan!

Para que a tu silbo
incline mi oreja,
si es tardo mi oído,
silba tú más cerca:

que como en la duda,
mal que tú no pruebas,
la amargura toda
de Adán tiene entera.

En tal laberinto
dame alguna hebra
de oro, no de estopa,
que al punto se quiebra:

¿cómo ha de seguirte
mi planta grosera,
si cual cervatillo
saltas por las piedras?

Párate algún tanto,
porque al menos pueda
gozar de tu asombro,
reclinada en ella:

y si de tu fuga
te agrada mi pena,
para que te siga,
déjame las huellas:

Ellas me dirán
adonde sesteas,
allá en un cercado
todo de azucenas.

También del pellico
tomaré la muestra,
que respira olores
de gomas sabeas:

[1] *Jardín de Apolo* (Madrid 1624), fol. 18.

y en tu seguimiento,
sin que nada tema,
subiré a los montes,
cruzaré las selvas:

y si a tu ciudad
retirarte piensas,
forzaré los muros,
romperé sus puertas:

si un cabello quieres,
porque en él te prenda,
días ha que tienes
toda la madeja:

mira que no tengo,
para darte espera,
el cuerpo de bronce,
ni el alma de piedra:

si pena quien busca,
si quien ama vela,
eso tú lo sabes
con larga experiencia:

llevaré a tu aprisco,
por que te diviertas,
una corderilla
de tus mismas señas:

blanca y rubicunda;
tal, que añade, al verla,
gracias a la gracia
la Naturaleza:

llegue ya la hora
en que a medir venga
mi mano en tu mano
distancias inmensas:

y del lazo eterno
que mi fe desea,
dame cada día
prenda sobre prenda [1].

LAS ERMITAS DE CORDOBA

Antonio Fernández Grilo

Hay de mi alegre sierra
sobre las lomas
unas casitas blancas
como palomas.
Les dan dulces esencias
los limoneros,
los verdes naranjales
y los romeros.
Allí, junto a las nubes,
la alondra trina;
¡allí tiende sus brazos
la cruz divina!
La vista, arrebatada,
vuela en su anhelo
del llano a las ermitas,
¡de ellas, al cielo!
Allí olvidan las almas
sus desengaños;
allí cantan y rezan
los ermitaños.
El agua, que allí oculta
se precipita,
dicen los cordobeses
que está bendita.
Prestan a aquellos nidos
luz los querubes,
guirnaldas las estrellas,
mantos las nubes...
¡Muy alta está la
cumbre! ¡La cruz muy alta!
Para llegar al cielo,
¡cuán poco falta!
Puso Dios en los mares
flores de perlas;
en las conchas, joyeros
donde esconderlas;

[1] *Obras poéticas* (Córdoba 1773).

en el agua del bosque,
frescos murmullos;
de abril en las auroras,
rojos capullos;
arpas del paraíso
puso en las aves;
en las húmedas auras,
himnos suaves;
¡y para dirigirle
preces benditas,
puso altares y flores
en las ermitas!
Las cuestas, por el mundo,
dan pesadumbre
a los que desde el llano
van a la cumbre.
Subid a donde el monje
reza y trabaja;
¡más larga es la vereda
cuando se baja!
Ya la envuelva la noche,
ya el sol la alumbre,
¡buscad a los que rezan
sobre la cumbre!
Ellos, de santos mares
van tras el puerto,
¡caravana bendita
de aquel desierto!
Forman música blanda
de un campanario;
de semillas campestres
santo rosario.
De una gruta en el monte,
plácido asilo;
de una tabla olvidada,
lecho tranquilo.
De legumbres y frutas,
pobres manjares,
parten con los mendigos
en sus yantares.
Allí la cruz consuela,
la tumba advierte;
¡allí pasa la vida
junto a la muerte!
Por los ojos que finge
la calavera
ven el mundo... y su vana
pompa altanera.
¡Calavera sombría,
que en bucles bellos
adornaron un día
ricos cabellos!
Esos huecos obscuros
que se ensancharon
fueron ojos que vieron
y que lloraron.
¡Por esas agrietadas
formas vacías
penetraron del mundo
las armonías!
¿Qué resta ya del libre,
mágico anhelo
con que esa frente altiva
se alzaba al cielo?
¡La huella polvorosa
de un ser extraño
adornando la mesa
de un ermitaño!
Aquí, en la solitaria
celda escondida,
un cráneo dice: ¡Muerte!
y una cruz: ¡Vida!
... ...
¡Muy alta está la cumbre!
¡La cruz, muy alta!
Para llegar al cielo,
¡cuán poco falta! [1]

[1] *Obras* de Fernández Grilo (Madrid 1890).

VOCACION SACERDOTAL

MIGUEL BENZO MESTRE

Cura de aldea (contemporáneo)

Apenas nos habíamos asomado al ancho mundo,
cuando Tú nos elegistes de entre el mundo.
Era el tiempo del trompo y los novillos,
del cigarro de anís y el tirador.
Y Tú nos designaste para siempre
sacerdote de tu altar y de tu pueblo.
¿Quién puede resistir a tu llamada?
Y dejamos la aldea, la casa y la pandilla,
y la madre dejamos, nuestra madre,
también por ti, Señor.
Y ya nuestra niñez no fué la de los hijos de los hombres;
apenas si supimos de caricias, de caprichos ni risas familiares;
apenas si entrevimos los misterios
eternos del hogar.
Y nuestra adolescencia no fué la adolescencia
de novia y de taller o de instituto,
de novela, de futbol y de cine,
del yo recién hallado,
rebelde e incomprendido frente al mundo,
que se va descubriendo en compañía
de un solo y entrañable camarada.
La vida de los hombres, sus luchas, sus angustias,
los libros nos dijeron;
de la antigua manzana envenenada,
si acaso, nos llegó sólo el olor.
Y si hubo amargura en nuestras almas,
más que roja tempestad de carne y sangre,
fué el desierto, sin rumbo ni sentido,
la helada soledad.
Latín, filosofía, teología...,
siempre los cuatro muros blancos...
y el despacho del padre director.
Y entre tanto, Señor, ¿Tú qué pensabas,
mirándonos callado en el altar?

Un día, alegremente, para siempre
la sotana-mortaja nos vestimos.
Para siempre quedamos separados
del resto de los hombres.
No osarán ya reír ante nosotros
como ellos solos ríen,

que exhala nuestro traje olor ingrato
a muerte y penitencia.
Ni ya nos contarán sus alegrías, amores y esperanzas;
vergüenzas y maldades solamente
se dicen al juez.
Ni miraremos ya lo que ellos miran,
ni entraremos ya donde ellos entran,
ni hablaremos ya lo que ellos hablan.
La hermandad está rota para siempre;
seremos los maestros, los guías, los pontífices,
mas nunca camaradas.

Aun no basta; aun hemos de jurarte
eterna soledad de hijo y mujer.
Así, sencillamente, renunciamos
a todo un universo.
No habrá nunca ya un brazo en nuestro brazo
de apoyo en el camino deseoso,
ni una clara sonrisa a nuestra puerta
al volver fatigados al hogar.
No habrá de florecer en nuevas vidas
nuestra sangre cansada;
nos dirán «padre»; pero nunca,
nunca jóvenes labios nos llamarán «papá».
Y se irán yendo todos los que aun nos aman:
se irá la madre—la única mujer en nuestra vida—,
vendrá al padre el descanso merecido,
y por sus propios rumbos
los hermanos también se habrán de ir.
Sólo rostros extraños miraremos
en torno a nuestro lecho de agonía.
Acaso todo esto un poco obscuramente
al jurártelo entrevemos;
mas no importa: Tú bien sabes
que sabremos cumplirlo.

Y al fin, Señor, nuestra hora habrá llegado;
dejando el seminario para siempre,
iremos a la lucha.
Aunque dentro nos sintamos aún muy niños,
habremos de cruzar severo el rostro;
que a los hombres les gusta, de vez en cuando, el cosquilleo
del misterio solemne: ése es nuestro papel.
En nosotros es crimen la alegría, y escándalo la risa,
aunque dentro nos sintamos aún muy niños.
En busca de consuelo
vendrán los afligidos, seguros de encontrarlo,
pues es nuestra misión.

Los ajenos dolores y tristezas
oiremos incansables;
las lágrimas extrañas secaremos...,
y nunca vendrá a nadie el pensamiento
de que acaso hay también tras la sotana
un hombre a consolar.

Oirán nuestros oídos intactos los secretos tremendos de los [hombres,
los crímenes que ocultan los rostros sonrientes,
los pesos que gravitan como cargas de piedra,
los recuerdos que explican las mortales tristezas
y las rutas sin paz.
La verdad de la vida sondearán nuestros ojos,
que tan poco han mirado;
sin temblar, nuestros labios sellarán la sentencia
en el nombre de Dios.
Mas, a pesar de todo,
a nosotros también nos han de odiar.
A nosotros, nacidos de aldeanos,
que pobres hemos sido y siempre lo seremos,
que nunca a nadie hicimos mal alguno,
que niños aprendimos a pensar en los otros,
a soñar en «las almas»;
a nosotros, el pueblo, nuestro hermano,
nos llamará enemigos, traidores a la casta,
indignos de existir.
Seremos el extraño en todas partes,
aquel cuya visita nunca es grata.
el censor evitado, el testigo temido,
que acaso se respeta, mas nunca se comprende,
cobrador del portazgo del morir y el nacer.
Solos siempre, serios siempre, nunca amados;
aunque dentro nos sintamos aún muy niños,
iremos caminando hacia el final.

Pero a cambio, Señor, de todo eso,
te tenemos a ti [1].

1 *Breviario para mi generación* (Madrid 1950), p. 119.

V. ASCETICA

CANTICO INTERIOR

FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL

Benedictino, catedrático (contemporáneo)

I

Nada me ha de faltar: Dios es mi guía.
Soy flaco, y nada sé de mi destino,
pero ¿qué ha de temer en su camino
el que en su Dios confía?

Si El es omnipotente
y me ama con amor que no se muda,
¿por qué mi pecho siente
el mordisco rabioso de la duda?

Su bondadosa mano
me ha puesto en un rincón dulce y amable:
allá lejos está el mullir mundano,
cerca su trono excelso y adorable.

Aquí la dulce paz, que el alma esquiva
cura y alienta en la interior batalla,
y el valle ameno, donde todo calla,
para que se oiga más la voz de arriba.

Aquí el trinar de gayos ruiseñores,
y el eterno cantar del riachuelo,
y el aroma variado de las flores,
y los montes altivos, soñadores,
que nos enseñan a mirar al cielo;

y los místicos cantos,
los cantos gregorianos,
perlas que en los tranquilos océanos
de su amor encontraron monjes santos
en tiempos muy lejanos.

Y este claustro románico,
estuche de quietud;

donde al trajín satánico
remplaza el noble afán de la virtud.

¡Cuántas veces, rezando mis rosarios
bajo el cendal de la penumbra quieta,
perseguí mis ensueños de poeta
a través de esos arcos milenarios![1]

OFRECIMIENTO

RAMÓN CASTELLTORT

Escolapio (contemporáneo)

I

Quisiera tener cerrados
estos ojos que me diste
para que fuesen más puros
para mirarte al morirme.
Quisiera poder cerrarlos
para no dejar que miren
ni graben ninguna imagen
que no sean los perfiles
de tu rostro. Consagrarlos
quiero a ti, que me los diste.
Quiero cerrarlos al mundo,
quiero ofrecértelos vírgenes,
con la ofrenda de dos lágrimas
cuando te vea al morirme.

II

Quisiera tener cerrados
estos labios que te debo.
Quisiera que no se hubiesen
nunca en mi existencia abierto
ni para decir palabras
ni para estallar en besos.
Quiero conservarlos puros
para ti, que a ti los debo.
Quiero que al morirme y verte,
palpitantes y sedientos
sobre tus manos de aurora,
se me deshagan en besos.

III

¿Y mi corazón?... Prendidos
de una estrella sus afanes,
está agitando sus alas
y no puede remontarse.
Le ha clavado, pulpa adentro,
la vida siete puñales
y lo ha desangrado todo...;
¡pero te lo ofrezco exangüe!
Yo que soñaba ofrecértelo
con la pureza de un ángel.
¡Pero te lo ofrezco!... Mira,
se han secado sus rosales
y no tienen rosas... ¿Quieres
brindarle las de tu sangre?...[2]

1 *In Terra Pax* (Santo Domingo de Silos 1940), p. 73.
2 *Antología*, poesía y prosa (1932-1950) (Barcelona 1950), p. 18.

CORONAS

CRISTINA DE ARTEAGA

Actual priora del monasterio de Santa Paula, de Sevilla (contemporánea)

¿Para qué los timbres de sangre y nobleza?
Nunca los blasones
fueron lenitivo para la tristeza
de nuestras pasiones...
¡No me des corona, Señor, de grandeza!

¿Altivez? ¿Honores? ¡Torres ilusorias
que el tiempo derrumba!
¡Es coronamiento de todas las glorias
un rincón de tumba!
¡No me des siquiera coronas mortuorias!

No pido el laurel que nimba al talento,
ni las voluptuosas
guirnaldas de lujo y alborozamiento.
¡Ni mirtos ni rosas!
¡No me des coronas que se lleva el viento!

Yo quiero la joya de penas divinas
que rasga las sienes...
¡Es para las almas que Tú predestinas!
¡Sólo Tú la tienes!
¡Si me das corona, dámela de espinas! [1]

LA ENTREGA Y EL CAMINO

JUAN BAUTISTA BERTRÁN

Jesuíta (contemporáneo)

I

Soneto de la entrega

Yo soñaba ofrendarte en mi patena
algo grande, en que toda la armonía
de mi ser se entregara. Brindaría
con total donación de Magdalena.

Y llevarla yo mismo... hasta tu cena;
mas ¿qué importa, si la urna que quería,

[1] *Siembra*, 2.ª ed. (Madrid 1926), p. 43.

generosa, quebrar la mano mía
la ha quebrado, Señor, la mano ajena?

¿Sabe mi pequeñez de tu lanzada
la dirección divina? ¿Tu embajada
de luz que mis cenizas trueca en oro?

Por eso, en mi silencio, no deploro
si te he de dar, en vez de rica haldada,
el dolor de mi vida, flor cansada.

II

Soneto del camino

Yo pensé que el camino que a ti lleva
era el mío, Señor, por mí trazado.
Doliente, sí, mas mío, ¡cuándo prueba
tu cruz sangrienta ser mejor cayado!

Y creí en la belleza del racimo
fresco, intacto, translúcido, turgente,
sin pensar que los zumos que le exprimo
son en tu copa mi mejor presente.

Ven, ¡oh dolor, suprema quemadura,
poder de serafín si ardo en tu ara!,
y acabe la esperanza mis querellas,

que, exquisita tu mano, en su ternura
a las aves heridas les prepara,
¡oh Padre!, un nido altísimo de estrellas [1].

HASTIO DE LAS CRIATURAS

RICARDO GARCÍA VILLOSLADA

Jesuita (contemporáneo)

Soneto blanco

¿Por qué esta sed de luz y de armonía?
¿Por qué mi corazón no se acompasa
con la armonía cósmica? Yo llevo
otra noche más turbia y rechinante.

Llevo dentro una noche rota de astros
fugaces, arrancados de sus ejes;

[1] *Poesía nueva de jesuitas,* selección de José María Pemán (Madrid 1948).

chispas de incendio sideral, que el soplo
del huracán arrastra en tolvaneras.

¿Cuándo podré fijarlos uno a otro
en mi cielo sereno? ¿Cuándo en orden
y en claridad se extasiarán mis ojos?

¿Cuándo, Señor, podré mirar adentro
—reloj exacto de áureas estrellas—
y decirte: ¡Ven, luz; ven, armonía!?[1]

SEQUEDAD DE PURIFICACION

ANGEL MARTÍNEZ

Jesuita (contemporáneo)

¡Siquiera en las espinas!

Francisco, vamos a salir
de esta gran sequedad los dos.
¿La Fuente a donde hemos de ir?
¡Vamos a Dios!

Sí, ésta es la sequedad mayor;
noche, desierto e... inmensa calma.
Dolor de no sentir el dolor
que despierta el alma.

Francisco, vamos a salir
de esta gran sequedad los dos.
¿El Agua a donde hemos de ir?
¡Siempre a Dios!

Lloved ya, nubes, su rocío,
que va a comenzar el adviento
y están secos su pecho y el mío
de sentimiento.

Diciembre, mes de lluvias divinas,
y esta tierra tan seca está,
que no produce ya ni espinas...
¿Qué flor dará?

Mandadnos, cielos, vuestro Lirio;
que arda, al caer, como una estrella.
Si trae rayos de martirio,
será aún más bella...

Esta es la soledad mayor,
la del desierto... ¡Horrible calma!

[1] *Poesía nueva de jesuitas*, selección de José María Pemán (Madrid 1948).

Dolor de no tener ni dolor
ni sentir el alma.

Caiga en nuestro pecho el rocío
de este mes de lluvias divinas
y tenga su jardín y el mío
siquiera espinas.

Que si no en los cielos serenos
ni entre el perfume de los nardos,
encontremos a Dios, al menos,
entre los cardos.

Francisco, vamos a salir
de esta gran sequedad los dos.
¿El Agua a donde hemos de ir?
Aunque lo sintamos huir,
¡siempre a Dios, siempre a Dios! [1]

DEPENDENCIA DE DIOS

Manuel Linares

Jesuíta (contemporáneo)

Como una arañita

Mi alma está en tu mano,
Señor, suspendida.
Es la arañita loca, voluble,
bailarina.
En su fibra delgada va subiendo y bajando
—te busca y te olvida—.
¡Señor, ten paciencia con ella!
Atala entre las redes
de tu mano; no la dejes caer,
no le rompas la fibra.
¡Señor!, bien poco vale
esta pobre alma mía;
tenla como juguete
de tu mano prendida
y no quieras dejarla
por el suelo perdida... [2]

[1] y [2] *Poesía nueva de jesuítas*, selección de José María Pemán (Madrid 1948).

LA HUELLA DE DIOS

FRANCISCO X. LUCAS

Jesuíta (contemporáneo)

Santidad

Respetaré el misterio dulce de cada cosa.
Iré suave entre todas, besando con piedad
del alma y de los ojos, la unción de santidad
que Dios dejó en el agua, en la espiga, en la rosa.

Todas tienen un halo sagrado de bondad
en torno de su humilde sonrisa religiosa.
Es que Dios está en ellas. Tienen la candorosa
inocencia que apenas tuvo la Humanidad...

¡Hermanas aguas castas! ¡Mis hermanas estrellas!
¡Hermanas sombras leves! ¡Hermana luz del día!
Decidme esas palabras misteriosas y bellas

que hacen vuestros silencios éxtasis de armonía.
Yo afinaré de modo mi espíritu con ellas,
que la inocencia vuestra sea santidad mía...[1]

AMANECER

LEOPOLDO EULOGIO PALACIOS

Catedrático de Filosofía (contemporáneo)

Brisa etérea que subes con el día
de flores perfumada,
anunciando a mi huerto la alegría
vivaz de la alborada:

¿por qué, si duerme el hombre enmudecido,
no vas a recordarle
con el soplo fugaz de tu latido
que a Dios hay que adorarle?

¿Qué penosa bajeza sufre el hombre,
qué sopor macilento
roba a sus labios el perpetuo nombre
del Dios que le da aliento?

[1] *Poesía nueva de jesuítas*, selección de José María Pemán (Madrid 1946).

El ave por la fronda revoltea
sobre el feraz plantío
y en aras de la luz la flor gotea
su nevado rocío.

Todo exhorta al amor: el huerto umbroso,
la estrella matutina;
el naciente se torna luminoso,
ya hay sol en la colina.

¡Y tú, hombre aturdido; tú, que aciertas
a hablar palabras santas,
cuando Dios te convida, no despiertas
ni el corazón levantas! [1]

[1] Publicada en revistas religiosas.

VI. VIA ILUMINATIVA

RECURSO A CRISTO

Vicente Wenceslao Querol

Subdirector de la Compañía de FF. de M. Z. A. (1836-1889)

Oración al pie de un Ecce Homo de mis antepasados

Sólo cuando el pesar mi alma quebranta,
los ojos vuelvo a tu divino rostro
y la rodilla ante tu imagen santa
avergonzado postro.

¡Perdóname, Señor! Ya de la vida
gusté soberbio el desabrido fruto,
y acudo a ti, con mi alma dolorida,
llena de sombra y luto.

Vencido y roto en la funesta guerra
del goce impuro y del sediento anhelo,
huyendo las desdichas de la tierra,
busco la paz del cielo.

Tú me enseñas, Señor, cuando perdonas
y la cabeza ensangrentada inclinas,
que del mundo falaces las coronas
son coronas de espinas.

Tú me enseñas, Señor, cuando penetro
lo que tu imagen dolorosa entraña,
que de la tierra infame es todo cetro
frágil cetro de caña.

Tú me enseñas, Señor, cuando tus leyes
sigo y desprecio la mundana gloria,
que hasta el manto de grana de los reyes
es púrpura irrisoria.

Por eso vengo a ti, como venía
cuando mi padre me enseñó de niño
a pedirte aquel pan de cada día.
Que ofreció tu cariño.

Vengo sin la inocencia encantadora;
manchado traigo el corazón de lodo;
mas tú igualas al ser que el mal ignora
quien lo desprecia todo.

Propicio acoge y la flaqueza auxilia
de quien busca tu amparo soberano,
sobre mi pobre techo y mi familia
tiende, Señor, tu mano.

A tus plantas vinieron mis abuelos
su cuita, ¡oh Dios!, para contarte amarga;
mis padres a tus plantas de sus duelos
dejaron la vil carga.

Yo, a quien pasa el dolor de parte a parte,
hoy pongo en ti, Señor, los ojos fijos,
y a ti vendrán también para adorarte
los hijos de mis hijos.

Tu imagen en mi hogar mística enlaza
la edad pasada con la edad presente.
Cinco generaciones de mi raza
te humillaron su frente.

Y tú, a quien nadie sin socorro implora,
su honda aflicción cambiaste en alegrías;
como sus culpas perdonaste, ahora
ten piedad de las mías [1].

CONFIDENCIA A MI CRISTO

JORGE BLAJOT

Jesuíta (contemporáneo)

Mi Cristo: Tú no tienes
la lóbrega mirada de la muerte.
Tus ojos no se cierran;
son agua limpia donde puedo verme.
Mi Cristo: Tú no puedes
cicatrizar la llaga del costado.
Un Corazón tras ella
noches y días me estará esperando.
Mi Cristo: Tú conoces
la intimidad oculta de mi vida.
Tú sabes mis secretos.
Te los voy confesando día a día.

1 *Rimas*, en Colección de Escritores Castellanos (Madrid 1891).

Mi Cristo: Tú aleteas
con los brazos unidos al madero.
¡Oh valor que convida
a levantarse puro sobre el suelo!
Mi Cristo: Tú descansas
en mi mesa tu sombra estilizada.
Que mi pluma amorosa
sepa fijarte en la cuartilla blanca.
Mi Cristo; Tú sonríes
cuando te hieren, sordas, las espinas.
Si mi cabeza hierve,
haz, Señor, que te mire... y que sonría.
Mi Cristo: Tú que esperas
mi último beso darte ante la tumba.
También mi beso joven
descansa en ti de la incesante lucha [1].

SOLEDAD DE CRISTO

Leopoldo Eulogio Palacios

Catedrático de Filosofía (contemporáneo)

Lleva, dulce Jesús, mi sombra vana
de tu fulgor prendida,
a ver si aun amanece en tu mañana
la noche de mi vida.
Creí que se agotaba el pensamiento,
mas vuelve hoy a lo mismo
para nutrir la tentación que siento
a solas con mi abismo.
No sé por dónde voy sin ver tu lumbre,
vacila ya mi planta,
la bruma se apodera de tu cumbre,
tu sol no la levanta.
Cogidas a tu cruz tengo las manos,
mas, ¡ay!, los ojos míos
se van tras de los céfiros livianos
en busca de rocíos.
Parece que un instante me sereno
y que tu albor augusto
besa la soledad en donde peno
para ahuyentar mi susto.
Mas luego torna y torna el torbellino
a mi pensar errante,

[1] *Poesía nueva de jesuitas,* selección de José María Pemán (Madrid 1948).

y entre las negras sombras del camino
mi sombra va anhelante.
¿Dónde se deshojó desde tu frente
la rosa del consuelo?
¿Qué corazón. Jesús, con su corriente
la arrebató del cielo?
Visión de claridad, ¿cómo no alejas
mi doliente alarido
y despiertas, amor, ante las quejas
que me arranca tu olvido?

AMOR

LUIS MUÑOZ-COBOS

(Contemporáneo)

De la existencia el cabo estoy doblando.
La nave con los años se cuartea,
y a mi cuerpo ya alcanza la marea
de los dolores que lo van minando.

Por el triste descenso, caminando
voy bajo el peso que mi culpa crea;
y, ajeno de este mundo a la tarea.
en tu amor y piedad quiero ir pensando.

Amor que ha de curar mi alma cautiva
cuando al Padre le plegue sentenciarme,
divina caridad que ha de salvarme,

perdonando pecados, compasiva.
Tranquilo con tu amor, la muerte arrostro:
¡que está en mi corazón tu santo rostro! [1]

[1] *Mis poesías* (Madrid 1946), p. 20.

VII. MISTICA

CANTAR A LO DIVINO

JUAN ALVAREZ GATO

(Segunda mitad del siglo XV-1609)

Amor, no me dejes,
que me moriré.

Que en ti so yo vivo,
sin ti so cativo;
si m'eres esquivo,
perdido seré.

Si mal no me viene,
por ti se detiene;
en ti me sostiene
tu gracia y mi fe.

Que el que en ti se ceba,
que truene, que llueva,
no espera ya nueva
que pena le dé.

CABO

Que aquel que tú tienes
los males son bienes,
a él vas y vienes
y muy cierto lo sé.

Amor, no me dejes,
que me moriré [1].

[1] *Obras de Juan Alvarez Gato,* edición de Artiles, en «Clásicos olvidados», t. 4.

NOCHE OBSCURA DEL ALMA

San Juan de la Cruz

Carmelita (1542-1591)

En una noche obscura,
con ansias en amores inflamada.
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.

A obscuras y segura,
por la secreta escala, disfrazada,
¡oh dichosa ventura!,
a obscuras, en celada,
estando ya mi casa sosegada.

En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz ni guía
sino la que en el corazón ardía.

Aquesta me guiaba
más cierto que la luz de mediodía,
a donde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.

¡Oh noche que guiaste,
oh noche amable más que el alborada,
oh noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!

En mi pecho florido,
que entero para él solo se guardaba,
allí quedó dormido,
[y] yo le regalaba
y el ventalle de cedros aire daba.

El aire del almena,
cuando ya sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería
y todos mis sentidos suspendía.

Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

CANTICO ESPIRITUAL

SAN JUAN DE LA CRUZ

¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando y eras ido.

Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

¡Oh bosques y espesuras,
plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prados de verduras
de flores esmaltado!;
decid si por vosotros ha pasado.

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de hermosura.

¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero;
no quieras enviarme
de hoy más ya mensajero,
que no saben decirme lo que quiero.

Y todos cuantos vagan
de ti me van mil gracias refiriendo,
y todos más me llagan
y déjanme muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo.

Mas ¿cómo perseveras,
¡oh vida!, no viviendo donde vives
y haciendo por que mueras
las flechas que recibes
de lo que del Amado en ti concibes?

¿Por qué, pues has llagado
aqueste corazón, no lo sanaste?
Y pues me le has robado,
¿por qué así le dejaste
y no tomas el robo que robaste?

Apaga mis enojos,
pues que ninguno basta a deshacellos,
y véante mis ojos,
pues eres lumbre dellos,
y sólo para ti quiero tenellos.

Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura.

¡Oh cristalina fuente!
Si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados,

apártalos, Amado,
que voy de vuelo.
Vuélvete, paloma,
que el ciervo vulnerado
por el otero asoma
al aire de tu vuelo y fresco toma.

Mi amado las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos.

La noche sosegada
en par de los levantes del aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora.

Cazadnos las raposas,
que está ya florecida nuestra viña;
en tanto que de rosas
hacemos una piña
y no parezca nadie en la montiña.

Detente, cierzo muerto;
ven, austro, que recuerdas los amores,
aspira por mi huerto,
y corran tus olores,
y pacerá el Amado entre las flores.

¡Oh ninfas de Judea!:
en tanto que en las flores y rosales
el ámbar perfumea,
mora en los arrabales,
y no queráis tocar nuestros umbrales.

Escóndete, Carillo,
y mira con tu haz a las montañas,
y no quieras decillo:
mas mira las compañas
de la que va por ínsulas extrañas.

A las aves ligeras,
leones, ciervos, gamos saltadores,
montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores
y miedos de las noches veladores.

Por las amenas liras
y canto de serenas os conjuro
que cesen vuestras iras
y no toquéis al muro,
porque la Esposa duerma más seguro.

Entrádose ha la Esposa
en el ameno huerto deseado,
y a su sabor reposa
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado.

Debajo del manzano
allí conmigo fuiste desposada,
allí te di la mano
y fuiste reparada
donde tu madre fuera violada.

Nuestro lecho florido,
de cuevas de leones enlazado,
en púrpura tendido,
de paz edificado,
de mil escudos de oro coronado.

A zaga de tu huella
las jóvenes discurren al camino,
al toque de centella,
al adobado vino,
emisiones de bálsamo divino.

En la interior bodega
de mi Amado bebí, y cuando salía
por toda aquesta vega
ya cosa no sabía
y el ganado perdí que antes seguía.

Allí me dió su pecho;
allí me enseñó ciencia muy sabrosa
y yo le di de hecho
a mí, sin dejar cosa;
allí le prometí ser su Esposa.

Mi alma se ha empleado
y todo mi caudal en su servicio,
ya no guardo ganado
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amor es mi ejercicio.

Pues ya si en el ejido
de hoy más no fuere vista ni hallada,
diréis que me he perdido,
que andando enamorada
me hice perdidiza y fuí ganada.

De flores y esmeraldas
en las frescas mañanas escogidas,
haremos las guirnaldas
en tu mor floridas
y en un cabello mío entretejidas.

En sólo aquel cabello
que en mi cuello volar consideraste,
mirástele en mi cuello
y en él preso quedaste,
y en vano de mis ojos te llagaste.

Cuando tú me mirabas,
su gracia en mí tus ojos imprimían;
por eso me adamabas
y en eso merecían
los míos adorar lo que en ti vían.

No quieras despreciarme,
que si el color moreno en mí hallaste,
ya bien puedes mirarme
después que me miraste,
que gracia y hermosura en mí dejaste.

La blanca palomica
al arca con el ramo se ha tornado;
y ya la tortolica
al socio deseado
en las riberas verdes ha hallado.

En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.

Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado
do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura.

Y luego a las subidas
cavernas de la piedra nos iremos,
que están bien escondidas,
y allí nos entraremos
y el mosto de granadas gustaremos.

Allí me mostrarías
aquello que mi alma pretendía;
y luego me darías
allí tú, vida mía,
aquello que me diste el otro día.

El aspirar del aire,
el canto de la dulce Filomena,
el soto y su donaire,
en la noche serena
con llama que consume y no da pena.

Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecía
y el cerco sosegaba,
y la caballería
a vista de las aguas descendía.

LLAMA DE AMOR VIVA

San Juan de la Cruz

¡Oh llama del amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
acaba ya si quieres,
rompe la tela de este dulce encuentro.

¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado!,
que a vida eterna sabe
y toda deuda paga.
Matando, muerte en vida la has trocado.

¡Oh lámparas de fuego,
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido,

que estaba obscuro y ciego,
con extraños primores
color y luz dan junto a su querido!

¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno,
donde secretamente solo moras!
Y en tu aspirar sabroso,
de bien y gloria lleno,
¡cuán delicadamente me enamoras! [1]

ASPIRACIONES DE VIDA ETERNA

SANTA TERESA DE JESÚS

Fundadora (1515-1582)

Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.

GLOSA

Aquesta divina unión
del amor con que yo vivo,
hace a Dios ser mi cautivo
y libre mi corazón;
mas causa en mi tal pasión
ver a Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.

¡Ay, qué larga es esta vida,
qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa un dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué vida tan amarga
do no se goza al Señor!
Y si es dulce el amor,
no lo es la esperanza larga:
quíteme Dios esta carga,
más pesada que de acero,
que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
vivo de que he de morir;
porque muriendo el vivir
me asegura mi esperanza:
muerte do el vivir se alcanza,
no te tardes, que te espero,
que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
vida, no seas molesta,
mira que sólo te resta
para ganarte perderte;
venga ya la dulce muerte,
venga el morir muy ligero,
que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
es la vida verdadera;
hasta que esta vida muera
no se goza estando viva:
muerte, no seas esquiva;
vivo muriendo primero,
que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
a mi Dios, que vive en mí,
si no es perderte a ti,
para mejor a El gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
pues a El solo es al que quiero
que muero porque no muero.

[1] *Vida y obras de San Juan de la Cruz,* ed. BAC (Madrid 1950) 2.ª edición, p. 1328.

Estando ausente de ti,
¿qué vida puedo tener
sino muerte padecer,
la mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí,
por ser mi mal tan entero,
que muero porque no muero.

El pez que del agua sale
aun de alivio no carece,
a quien la muerte padece
al fin la muerte le vale:
¿Qué muerte habrá que se [iguale
a mi vivir lastimero?
Que muero porque no muero.

Cuando me empiezo a aliviar
viéndote en el Sacramento,
me hace más sentimiento
el no poderte gozar;
todo es para más penar
por no verte como quiero,
que muero porque no muero.

Cuanto me gozo, Señor,
con esperanza de verte,
viendo que puedo perderte
se me dobla mi dolor:
viviendo en tanto pavor
y esperando como espero,
que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida,
no me tengas impedida
en ese lazo tan fuerte:
mira que muero por verte
y vivir sin ti no puedo,
que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya
y lamentaré mi vida,
en tanto que detenida
por mis pecados está.
¡Oh mi Dios!, ¿cuándo será
cuando yo diga de vero
que muero porque no muero?

OTRA GLOSA SOBRE LOS MISMOS VERSOS

SANTA TERESA DE JESÚS

Vivo ya fuera de mí
después que muero de amor;
porque vivo en el Señor,
que me quiso para Sí;
cuando el corazón le di
puso en mí este letrero:
que muero porque no muero.

Esta divina unión,
y el amor con que yo vivo
hace a Dios mi cautivo
y libre mi corazón;
y causa en mí tal pasión
ver a mi Dios prisionero,
que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué larga es esta [vida!
¡Qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa un dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

Acaba ya de dejarme,
vida, no me seas molesta:
porque muriendo, ¿qué resta
sino vivir y gozarme?
No dejes de consolarme,
muerte, que ansí te requiero,
que muero porque no muero [1].

[1] Estas dos composiciones se atribuyen en todo o en parte a San Juan de la Cruz.

GLOSA

SANTA TERESA DE JESÚS

Alma, buscarte has en Mí,
y a Mí buscarme en ti.

De tal suerte pudo amor,
alma, en Mí te retratar,
que ningún sabio pintor
pudiera con tal primor
tal imagen estampar.

Fuiste por amor criada
hermosa, bella, y así
en mis entrañas pintada,
si te perdieres, mi amada,
alma, buscarte has en Mí.

Que yo sé que te hallarás
en mi pecho retratada
y tan al vivo sacada,
que si te ves te holgarás
viéndote tan bien pintada.

Y si acaso no supieres
dónde me hallarás a Mí,
no andes de aquí para allí,
sino, si hallarme quisieres
a Mí, buscarte has en ti.

Porque tú eres mi aposento,
eres mi casa y morada,
y así llamo en cualquier tiempo
si hallo en tu pensamiento
estar la puerta cerrada.

Fuera de ti no hay buscarme,
porque para hallarme a Mí
bastará sólo llamarme,
que a ti iré sin tardarme,
y a Mí buscarme has en ti.

VILLANCICO

SANTA TERESA DE JESÚS

¡Oh hermosura que excedéis
a todas las hermosuras!
Sin herir, dolor hacéis,
y sin dolor deshacéis
el amor de las criaturas.

¡Oh ñudo que ansí juntáis
dos cosas tan desiguales,
no sé por qué os desatáis,
pues atado fuerza dais
a tener por bien los males!

GLOSA SOBRE ESTAS PALABRAS: «DILECTUS MEUS MIHI»

SANTA TERESA DE JESÚS

Ya toda me entregué y di,
y de tal suerte he trocado,
que mi Amado es para mí
y yo soy para mi Amado.

Cuando el dulce Cazador
me tiró y dejó rendida,
en los brazos del amor
mi alma quedó caída,
y cobrando nueva vida
de tal manera he trocado,
que mi Amado es para mí
y yo soy para mi Amado.

Tiróme con una flecha
enarbolada de amor

y mi alma quedó hecha
una con su Criador;
ya yo no quiero otro amor,
pues a mi Dios me he entre-
y Mi Amado es para mí [gado,
y yo soy para mi Amado [1].

EL PAJARILLO

GREGORIA PARRA (SOR FRANCISCA DE SANTA TERESA)

(1653-1735)

Celos me da un pajarillo
que remontándose al cielo
tanto en sí mismo se excede
que deja burlado el viento.

Enamorado del sol,
sus plumas bate ligero,
y escalando el aire bajo
toca la región del fuego.

¡Oh quién imitar pudiera,
juguete hermoso del viento,
de tu natural impulso
el acelerado vuelo!

Mi amor ansioso te sigue
con impacientes afectos,
que es dura prisión del alma
la cárcel triste del cuerpo.

Del sol más supremo soy
mariposa, en cuyo incendio
deseo abrasarme cuando
sus luces amante bebo.

Avecilla soy en jaula
que al ver de sol los reflejos
son sus gorjeos endechas,
son sus trinados lamentos.

Envidio tu libertad,
y abrasándome tus celos
quisiera ser salamandra
para vivir en su fuego.

Los rayos del sol divino
hieren en mi amante pecho,
siendo halago en la prisión
lo que en la prisión tormento.

Vuela, feliz pajarillo,
cuando yo presa me quedo,
y viendo que al cielo subes
me llevas el alma al cielo.

Por amante y por cautiva
dos veces presa padezco,
¡oh, quién quebrantar pudiera
de las cadenas el hierro!

¡Oh tú que con blancas plu-
giras el vago elemento, [mas
sube muy alto si puedes
y serás mi mensajero.

Darás de mis tristes penas
un amoroso recuerdo
a la luz inaccesible
del Sol de justicia eterno.

Dile que sus resplandores
me tienen de amor muriendo,
porque a luz de mi fe
descubro sus rayos bellos...

Dile que de mí se duela,
que rompa el vital aliento,
que desate las prisiones
de tan dilatado tiempo.

Que el mirarle por resquicios
es del amor más tormento,
pues al herirme sus rayos
más me abrasa y más me que-
[mo.

Pajarillo, si de amor
has gustado los efectos,
lastímate de mis ansias,
duélete de mis tormentos.

[1] *Obras completas* de Santa Teresa de Jesús (Madrid 1945).

Mi libertad solicita
con mi dulce amante dueño,
y de tus alas me presta
plumas que vuelen al cielo.

Salga de esta dura cárcel,
de este largo cautiverio,
donde triste gimo y lloro
mi prolongado destierro;

donde advirtiendo tus dichas
tan infeliz me contemplo,
cuanto es mi amor impaciente
y más divino mi objeto [1].

CANCION

SOR MARÍA DE LA ANTIGUA

(1566-1617)

Alma que, estando muerta
y en horrores de vicios sepultada,
Dios te llama y despierta
con una voz tan dulce y regalada,
¿qué haces que no escuchas
sus amorosos ecos? ¿Con quién luchas?

¿Qué miedos te combaten?
¿Qué temores te impiden? ¿Qué recelos
hay en ti que dilaten
el logro de tus ansias y desvelos?
Responde a quien te llama
y no te hieles cuando Dios te inflama.

Concede al ocio justo
la piadosa atención que está pidiendo,
y con intenso gusto
escucharás a un cisne que muriendo,
entre las ansias suyas,
se acuerda así de las miserias tuyas.

¡Pobre ovejuela!, dice;
¿qué quieres, ignorante de tu daño,
malograrte infelice?
¿No ves que vas huyendo del rebaño
de mis mansos corderos
a ser manjar de lobos carniceros?

De ti te compadece,
ten lástima de ti, que vas perdida,
y si no te parece
que es muy grande tu culpa y tu caída,

[1] *Poesías de la venerable madre sor Gregoria Francisca de Santa Teresa..., en el siglo doña Gregoria Francisca de la Parra Queinoge* (París, imprenta de J. Claye, 1865), edición de Antonio de Latour.

mira fiel con cuidado,
verás lo que me cuesta tu pecado.

Mira estas nobles sienes,
coronadas de espinas rigurosas;
y si en tu pecho tienes
piedad, mira estas puntas dolorosas,
que el cerebro me pasan
y el corazón y el alma me traspasan.

Mira estos ojos bellos,
por tu culpa sangrientos y eclipsados,
y estos rubios cabellos,
en mi sangre teñidos y bañados;
verás al sol ponerse
y al oro entre la púrpura esconderse.

Mira aquestas mejillas,
que a esmaltes de carmín fondo de nieve
daban, ya amarillas,
sin su beldad hermosa, cuanto breve;
mira y verás mis labios,
cárdenos lirios de sufrirte agravios.

Mira estas manos santas,
que ocupadas en tales ejercicios,
misericordias tantas
obraron por hacerte beneficios,
y para tu remedio
las verás taladradas por el medio.

Mira esta de rubíes
puerta, que en mi costado generoso
con pompas carmesíes
abrió un golpe de lanza impetuoso,
verás con este hierro
pagar mi amor lo que debió tu yerro.

Mira estos pies divinos,
que descalzos por una y otra parte
tan diversos caminos
anduvieron gustosos a buscarte,
y en ellos castigada
verás tu liviandad desenfrenada.

Mira, si acaso puedes
mirar sin compasión, todo llagado
mi cuerpo, y si no excedes
en fiereza al león y al tigre airado,
viendo no lo merezco,
te dolerá lo que por ti padezco.

Mira que si en el verde
leño se hace tan cruel castigo,
es para que se acuerde
cuán será aquel que se hará contigo,
que, dada a tus placeres,
seca de gracia y de virtudes eres.

Pero si estás tan dura
que no te mortifican mis dolores
y tu vana locura
los oídos le niega a mis clamores,
alma, repara y mira
que cuanta es mi piedad, tanta es mi ira [1].

AFECTOS DE AMOR DE DIOS

Luisa de Carvajal y Mendoza

(1566-1614)

Si burlas de amor son veras,
¿qué serán veras de amor?

Cuando prueba al blanco el arco
atraviesa el corazón
su flecha, que a oro de Tíbar
atrás se deja en primor,
¿qué serán veras de amor?

Si una pequeña centella
que de su fuego saltó
y dió en el alma ha encendido
fuego tan abrasador,
¿qué serán veras de amor?

Y si con risa apacible
es tan diestro robador
de corazones que han sido
cien mil los que así robó,
¿qué serán veras de amor?

Si cuando sus brazos bellos
abrazan con más dulzor,
como si fuesen cadenas
dejan el alma en prisión,
¿qué serán veras de amor?

Si con sólo mirar queda
hecho absoluto señor
del alma, tomando en ella
pacífica posesión,
¿qué serán veras de amor?

Y si con unas razones
que en su estilo despidió
acaso pechos de acero
de parte a parte pasó,
¿qué serán veras de amor?

Y si es de más que encendido
y fuerte dardo el rigor
que causa dentro del pecho
su más templado dolor,
¿qué serán veras de amor?

Y más que sanar no puede,
si no es la mano que hirió,
heridas tan penetrantes,
que aquéstas sus burlas son,
¿que serán veras de amor? [2]

1 *Desengado de religiosos y de almas que tratan de virtud* (Sevilla 1678).

2 *Poesías espirituales,* de la venerable doña Luisa de Carvajal y Mendoza; muestras de su ingenio y de su espíritu (Sevilla, imprenta y librería de A. Izquierdo y Sob., 1885), p. 51.

A UNA AUSENCIA DE DIOS

Sor Marcela de San Félix

(1605-1688)

Ausente de mis ojos,
regalada esperanza,
sin mí no puedes irte,
pues no llevas el alma.
Belleza por quien muero
y vivo enamorada,
¿por qué, mi bien, te ausentas
cuando presente abrasas?
¡Ay, dulce amado mío!,
si tu piedad es tanta,
¿cómo no te enternecen
mis amorosas ansias?
¿Por qué morir me dejas
con ausencia tan larga
cuando con más finezas
tierno me regalabas?
Cuando yo presumía
verme más levantada
al cielo de tu amor,
con desvíos me bajas.
Cuando más encendida
pudiste ver la llama,
con desdenes tan tristes
pretendes apagarla.
Cuando con mayor dicha
tu presencia gozaba,
tus regalos sentía
con mayor abundancia.
Cuando con más afectos
a tu unión anhelaba,
me veo sola y triste
tan lejos de gozarla.
Cuando con tal ternura
mi amor te requebraba,
significando tú
que desto te agradabas.
Cuando yo de alegría
gozaba en abundancia
por tu apacible trato
lleno de gloria tanta.
Cuando mis esperanzas
tanto se remontaban,
que ya por posesiones
pudiera bien juzgarlas.
Cuando en tan dulce sueño,
sin él, sin ti y sin mí
me veo desvelada.
Cuando el estar conmigo,
esposo de mi alma,
que eran deleites tuyos
creía confiada.
Cuando en otras mil cosas
que dejo de contarlas,
para tenerte siempre
tú mismo me alentabas.
Ahora, dueño mío,
con ausencias me acabas,
con desvíos me afliges,
con rigores desmayas.
Confieso que te doy
ocasión por mil causas
para que te desvíes
con aspereza tanta.
Pero bien sabes tú,
mi bien y mi esperanza,
que serte esposa fiel
desea toda el alma [1].

[1] *Poesías de la reverenda madre sor Marcela de San Félix,* Ms. del siglo XVII; 560 páginas, 4.º (convento de las Trinitarias Descalzas de Madrid; hay copia moderna en la biblioteca de la Real Academia Española), en «Apuntes para una Biblioteca de Escritoras Españolas», por Manuel Serrano y Sanz (Madrid 1905).

CANCIONES EN QUE DIOS DESCUBRE EL CAMINO PARA QUE LAS ALMAS VAYAN A EL POR LA ESCALA SECRETA DE LA ORACION

ISABEL DE JESÚS

(1611-1682)

¡Oh dulce noche obscura,
que no pones tiniebla tenebrosa,
mas antes tu espesura,
cuan ciega, es deleitosa,
y cuanto más obscura, más vistosa!

¡Dichosas negaciones!
¡Dichosa obscuridad, dulce sosiego,
secretas invenciones!
¡Dichoso el que está ciego
en tanta claridad, dichoso entriego!

Negándose a sí mismo,
por no negar a aquel que nunca niega,
entró en el dulce abismo
de aquella noche ciega,
donde halla viva luz el que se entriega.

Y en lo más encendido
de aquella obscuridad resplandeciente,
y habiendo esclarecido
el sol que está presente,
hace la noche día refulgente.

¡Oh noche regalada,
que con seguridad favor ofrece
al alma enamorada,
que en ella se adormece
y el claro día noche le parece!

Subió para dormirse
por la secreta escala y escondida,
y como sin sentirse
al fin quedó dormida
al toque de los rayos desvalida.

Escala de reposo
los misterios de Cristo regalados,
el caminar hermoso
de los himnos amados,
adonde mil tesoros son hallados.

Al fin de estas escalas
volaba el alma, mientras la dejaron,

con dos hermosas alas;
mas luego que llegaron,
sus delicadas plumas se abrasaron.

Y así quedó gozando
de los secretos rayos del Amado
y ya señoreando,
sin fuerza ni cuidado,
la casa y moradores que le han dado.

Durmiendo con reposo,
los moradores libres la dejaron,
y abrió, y entró el Esposo;
mas cuando dispertaron,
de verse ya dispiertos se quejaron.

Gozó de sus sabores
a solas, que al Esposo no le vieron,
porque los moradores
del todo se durmieron
y su velar dichoso no entendieron.

Así, la dulce esposa,
transformada en su Amado y convertida,
en El vive y reposa
y dél recibe vida,
quedando ya la suya consumida.

Y mientras aquí vive,
descansa, vive y se mantiene;
mas cuando ya recibe
la vida que ella tiene,
llora, porque la muerte se detiene.

Y después que ha llorado,
creciendo con el llanto los favores,
ya no le da cuidado,
porque en sufrir dolores
tiene puesto su fin y sus amores.

En este fin glorioso
de este abismo divino y regalado
está el abismo hermoso
adonde se ha anegado.
Porque un abismo en otro se ha arrojado.

La luz en la tiniebla,
la tiniebla en la luz sin apartarse,
la claridad en la niebla,
la niebla en luz mostrarse,
en este abismo van sin estorbarse.

Porque puso tiniebla
con su divina luz su ser y esencia,

para que visto en niebla,
con secreta asistencia
acá pueda gozarse su presencia.
Aquella noche obscura
es una divina, fuerte, hermosa,
inaccesible y pura,
íntima y deleitosa
en ver a Dios, sin vista de otra cosa.
Lo cual a gozar llega
el alma que de amor está inflamada,
y viene a quedar ciega,
quedando sin ver nada,
la ciencia transcendiendo y alcanzada.
Y cuando la conquista
del reino de sí misma es acabada,
se sale sin ser vista
de nadie, ni notada,
a buscar a su Dios, dél inflamada.
Y en aquesta salida
que sale de sí el alma dando un vuelo
en busca de su vida,
sube al impíreo cielo
y a su secreto centro quita el velo.
Aunque busca al Amado
con la fuerza de amor toda encendida,
en sí le tiene hallado,
pues está entretenida
en gozar de su bien con El unida.
Está puesta en sosiego,
ya todas las imágenes perdidas
y a su entender ya ciego,
las pasiones rendidas,
con fuego las potencias suspendidas [1].

QUEJAS DEL AMOR MISTICO

FRAY PEDRO MALÓN DE CHAIDE

(† 1589)

Oyeme, dulce Esposo,
vida del alma que en la tuya vive,
y alienta el congojoso
pecho, do se recibe
la pena que el amor en l'alma escribe.

1 *Tesoro del Carmelo* (Madrid 1685), pp. 629-640.

Perdíte yo, ¡ay pérdida!
Perdí tu corazón junto contigo:
pues di, mi bien, mi vida,
no estando acá conmigo,
¿cómo podré vivir si no te sigo?

Vuélveme, dulce Amado,
el alma que me llevas con la tuya,
o lleva el cuerpo helado
con ella, pues es suya,
o haz que tu presencia no me huya.

¿Por qué, mi bien, te escondes?
Vuelve a mí que te llamo y te deseo;
mas ¡ay!, que no respondes,
y como no te veo,
el día me es obscuro y el sol feo.

¡Oh luz serena y pura!
¡Oh sol de resplandor, que alegra el cielo!
¡Oh fuente de hermosura!:
si pisas nuestro suelo,
véate, y de mis ojos quita el velo;

pero si las estrellas
con inmortales pies mides agora,
atiende a mis querellas
y al alma que te adora
la lleva para ti, pues en ti mora.

Y a mi cuerpo cansado
cerca de tu sepulcro da reposo,
pues si no está a tu lado,
el cielo más hermoso
le será obscuro, triste y congojoso.

¡Oh fuerte piedra, dura,
do se depositó el rico tesoro
de la carne más pura
que vió el sol, por quien lloro!
¿Cómo tan mal guardaste tan fino oro?

¿No viste, mármol crudo,
que cuando te tocó aquel sacrosanto
Cuerpo, de alma desnudo,
pusiste al cielo espanto,
viento en ti lo que él mismo estima en tanto?

Que si a Dios tiene el cielo,
tú también en tu seno le encerraste;
pues di, mármol de hielo,
¿cómo no te abrasaste
cuando con tanto fuego te abrazaste?

Y la que le tenías,
¿cómo a tan mal recado le pusiste
que aun apenas tres días
guardar no lo supiste,
para no ver jamás el bien que viste?

Mas ¡ay! ¿De quién me quejo,
debiéndome quejar de mi cuidado?
Yo soy la que le dejo,
yo la que a mal recado
dejé a mi bien, y así me lo han robado.

Dejé a mi bien, así me lo han robado,
¡ay, ojos! Llorad tanto,
que se ajuste la pena con la causa;
guardad, no hagáis pausa,
si no la hace la causa de mi llanto.

Si no la hace la causa de mi llanto,
no la hagáis, mis ojos;
y vos, alma cansada, encendé el viento
hasta que el sentimiento
acabe de la vida los despojos.

Acabe de la vida los despojos
quien acabó mi gloria;
muerte, ¿por qué detienes el cuchillo?,
que menos es sufrillo,
pues más que tú me mata esta memoria.

Pues más que tú me mata esta memoria,
deshaz esta lazada,
irá el alma a buscar su dulce Esposo.
¡Ay rato congojoso!:
¿qué hará sin su bien l'alma cansada?

¿Qué hará sin su bien l'alma cansada
sino morir viviendo?
¡Oh ángeles!: si veis mi dulce Amado,
ora esté recostado
junto a las claras fuentes o durmiendo
la siesta al mediodía,
allá en la jerarquía
suprema de la gloria
gozando la victoria
que en este obscuro suelo ha merecido;
ora esté de los ángeles ceñido,

ora en aquellos prados celestiales,
de lirios coronado,
veáis que las hermosas flores pisa,

cuando por la devisa
echéis de ver que él es mi dulce Amado;
contadle paso a paso
el fuego en que me abraso,
que nace de su ausencia,
y sola su presencia
puede curar mi mal;
que no me huya,
si no quiere que el alma se destruya.

CANCIONES ESPIRITUALES

FRAY PEDRO MALÓN DE CHAIDE

(† 1589)

Al Cordero que mueve
con el cándido pie el dorado asiento.
La lana más que nieve,
cuajada allá en el viento,
en cuya mano va el pendón sangriento.

Hablo de aquel Cordero
en celestiales prados repastado,
que al lobo horrendo y fiero,
de duro diente armado,
de la garganta le quitó el bocado.

De aquel que abrió los sellos,
que fué muerto, mas vive eterna vida;
y los misterios dellos
con su luz sin medida
mostró su cerradura ya rompida.

Cércante las esposas,
con hermosas guirnaldas coronadas
de jazmines y rosas,
y a coros concertadas,
siguen, dulce Cordero, tus pisadas.

En esa luz inmensa,
hechas unas divinas mariposas,
arden libres de ofensa;
y el fuego más hermosas
vuelve esas almas santas tus esposas.

Y cuando al mediodía
tienes la siesta junto a las corrientes
del agua clara y fría,
del amor impacientes
ciñen en derredor las claras fuentes.

Porque les arrebata
el dulce olor que el ámbar tuyo espira,
y el blando amor las ata,
que en sus pechos aspira,
pues siempre te ama el que una vez te

Allí tú les repartes
a los esposos premio muy subido,
y das también sus partes,
conforme a lo servido,
a las esposas que acá te han seguido.

Andas en medio dellas
dando mil resplandores y vislumbres
como el sol entre estrellas;
y en las subidas cumbres
de los montes eternos das tus lumbres.

Digo en los serafines,
que son de la más alta jerarquía;
de allí a los querubines
tu resplandor envía
el alta ciencia por oculta vía.

Y en los tronos sentado.
como supremo Rey riges el cielo;
no es asiento estrellado
de cristalino hielo,
que ése le guarda para los del suelo.

Mas es vivo y estable,
lleno de resplandor y de hermosura,
y el ser invariable
de la silla segura
del gran Padre del cielo es la figura.

Que con su entendimiento
de infinita virtud, con que se entiende
preñado el pensamiento,
un resplandor enciende
de aquella luz eterna que en sí atiende.

Y un espejo produce
sin mancha, que es el Hijo y su Cordero,
imagen do reluce
todo su ser entero,
que no le negó el Padre un solo cero.

Y porque al engendralle
tuvo el Padre a sí mismo por objeto,
se nos manda llamalle,
no con nombre de efeto,
mas su Hijo, su Verbo o su conceto.

nira.

Al Hijo le responden
los querubines, que de ciencia llenos
antel Hijo la esconden,
como bienes ajenos
que de su inmenso más tienen lo menos.

Míranse el Padre y Hijo,
y siendo sumo bien, suma belleza,
con gloria y regocijo,
amando su pureza,
producen del amor la suma alteza.

El Espíritu Santo,
aliento, vida, ser, fuente, gobierno
de cuanto cubre el manto
del cielo, es dulce, es tierno,
blando, amoroso, al fin es bien eterno.

Lazo del Padre y Hijo,
a quien los serafines amorosos,
con sumo regocijo,
de tanto bien gozosos,
representan amando temerosos.

De un temor de respeto,
y así, cuando acullá los vió Isaías,
con ser lo más perfeto
entre las jerarquías,
según nos consta por diversas vías.

De seis alas ceñidos,
cantaban aquel Santo, Santo, Santo,
los rostros escondidos;
que aunque es divino el canto
no igualaba a aquel Dios de tanto espanto.

Ni yo en mi canto digo
de esotras jerarquías que le alaban;
María es buen testigo,
pues a verla bajaban
y allá en la soledad la acompañaban.

Y ella a veces subía,
de la fuerza de amor arrebatada,
al cielo, adonde vía
aquella alta morada,
a do de amor quedaba desmayada.

Mas el cuerpo terreno
la quitaba de presto este reposo;
y al fin tenía por bueno
lo que quería su esposo,
sufriendo este destierro congojoso.

Y aguardaba la muerte,
que, deshaciendo el lazo y cerradura
del cuerpo, en mejor suerte
trocase la ventura
de tan larga vivienda, esquiva y dura [1].

DESPOSORIOS ESPIRITUALES

José de Valdivielso

Presbítero (1560-1638)

Esposa del alma mía,
en mi casa estás, no temas;
pues te has venido a sagrado,
bien es te valga la iglesia.
Llega a aqueste pecho roto,
herido por tu defensa;
entra en este corazón,
y verás cuánto me cuestas.
A esta ventana te asoma,
y podrás mirar por ella
cómo tengo las entrañas,
para tu remedio, abiertas.
Abrí la bolsa del pecho
por pagar todas tus deudas,
y como di cuanto tuvo,
dejéme la bolsa abierta.
Entra en lugar de mi sangre,
vertida por mis ofensas,
pues ella sale por ti,
bien puedes entrar por ella.
Vertí para tu rescate
el tesoro de mis venas;
sangre di, lágrimas pido,
lágrimas tus ojos viertan.
Tu amor del cielo me trujo,
tu amor me dejó en la tierra,
tu amor me hirió en el madero.
que heridas de amor son éstas.
Llega a estos brazos abiertos;
hazte de aqueste olmo hiedra,
para que subas al cielo,
que hasta allá su altura llega.
Allega, paloma amada,
haz el nido en esta piedra,
que vierte arroyos de sangre,
para sanar tu dolencia.
No haya más, dame la mano;
yo perdono tus ofensas,
que me da gusto tu llanto;
llora, que en llorar me alegras.
Esta botica que ves
por tu bien dejé en la tierra;
pide, para tu salud,
sus drogas y sus riquezas.
Lo que a tu dolencia importa
es la amada penitencia,
que abre las puertas del cielo,
y entra, sin llamar, por ellas.
Para transformarte en mí
siendo yo tu vida mesma,
quiero, alma, que seas por gra[cia]
lo que yo soy por esencia [2].

1 *Tratado de la conversión de la gloriosa Magdalena,* en Biblioteca de Autores Españoles, t. 27, p. 405 y 413.
2 *El hospital de los locos,* auto sacramental del maestro Josef de Valdivielso (Toledo 1622), en Biblioteca de Autores Espanoles, t. 58, p. 268 (Madrid 1865).

LA JERUSALÉN CELESTIAL

FRAY MARCO ANTONIO DE CAMÓS

Agustino (siglo XVI)

¿Quién me dará aquí alas con que vuele
con más velocidad y ligereza
de los que cualquier ave volar suele?

¿Quién me dará de ingenio la fineza
para el lugar do voy, que de excelente
por lo alto va de la naturaleza?

¿Quién me dará el espíritu vehemente
que el cielo con Esteban vea abierto
que os cuente lo de allá y lo represente?

¿Oh quién de lo del cielo, aunque es tan cierto,
supiese aquí deciros el decoro,
las maravillas, la orden y el concierto:

la majestad del trono y el alto coro,
de la ciudad de Dios el rico asiento,
de bienes infalibles el tesoro?

De aquella casa el firme fundamento
y de aquella heredad la gran cosecha
que aun no sabré explicaros lo que siento.

Ya os dije de medroso en qué sospecha
estaba yo, en el alma combatido,
perdida de temor mal satisfecha.

Cuando del bien que oiréis quede advertido,
por consideración, que me enseñara
la mayor maravilla que se ha oído.

Diciéndome: Hijo mío, ve a do para
aquel que bien se ensaya en esta vida,
según que aqueste espejo le declara.

Lo que primero vi fué una subida
difícil de un gran monte, en cuya cumbre
vi una ciudad hermosa y enriquecida,

Gozando de perpetua y clara lumbre,
de sano clima y de aires excelentes,
do vive cada cual sin pesadumbre.

De piedras preciosas transparentes,
que a todas partes lucen, fabricada,
de la color de jaspes relucientes,

Y aguardaba la muerte,
que, deshaciendo el lazo y cerradura
del cuerpo, en mejor suerte
trocase la ventura
de tan larga vivienda, esquiva y dura [1].

DESPOSORIOS ESPIRITUALES

JOSÉ DE VALDIVIELSO

Presbítero (1560-1638)

Esposa del alma mía,
en mi casa estás, no temas;
pues te has venido a sagrado,
bien es te valga la iglesia.
Llega a aqueste pecho roto,
herido por tu defensa;
entra en este corazón,
y verás cuánto me cuestas.
A esta ventana te asoma,
y podrás mirar por ella
cómo tengo las entrañas,
para tu remedio, abiertas.
Abrí la bolsa del pecho
por pagar todas tus deudas,
y como di cuanto tuvo,
dejéme la bolsa abierta.
Entra en lugar de mi sangre,
vertida por mis ofensas,
pues ella sale por ti,
bien puedes entrar por ella.
Vertí para tu rescate
el tesoro de mis venas;
sangre di, lágrimas pido,
lágrimas tus ojos viertan.
Tu amor del cielo me trujo,
tu amor me dejó en la tierra,
tu amor me hirió en el madero.
que heridas de amor son éstas.
Llega a estos brazos abiertos;
hazte de aqueste olmo hiedra,
para que subas al cielo,
que hasta allá su altura llega.
Allega, paloma amada,
haz el nido en esta piedra,
que vierte arroyos de sangre,
para sanar tu dolencia.
No haya más, dame la mano;
yo perdono tus ofensas,
que me da gusto tu llanto;
llora, que en llorar me alegras.
Esta botica que ves
por tu bien dejé en la tierra;
pide, para tu salud,
sus drogas y sus riquezas.
Lo que a tu dolencia importa
es la amada penitencia,
que abre las puertas del cielo,
y entra, sin llamar, por ellas.
Para transformarte en mí
siendo yo tu vida mesma,
quiero, alma, que seas por gracia
lo que yo soy por esencia [2].

[1] *Tratado de la conversión de la gloriosa Magdalena,* en Biblioteca de Autores Españoles, t. 27, p. 405 y 413.

[2] *El hospital de los locos,* auto sacramental del maestro Josef de Valdivielso (Toledo 1622), en Biblioteca de Autores Españoles, t. 58, p. 268 (Madrid 1865).

LA JERUSALEN CELESTIAL

Fray Marco Antonio de Camós

Agustino (siglo XVI)

¿Quién me dará aquí alas con que vuele
con más velocidad y ligereza
de los que cualquier ave volar suele?

¿Quién me dará de ingenio la fineza
para el lugar do voy, que de excelente
por lo alto va de la naturaleza?

¿Quién me dará el espíritu vehemente
que el cielo con Esteban vea abierto
que os cuente lo de allá y lo represente?

¿Oh quién de lo del cielo, aunque es tan cierto,
supiese aquí deciros el decoro,
las maravillas, la orden y el concierto:

la majestad del trono y el alto coro,
de la ciudad de Dios el rico asiento,
de bienes infalibles el tesoro?

De aquella casa el firme fundamento
y de aquella heredad la gran cosecha
que aun no sabré explicaros lo que siento.

Ya os dije de medroso en qué sospecha
estaba yo, en el alma combatido,
perdida de temor mal satisfecha.

Cuando del bien que oiréis quede advertido,
por consideración, que me enseñara
la mayor maravilla que se ha oído.

Diciéndome: Hijo mío, ve a do para
aquel que bien se ensaya en esta vida.
según que aqueste espejo le declara.

Lo que primero vi fué una subida
difícil de un gran monte, en cuya cumbre
vi una ciudad hermosa y enriquecida,

Gozando de perpetua y clara lumbre,
de sano clima y de aires excelentes,
do vive cada cual sin pesadumbre.

De piedras preciosas transparentes,
que a todas partes lucen, fabricada,
de la color de jaspes relucientes.

De largo y fuerte muro asegurada
(que estriba en doce pies su fundamento)
y de portales doce rodeada.

De ricas margaritas el cimiento,
de esmeraldas, sufís, rubíes, jacinto,
cornerina, alabastro y de otras ciento.

Y cada cual de las puertas que os pinto
labrada de una piedra muy preciosa,
de tal valor que el término es sucinto.

De la ciudad la plaza tan hermosa,
sabed que es de oro fino, que trasluce
más que vidrios, cristal o que otra cosa.

Y así del claro Sol, cuando más luce,
y aun menos de la Luna cuando llena
no ha menester el que aquí se reduce.

No hay memoria de noche, aunque serena,
que aquí es el medio día a cualquier hora
con la luz del Señor que la serena.

No vi que hubiese templo; pero a la hora
reconocí un cordero, de a do sale
la luz que alumbra el coro que le adora.

¡Qué largo, qué espacioso y cuánto vale
este edificio rico! ¡Qué os diría,
que no sé a cuál tal señoría iguale!

De tanta multitud la compañía,
de arrebatada gente, que alumbrada
gloriosa canta allí con melodía.

En pontifical silla bien labrada,
miré una Majestad incomprensible,
que es de cuatro animales sustentada.

Y en la su mano un libro, que imposible
era leerle, escrito dentro y fuera,
sin que me fuese abrirle ni aun posible.

Absorto en esto estaba en gran manera,
cuando de aquel asiento luminoso
y del cordero rico que allí era

vi que manaba un río caudaloso,
de fresca, clara y líquida corriente,
de agua de vida y bálsamo precioso [1].

[1] *La fuente deseada,* poema de fray Marco Antonio de Ca
(Barcelona 1598), p. 126.

HERIDA QUE DA VIDA

JUAN DE ROJAS Y AUSA

Mercedario (siglo XVII)

Hiere más, Esposo amado,
hiere más, hiere más,
que así la vida me das.

Del arpón con que me hieres
tan dulce haces el rigor,
que en él manifiesta amor
(esposo) lo que me quieres;
Mayor aliento me adquieres
cuando matando me vas,
rompe hasta donde quisieres;
hiere más, hiere más,
que así la vida me das.

En tan amoroso herir,
sólo tú has podido hallar
un morir que es alentar
y un matar que no es morir.
Expirar para vivir
fraguando en tu herida estás;
sabroso haces el sentir;
hiere más, hiere más,
que así la vida me das.

No dirá mi corazón
de tu impulso soberano:
¿para qué es, amor tirano,
tanta flecha y tanto arpón?
Suaves tus puntas son;
aquí está el pecho; éntralas,
dale este nuevo blasón;
hiere más, hiere más,
que así la vida me das.

Con ese dardo encendido
logró tu amor sus hazañas,
bien lo sienten mis entrañas
hasta donde me has herido:
Ya está el corazón partido,
mas siempre uno le hallarás;
y, pues triunfas del vencido,
hiere más, hiere más,
que así la vida me das.

El alma tengo abrasada
con el fuego de la herida;
si de aquél más encendida,
de ésta más enamorada;
la llaga es tan regalada,
que espero si otra me harás;
mi Amado, venga otra espada;
hiere más, hiere más,
que así la vida me das [1].

ANDUVETE BUSCANDO DE NOCHE EN MI LECHO. ¡OH AMADO DE MI ALMA!

DIEGO SUÁREZ DE FIGUEROA

Presbítero y académico (†1743)

¿Qué es de ti, dónde te has ido?
Nunca al alma te asegura
claro día o noche obscura,
ni estar despierto o dormido.
¿Dónde estás, mi sol? ¿Adónde
en triste noche se esconde
la luz de tus claros rayos
y a la voz de mis desmayos
tu palabra no responde?

¿Detrás de qué negros velos
a mis ojos, Sol, te pones
y no sirven de prisiones
a las alas de tus vuelos?
El pájaro más perdido
a la noche vuelve al nido,
cárcel de su libertad.
¿Y de noche (¡ay, qué crueldad!),
del lecho tú me has huído?

Al sueño por castellano
puse de mi alcázar fuerte,
mas dejó en mí de la muerte
su imagen y él voló vano.
Noche infiel, sueño alevoso
dadme cuenta de mi esposo;
quise hacer dél ladrón fiel,
mas toda noche es cruel,
y todo sueño, engañoso.

Los trabajos más cansados
a sus ansias entretienen
hasta que las noches vienen,
en que quedan aliviados;
mas en mí las noches son
tinieblas del corazón,
causa de leves mudanzas,
burla de mis esperanzas,
martirio de mi afición.

Como esposa presumía,
después de tan larga ausencia,
conocer la diferencia
de esta mi noche a tu día.
No sé si aún bien me declaro,
si en aqueste siglo avaro,
que es todo noche, un amante
llegaba a ser semejante
de tu gloria al Sol más claro.

El lecho de mis amores,
tan inmenso y tan estrecho,
es el alma de mi pecho,
el volcán de mis ardores.
En este lecho al sosiego
de amor rendida me entrego
y es todo él ardiente llama,
que a una Fénix que bien ama
no hay otra cama que el fuego.

[1] *Representaciones de la verdad vestida*... (Madrid, 2.ª impresión, 1679), p. 447.

Y aunque estrecha es tan ca-
que caben esposos dos: [paz,
y con ser el uno Dios,
vivimos en ancha paz.
Que El su deidad soberana
tanto la abrevia y humana,
que, aunque el lechito era mío,
tomó por suyo el vacío
de la brevedad humana

Ya la luna con su coche
el medio cielo medía,
haciendo su medio día
con el sueño a medianoche.
Cuando de la media cama
triste esta voz se derrama:
Esposa, que huye tu Esposo;
sacudo el ciego reposo,
si es que reposa quien ama.

¡Ay de mí!, que tanta dicha
invidia causó a los cielos
cuando alientos a sus vuelos
dieron para mi desdicha.
El lecho requiero. ¡Quedo!
¿Si duerme? Mas, ¡ay!, no
sufrirme. Doy en vacío [puedo
¡Mi bien! ¿Qué le llamo mío,
pues sin él perdida quedo? [tas?

¿Qué es de ti, vida, no alien-
¿Qué es de ti, amor, que no
[abrasas?
Mas digo mal, que tus brasas
lucen más cuando te ausentas.
¿Qué es de ti? Luz, que no
sin ti, y de ti sólo creo [veo
que a do no te veo, estás;
¡oh fe, si luz no me das,
ciego errará mi deseo!

No parece; vuelvo al lecho.
Revuélvole, y no es tan grande
que mil veces no le ande
y haya mil vueltas deshecho.
Ya de blando, el lecho es duro;
lecho infiel, lecho perjuro,
¿mi depósito así escalas?
Mas depósito con alas,
¿quién jamás tuvo seguro?

Dime, dime, a ley de fiel:
¿dónde está, por qué le hallé?
Calla. ¿Qué mucho es que calle,
pues el Verbo falta dél?
Amor, luz, vida, consuelo,
paz, amante gloria, cielo,
Dueño, Señor, Rey, Esposo.
¿Qué más? No más, que es for-
[zoso,
si es más perderlo de un vuelo.

Mas qué mucho a mi reclamo
no responda, si a Dios y hom-
con sólo su propio nombre. [bre
Jesús, Jesús, ¿no le llamo?
Con este nombre desciende
del cielo por mí y atiende
que él solo a una afligida;
que por nombres de esta vida
se hace sordo, aunque me en-
[tiende.

¡Ay, Jesús! Viuda y doncella,
paredes, puertas, cerrojos,
tened lástima a mis ojos,
dadles rastro de sus huellas;
¿por dónde fué mi contento?
Mas mi loco sentimiento,
¿en qué engaño se desvela?
¿Qué rastros deja quien vuela
sobre las plumas del viento?

Doncellas, tenedme duelo;
venga una velera nave
a ver si por mares sabe
mi vela seguir su vuelo.
Mas, ¡ay!, ¿qué intento surcar
un desconocido mar
y probar fortuna, si olas
del mar de mi pecho solas
me bastan para anegar?
[vios

Mas, ¡ay, Dios!, si mis agra-
en él causan sus mudanzas,
que a sus dignas alabanzas
abrir no puedo aún los labios.
Ya aquel más varonil brío
que burlaba el desafío
del más infernal poder

ha vuelto a ser de mujer
(o mejor), sin ti, a ser mío.

Que mientras el Siglo de Oro
me corrió de tu presencia,
en estado de inocencia
gozaba en paz del que adoro
Como bisoño arrogante
con la lengua iba triunfante,
blasonando mil victorias,
colgando todas mis glorias
del gusto de tu semblante.

Ardía en vivos deseos
por mil géneros de muertes,
de los tiranos más fuertes
alzar a mi amor trofeos.
Y cuanta carnicería
hizo la impía idolatría
en sus teatros más brava,
como a veras no llegaba,
por juego y burla tenía

Así, a las primeras flores,
que blandos céfiros crían,
en triste noche resfrían
de escarcha y yelo rigores:
así, a lamparilla viva,
que sustenta tenue oliva,
cuando temblando se mueve
la boca de un viento leve,
de luciente vida priva.

Mi flor, ¿qué cierzo te agosta?
Mi luz, ¿qué soplo te apaga?
Si es mi descuido, ya paga
su culpa tan a mi costa.
Si otro lecho te entretiene
que más al gusto te viene,
en buena hora; será justo
que por que tu hagas tu gusto,
yo, mi Dios, sin culpa pene.

Mas, ¿qué otro lecho o mi luz
puede ser de ti capaz?
Ya caigo en él, no es mi paz
y descanso, mas tu cruz.
¿Cómo mi afecto procura
encontrarte en la blandura
y regalos de una cama,
durmiendo aquel a quien ama
de un leño en la cama dura?

¿Qué mucho mi afecto errado
así se pierda en tu busca?
Si donde estás no te busca,
¿cómo te hallará buscado?
Si de mi lecho te vas
a tu cruz y en ella estás,
en mis errores me ofusco,
pues si en la cruz no te busco,
no te encontraré jamás.

No ya en seno de tu Padre
te busco, ¡oh Niño perdido!,
ni en el tálamo florido
de tu hermosa Virgen Madre.
Mas a donde te perdí
(que ya lo sé), allí, allí
te buscaré y te hallaré,
árbol es y en árbol fué.
A él voy en busca de ti [1].

[1] *Camino de el cielo*, emblemas cristianos a devoción y de orden de la serenísima señora doña María Francisca Xavier Bárbara, princesa de Asturias. Su autor, el doctor don Diego Suárez de Figueroa... (Madrid 1739), parte 1.ª, emblema 15, pp. 86-95.

GOZO DEL ALMA ARREPENTIDA QUE DESCANSA EN CRISTO SU ESPOSO

PABLO CAVESTANY

(Contemporáneo)

Esposa

¡Abre, Esposo, que vengo
herida de cruzar los abrojales,
y en todo el cuerpo tengo
sangrando las señales
que han dejado en mi carne esos breñales!

Date prisa, despierta,
mi amado, porque estoy desfallecida,
y quedaré a tu puerta
de carmesí vestida
si no abres y me cierras cada herida.

¿Mi acento no conoces?
Si heló al recuerdo de mi ausencia el frío,
ni cesaré en mis voces
ni de tu umbral, Bien mío,
logrará desviarme tu desvío.

Esposo

¿En dónde te escondiste,
mi amada, y me dejaste sin aroma?
Como paloma huiste.
Pero mi mano toma,
que ya abro el palomar a mi paloma.

Te lavaré en mis fuentes
esos ríos que llevan por tu pecho
sus púrpuras calientes.
Te cubrirá mi techo
y entre mis brazos hallarás tu lecho.

Y te daré mi vino
confortativo, que el desmayo cura.
Con ungüento hialino
cubriré tu figura
por que brille de nuevo tu hermosura.

Reposa ya, mi amada
tortolilla, del daño que sufriste
de mí tan separada.
Dime cómo pudiste
partirte alegre y me dejar tan triste.

Esposa

Tú al huerto habías ido
para ver si el frutal de las cañadas
estaba florecido
y si eran ya brotadas
en los rojos granados las granadas.

Cuando trayendo aromas
de pomas que en las lomas encontraron,
para buscar más pomas,
mis hermanas llegaron
por mí y hasta las lomas me llevaron.

Y en pos de mis hermanas
me fuí por las campiñas y riberas.
y bebí en las fontanas,
y trisqué en las praderas,
y me adormí en las viñas y en las eras.

Y al apagarse el día,
en la fragosidad de una espesura
me vi sin compañía;
y hundí en la noche obscura
toda la obscuridad de mi amargura.

Tan rota me miraba,
que no quería, Esposo, que me vieras.
Y quedo te llamaba
para que no me oyeras,
gritándome mis ansias que vinieras.

Sola, sin ti, moría;
pero, de confusión, en tu presencia
morir también temía.
Y me alocó la urgencia
de estar contigo y de querer tu ausencia.

Me hieren con sus dardos
las patrullas; me acosan escuadrones
de pardos leopardos
y de rubios leones
y me azotan la faz los aquilones...

Pero vistió al otero
la aurora con su clámide rosada,
y a hallar volví el sendero.
En él encaminada,
suave al austro me trajo a tu morada.

Por fin en la belleza
de tu rostro querido me solazo

y apoyar la cabeza
puedo en tu izquierdo brazo
y recibir del otro el dulce abrazo.

Esposo

Descansa y te reclina
sobre mi seno, mi azucena hermosa,
paloma tripolina.
Ya ha huído la raposa
y la ovejuela en el vallar reposa.

Heridas que los dardos
te hicieron, y las fieras y huracanes,
te curaré con nardos,
y mirras, y azafranes
y comerás mis mieles y mis panes.

Esposa

Mis llagas tu rocío
no cierre, Esposo, que mi dicha labras;
ensánchalas, bien mío,
pues cuanto más las abras,
más cabida darán a tus palabras.

No prives ya a mi anhelo
ni un día de tu gozo y tu alegría,
porque sin su consuelo,
eterna me sería
la interminable brevedad de un día.

Ya encuentro en ti reposo
sobre toda salud y gentileza,
sobre todo lo hermoso,
sobre toda riqueza
y sobre toda ciencia y sutileza.

Acostada a tu planta,
que cubriré con rosas y azahares,
buscará mi garganta
para ti, entre millares,
el más dulce cantar de sus cantares...

¡Pastores, los que fuéredes
allá por las majadas al otero,
decid a cuantos viéredes
que ya no peno y muero,
pues me ha sanado aquel a quien más quiero! [1]

[1] *Collar de armonías*, editorial Juventud (Barcelona 1941).

PASASTE, JARDINERO

Cristina de Arteaga

(Contemporánea)

Pasaste... como un rayo
de amor en mi sendero
y como el sol de mayo,
¡ Jardinero !
En mi jardín había
una flor extasiada.
¡ La entreabrió de alegría
tu mirada !
Vislumbró la promesa
de unos huertos lejanos,
anheló ser la presa
de tus manos.
¡ Crecer en tu lindero,
suavizar tus abrojos,
y un día, Jardinero,
morir ante tus ojos !

Te esperé en la manana,
te aguardé al mediodía.
Mi flor no se desgrana ;
te aguarda todavía.
No es la emoción incierta
de aquel botón de rosa,
¡ es una flor abierta
que se brinda suntuosa !

¿ Cuál será su destino
si una mano atrevida
corta el sueño divino
que la tiene prendida ?
¿ Quién oirá su querella
si es otro el pasajero,
si no vienes por ella,
Jardinero ?

No nací para ser,
en la fiesta pagana,
una flor de placer,
que se olvida mañana.
Aun persiste el aroma
que encendió mi capullo ;
ven, Jardinero, toma
lo que es tuyo.
Quiero ser el agrado
de tu sola mirada,
como huerto cerrado,
como fuente sellada.
¡ Tú no has vuelto jamás !
Yo te llamo, te espero...
¡ Yo sé que volverás,
Jardinero ! [1]

LA HERMANA PALOMA

María de Madariaga

Directora del «Salus Infirmorum» (contemporánea)

Quiero ser tu paloma, Señor ; ser tu paloma,
tu paloma única,
cual la que asoma
por las crestas azules de la loma,
por la llanura parda,
por la granja y el valle ;
¡ ser tu paloma !

[1] *Siembra*, 2.ª ed. (Madrid 1926), p. 61.

La única crecida sin mancilla,
blanca como mi hermana,
lo mismo de sencilla;
la que anida en la peña y se encastilla
en el agujero de la muralla;
la que te muestra el rostro,
la única sin mancilla.

Levántate, ¡oh amiga! Ven, esposa,
beldad mía,
que está la poda hermosa,
esparciendo la vida ya frondosa
sus olorosos frutos
y arrullando la tórtola.
¡Surge, levanta, esposa!

Casta paloma mía, soy tu hermana;
criatura de Dios;
la que se afana
por ser modesta, pura, limpia, sana
como me invitas tú,
como tú me predicas;
¡soy tu hermana! [1]

1 *Buscando tus huellas* (Madrid 1940), p. 16.



INDICE DE AUTORES

Abarca de Bolea, Ana 224.
Acevedo, Alonso de 55.
Adame de Montemayor, Francisco 308.
Alarcón, Fr. Arcángel de 280.
Alarcón, Julio 617.
Alcázar, Baltasar del 396.
Alcover y Maspóns, Juan 83.
Alfonso X, 567.
Almendros Aguilar, Antonio 334.
Alvarez Gato, Juan 177, 749.
Alvarez de Villasandino, Alfonso 574.
Amador de los Ríos, José 233.
Amat, José 614.
Ana de San Jerónimo, Sor 731.
Antigua, Sor María de la 760.
Antoninos, 65, 333, 643.
Aparicio, Francisco 477.
Aparisi y Guijarro, Antonio 446.
Arcipreste de Hita, 568.
Argensola, Bartolomé L. de. V. Leonardo de Argensola, Bartolomé.
Arias Montano, Benito 131, 393.
Arjona, Manuel M.ª de 596.
Arteaga, Cristina de 739, 782.
Arteaga Paravicino, Félix de 86, 413, 630.
Atarbe, Gabriel de 658.
Avila, Francisco de 228.

Bailón, San Pascual 398.
Barahona de Soto, Luis 401.
Barbagero, Justo 104.
Baviera y Borbón, Mercedes de 331.
Bécquer, Gustavo Adolfo 723.
Bedoya, Juan Manuel 92.
Bello, Andrés 68, 116, 613.
Benzo Mestre, Miguel 248, 368, 472, 733.
Bertrán, Juan Bautista 739.
Blajot, Jorge 746.
Blanco Belmonte, M. R. 548.
Blanco y Crespo, José María. 499.
Bocángel y Unzueta, Gabriel 343, 419, 666.
Bonilla, Alonso de 251, 253, 289, 379, 636, 640.
Borja y Aragón, Francisco de 103, 213, 261, 336, 417, 418, 494, 641, 648.
Butrón y Mújica, José A. 663.

Cabrera, Cristóbal 120, 379, 588, 680.
Calatayud García, Eleuterio 471, 614.
Calderón de la Barca, Pedro 47, 425, 426, 427, 428, 430, 580, 679, 717.
Camós, Fr. Marco Antonio de 773.
Cancer y Velasco, Jerónimo de 659.
Candivilla, Licenciado 87.
Cánovas del Castillo, Antonio 294.
Cantón, Fr. Jerónimo 661.
Caro, José Eusebio 46.
Carrillo Sotomayor, Luis 76.
Carrión, Luis 671.
Carvajal y Mendoza, Luisa de 211, 762.
Castelltort, Ramón 548, 738.
Castillejo, Cristóbal de 143, 576, 640.
Castro, Gonzalo de 724.
Cavestany, Pablo 470, 779.
Cayrasco de Figueroa, Bartolomé 489.
Ceo, María do 275.
Ceo, Sor Violante do 218, 312, 382, 431, 550, 619, 651.
Cervantes, Miguel de 380, 589.
Céspedes, Bachiller 481.
Céspedes, Pablo de 48.
Cid, Miguel 529.
Cobos, Jerónimo de los 310.
Colodrero, Miguel de 64. 225.
Córdoba, Sebastián de 581.
Cortado, Luis Felipe 384.
Cruz, San Juan de la 161.
Cruz, San Juan de la 750, 751, 755.
Cruz, Sor Juana Inés de la 580.

Cruz, Ramón de la 539.
Cué, Ramón 475, 476.

Darío, Rubén, 242, 243, 263, 464.
Dessi, Juan 49.
Díaz Rengifo, Juan 226.
Dicastillo, Miguel de 726.
Díez Crespo, Manuel 317, 547.
Domínguez Camargo, Hernando 664.
Duran Vivas, Francisco 298, 300, 325.

Encina, Juan del 175, 575.
Enríquez Basurto, Diego 100.
Enríquez Gómez, Antonio 76.
Escobar, Antonio de 514.
Escobar, Pedro de 64.
Espinel, Vicente 551.
Espinosa, Pedro de 413, 565, 600.
Espinosa y Cutillas, J. P. de 240.
Esquilache, Príncipe de. V. Borja y Aragón, Francisco de.
Estrella, Fr. Paulino de la 653, 677.

Falces, Marqués de. V. Peralta, Antonio de.
Fernández, Lucas 171, 314.
Fernández de Alarcón, Cristobalina 581.
Fernández Grilo, Antonio 732.
Fernández de Moratín, Leandro 617.
Ferreras, Juan de 635.
Figueroa, Francisco de 673.
Fontanillas, Nicolás 356.
Foxá, Agustín de 54.
Francia y Acosta, Francisco de 729.
Frávega, Antonio Angel de 625.
Fryma, Leonardo Manuel 633.
Fuentes, Alonso de 66.

Gabriel y Galán, José María 467, 540.
Galdós, Romualdo 373.
Gallego, Juan Nicasio 442.
García Lorca, Federico 656.
García Nieto, José 674.
García Perdices, Jesús 313.
García Villoslada, Ricardo 740.
Gómez Manrique, 175, 573.
Góngora, Luis de 202, 318, 408, 409, 410, 411, 601, 717, 729.
González, Fr. Diego 108, 384.
González Carvajal, Tomás José 38, 107, 385, 562.
González de Eslava, Fernán 220.
González Hoyos, Manuel 538, 612.
González de Madrid, Fernando 630.
González Pedroso, Eduardo 235.
Gracián, Fr. Pedro 727.
Guad-el-Jelú, Marqués de. V. Ros de Olano, Antonio.
Guarner, Luis 357.
Guillén de Segovia, Pedro 112.

Hartzenbusch, Juan Eugenio 348, 610.
Hernández, Francisco 522.
Herrera, Fernando de 645.
Herrero, Miguel 602, 620.
Hojeda, Fr. Diego de 335.
Horozco, Sebastián de 525.
Hurtado de Mendoza, Antonio 516.

Iglesias de la Casa, José 89, 376.
Iriarte, Tomás de 124.

Jáuregui, Juan M. de. V. Martínez de Jáuregui.
Jesús, Isabel de 219, 764.
Jesús, Santa Teresa de 756, 757, 758.
Jovellanos, Gaspar M. de 718.

Laffón, Rafael 247, 478, 598.
La-Sierra, Antonio 286, 590.
Lazán, Marqués de. V. Rebolledo de Palafóx, Bernabé.
Ledesma, Alonso de 210, 655.
León, Fr. Luis de 93, 128, 381, 394, 395.
León, Ricardo 469.
Leonardo de Argensola, Bartolomé 121, 208, 303, 337, 411, 412, 492, 558, 632.
— Lupercio 682.
Leví, Judah 35.
Linares, Manuel 742.
Lista, Alberto 111, 340, 361, 440.
Lope de Vega Carpio, Fr. Félix 36, 37, 159, 183, 258, 265, 268, 270, 271, 290, 296, 301, 319, 323, 325, 362, 369, 371, 388, 505, 536, 636, 647, 648, 680, 705, 706.
López de Ayala, Pedro 567, 611.
López de Mendoza, Iñigo 571, 660.
López Rangel, Pero 178.
López de Ubeda, Juan 165, 403 404, 405.
López de Vega, Antonio 642.
López de Yanguas, Hernán 180.
López de Zárate, Francisco 678.
Lorenzo Villanueva, Joaquín 292, 672.
Lozano y Regalado, Gaspar 629, 660, 673.
Lucas, Francisco X. 743.

Luzán, Ignacio de 89, 438.
Llanos, José María 248.

Machado, Manuel 609.
Madariaga, María de 782.
Malón de Chaide, Fr. Pedro 766, 769.
Maluenda, Antonio de 402, 403.
Manrique, Gómez 364.
Mañer, Salvador José 306.
Marcela de San Félix, Sor 432.
Marchena, José 338.
Martín Braones, Alonso 224, 288.
Martínez, Angel 741.
Martínez, Vicente 383.
Martínez de Jáuregui, Juan de 126, 264, 419, 561.
Mateo, Lope 472.
Matute y Gavidia, Justino 566.
Medrano, Francisco de 650.
Meléndez Valdés, Juan 39, 71.
Mendoza, Fr. Iñigo de 173, 517.
Menéndez y Pelayo, Marcelino 35.
Mesa, Cristóbal de 577; 627.
Micón, Fr. Pedro Juan 332.
Mira de Amescua, Antonio 217.
Misso y Valiente, José 377.
Molina, Tirso de. V. Gabriel Téllez.
Montañés y Montealegre, Manuel, 564, 661.
Montemayor, Jorge de 177.
Montesinos, Fr. Ambrosio de 166, 256, 265, 534.
Moreto, Agustín 436, 496.
Muñoz-Cobos, Luis 748.
Muñoz y Pabón, Juan F. 457, 460
Murillo, Fr. Diego 402, 578.

Narváez, Juan de 596.
Navarro, Joaquín 513.
Navarro Villoslada, Francisco 236.
Nervo, Amado 597.
Nieto, Alejandro 243, 500.
Núñez, Nicolás 526.
Núñez y Díaz, Francisco de Paula 496.

Ocaña, Francisco de 164, 595.
Ortiz, Fr. Alonso 223.
Oseguera, Diego de 60, 510.
Ossorio, Constancia 118.
Oyanguren Caballero, Iñigo de 278.

Pavón, José Manuel 631.
Pacheco, Francisco 311.
Padilla, Juan de 58.
Padilla, Fr. Pedro de 424, 482.
Palacio, Eduardo L. del 608.
Palacios, Leopoldo E. 743, 749.
Paravicino, Fr. Hortensio Félix. V. Arteaga, Félix de.
Parra, Gregoria 759.
Pastor Díaz, Nicomedes 231.
Pedraza, Juan de 440.
Pemán, José M.ª 53, 159, 291, 353, 502, 675, 696, 711.
Pemartín Sanjuán, Julián 609.
Peralta, Antonio de 113.
Pérez, Luis 584.
Pérez de Castro, Pedro Antonio 115.
Pérez de Guzmán, Hernán 572.
Pérez de Montalbán, Juan 65.
Pérez de Urbel, Fr. Justo 737.
Pinto Delgado, Juan 78.
Plano, Juan de 154.
Porcel y Salablanca, José Antonio 652.
Príncipe, Miguel Agustín 444.

Queipo de Llano y Quiñones, Joaquín J. 58.
Quevedo, Francisco de 137, 319, 322, 337, 416, 417.
Querol, Vicente Wenceslao 599, 745.
Quirós, Pedro de 689.

Ramírez Pagán, Diego 303.
Rebolledo de Palafox, Bernabé 61.
Reinoso, Félix José 42 439 637.
Reyes, Gaspar de los 227.
Reynosa, Rodrigo de 179.
Rivas, Victoriano 600.
Risco, Alberto 465.
Rivas, Duque de. V. Angel de Saavedra.
Rivas, Duque de. V. Saavedra, Angel de.
Rodríguez de Arellano, Vicente 44.
Ridruejo, Dionisio 368.
Rioja, Francisco de 653.
Rojas y Ausa, Juan de 775.
Roldán, José M.ª 73.
Romero de Cepeda, Joaquín 181.
Romero y Murube, Joaquín 670.
Ros de Olano, Antonio 45.
Rosales, Luis 357.
Rueda, Salvador 452.

Saavedra, Angel de 230, 720.
Sajonia, M.ª Josefa Amalia de 254.
Salas Barbadillo, Alonso de 649.
Salazar y Torres, Agustín de 86.
Salas, Francisco Gregorio de 144.
Salinas y Azpilicueta, Jorge 726.

Salinas y Castro, Juan de 375, 512.
Samaniego, Félix M.ª 719.
San Félix, Sor Marcela de 763.
Sánchez, Angel 123.
Sánchez, Vicente 654.
Santa Marina, Luys 603, 620.
Santa Teresa, Sor Francisca de. V. Gregoria Parra.
Semprún Gurea, José M.ª 674.
Sierra, Germán 604.
Sigüenza, Fr, José de 182.
Silvestre, Gregorio 391, 392.
Solís, Dionisio. V. Villanueva y Ochoa, Dionisio.
Solís y Rivadeneyra, Antonio de 221, 433, 495, 532.
Somoza, José 291.
Sorozábal, Juan B. 249, 255.
Soto, Fr. Juan de 109, 578.
Soto de Rojas, Pedro 530, 565, 639, 683.
Suárez de Figueroa, Diego 776.

Talavera, Fr. Hernando de 519.
Tallante, Mosén Juan 334.
Tapia, Eugenio de 50.
Tarsis, Juan de 671, 682.
Tejada y Páez, Agustín de 553.
Téllez, Fr, Gabriel 85, 211, 317, 423.
Tirso de Molina. V. Téllez, Fray Gabriel.
Toreno, Conde de. V. Queipo de Llano y Quiñones, Joaquín.
Torres Naharro, Bartolomé 357, 359.
Torre Sevil, Francisco de la 641, 655.
Torres y Villarroel, Diego de 222, 605.
Trillo y Figueroa, Francisco de 79, 345.
Trueba, Antonio de 233.

Ulloa y Pereira, Luis de 343.
Unamuno, Miguel de 244, 453, 454, 458, 662.
Uziel, Jacobo 81.

Vaca de Guzmán y Manrique, 531.
Valdés, Juan de 523.
Valdivielso, José de 102, 202, 277, 406, 407, 772.
Valera, Juan 237.
Valle Rossi, Adriano del 245, 327, 501, 524, 611.
Valle Ruiz, Restituto del 455.
Vargas Machuca, Pedro de 555.
Vega, Tomás de la 490.
Vega, Ventura de la 230.
Vega Gutiérrez, José de la 316.
Vegas. Fr. Damián de 399, 485.
Velarde, José 349.
Vera, Juan Antonio de 645.
Verdaguer, Jacinto 448, 450, 451.
Verdugo y Castilla, Alfonso 602.
Vicente, Gil 170.
Villamediana, Conde de V. Tarsis, Juan de.
Villanueva y Ochoa, Dionisio 229.
Villarroel, Cristóbal de 322.
Virués, Cristóbal de 485.
Virués, José 105.

Zafra, Esteban de 181.
Zorrilla, José 541.

INDICE DE PRIMEROS VERSOS

Páginas

A esta aldea bien venida. *Lope de Vega* 271
A fe que el alma medrara. *Gaspar Lozano y Regalado* 660
A fuerza pura y con ardiente espada. *Pedro Soto de Rojas.* 565
A José, niño pequeño. *Alonso de Fuentes* 66
A la casa de Caifas. *Salvador José Mañer* 306
A la conquista del cielo. *Fr. Paulino de la Estrella* 677
A la Fe preguntó un villano rústico. *Fr. Luis de León* 395
A la sombra de la cruz. *José de Valdivielso* 406
A la tumba cercano Isidoro. *Félix José Reinoso* 638
A la Virgen rogarás. *Juan de Narváez* 596
A la virtud, cuando habitara el suelo. *José Somoza* 291
A los brazos de María. *Lope de Vega* 369
A los campos de Belén. *Miguel de Colodrero* 225
¿A quién, Señor, compararé tu belleza? *Judah Leví* 35
A recibir van al cielo. *Gaspar Lozano y Regalado* 673
A tan alto Sacramento. *Pedro Calderón de la Barca* 426
A ti, Dios, en Sión den alabanzas. *Constanza Ossorio* 118
A ti me vuelvo, gran Señor, que alzaste. *Miguel de Cervantes* 380
A todos los espíritus amantes. *Bartolomé L. de Argensola.* 492
A tu santa humildad, Virgen gloriosa. *Cristóbal Cabrera* ... 588
A una imagen de la Virgen. *Tomás de la Vega* 490
Abre, cristiano, los ojos. *Juan López de Ubeda* 405
¡Abre, Esposo, que vengo. *Pablo Cavestany* 779
Abre los ojos, ánima cristiana. *Fr. Damián de Vegas* 399
Adiós, adiós. *Vicente Martínez* 383
¿Adonde te escondiste. *San Juan de la Cruz* 751
Adondequiera que su luz aplican. *Lope de Vega* 36
¡Afuera, afuera. *Francisco de Borja y Aragón* 261
¡Ah, dichoso el mortal de cuyos ojos. *Gaspar M. de Jovellanos* 718
Ahora sí que puedo. *Lope de Vega* 265
Ahuecada en piedra dura. *Rafael Laffón* 247
Al árbol de victoria está fijada. *Cristóbal de Villarroel* 322
Al Cordero que muere. *Fr. Pedro Malón de Chaide* 769
Al himno que los ángeles. *Ventura de la Vega* 230
Al lavadero del río. *José de Valdivielso* 277
Al Niño donoso. *Francisco Navarro Villoslada* 236
Al pie de la cruz estaba. *Ramón de la Cruz* 539
Al pie de la cruz, María. *Lope de Vega* 325
Al Precursor y al alto Evangelista. *Gaspar Lozano y Regalado* 629
Al Señor engrandece. *Pedro de Quirós* 525
Alas blancas, voladoras. *Adriano del Valle* 245
Albricias, albricias. *Sor Violante do Ceo* 550
Albricias, flores dichosas. *Fernando González de Madrid* ... 630

Páginas.

¡Alégrate, Sión! Este es el día. *José Musso y Valiente* 377
Aliéntate, alma mía. *Tomás de Iriarte* 124
Alma, buscarte has en Mí. *Santa Teresa de Jesús* 758
Alma, en himnos y cantares. *Félix de Arteaga Paravicino* ... 413
Alma mil veces dichosa. *Luis de Góngora* 729
Alma que, estando muerta. *Sor María de la Antigua* 760
Alza el rostro, caminante. *Gabriel Bocángel y Unceta* 343
Allá en la vasta llanura. *José Zorrilla* 541
Allí la catedral, santa, imponente. *Gonzalo de Castro* 724
Amor de Ti nos quema, blanco cuerpo. *Miguel de Unamuno.* 455
Amor, no me dejes. *Juan Alvarez Gato* 749
Ancora celestial y de consuelo. *Francisco de Figueroa* 673
Anda acá, pastor. *Juan del Encina* 175
Angeles que estáis de guarda. *Lope de Vega* 323
Angeles, si vais al mundo. *Juan López de Ubeda* 405
Angélicas escuadras, que en las salas. *Agustín de Tejada y Páez* 553
Ante la hueste arriana. *Félix José Reinoso* 637
Antes que fuese el tiempo en la medida. *Antonio Ros de Olano* 45
Apenas nos habíamos asomado al ancho mundo. *Miguel Benzo Maestre* 733
Aquel pobre divino. *Lope de Vega* 680
Aquella gran ciudad, que en otro tiempo. *Francisco Gregorio de Salas* 144
Aquella Virgen, aquella. *Sebastián de Horozco* 525
Aquesta divina unión. *Santa Teresa de Jesús* 756
Aquí de Dios, que me muero. *Sor Violante do Ceo* 431
¡Aquí de la fe, que ya. *Antonio de Solís y Rivadeneyra* 495
Arde luz viva en Polo ya luciente. *Juan de Tarsis* 682
Aunque más te disfraces. *José de Valdivielso* 407
Aunque por una venís. *Lope de Vega* 258
Ausente de mis ojos. *Sor Marcela de San Félix* 763
Ave, Estrella del mar resplandeciente. *Fr. Juan Soto* 576
¡Ay de mí, señores. *Sor Violante do Ceo* 382
¡Ay dolor blando! ¡Ay muerte perezosa! *Jerónimo de los Cobos* 310
¡Ay dolor, dolor. *Gómez Manrique* 364
¡Ay, hermano Francisco! *José M.ª Semprún Gurea* 674
¡Ay triste! ¿Qué haré? *Benito Arias Montano* 135

Baja Rebeca al prado en rizos de oro. *Juan Pérez de Montalbán* 65
Bajo de la peña nace. *Esteban de Zafra* 181
Bárbaro, ¿qué maravilla. *Agustín Moreto* 436
Bebiendo la muerte ya. *Francisco Durán Vivas* 325
Béjar estaba ojerosa. *Germán Sierra* 604
Bello es, Señor, tu rostro en demasía. *Romualdo Galdós* 373
Besando está Jesucristo. *Lope de Vega* 296
Béseme con el beso. *Fr. Luis de León* 128
Bien desnudo y bien vestido. *Francisco de la Torre y Sevil* ... 641
Bien puedes, luciente estrella. *Francisco de Borja y Aragón.* 263
Brisa etérea que subes con el día. *Leopoldo E. Palacios* 743
Buen pastor, rara clemencia. *Fr. Jerónimo Cantón* 661
Buscaba la bendita Magdalena. *Cristóbal Cabrera* 379

Caído se le ha un clavel. *Luis de Góngora* 202
Callad vos, Señor. *Gómez Manrique* 175
Caminad, esposa. *Francisco de Ocana* 164

Páginas

Campanitas de Belén. *Lope de Vega* 183
Campos de Galilea, campos llenos de espigas. *Luis Felipe Cortado* 384
Cansados, ¡oh Virgen señora!, llegamos. *Hernán López de Yanguas* 180
¡Canta, lengua, el divino Sacramento. *Ricardo León* 469
Canta, ¡oh musa cristiana! *Eleuterio Calatayud* 614
Cantad, pastorcillos. *Dionisio Villanueva y Ochoa* 229
Cantemos a Jehová. Su heroico hecho. *José María Roldan.* 73
Cantemos al Señor, que engrandecido. *Juan Meléndez Valdés.* 71
Cantemos al Señor, que victorioso. *José Iglesias de la Casa.* 376
Canten hoy, pues naceis vos. *Lope de Vega* 507
Canto el Verbo divino. *José Marchena* 338
Casi en las manos sosteniendo el brío. *Luis Rosales* 356
Celebra, ¡oh lengua mía! *Ignacio de Luzán* 438
Celos me da un pajarillo. *Gregoria Parra* 759
Cena perdurable. *Salvador Rueda* 452
Cérquenme de flores. *Sor Violante do Ceo* 619
Clara luz, lumbrosa estrella. *Bachiller Céspedes* 481
Clara por nombre, por obra e virtud. *Iñigo López de Mendoza* 660
Comida celestial, pan cuyo gusto. *Fr. Luis de León* 394
Compañero, ¡al baño! Alumbra el día. *Andrés Bello* 68
Como el buen labrador que en su sembrado. *Diego de Oseguera* 60
Como el rugiente mar el seno abría. *José Amador de los Ríos.* 233
Como es tanta la grandeza. *Lope de Vega* 198
Como ha de luchar con Dios. *Lope de Vega* 192
Como la misa primera. *Ramón Cué* 475
—¿Cómo perdido, zagal. *Gaspar de los Reyes* 227
Como un barquito de vela. *Manuel González Hoyos* 612
Como un relámpago, la voz del orbe. *Manuel Díez Crespo* ... 317
Como una sierpe horrible al caminante. *Joaquín J. Queipo de Llano* 58
Con alas tenebrosas, las tinieblas. *Miguel de Unamuno* 662
Con gran razón, Emperatriz del cielo. *Cristóbal de Mesa* ... 577
Con la cristiana cuadrilla. *Alonso de Ledesma* 655
Corazón poco paciente. *José M.ª Gabriel y Galán* 540
Corporales, ¡qué cuadrado. *Ramón Cué* 476
Costumbre es del amante, si se parte. *Fr. Diego Murillo* 402
Cristianas almas, puras y hermosas. *Bartolomé Cayrasco de Figueroa* 489
¡Cristo de la Buena Muerte! *José M.ª Pemán* 353
Cristóbal y fortísimo gigante. *Francisco de Rioja* 653
Cual enjambre de abejas se derrama. *Juan de Plano* 154
Cual rara fénix, Virgen soberana. *Juan de Jáuregui* 561
¡Cuán grande y admirable. *Fr. Diego González* 108
Cuando el Alba se retira. *Lope de Vega* 268
Cuando el ciervo, del hombre perseguido. *Juan López de Ubeda* 403
Cuando en medio del silencio. *Francisco de Borja y Aragón.* 215
Cuando iba al pozo por agua. *José M.ª Pemán* 291
Cuando invoqué, me escuchó. *Justo Barbagero* 104
Cuando ya está agonizando. *Mercedes de Baviera y Borbón.* 331
¡Cuántas veces al pie de las musgosas. *Gustavo A. Bécquer.* 723
Cuántos silbos, cuántas voces. *Luis de Góngora* 206
Cuerpo, ¿no sientes la florida. *J. M. Pemán* 696
Cumbre de santidad, monte sagrado. *Alonso de Salas Barbadillo* 649

CHequito nos es nacido. *Pero López Rangel* ....

David, del santo celo revestido. *Jacobo Uziel* ....
De célico placer y gozo lleno. *José M.ª Blanco y Crespo* ......
De estrellas coronada. *Justino Matute y Gavidia* ....
De gloria un día y majestad ceñido. *Antonio Aparisi y Guijarro.* ....
De Jesús sacramentado. *Jacinto Verdaguer* ....
De la corte celestial. *Lope de Vega* ....
De la existencia el cabo estoy doblando. *Luis Muñoz Cobos* ...
De la fe y del entusiasmo. *Angel de Saavedra, duque de Rivas* ....
De los mártires flores primorosas. *Juan B. Sorozábal* ......
De María, a quien la invoca. *Sor Juana Inés de la Cruz* ...
¿De quién tomáis lengua. *Fr. Ambrosio de Montesinos* ......
De sus entrañas vencido. *Fr. Iñigo de Mendoza* ....
De tal suerte pudo amor. *Santa Teresa de Jesús* ....
¿Del festín, y en tus días. *Joaquín Lorenzo Villanueva* ......
Del sacro pecho divino. *Fr. Pedro de Padilla* ....
Debajo de estos blancos accidentes. *Francisco de Borja y Aragón* ....
Decidnos, Reina del cielo. *Nicolás Núñez* ....
Dejando atrás el estrellado manto. *Juan de Valdés* ....
Dejando Dios la grandeza. *Lope de Vega* ....
Dejó Ignacio su patria esclarecida. *Hernando Domínguez Camargo* ....
Desde el reino inmortal del Rey eterno. *Cristóbal de Mesa.*
Dése la gloria a Dios, dése en el cielo. *Lope de Vega* ......
Desnudito parece mi Niño. *Lope de Vega* ....
Después que en el Jordán fué bautizado. *Alonso Martín Braones* ....
Despierta, Gil. ¿Es de día? *Lope de Vega* ....
Despunta el sol. ¿Y aun hoy resplandeciente. *Antonio Cánovas del Castillo* ....
Desque Juan le vió llegado. *Lucas Fernández* ....
Deste fué real cimiento. *Fr. Ambrosio de Montesinos* ......
Desterrado parte el Niño. *Fr. Ambrosio de Montesinos* ......
Deteneos, entendimiento. *Bartolomé L. de Argensola* ......
Deténte, aguarda, rey: ¡ah! ¿quién te guía. *Agustín de Salazar y Torres* ....
Di mi cuerpo y sangre. *Baltasar del Alcazar* ....
Di. Numen celestial, el verdadero. *Eugenio de Tapia* ......
Dijo Yusuf: «Hermanos, perdónevos el Criador. *Anónimo.*
Dijo: pues el tiempo llega. *Francisco Duran Vivas* ....
Díjole el ángel: «Mi Tobías hermano. *Licenciado Candivilla.*
Dime. Dios, ¿por qué te vas. *San Pascual Bailón* ....
Dime, Pastor mío. *Sor Ana de San Jerónimo* ....
Dios al hombre convida. *Benito Arias Montano* ....
Dios de inescrutable nombre. *Lope de Vega* ....
Dios, Dios, mortales: el sagrado acento. *Francisco de Paula Núñez y Díaz* ....
Dios quiere que nuestra villa. *Félix de Arteaga* ....
Dios te salve en trinidad. *Bartolomé Torres Naharro* ......
Divino Sacramento. *Lope Mateo* ....
¿Do venís, Reina del cielo. *Francisco de Ocaña* ....
¿Dónde, fugitiva hermosa. *Antonio de Solís y Rivadeneyra.*
¿Dónde va el Alba divina. *Lope de Vega* ....
¿Dónde vas, luz, dónde vas? *Francisco de Borja y Aragón.*
Dulce Jesús, Rey de amor. *Eleuterio Calatayud García* ...

Páginas

Dulce Señor, enamorado mío. *Fr. Gabriel Téllez, Tirso de Molina* 317
Dulcísimo recuerdo de mi vida. *Julio Alarcón* 617

El cordero pascual, sagrado emblema. *Juan Nicasio Gallego.* 442
El Dios de venganzas. *Luisa de Carvajal* 211
El fénix blanco y dorado. *Lope de Vega* 184
El frío pedernal de nieve cano. *Francisco de Trillo y Figueroa* 81
El género humano tiene. *Pedro Calderón de la Barca* 426
El justo Simeón al Verbo humano. *Juan de Jáuregui* 264
El mal se destierra. *Fernán González de Eslava* 220
El más mozo de los dos. *Lope de Vega* 290
El Niño, que tiembla ahora. *Lope de Vega* 184
El pan que veis soberano. *Luis de Góngora* 408
El pelícano rompe el duro pecho. *Luis de Góngora* 409
El que a la noche dió cándida luna. *Angel de Saavedra* ... 230
El santo pastorcillo, perseguido. *Bartolomé Leonardo de Argensola* 121
El sitio que la alteza incomparable. *Fr. Arcángel de Alarcón.* 280
El tiempo deseado se llegaba. *Francisco Hernández* 522
El valor invicto canto. *Juan Antonio de Vera* 645
En alas de la ardiente fantasía. *Alberto Risco* 465
En el camino del mar. *Lope de Vega* 259
En el cielo se vió, de luces bellas. *Agustín Moreto y Cavana.* 496
En el más sano clima de la España. *Félix María Samaniego.* 719
En el medio de la noche. *Juan López de Ubeda* 165
En el portal de Belén. *Juan Valera* 237
En el principio crió. *Pedro Calderón de la Barca* 47
En el principio era el Verbo. *Lope de Vega* 159
En el principio moraba. *San Juan de la Cruz* 161
En esa aula de Dios, donde reside. *Miguel de Dicastillo* 726
En esta tierra de Hus, un hombre había. *Juan Manuel Bedoya* 92
En este día, el Padre omnipotente. *Alonso de Acevedo* 55
En fin volvió Judit, volvió triunfante. *Ignacio de Luzón* ... 89
En Florencia la bella. *Anónimo* 643
En fuentes mil su sangre divertida. *Pedro Soto de Rojas.* 639
En la cena del Cordero. *Juan López de Ubeda* 404
En la corte celestial. *Lope de Vega* 648
En la ribera undosa. *Juan M. de Jáuregui* 126
En la terrible aflicción. *Diego Enríquez Basurto* 100
En los floridos valles de Sión. *Benito Arias Montano* 131
En un portal de Belén. *Francisco de Borja y Aragón* 214
En un valle de mirtos y de alisos. *Francisco de Quevedo.* 137
En vano Herodes porfía. *Lope de Vega* 268
En una noche obscura. *San Juan de la Cruz* 750
Entonces vivo, porque muero, cuando. *Gabriel Bocángel y Unzueta* 419
Entre estas cinco llagas. *Lope de Vega* 319
Entre fragosas peñas emboscado. *Cristóbal Cabrera* 680
Entre la escarcha y el heno. *Ana Abarca de Bolea* 224
Entre las piedras de inmortal belleza. *Fr. Diego Murillo* ... 576
Entre Scila y Caribdis está el voto. *Pedro Soto de Rojas* ... 683
Enturquesadas nubes y celajes. *Pedro de Espinosa* 565
Erase una niña. *Antonio A. de Frávega* 625
Es de noche. Israel tiene su hueste. *Juan Alcover y Maspóns.* 83
Es del Guzmán la religión sagrada. *Fr. Pedro Gracián* 727
Es Dios nuestro refugio. *Pedro A. Pérez de Castro* 115

Es la riqueza, y entre pajas nace. *Alejandro Nieto* ....
Esposa del alma mía. *José de Valdivielso* ....
Esta de flores, cuando no divina. *Luis de Góngora* ....
Esta noche ha pasado Santiago. *Federico García Lorca* ......
Estaba dado un pregón. *Pedro de Padilla* ....
Estaba el sol entonces coronado. *Fr. Diego de Hojeda* ......
Estando en paz toda el alma. *Antonio Hurtado de Mendoza.*
Estáte, Señor, conmigo. *Fr. Damián de Vegas* ....
Este es el maná, mejor. *Fr. Gabriel Téllez, Tirso de Molina.*
Este monte, de luces coronado. *Luis de Góngora* ....
Este niño y Dios, Antón. *Lope de Vega* ....
Este noble soldado generoso. *Francisco de la Torre y Sevil.*
Este Pan es Pan de vida. *Baltasar del Alcázar* ....
Estos que levantó el mármol duro. *Leandro Fernández de Moratín* ....
¿Estoy despierto? Dime. Tú, que sabes. *José García Nieto* ...
Eva, primera pastora. *Lope de Vega* ....

Farol de esta comarca. *Pedro de Espinosa* ....
Favor, Monarca divino. *Sor Violante do Ceo* ....
¡Fecundo misterio! *Miguel de Unamuno* ....
Fertilidad divina. *Antonio López de Vega* ....
Fiesta de todas las luces. *Joaquín Romero y Murube* ....
Francisco, vamos a salir. *Angel Martínez* ....
Fué ese cuerpo aquel que en la noche fría. *Miguel Benzo Maestre* ....

Generosa, muy fermosa. *Alfonso A. de Villasandino* ....
Gloriosa Virgen María. *Antonio de Trueba* ....
Gózate, gozosa Madre. *Iñigo López de Mendoza* ....
Guardan a un Señor preso con precetos. *Pedro de Espinosa.*

Habiendo Dios cien mil hechuras bellas. *Fr. Damián de Vegas* ....
Habitando Abrahán aquesta casa. *Pedro de Escobar* ....
Hace Cristo de gloria un rico alarde. *Antonio La-Sierra* ...
Haced salva este día. *José Iglesias de la Casa* ....
Hacen salva trompetas y cajas. *Lope de Vega* ....
Hagan ecos dulces. *Diego de Torres Villarroel* ....
Hay de mí alegre sierra. *Antonio Fernández Grilo* ....
Hermosa, clara y celestial aurora. *Alonso de Salas Barbadillo* ....
Hiere más, Esposo amado. *Juan de Rojas y Ausa* ....
Hincado está de rodillas. *Lope de Vega* ....
Hijo, tantas gracias vuestras. *Rodrigo de Reynosa* ....
Hola, zagalejo. *Baltasar del Alcázar* ....
Hombre y Dios, manjares dos. *Luis Barahona de Soto* ......
Hostia blanca del trigo de los surcos. *Miguel de Unamuno.*
Hoy Ana parió a María. *Lope de Vega* ....
Hoy del tirano quedó. *Alonso de Bonilla* ....
Hoy nace una clara estrella. *Lope de Vega* ....
Hoy parió la luz del día. *Pero López Rangel* ....
Hoy por piedad de su Hacedor le ofrecen. *Bartolomé Leonardo de Argensola* ....
Hoy rompe Dios los orbes celestiales. *Bartolomé L. de Argensola* ....
Hoy, Señor, que desatado. *Francisco de Trillo y Figueroa.*
Huele a yerba mojada el soplo vivo. *José María Pemán* .....
Humíllense a tu imagen, luz del mundo. *Vicente Espinel* ...

Páginas

Incienso, luz, armonía. *José Velarde* 349
Inclinen a tu nombre, ¡oh luz de España. *Fernando de Herrera* 645
Inmenso, soberano. *Tomás José González Carvajal* 38

Jesús, angelical honra y consuelo. *Juan B. Sorozábal* 256
Jesús, dulce memoria, fiel consuelo. *Juan B. Sorozábal* 255
Jesús, incomparable perdonador de injurias. *Rubén Darío.* 464
José no sabía. *Miguel Benzo Maestre* 248
Junto a un grupo de nopales. *Juan F. Muñoz y Pabón* 460

La bella flor que en el suelo. *Juan de Salinas y Castro* ... 375
La fuerza poderosa. *Tomás José González Carvajal* 385
La gloria de Dios vivo. *Alberto Lista* 440
La justicia que se inclina. *Bartolomé L. de Argensola* 209
La lengua más fecunda. *Antonio La-Sierra* 590
La Majestad soberana. *Nicomedes Pastor Díaz* 231
La más constante mujer. *Manuel Montañés y Montealegre.* 564
¡La nada! *José María Pemán* 53
La noche ofuscaba al mundo. *Bartolomé L. de Argensola.* 208
La Princesa divina. *Joaquín Navarro* 513
La que ves en piedad, en llama, en vuelo. *Pedro Calderón de la Barca* 679
La religiosa greña, que ignorante. *Félix de Arteaga* 86
La viga maestra del dolor macizo. *Miguel de Unamuno* ... 454
Las banderas de la luz. *Cristóbal de Castillejo* 640
Las entrañas de María. *Lope de Vega* 362
Lentos dromedarios cruzan. *Adriano del Valle* 327
Levántate del suelo. *Tomás J. González Carvajal* 562
Ligero pensamiento. *Gabriel Téllez* 85
Los ámbitos suspendan elevados. *Pedro Calderón de la Barca.* 427
Los dos más dulces esposos. *Lope de Vega* 536
Los que vais perdidos. *Jacinto Verdaguer* 450
Luz en tu frente, Niño; luz en tu frente. *José María Llanos.* 248

Llegados de Caifás a los umbrales. *Francisco Adame de Montemayor* 308
Llegó a Pedro, y él, esquivo. *Francisco Durán Vivas* 300
Llegó la deseada feliz hora. *Alonso Martín Braones* 224
Lleva, dulce Jesús, mi sombra vana. *Leopoldo E. Palacios* ... 747

Madre de Dios, la marinera. *Luys Santa Marina* 603
¡Madre de los desamparados. *Eduardo L. del Palacio* 608
Magnífica es tu entrada. *Joaquín Lorenzo Villanueva* 293
Manso corderito. *Lope de Vega* 189
María estaba pálida y José el carpintero. *Rubén Darío* 243
Mártires y doncellas. *Bartolomé L. de Argensola* 558
Mesa donde en manjar dulce y sabroso. *Antonio de Maluenda* 403
Mi alma está en tu mano. *Manuel Linares* 742
Mi Cristo: Tú no tienes. *Jorge Blajot* 746
Mi libertad, Señor, es un pesar. *J. M. Pemán* 711
Mucho bienaventurados. *Pedro Guillén de Segovia* 112
Muchos, huyendo el golpe recelado. *Francisco de Trillo y Figueroa* 80
Muere Jesús del Gólgota en la cumbre. *Antonio Almendros Aguilar* 334
Muéstrate, Virgen, ser Madre. *Hernán Pérez del Pulgar* ... 572
Muy poco tiempo después. *Fr. Pedro Juan Micón* 332

Nace el Alba María. *Lope de Vega* ....
Nace el Niño, y velo a velo. *Luis de Góngora* ....
Nace Jesús, y el seno. *José M.ª Vaca de Guzmán* ....
Naciste a ser asombro, y fuiste asombro. *Gabriel de Atarbe.*
Nada me ha de faltar: Dios es mi guía. *Fr. Justo Pérez de Urbel* ....
Ni puede lo que me das. *Pablo Cavestany* ....
Niño, aunque con vos se estrella. *Alonso de Bonilla* ....
Niño Dios, niño en Belén. *Lope de Vega* ....
No así del mar las ondas impacientes. *Francisco de Trillo y Figueroa* ....
No entre Scila y Caribdis, viva nave. *Juan de Tarsis* ....
No las que coronáis las fuentes bellas. *Gabriel Bocángel y Unceta* ....
No me arguyas, Señor, cuando te enojes. *Tomás J. González Carvajal* ....
No me mueve mi Dios para quererte. *Anónimo* ....
No me persigas más, mujer, detente. *Alonso de Bonilla* ......
No siempre el alto escollo en la ribera. *Francisco de Trillo y Figueroa* ....
Noemí le dice: Hija mía. *Juan Pinto Delgado* ....
Norabuena vengáis al mundo. *Lope de Vega* ....
Nuestro Señor Jesucristo. *Jacinto Verdaguer* ....
Nuevo Jacob de la gracia. *Leonardo Manuel Fryma* ....

Oh admirable espectáculo! Inocente. *Bernabé Rebolledo de Palafox* ....
¡Oh corazones de acero. *Bartolomé Torres Naharro* ....
¡Oh dulce noche obscura. *Isabel de Jesús* ....
¡¡Oh dulce nombre amable! *María Josefa Amalia de Sajonia.*
¡Oh enigma, adonde amor cifra la historia. *Bartolomé L. de Argensola* ....
¡¡Oh hermosura que excedéis. *Santa Teresa de Jesús* ....
¡Oh luz de nuestras almas! *Restituto del Valle Ruiz* ....
¡Oh llama del amor viva. *San Juan de la Cruz* ....
¡O Madre de Dios, electa. *Gómez Manrique* ....
¡Oh muchas veces bienaventurado. *José de Valdivielso* ......
¡Oh Pan excelente, divino manjar. *Juan de Pedraza* ....
¡Oh piadoso Jesús, Rey admirable. *Juan B. Sorozábal* ....
¡Oh qué bien cantan. *Antonio de Solís Rivadeneyra* ....
Oh, qué cosa. *Gregorio Silvestre* ....
Oh qué de cosas, Dios mío. *Lope de Vega* ....
Oh, quién pudiera ver allí a Santa Ana. *Diego de Oseguera.*
Oh Santa María. *Arcipreste de Hita* ....
Oh suma de nuestros bienes. *Fr. Hernando de Talavera* ...
Oh tú, Reina esclarecida. *Luis Pérez* ....
Oh tú, Sión dichosa! *Juan M. de Jáuregui* ....
Oh vista del ladrón bien desvelado. *Francisco de Quevedo* ...
Oh ya dos veces madre de Agustino. *Francisco de Borja y Aragón* ....
Oigate, ¡oh Cristo santo! *Fr. Juan de Soto* ....
Oliva verde. *Rafael Laffón* ....
Ora Jesús cual loco le abandonan. *Juan de Ferreras.* ......
Orna la luna su materna planta. *Alejandro Nieto* ....
Oye ansioso y turbado el rey tirano. *Juan B. Sorozábal* ......
Oye: Dios es; aún más allá del mundo. *José Eusebio Caro* ...
Oyeme, dulce Esposo. *Fr. Pedro Malón de Chaide* ....
Oveja perdida, ven. *Luis de Góngora* ....

Páginas

Padre que engendras *ab eterno* el Verbo. *Lope de Vega* 388
Pajarillo que en nido de pajas. *Sor Violante do Ceo* 218
Para dar en ley, a cortes. *Vicente Sánchez* 654
¿Para qué los timbres de sangre y nobleza? *Cristina de Arteaga* 739
Partieron los pastores y los reyes... Y el Rey. *Rubén Darío* ... 242
Pasaron por siglos mil. *Lope de Vega* 273
Pasaste... como un rayo. *Cristina de Arteaga* 782
Pasos no ciegamente aconsejados. *Francisco de Trillo y Figueroa* 80
Pastorcicos inocentes. *Lucas Fernández* 172
Pastorcilla nazarena. *Lope de Vega* 272
Pastorcillo de Belén. *Antonio de Solís* 221
Pastorcillo lastimado. *Lucas Fernández* 171
Pastorcito nuevo. *Tirso de Molina* 211
Pedro, después del divino. *Sor Violante do Ceo* 651
Pender de un leño, traspasado el pecho. *Luis de Góngora* ... 318
Perdió su luz el sol, cubrió de luto. *Francisco de Borja y Aragón* 336
Perdona ya, Señor, las culpas mías. *Fr. Luis de León* (atrib.). 93
Pescador soberano, en cuyas redes. *Francisco de Medrano* ... 650
Pide al tielo la tierra. *Lope de Vega* 187
¡Piedad, piedad, Dios mío! *Andrés Bello* 116
Pilatos, pretor romano. *Jesús García Perdices* 313
Pobre a los pobres, Cristo condolido. *Juan de Ferreras* 635
Por Judá quiebran albores. *Adriano del Valle* 524
Por la caída del padre primero. *Juan de Padilla* 58
Por los caminos de la amargura. *M. R. Blanco-Belmonte* 548
Por mar sois barca y barquero. *Fr. Paulino de la Estrella* ... 653
¿Por qué esta sed de luz y de armonía? *Ricardo García Villoslada* 740
¿Por qué lloras, Niño mío? *Isabel de Jesús* 219
¿Por qué todas las gentes. *Francisco de Borja* 103
Portalico divino. *Francisco de Avila* 228
Por ti, Virgen hermosa, esparce ufano. *Miguel de Cervantes*. 589
Por una manzana. *Eduardo González Pedroso* 235
Precursor en quien se muestra. *Francisco de Borja y Aragón*. 648
¡Primero, eterno ser, incomprensible. *Juan Meléndez Valdés*. 39
Pudieron numerarse las señales. *Francisco Pacheco* 311
Pues hoy pretendo ser tu monumento. *Francisco de Quevedo*. 416
Pues José y María. *Juan de Salinas y Castro* 512
Pues navegáis, alma mía. *Cristóbal de Castillejo* 576
Pues que tú, Reina del cielo. *Juan del Encina* 575
Pues ves, ¡oh musa mía! *Vicente Rodríguez de Arellano* ... 44
Pura, sedienta y mal alimentada. *Francisco de Quevedo* 416

Qué es de ti, dónde te has ido? *Diego Suárez de Figueroa*. 776
¿Qué estratagema hacéis, guerrero mío? *Bartolomé L. de Argensola* 303
¿Qué hace esa mano en alto, Nazarena? *Victoriano Rivas* ... 600
¿Qué lleva la Virgen bella? *Fr. Alonso Ortiz* 223
¿Qué mucho es que a grandes reyes. *Bartolomé L. de Argensola* 632
Que nazca un hombre en Belén. *Lope de Vega* 190
¿Qué pan es ése? *Pedro Calderón de la Barca* 430
¿Qué publican estas voces. *J. P. de Espinosa y Cutillas* 240
¡Qué purísima en el cielo. *Adriano del Valle* 501
¿Qué regalada calma. *Miguel Agustín Príncipe* 444
Queriendo, pues, sacar a luz serena. *Juan Dessi* 49

Páginas

Quien bajo del asilo poderoso. *Angel Sánchez* 123
¿Quién dará a mi cabeza. *Sor María de San Félix* 432
¿Quién de un sepulcro de amor. *Alonso de Bonilla* 379
Quien dio la vista al ciego. *Juan Eugenio Hartzenbusch* 348
¿Quién eres, ¡oh Mujer!, que, aunque rendida. *Pedro Calderón de la Barca* 580
¿Quién es de la gloria. *Alberto Lista* 111
¡Quién lo viera y quién lo vió! *Joaquín Romero de Cepeda* ... 181
¿Quién me dará aquí alas con que vuele. *Fr. Marco Antonio de Camós* 773
¿Quién me le acierta, quién me le acierta. *A. de Solís* 434
¿Quién me vió, quién me vió. *María do Ceo* 275
¿Quién osara llegar a la sagrada. *Antonio de Maluenda* 402
¿Quién otro igual Maestro en sus lecciones? *Rafael Laffón* ... 478
¿Quién oyó? *Luis de Góngora* 204
¡Quién pudiera dar un vuelo. *Luis de Góngora* 409
Quiere el cielo encordar el instrumento. *Jorge Salinas y Azpilicueta* 726
¿Quieres, alma, entender que hay en el suelo. *Fr. Damián de Vegas* 400
Quiero que mi canción florida crezca. *José María Pemán* ... 159
Quiero seguir a ti, flor de las flores. *Arcipreste de Hita* 570
Quiero ser tu paloma, Señor, ser tu paloma. *María de Madariaga* 782
Quince diamantes guarnecen. *Miguel Herrero* 620
Quisiera tener cerrado. *Ramón Castelltort* 738

Rápido, hermoso, celestial Cupido. *José A. Butrón y Mújica.* 663
Rebelde y pertinaz entendimiento. *Luis de Góngora* 411
Reclínase Sansón sobre las flores. *Antonio Enríquez Gómez.* 76
Reina de los serafines. *Fr. Damián de Vegas* 485
Reina del cielo. *José Amat* 614
Reina del cielo, que con bellas plantas. *Cristobalina F. de Alarcón* 581
Reina y Madre, Virgen pura. *Francisco de Borja y Aragón.* 494
Respetaré el misterio dulce de cada cosa. *Francisco X. Lucas.* 743
Retarda el cielo contra el pueblo injusto. *Miguel de Colodrero* 64
Reyes que venís de Oriente. *Lope de Vega* 260
Reyes que venís por ellas. *Lope de Vega* 258
Ro, ro, ro. *Gil Vicente* 170
Rosa de Jericó, Virgen hermosa. *Pedro de Vargas Machuca.* 555

Sale con ropa honesta, simple y llana. *Antonio de Escobar.* 514
Saludad, pobres cautivos. *Andrés Bello* 613
Salve, primer metrópoli de España. *Pedro Calderón de la Barca* 717
Salve, Reina poderosa. *Juan E. Hartzenbusch* 610
¡San Matías! ¡San Matías! *José Manuel Pabón* 631
Santa Virgen de Vitoria. *Miguel Herrero* 602
Santa Virgen escogida. *Arcipreste de Hita* 569
Se cuentan de aqueste Niño. *Diego de Torres Villarroel* 222
Se ome facer de grado. *Alfonso X* 567
Sea bien venida. *Lope de Vega* 270
Seáis, ¡oh Virgen, vos tan bien venida. *Pedro Soto de Rojas.* 530
Señor. *Miguel Benzo Maestre* 472
¡Señor, atento y piadoso. *José Virués* 105
Señor, en ti esperé muy confiado. *Cristóbal Cabreras* 120
Señor, no con los furores. *Antonio de Peralta* 113
Señora, estrella luciente. *Pedro López de Ayala* 557

Páginas

Señora la del Destierro. *Antonio de Solís y Rivadeneyra* 532
Señora, por cuanto supe. *Pedro López de Ayala* 611
Si a las espinas que te coronaron. *Luis Guarner* 357
Si a ti me doy por comida. *Baltasar del Alcázar* 397
Si burlas de amor son veras. *Luisa de Carvajal* 762
Si Cristo, en tierra virgen producido. *Gaspar Lozano y Regalado* 629
Si dádivas quebrantan peñas duras. *Francisco de Quevedo* ... 337
¿Si dormís, esposo. *Fr. Ambrosio de Mantesinos* 166
Si el amoroso fuego en que te inflamas. *Gregorio Silvestre* ... 392
Si el hermoso racimo. *Lope de Vega* 636
Si el pan es lo que vemos, ¿cómo dura. *Fr. Luis de León* ... 395
Si en brazos de Dios nacéis. *Lope de Vega* 505
Si me parto, Madre mía. *Mosén Juan Tallante* 334
Si os trae mi amistad y compañía. *Baltasar del Alcázar* 396
Si Pedro, en amar diestro. *José Antonio Porcel y Salablanca.* 652
Si por adarmes la escoria. *Alonso de Bonilla* 640
Si quieres, alma mía. *Juan López de Ubeda* 404
Si tú me dices «Ven», lo dejo todo... *Amado Nervo* 597
Si una virgen ha parido. *Jorge de Montemayor* 177
«Si vianda y bebida. *Pedro Calderón de la Barca* 425
Si ya tus sienes oprimió divinas. *Luis de Ulloa y Pereira* ... 343
Siendo pan, ¿cómo creeré. *Pedro Calderón de la Barca* 428
Siguiendo el claro norte, esplendor puro. *Francisco de Francia y Acosta* 729
Sin duda que Francisco. *Jerónimo de Cáncer y Velasco* 659
Sin esposo, porque estaba. *Lope de Vega* 371
Sin que contraste la humildad profunda. *Lupercio L. de Argensola* 682
Soles claros son. *Juan Díaz Rengifo* 226
Sólo cuando el pesar mi alma quebranta. *Vicente W. Querol.* 745
Sólo un Dios, al morir crucificado. *Nicolás Fontanillas* 356
Suspenso está mi sentido. *Francisco de Borja y Aragón* 417

Tanto a un tirano le place. *Alonso de Bonilla* 251
Tanto como de gracia fuisteis llena. *Miguel Cid* 529
Te he visto tantas veces, Padre mío. *José de la Vega Gutiérrez* 316
Temblando estaba de frío. *Lope de Vega* 193
«Tened a Cristo.» Son palabras vivas. *Francisco de Quevedo.* 417
Tened, Virgen, este día. *Alonso de Bonilla* 252
Tiene la madre al hijo entre los brazos. *José de Valdivielso* ... 202
Tierra y cielo se quejaba. *Anónimo,* s. XV 333
Tiples de inocente edad. *Alonso de Bonilla* 250
Toca, toca las campanillas. *Lope de Vega* 191
Toda la tierra, estremecida, cabe. *Dionisio Ridruejo* 368
Todo cuanto la espléndida. *Vicente W. Querol* 599
Tres reyes buscan a un Rey. *Francisco de Borja y Aragón* ... 261
Tu Cuerpo, Señor, entero. *Francisco Aparicio* 477
Tú, cuyos ojos fijos en la estrella. *Agustín de Foxá* 54
Tú, en los aires, libérrima en tu vuelo... *Adriano del Valle* ... 611
Tú los viste partir un día de verano. *Luys Santa Marina* ... 620
Tú, Señor Dios de Abrán, en cuya ira. *Félix José Reinoso* ... 42
Tú, Virgen del cielo Reina. *Arcipreste de Hita* 569

Un ángel falso, roncero. *Fr. Iñigo de Mendoza* 517
Un ave bella nos dijo. *Antonio Mira de Amescua* 217
Un mínimo capitán. *Alonso de Bonilla* 636
Un mundo en breve forma reducido. *Pablo de Céspedes* 48

Páginas

Un reloj he visto, Andrés. *Lope de Vega* 183
Una doncella en perfección hermosa. *Cristóbal de Virués* ... 485

Vamos todos al portal. *Francisco de Borja* 213
¡Vaya una parra frondosa. *Juan F. Muñoz y Pabón* 457
Ve de la cruz pendiente. *Alberto Lista* 361
Ven, Criador Espíritu amoroso. *Fr. Diego González* 384
Venga con el día. *Lope de Vega* 201
Venga enhorabuena. *Fr. José de Sigüenza* 182
Venida es, venida. *Juan Álvarez Gato* 177
Venciste una quimera poderoso. *Manuel Montanés y Montealegre* 561
«Verbum caro factum est.» *Lucas Fernández* 171
Vese: duda Sansón, y duda el lazo. *Luis Carrillo Sotomayor*. 76
Viendo de un rey las grandezas. *Alonso de Bonilla* 252
Vinagre y hiel para sus labios pide. *Francisco de Quevedo* ... 322
Virgen, cuyo nombre. *Manuel María de Arjona* 596
¡Virgen de la Esperanza! ¡Macarena!... *Manuel Machado*. 609
Virgen, digna de alabanza. *Alfonso A. de Villasandino* 574
Virgen que el sol más bella. *Miguel de Cervantes* 589
Virgen que no tiene altar. *Julián Pemartín* 609
Virgen, Señora mía. *Sebastián de Córdoba* 581
Vivo sin vivir en mí. *Santa Teresa de Jesús* 756
Vivo ya fuera de mí. *Santa Teresa de Jesús* 757
Volvamos a la vieja castidad de las cosas. *Vicente Martínez*. 142

Y dejas, Pastor santo. *Fr. Luis de León* 381
¿Y eres tú el que, velando. *Alberto Lista* 340
Y José Calasanz soñó un buen día. *Luis Carrión* 671
... Y la madre, en silencio, sostenida. *Manuel González Hoyos* 538
¿Y que, Señor, bajo ese opaco velo. *Félix José Reinoso* 439
Y ya tu alma descansa en el regazo. *Manuel Díez Crespo* ... 547
Ya el Señor era apartado. *Diego Ramírez Pagán* 303
Ya del eterno sol, divina Aurora. *Alfonso Verdugo y Castilla*. 602
Ya las infieles llamas en que ardía. *Francisco de Trillo y Figueroa* 80
Ya que puedo invocarte. *Francisco López de Zárate* 678
Ya sólo tiene palidez de lirio. *Ramón Castelltort* 548
Ya temeroso el demonio. *Iñigo de Oyanguren Caballero* ... 278
Ya toda me entregué y di. *Santa Teresa de Jesús* 758
Yacía la noche cuando. *Luis de Góngora* 204
Yo, el profeta Isaías. *Cristóbal de Castillejo* 143
Yo, hermano Francisco, no soy más que poeta... *José María Pemán* 675
Yo no só si lo fué. Por vez postrera. *José María Gabriel y Galán* 467
Yo pensé que el camino que a ti lleva. *Juan Bautista Bertrán*. 740
Yo soñaba ofrendarte en mi patena. *Juan Bautista Bertrán*. 739
Yo soy Gaspar. Aquí traigo el incienso. *Rubén Darío* 263

Zagal, si a la villa vas. *Alonso de Ledesma* 210
Zagalejas del Genil. *Félix de Arteaga* 212
Zagalejo de perlas. *Lope de Vega* 192

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA SEGUNDA EDICIÓN
DE LA «SUMA POÉTICA», DE LA BIBLIOTECA
DE AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA 27
DE DICIEMBRE DE 1950, FIESTA
DE SAN JUAN EVANGELISTA,
EN LOS TALLERES GRÁ-
FICAS NEBRIJA, S. A.,
IBIZA, 11.
MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI